

LA TORRE OSCURA III

STEPHEN KING

LAS TIERRAS BALDÍAS



Roland ya no está solo en su búsqueda de la Torre Oscura. Le acompañan Eddie y Susannah, quienes llegaron desde diferentes momentos de Nueva York en *La llegada de los tres*. Ya les ha entrenado en las artes antiguas de los pistoleros. Sin embargo, el ka-tet aún no está completo. Roland ha de traer a una persona más desde Nueva York a Mundo Medio, una persona que ya ha estado allí y ha muerto no una vez, sino dos, y que sigue viva. El ka-tet, los cuatro unidos por su destino, tendrá que viajar a través de las envenenadas tierras baldías para llegar a la temible ciudad derruida de Lud. Su única esperanza será subirse a un tren rabioso que también busca su destrucción.



Stephen King

Las tierras baldías

La torres oscura III

ePUB v1.0

bane17.07.11

más libros en epubgratis.net

Título original: The Dark Tower III. The Waste Lands
Traducción: Jordi Mustieles
1ª. edición: abril 1994
© 1991 by Stephen King
© Para las ilustraciones, 1991 by Ned Dameron
© Ediciones B, S.A., 1994 Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)
ISBN: 84-406-4430-2
Depósito legal: BI. 352-1994

Este tercer relato del volumen está dedicado con agradecimiento a mi hijo
OWEN PHILIP KING:
khef, ka y ka-tet

Argumento

Las tierras baldías es el tercer volumen de un largo relato inspirado en el poema narrativo de Robert Browning «Childe Roland a la Torre Oscura llegó», y en cierto modo dependiente de él.

El primer volumen, *El pistolero*, narra cómo Rolando, el último pistolero de un mundo que «se ha movido», persigue y al fin da alcance al hombre de negro, un hechicero llamado Walter que fingía haber sido amigo del padre de Rolando en aquellos tiempos en que aún se mantenía la unidad del Mundo Medio.

Pero atrapar a este hechicero semihumano no es el objetivo final de Rolando sino únicamente un jalón más en el largo camino que conduce a la poderosa y misteriosa Torre Oscura, que se alza en el nexo del tiempo.

¿Quién es Rolando exactamente? ¿Cómo era su mundo antes de moverse? ¿Qué es la Torre y por qué la persigue? Sólo tenemos respuestas fragmentarias.

Rolando es una especie de caballero andante, uno de los encargados de conservar —o acaso redimir— un mundo que él mismo recuerda «lleno de amor y de luz». Sin embargo, ¿hasta qué punto la memoria de Rolando refleja la realidad de aquel mundo? La cuestión es muy susceptible de debate.

Sabemos que a Rolando se le impuso una temprana prueba de hombría cuando descubrió que su madre se había convertido en amante de Marten, un hechicero mucho más importante que Walter; sabemos que el propio Marten propició que Rolando descubriera la infidelidad de su madre para que fracasara en la prueba y fuera «enviado al Oeste», a los yermos; sabemos que Rolando desbarató los planes de Marten al superar la prueba.

Sabemos también que el mundo del pistolero está relacionado con el nuestro de una forma extraña pero fundamental, y que a veces es posible cruzar de un mundo a otro.

En una estación de paso, posada de relevo de una olvidada ruta de diligencias a través del desierto, Rolando encuentra a un muchacho llamado Jake que había muerto en nuestro mundo; un muchacho que, en efecto, había sido empujado bajo las ruedas de un automóvil en marcha desde la acera de una esquina en el centro de Manhattan. Jake Chambers murió bajo la escrutadora mirada del hombre de negro —Walter— y despertó en el mundo de Rolando.

Antes de que den alcance al hombre de negro, Jake vuelve a morir..., esta vez porque el pistolero, enfrentado a la segunda elección más angustiada de su vida, decide sacrificar a este hijo simbólico. Obligado a elegir entre la Torre y el chico, Rolando elige la Torre. Las últimas palabras de Jake al pistolero antes de hundirse en el abismo son: «Váyase, pues. Existen otros mundos aparte de éstos.»

La confrontación final entre Rolando y Walter se produce en un polvoriento Gólgota de huesos descompuestos. El hombre de negro le lee el futuro a Rolando con una baraja de cartas de Tarot. Tres cartas muy extrañas —El Prisionero, La Dama de las Sombras y La Muerte («pero no para ti, pistolero») — se ofrecen particularmente a la atención de Rolando.

El segundo volumen, *La llegada de los tres*, empieza a orillas del Mar Occidental, no mucho después de que haya concluido la confrontación de Rolando con Walter. Un pistolero exhausto despierta en mitad de la noche para descubrir que la marea alta ha traído consigo una horda de bestias carnívoras y rastreras, las «langostruosidades». Antes de que pueda huir de su reducido campo de acción, Rolando es gravemente lesionado por esas bestias, que le arrancan los dedos índice y medio de la mano derecha. Además, el pistolero queda emponzoñado por el veneno de las langostruosidades, y cuando reanuda su viaje hacia el norte por la orilla del Mar Occidental es un hombre enfermo..., tal vez moribundo.

Encuentra tres puertas que se alzan aisladas en la playa. Todas ellas se abren —para Rolando y únicamente para él— a nuestro mundo; de hecho a la unidad en que vivía Jake.

Rolando visita Nueva York en tres puntos de nuestro continuo temporal con el propósito de salvar su propia vida y al mismo tiempo atraer a los tres invocados que deben acompañarle en su camino hacia la Torre.

Eddie Dean es *El Prisionero*, un adicto a la heroína que vive en el Nueva York de finales de los años ochenta. Rolando cruza la puerta de la playa que da a su mundo y se introduce en la

mente de Eddie en el momento en que éste, que trabaja como camello de cocaína para un hombre llamado Enrico Balazar, está a punto de aterrizar en el aeropuerto Kennedy.

Tras una serie de espeluznantes aventuras, Rolando consigue obtener cierta cantidad de penicilina y transportar a Eddie Dean a su propio mundo.

Eddie, un yonqui que se descubre transportado a un mundo en el que no existe heroína (y si vamos a eso ni pollo frito Popeye), no se alegra demasiado de verse allí.

La segunda puerta conduce a Rolando a *La Dama de las Sombras*, que en realidad son dos mujeres en un solo cuerpo. Esta vez Rolando se encuentra en el Nueva York de principios de los sesenta, cara a cara con Odetta Holmes, una joven activista en favor de los derechos civiles confinada en una silla de ruedas. En el interior de Odetta se oculta Detta Walker, una mujer taimada y rebosante de odio. Cuando esta doble mujer es atraída al mundo de Rolando, las consecuencias para Eddie y el cada vez más enfermo pistolero son explosivas. Odetta cree que todo lo que le sucede es un sueño o una alucinación; Detta, un intelecto mucho más brutalmente directo, se consagra a la tarea de acabar con Rolando y Eddie, a quienes ve como dos diablos blancos torturadores.

Jack Mort, un asesino psicópata que se esconde tras la tercera puerta (Nueva York a mediados de los años setenta), es *La Muerte*. Mort ya ha provocado grandes cambios en la vida de Odetta Holmes/Detta Walker en dos ocasiones, aunque ninguno de ellos lo sabe. Mort, cuyo modus operandi consiste en empujar a sus víctimas o arrojarles algo desde lo alto, le ha hecho las dos cosas a Odetta en el curso de su demencial pero muy cautelosa carrera. Cuando Odetta era niña, le dejó caer en la cabeza un ladrillo que sumió a la pequeña en un estado de coma y provocó el nacimiento de Detta Walker, la hermana oculta de Odetta. Años después, en 1959, Mort vuelve a encontrarse con Odetta y la empuja a las vías del metro en la estación de Greenwich Village, delante de un tren en marcha. Odetta sobrevive a este nuevo atentado, pero no indemne: el tren le corta las piernas a la altura de la rodilla.

Sólo la presencia de un joven y heroico médico (y tal vez el desagradable pero indómito espíritu de Detta Walker) consigue salvarle la vida..., o así se diría. A ojos de Rolando, estas interacciones apuntan a un poder superior a la mera coincidencia; él cree que las fuerzas titánicas que rodean la Torre Oscura han empezado a actuar de nuevo.

Rolando descubre que Jack Mort puede hallarse además en el corazón de otro misterio —un misterio que es también una paradoja que amenaza con destruirle la mente—, pues la víctima que Mort está acechando en el momento en que el pistolero se introduce en su vida no es otra que Jake, el muchacho que Rolando conoció en la estación de paso y perdió bajo las montañas. Rolando nunca ha tenido motivos para dudar del relato de Jake sobre su muerte en nuestro mundo ni para indagar quién fue su asesino: Walter, naturalmente. Jake lo vio vestido de sacerdote cuando la muchedumbre se congregaba en torno al lugar donde él yacía agonizante, y Rolando nunca ha puesto en duda su descripción.

Tampoco es que la ponga en duda ahora; Walter estaba allí, claro que estaba, de eso no cabe duda. Pero ¿y si hubiera sido Jack Mort, y no Walter, quien empujó a Jake hacia el Cadillac que acabó con su vida? ¿Es eso posible? Rolando no lo sabe, no está seguro, pero si en verdad sucedió así, ¿dónde está Jake ahora? ¿Muerto? ¿Vivo? ¿Atrapado en algún punto del tiempo?

Y si Jake Chambers sigue sano y salvo en su propio mundo, en el Manhattan de mediados de los años setenta, ¿cómo es que Rolando todavía se acuerda de él?

A pesar de esta desconcertante y acaso peligrosa complicación, la prueba de las puertas —y la invocación de los tres— concluye con éxito para Rolando.

Eddie Dean acepta su lugar en el mundo de Rolando porque se ha enamorado de La Dama de las Sombras. Detta Walker y Odetta Holmes, las otras dos componentes del trío de Rolando, se funden en una sola personalidad que combina rasgos de Detta y de Odetta cuando el pistolero consigue por fin obligar a cada personalidad a que reconozca la existencia de la otra. Este híbrido es capaz de aceptar y devolver el amor que Eddie le profesa. Odetta Susannah Holmes y Detta Susannah Walker se convierten así en una nueva mujer, una tercera mujer: Susannah Dean.

Jack Mort perece bajo las ruedas del mismo metro —el célebre tren A— que quince o

dieciséis años antes había segado las piernas de Odetta. No es que se pierda gran cosa con su muerte.

Y por primera vez en años sin cuento, Rolando de Galaad ya no está solo en su búsqueda de la Torre Oscura. Cuthbert y Alain, sus perdidos camaradas de antaño, han sido sustituidos por Eddie y Susannah..., pero algo hay en el pistolero que lo convierte en mala medicina para sus amigos.

Muy mala medicina, en verdad.

Las tierras baldías retoma la historia de estos tres peregrinos sobre la faz del Mundo Medio algunos meses después de la confrontación ante la última puerta de la playa. Han recorrido un buen trecho tierra adentro.

El período de reposo se acerca a su fin, y ha comenzado un período de aprendizaje. Susannah está aprendiendo a disparar... Eddie está aprendiendo a tallar... y el pistolero está aprendiendo qué se experimenta cuando uno pierde la mente, un fragmento tras otro.

(Una última nota: mis lectores de Nueva York se darán cuenta de que me he tomado ciertas libertades geográficas con la ciudad. Espero que me sean perdonadas.)

*A heap of broken images, where the sun beats,
And the dead tree gives no shelter, the cricket no relief,
And the dry stone no sound of water. Only
There is shadow under this red rock,
(Come in under the shadow of this red rock),
And I will show you something different from either
Your shadow in the morning striding behind you
Or your shadow at evening rising to meet you;
I will show you fear in a handful of dust.*

T. S. Eliot
The Waste Land

*If there pushed any ragged thistle-stalk
Above his mates, the head was chopped; the bents
Were jealous else. What made those holes and rents
In the dock's harsh swarth leaves, bruised as to balk
All hope of greenness? tis s brute must walk
Pashing their life out, with a brute's intents.*

Robert Browning
Childe Roland to the Dark Tower Came

*«What river is it?» enquired Millicent idly.
«It's only a stream. Well, perhaps a little more than that. It's called the Waste.»
«Is it really?»
«Yes», said Winifred, «it is».*

Robert Aickman
Hand in Glove

*Un montón de imágenes rotas, en las que pega el sol,
y el árbol muerto no da refugio, ni el grillo alivio,
ni la piedra seca sonido de agua. Sólo
hay sombra bajo esta roca roja,
(ven a la sombra de esta roca roja),
y te mostraré algo distinto
de tu sombra de la mañana que avanza tras de ti
o de tu sombra del atardecer que se alza a tu encuentro;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo.*

T. S. Eliot
La tierra baldía

*Si algún rasgado tallo de cardo se elevaba
sobre sus compañeros, le cortaban la cabeza; los gachos
tenían celos si no. ¿Qué hizo esos agujeros y desgarrones
en las ásperas hojas de césped del embarcadero, aplastadas como para frustrar
toda esperanza de verdor? Es que alguna bestia debe andar
destrozando su vida, con intentos de bestia.*

Robert Browning
Childe Roland en la torre oscura

—¿Qué río es? —inquirió Millicent ociosamente.
—Sólo es un arroyo. Bueno, quizás un poquitín más que eso. Se llama el Waste.
—¿De veras?
—Sí —dijo Winifred—. Así se llama.

Robert Aickman
La mano enguantada

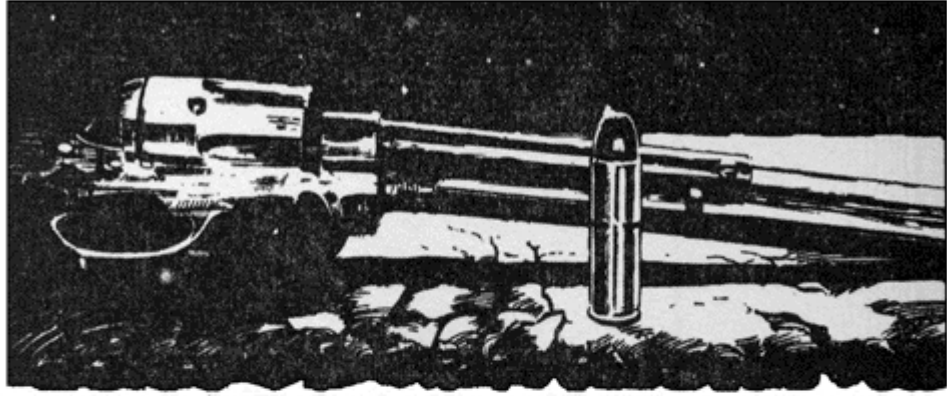
LIBRO I JAKE:

MIEDO

EN UN PUÑADO

POLVO

I. O S O



Y H U E S O

1

Era la tercera vez que disparaba con munición real, y la primera vez que lo hacía sacando de la pistolera que Rolando había confeccionado para ella.

Disponían de munición en abundancia; Rolando había traído más de trescientos cartuchos desde el mundo en que Eddie y Susannah Dean habían vivido sus vidas hasta el momento de ser invocados. Pero tener munición en abundancia no significaba que pudieran malgastarla, sino todo lo contrario. Los dioses no veían con buenos ojos a los derrochadores. Rolando había sido educado en esta creencia, primero por su padre y luego por Cort, su mayor maestro, y aún la mantenía. Tal vez aquellos dioses no castigaran de inmediato, pero tarde o temprano habría que cumplir la penitencia... y cuanto más larga la espera, mayor sería la pena.

De todos modos, al principio no habían necesitado munición real. Rolando llevaba más años disparando de los que la mujer morena de la silla de ruedas hubiera podido imaginar. Al principio la corregía observando sencillamente cómo apuntaba y disparaba sin bala contra los blancos que él le preparaba. La mujer aprendía deprisa. Tanto ella como Eddie aprendían deprisa.

Tal como Rolando había sospechado, los dos eran pistoleros natos. Aquel día, Rolando y Susannah habían llegado a un claro a menos de un par de kilómetros del campamento que desde hacía casi dos meses era su hogar en los bosques. Los días venían transcurriendo con una dulce semejanza. El cuerpo del pistolero se iba curando mientras Eddie y Susannah aprendían lo que el pistolero tenía que enseñarles: cómo disparar, cómo cazar, cómo destripar y limpiar lo que habían matado; cómo tensar primero las pieles de sus presas, y cómo secarlas y curtirlas luego; cómo utilizar todo lo que se pudiera utilizar de forma que ninguna parte del animal quedara desaprovechada; cómo encontrar el norte por la Vieja Estrella y el este por la Vieja Madre; cómo escuchar al bosque en que entonces se encontraban, cien kilómetros o más al noreste del Mar Occidental. Aquel día Eddie se había rezagado, y el pistolero no se sentía preocupado por ello. Las lecciones que se recuerdan por más tiempo —Rolando no lo ignorabason siempre las que uno aprende por sí mismo.

Pero la que había sido siempre la lección más importante, aún la seguía siendo: cómo disparar y cómo acertar todas las veces a lo que uno disparaba. Cómo matar.

Los linderos del claro estaban formados por abetos oscuros y olorosos que lo rodeaban en un semicírculo irregular. Hacia el sur, el terreno se quebraba bruscamente y caía un centenar de metros en una serie de repisas de esquisto desmenuzado y abruptos acantilados, como la escalera de un gigante. Un arroyo transparente surgía del bosque y cruzaba el claro por su centro, burbujeando primero por un profundo canal excavado en la tierra esponjosa y la piedra quebradiza, derramándose luego por el astilloso suelo de roca que descendía en una suave pendiente hasta el punto en que la tierra se desplomaba.

El agua fluía por los peldaños en una sucesión de cascadas que creaban un sinnúmero de arco iris temblorosos. Más allá se abría un profundo y magnífico valle cubierto de abetos; entre los que algunos olmos antiguos y poderosos se negaban a dejarse expulsar. Éstos se erguían verdes y frondosos, árboles que acaso fueran ya viejos cuando la tierra de la que Rolando procedía era aún joven. El pistolero no advirtió ningún indicio de que el valle hubiera ardido jamás, aunque suponía que en un momento u otro debía de haber atraído al rayo. Pero tampoco eran los rayos el único peligro. En alguna época remota había vivido gente en aquel bosque; durante las últimas semanas, Rolando había visto sus restos en más de una ocasión. La mayoría eran objetos primitivos, pero entre ellos se encontraban fragmentos de alfarería que sólo podían haberse cocido al fuego. Y el fuego era un elemento maligno que se deleitaba en escapar de las manos que lo creaban.

Sobre este panorama de libro ilustrado se combaba un intachable cielo azul por el que algunas cornejas volaban en círculos a varios kilómetros de allí, graznando con sus antiguas y herrumbrosas voces. Parecían inquietas, como si amenazara tormenta, pero Rolando había olfateado el aire y no había lluvia en él.

A la izquierda del arroyo se alzaba un peñasco. Rolando había colocado sobre él seis lascas

de piedra. Todas estaban profusamente moteadas de mica, y bajo el tibio sol de la tarde relucían como lentes.

—La última oportunidad .—avisó el pistolero—. Si la pistolera te resulta incómoda, aunque sea en lo más mínimo, dímelo ahora. No hemos venido aquí a malgastar balas.

La mujer le dirigió una mirada sardónica, y Rolando creyó ver por un instante a Detta Walker en su interior. Como un guiño arrancado por un sol brumoso a una barra de acero.

—¿Qué harías si me resultara incómoda y no te lo dijera, si fallara con esas seis cositas menudas? ¿Me darías un bofetón como solía hacer aquel maestro tuyo?

El pistolero sonrió. Había sonreído más en las últimas cinco semanas que en los cinco años que las habían precedido.

—No puedo hacer eso, y tú lo sabes. Para empezar, éramos niños; niños que aún no habíamos pasado nuestros ritos de la virilidad. Se puede abofetear a un niño para corregirlo, pero...

—En mi mundo, las personas sensibles tampoco ven con buenos ojos que se abofetee a los pequeños —le interrumpió Susannah secamente. El pistolero se encogió de hombros. Se le hacía difícil imaginar un mundo así —¿acaso el Gran Libro no decía «No seas parco con la vara para que el niño no se malcríe»?—, pero no creía que Susannah estuviera mintiendo.

—Tu mundo no se ha movido. Muchas cosas son distintas allí. ¿Acaso no lo vi con mis propios ojos?

—Supongo que sí.

—En todo caso, Eddie y tú no sois niños. No estaría bien que os tratara como si lo fuerais. Y si hicieran falta pruebas, los dos las habéis pasado.

Aunque no lo dijo, pensaba en lo sucedido en la playa, cuando Susannah había enviado al infierno a tres de aquellas langostruosidades antes de que pudieran mondarles los huesos a Eddie y a él. Vio que ella respondía con una sonrisa y pensó que quizás estuviera recordando el mismo episodio.

—¿Y qué vas a hacer si la cago en todos los tiros?

—Te miraré. Creo que será suficiente.

Ella sopesó estas palabras y al final asintió.

—Podría ser.

Probó de nuevo la canana. Le cruzaba el pecho casi como una sobaquera (una disposición que Rolando concebía como un abrazo de estibador) y parecía bastante sencilla, pero habían hecho falta varias semanas de intentos y errores, y muchos retoques y adaptaciones, para que quedara a la perfección. El cinto y el revólver, que asomaba su gastada empuñadura de sándalo por el borde de la antigua pistolera engrasada, habían pertenecido en otro tiempo al pistolero; la pistolera había colgado sobre su cadera derecha. Rolando había necesitado buena parte de aquellas cinco semanas para llegar a admitir que nunca más volvería a colgar allí. Gracias a las langostruosidades, ahora era estrictamente un pistolero zurdo.

—Bueno, ¿cómo te sienta? —volvió a preguntar.

Esta vez Susannah se rió de él.

—Rolando, esta podrida pistolera es todo lo cómoda que puede llegar a ser. Ahora, ¿quieres que dispare o vamos a quedarnos a escuchar cómo cantan las cornejas allá arriba?

El pistolero sintió hormigear bajo su piel los deditos agudos de la tensión y supuso que a veces Cort habría sentido lo mismo tras su fachada imperturbable y ceñuda. Quería que fuera buena... Mejor dicho, necesitaba que fuera buena. Pero demostrar abiertamente cuánto lo quería y lo necesitaba podía conducir al desastre.

—Repíteme otra vez la lección, Susannah.

Ella suspiró con fingida exasperación, pero mientras hablaba se le borró la sonrisa, y su rostro oscuro y hermoso se puso solemne. Y de sus labios el pistolero volvió a oír el antiguo catecismo, renovado en su boca. Nunca había esperado oír aquellas palabras a una mujer. Qué naturales sonaban..., pero qué extrañas y peligrosas, también.

—No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Apunto con el ojo.

»No disparo con la mano; la que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Disparo con la mente.

»No mato con la pistola... —Se interrumpió y señaló las piedras refulgentes de mica colocadas sobre el peñasco—. De todos modos, no voy a matar nada. Sólo son pedacitos de roca.

Su expresión —un poco altanera, un poco traviesa— daba a entender que esperaba que Rolando se exasperase con ella. Pero Rolando se había encontrado donde ella se encontraba ahora; no había olvidado que los aprendices impertinentes y dados a morder precisamente descubierto en su interior una capacidad inesperada. Sabía enseñar. Más aún, le gustaba enseñar, y de vez en cuando se sorprendía preguntándose si a Cort le sucedía lo mismo. Sospechaba que sí.

En aquel momento otras cornejas empezaron a graznar roncamente, ahora desde el bosque situado a sus espaldas. Una parte de la mente de Rolando se dio cuenta de que estos nuevos graznidos eran agitados y no meramente bulliciosos; sonaban como si algo hubiera asustado a los pájaros haciéndoles abandonar lo que estuviesen devorando. Pero tenía cosas más importantes en qué pensar que en lo que hubiera podido asustar a una bandada de cornejas, así que se limitó a registrar el dato y volvió a concentrar su atención en Susannah. Comportarse de otro modo con un aprendiz era como pedir un segundo mordisco, esta vez menos juguetón. ¿Y de quién sería la culpa? ¿De quién, si no del maestro? ¿Acaso no estaba entrenándola para morder? ¿Acaso no se estaban entrenando los dos para morder? ¿No consistía en eso ser un pistolero, una vez eliminadas las severas frases del ritual y apagadas las férreas notas de gracia del catecismo? ¿Acaso no era él (o ella) un halcón humano, entrenado para morder a la voz de mando?

—No —replicó—. No son piedras.

Ella enarcó un poco las cejas y empezó a sonreír de nuevo. Al ver que Rolando no iba a estallar —como a veces hacía cuando ella se mostraba lenta o impertinente—, sus ojos volvieron a adquirir aquel destello burlón de sol sobre acero que él relacionaba con Detta Walker.

—¿Ah, no?

Su tono provocativo era aún amistoso, pero a él le pareció que se volvería malintencionado si se lo permitía. La mujer estaba en tensión, alerta, medio enseñando ya las garras.

—No, no lo son —repitió, devolviéndole la burla. También su sonrisa empezó a regresar, pero era dura y desprovista de humor—. Susannah, ¿te acuerdas de los blancos hijeputas?

La sonrisa de ella empezó a desvanecerse.

—¿Los blancos hijeputas de Oxford Town?

La sonrisa se borró por completo.

—¿Recuerdas lo que los blancos hijeputas os hicieron a ti y a tus amigos?

—Aquella no era yo —protestó Susannah—. Aquella era otra mujer. —Sus ojos adquirieron una expresión hosca y apagada. Rolando detestaba aquella expresión, pero al mismo tiempo se sentía encantado con ella. Era la expresión perfecta, la que anunciaba que las astillas estaban ardiendo bien y que los leños más grandes no tardarían en prender.

—Sí que lo eras. Te guste o no, eras Odetta Susannah Holmes, hija de Sarah Walker Holmes. No tú como eres ahora, sino tú como eras. ¿Recuerdas las mangueras contra incendios, Susannah? ¿Y los dientes de oro? ¿Recuerdas cómo los veías mientras utilizaban las mangueras contra ti y tus amigos en Oxford, y cómo los veías brillar cuando se reían?

Todas estas cosas, y muchas otras, se las había contado ella a lo largo de muchas noches mientras se consumía la hoguera del campamento. El pistolero no lo entendía todo, pero aun de pistolero eran díscolos y fogosos, en el momento equivocado..., y había así la escuchaba con atención. Y recordaba. Después de todo, el dolor era una herramienta. A veces era la mejor herramienta.

—¿Qué te pasa, Rolando? ¿Por qué te empeñas en remover esa basura?

Ahora los ojos hoscos lo contemplaban con un brillo peligroso; le recordaban los ojos de Alain cuando el bonachón de Alain se enfurecía por fin.

—Esas piedras de allá son aquellos hombres —dijo Rolando con voz suave—. Los hombres

que te encerraron en una celda y dejaron que te ensuciaras encima. Los hombres de los garrotes y los perros. Los hombres que te llamaban negra de mierda. —Las señaló con el dedo, desplazándolo de izquierda a derecha—. Aquél es el que te pellizcó los pechos y se rió. Aquél es el que dijo que tendría que comprobar que no llevaras nada escondido dentro del culo. Aquél es el que dijo que eras un chimpancé con un vestido de quinientos dólares. Aquél es el que no cesaba de pasar la porra sobre los radios de tu silla de ruedas, hasta que creíste que aquel sonido iba a volverte loca. Aquél es el que llamó «rojillo maricón» a tu amigo León. Y el del extremo, Susannah, es Jack Mort.

»Ahí. Esas piedras. Esos hombres.

Ella había empezado a respirar con rapidez, y su pecho se alzaba y caía en veloces sacudidas bajo la canana del pistolero con su pesada carga de balas. Sus ojos ya no miraban hacia él; se habían vuelto hacia las lascas de piedra moteadas de mica. A sus espaldas, y a cierta distancia, un árbol se astilló y cayó al suelo. Más cornejas graznaron en el cielo. Absortos en el juego que ya no era un juego, ninguno de los dos se dio cuenta.

—¿Ah, sí? —jadeó ella—. Conque sí, ¿eh?

—Así es. Ahora, di la lección, Susannah, y sé certera.

Esta vez las palabras se desprendieron de sus labios como pequeños fragmentos de hielo. La mano derecha le temblaba ligeramente sobre el brazo de la silla de ruedas, como un motor al ralentí.

—No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Apunto con el ojo.

—Bien.

—No disparo con la mano; la que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Disparo con la mente.

—Así ha sido siempre, Susannah.

—No mato con la pistola; la que mata con la pistola ha olvidado el rostro de su padre.

»Mato con el corazón.

—¡Pues entonces MÁTALOS, en nombre de tu padre! —gritó Rolando—. ¡MÁTALOS A TODOS!

Su mano derecha fue una mancha borrosa entre el brazo de la silla y la culata del seis tiros de Rolando. Sacó en un segundo, y su mano izquierda descendió y abanicó el percutor en una serie de pasadas casi tan veloces y delicadas como el aleteo de un colibrí. Seis detonaciones secas resonaron a lo ancho del valle, y cinco de los seis trozos de piedra colocados sobre el peñasco desaparecieron de la existencia en un parpadeo.

Durante un instante ninguno de los dos dijo nada —pareció que ni siquiera respiraban mientras los ecos rebotaban de un lado a otro, apagándose lentamente. Hasta las cornejas callaron, por el momento al menos.

El pistolero rompió el silencio con cuatro palabras átonas, aunque extrañamente enfáticas.

—Ha estado muy bien.

Susannah contempló la pistola que sostenía en la mano como si no la hubiera visto nunca. Un zarcillo de humo surgía del cañón, perfectamente recto en el silencio sin viento. Después, sin apresurarse, la devolvió a la pistolera que colgaba bajo su pecho.

—Bien, pero no perfecto —dijo al fin—. He fallado uno.

—¿De veras? —Rolando se acercó al peñasco y cogió la única piedra que quedaba. La miró de soslayo y se la lanzó.

Ella la atrapó con la mano izquierda; la derecha —observó él con aprobación—, permaneció cerca de la pistola enfundada. Susannah disparaba mejor y con más naturalidad que Eddie, pero había tardado más que él en aprender esta lección en particular. Si hubiera estado con ellos durante el tiroteo en el club nocturno de Balazar, quizá la habría aprendido. Ahora, comprobó Rolando, empezaba por fin a asimilarla. Susannah examinó la piedra y vio una muesca de apenas un milímetro en su parte superior.

—Sólo la has rozado —le explicó Rolando mientras regresaba a su lado—, pero en un

tiroteo, a veces es todo lo que hace falta. Si rozas a un tipo, le haces perder la puntería... —Hizo una pausa—. ¿Por qué me miras así?

—No lo sabes, ¿eh? Realmente no lo sabes.

—No. Muchas veces tu mente está cerrada para mí, Susannah.

No habló a la defensiva, y ella meneó la cabeza con exasperación. A él, la veloz danza movidiza de la personalidad de Susannah, a veces le ponía nervioso; a ella, la aparente incapacidad de Rolando para decir otra cosa que no fuera exactamente aquello en que estaba pensando, nunca dejaba de producirle el mismo efecto. Era el hombre más literal que jamás hubiera conocido.

—Muy bien —respondió ella—, voy a decirte por qué te miro así, Rolando. Porque lo que me has hecho ha sido una sucia jugarreta. Dijiste que no me abofetearías, que no podrías abofetearme aunque me pusiera borde..., pero, una de dos, o me has mentido o eres muy estúpido, y me consta que no eres ningún estúpido. La gente no siempre abofetea con la mano, como cualquier hombre o mujer de mi raza puede atestiguar. En el lugar de donde vengo tenemos un dicho: «Piedras y bastones pueden romperme los huesos...»

—«... pero las provocaciones nunca me harán daño» —concluyó Rolando.

—Bueno, no lo decimos exactamente así, pero supongo que se acerca bastante. Lo digas como lo digas, es una trola. Lo que acabas de hacerme es un vapuleo con palabras. Tus palabras me han dolido, Rolando. ¿Vas a quedarte ahí parado y decirme que no lo sabías?

Lo contempló con brillante y severa curiosidad desde su silla, y Rolando pensó —no por primera vez— que los blancos hijeputas del país de Susannah debían de haber sido muy valientes o muy lerdos para atreverse a zaherirla, con silla de ruedas o sin ella. Y después de haberse paseado entre ellos, no creía que el valor fuese la respuesta.

—No he pensado en tu dolor, ni me importa —contestó pacientemente—. Te he visto enseñar los dientes y pensé que ibas a morder, así que te metí un palo en la boca. Y ha funcionado, ¿verdad?

La expresión de Susannah reflejó un dolorido desconcierto.

—Pero... ¡Cabrón!

En lugar de responder, él retiró la pistola de su funda, abrió el tambor con los dos dedos que le quedaban en la mano derecha y empezó a recargarlo con la izquierda.

—De todos los déspotas arrogantes...

—Necesitabas morder —le interrumpió él en el mismo tono paciente—. Si no, habrías disparado mal; habrías disparado con la mano y la pistola, y no con el ojo, la mente y el corazón. ¿Ha sido eso una mala jugada? ¿Ha sido arrogante? Yo creo que no. Creo, Susannah, que eras tú la que llevaba arrogancia en su corazón. Creo que eras tú la que pensaba en jugarretas. Pero eso no me preocupa. Todo lo contrario. Un pistolero sin dientes no es un pistolero.

—¡Yo no soy ningún pistolero, maldita sea!

Rolando lo pasó por alto; podía permitírselo. Si ella no era un pistolero, él era un zopenco.

—Si estuviéramos jugando, podría haberme comportado de otro modo, pero esto no es ningún juego. Es...

Se llevó la mano buena a la frente y la dejó allí, con los dedos encorvados justo por encima de la sien izquierda. Las puntas de los dedos, observó ella, temblaban ligeramente.

—¿Qué te pasa, Rolando? —le preguntó con suavidad.

La mano descendió poco a poco. El pistolero devolvió el tambor a su lugar y depositó el revólver en la funda que ella llevaba colgada.

—Nada.

—Sí, te pasa algo. Lo he visto. Y Eddie también lo ha visto. Empezó poco después de que dejáramos la playa. Es algo malo, y va empeorando.

—No me pasa nada malo —repitió.

Extendió las manos y cogió las de él. Su ira se había esfumado, al menos por el momento. Le miró fijamente a los ojos.

—Eddie y yo... Éste no es nuestro mundo, Rolando. Aquí moriríamos sin ti. Tenemos tus

pistolas y sabemos utilizarlas, tú nos has enseñado a hacerlo bastante bien, pero aun así moriríamos. Nosotros... nosotros dependemos de ti. Así que, cuéntame qué anda mal. Deja que intente ayudarte. Déjanos que intentemos ayudarte.

Rolando nunca había sido un hombre que se comprendiera a sí mismo en profundidad, ni que se interesara por ello; la idea de reflexionar sobre sí mismo, y mucho menos analizarse, le resultaba ajena. Su estilo consistía en actuar; consultar rápidamente sus procesos interiores, del todo misteriosos, y actuar seguidamente. De todos ellos, él era el producto más perfecto, un hombre cuyo núcleo profundamente romántico estaba encerrado en una caja brutalmente sencilla hecha de instinto y pragmatismo. En aquel momento dio una de esas fugaces miradas a su interior y decidió contárselo todo a Susannah. Le pasaba algo malo; oh, sí, no cabía la menor duda. Algo andaba mal en su mente; algo tan sencillo como su naturaleza y tan extraño como la vida fantástica y vagabunda a la que esa naturaleza le había empujado.

Abrió la boca para decir «voy a explicarte lo que anda mal, Susannah, y te lo explicaré en sólo tres palabras. Estoy volviéndome loco». Pero antes de que pudiera empezar, otro árbol se desplomó en el bosque con un gran estrépito rechinante. Éste había caído más cerca, y esta vez no estaban profundamente absortos en una lucha de voluntades disfrazada de lección. Los dos lo oyeron, los dos oyeron el agitado graznar de cornejas que resonó a continuación, y los dos se dieron cuenta de que el árbol había caído cerca de su campamento.

Susannah se había vuelto en la dirección del ruido, pero enseguida sus ojos grandes y consternados se posaron en el rostro del pistolero.

—¡Eddie! —exclamó.

Un grito se alzó en la profunda espesura verde de los bosques que se extendían a sus espaldas, un vasto grito de rabia. Cayó otro árbol, y después otro. Empezaron a caer produciendo como una salva de fuego de mortero. «Madera seca —pensó el pistolero—. Árboles muertos.»

—¡Eddie! —Esta vez fue un alarido—. ¡Sea lo que sea, está cerca de Eddie! —Las manos de Susannah volaron hacia las ruedas de su silla y emprendieron la laboriosa tarea de hacerla girar.

—No hay tiempo para eso. —Rolando la cogió por debajo de los brazos y la alzó en vilo. Ya la había cargado antes, cuando el terreno era demasiado irregular para la silla de ruedas los dos hombres la habían cargado, pero, aun así, su asombrosa e implacable velocidad no dejó de sorprenderla. En un instante dado estaba en la silla de ruedas, un artefacto adquirido en la mejor tienda de artículos de ortopedia de Nueva York en el otoño de 1962. En el siguiente se encontraba en precario equilibrio sobre los hombros de Rolando como una animadora, sujetando los lados de su cuello con sus muslos vigorosos, las manos sobre su cabeza, apoyada sobre su espalda. El pistolero empezó a correr con ella a cuestras, pisoteando con sus botas la tierra cubierta de agujas de pino entre los surcos dejados por la silla de ruedas.

—¡Odetta! —gritó, volviendo en este momento de tensión al nombre con que la había conocido por primera vez—. ¡No pierdas la pistola! ¡En el nombre de tu padre!

Se internó a toda velocidad entre los árboles. Encajes de sombras y brillantes cadenas hechas de manchas de sol se deslizaban sobre ellos en movedizos mosaicos mientras Rolando alargaba sus zancadas. Corrían cuesta abajo. Susannah alzó la mano izquierda para protegerse de una rama, doblada por el hombro del pistolero, que iba a azotarla, al mismo tiempo que su mano derecha descendía hasta la culata del antiguo revólver.

«Un kilómetro y medio —pensó—. ¿Cuánto se tarda en recorrer un kilómetro y medio al paso que lleva? No mucho, si consigue no perder pie sobre estas resbaladizas agujas... pero quizá demasiado. Que no le pase nada, Dios mío, que no le pasa nada a mi Eddie.»

Como si fuera una respuesta, oyó que la bestia invisible lanzaba su grito de nuevo. Su enorme voz era como un trueno. Como una maldición.

Era la criatura más grande de aquella floresta antaño conocida como los Grandes Bosques Occidentales, y también la más vieja. Muchos de los enormes y antiguos olmos que Rolando había advertido en el valle de abajo eran poco más que vástagos que apenas brotaban del suelo cuando el oso surgió como un ser brutal y errabundo de las vagas extensiones desconocidas del Mundo Exterior.

En otro tiempo, los Antiguos habían habitado en los Bosques Occidentales (suyo eran los restos que Rolando encontraba de vez en cuando desde hacía una semanas) y se había marchado por temor al oso enorme y en apariencia inmortal. Al principio, cuando descubrieron que no estaban solos en el nuevo territorio al que habían llegado, intentaron matarlo, pero aunque sus flechas lo enfurecían, no lograban producirle un verdadero daño. Y al oso no se le escapaba la causa de sus tormentos, a diferencia de los demás animales del bosque, incluso los felinos predadores que criaban y se amadrigaban en los cerros arenosos de poniente. No; el oso sabía muy bien de dónde procedían las flechas. Lo sabía. Y por cada flecha que hallaba su blanco en la carne oculta bajo su holgada piel, él se llevaba tres, cuatro, y a veces hasta media docena de los Antiguos. Niños si podía hacerse con ellos, o mujeres en caso contrario. A sus guerreros los desdeñaba, y éste era el colmo de la humillación.

Finalmente, cuando se les hizo patente la verdadera naturaleza de la bestia, cesaron sus intentos de aniquilarla. Era un diablo en persona, por supuesto, o la sombra de un dios. Le llamaron Mir, que para ellos significaba «el mundo de debajo del mundo». Se erguía a más de veinte metros de estatura, y después de dieciocho siglos o más de reinado indiscutido en los Bosques Occidentales estaba muriendo. Tal vez el instrumento de su muerte hubiera sido en principio un organismo microscópico en algo que había comido o bebido; tal vez fuera la edad, y más probablemente una combinación de ambas cosas. La causa no tenía importancia; el resultado final —una colonia de parásitos que se multiplicaban rápidamente devorando su fabuloso cerebro— sí la tenía. Tras años de cordura calculadora y brutal, Mir se había vuelto loco.

El oso se había dado cuenta de que nuevamente había seres humanos en su bosque; él reinaba en los bosques y, aunque eran vastos, nada importante que ocurriera en ellos escapaba por mucho tiempo a su atención. Había evitado a los recién llegados no porque los temiera, sino porque no tenía nada con ellos, ni ellos con él. Pero los parásitos habían dado comienzo a su tarea, y a medida que se acentuaba la demencia del oso, éste se convenció de que eran otra vez los Antiguos, que aquellos tramperos e incendiarios de bosques habían regresado y no tardarían en reanudar sus estúpidas maldades de siempre. Sólo cuando yacía ya en su última guarida, a unos cincuenta kilómetros de distancia de los recién llegados, más enfermo cada amanecer de lo que lo estuviera el anochecer anterior, llegó a creer que los Antiguos habían dado finalmente con una maldad que era eficaz: veneno.

Esta vez no vino a vengarse de alguna herida insignificante, sino a exterminarlos por completo antes de que su veneno terminara de ejercer su efecto en él..., y mientras viajaba, cesó todo pensamiento. Lo que restaba era rabia al rojo, el zumbido oxidado de la cosa que tenía en lo alto de la cabeza —la cosa giratoria situada entre sus oídos, que en otro tiempo había funcionado en suave silencio— y un sentido del olfato misteriosamente agudizado que le conducía sin error hacia el campamento de los tres peregrinos.

El oso, cuyo auténtico nombre no era Mir sino otro completamente distinto, se abrió paso por el bosque como un edificio ambulante, una hirsuta torre de ojos pardo-rojizos. Y aquellos ojos refulgían de fiebre y de locura. Su enorme cabeza, engalanada ahora con una guirnalda de ramas y agujas de abeto, se bamboleaba sin cesar de un lado a otro. De cuando en cuando estornudaba con una sorda explosión de sonido —¡ACHÍS!—, y de los agujeros de su goteante nariz surgían nubes de blancos y culebreantes parásitos. Sus zarpas, armadas de unas garras curvas que medían casi un metro de longitud, desgarraban los árboles. Caminaba erguido, dejando profundas huellas en la tierra blanda y negruzca. Hedía a bálsamo fresco y a mierda vieja y agria.

La cosa que llevaba en lo alto de la cabeza chirriaba y zumbaba, zumbaba y chirriaba. La

trayectoria del oso se mantenía casi constante: una línea recta que lo conduciría al campamento de quienes habían osado regresar a su bosque, de quienes habían osado llenar su cabeza con una agonía verde oscuro. Antiguos o Nuevos, todos morirían. Cuando pasaba junto a un árbol muerto, a veces se apartaba de la línea recta lo suficiente para derribarlo. Le complacía el rugido seco y explosivo de su caída; cuando el árbol se desplomaba por fin sobre el suelo del bosque en toda su podrida longitud o quedaba apoyado contra uno de sus compañeros, el oso reanudaba su avance por entre los haces inclinados de sol, enturbiados por las flotantes partículas de serrín.

3

Dos días antes, Eddie Dean había empezado a tallar de nuevo; la primera vez que tallaba algo desde los doce años. Recordaba que disfrutaba haciéndolo, y que además se le daba bien. Esto último no lo recordaba con certeza, pero al menos había una clara indicación de que era así: Henry, su hermano mayor, no soportaba verlo tallar. «¡Ay, mira el mariquita! —decía Henry—. ¿Qué estás haciendo hoy, mariquita? ¿Una casa de muñecas? ¿Un orinal para tu pichulina? ¡Ohhh...! ¡Qué boniiiito!»

Henry nunca se mostraba franco y le decía a Eddie que no hiciera algo; nunca se le acercaba para decirle a las claras: «¿Te importaría dejar de hacer eso, hermano? Comprende, es que está muy bien, y cuando haces algo que está muy bien me pongo nervioso. Porque, comprende, se supone que soy yo quien hace las cosas muy bien en esta casa. Yo. Henry Dean. Así que escucha qué voy a hacer, hermano: me voy a meter contigo en ciertas cosas. No te diré "Deja de hacer eso, que me pones nervioso", porque podría dar la impresión de que tengo algún problema en la cabeza, ya sabes. Pero puedo meterme contigo porque eso es parte de lo que hacen los hermanos mayores, ¿verdad? Forma parte de la imagen. Me meteré contigo y te provocaré y me burlaré de ti hasta que lo dejes de una jodida vez. ¿Comprendes?»

Bueno, no estaba bien, nada bien, pero en casa de los Dean las cosas generalmente marchaban como Henry quería que marcharan. Y hasta hacía muy poco le había parecido correcto; bien no, pero correcto. Había ahí una diferencia pequeña pero crucial, si uno alcanzaba a captarla. Había dos motivos para que pareciera correcto. Uno era un motivo de por encima; el otro un motivo de por debajo.

El motivo de por encima era que Henry tenía que vigilar a Eddie cuando la señora Dean estaba trabajando. Tenía que vigilar constantemente, porque antes había existido una hermana Dean, no sé si me entienden. Si viviera sería cuatro años mayor que Eddie y cuatro menor que Henry, pero ésta era la cosa, ya ven, que no vivía. La había atropellado un automovilista borracho cuando Eddie tenía dos años. Estaba mirando un juego de rayuela sobre la acera cuando ocurrió.

De pequeño, Eddie pensaba a veces en su hermana mientras escuchaba a Mel Allen retransmitiendo los partidos de la Yankee Baseball Network. Alguien aporreaba bien la bola, y Mel mugía: «¡Madre mía, le ha dado de lleno! ¡HASTA LA VISTA!» Bien, pues el borracho le dio de lleno a Gloria Dean, madre mía, hasta la vista. Gloria estaba ahora en la gran cubierta superior del cielo, y no había sido porque tuviera mala suerte ni porque el estado de Nueva York hubiera decidido no retirarle el permiso al muy cabrón tras su tercer accidente con víctimas, ni siquiera porque Dios se hubiese agachado a recoger un cacahuete; había sucedido (como la señora Dean repetía con frecuencia a sus hijos) porque no había nadie que vigilara a Gloria.

La función de Henry consistía en procurar que a Eddie no le pasara nada por el estilo. Era su función y la cumplía, pero no resultaba fácil. En eso estaban de acuerdo Henry y la señora Dean, si no en otra cosa. Los dos recordaban con frecuencia a Eddie lo mucho que Henry se había sacrificado para protegerlo de automovilistas borrachos, asaltantes y drogadictos, y quizás incluso de extraterrestres malignos que podían estar circulando por las inmediaciones de la cubierta superior, extraterrestres que en cualquier momento podían decidirse a descender de sus ovnis en esquíes de propulsión nuclear para secuestrar niñitos como Eddie Dean. O sea que no estaba bien hacer que Henry se pusiera más nervioso de lo que ya estaba a resultas de esta tremenda responsabilidad. Si a Eddie se le ocurría hacer algo que pusiera aún más nervioso a Henry, Eddie debía dejar de hacerlo inmediatamente. Era una forma de compensar a Henry por todo el tiempo que Henry se había pasado vigilando a Eddie. Visto de este modo, es comprensible que fuera muy injusto hacer cualquier cosa mejor que Henry.

Luego estaba el motivo de por debajo. Ese motivo (el mundo de debajo del mundo, podríamos decir) era más poderoso, porque nunca podía declararse: Eddie no podía permitirse ser mejor que Henry en prácticamente nada, porque en general, Henry, no valía para nada..., excepto para vigilar a Eddie, por supuesto.

Henry enseñó a Eddie a jugar al baloncesto en una cancha cercana al edificio de

apartamentos en que vivían, en un suburbio de hormigón donde las torres de Manhattan se recortaban sobre el horizonte como un sueño y el subsidio de desempleo era rey. Eddie era ocho años menor que Henry y mucho más pequeño, pero también más rápido. Tenía un instinto natural para el juego; en cuanto pisó el cemento agrietado de la pista con el balón entre las manos, los movimientos idóneos parecieron hervir en sus terminaciones nerviosas. Era más rápido, pero eso no representaba gran cosa. Lo que sí representaba gran cosa era esto; Eddie era mejor que Henry. Si no lo hubiera averiguado por los resultados de los partidos de entrenamiento en que a veces participaban, lo habría sabido por las miradas asesinas de Henry y por los duros golpes que Henry solía darle en el antebrazo mientras regresaban a casa. En teoría estos golpes eran bromitas de Henry —«¡Dos por haberte echado atrás!», gritaba alegremente Henry, y acto seguido ¡zas, zas! en el bíceps de Eddie con un nudillo extendido—, pero no parecían bromas. Parecían advertencias, parecían una manera de decirle: «Más te vale no hacerme quedar mal y dejarme en ridículo cuando subas a la canasta, hermano; más te vale no olvidar que te estoy vigilando.»

Lo mismo podía decirse de la lectura, el béisbol, el juego de la herradura, las matemáticas, e incluso saltar la cuerda, que era un juego de niñas. Que él era mejor en estas cosas, o que podría serlo, constituía un secreto que debía ser protegido a toda costa. Porque Eddie era el hermano menor. Porque Henry lo vigilaba. Pero la parte más importante del motivo de por debajo era al mismo tiempo la más sencilla: estas cosas debían guardarse en secreto porque Henry era el hermano mayor de Eddie, y Eddie lo adoraba.

Dos días atrás, mientras Susannah despellejaba un conejo y Rolando empezaba los preparativos para la cena, Eddie se había internado en el bosque, al sur mismo del campamento. Había visto una protuberancia curiosa que sobresalía de un tocón. Le invadió una sensación extraña —supuso que era lo que la gente llamaba *déjà vu*— y se quedó mirando fijamente la protuberancia de la madera, que parecía el tirador deformado de una puerta. Era remotamente consciente de que se le había secado la boca.

Al cabo de varios segundos se dio cuenta de que estaba mirando la protuberancia que brotaba del tocón, pero pensando en el patio trasero del edificio donde Henry y él habían vivido, pensando en el contacto del cemento caliente bajo su culo y los abrumadores olores de la basura del contenedor aparcado en el callejón, a la vuelta de la esquina. En este recuerdo él tenía un trozo de madera en la mano izquierda, y en la derecha un cuchillo de mondar sacado del cajón junto al fregadero. El trozo de madera que sobresalía del tocón había conjurado la memoria de aquel breve período durante el que estuvo perdidamente enamorado de la talla. El recuerdo estaba tan profundamente enterrado que al principio no había sabido qué era.

Lo que más le gustaba de la talla era la parte de ver, que venía antes incluso de empezar. A veces veía un coche o un camión. A veces, un perro o un gato. Recordó que una vez había sido la cara de un ídolo, uno de aquellos inquietantes monolitos de la isla de Pascua que había visto en un ejemplar de *National Geographic*, en la escuela. Ése había resultado bueno. El juego consistía en averiguar qué parte de la cosa se podía sacar de la madera sin romperla. Nunca se podía sacar toda, pero si se iba con muchísimo cuidado, a veces se podía sacar bastante.

En el bulto del tocón había algo. Le pareció que podría sacar bastante de ese algo con ayuda del cuchillo de Rolando, la herramienta más afilada y manejable que había utilizado en su vida.

En el interior de la madera había algo, algo que esperaba con paciencia a que llegara alguien —¡alguien como él!— y lo dejara salir. Que lo liberase.

«¡Ay, mira el mariquita! ¿Qué estás haciendo hoy, mariquita? ¿Una casa de muñecas? ¿Un orinal para tu pichulina? ¿Un tirachinas para jugar a cazar conejos, como los mayores? ¡Ohhh...! ¡Qué boniiiito!»

Experimentó un arrebato de vergüenza, una sensación de cosa incorrecta; aquella poderosa sensación de los secretos que deben protegerse a toda costa, y enseguida recordó —una vez más— que Henry Dean, que en sus últimos años se había convertido en gran sabio y yonqui eminente, estaba muerto. Esta constatación no había perdido aún su capacidad de sorprenderle, y seguía golpeándole de distintas maneras; a veces con pesar, a veces con culpa, a veces con ira. Aquel día, dos días antes de que el gran oso surgiera a paso de carga desde los verdes corredores del bosque, le golpeó del modo más sorprendente. Sintió alivio, y una alegría desbordante.

Era libre.

Eddie tomó prestado el cuchillo de Rolando. Lo utilizó para desprender cuidadosamente la protuberancia de madera, y luego volvió con ella y se sentó debajo de un árbol para examinarla desde todos los ángulos. No miraba la madera; miraba en su interior.

Susannah ya había terminado con el conejo. Echó la carne en la olla suspendida sobre el fuego y tensó la piel entre dos palos, atándola con tiras de cuero que sacó de la bolsa de Rolando. Más tarde, después de la cena, Eddie la rasparía para limpiarla. Susannah se impulsó con los brazos y las manos, deslizándose sin esfuerzo hacia el rincón donde Eddie se había sentado con la espalda recostada en un gran pino. Rolando, junto a la hoguera, desmenuzaba sobre la olla unas hierbas arcanas y sin duda deliciosas.

—¿Qué estás haciendo, Eddie?

Eddie tuvo que reprimir el impulso absurdo de esconder el pedazo de madera detrás de la espalda.

—Nada —respondió—. Se me ha ocurrido que podía..., no sé, que podía tallar algo. —Tras una pausa, añadió—: Pero no se me da muy bien. —Lo dijo de una manera que casi dio la impresión de que pretendía tranquilizarla.

Ella lo contempló intrigada. Por un instante pareció a punto de decir algo, pero al final se

encogió de hombros y lo dejó estar. No tenía ni idea de por qué a Eddie parecía avergonzarle el hecho de entretenerse un rato tallando —el padre de Susannah lo hacía a todas horas—, pero supuso que si se trataba de algo que tenía que hablarse, Eddie ya lo traería a colación en su momento.

Eddie sabía que sus sentimientos de culpa eran absurdos e injustificados, pero también sabía que se encontraba más a gusto tallando cuando Rolando y Susannah no estaban en el campamento. Al parecer, costaba eliminar las viejas costumbres. Superar la heroína era un juego de niños en comparación con superar la propia infancia.

Cuando los otros dos salían a cazar, a disparar o a seguir la peculiar forma de escuela de Rolando, Eddie se sentía capaz de dedicarse a su pedazo de madera con sorprendente habilidad y creciente placer. La forma estaba allí adentro, desde luego; en eso no se había equivocado. Era sencilla, y el cuchillo de Rolando la liberaba con una facilidad pasmosa. Eddie juzgó que iba a sacarla casi toda, y eso quería decir que su tirador podía llegar a convertirse en un arma práctica. No gran cosa en comparación con los pistolones de Rolando, quizá, pero aun así sería algo que habría hecho por sí mismo. Algo suyo. Y esta idea le complacía muchísimo.

Cuando las primeras cornejas se elevaron hacia el cielo, graznando despavoridas, no las oyó. Ya estaba pensando, esperanzado, que quizá no tardaría en ver un árbol que llevara un arco encerrado dentro.

5

Eddie oyó acercarse al oso antes que Rolando y Susannah, pero no mucho antes; estaba perdido en ese elevado aturdimiento que acompaña al impulso creativo en sus momentos más dulces y poderosos. Había reprimido estos impulsos durante la mayor parte de su vida, y ahora éste se había posesionado de él por completo. Eddie era un prisionero de buena gana.

Fue arrancado de esta contemplación no por el ruido de los árboles al romperse sino por el trueno rápido de un revólver calibre 45 que sonó hacia el sur. Eddie alzó la vista, sonriente, y se apartó el flequillo de la frente con una mano cubierta de serrín. En aquel momento, sentado al pie de un alto pino en el claro que se había convertido en su hogar, con el rostro salpicado de rayos entrecruzados de la verdosa y dorada luz del bosque, ofrecía un hermoso aspecto: un joven con una rebelde cabellera oscura que constantemente intentaba derramarse sobre su despejada frente, un joven con una boca enérgica y expresiva y ojos color avellana.

Su mirada se posó por unos instantes en el otro revólver de Rolando, colgado por el cinto de una rama cercana, y Eddie trató de imaginar cuánto tiempo haría desde la última vez que Rolando había ido a alguna parte sin llevar al menos una de sus fabulosas armas suspendida sobre la cadera. Esta pregunta le condujo a otras dos.

¿Qué edad tenía ese hombre que había arrancado a Eddie y Susannah de sus mundos y de sus cuandos? Y, más importante aún, ¿qué andaba mal en él?

Susannah le había prometido plantear la cuestión..., es decir, si disparaba bien y no hacía que a Rolando se le pusieran los pelos de punta. Eddie no creía que Rolando se lo dijera —al menos al principio—, pero ya era hora de hacerle saber que ellos se daban cuenta de que algo andaba mal.

—Habrà agua si Dios quiere —dijo Eddie. Volvió a concentrarse en la talla, con una sonrisita aleteando en los labios. Los dos habían empezado a apropiarse de las frasecitas de Rolando..., y él de las de ellos. Era casi como si fueran mitades de un mismo...

Entonces cayó un árbol muy cerca y Eddie se incorporó al instante, con el tirador a medio tallar en una mano y el cuchillo de Rolando en la otra. Se volvió hacia el ruido, al otro lado del claro, con el corazón palpitante y todos los sentidos alertas. Algo se acercaba. Podía oír con claridad cómo aplastaba los arbustos en su descuidado avance por entre la vegetación, y le maravilló amargamente no haberse dado cuenta antes. En el fondo de su mente, una vocecita le dijo que se lo tenía merecido. Se lo tenía merecido por hacer algo mejor que Henry, por poner nervioso a Henry.

Cayó otro árbol con un crujido como de una chicharra o una tos. Eddie miró hacia un pasillo irregular entre los grandes abetos, y vio elevarse una nube de serrín en el aire inmóvil. El causante de aquella nube soltó un bramido, un sonido feroz que helaba las entrañas. Fuera lo que fuese, era un enorme hijo de puta.

Soltó el pedazo de madera y lanzó el cuchillo de Rolando hacia un árbol situado a unos cinco metros a su izquierda. El arma dio dos vueltas en el aire y se clavó hasta la mitad de la hoja, que quedó vibrando. Eddie se apoderó de la pistola de Rolando, allí colgada, y la amartilló.

¿Plantar cara o huir?

Pero inmediatamente descubrió que no podía permitirse el lujo de elegir. Además de enorme la cosa era veloz, y resultaba demasiado tarde para huir. Una forma descomunal empezó a revelarse en el pasillo de abetos al norte del claro, una forma que se erguía sobre todos los árboles salvo los más altos. Avanzaba directamente hacia él, y cuando sus ojos se fijaron en Eddie Dean lanzó otro de sus gritos.

—Estoy jodido —masculló Eddie mientras otro árbol se doblaba, detonaba como un mortero y se desplomaba entre una nube de polvo y agujas secas. La cosa reanudó un avance hacia el claro donde él se encontraba, un oso del tamaño de King Kong. Sus pisadas hacían temblar la tierra.

«¿Qué vas a hacer, Eddie? —le preguntó repentinamente Rolando—. ¡Piensa! Es la única ventaja que tienes sobre esa bestia. ¿Qué vas a hacer?»

Eddie no se creía capaz de matarlo. Quizá con un bazuca, pero difícilmente con el calibre 45

del pistolero. Podía echar a correr, pero tenía la impresión de que aquella bestia podía ser bastante veloz si se lo proponía. Calculó que las probabilidades de terminar hecho papilla entre las zarpas del gran oso debían de ser de un cincuenta por ciento.

¿Qué podía hacer? ¿Quedarse donde estaba y liarse a disparar? ¿Salir corriendo como si tuviera el pelo en llamas y el culo empezando a prender?

Se le ocurrió una tercera alternativa: podía trepar.

Se volvió hacia el árbol en el que antes estaba apoyado. Era un pino inmenso y venerable, muy posiblemente el árbol más alto de aquella parte del bosque. La primera rama se extendía paralela al suelo como un abanico verde plumoso, a unos dos metros y medio de altura. Eddie desamartilló el revólver y se lo embutió bajo la cintura de los pantalones. Saltó hacia la rama, se aferró a ella y empezó a escalar frenéticamente. A sus espaldas, el oso emitió otro bramido mientras entraba en el claro.

El oso le habría dado alcance de todos modos, habría dejado las tripas de Eddie Dean colgadas de las ramas más bajas como alegres guirnaldas si en aquel momento no le hubiera dado otro de sus accesos de estornudos. Pateó los restos cenicientos de la hoguera alzando una nube negra y seguidamente se quedó casi doblado, con las enormes zarpas delanteras sobre los enormes muslos, de tal manera que por unos instantes pareció un viejo enfundado en un abrigo de pieles, un viejo acatarrado. Estornudó una y otra vez —¡ACHÍS! ¡ACHÍS! ¡ACHÍS!— y expulsó por el hocico nubes de parásitos. Entre sus patas fluyó un chorro de orina caliente que hizo sisear las brasas desperdigadas de la hoguera.

Eddie no desperdició estos cruciales instantes de más que le habían sido concedidos. Se encaramó por el tronco como un mono, deteniéndose una sola vez para comprobar que el revólver del pistolero siguiera firmemente sujeto bajo la cintura de los pantalones. Estaba aterrorizado, medio convencido de que iba a morir (¿qué podía esperar si no, ahora que no estaba Henry para vigilarlo?), pero aun así una risa demencial se desencadenó en su cabeza.

La bestia levantó de nuevo la cabeza, haciendo relucir con guiños y destellos de sol la cosa que giraba entre sus oídos, y cargó contra el árbol de Eddie. Alzó una pata hacia lo alto y descargó un zarpazo para hacer caer a Eddie como si fuera una piña. La zarpa destrozó la rama sobre la que se sostenía justo en el momento en que él saltaba hacia la siguiente. La misma zarpa le destrozó también uno de los zapatos, arrancándoselo del pie y lanzándolo a lo lejos en dos pedazos maltrechos.

«Me parece muy bien —pensó Eddie—. Puedes quedarte con los dos si te parece, Hermano Oso. A fin de cuentas, ya estaban muy gastados.»

El oso bramó y arañó el árbol, abriendo profundas heridas en su antigua corteza, heridas que sangraban una savia clara y resinosa. Eddie siguió trepando. Las ramas empezaban a menguar, y cuando se arriesgó a echar una ojeada hacia abajo se encontró mirando directamente los turbios ojos del oso. Bajo su cabeza echada hacia atrás, el claro se había convertido en una diana, con los restos dispersos de la hoguera en su centro.

—Has fallado, peludo hijo de... —comenzó Eddie, y de pronto el oso, con la cabeza aún inclinada para mirar hacia él, soltó un estornudo. Eddie quedó inmediatamente empapado de un moco caliente lleno de gusanitos blancos. Los gusanos se retorcían frenéticamente sobre la camisa, los antebrazos, el cuello y la cara.

Eddie gritó con una mezcla de sorpresa y repugnancia. Empezó a limpiarse los ojos y la boca, perdió el equilibrio y justo en el último instante logró pasar un brazo en torno a la rama más cercana. Se agarró bien y se restregó la piel, eliminando como pudo aquella flema agusanada. El oso rugió y golpeó otra vez el árbol. El pino osciló como un mástil en una tempestad, pero las marcas que dejaron sus garras en la corteza estaba a unos dos metros por debajo de la rama en la que Eddie había plantado los pies.

Los gusanos se morían, advirtió; debían de haber empezado a morir en cuanto abandonaron los pantanos infectos del interior del cuerpo del monstruo. Eso hizo que se sintiera un poco mejor, y empezó a trepar de nuevo. Se detuvo unos cuantos metros más arriba, sin atreverse a seguir subiendo. El tronco del pino, que en la base debía de medir dos metros y medio de

diámetro, a aquella altura apenas alcanzaba unos cuarenta centímetros de lado a lado. Eddie había repartido su peso sobre dos ramas, pero las notaba ceder elásticamente bajo su peso. Desde allí podía contemplar a vista de pájaro los bosques y las estribaciones de las colinas del oeste, que se extendían bajo él como una ondulante alfombra. En otras circunstancias, habría sido un panorama maravilloso.

«En la cima del mundo, mamá», pensó Eddie. Bajó otra vez la mirada hacia el rostro del oso, y por un instante todo pensamiento lógico fue expulsado de su mente por el aturdimiento.

En el cráneo del oso crecía algo, y ese algo le recordaba a Eddie una pequeña antena de radar.

El aparato giraba a sacudidas, proyectando reflejos de sol, y desde lo alto podía oírlo chirriar en tono agudo. En sus tiempos, Eddie había tenido unos cuantos coches viejos —de aquellos que se veían en las tiendas de segunda mano con las palabras OCASIÓN PARA HOMBRE HABILIDOSO escritas con jabón sobre el parabrisas— y le pareció que el ruido que emitía aquel artilugio era el de unos rodamientos que van a bloquearse si no son sustituidos cuanto antes.

El oso lanzó un gruñido largo y ronroneante. Entre sus mandíbulas rezumaban cuajarones de espuma amarillenta cargada de gusanos. Si Eddie no había visto jamás el rostro de la demencia total (y él creía que sí, puesto que en más de una ocasión se había enfrentado cara a cara con aquella víbora de categoría internacional que era Detta Walker), ahora lo estaba contemplando..., pero gracias a Dios ese rostro se hallaba a unos diez metros por debajo suyo y, extendidas al máximo, aquellas zarpas asesinas quedaban a un metro y medio de sus pies. Y a diferencia de los árboles en los que el oso había desfogado su frustración mientras avanzaba hacia el claro, éste no estaba muerto.

—Estamos en tablas, cariño —bufó Eddie. Se enjugó el sudor de la frente con una mano pegajosa de resina y la sacudió hacia el rostro del oso.

Entonces la criatura que los Antiguos habían llamado Mir abrazó el árbol con sus enormes patas delanteras y empezó a sacudirlo. Eddie se agarró al tronco y, con los ojos reducidos a hoscas ranuras, trató de mantenerse sujeto mientras el pino oscilaba de un lado a otro como un péndulo.

Rolando se detuvo al borde del claro. Susannah, balanceándose sobre sus hombros, contempló el espacio abierto sin dar crédito a sus ojos. La bestia estaba parada al pie del árbol donde se encontraba Eddie. Susannah sólo alcanzaba a ver retazos y fragmentos de su cuerpo por entre la cortina de ramas y agujas verdes. La segunda cartuchera de Rolando yacía junto a uno de los pies del monstruo. Observó que la funda estaba vacía.

—¡Dios mío! —murmuró.

El oso chilló como una mujer enloquecida y empezó a sacudir el árbol. Las ramas se agitaron como azotadas por un huracán. La mirada de Susannah se deslizó hacia lo alto y divisó una forma oscura cerca de la copa. Eddie se aferraba al tronco mientras el árbol se ladeaba e inclinaba. De pronto, una de sus manos resbaló y se agitó frenéticamente en busca de un asidero.

—¿Qué hacemos? —le gritó a Rolando—. ¡Va a tirarlo del árbol! ¿Qué hacemos?

Rolando intentó pensar algo, pero aquella extraña sensación había vuelto de nuevo. Ya siempre estaba con él, pero la tensión parecía acentuarla. Se sentía como dos hombres distintos encerrados en un mismo cráneo. Cada uno tenía sus propios recuerdos, y cuando empezaban a discutir, porque cada uno aseguraba que sus recuerdos eran los auténticos, el pistolero se sentía como si lo desgarrasen en dos. Hizo un esfuerzo desesperado para reconciliar las dos mitades y lo consiguió..., al menos por el momento.

—¡Es uno de los Doce! —exclamó—. ¡Uno de los Guardianes! ¡Seguro que lo es! Pero creía que estaban...

El oso soltó otro de sus bramidos hacia Eddie y empezó a golpear el árbol como un boxeador aturdido. Las ramas crujían y se amontonaban a sus pies.

—¿Qué más? —aulló Susannah—. ¿Cómo es el resto?

Rolando cerró los ojos. Dentro de su cabeza, una voz chilló: «¡El chico se llamaba Jake!» Otra voz replicó, también a gritos: «¡No había ningún chico! ¡No había ningún chico, y lo sabes perfectamente!»

«¡Largaos los dos!», ladró el pistolero, y enseguida exclamó en voz alta:

—¡Dispara! ¡Pégale un tiro en el culo, Susannah! ¡Se volverá y cargará! ¡Cuando lo haga, apunta a algo que lleva en la cabeza! Es... —El oso bramó de nuevo. Cesó de golpear el árbol y empezó a sacudirlo otra vez. En la parte superior del tronco sonaron ominosos crujidos y chasquidos. Cuando pudo hacerse oír, Rolando prosiguió—: ¡Creo que parece un sombrero! ¡Un sombrero de metal! ¡Apunta ahí, Susannah! ¡Y no falles!

De pronto Susannah se sintió llena de terror, de terror y de otra emoción que jamás hubiera esperado conocer: una demoledora soledad.

—¡No! ¡Fallaré! ¡Dispara tú, Rolando! —empezó a desenfundar el revólver para entregárselo.

—¡No puedo! —gritó Rolando—. ¡Estoy en mal ángulo! ¡Tienes que hacerlo tú, Susannah! ¡Ésta es la verdadera prueba, y más vale que la superes!

—¡Rolando... !

—¡Pretende arrancar la copa del árbol! —le rugió—. ¿No te das cuenta?

Susannah miró el revólver que tenía en la mano. Miró hacia el otro lado del claro, hacia el oso gigantesco semioculto entre las nubes y chaparrones de agujas verdes. Miró a Eddie, que se balanceaba de un lado a otro como un metrónomo. Seguramente Eddie llevaba la otra pistola de Rolando, pero Susannah no veía la forma de que pudiera utilizarla sin ser derribado de la rama como una ciruela madura. Además, podía no acertar en el punto indicado.

Alzó el revólver. El miedo le atenazaba el estómago.

—Sujétame bien, Rolando —le pidió—. Si te mueves...

—¡No te preocupes por mí!

Disparó dos veces, soltando los tiros como Rolando le había enseñado. Las potentes detonaciones rasgaron el bramido del oso, sacudiendo el árbol como restallidos de látigo. Vio que las dos balas se hundían en el anca izquierda del oso, a menos de cinco centímetros una de otra. La bestia soltó un alarido de sorpresa, de dolor y de cólera. Una de sus enormes zarpas

delanteras surgió de la espesura de ramas y agujas y dio una palmada sobre el lugar herido. La zarpa se elevó goteando rojo y se perdió de nuevo en el ramaje. Susannah se imaginó al animal examinando su palma ensangrentada. A continuación sonó un ruido siseante, precipitado, crepitante, mientras el oso se volvía y se agachaba al mismo tiempo, poniéndose a cuatro patas para correr con más velocidad. Susannah le vio la cara por primera vez, y su corazón flaqueó. Tenía el hocico cubierto de espuma; sus ojos inmensos ardían como lámparas. Su hirsuta cabeza se ladeó hacia la izquierda..., hacia la derecha... y se centró en Rolando, que se sostenía con las piernas separadas y Susannah encaramada sobre los hombros.

El oso empezó a cargar, con un bramido atronador.

«Di la lección, Susannah, y sé certera.»

El oso corría hacia ellos con un medio galope estruendoso; era como contemplar una máquina escapada de la fábrica a la que alguien hubiera echado una enorme alfombra apolillada por encima.

«¡Parece un sombrero! ¡Un sombrero de metal!»

Enseguida lo vio..., pero a ella no le pareció un sombrero. Le pareció una antena de radar, una versión en pequeño de las que había visto en los documentales MovieTone sobre aquella línea DEW que los protegía a todos de un ataque ruso por sorpresa. Era más grande que las piedras contra las que había disparado poco antes, pero también la distancia era mayor. Sol y sombra se deslizaban sobre el metal creando manchas engañosas.

«No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre. »¡No voy a poder!

»No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre. »¡Fallaré! ¡Sé que fallaré!

»No mato con mi pistola; la que mata con su pistola...»

—¡Dispara! —rugió Rolando—. ¡Dispara, Susannah!

Aun antes de apretar el gatillo, vio volar la bala hacia su destino, guiada desde el cañón hasta el blanco por nada más ni nada menos que el feroz deseo de su corazón de que fuese certera. Todo su temor desapareció. Lo que quedó fue una sensación de profunda frialdad, y Susannah tuvo tiempo para pensar: «Esto es lo que él siente, Dios mío. ¿Cómo puede soportarlo?»

—¡Yo mato con el corazón, hijoputa! —exclamó, y el revólver del pistolero rugió en su mano.

8

El objeto plateado giraba sobre una varilla de acero plantada en el cráneo del oso. La bala de Susannah dio en pleno centro, y la antena de radar saltó en un centenar de fragmentos relucientes. El poste en sí quedó repentinamente envuelto en una llamarada de crepitante fuego azul que por unos instantes pareció adherirse a las mejillas del oso.

La bestia se irguió sobre sus patas traseras y lanzó un sibilante aullido de agonía, golpeando torpemente el aire con las zarpas delanteras. Se echó a andar, trazando un amplio círculo bamboleante, y empezó a agitar las patas como si hubiera decidido huir volando. Intentó rugir de nuevo, pero sólo emitió un desconcertante sonido como el de una sirena antiaérea.

—Está muy bien. —Rolando parecía exhausto—. Un buen tiro, limpio y certero.

—¿Le disparo otra vez? —preguntó ella con incertidumbre.

El oso seguía bamboleándose en su círculo loco, pero su cuerpo empezaba a vencerse hacia un lado. Chocó contra un árbol pequeño, rebotó y estuvo a punto de caer, pero se rehízo y siguió avanzando en círculo.

—No hace falta —respondió Rolando. Ella notó que la sujetaba por las caderas y la alzaba en vilo. Al cabo de un instante se hallaba sentada en el suelo, con los muslos recogidos bajo el cuerpo. Eddie estaba bajando del pino, lenta y temblorosamente, pero ella no lo vio. No podía apartar los ojos del oso.

Había visto ballenas en el acuario de Mystic, en Connecticut, y creía que eran mayores que aquel monstruo; mucho mayores, probablemente, pero éste era sin duda el mayor animal terrestre que había visto en su vida. Y era evidente que estaba agonizando. Sus bramidos se habían convertido en un sonido gorgoteante, y aunque tenía los ojos abiertos, parecía ciego. Se movía a trompicones por el campamento, derribando un par de pieles tendidas a secar, aplastando el pequeño refugio que compartía con Eddie, tropezando con los árboles. Susannah se fijó en el poste de acero que se alzaba sobre su cráneo. Estaba envuelto en zarcillos de humo, como si su disparo le hubiese incendiado el cerebro.

Eddie llegó a la rama más baja del árbol que le había salvado la vida y, todavía temblando, se sentó a horcajadas en ella. —¡Madre de Dios! —exclamó—. Lo estoy viendo con mis propios ojos y todavía no lo cre...

El oso giró hacia él. Eddie saltó ágilmente a tierra y se precipitó hacia Susannah y Rolando. El oso no pareció darse cuenta; avanzó como un borracho hacia el pino en el que se había refugiado Eddie, trató de cogerlo, pero falló y se hincó de rodillas. Por primera vez pudieron oír los otros sonidos que salían de su interior, sonidos que a Eddie le hicieron pensar en un enorme motor de camión rascando el cambio de marchas.

El oso sufrió un espasmo y encorvó la espalda. Sus zarpas delanteras se alzaron y desgarraron violentamente su propio rostro. Saltaron chorros de sangre infestada de gusanos. Entonces, cayó desplomado, haciendo temblar la tierra, y se quedó inmóvil. Tras todos sus extraños siglos, el oso al que los Antiguos llamaban Mir —el mundo de debajo del mundo— había muerto.

Eddie levantó a Susannah, la sostuvo uniendo sus manos pegajosas tras la espalda de ella y la besó intensamente. Eddie olía a sudor y a resina de pino. Ella le tocó las mejillas y el cuello, y hundió las manos en su cabellera mojada. Sentía el impulso irracional de tocarlo por todo el cuerpo hasta quedar absolutamente convencida de su realidad.

—Casi acaba conmigo —le explicó él—. Era como viajar en una atracción de feria enloquecida. ¡Qué disparo! Jesús, Suze, ¡qué disparo!

—Espero no tener que hacer nunca más una cosa parecida —contestó ella..., pero una vocecita protestó en su interior. Esa voz le sugería que estaba impaciente por volver a hacer una cosa parecida. Y era fría esa voz. Fría.

—¿Qué ha sido...? —comenzó Eddie, volviéndose hacia Rolando; pero Rolando ya no estaba allí. Caminaba lentamente hacia el oso, que yacía en el suelo con las peludas rodillas hacia arriba. De su cuerpo surgía una serie de gorgoteos y jadeos sofocados a medida que sus extrañas vísceras se apagaban poco a poco.

Rolando vio su cuchillo hincado en un árbol cerca del árbol veterano cubierto de cicatrices que le había salvado la vida a Eddie. Lo recogió y limpió la hoja sobre la camisa de suave gamuza que había sustituido a los andrajos que llevaba cuando los tres abandonaron la playa. Se detuvo junto al oso y lo contempló con una expresión de piedad y admiración.

«Hola, desconocido —pensó—. Hola, viejo amigo. Nunca había creído del todo en ti. Creo que Alain sí, y estoy seguro de que Cuthbert sí (Cuthbert creía en todo), pero yo era el escéptico. Creía que sólo eras un cuento para niños..., uno de los vientos que soplaban en la cabeza hueca de mi vieja nodriza hasta escapar finalmente por su boca balbuciente. Pero tú estabas aquí, otro refugiado de los viejos tiempos, como la bomba en la estación de paso y la vieja maquinaria del interior de las montañas. Y los Mutantes Lentos que rendían culto a aquellos restos estropeados ¿son acaso los últimos descendientes del pueblo que antaño habitó en estos bosques hasta huir finalmente de tu cólera? No lo sé, no lo sabré nunca, pero me suena a cierto. Sí. Y entonces llegué yo con mis amigos, mis mortíferos amigos nuevos que tanto empiezan a parecerse a mis mortíferos amigos de antes. Llegamos tejiendo nuestro círculo mágico alrededor de nosotros y de todo lo que tocamos, una hebra venenosa tras otra, y ahora yaces aquí a nuestros pies. El mundo se ha movido de nuevo, y esta vez, viejo amigo, eres tú quien ha quedado descartado.»

El cuerpo del monstruo todavía irradiaba un intenso calor enfermizo. Los parásitos salían en hordas por su boca y su hocico destrozado, pero morían casi al instante, formando pilas de un blanco céreo a ambos lados de la cabeza del oso.

Eddie se aproximó lentamente. Había desplazado a Susannah hacia la cadera, y la cargaba como una madre podría cargar a su hijo.

—¿Qué era, Rolando? ¿Lo sabes?

—Ha dicho que era un Guardián, me parece —respondió Susannah.

—Sí. —Rolando, todavía asombrado, habló con voz pausada—. Creía que no quedaba ninguno, que no podía quedar ninguno..., si es que realmente habían existido fuera de los cuentos de las viejas comadres.

—Fuera lo que fuese, el hijoputa estaba loco —observó Eddie.

Rolando esbozó una breve sonrisa.

—Si hubieras vivido dos o tres mil años, tú también serías un hijoputa loco.

—Dos o tres mil... ¡Dios mío!

—¿Es un oso de verdad? —preguntó Susannah—. ¿Y qué es eso?

Señalaba hacia lo que parecía ser una placa rectangular de metal fijada a cierta altura sobre una de las gruesas patas posteriores del oso. Estaba casi tapada por las tupidas guedejas, pero el sol de la tarde había arrancado un destello de luz a su superficie de acero inoxidable, haciéndola visible.

Eddie se arrodilló y extendió la mano hacia la placa en un gesto vacilante, muy consciente de los extraños chasquidos ahogados que seguían saliendo del interior del gigante caído. Se volvió hacia Rolando.

—Adelante —dijo el pistolero—. Ya está acabado.

Eddie echó atrás un mechón de cabello y se acercó un poco más. Había palabras inscritas en la placa. Estaban muy corroídas, pero descubrió que con un pequeño esfuerzo era capaz de leerlas.

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.

Ciudad Granito

Corredor del Noreste

Diseño

4

GUARDIÁN

N. o de serie AA 24123 CX 755431297 L 14

Tipo/Especie OSO

SHARDIK

NR NO REEMPLAZAR LAS BATERÍAS SUBNUCLEARES **NR**

—¡Dios del cielo! ¡Esta cosa es un robot! —exclamó Eddie con voz queda.

—No puede ser un robot —protestó Susannah—. Cuando le he disparado, sangraba.

—Tal vez sí, pero al oso de jardín, en sus variedades más corrientes, no le crece una antena de radar en la cabeza. Y, hasta donde alcanzan mis conocimientos, el oso de jardín, en sus variedades más corrientes, no vive hasta la edad de dos o tres mil... —Se interrumpió bruscamente, con la vista fija en Rolando. Cuando volvió a hablar, había repulsión en su voz—. ¿Qué estás haciendo, Rolando?

Rolando no respondió; no necesitaba responder. Lo que estaba haciendo —arrancar uno de los ojos del oso con ayuda de su cuchillo— era perfectamente evidente. La operación fue rápida, limpia y precisa. Cuando estuvo terminada, el pistolero sostuvo durante unos instantes una supurante bola de gelatina marrón sobre la hoja del cuchillo y enseguida la arrojó al suelo. Unos cuantos gusanos se asomaron por el ciego agujero, intentaron descender reptando por el hocico del oso y murieron.

El pistolero se inclinó sobre la cuenca del ojo de Shardik, el gran oso guardián, y escrutó su interior.

—Venid a mirar —les urgió—. Os mostraré una maravilla de los últimos días.

—Bájame, Eddie —dijo Susannah.

Eddie hizo lo que pedía, y ella se desplazó ágilmente sobre manos y muslos en dirección al pistolero, que seguía inclinado ante la ancha y yerta cara del oso. Eddie fue con ellos y atisbó sobre sus hombros. Los tres permanecieron mirando en absorto silencio durante casi un minuto; el único sonido procedía de las corneas, que aún volaban en círculos y graznaban en el cielo.

De la cuenca vacía manaban unos menguantes hilos de sangre. Pero Eddie se dio cuenta de que no era sólo sangre. Había también un líquido transparente que desprendía un olor identificable, de plátano. Y, entrelazada en la delicada red de tendones que daba forma a la órbita, vio una telaraña que parecía hecha de hilos. Más atrás, al fondo de la órbita vacía, había una chispa roja parpadeante que iluminaba una minúscula placa salpicada de plateados grumos de lo que sólo podía ser metal de soldadura.

—¡Esto no es un oso, es un maldito Walkman Sony! —masculló.

Susannah volvió la vista hacia él.

—¿Qué?

—Nada. —Eddie miró a Rolando de soslayo—. ¿Crees que hay peligro en tocar?

Rolando se encogió de hombros.

—Creo que no. Si había algún demonio en esta criatura, ahora se ha ido.

Eddie extendió el meñique, con todos los nervios listos para retirarlo si notaba el menor cosquilleo de electricidad, y tocó la carne cada vez más fría del interior de la órbita, que tenía

casi el tamaño de una pelota de béisbol, y luego uno de aquellos hilos. Salvo que no era un hilo; era una finísima hebra de acero. Apartó el dedo y vio parpadear una vez más la minúscula chispa roja antes de apagarse para siempre.

—Shardik —musitó Eddie—. He oído antes ese nombre, pero no sé dónde. ¿Tiene algún significado para ti, Suze?

Ella meneó negativamente la cabeza.

—El caso es... —Eddie soltó una risita de impotencia—. Me suena como si tuviera algo que ver con conejos. ¿No es absurdo? Rolando se incorporó. Sus rodillas produjeron un ruido seco como un disparo de escopeta.

—Tendremos que levantar el campo —anunció—. Aquí, el terreno está estropeado. El otro claro, adonde vamos a tirar, será...

Dio un par de pasos tambaleantes y de pronto cayó de rodillas, sujetándose la cabeza con las manos.

10

Eddie y Susannah intercambiaron una fugaz mirada de temor, y Eddie saltó inmediatamente al lado de Rolando.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre, Rolando?

—Había un chico —dijo el pistolero con un murmullo de voz. Y luego, al instante, añadió—: No había ningún chico.

—¿Rolando? —inquirió Susannah. Le pasó un brazo sobre los hombros y lo sintió temblar—. ¿Qué te pasa, Rolando?

—El chico —respondió Rolando, contemplándola con ojos aturcidos—. Es el chico. Siempre el chico.

—¿Qué chico? —aulló Eddie frenéticamente—. ¿Qué chico?

—Vete pues —sentenció Rolando—. Existen otros mundos aparte de éstos.—Y se desmayó.

Aquella noche se sentaron los tres en torno a una gran hoguera que Eddie y Susannah habían encendido en el claro que Eddie llamaba «la galería de tiro». Habría sido un mal lugar para acampar en invierno, abierto al valle como estaba, pero ahora resultaba perfecto. Eddie imaginó que allí, en el mundo de Rolando, todavía estaban a finales del verano.

La bóveda negra del firmamento se curvaba sobre ellos, salpicada por lo que parecían ser galaxias enteras. Casi directamente hacia el sur, al otro lado del río de oscuridad que era el valle, Eddie vio alzarse la Vieja Madre sobre el lejano horizonte invisible. Miró de soslayo a Rolando, que estaba sentado junto al fuego con tres pieles sobre los hombros, pese a la cálida noche y el calor de la hoguera. A su lado había un plato de comida intacto, y sus manos sostenían un hueso.

Eddie alzó la vista hacia el cielo y pensó en un relato que les había contado el pistolero uno de aquellos largos días que habían pasado alejándose de la playa, cruzando las colinas y, finalmente, internándose en aquel espeso bosque que les había ofrecido un refugio temporal.

Antes de que empezara el tiempo, les contó Rolando, la Vieja Estrella y la Vieja Madre eran unos jóvenes y apasionados recién casados. Pero un día tuvieron una tremenda pelea. La Vieja Madre (a la que en aquellos remotos tiempos se conocía por su verdadero nombre, que era Lydia) había sorprendido a la Vieja Estrella (cuyo verdadero nombre era Apon) cortejando a una hermosa joven llamada Casiopea. Hubo una auténtica pelea entre los dos, una pelea con tirones de pelo, arañazos en la cara y platos rotos. Uno de los fragmentos de vajilla rota se convirtió en la Tierra; otro, más pequeño, dio origen a la Luna; una brasa del fogón de la cocina se convirtió en el Sol. Al final tuvieron que intervenir los dioses para evitar que Lydia y Apon, en su furor, destruyeran el universo cuando apenas estaba empezado. Casiopea, la desvergonzada que había provocado el problema («Sí, claro, siempre es la mujer», protestó Susannah en este punto), fue desterrada para siempre jamás a una mecedora hecha de estrellas. Pero ni siquiera esto resolvió el problema. Lydia estaba dispuesta a empezar de nuevo, pero Apon era testarudo y arrogante («Sí, la culpa la tiene siempre el hombre», gruñó Eddie en este momento). Así que se separaron, y ahora se contemplan con una mezcla de odio y anhelo sobre las ruinas sembradas de estrellas de su divorcio. Apon y Lydia llevan tres mil millones de años separados, les explicó el pistolero, y se han convertido en la Vieja Estrella y la Vieja Madre, el Norte y el Sur, todavía deseándose, pero demasiado orgullosos para buscar la reconciliación... y Casiopea sentada a un lado, balanceándose en su mecedora y riéndose de los dos.

Eddie se sobresaltó al notar un contacto suave sobre su brazo. Era Susannah.

—Vamos —le dijo—. Tenemos que hacerle hablar.

Eddie la llevó junto a la hoguera y la depositó cuidadosamente a la derecha de Rolando.

Después se sentó a su izquierda. Rolando miró primero a Susannah y luego a Eddie.

—Qué cerca de mí os habéis sentado —observó—. Como amantes..., o como guardianes en una cárcel.

—Es hora de que nos hables. —La voz de Susannah era baja, clara y musical—. Si somos tus compañeros, Rolando (y parece que lo somos, nos guste o no), ya es hora de que empieces a tratarnos como compañeros. Dinos qué te pasa...

—... y qué podemos hacer nosotros —concluyó Eddie. Rolando lanzó un profundo suspiro.

—No sé cómo empezar —respondió—. Hace mucho que no tengo compañeros... ni un relato que narrar.

—Empieza por el oso —le sugirió Eddie.

Susannah se inclinó hacia delante y tocó la quijada que Rolando tenía en las manos. Le daba miedo, pero no obstante la tocó.

—Y acaba por esto.

—Sí. —Rolando levantó la quijada hasta la altura de los ojos y la contempló unos instantes antes de dejarla caer de nuevo sobre su regazo—. Tendremos que hablar de esto, ¿verdad? Es el centro de la cosa.

Pero el oso venía primero.

—Ésta es la historia que me contaron cuando era pequeño —comenzó Rolando—. Cuando todo era nuevo, los Grandes Antiguos (que no eran dioses sino seres humanos que tenían casi el conocimiento de dioses) crearon doce guardianes para que vigilaran los doce pórticos por los que se entra y sale del mundo. Algunas veces he oído que estos pórticos eran naturales, como las constelaciones que vemos en el cielo o la grieta sin fondo que llamábamos la Tumba del Dragón, por la gran nube de vapor que emitía cada treinta o cuarenta días. Pero otras personas (recuerdo en particular al jefe de cocina del castillo de mi padre, un hombre llamado Hax) decían que no eran naturales, que habían sido creados por los Grandes Antiguos cuando todavía no se habían colgado del cuello la soga del orgullo y desaparecido de la tierra. Hax decía que la creación de los Doce Guardianes había sido el último acto de los Grandes Antiguos, su intento de reparar los grandes daños que se habían infligido unos a otros y a la propia tierra.

—Pórticos —caviló Eddie—. ¿Te refieres a puertas? Ya estamos otra vez en lo mismo. Esas puertas por las que se entra y sale del mundo ¿conducen al mundo del que procedemos Suze y yo? ¿Son como las que encontramos en la playa?

—No lo sé —contestó Rolando—. Por cada cosa que sé, hay otras cien que ignoro. Tendréis que aceptarlo así. El mundo se ha movido, decimos. Cuando lo hizo, se alejó como una gran ola en retirada, dejando sólo ruinas tras de sí, unas ruinas que a veces pueden parecer un mapa.

—Bien, pero ¿tú qué supones? —insistió Eddie, y la vehemencia de su voz indicó al pistolero que Eddie aún no había renunciado a la idea de regresar a su propio mundo (y el de Susannah). No del todo.

—Déjalo en paz, Eddie —intervino Susannah—. Este hombre no hace suposiciones.

—No es cierto; a veces las hace —replicó Rolando, sorprendiéndolos a los dos—. Cuando lo único que queda son suposiciones, a veces las hace. La respuesta es no. Creo que..., supongo que esos pórticos no se parecen mucho a las puertas de la playa. Supongo que no nos conducirían a ningún donde ni a ningún cuando que pudiéramos reconocer. Creo que las puertas de la playa, las que se abrían al mundo del que procedéis, son como el punto de apoyo en el centro de una tabla de balancearse. ¿Conocéis este juego de niños?

—¿Un sube y baja? —inquirió Susannah, inclinando la mano adelante y atrás para ilustrar el movimiento.

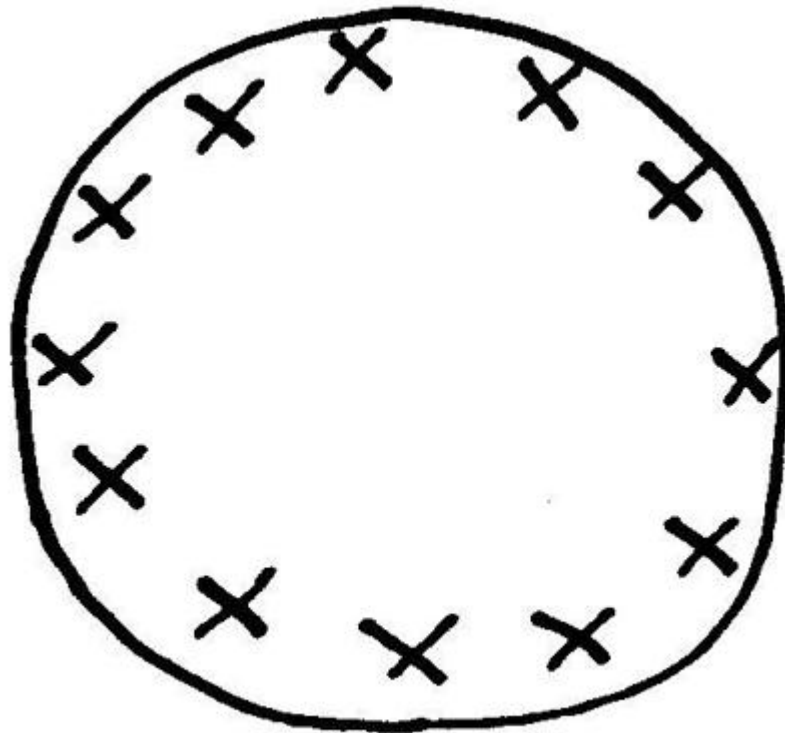
—¡Sí! —aprobó Rolando con aire complacido—. Eso mismo. A un lado de este baja y sube...

—Sube y baja —le corrigió Eddie con una sonrisita.

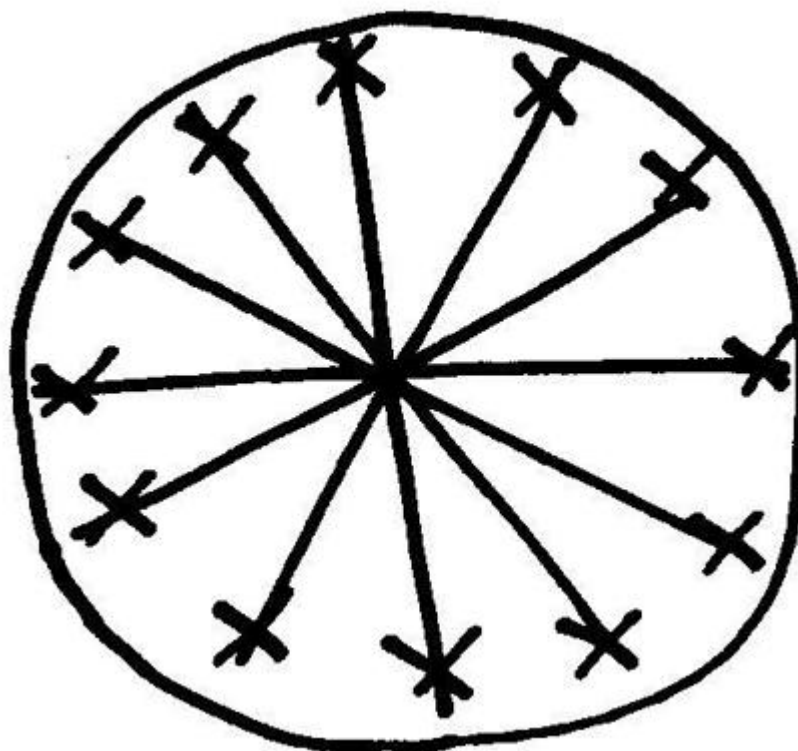
—Sí. A un lado, mi *ka*. Al otro, el del hombre de negro: Walter. Las puertas eran el centro, creadas por la tensión entre dos destinos opuestos. Esos otros pórticos son algo mucho más grande que Walter o que yo, o que la pequeña compañía que hemos formado entre los tres.

—¿Quieres decir —preguntó Susannah en tono vacilante— que los pórticos donde montan guardia estos Guardianes están fuera del *ka* ¿Más allá del *ka*?

—Quiero decir que así lo creo. —El pistolero exhibió una fugaz sonrisa, una fina hoz bajo la luz de la hoguera—. Que así lo supongo. Permaneció unos instantes en silencio, y luego cogió una ramita. Barrió la capa de agujas de pino y utilizó la ramita para dibujar en la tierra:



—Aquí está el mundo tal como en mi infancia me dijeron que era. Las X son los pórticos, que se alzan formando una circunferencia en su límite eterno. Si se trazan seis líneas que unan estos pórticos de dos en dos, de esta manera...



Alzó la mirada hacia ellos.

—¿Veis el punto donde se cruzan las líneas en el centro? Eddie sintió que se le ponían los pelos de punta. La boca se le secó de repente.

—¿Es ahí, Rolando? ¿Es ahí donde...?

Rolando asintió. Su cata surcada de arrugas tenía una expresión grave.

—En este nexo se halla el Gran Pórtico, la llamada Decimotercera Puerta, que gobierna no sólo éste sino todos los mundos. —Dio unos golpecitos en el centro del círculo—. Aquí está la Torre Oscura que he buscado durante toda mi vida.

El pistolero prosiguió:

—Ante cada uno de los pórticos menores, los Grandes Antiguos colocaron un Guardián. En mi niñez habría podido citarlos todos, por las canciones que me enseñaban mi nodriza y Hax el cocinero..., pero mi niñez está muy lejana. Estaba el Oso, claro, y el Pez..., el León..., el Murciélagos. Y la Tortuga, ésta era importante.

El pistolero alzó la vista hacia el cielo estrellado, la frente fruncida en profunda concentración.

Una sonrisa asombrosamente alegre iluminó de pronto sus facciones, y empezó a recitar:

¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud!

Sobre su caparazón sostiene la tierra.

Su pensar es lento pero siempre amable;

y nos tiene a todos dentro de su mente.

Sobre su lomo se pronuncian todos los votos;

ve la verdad, pero no siempre ayuda.

Ama la tierra, ama el mar,

y ama incluso a un niño como yo.

Rolando soltó una risa breve y divertida.

—Eso me lo enseñó Hax, cantando mientras removía la masa de algún pastel y me daba los pedacitos de dulce que se pegaban a la cuchara. Es asombroso lo que se llega a recordar, ¿verdad? De un modo u otro, conforme fui creciendo llegué a creer que en realidad los Guardianes no existían, que eran unos símbolos y no seres materiales. Parece que me equivocaba.

—Antes he dicho que era un robot —apuntó Eddie—, pero tampoco es verdad. Susannah tiene razón: lo único que sangran los robots cuando les pegas un tiro es multigrado Quaker State 10-40. Creo que era lo que la gente de mi mundo llama un ciborg, Rolando: una criatura mitad máquina y mitad carne y hueso. Una vez vi una película... Ya te hemos hablado de las películas, ¿no?

Rolando asintió con una leve sonrisa.

—Bien, esta película se llamaba Robocop, y el protagonista no se diferenciaba mucho del oso que ha matado Susannah. ¿Cómo has sabido adónde debía apuntar?

—Eso lo recordaba de los viejos cuentos que me contaba Hax —respondió—. Si hubiera dependido de mi nodriza, Eddie, ahora estarías en la barriga del oso. ¿En vuestro mundo es costumbre decir a los niños perplejos que se pongan la gorra de pensar?

—Sí —dijo Susannah—. Suele decirse.

—Aquí también se dice, y la expresión viene de la historia de los Guardianes. Al parecer, cada uno de ellos llevaba un cerebro adicional encima de la cabeza. En un sombrero.

—Contempló sus ojos espantosamente turbados y volvió a sonreír—. No se parecía mucho a un sombrero, ¿verdad?

—No —reconoció Eddie—, pero el cuento era lo bastante exacto para salvarnos el pellejo.

—Ahora creo que he estado buscando uno de los Guardianes desde el momento en que empecé mi búsqueda —explicó Rolando—. Cuando encontremos el pórtico que guardaba este Shardik (y para eso imagino que nos bastará seguir su pista hacia atrás), tendremos por fin un rumbo que seguir. Sólo deberemos situarnos con el pórtico a nuestras espaldas y avanzar en línea recta. Y en el centro del círculo... la Torre.

Eddie abrió la boca para decir: «Muy bien, hablemos de la Torre. Hablemos de la Torre de una vez por todas. Qué es, qué representa y, lo más importante de todo, qué será de nosotros cuando lleguemos a ella.» Pero no surgió ningún sonido, e inmediatamente la volvió a cerrar. No era el momento adecuado; no ahora, cuando Rolando sufría un dolor tan evidente. No ahora, cuando sólo la chispa de su hoguera mantenía la noche a raya.

—Así que ahora llegamos a la otra parte —continuó Rolando con voz agitada—. Por fin he encontrado el rumbo. Después de tantos años he encontrado el rumbo, pero al mismo tiempo

parece que estoy perdiendo la cordura. Noto cómo se desmorona bajo mis pies, como un empinado terraplén desprendido por la lluvia. Éste es mi castigo por dejar que un chico que jamás ha existido cayera hacia la muerte. Y eso también es *ka*.

—¿Qué chico es ése, Rolando? —quiso saber Susannah. Rolando miró a Eddie de soslayo.

—¿Lo conoces tú?

Eddie negó con la cabeza.

—Pero si te he hablado de él... —prosiguió Rolando—. De hecho, estuve delirando sobre él cuando la infección estaba en lo más alto y yo cerca de la muerte. —La voz del pistolero subió de repente media octava, y su imitación de Eddie fue tan buena que Susannah sintió un escalofrío de temor supersticioso—: «¡Si no paras de hablar de ese maldito crío, Rolando, te amordazaré con tu camisa! ¡Estoy harto de oírte hablar de él!» ¿No recuerdas haber dicho eso, Eddie?

Eddie reflexionó cuidadosamente. Rolando había hablado de mil cosas mientras los dos recorrían su tortuoso camino por la playa, desde la puerta rotulada EL PRISIONERO hasta la rotulada LA DAMA DE LAS SOMBRAS, y en sus monólogos febriles había mencionado lo que parecía un millar de nombres: Alain, Cort, Jamie de Curry, Cuthbert (éste más a menudo que cualquiera de los otros), Hax, Martín (o quizá fuese Marten), Walter, Susan, incluso un tipo con el inverosímil nombre de Zoltan. Eddie había llegado a cansarse mucho de oír hablar sobre esa gente que no conocía (ni le interesaba conocer), pero, por supuesto, en aquellos momentos Eddie tenía sus propias preocupaciones, como el mono de la heroína y un reciente transbordo cósmico, por citar sólo dos. Y, en justicia, suponía que Rolando se habría hartado tanto de sus Cuentos Fracturados de Hadas (los de cómo Henry y él habían crecido juntos y juntos se habían vuelto yonquis) como Eddie de los de Rolando. Pero no recordaba haberle dicho nunca que lo amordazaría con su propia camisa si no dejaba de hablar de cierto chico.

—¿No te acuerdas de nada? —le preguntó Rolando—. ¿De nada en absoluto?

¿Recordaba algo? ¿Algún cosquilleo lejano, como la sensación de *déjà vu* que había sentido al ver el tirador oculto dentro del trozo de madera que sobresalía del tocón? Eddie intentó rastrear ese cosquilleo, pero ya se había esfumado. Decidió que en realidad no lo había sentido, que sólo había querido sentirlo porque Rolando estaba sufriendo mucho.

—No —respondió—. Lo siento.

—Pero yo, te lo conté. —La voz de Rolando era tranquila, pero bajo ella discurría y palpitaba la urgencia como un hilo escarlata—. El chico se llamaba Jake. Yo lo sacrificué, lo maté, para poder dar alcance a Walter y obligarle a hablar. Lo maté bajo las montañas. Eddie no podía estar más seguro sobre este punto.

—Bueno, quizá fue eso lo que ocurrió, pero no es lo que tú me contaste. Dijiste que te habías internado bajo las montañas tú solo, en una especie de vagoneta infernal. De eso sí que hablaste mucho mientras subíamos por la playa, Rolando. De lo pavoroso que era ir solo.

—Lo recuerdo. Pero también recuerdo haberte hablado del chico, y de cómo cayó al abismo desde las vías. Y lo que me está destrozando la mente es la distancia entre estos dos recuerdos.

—No entiendo nada —dijo Susannah con aire preocupado.

—Pues yo creo —declaró Rolando— que precisamente ahora lo estoy empezando a entender.

—Eché más leña al fuego, levantando grandes haces de chispas rojas que se elevaron en espiral hacia el oscuro cielo, y volvió a acomodarse entre los dos—. Voy a contaros una historia que es cierta —anunció—, y luego os contaré una historia que no es cierta... pero que debería serlo.

»Compré una mula en Pricetown, y cuando por fin llegué a Tull, la última población antes del desierto, todavía se conservaba fresca...

Así dio comienzo el pistolero al capítulo más reciente de su largo relato. Eddie había oído fragmentos sueltos de la historia, pero escuchó con la más intensa fascinación, lo mismo que Susannah, para quien era completamente nueva. Les habló del bar con la interminable partida de Miradme en la mesa del rincón, del pianista llamado Sheb, de la mujer llamada Allie que tenía una cicatriz en la frente... y de Nort, el mascahierba que había muerto y que el hombre de negro había devuelto luego a una especie de vida tenebrosa. Les habló de Sylvia Pittston, aquel avatar de demencia religiosa, y de la apocalíptica matanza final, en la que él, Rolando el Pistolero, había exterminado hasta el último hombre, mujer y niño de la población.

—¡La puta! —exclamó Eddie en voz baja y temblorosa—. ¡Ahora sé por qué andabas tan escaso de balas, Rolando!

—¡Cállate! —le interrumpió Susannah—. ¡Déjalo que termine! Rolando reanudó su relato tan impasiblemente como había cruzado el desierto tras pasar por la choza del último Morador, un joven con una enmarañada cabellera color fresa que le llegaba casi hasta la cintura. Les habló de cómo la mula había muerto al fin. Incluso les habló de cómo Zoltan, el ave de compañía del Morador, había devorado los ojos de la mula.

Les habló de los largos días y breves noches del desierto que vinieron a continuación, de cómo siguió los fríos restos de las hogueras de Walter, y de cómo llegó por fin, andando a tumbos y muriéndose de deshidratación, a la estación de paso.

—Estaba vacía. Creo que debía de estar vacía desde los tiempos en que el gran oso que yace allí era todavía una cosa recién hecha. Me quedé una noche y seguí adelante. Así ocurrió..., pero ahora voy a contaros otra historia.

—¿La que no es verdad pero debería serlo? —inquirió Susannah.

Rolando asintió.

—En esta historia inventada, en esta fábula, un pistolero llamado Rolando se encontró con un chico llamado Jake en la estación de paso. Este chico era de vuestro mundo, de vuestra ciudad de Nueva York, y de un cuando situado entre el 1987 de Eddie y el 1963 de Odetta Holmes.

Eddie se inclinó hacia delante con una expresión ansiosa. —¿Hay alguna puerta en esta historia, Rolando? ¿Una puerta marcada EL CHICO, o algo por el estilo?

Rolando meneó la cabeza.

—El portal del chico era la muerte. Iba de camino hacia la escuela cuando un hombre (un hombre que yo creía que era Walter) lo empujó a la calzada, donde fue atropellado por un coche. A ese hombre le oí decir algo así como: «Abran paso, déjenme pasar, soy sacerdote.» Jake le vio la cara sólo un instante, y acto seguido se encontró en mi mundo. —El pistolero hizo una pausa y se quedó mirando el fuego—. Ahora quiero abandonar esta historia del chico que no existió y volver por unos instantes a lo que realmente sucedió. ¿De acuerdo?

Eddie y Susannah intercambiaron una mirada de perplejidad, y a continuación Eddie esbozó con la mano un gesto de «usted primero, querido Alfonso».

—Ya os he dicho que la estación de paso estaba abandonada. Sin embargo, había una bomba que aún funcionaba. Estaba al fondo del establo donde se guardaban los caballos de las diligencias. La encontré por el ruido, pero igualmente la habría encontrado aunque hubiera sido completamente silenciosa. Podía oler el agua, ¿comprendéis? Después de pasar tanto tiempo en el desierto, cuando estás a un paso de morir de sed, realmente puedes olerla. Bebí y caí dormido. Cuando desperté, volví a beber. Quería seguir adelante sin detenerme; el impulso que me movía era como una fiebre. La medicina que me trajiste de tu mundo, la astina, es realmente maravillosa, Eddie, pero hay fiebres que ninguna medicina puede curar, y ésta era una de ellas. Sabía que mi cuerpo necesitaba reposo, pero tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para permanecer allí siquiera una noche. Por la mañana me sentí descansado, así que llené mis odres y proseguí la marcha. De aquel lugar no me llevé nada más que agua. Este es el punto más importante de lo que realmente sucedió.

Susannah habló con su voz más razonable, afable y propia de Odetta Holmes.

—Muy bien, eso es lo que realmente sucedió. Ahora cuéntenos el resto de lo que no sucedió,

Rolando.

El pistolero dejó unos instantes la quijada en su regazo, cerró los puños y se frotó los ojos con ellos en un gesto curiosamente infantil. Acto seguido volvió a recoger la quijada, como para darse valor, y prosiguió:

—Hipnoticé al chico que no existía —explicó—. Lo hice con una de mis balas. Se trata de un truco que conozco desde hace años, y lo aprendí de una fuente muy inverosímil: Marten, el mago de la corte de mi padre. El chico era un buen sujeto. Mientras se hallaba en trance me contó las circunstancias de su muerte, tal como os las he referido. Tras sacarle tanto como juzgué posible sin perturbarlo ni causarle daño alguno, le ordené que cuando volviera a despertar no recordara nada de su muerte.

—¿A quién le gustaría eso? —masculló Eddie.

Rolando asintió.

—Desde luego, ¿a quién? El chico pasó directamente del trance a un sueño natural. Yo también me dormí. Cuando despertamos, le expliqué al chico que estaba decidido a atrapar al hombre de negro. Supo a quién me refería; Walter también se había detenido en la estación de paso. Jake tuvo miedo y se escondió de él. Estoy seguro de que Walter advirtió su presencia, pero convino a sus planes fingir que no se daba cuenta. Dejó al chico tras de sí como cebo de una trampa.

»Le pregunté a Jake si había algo de comer en la estación. Me pareció que debía de haberlo. El chico se veía sano, y el clima del desierto es magnífico para conservar las cosas. Él tenía un poco de carne seca, y me dijo que había un sótano. No lo había explorado, porque le daba miedo. —El pistolero los contempló severamente—. Había razón para tener miedo. Encontré comida... y encontré también un Demonio Parlante.

Eddie miró la quijada con ojos muy abiertos. La anaranjada luz de la hoguera danzaba sobre sus antiguas curvas y sus dientes de mal agüero.

—¿Un Demonio Parlante? ¿Te refieres a eso?

—No —replicó—. Sí. Las dos cosas. Escuchad y lo entenderéis. Les habló de los gruñidos inhumanos que había oído salir de la tierra, y de cómo había visto correr arena entre dos de las viejas piedras que componían las paredes del sótano. Les habló de cómo se había acercado al agujero que se estaba formando allí mientras Jake le pedía a gritos que subiera.

Había ordenado al demonio que hablara... y lo había hecho, con la voz de Allie, la mujer de la cicatriz en la frente, la mujer que llevaba el bar de Tull. «Pasa despacio por los Drawers, pistolero. Mientras tú viajas con el chico, el hombre de negro viaja con tu alma en el bolsillo.»

—¿Los Drawers? —preguntó Susannah, sorprendida.

—Sí. —Rolando la examinó con detenimiento—. Este nombre significa algo para ti, ¿verdad?

—Sí... y no.

Susannah habló con gran vacilación. Rolando intuyó que esta vacilación se debía en parte a la simple reluctancia a hablar de cosas que le resultaban dolorosas. No obstante, juzgaba que en su mayor parte procedía del deseo de no confundir cuestiones ya bastante confusas de por sí diciendo más de lo que en realidad sabía. Rolando admiraba eso. La admiraba a ella.

—Di lo que sepas con certeza —le pidió—. Nada más que eso.

—Muy bien. Los Drawers era un lugar que Detta Walker conocía. Un lugar en el que Detta pensaba. Es un término coloquial que aprendió escuchando a los mayores cuando se sentaban en el porche a beber cerveza y hablar de los viejos tiempos. Quiere decir un sitio que está estropeado, o que es inútil, o las dos cosas. Había algo en los Drawers, en la idea de los Drawers, que atraía a Detta. No me preguntéis qué; puede que en otro tiempo lo supiera, pero ya no. Y no quiero saberlo.

»Detta robó la bandeja de porcelana de mi tía Blue, la que le dieron mis padres como regalo de boda, y se la llevó a los Drawers, a sus Drawers, para romperla. El lugar era una hondonada llena de basura. Un vertedero. Más adelante, a veces ligaba con chicos en los bares de carretera. —Susannah agachó la cabeza durante unos instantes, con los labios muy apretados. Después

volvió a alzar la vista y prosiguió—: Chicos blancos. Y cuando la llevaban a sus coches en el aparcamiento, ella los ponía calientes y luego se marchaba corriendo. Aquellos aparcamientos... también eran los Drawers. Se trataba de un juego peligroso, pero ella era lo bastante joven, lo bastante rápida y lo bastante dura para jugarlo a fondo y disfrutar con ello. Más tarde, en Nueva York, iba a robar en las tiendas..., eso ya lo sabéis. Siempre en las tiendas de lujo (Macy's, Gimbel's, Bloomingdale's), a robar baratijas. Y cuando tomaba la decisión de hacer una de estas salidas, se decía: "Hoy iré a los Drawers. Les robaré alguna mierda a los blancos. Les robaré una mierda especial y luego la joderé."

Hizo una pausa, con labios temblorosos, y fijó la vista en el fuego. Cuando por fin se volvió hacia ellos, Rolando y Eddie vieron lágrimas en sus ojos.

—Estoy llorando, pero no os llaméis a engaño. Recuerdo haber hecho todas esas cosas, y recuerdo haberme divertido. Supongo que lloro porque sé que volvería a hacer lo mismo otra vez, si se dieran las circunstancias.

Rolando parecía haber recobrado parte de su antigua serenidad, su desconcertante equilibrio.

—En mi país teníamos un dicho, Susannah: «El ladrón sabio prospera siempre.»

—No veo dónde está la sabiduría en robar un puñado de bisutería —objetó ella incisivamente.

—¿Te atraparon alguna vez?

—No...

El pistolero extendió las manos como diciendo: «Ya lo ves.»

—Entonces, ¿para Detta Walker los Drawers eran lugares malos? —preguntó Eddie—. ¿Es eso? Porque no acabo de verlo claro.

—Malos y buenos al mismo tiempo. Eran lugares poderosos, lugares donde se... se reinventaba a sí misma, podríamos decir..., pero eran también lugares perdidos. Y eso no tiene nada que ver con la cuestión del chico fantasma de Rolando, ¿verdad?

—Quizá sí —señaló Rolando—. En mi mundo también teníamos Drawers, ¿sabéis? También era un término coloquial, y su significado era muy parecido.

—¿Qué significaba para ti y tus amigos? —quiso saber Eddie.

—Eso variaba ligeramente según el lugar y la situación. Podía ser un estercolero. Podía ser un burdel o un sitio al que los hombres iban a jugar o a mascar hierba del diablo. Pero el significado más común que conozco es también el más sencillo.

Se los quedó mirando.

—Los Drawers son lugares de desolación —concluyó—. Los Drawers son... las tierras baldías.

Esta vez Susannah echó más leña al fuego. Al sur, la Vieja Madre ardía brillante, sin parpadear.

Susannah había aprendido en la escuela que eso significaba que era un planeta, no una estrella. «¿Venus? —aventuró—. ¿O el sistema solar del que este mundo forma parte es tan diferente como todo lo demás?»

De nuevo volvió a invadirla aquella sensación de irrealidad, de que todo esto forzosamente tenía que ser un sueño.

—Continúa —le invitó—. ¿Qué pasó después de que la voz te previniera sobre los Drawers y el muchacho?

—Hundí la mano en el agujero del que había salido la arena, como me enseñaron a hacer si alguna vez me hallaba en tal situación. Lo que extraje fue una quijada..., pero no ésta. La quijada que saqué de la pared de la estación de paso era mucho mayor; de uno de los Grandes Antiguos, estoy casi seguro.

—¿Qué se hizo de ella? —preguntó Susannah con voz queda.

—Una noche se la di al chico —contestó Rolando. El fuego pintaba sus mejillas con cálidos toques naranja y sombras danzarinas—. Como protección, como una especie de talismán. Más tarde consideré que ya había servido a su propósito y la tiré.

—Entonces, ¿de quién es esta quijada que tienes ahí, Rolando? —quiso saber Eddie.

Rolando la sostuvo en alto, la contempló reflexivamente y la dejó caer de nuevo.

—Más tarde, después de Jake..., después de su muerte..., di alcance al hombre que iba persiguiendo.

—A Walter —apuntó Susannah.

—Sí. Estuvimos parlamentando durante mucho rato. En un momento dado me quedé dormido, y cuando desperté, Walter estaba muerto. Llevaba muerto cien años por lo menos, seguramente más. De él sólo quedaban los huesos, cosa que resultaba bastante apropiada puesto que estábamos en un lugar de huesos.

—Sí, tuvo que ser un parlamento muy largo, desde luego —comentó Eddie secamente.

Susannah frunció ligeramente el ceño al oírlo, pero Rolando se limitó a asentir.

—Largo y largo —respondió, mirando el fuego.

—Despertaste por la mañana y llegaste al Mar Occidental aquella misma tarde —dijo Eddie—. Por la noche, vinieron las langostruosidades, ¿no es eso?

Rolando volvió a asentir.

—Sí. Pero antes de abandonar el lugar donde Walter y yo habíamos hablado... o soñado... o lo que hiciéramos allí..., cogí esto de la calavera de su esqueleto.— Levantó el hueso, y la luz anaranjada volvió a danzar en los dientes.

«La quijada de Walter —pensó Eddie, con un leve escalofrío—. La quijada del hombre de negro. Eddie, recuerda esto, la próxima vez que se te ocurra pensar que Rolando quizá sea un tipo como cualquier otro. Durante todo este tiempo, la ha llevado encima como si fuera... el trofeo de un caníbal. ¡Dios mío!»

—Recuerdo lo que pensé al cogerla —añadió Rolando—. Lo recuerdo muy bien; es el único recuerdo de esa época que no se me ha doblado. Pensé: «Fue mala suerte tirar la que encontré cuando encontré al chico. Esta la sustituirá.» Sólo entonces oí la risa de Walter, fina maligna risita entre dientes. Y oí su voz, también.

—¿Qué dijo? —preguntó Susannah.

—«Demasiado tarde, pistolero» —respondió Rolando—. Eso me dijo. «Demasiado tarde. Tu suerte será mala desde ahora hasta el fin de la eternidad; ése es tu *ka*.»

—Muy bien —dijo Eddie al fin—. Entiendo la paradoja básica. Tu memoria está dividida...

—Dividida no. Doblada.

—Muy bien. Es casi lo mismo, ¿no? —Eddie cogió un palito y realizó a su vez un dibujo sobre la arena:



Dio unos golpecitos sobre la línea de la izquierda.

—Ésta es tu memoria del tiempo anterior a tu llegada a la estación de paso: una sola pista.

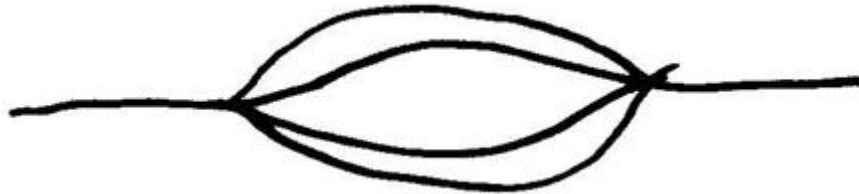
—Sí.

Dio unos golpecitos sobre la línea de la derecha.

—Y después de cruzar las montañas y llegar al lugar de huesos..., el lugar donde Walter te esperaba. También una sola pista.

—Sí.

Eddie señaló a continuación la zona central y trazó un círculo a su alrededor.



—He aquí lo que tienes que hacer, Rolando: cerrar esta pista doble. Construye una empalizada mental a su alrededor y olvídate de ella. Porque no significa nada, no cambia nada, está pasada y acabada...

—No es así. —Rolando levantó el hueso—. Si mis recuerdos de Jake son falsos (y sé que lo son), ¿cómo puedo tener esto? Lo cogí en sustitución del que había tirado..., pero el que había tirado provenía del sótano de la estación de paso, y en la pista que sé que es cierta, yo no bajé al sótano. ¡No hablé con el demonio! ¡Seguí la marcha yo solo, con agua de la estación y nada más!

—Escúchame, Rolando —le urgió Eddie—. Si la quijada que tienes en las manos fuese la de la estación de paso, eso tendría un sentido. Pero ¿no es posible que alucinaras toda la historia, la estación de paso, el chico, el Demonio Parlante, y luego te llevaras la quijada de Walter porque...?

—No fue una alucinación —le interrumpió Rolando. Se los quedó mirando con sus ojos de bombardero de un azul descolorido e hizo algo que ninguno de los dos se esperaba..., algo que Eddie habría jurado que ni siquiera el propio Rolando sabía que iba a hacer.

Arrojó la quijada a la hoguera.

Por unos instantes yació allí sin más, una reliquia blanca torcida en una media sonrisa espectral. De pronto empezó a emitir un intenso fulgor rojo, bañando el claro en deslumbrante luz escarlata. Eddie y Susannah gritaron de sorpresa y alzaron las manos para protegerse los ojos de aquella forma ardiente. El hueso empezó a cambiar. No a derretirse sino a cambiar. Los dientes que lo jalonaban como lápidas sepulcrales empezaron a unirse en racimos. Se enderezó la suave curvatura del arco superior, y luego la punta se volvió achatada.

Eddie apoyó las manos sobre el regazo y se quedó mirando boquiabierto el hueso que ya no era un hueso. La quijada había adquirido el color del acero ardiente. Los dientes se habían convertido en tres uves invertidas, la central mayor que las de los extremos. Y de pronto Eddie vio qué quería llegar a ser, del mismo modo en que había visto el tirador en la protuberancia de la madera. Le pareció que era una llave.

«Debes acordarte de la forma —pensó enfebrecido—. Debes acordarte, debes acordarte.»

Sus ojos la recorrieron desesperadamente: tres uves, la del centro mayor y más pronunciada que las dos de los extremos. Tres muescas... ¡la más cercana al extremo tenía un rasgo ondulante, como la curva de una ese minúscula... Entonces volvió a cambiar la forma rodeada de llamas. El hueso que se había convertido en algo semejante a una llave se cerró sobre sí mismo, concentrándose en brillantes pétalos superpuestos y pliegues tan oscuros y aterciopelados como una noche de verano sin luna. Durante unos instantes, Eddie vio una rosa; una triunfante rosa roja que hubiera podido florecer en el amanecer del primer día de aquel mundo, un objeto de insondable e intemporal belleza. Su ojo vio, y se le abrió el corazón. Fue como si todo el amor y toda la vida hubieran brotado repentinamente de aquella cosa muerta que Rolando llevaba encima; estaba ahí en el fuego, ardiendo triunfal, lanzando un maravilloso e incipiente desafío, proclamando que la desesperación era un espejismo y la muerte un sueño.

«¡La rosa! —pensó con incoherencia—. ¡Primero la llave, luego la rosa! ¡Contempla! ¡Contempla el comienzo del camino hacia la Torre!»

Sonó una tos seca en la hoguera. Un abanico de chispas saltó hacia los lados. Susannah lanzó un grito y se apartó del fuego, apagando a manotazos las motas anaranjadas de su ropa mientras las llamaradas se elevaban hacia el cielo estrellado. Eddie no se movió. Seguía transfigurado por su visión, retenido por una red prodigiosa, terrible y deleitosa al mismo tiempo, ajeno a las chispas que danzaban sobre su piel. Finalmente, las llamaradas cesaron.

El hueso había desaparecido. La llave había desaparecido. La rosa había desaparecido.

«Recuerda —se dijo—. Recuerda la rosa... y la forma de la llave.»

Susannah estaba sollozando por la conmoción y el terror, pero de momento Eddie no le hizo caso y recogió la ramita que Rolando y él habían usado para dibujar. Y con mano temblorosa trazó esta forma sobre la tierra:



—¿Por qué lo has hecho? —inquirió al fin Susannah—. En nombre de Dios, ¿por qué? ¿Y qué ha sido eso?

Habían transcurrido quince minutos. La hoguera estaba decayendo; las brasas dispersas habían sido apagadas a pisotones o se habían extinguido por sí solas. Eddie estaba sentado con los brazos alrededor de su esposa; Susannah se había sentado delante suyo, con la espalda apoyada sobre su pecho. Rolando se hallaba un poco más lejos, con las rodillas recogidas contra el pecho, contemplando ceñudamente las rojizas brasas. Eddie tenía la impresión de que ninguno de los dos había visto cómo cambiaba el hueso. Ambos lo habían visto refulgir a gran temperatura, y Rolando lo había visto explotar (¿o acaso implotar?; a Eddie le parecía que esto último casaba mejor con lo que había visto), pero nada más. O así lo suponía; sin embargo, a veces Rolando se atenía a su propio consejo, y cuando decidía jugar sin mostrar las cartas, realmente sabía esconderlas muy bien. Eddie lo había comprobado por su propia y amarga experiencia. Pensó en decirles lo que había visto —o creía haber visto—, pero al fin decidió jugar sus cartas sin enseñarlas, al menos por el momento.

De la quijada en sí no quedaba la menor huella, ni siquiera una astilla.

—Lo hice porque una voz habló en mi mente y me dijo que debía hacerlo —explicó Rolando—. Era la voz de mi padre; de todos mis padres. Cuando uno oye tal voz, no obedecer (y de inmediato) es inconcebible. Así me lo enseñaron. En cuanto a lo que era, no podría decirlo..., al menos ahora. Sólo sé que el hueso ha pronunciado su última palabra. Lo he llevado durante todo este tiempo para oírla.

«O para verla —pensó Eddie, y se repitió—: Recuerda. Recuerda la rosa. Y recuerda la forma de la llave.»

—¡Ha estado a punto de freírnos! —Susannah parecía cansada y exasperada al mismo tiempo.

Rolando meneó la cabeza.

—Creo que más bien era algo como esos fuegos artísticos que a veces los barones lanzaban hacia el cielo en sus fiestas de fin de año. Brillantes y sorprendentes, pero no peligrosos.

Eddie tuvo una idea.

—¿Se han ido los recuerdos doblados, Rolando? ¿Se fueron cuando estalló el hueso, o lo que fuese?

Estaba casi convencido de hallarse en lo cierto; en las películas que había visto, esta brusca terapia de choque casi siempre funcionaba. Pero Rolando negó con la cabeza.

Susannah se agitó entre los brazos de Eddie.

—Antes dijiste que estabas empezando a comprender.

—Sí, eso creo —asintió Rolando—. Si tengo razón, temo por Jake. Dondequiera se halle, cuandoquiera se halle, temo por él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eddie.

Rolando se puso en pie, fue hacia su hato de pieles y comenzó a extenderlas.

—Por esta noche ya hemos tenido bastantes historias y emociones. Es hora de dormir. Mañana seguiremos el rastro del oso e intentaremos encontrar el pórtico que vigilaba. Por el camino os contaré lo que sé y lo que creo que ha pasado, lo que creo que aún está pasando. Dicho esto, se envolvió en una manta vieja y en una piel de venado nueva, se apartó del fuego y no quiso decir más.

Eddie y Susannah se acostaron juntos. Cuando se sintieron seguros de que el pistolero dormía, hicieron el amor. Rolando los oyó mientras yacía despierto, y los oyó hablar en voz baja después del amor. Casi toda su conversación versó sobre él. Rolando permaneció en silencio, contemplando la oscuridad con los ojos abiertos, mucho después de que su charla hubiera cesado y su respiración se hubiese apaciguado hasta ser una única nota suave.

Estaba bien ser joven y enamorado, pensó. Incluso en el cementerio en que este mundo se había convertido.

«Disfrutadlo mientras podáis —pensó—, porque tenemos más muerte por delante. Hemos

llegado a un arroyo de sangre. Es algo que habrá de conducirnos a un río de la misma sustancia, sin duda alguna. Y más adelante, a un océano. En este mundo las tumbas bostezan, y ninguno de los muertos descansa en paz.»

Cuando el alba empezaba a apuntar por el este, cerró los ojos. Durmió brevemente, y soñó con Jake.

Eddie también soñaba; soñaba que estaba de vuelta en Nueva York, paseando por la Segunda Avenida con un libro en la mano.

En su sueño era primavera. El aire era tibio, la ciudad florecía, y la nostalgia se agitaba en su interior como un músculo con un anzuelo clavado muy a fondo. «Disfruta de este sueño y hazlo durar todo lo que puedas —se dijo—. Saboréalo..., porque nunca estarás más cerca de Nueva York. No puedes volver a casa, Eddie. Esa parte se acabó.»

Miró el libro que llevaba y no le sorprendió en lo más mínimo descubrir que era *No puedes volver a casa otra vez*, de Thomas Wolfe. En la cubierta de color rojo oscuro había estampadas tres formas: llave, rosa y puerta. Se detuvo un momento, abrió el libro y leyó la primera frase. «El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él.»

Eddie lo cerró y siguió andando. Debían de ser las nueve de la mañana, calculó, quizá las nueve y media, y el tráfico de la Segunda Avenida era ligero. Los taxis tocaban la bocina y serpenteaban de carril en carril reflejando el sol de primavera en sus parabrisas y sus carrocerías pintadas de amarillo. En la esquina de la Segunda con la calle Cincuenta y dos, un mendigo le pidió limosna y Eddie le arrojó al regazo el libro de tapas rojas. Observó (igualmente sin sorpresa) que el mendigo era Enrico Balazar. Estaba sentado con las piernas cruzadas enfrente de una tienda de artículos de magia. LA CASA DE LAS CARTAS, rezaba el rótulo del escaparate, y tras el cristal se veía una torre construida con cartas del Tarot. Erguido en lo más alto había un muñeco de King Kong. En la cabeza del gran simio crecía una pequeña antena de radar.

Eddie reanudó su perezoso paseo hacia el centro, con los letreros de las calles flotando ante sus ojos. Supo adónde se dirigía en cuanto vio el lugar: una tiendecita en el cruce de la Segunda con la calle Cuarenta y seis.

«Sí —pensó. Le invadió una sensación de gran alivio—. Éste es el lugar. El lugar preciso.» El escaparate estaba repleto de quesos y carnes colgadas. CHARCUTERÍA ARTÍSTICA DE TOM y JERRY, decía el cartel. ESPECIALIDAD EN BANDEJAS PARA FIESTAS.

Mientras miraba, un conocido apareció por la esquina. Era Jack Andolini, con traje y chaleco color helado de vainilla y un bastón negro en la mano izquierda. Le faltaba media cara, arrancada por las pinzas de las langostuosidades.

«Ya puedes entrar, Eddie —le dijo Jack al pasar—. Al fin y al cabo, existen otros mundos aparte de éstos, y ese maldito tren pasa por todos ellos.»

«No puedo —respondió Eddie—. La puerta está cerrada.» No sabía cómo lo sabía, pero así era; lo sabía sin sombra de duda. «Tatachán, tatachín, no te preocupes, tienes la llave», dijo Jack sin volver la vista atrás. Eddie bajó la mirada y vio que en efecto tenía una llave, un artefacto de apariencia primitiva con tres muescas como uves invertidas.

«Esa curva en forma de ese al final de la última muesca es el secreto», pensó. Avanzó bajo la marquesina de la Charcutería Artística de Tom y Jerry e insertó la llave en la cerradura. Giraba con facilidad. Abrió la puerta y se metió en un inmenso campo abierto. Miró hacia atrás y vio pasar el tráfico de la Segunda Avenida, y entonces la puerta se cerró de golpe y le hizo caer. Detrás suyo no había nada. Nada en absoluto. Se volvió para inspeccionar el nuevo territorio y la primera impresión le llenó de terror. El campo era de un escarlata oscuro, como si allí se hubiera librado una batalla titánica y la tierra se hubiera empapado de tanta sangre que ya no pudiera absorber más.

Pero entonces se dio cuenta de que no era sangre lo que estaba viendo, sino rosas.

Le invadió de nuevo aquella sensación mezcla de alegría y triunfo, y creyó que el corazón iba a estallarle. Levantó los puños cerrados por encima de la cabeza en un ademán de victoria... y se quedó paralizado así.

El campo se extendía kilómetros y kilómetros, ascendiendo en suave pendiente, y erguida en el horizonte estaba la Torre Oscura. Era una columna de muda piedra que se elevaba hacia el cielo a tal altura que apenas alcanzaba a divisar el extremo. Su base, rodeada de rosas rojas, era titánica, colosal en peso y en tamaño, y sin embargo la Torre se hacía curiosamente elegante a medida que se alzaba y afilaba. La piedra con que estaba construida no era negra, como había

imaginado que sería, sino de color hollín. Angostas ventanas como aspilleras la recorrían en una espiral ascendente; bajo las ventanas había una interminable escalera de peldaños de piedra que se remontaban círculo tras círculo. La Torre era un signo de exclamación gris oscuro, plantado en la tierra por encima del campo de rosas rojo sangre. El cielo que se curvaba sobre ella era azul, pero lleno de esponjosas nubes blancas semejantes a barcos de vela. Fluían sobre la parte superior de la Torre y a su alrededor en una corriente interminable.

«¡Qué hermosa es! —se maravilló Eddie—. ¡Qué hermosa y extraña!» Pero su sensación de alegría y triunfo se había desvanecido, dejándole un profundo malestar y la impresión de una catástrofe inminente. Miró en torno, y advirtió con repentino horror que se encontraba parado en la sombra de la Torre. No, no sólo parado en ella: enterrado vivo en ella.

Lanzó un grito, pero el grito se perdió en la sonoridad dorada de un tremendo cuerno. Venía de lo alto de la Torre y parecía llenar el mundo. Mientras esta nota de advertencia se mantenía y se extendía sobre el campo en que él estaba, tras las ventanas que circundaban la Torre empezó a acumularse neblina. La neblina se extendió por el cielo en arroyos ondulantes que finalmente se unieron y formaron una creciente mancha de oscuridad. No parecía una nube; parecía un tumor suspendido sobre la tierra. El cielo quedó tapado. Y entonces vio que no era una nube ni un tumor sino una forma; una forma tenebrosa y ciclópea que se precipitaba hacia el lugar donde él se hallaba. Sería inútil huir de aquella bestia que se fundía en el cielo sobre el campo de rosas; le daría alcance, lo atraparía y se lo llevaría. Se lo llevaría al interior de la Torre Oscura, y el mundo de luz ya no volvería a verle nunca más.

Se rasgaban las tinieblas y unos ojos terribles e inhumanos, cada uno de los cuales debía de ser tan grande como el oso Shardik que yacía muerto en el bosque, se clavaron en él. Eran rojos, rojos como las rosas, rojos como la sangre.

La voz muerta de Jack Andolini martilleó en sus oídos: «Mil mundos, Eddie. ¡Diez mil! Y ese tren pasa por todos ellos. Si puedes ponerlo en marcha. Y si realmente puedes ponerlo en marcha, tus problemas no habrán hecho más que empezar, porque desconectar ese aparato es bien jodido.»

La voz de Jack se había vuelto mecánica, como una salmodia. «Es bien jodido de desconectar, Eddie, puedes creerme. Ese cabrón es...»

«¡... *DESCONEXIÓN! ¡LA DESCONEJIÓN SE HABRÁ COMPLETADO EN UNA HORA Y SEIS MINUTOS!*»

En su sueño, Eddie alzó las manos para protegerse los ojos...

... y despertó, incorporándose bruscamente junto a los restos apagados de la hoguera. Estaba mirando el mundo por entre sus dedos extendidos. Y la voz todavía seguía retumbando, la voz de un desalmado comandante de Operaciones Especiales aullando por un altavoz.

«¡NO EXISTE NINGÚN PELIGRO! ¡REPETIMOS, NO EXISTE NINGÚN PELIGRO! CINCO BATERÍAS SUBNUCLEARES ESTÁN DESACTIVADAS, DOS BATERÍAS SUBNUCLEARES ESTÁN EN FASE DE DESCONEXIÓN, UNA BATERÍA SUBNUCLEAR ESTÁ FUNCIONANDO AL DOS POR CIENTO DE CAPACIDAD. ¡ESTAS BATERÍAS CARECEN DE VALOR! ¡REPETIMOS, ESTAS BATERÍAS CARECEN DE VALOR! ¡INFORME DE SU SITUACIÓN A NORTH CENTRAL POSITRONICS, LIMITED! ¡LLAME AL 1-900-44! EL NOMBRE EN CÓDIGO DE ESTE APARATO ES "SHARDIK". ¡SE OFRECE RECOMPENSA! ¡REPETIMOS, SE OFRECE RECOMPENSA!»

La voz enmudeció. Eddie vio a Rolando de pie al borde del claro, sosteniendo a Susannah con un brazo. Estaban vueltos hacia la fuente de la voz. Y mientras empezaba de nuevo la advertencia grabada, Eddie logró sacudirse por fin los helados restos de su pesadilla. Se levantó y anduvo hacia Rolando y Susannah, tratando de imaginar cuántos siglos haría que se había grabado aquel aviso, programado para sonar únicamente en el caso de un colapso total del sistema.

«¡ESTE APARATO ESTÁ EN FASE DE DESCONEXIÓN! ¡LA DESCONEXIÓN SE HABRÁ COMPLETADO EN UNA HORA Y CINCO MINUTOS! ¡NO EXISTE NINGÚN PELIGRO! REPETIMOS...»

Eddie tocó el brazo de Susannah, y ella volvió la cabeza.

—¿Cuánto hace que dura esto?

—Unos quince minutos. Estabas muerto para el mun... —Dejó la frase en el aire—. ¡Tienes un aspecto horrible, Eddie! ¿Estás enfermo?

—No. Acabo de tener un mal sueño.

Rolando lo observaba de un modo que le hizo sentirse incómodo.

—A veces hay verdad en los sueños, Eddie. ¿Cómo ha sido el tuyo? Reflexionó unos instantes y acabó meneando la cabeza.

—No me acuerdo.

—Lo dudo, ¿sabes?

Eddie se encogió de hombros y le dedicó una ligera sonrisa.

—Pues ya puedes dudar; estás invitado. ¿Y cómo te encuentras tú esta mañana?

—Igual —respondió Rolando. Sus descoloridos ojos azules siguieron escrutando el rostro de Eddie.

—¡Basta ya! —saltó Susannah. Su voz era enérgica, pero Eddie captó un matiz de nerviosismo—. Los dos. Tengo cosas mejores que hacer que veros dar vueltas el uno al otro pegándoos patadas en las espinillas como un par de criaturas. Y sobre todo esta mañana, con ese oso muerto que trata de callar todo el mundo a gritos.

El pistolero asintió, pero mantuvo la vista fija en Eddie.

—Muy bien, pero... ¿estás seguro de que no quieres decirme nada, Eddie?

En aquel momento Eddie pensó seriamente en contarle lo que había visto en el fuego, lo que había visto en su sueño. Pero decidió que no. Quizá fuera sólo el recuerdo de la rosa en mitad del fuego, y las rosas que cubrían el campo de su sueño con tan fabulosa profusión.

Sabía que no podía explicar estas cosas como sus ojos las habían visto y su corazón sentido; sólo conseguiría desmerecerlas. Y, al menos por el momento, quería meditar en estas cosas a solas.

«Pero recuerda —se repitió una vez más..., aunque que la voz que sonó en su mente no se parecía mucho a la suya. Parecía más grave, de más edad; la voz de un desconocido—. Recuerda la rosa... y la forma de la llave.»

—Lo haré —musitó.

—¿Qué harás? —quiso saber Rolando.

—Decirlo —respondió Eddie—. Si surge algo que parezca realmente importante, os lo diré. A los dos. Pero ahora mismo no lo hay. Así que si hemos de llegar a alguna parte, Shane, viejo amigo, será mejor que ensillemos ya.

—¿Shane? ¿Quién es Shane?

—También te lo diré en otro momento. Entre tanto, pongámonos en marcha. Recogieron la impedimenta que habían traído del anterior campamento y regresaron hacia allí, Susannah de nuevo en su silla de ruedas. Eddie tuvo el presentimiento de que no iba a utilizarla mucho tiempo.

Una vez, antes de que Eddie estuviera demasiado interesado en la heroína como para mostrar interés por ninguna otra cosa, había ido hasta Nueva Jersey con un par de amigos para ver a un par de conjuntos de *speed-metal* —Anthrax y Megadeth— que actuaban en el Meadowlands. Creía recordar que el volumen de Anthrax había sido ligeramente superior al del anuncio que surgía una y otra vez del oso caído, pero no estaba del todo seguro. Rolando les hizo parar cuando todavía se hallaban a casi un kilómetro del claro y arrancó seis tiras pequeñas de tela de su vieja camisa. Se las metieron en los oídos y siguieron adelante. Ni siquiera esos tapones consiguieron amortiguar mucho el estridente estallido de sonido.

«*¡ESTE APARATO ESTÁ EN FASE DE DESCONEXIÓN!*» , vociferaba el oso cuando entraron en el claro. Yacía como había quedado, al pie del árbol al que Eddie se había encaramado, un coloso caído con las patas separadas y las rodillas en el aire, como una gigante peluda que hubiera muerto en el momento de dar a luz. «*¡LA DESCONEXIÓN SE HABRÁ COMPLETADO EN CUARENTA Y CINCO MINUTOS! ¡NO EXISTE NINGÚN PELIGRO!...*»

Sí que existe, pensó Eddie mientras recogía las pieles desparramadas que habían sobrevivido intactas al ataque del oso y a sus agitados estertores. Mucho peligro para mis malditas orejas. Recogió la pistolera de Rolando y se la entregó silenciosamente. El trozo de madera que había estado tallando yacía no muy lejos; se hizo con él y lo guardó en la bolsa del respaldo de la silla de ruedas de Susannah mientras el pistolero se ceñía el ancho cinturón de cuero en torno a la cintura y anudaba la tira de piel sin curtir que sujetaba la pistolera al muslo.

«*... EN FASE DE DESCONEXIÓN, UNA BATERÍA SUBNUCLEAR ESTÁ FUNCIONANDO AL UNO POR CIENTO DE CAPACIDAD. ESTAS BATERÍAS...*»

Susannah seguía a Eddie, llevando en el regazo una bolsa que ella misma había confeccionado. A medida que Eddie le pasaba las pieles, las iba metiendo en la bolsa. Cuando estuvieron todas recogidas, Rolando tocó a Eddie en el brazo y le entregó un macuto. Su carga consistía principalmente en carne de venado, abundantemente impregnada con la sal de un salegar natural que Rolando había encontrado a unos cinco kilómetros arroyo arriba. El pistolero ya se había echado al hombro un macuto parecido. La bolsa —aprovisionada de nuevo y repleta de toda suerte de objetos dispares— le colgaba al otro lado.

De una rama cercana pendía un extraño arnés de fabricación casera con un asiento en piel de venado cosida. Rolando lo cogió, lo examinó unos instantes, e inmediatamente se lo colocó sobre la espalda y anudó las correas bajo el pecho. Susannah torció el gesto, y Rolando se dio cuenta. No intentó hablar —tan cerca del oso, no habría logrado hacerse oír ni aun gritando a pleno pulmón—, pero se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto de comprensión: «Sabes que vamos a necesitarlo.»

Ella le devolvió el encogimiento de hombros. «Lo sé..., pero eso no implica que me guste.»

El pistolero señaló hacia el otro lado del claro. Un par de abetos torcidos y quebrados marcaban el lugar por donde Shardik, otrora conocido como Mir en aquellos territorios, había entrado en el claro.

Eddie se inclinó hacia Susannah, formó un círculo con el índice y el pulgar, y enarcó interrogativamente las cejas. «¿Está bien?» Susannah asintió, y acto seguido hizo ademán de taparse los oídos. «Está bien, pero vámonos de aquí antes de que me quede sorda.» Empezaron a cruzar el claro; Eddie empujaba a Susannah, que sostenía el fardo de pieles sobre su regazo. La bolsa del respaldo estaba llena de cosas; el pedazo de madera en el que todavía se ocultaba la mayor parte del tirador sólo era una de ellas.

Detrás, el oso seguía rugiendo su última comunicación al mundo, anunciándoles que la desconexión quedaría completada en cuarenta minutos. A Eddie se le antojó una eternidad. Los abetos rotos se inclinaban el uno hacia el otro, formando una especie de crudo portal, y Eddie pensó: «Aquí es donde empieza realmente la búsqueda de la Torre Oscura de Rolando, al menos para nosotros.»

Recordó de nuevo su sueño —la espiral de ventanas que rezumaban sus opacos gallardetes de oscuridad, gallardetes que se despleaban sobre el campo de rosas como una mancha— y le

recorrió un profundo escalofrío mientras pasaban bajo los árboles inclinados.

Pudieron utilizar la silla de ruedas durante más tiempo del que Rolando había imaginado. Los abetos de aquel bosque eran muy viejos, y su profuso ramaje había creado una gruesa alfombra de agujas que no dejaba crecer maleza. Susannah tenía brazos fuertes —más fuertes que los de Eddie, aunque Rolando creía que eso no tardaría en cambiar— y se impulsaba con facilidad sobre el suelo plano y sombreado del bosque. Cuando llegaron ante uno de los árboles que el oso había derribado, Rolando la tomó en brazos y Eddie pasó la silla al otro lado del obstáculo.

A sus espaldas, apenas amortiguado por la distancia, el oso les explicó, con toda la potencia de su voz mecánica, que la capacidad de su última batería subnuclear en funcionamiento era ya prácticamente despreciable.

—¡Ojalá ese maldito arnés te cuelgue vacío de los hombros durante todo el día! —le gritó Susannah al pistolero.

Rolando asintió, pero antes de que hubieran transcurrido quince minutos el terreno empezó a descender y aquella antigua zona del bosque a verse invadida por árboles más jóvenes y pequeños; abedules, alisos y algún que otro arce atrofiado arañaban inflexiblemente el suelo en busca de asidero. La alfombra de agujas se volvió más fina, y las ruedas de la silla empezaron a atascarse en los vigorosos matorrales que crecían entre los árboles. Sus finas ramas raspaban y traqueteaban sobre los radios de acero inoxidable. Eddie arrojó su peso sobre los puños de la silla y de este modo pudieron seguir medio kilómetro más. Finalmente, la pendiente empezó a hacerse más pronunciada y el terreno por el que avanzaban se hizo esponjoso.

—Llegó el momento de subirse a la espalda, señora —anunció Rolando.

—¿Qué os parece si seguimos con la silla un poco más? Puede que la cosa vuelva a mejorar y...

Rolando sacudió la cabeza.

—Si te metes por esa ladera, acabarás de cabeza al suelo. Vamos, Susannah. Arriba.

—Detesto ser una inválida —protestó Susannah, molesta, pero dejó que Eddie la alzara de la silla y, con su ayuda, se instaló firmemente en el arnés que Rolando llevaba a la espalda. Una vez bien sujeta, tocó la culata del revólver de Rolando.

—¿Quieres llevar tú este pequeñín —le preguntó a Eddie.

—Tú eres más rápida —respondió éste, negando con la cabeza—. Y lo sabes.

Susannah se ajustó el cinto de mala gana y dispuso la culata de manera que quedara al alcance de su mano derecha.

—También sé que os hago ir más despacio, pero si alguna vez llegamos a una buena carretera asfaltada de doble dirección os dejaré clavados en la línea de salida.

—No lo dudo —admitió Rolando... y de pronto ladeó la cabeza. El bosque había quedado en silencio.

—Al fin se ha rendido el Hermano Oso —observó Susannah—. Alabado sea Dios.

—Creía que aún le quedaban siete minutos —señaló Eddie.

Rolando ajustó las correas del arnés.

—Su reloj debe de haber empezado a retrasarse un poco en los cinco o seis últimos siglos.

—¿De veras crees que era tan viejo, Rolando?

—Sin duda alguna —respondió el pistolero—. Y ahora se ha ido... El último de los Doce Guardianes, por lo que sabemos.

—Sí, y pregúntame si me importa una mierda —replicó Eddie, y Susannah se echó a reír.

—¿Vas cómoda? —le preguntó Rolando.

—No. Empieza a dolerme el culo, pero tú sigue. Y procura no tirarme. Rolando empezó a descender por la pendiente. Eddie lo siguió, empujando la silla vacía y tratando de impedir que chocara con demasiada fuerza contra las rocas que empezaban a surgir de la tierra como grandes nudillos blancos.

Ahora que el oso había callado por fin, le pareció que el bosque estaba demasiado silencioso; aquella quietud hacía que se sintiera casi como un personaje de una de esas viejas películas de la selva con caníbales y gorilas gigantes.

23

El rastro del oso era fácil de descubrir pero más difícil de seguir. A unos ocho kilómetros del claro, los condujo a una zona cenagosa que no llegaba a ser un pantano. Cuando por fin el terreno empezó a ascender de nuevo y a volverse un poco más firme, los tejanos desteñidos de Rolando estaban empapados hasta las rodillas, y el pistolero respiraba en largos y regulares jadeos. Aun así, su estado era ligeramente mejor que el de Eddie, a quien no le había resultado fácil cargar la silla de ruedas a través del fango y las aguas estancadas.

—Es hora de descansar y de comer algo —decidió Rolando.

—¡Oh, sí, la comida! —bufó Eddie. Ayudó a Susannah a desprenderse del arnés y la depositó sobre el tronco de un árbol caído, surcado diagonalmente por largas huellas de zarpazos. A continuación, medio se sentó, medio se dejó caer junto a ella.

—Has manchado de barro mi silla de ruedas, blanquito —dijo Susannah—. Lo haré constar en mi informe.

—Cuando lleguemos al próximo túnel de lavado, yo mismo te empujaré de extremo a extremo. Incluso encerraré el maldito cacharro, ¿de acuerdo?

Ella sonrió.

—Trato hecho, guapo.

Eddie llevaba uno de los odres de Rolando colgado a la cintura. Le dio unas palmaditas.

—¿Podemos?

—Sí —contestó Rolando—. Pero no bebas mucho ahora; antes de reanudar la marcha beberemos todos un poco más. Así nadie tendrá calambres.

—Rolando, jefe de exploradores de Oz —dijo Eddie, y se rió entre dientes mientras desataba el odre.

—¿Qué es Oz?

—Un lugar imaginario que salía en una película —le explicó Susannah.

—Oz era mucho más que eso. Mi hermano Henry me leía historias de vez en cuando.

Alguna noche te contaré una, Rolando.

—Eso estaría bien —aprobó el pistolero con seriedad—. Estoy deseoso de conocer vuestro mundo.

—Pero Oz no es nuestro mundo. Como ha dicho Susannah, era un lugar imaginario... Rolando repartió pedazos de carne que iban envueltos en unas hojas grandes.

—La manera más rápida de conocer un lugar nuevo es averiguar cuáles son sus sueños. Me gustaría que me hablaras de Oz.

—De acuerdo, te lo prometo. Suze puede contarte la historia de Dorothy, Totó y el Hombre de Lata, y yo te contaré el resto. —Dio un mordisco a su pedazo de carne y entornó los ojos con expresión aprobadora. La carne había adquirido el sabor de las hojas en que iba envuelta, y estaba deliciosa. Eddie engulló su ración como un lobo, mientras su estómago no cesaba de gruñir afanosamente. Ahora que empezaba a recobrar el aliento, se encontraba bien, muy bien. Su cuerpo estaba desarrollando un sólido envoltorio de músculos, y cada una de sus partes se sentía en paz con todas las demás.

«No te preocupes —pensó—. Cuando llegue la noche, todo estará otra vez peleándose. Creo que piensa hacerme marchar hasta que esté a punto de caerme en el sitio.»

Susannah comía más delicadamente, deteniéndose cada dos o tres mordiscos para tomar un sorbo de agua, dando vueltas al pedazo de carne, comiendo de fuera adentro.

—Acaba lo que empezaste anoche —le pidió a Rolando—. Dijiste que creías entender esos recuerdos contradictorios que tienes. Rolando asintió.

—Sí. Creo que los dos recuerdos son ciertos. Uno es un poco más cierto que el otro, pero eso no niega la verdad del segundo.

—No le veo el sentido —señaló Eddie—. O el chico estaba en la estación de paso o no estaba, Rolando.

—Es una paradoja, algo que es y no es al mismo tiempo. Mientras no se resuelva, seguiré

dividido. Eso ya es bastante malo de por sí, pero la fisura básica se está ensanchando. Noto cómo se agranda. Es... inexpressable.

—¿Tienes idea de cuál fue la causa? —inquirió Susannah.

—Ya os dije que al chico lo empujaron hacia un coche. Lo empujaron. Ahora bien, ¿a quién conocemos que disfrutara empujando a la gente hacia cosas en marcha?

El rostro de Susannah se iluminó.

—Jack Mort. ¿Quieres decir que fue él quien empujó al chico hacia la calzada?

—Sí.

—Pero si dijiste que lo había hecho el hombre de negro... —objetó Eddie—. Tu camarada Walter. Dijiste que el chico lo vio, un hombre con aspecto de sacerdote. ¿No llegó incluso a decir que lo era? «Abran paso, soy sacerdote», o algo por el estilo.

—Sí, Walter estaba allí. Los dos estaban allí, y los dos empujaron a Jake.

—¡Traigan la Toracina y la camisa de fuerza! —gritó Eddie—. Rolando acaba de volverse loco. Rolando no le prestó atención; estaba empezando a darse cuenta de que las bromas y payasadas de Eddie eran su manera de reaccionar ante la tensión. Cuthbert no había sido muy distinto..., del mismo modo en que Susannah, por su parte, no era muy distinta de Alain.

—Lo que más me exaspera de todo esto —prosiguió— es que hubiera debido saberlo. Después de todo yo estuve dentro de Jack Mort, y tuve acceso a sus pensamientos, como tuve acceso a los tuyos, Eddie, y a los tuyos, Susannah. Vi a Jake mientras estaba en Mort. Lo vi con los ojos de Mort, y supe que Mort pensaba empujarlo. No sólo eso; impedí que lo hiciera. Sólo tuve que entrar en su cuerpo. Aunque Mort ni se enteró de eso; estaba tan concentrado en lo que se disponía a hacer que creyó que yo era una mosca que se posaba en su cuello. Eddie empezó a comprender.

—Si no empujó a Jake hacia el coche, eso quiere decir que Jake no murió. Y si no murió, no llegó a este mundo. Y si no llegó a este mundo, tú no lo encontraste en la estación de paso. ¿No es así?

—Así es. Incluso me pasó por la cabeza la idea de que si Jack Mort pretendía matar al chico, yo debería echarme a un lado y dejar que lo hiciera. Precisamente para no crear esta paradoja que me está desgarrando. Pero no pude. Yo... Yo...

—No podías matar al chico dos veces, ¿verdad? —apuntó Eddie con voz suave—. Siempre que estoy a punto de llegar a la conclusión de que eres tan mecánico como el oso, me sorprendes con algo que parece verdaderamente humano. Maldita sea.

—Basta ya, Eddie —le regañó Susannah.

Eddie echó un vistazo al rostro ligeramente inclinado del pistolero e hizo una mueca.

—Lo siento, Rolando. Mi madre siempre decía que no sabía contener la lengua.

—No importa. En otro tiempo tuve un amigo que también era así.

—¿Cuthbert?

Rolando asintió. Después contempló los dos únicos dedos de su mano derecha durante un largo instante, y finalmente cerró el doloroso puño, suspiró y miró de nuevo a sus compañeros. En algún lugar en las profundidades del bosque, una alondra cantó dulcemente.

—Os diré lo que creo. Aunque no hubiera entrado en Jack Mort cuando lo hice, él no habría empujado a Jake ese día. Ese día no. ¿Por qué no? *Ka-tet*. Sencillamente. Por primera vez desde que murió el último de los amigos que emprendieron esta búsqueda conmigo, vuelvo a encontrarme en el centro de *ka-tet*.

—¿Un cuarteto? —preguntó Eddie dubitativa.

El pistolero negó con la cabeza.

—*Ka*; la palabra que tú interpretas como «destino», Eddie, aunque su verdadero significado es mucho más complejo y difícil de definir, como suele suceder siempre con las palabras de la Alta Lengua. Y *tet*, que se refiere a un grupo de gente con los mismos intereses y objetivos.

Nosotros tres somos un *tet*, por ejemplo. *Ka-tet* es el lugar donde muchas vidas son unidas por el destino.

—Como en *El puente de San Luis Rey* —musitó Susannah.

—¿Qué es eso? —quiso saber Rolando.

—Un relato acerca de varias personas que mueren juntas cuando se hunde el puente que están cruzando. Es muy conocido en nuestro mundo.

Rolando hizo un gesto con la cabeza para indicar que comprendía.

—En este caso, *ka-tet* nos unió a Jake, Walter, Jack Mort y a mí.

No era ninguna trampa, que es lo que sospeché en un primer momento cuando supe a quién había elegido Jack Mort como próxima víctima, porque el *ka-tet* no puede ser manipulado ni modificado según la voluntad de nadie. Pero el *ka-tet* puede verse, conocerse y comprenderse.

Walter lo vio, y Walter lo sabía. —El pistolero se descargó un puñetazo en el muslo y exclamó con amargura—: ¡Cómo debía de reírse por dentro cuando por fin le di alcance!

—Hablemos de lo que hubiese sucedido si tú no le hubieras estropeado los planes a Jack Mort el día en que iba siguiendo a Jake —dijo Eddie—. Has venido a decir que si tú no hubieras detenido a Mort, algo o alguien lo habría hecho. ¿No es eso?

—Sí, porque no era el día adecuado para que Jake muriera. Estaba cerca del día adecuado, pero no lo era. También lo noté. Quizá Mort, justo antes de empujarlo, se habría dado cuenta de que alguien le estaba mirando, o quizás habría intervenido un perfecto desconocido. O...

—O un policía —dijo Susannah—. Quizás hubiera visto a un policía en el lugar y en el momento indicados.

—Sí. El motivo exacto —el agente de *ka-tet*— carece de importancia. Sé por propia experiencia que Mort era astuto como un zorro viejo. Si hubiera advertido el menor detalle fuera de lugar, lo habría dejado para otro día.

»Y también sé otra cosa. Cuando salía de caza, iba disfrazado. El día en que lanzó un ladrillo a la cabeza de Odetta Holmes, llevaba una gorra de punto y un suéter viejo que le venía varias tallas grande. Quería parecer un bebedor de vino, porque arrojó el ladrillo desde un edificio en el que tienen su guarida varios borrachos. ¿Os dais cuenta?

Asintieron los dos.

—Años después, el día en que te empujó hacia las ruedas del tren, Susannah, iba vestido como un obrero de la construcción. Llevaba un gran casco amarillo, al que en su mente llamaba un «casco de seguridad», y un bigote postizo. El día en que hubiera empujado a Jake hacia los coches, provocándole la muerte, hubiese ido disfrazado de sacerdote.

—Dios mío —dijo Susannah con un susurro de voz—. El hombre que le empujó en Nueva York era Jack Mort, y el hombre que vio en la estación de paso era Walter, ese tipo que andabas persiguiendo.

—Sí.

—¿Y el chico creyó que se trataba de la misma persona porque los dos vestían una especie de túnica negra parecida?

Rolando asintió.

—Incluso existía cierto parecido físico entre Walter y Jack Mort. No como si fuesen hermanos, no quiero decir eso, pero los dos eran altos, de cabello oscuro y tez muy pálida. Y considerando que la única vez que vio a Jack Mort, Jake estaba muriéndose, y que la única vez que vio a Walter estaba en un lugar desconocido y casi muerto de miedo, me parece que su error es comprensible y disculpable. Si en esta historia hay un asno, ése soy yo, por no haber comprendido mucho antes la verdad.

—¿Crees que Mort se hubiera dado cuenta de que lo estaban manipulando? —Recordando sus propias experiencias y los enloquecidos pensamientos de cuando Rolando le había invadido la mente, Eddie no veía la manera de que Mort hubiera podido no darse cuenta..., pero Rolando meneaba la cabeza.

—Walter habría sido sumamente sutil. Mort habría creído que la idea de disfrazarse de sacerdote se le había ocurrido a él mismo..., por lo menos eso imagino. No habría reconocido la voz de un intruso (de Walter) susurrando en las profundidades de su mente, diciéndole lo que debía hacer. Jack Mort —se maravilló Eddie—. Y todo el tiempo era Jack Mort.

—Sí... con ayuda de Walter. Y así acabé salvándole la vida a Jake, después de todo. Cuando

hice saltar a Mort del andén del metro justo delante de un tren, lo cambié todo.

Susannah preguntó:

—Si este Walter podía entrar en nuestro mundo siempre que quería, quizá por su puerta particular, ¿no hubiese podido utilizar a algún otro para que empujara al chico? Si podía sugerir a Mort que se disfrazara de sacerdote, hubiera podido hacer lo mismo con cualquiera...

¿Qué, Eddie? ¿Por qué sacudes la cabeza?

—Porque no creo que Walter quisiera eso. Lo que Walter quería es lo que está pasando ahora..., que Rolando fuera perdiendo el juicio poco a poco. ¿No es cierto?

El pistolero asintió.

—Walter no habría podido hacerlo así ni aunque hubiese querido —añadió Eddie—, porque estaba muerto desde mucho antes de que Rolando encontrara las puertas de la playa. Cuando Rolando cruzó la última y se metió en la cabeza de Jack Mort, ahí se acabaron los tejemanejes del viejo Walt.

Susannah pensó en ello y al final asintió.

—Ya entiendo... me parece. Este asunto de viajar por el tiempo resulta bastante confuso, ¿no?

Rolando empezó a recoger sus cosas y a ceñirlas en su lugar.

—Hora de ponerse en marcha.

Eddie se levantó y se echó su carga al hombro.

—Al menos puedes consolarte con una cosa —señaló—. O tú o ese asunto del *ka-tet* pudisteis salvar al chico, después de todo.

Rolando estaba anudándose las cuerdas del arnés sobre el pecho. Al oír este comentario alzó la vista, y la llameante claridad de sus ojos hizo recular a Eddie.

—¿Lo salvé? —preguntó ásperamente—. ¿De veras lo salvé? Estoy volviéndome loco por momentos, tratando de vivir con dos versiones de la misma realidad. Al principio esperaba que una u otra comenzara a desvanecerse, pero no es así. De hecho, sucede todo lo contrario: estas dos realidades gritan cada vez más fuerte en mi cabeza, chillándose la una a la otra como facciones opuestas que a no tardar tendrán que ir a la guerra. Así que dime una cosa, Eddie: ¿cómo crees que se siente Jake? ¿Qué crees que se experimenta al saber que en un mundo estás muerto y en otro vivo?

La alondra volvió a cantar, pero ninguno de ellos se dio cuenta. Eddie miró los ojos azul descolorido que ardían en la pálida faz de Rolando y no supo qué contestar.

24

Aquella noche acamparon a unos veinticinco kilómetros al este del oso muerto, durmieron con el sueño de los completamente agotados (incluso Rolando durmió durante toda la noche, aunque sus sueños fueron visiones de pesadilla) y a la mañana siguiente se levantaron al amanecer. Eddie encendió una pequeña hoguera sin decir nada y miró a Susannah de soslayo cuando sonó un tiro de pistola en las cercanías.

—El desayuno —señaló ella.

Rolando regresó al cabo de tres minutos con una piel colgada del hombro. En la piel había el cadáver de un conejo recién destripado. Susannah lo cocinó. Comieron y reanudaron la marcha.

Eddie seguía tratando de imaginar lo que sería tener el recuerdo de la propia muerte. Pero ahí se quedaba corto.

Poco después del mediodía llegaron a una zona donde casi todos los árboles habían sido arrancados y los arbustos aplastados; era como si por allí hubiera pasado un ciclón muchos años antes, creando una amplia y desolada avenida de destrucción.

—Estamos cerca del sitio que buscamos —declaró Rolando—. Lo derribó todo a su alrededor para despejar el campo visual. Nuestro amigo el oso no quería sorpresas. Era grande, pero nada complaciente.

—¿Nos habrá dejado alguna sorpresa? —preguntó Eddie.

—Cabe dentro de lo posible. —Rolando sonrió un poco y tocó a Eddie en el hombro—. Pero hay una cosa: serán sorpresas viejas.

Su avance por aquella zona de destrucción fue lento. La mayoría de los árboles caídos eran muy viejos —muchos habían casi regresado a la tierra de la que habían brotado— pero todavía se amontonaban lo suficiente para crear una formidable pista de obstáculos. Ya habría sido bastante duro si los tres estuvieran en buenas condiciones, pero con Susannah sujeta por su arnés a la espalda del pistolero, la marcha se convertía en un ejercicio de resistencia.

Los árboles derribados y los amasijos de matorral servían para enmascarar la pista del oso, y eso también contribuía a retrasarlos. Hasta el mediodía habían ido siguiendo el rastro de zarpazos claramente visible en los troncos. Aquí, por el contrario, junto a su punto de partida, la cólera del oso no había sido tan intensa, y esas oportunas huellas de su paso se desvanecían. Rolando avanzaba lentamente, buscando excrementos entre la maleza y mechones de pelo en los troncos de los árboles a los que el oso había trepado. Necesitaron toda la tarde para cruzar cinco kilómetros de aquella selva destrozada.

Eddie acababa de decidir que iban a perder la luz y que tendrían que acampar en aquel siniestro lugar cuando llegaron a una delgada franja de alisos. Al otro lado oyó el ruidoso balbuceo de un arroyo sobre un lecho de piedras. A sus espaldas, el sol poniente irradiaba haces de ominosa luz roja sobre el revuelto terreno que acababan de cruzar, convirtiendo los árboles caídos en una red de trazos negros entrecruzados como ideogramas chinos.

Rolando dio el alto y depositó a Susannah en el suelo. Luego estiró la espalda, torciéndola hacia ambos lados con las manos sobre las caderas.

—¿Nos quedamos aquí? —inquirió Eddie.

Rolando meneó la cabeza.

—Susannah, dale la pistola a Eddie. —Ella obedeció, contemplando al pistolero con expresión inquisitiva—. Vamos, Eddie. El sitio que nos interesa está al otro lado de estos árboles. Le echaremos un vistazo. Y puede que trabajemos un poco, además.

—¿Qué te hace suponer...?

—Aguza el oído.

Eddie escuchó y se dio cuenta de que oía ruido de maquinaria. También se dio cuenta de que llevaba un rato oyéndolo.

—No quiero dejar sola a Susannah.

—No iremos lejos, y tiene una voz fuerte y clara. Además, si hay algún peligro, lo tenemos delante. Estaremos entre el peligro y ella.

Eddie bajó los ojos hacia Susannah.

—Adelante..., pero procurad no tardar. —Susannah se volvió con ojos pensativos hacia el camino por el que habían llegado—. No sé si aquí hay gigantes o no, pero parece que los hay.

—Volveremos antes de que oscurezca —le prometió Rolando, echándose a andar hacia la cortina de alisos. Al cabo de un instante, Eddie lo siguió.

Apenas habían recorrido quince metros entre los árboles cuando Eddie se dio cuenta de que estaban siguiendo un sendero, probablemente abierto por el propio oso a lo largo de los años. Los alisos se curvaban sobre ellos formando un túnel. Desde allí los sonidos se oían con mayor claridad, y Eddie empezó a distinguirlos. Uno era un ruido grave y profundo, una especie de zumbido. Lo notaba en los pies; una leve vibración como si hubiera una gran máquina funcionando bajo tierra. Por encima, más cercanos y más urgentes, había sonidos que se entrecruzaban como brillantes arañazos: chillidos, chirridos, gorjeos. Rolando acercó la boca al oído de Eddie y le dijo:

—Creo que no hay mucho peligro si nos movemos en silencio. Avanzaron otros cinco metros y Rolando volvió a detenerse. Desenfundó la pistola y utilizó el cañón para apartar una rama cargada de hojas teñidas por el crepúsculo. Eddie atisbó a través de la pequeña abertura y vio el claro donde el oso había vivido durante tanto tiempo, la base de operaciones desde la que había emprendido sus numerosas expediciones de saqueo y terror.

No había maleza allí; hacía mucho que el terreno, en forma de punta de flecha, había quedado completamente pelado. De la base de una pared de roca, a unos quince metros de altura, brotaba un arroyo que cruzaba el claro. En el mismo lado del arroyo en que se encontraban ellos, situada contra la pared, había una caja metálica de unos tres metros de altura. Su techo era curvo, y a Eddie le recordó una boca de metro. La parte delantera estaba pintada a franjas diagonales en amarillo y negro. La tierra del claro no era negra, como el mantillo del bosque, sino de un extraño gris polvoriento. Estaba sembrada de huesos, y a los pocos instantes advirtió que lo que había tomado por tierra gris también eran huesos, unos huesos tan antiguos que se deshacían en polvo.

Había cosas que se movían en el polvo, las cosas que emitían los ruidos chirriantes y gorjeantes. Cuatro... no, cinco en total. Pequeños artefactos metálicos, el mayor del tamaño de un cachorro de collie. Eddie observó que eran robots, o algo semejante a robots. Sólo en una cosa se parecían entre sí y al oso al que indudablemente servían: encima de cada cabeza, una minúscula antena de radar.

«Más gorras de pensar —se dijo Eddie—. Dios mío, ¿qué clase de mundo es éste?»

El mayor de aquellos artefactos se parecía un poco al tractor Tonka que Eddie había recibido como regalo en su sexto o séptimo cumpleaños; al moverse, sus orugas levantaban pequeñas nubes grises de polvo de huesos. Otro era como una rata de acero inoxidable. Un tercero parecía una serpiente hecha de segmentos de acero articulados, y se desplazaba retorciéndose y ondulando. Estaban dispuestos en círculo al otro lado del arroyo, dando vueltas y más vueltas por un profundo surco que habían abierto en el terreno. Al mirarlos, Eddie recordó las tiras cómicas que había visto en las pilas de ejemplares atrasados del *Saturday Evening Post* que por alguna razón su madre conservaba en la salita del apartamento. En los dibujos de las tiras cómicas, hombres preocupados que fumaban sin cesar dejaban surcos en la alfombra mientras paseaban de un lado a otro esperando a que sus esposas dieran a luz.

Conforme sus ojos fueron acostumbrándose a la sencilla geometría del claro, Eddie vio que aquellos extraños aparatos eran mucho más de cinco. Había al menos otros doce que pudiera ver, y seguramente algunos más escondidos tras los óseos restos de las viejas presas del oso. La diferencia estaba en que los otros no se movían. Los miembros del mecánico cortejo del oso habían ido muriendo uno tras otro a lo largo de los años, hasta que ya sólo quedaba aquel grupito de cinco..., y con sus chirridos y gorjeos oxidados no daban la impresión de estar muy sanos. La serpiente, sobre todo, tenía un aspecto vacilante y reumático mientras giraba y giraba en círculos tras la rata mecánica. De vez en cuando, el artefacto que seguía a la serpiente —un bloque de acero que caminaba sobre rechonchas patas metálicas— la alcanzaba y le daba un golpecito, como pidiéndole que hiciera el puto favor de darse prisa.

Eddie trató de imaginar cuál habría sido su función. No de protección, desde luego; el oso estaba diseñado para protegerse a sí mismo, y Eddie sospechaba que si el viejo Shardik se hubiera cruzado con los tres cuando aún estaba en plena forma, los habría masticado y escupido

sus huesos en un abrir y cerrar de ojos. Tal vez aquellos robots eran su equipo de mantenimiento, o exploradores, o mensajeros. Supuso que serían peligrosos, pero sólo en defensa propia... o de su dueño. No parecían agresivos.

De hecho, tenían algo de patético. Casi todos sus compañeros habían fallecido, su dueño ya no existía, y Eddie pensó que en algún sentido serían conscientes de ello. No era amenaza lo que proyectaban sino una extraña tristeza inhumana. Viejos y casi inservibles, caminaban, rodaban y culebreaban con ansiedad siguiendo el surco de preocupación que habían trazado en aquel claro olvidado de Dios, y a Eddie casi le pareció que podía captar el confuso curso de sus pensamientos: «¡Ay, dolor! ¡Ay, dolor! ¿Y ahora qué? ¿Cuál es nuestro propósito, ahora que Él ha muerto? ¿Quién va a cuidar de nosotros, ahora que Él no está? ¡Ay, dolor! ¡Ay, dolor! ¡Ay, dolor!...»

Eddie notó un tirón en la parte posterior de la pierna y estuvo a punto de gritar de susto y de sorpresa. Giró en redondo, al tiempo que amartillaba la pistola de Rolando, y vio a Susannah que lo miraba desde abajo con los ojos muy abiertos. Eddie soltó un largo suspiro y devolvió cuidadosamente el percutor a su posición de reposo. Se arrodilló, posó las manos en los hombros de Susannah, le dio un beso en la mejilla, y a continuación le susurró al oído:

—He estado en un tris de meterte una bala en tu tonta cabeza. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver —respondió ella también en susurros, sin mostrarse avergonzada en lo más mínimo. Sus ojos se desviaron hacia Rolando, que se había agachado junto a ella—. Además, me ponía nerviosa estar allí sola.

Había recibido un buen número de rasguños al arrastrarse tras ellos por entre la maleza, pero Rolando tuvo que reconocer que, cuando se lo proponía, podía ser tan sigilosa como una sombra; él no había oído nada. Sacó un trapo del bolsillo de atrás (el último resto de su camisa vieja) y enjugó los hilillos de sangre que le corrían por los brazos. Examinó su trabajo unos instantes y limpió un cortecito que Susannah se había hecho en la frente.

—Pues echa una mirada —dijo al fin. Su voz apenas fue más que un movimiento de labios—. Supongo que te lo has ganado.

Utilizó una mano para abrir entre los arbustos una línea de mira a la altura de Susannah y esperó mientras ella contemplaba el claro fascinada. Finalmente retiró la cabeza, y Rolando dejó que los arbustos se cerraran de nuevo.

—Me dan pena —susurró ella—. ¿No es ridículo?

—De ninguna manera —contestó Rolando—. Yo creo que a su modo son criaturas de una gran tristeza. Eddie acabará con su desdicha. —Eddie empezó a sacudir la cabeza inmediatamente—. Sí, lo harás... a menos que prefieras quedarte aquí en cuclillas toda la noche. Apunta a los sombreros. Esas cositas que giran.

—¿Y si fallo? —susurró Eddie, enfurecido.

Rolando se encogió de hombros.

Eddie se incorporó, y de mala gana volvió a amartillar el revólver del pistolero. Examinó por entre los arbustos aquellos servomecanismos que no cesaban de dar vueltas y más vueltas en su inútil órbita solitaria. «Será como matar cachorros», pensó desalentado. Entonces vio que uno de ellos —era la cosa que parecía una caja ambulante— proyectaba desde su centro una pinza de aspecto amenazador y la cerraba por unos instantes sobre la serpiente. La serpiente emitió un ruido chirriante y dio un salto hacia delante. La caja ambulante ocultó la pinza.

«Bueno... puede que no sea exactamente como matar cachorros», decidió Eddie. Miró de nuevo a Rolando. Rolando, con los brazos cruzados sobre el pecho, le devolvió una mirada inexpresiva.

«Eliges unos momentos muy extraños para dar clase, compañero.» Eddie pensó en Susannah, que había herido al oso en el trasero y luego había hecho añicos su dispositivo sensor cuando la bestia se abalanzaba sobre Rolando y ella, y se sintió un poco avergonzado. Y lo que era más, una parte de él deseaba hacerlo, del mismo modo en que una parte de él había querido enfrentarse con Balazar y su equipo de matones en La Torre Inclinada. Probablemente era un impulso enfermizo, pero eso no menguaba su atracción básica: «Vamos a ver quién sale vivo...

Vamos a verlo.»

Sí, desde luego era bastante enfermizo.

«Imagínate que sólo es una caseta de tiro al blanco y que quieres ganar un conejito de peluche para tu chica —pensó—. O un oso de peluche.» Enfocó el punto de mira sobre la caja ambulante y entonces Rolando le tocó en el hombro, haciéndole volver la cabeza en un gesto de impaciencia.

—Di la lección, Eddie. Y sé certero.

Eddie siseó furioso entre los dientes, irritado por la interrupción, pero los ojos de Rolando no pestañearon, así que inspiró profundamente e intentó borrarlo todo de su mente: los chillidos y berridos de una maquinaria que llevaba demasiado tiempo funcionando, los dolores y molestias del cuerpo, el saber que Susannah estaba a su lado, apoyada sobre los pulpejos de las manos, observando; el saber además que ella era la que estaba más cerca del suelo y que, si no acertaba a todos los artefactos y alguno decidía tomar represalias, ella sería el blanco más propicio.

—No disparo con la mano; el que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

Eso era un chiste, pensó; si se cruzaba con su padre por la calle, no lo reconocería. Pero notó que las palabras hacían su efecto, despejándole la mente y serenando sus nervios. No sabía si él era de la materia de que están hechos los pistoleros —la idea se le antojaba fabulosamente improbable, aunque sabía que había cumplido muy bien su parte durante el tiroteo en el club de Balazar—, pero sabía que a una parte de él le gustaba la frialdad que le invadía cuando pronunciaba las palabras del arcaico catecismo que el pistolero les había enseñado; la frialdad y aquella manera en que las cosas parecían presentarse con implacable claridad. Había otra parte de él que comprendía que aquello era otra droga letal, no muy distinta de la heroína que había matado a Henry y había estado a punto de matarlo a él, pero eso no afectaba el fino y ajustado placer del momento, que tamborileaba en él como cables tensos vibrando bajo el vendaval.

—No apunto con la mano; el que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Apunto con el ojo.

»No mato con la pistola; el que mata con la pistola ha olvidado el rostro de su padre.

A continuación, sin saber que iba a hacerlo, salió de entre los árboles y se dirigió a los robots que seguían dando vueltas al otro lado del claro.

—Mato con el corazón.

Interrumpieron su interminable girar. Uno de ellos emitió un zumbido agudo que parecía una señal de alarma o advertencia. Las antenas de radar, del tamaño de media barra de chocolate Hershey cada una, se volvieron hacia el origen de la voz. Eddie empezó a disparar.

Los sensores estallaron uno tras otro como pichones de arcilla. La compasión se había borrado del corazón de Eddie; sólo quedaba aquella frialdad, y el saber que no se detendría, que no podría detenerse hasta que hubiese terminado el trabajo.

El trueno llenó el claro iluminado por los últimos resplandores del día y rebotó en la astillada pared de roca del extremo más ancho. La serpiente de acero hizo dos volteretas y cayó convulsionada en el polvo. El mayor de los artefactos —el que había recordado a Eddie el tractor Tonka de su niñez— intentó escapar. Eddie destrozó su antena de radar cuando emprendía una espasmódica fuga del surco. La cosa cayó sobre su cuadrangular hocico, y de las cuencas de acero donde se alojaban sus ojos de vidrio empezaron a brotar delgadas llamas azules.

El único sensor al que no acertó fue el de la rata de acero inoxidable; su disparo rebotó en el lomo de metal y salió desviado con un agudo zumbido de mosquito. La rata abandonó el surco, describió un semicírculo hacia la cosa en forma de caja que seguía a la serpiente y cargó a través del claro con asombrosa velocidad. Al correr producía un airado sonido claqueteante y, conforme acertaba la distancia, Eddie advirtió que tenía la boca provista de largas y agudas puntas. No eran como dientes; eran más bien como agujas de máquina de coser, subiendo y bajando con increíble rapidez. No, caviló, en realidad aquellas cosas no se parecían mucho a cachorros.

—¡Dispara tú, Rolando! —gritó desesperadamente, pero cuando osó echar una fugaz mirada de reojo vio que Rolando seguía de pie con los brazos cruzados, exhibiendo la misma expresión distante y serena. Hubiera podido estar pensando en problemas de ajedrez o antiguas cartas

amorosas.

La antena de la rata se desvió de pronto. El artefacto cambió ligeramente de rumbo y avanzó directo hacia Susannah Dean.

«Sólo me queda una bala —pensó Eddie—. Sí fallo, le arrancará la cara.»

En vez de disparar, se acercó a la rata y le dio una patada tan fuerte como pudo. Se había cambiado los zapatos por un par de mocasines de piel de venado, y sintió la sacudida del golpe hasta la rodilla. La rata soltó un oxidado chirrido rasposo, dio unos tumbos por tierra y quedó panza arriba. Eddie vio una docena aproximada de rechonchas patas mecánicas agitándose arriba y abajo. Cada una de ellas terminaba en una afilada zarpa de acero. Estas zarpas giraban sobre soportes de cardan no más grandes que una goma de borrar.

De la zona central del robot surgió una varilla de acero que enderezó de nuevo el artefacto. Eddie alzó el revólver de Rolando, reprimiendo el impulso momentáneo de apoyarlo sobre la mano libre. Tal vez fuera así como enseñaban a disparar a los policías de su mundo, pero aquí no se hacía de esta manera. «Cuando olvidéis que existe la pistola, cuando tengáis la sensación de estar disparando con el dedo —les había dicho Rolando—, entonces sabréis que os estáis acercando.»

Eddie apretó el gatillo. La diminuta antena de radar, que había empezado a girar de nuevo en un intento de localizar a los enemigos, desapareció en un destello azul. La rata emitió un ruido ahogado y cayó muerta.

Eddie se volvió con el corazón palpitándole violentamente en el pecho. No recordaba haber estado tan furioso desde que comprendió que Rolando pretendía retenerlos en aquel mundo hasta conquistar o perder definitivamente su maldita Torre..., dicho de otro modo, hasta que todos fueran pasto de los gusanos.

Apuntó la pistola descargada hacia el corazón de Rolando y habló con una voz pastosa que apenas reconoció como propia.

—Si me quedara algún cartucho en el tambor, podrías dejar de preocuparte por tu maldita Torre en este mismo instante.

—¡Basta, Eddie! —gritó Susannah secamente.

Eddie la miró.

—Iba a por ti, Susannah, y quería convertirme en picadillo.

—Pero no me ha alcanzado. Tú la has parado, Eddie. Tú la has parado.

—Pero no gracias a él. —Eddie hizo ademán de enfundar el revólver, pero se dio cuenta contrariado de que no tenía dónde meterlo. Susannah llevaba la pistolera—. Él y sus lecciones. Él y sus malditas lecciones.

La expresión moderadamente interesada de Rolando cambió de pronto. Sus ojos se fijaron en un punto sobre el hombro izquierdo de Eddie. —¡A TIERRA! —gritó.

Eddie no hizo preguntas. Toda su furia y su confusión se le borraron de la mente al instante. Se echó al suelo y, mientras lo hacía, vio volar la mano izquierda del pistolero. «Dios mío —pensó—, no puede ser tan rápido. Nadie puede ser tan rápido. Yo no lo hago mal, pero comparado con Susannah parezco lento..., y él hace que Susannah parezca una tortuga tratando de avanzar cuesta arriba sobre una lámina de cristal...»

Algo pasó justo por encima de su cabeza, algo que lanzó un chillido de rabia mecánica y le arrancó un mechón de pelo. El pistolero disparó desde la cadera, tres tiros consecutivos como otros tantos estampidos, y los chillidos cesaron. Un artilugio que a Eddie le pareció un gran murciélago de metal cayó por tierra entre el lugar donde él yacía y el que ocupaba Susannah, arrodillada junto a Rolando. Una de sus alas articuladas, manchada de óxido, golpeó el suelo una vez, débilmente, como enojada por haber perdido la oportunidad, y ya no se movió más.

Rolando se acercó a Eddie, caminando con soltura sobre sus viejas botas. Le tendió una mano. Eddie la aceptó y dejó que Rolando le ayudara a incorporarse. Se había quedado sin aliento, y descubrió que no podía hablar. «Seguramente es mejor así... Parece que cada vez que abro la boca meto la pata.»

—¡Eddie! ¿Estás bien? —Susannah venía cruzando el claro hacia él, que permanecía con la

cabeza agachada y las manos apoyadas sobre los muslos, intentando respirar.

—Sí. —La palabra le salió como un graznido. Se incorporó con esfuerzo—. Sólo ha sido un corte de pelo.

—Estaba en un árbol —explicó Rolando con calma—. Al principio ni siquiera lo vi. A estas horas la luz es engañosa. —Hizo una pausa y, con la misma calma, añadió—: Susannah no ha corrido ningún peligro, Eddie.

Eddie asintió con la cabeza. Ahora se daba cuenta de que Rolando casi hubiera podido tomarse una hamburguesa y un batido antes de empezar a sacar. Así de rápido era.

—Muy bien. Digamos únicamente que no me gustan tus métodos de enseñanza, ¿de acuerdo? Pero no pienso disculparme, así que si lo estabas esperando ya te lo puedes quitar de la cabeza.

Rolando se agachó, recogió a Susannah y comenzó a limpiarle el polvo con la mano. Lo hizo con una especie de afecto imparcial, como una madre limpiaría a su bebé tras uno de sus necesarios revolcones en el polvo del patio trasero.

—No espero ninguna disculpa, ni es necesaria —contestó—. Susannah y yo tuvimos una conversación parecida a ésta hace dos días. ¿No es así, Susannah?

Ella asintió.

—Rolando es de la opinión que un buen aprendizaje exige patadas en el culo.

Eddie paseó la mirada sobre los restos destrozados y empezó a sacudirse lentamente el polvo de huesos de los pantalones y la camisa. —¿Y si te dijera que no quiero ser un pistolero, Rolando, viejo camarada?

—Diría que lo que tú quieras no tiene mucha importancia. —Rolando estaba contemplando el quiosco metálico que se alzaba contra la pared de roca, y parecía haber perdido todo interés por la conversación. Eddie ya lo había observado antes. Cuando la conversación versaba sobre cuestiones de debería ser, podría ser o tendría que ser, Rolando casi siempre perdía el interés.

—¿*Ka*? —preguntó Eddie, con un resto de su anterior amargura.

—Exactamente. *Ka*. —Rolando se dirigió hacia el quiosco y pasó fina mano sobre las rayas negras y amarillas pintadas sobre el metal—. Hemos encontrado uno de los doce pórticos que circundan el borde del mundo..., uno de los seis senderos que conducen a la Torre Oscura.

»Y eso también es *ka*.

Eddie fue a buscar la silla de ruedas de Susannah. Nadie tuvo que pedirselo; deseaba estar un rato a solas para recobrar su dominio. Ahora que el tiroteo había terminado, todos los músculos de su cuerpo parecían haber adquirido su propio temblorcillo palpitante. No quería que ninguno de los dos lo viera en tal estado, no porque pudieran malinterpretarlo como miedo, sino porque uno de ellos, o los dos, podría reconocerlo por lo que era: una sobrecarga de excitación. Le había gustado. Le había gustado, pese al murciélago que estuvo a punto de arrancarle el cuero cabelludo.

«Eso es mentira, colega. Y tú lo sabes.»

El problema era que no lo sabía. Se había visto cara a cara con algo que Susannah había descubierto por sí misma después de disparar contra el oso; podía decir que no quería ser un pistolero, que no quería seguir vagando por aquel mundo enloquecido donde no parecía haber más seres humanos que ellos tres, que lo que anhelaba por encima de todo era encontrarse en la esquina de Broadway con la calle Cuarenta y dos, haciendo chascar los dedos, engullendo un sándwich con chile y escuchando a Creedence Clearwater Revival en los auriculares de su Walkman mientras veía pasar las chicas, esas chicas neoyorquinas totalmente sexis, con su mohín de «vete a la porra» en los labios y sus largas piernas bajo unas faldas cortas. Podía hablar de todo eso hasta que se le pusiera la cara azul, pero su corazón sabía otras cosas. Sabía que había disfrutado haciendo saltar en pedazos toda aquella chatarra electrónica, al menos mientras duraba el juego y la pistola de Rolando era su tempestad de rayos y truenos particular y portátil. Había disfrutado pegándole una patada a la rata robot, a pesar de que se había hecho daño en el pie y a pesar de que estaba cagado de miedo. En cierto modo, esta parte —la parte de tener miedo— incluso parecía aumentar su satisfacción.

Todo eso ya era bastante malo de por sí, pero su corazón sabía algo aún peor: que si en aquel mismo instante se abriese ante él una puerta que le condujera de regreso a Nueva York, podía ser que no la cruzara, al menos antes de haber visto la Torre Oscura con sus propios ojos. Empezaba a creer que la enfermedad de Rolando era contagiosa.

Mientras luchaba con la silla de Susannah por entre la maraña de árboles, maldiciendo las ramas que le azotaban el rostro y trataban de arrancarle los ojos, Eddie se sintió capaz de admitir por lo menos algunas de estas cosas; esto le enfrió un poco la sangre. «Quiero comprobar si es como la vi en mi sueño —pensó—. Ver una cosa así... Eso sí que sería fantástico.»

Y otra voz habló en su interior: «Apuesto a que sus amigos de antes —los que llevaban nombres como sacados de la Tabla Redonda en la corte del Rey Arturo—, apuesto a que ellos también pensaban lo mismo, Eddie. Y todos están muertos. Todos, Eddie; hasta el último.»

Reconoció esa voz, le gustara o no. Pertenecía a Henry, y eso la convertía en una voz muy difícil de ignorar.

Rolando, sosteniendo a Susannah sobre su cadera derecha, estaba parado ante la caja metálica que parecía una boca de metro cerrada hasta la mañana. Eddie dejó la silla de ruedas en el linde del claro y se dirigió hacia ellos. A medida que se acercaba, el zumbido constante y la vibración del suelo iban en aumento. Se dio cuenta de que la maquinaria que producía ese ruido se hallaba dentro de la caja o debajo de ella. Le pareció que la oía no tanto con los oídos como en lo más profundo de su cabeza y en los recovecos de sus entrañas.

—Así que éste es uno de los doce pórticos. ¿Adónde conduce, Rolando? ¿A Disneylandia? Rolando meneó la cabeza.

—No sé adónde conduce. Quizás a ninguna parte..., o a todas partes. Hay muchas cosas que ignoro en mi mundo. Sin duda ya os habéis dado cuenta. Y hay cosas que sabía que ahora han cambiado.

—¿Porque el mundo se ha movido?

—Sí. —Rolando lo miró de soslayo—. No se trata de una figura retórica. El mundo realmente se mueve, y cada vez va más deprisa. Al mismo tiempo las cosas se desgastan..., se estropean... —Dio un puntapié al cadáver mecánico de la caja ambulante para ilustrar su argumento.

Eddie recordó el burdo esbozo de los pórticos que Rolando había dibujado en la tierra.

—¿Y esto es el borde del mundo? —preguntó, casi con timidez—. Lo digo porque no parece muy distinto de cualquier otro lugar. —Se rió brevemente—. Si hay un abismo, yo no lo veo.

Rolando sacudió la cabeza.

—No es esa clase de borde. Es el lugar donde nace uno de los Haces. O por lo menos así me lo enseñaron.

—¿Haces? —preguntó Susannah—. ¿Qué Haces?

—Los Grandes Antiguos no formaron el mundo sino que lo reformaron. Algunos narradores dicen que los Haces lo salvaron; otros afirman que son las semillas de la destrucción del mundo. Los Grandes Antiguos crearon los Haces. Son una especie de líneas..., líneas que unen... y sostienen.

—¿Te refieres al magnetismo? —inquirió Susannah con cautela.

Al pistolero se le iluminó todo el rostro, transformando sus ásperos surcos y planos en algo nuevo y sorprendente, y por un instante Eddie supo qué cara pondría Rolando si alguna vez llegaba a su Torre.

—¡Sí! No es sólo magnetismo, aunque también interviene..., y la gravedad..., y la correcta alineación de espacio, tamaño y dimensión. Los Haces son las fuerzas que mantienen unidas todas estas cosas.

—Bienvenido a la física en un manicomio —comentó Eddie en voz baja.

Susannah no le prestó atención.

—¿Y la Torre Oscura? ¿Es una especie de generador? ¿Una central de energía para los Haces?

—No lo sé.

—Pero sabes que éste es el punto A —intervino Eddie—. Si avanzáramos lo suficiente en línea recta llegaríamos a otro pórtico (llamémoslo punto C) en el borde opuesto del mundo. Pero antes de llegar, pasaríamos por el punto B. El punto central. La Torre Oscura.

El pistolero asintió.

—¿A qué distancia está? ¿Lo sabes?

—No. Pero sé que está muy lejos, y que la distancia crece cada día que pasa.

Eddie se había agachado para examinar la caja ambulante. Al oír esto, se incorporó y miró a Rolando fijamente.

—No puede ser. —Lo dijo como un hombre que tratara de explicarle a un niño pequeño que en realidad no hay ningún coco en su armario, que no puede haberlo porque en realidad el coco no existe—. Los mundos no crecen, Rolando.

—¿Ah, no? Cuando yo era un muchacho, había mapas. Recuerdo uno en particular. Se

titulaba Los Grandes Reinos de la Tierra Occidental. Mostraba mi país, que era conocido por el nombre de Galaad. Mostraba las Baronías de Downland, que fueron destruidas por los tumultos y la guerra civil un año después de que yo ganara mis pistolas, y las colinas, y el desierto, y las montañas, y el Mar Occidental. Había una larga distancia de Galaad al Mar Occidental, dos mil kilómetros o más, pero he tardado más de veinte años en recorrer esta distancia.

—¡No es posible! —exclamó apresuradamente Susannah, temerosa—. Aunque hubieras hecho todo el camino andando, no podrías haber tardado veinte años.

—Bueno, hay que tener en cuenta las paradas para escribir postales y beber cerveza —apuntó Eddie, pero ninguno de los dos le hizo caso.

—No iba andando, puesto que recorrí la mayor parte del camino a lomos de caballo —explicó Rolando—. De vez en cuando me vi... retenido, podríamos decir. Pero he pasado casi todo este tiempo moviéndome. Alejándome de John Farson, que encabezó la revuelta que derribó el mundo en que me había criado y que quería ver mi cabeza empalada en su patio... Creo que no le faltaban motivos, porque mis compatriotas y yo habíamos causado la muerte de un gran número de sus seguidores... y porque le robé algo que tenía en muy gran estima.

—¿Qué era, Rolando?

Rolando meneó la cabeza.

—Eso queda para otro día..., o quizá para nunca. Por ahora, no penséis en eso sino en otra cosa: he recorrido muchos miles de kilómetros. Porque el mundo está creciendo.

—Eso es imposible —insistió Eddie, pero aun así estaba seriamente trastornado—. Habría terremotos, inundaciones, maremotos, qué sé yo...

—¡Mira! —estalló Rolando, furioso—. ¡Mira a tu alrededor! ¿Qué ves? Un mundo que se va parando como la peonza de un chiquillo al mismo tiempo que coge velocidad y se mueve de una manera nueva que ninguno de nosotros comprende. ¡Mira tus piezas, Eddie! ¡Mira tus piezas, en el nombre de tu padre! —Dio un par de zancadas hacia el arroyo, recogió la serpiente de acero, la examinó brevemente y se la arrojó a Eddie, que la atrapó con la mano izquierda. Al cogerla, la serpiente se rompió en dos—. ¿Lo ves? Está agotada. Todo lo que hemos encontrado aquí está agotado. Si no hubiésemos venido, igualmente habrían muerto dentro de poco. Lo mismo que el oso.

—El oso tenía una especie de enfermedad —señaló Susannah.

El pistolero asintió.

—Parásitos que le atacaban las partes naturales del cuerpo. Pero ¿por qué no le habían atacado antes?

Susannah no respondió.

Eddie estaba examinando la serpiente. A diferencia del oso, era un producto completamente artificial, una cosa hecha de metal, circuitos y metros (o quizá kilómetros) de alambre fino como un hilo. Sin embargo, se veían motas de óxido, no sólo en la superficie de la media serpiente que aún tenía en la mano sino también en sus entrañas. Y había una mancha de humedad por donde se había fugado aceite o infiltrado agua. Esta humedad había corroído algunos de los alambres, y en varias placas de circuitos, grandes como la uña del pulgar, crecía una sustancia verduzca que parecía moho.

Eddie dio la vuelta a la serpiente. Una placa de acero indicaba que la había fabricado North Central Positronics, Ltd. Llevaba un número de serie, pero ningún nombre. «Seguramente no era lo bastante importante para merecer un nombre —pensó—. No es más que un sofisticado juguete mecánico diseñado para dar una lavativa al Hermano Oso de vez en cuando, o algo igualmente repulsivo.»

Tiró la serpiente y se limpió las manos en los pantalones. Rolando había recogido el artefacto en forma de tractor. Tiró de una de las orugas. Se desprendió fácilmente, derramando una nube de orín entre sus botas. La echó a un lado.

—Todo lo que hay en el mundo se está deteniendo o haciéndose pedazos —dijo llanamente—. Al mismo tiempo, las fuerzas que unifican al mundo y le dan su coherencia, en tiempo y en tamaño así como en espacio, se están debilitando. En nuestra infancia ya lo

sabíamos, pero no teníamos ni idea de cómo iban a ser los tiempos del final. ¿Cómo podíamos tenerla? Y no obstante, ahora estoy viviendo esos tiempos, y no creo que afecten únicamente a mi mundo. Afectan al vuestro, Eddie y Susannah; podrían afectar a millones de mundos. Los Haces se descomponen. No sé si ésa es la causa o tan sólo otro síntoma, pero sé que es así. ¡Venid! ¡Acercaos! ¡Escuchad!

Mientras Eddie se aproximaba a la caja metálica con franjas diagonales en negro y amarillo, le vino un poderoso y desagradable recuerdo. Por primera vez desde hacía años se sorprendió pensando en un ruinoso edificio de estilo victoriano que se alzaba en Dutch Hill, a un par de kilómetros del barrio en que Henry y él habían crecido. Esta ruina, que los chavales del barrio llamaban «la Mansión», ocupaba un solar abandonado y cubierto de maleza en la calle Rhinehold. Eddie suponía que prácticamente todos los chicos del barrio habían oído cuentos de miedo acerca de la Mansión. La casa, agazapada bajo sus empinados tejados, parecía fulminar a los transeúntes con la mirada desde las sombras que proyectaban sus aleros. Las ventanas estaban rotas, naturalmente —los chicos pueden apedrear un lugar sin necesidad de acercarse demasiado—, pero nadie había pintarrajeado sus paredes ni convertido el lugar en refugio de parejas o de drogadictos. Lo más extraño de todo era el hecho de que siguiera existiendo: nadie le había pegado fuego para cobrar un seguro o sencillamente para verla arder. Los chicos decían que era una casa encantada, claro, y un día en que Eddie se detuvo en la acera para contemplarla, al lado de Henry (habían realizado la peregrinación con el propósito deliberado de ver aquel objeto de fabulosos rumores, aunque Henry le había dicho a su madre que sólo iban a Dahlberg's con unos amigos a por unos Hoodsie Rockets), tuvo la sensación de que realmente podía estar encantada. ¿Acaso no había notado una fuerza poderosa y hostil que emanaba de aquellas lóbregas ventanas victorianas, ventanas que parecían observarlo con la mirada fija de un lunático peligroso? ¿No había notado un viento sutil que le agitaba el vello de los brazos y de la nuca? ¿No había tenido la clara intuición de que, si entraba en aquel lugar, la puerta se cerraría de golpe a su espalda y las paredes empezarían a acercarse, pulverizando huesos de ratones muertos, y deseando pulverizar los suyos del mismo modo?

La casa encantada.

En aquellos momentos, mientras se acercaba a la caja metálica, experimentó la misma sensación de misterio y peligro. Se le puso la piel de gallina en brazos y piernas, y el vello de la nuca se erizó como una cresta. Se sintió recorrido por aquel mismo viento sutil, aunque las hojas de los árboles que bordeaban el claro estaban perfectamente inmóviles. Pese a todo, siguió avanzando hacia la puerta (pues de eso se trataba, naturalmente, de otra puerta, aunque ésta estaba cerrada y siempre lo estaría para los seres como él) sin detenerse hasta que hubo apoyado la oreja en ella.

Era como si media hora antes se hubiera comido un ácido de los más potentes y ahora estuviera empezando a hacerle efecto. Colores extraños fluyeron por la oscuridad de detrás de sus ojos. Le pareció oír voces que le susurraban desde largos corredores como gargantas de piedra, corredores iluminados por candentes antorchas eléctricas. En otro tiempo, aquellos estandartes de la era moderna lo habían bañado todo con su resplandeciente fulgor, pero ahora sólo eran mortecinos núcleos de luz azul. Percibió vaciedad, abandono, desolación, muerte.

La maquinaria seguía retumbando, pero ¿no se advertía un timbre áspero en el sonido? ¿No había bajo el zumbido una especie de palpitación desesperada, como la arritmia de un corazón enfermo? ¿No había la sensación de que la maquinaria que producía aquel ruido, aunque mucho más compleja incluso que la que había dentro del oso, estaba de alguna manera desacompañándose respecto a sí misma?

—Todo es silencio en las salas de los muertos —se oyó susurrar Eddie con voz desmayada—. Todo es olvido en las salas de piedra de los muertos. Contemplad las escaleras que se alzan en las tinieblas; contemplad las salas de la ruina: Éstas son las salas de los muertos, donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen uno a uno.

Rolando lo apartó de un tirón, y Eddie se volvió hacia él con ojos aturdidos.

—Ya es bastante —dijo Rolando.

—No sé qué pusieron ahí, pero no está funcionando muy bien, ¿verdad? —se oyó preguntar Eddie. Su voz temblorosa parecía llegar de muy lejos. Aún podía sentir el poder que irradiaba de la caja. Le llamaba.

—No. En estos tiempos, nada de lo que hay en mi mundo funciona muy bien.

—Bueno, muchachos, si habéis pensado pasar aquí la noche, tendréis que prescindir del placer de mi compañía —dijo Susannah. Su rostro era una mancha blanquecina en las cenicientas postrimerías del crepúsculo—. Yo me voy al otro lado. No me gusta la sensación que me produce esta cosa.

—Todos acamparemos al otro lado —respondió Rolando—. Vámonos.

—Muy buena idea —aprobó Eddie. Al alejarse de la caja, el ruido de la maquinaria se fue amortiguando. Eddie notó que su influencia sobre él se debilitaba, aunque todavía seguía llamándole, invitándole a explorar los corredores en penumbra, las escaleras verticales, las salas en ruinas donde las arañas hilaban y los cuadros de mando se apagaban uno a uno.

En el sueño de aquella noche, Eddie volvió a recorrer la Segunda avenida hacia la Charcutería Artística de Tom y Jerry, en el cruce de la Segunda con la calle Cuarenta y seis. Pasó ante una tienda de discos, en cuyos altavoces tronaban los Rolling Stones:

*I see a red door and I want to paint it black,
No colours anymore, I want them to turn black,
I see the girls walk by dressed in their summer clothes,
I have to turn my head until my darkness goes... [11]*

Siguió adelante, pasando ante una tienda llamada Tus Reflejos, entre la calle Cuarenta y nueve y la Cuarenta y ocho. Se vio en uno de los espejos que colgaban en el escaparate. Pensó que hacía años que no tenía tan buen aspecto; el pelo un poco largo, pero aparte de eso, bronceado y en forma. En cambio la ropa..., no veas, tío. Mierda de ejecutivo de los pies a la cabeza. Chaqueta cruzada azul marino, camisa blanca, corbata granate, pantalones de vestir grises... En su vida había tenido un traje de yuppie como aquél.

Alguien le dio una sacudida.

Eddie trató de hundirse más profundamente en el sueño. No quería despertar aún. Antes tenía que llegar a la charcutería y utilizar la llave para abrir la puerta y llegar al campo de rosas. Quería verlo todo otra vez: el interminable lecho de rosas, el abovedado cielo azul por el que navegaban los grandes barcos-nube, la Torre Oscura. Le atemorizaba la oscuridad que vivía dentro de aquella pilastra ultraterrena, esperando devorar a cualquiera que se acercara demasiado, pero aun así quería verla de nuevo. Necesitaba verla.

La mano, empero, no cesaba de sacudirlo. El sueño empezó a desdibujarse y el olor de los tubos de escape de la Segunda avenida se convirtió en olor a humo de leña, cada vez más tenue porque la hoguera estaba casi apagada.

Era Susannah. Parecía asustada. Eddie se incorporó y la rodeó con un brazo. Habían acampado tras el bosquecillo de alisos, lo bastante cerca para seguir oyendo el borboteo del arroyo que cruzaba el claro cubierto de huesos. Rolando yacía dormido al otro lado de las relucientes ascuas que había dejado la hoguera. Su sueño no era tranquilo. Había desechado la única manta y yacía con las rodillas encogidas casi hasta el pecho. Sin las botas, sus pies parecían blancos, estrechos e indefensos. El pulgar del pie derecho había desaparecido, víctima del monstruo langosta que también le había arrancado parte de la mano derecha.

En su sueño repetía como un gemido la misma frase farfullada. Tras unas cuantas repeticiones, Eddie advirtió que era la misma frase que había pronunciado antes de caer desplomado en el claro en que Susannah había matado el oso: «Vete, pues. Existen otros mundos aparte de éstos.» El pistolero permaneció unos instantes en silencio y luego gritó el nombre del chico:

—¡Jake! ¿Dónde estás, Jake?

La desolación y el desespero de su voz llenaron de horror a Eddie. Deslizó los brazos alrededor de Susannah y la estrechó contra sí. La notó temblar, aunque la noche era cálida.

—¿Dónde estás, Jake? —gritaba a la noche—. ¡Regresa!

—¡Dios mío! ¡Ya está otra vez así! ¿Qué podemos hacer, Suze?

—No lo sé. Sólo sé que no podía seguir escuchándolo yo sola. Suena como si estuviera muy lejos. Muy lejos de todo.

—Vete, pues —masculló el pistolero, rodando sobre un costado y encogiendo las rodillas de nuevo—. Existen otros mundos aparte de éstos. Quedó unos instantes en silencio. De pronto se agitó su pecho y soltó el nombre del chico en un largo alarido que helaba la sangre. En el bosque, un pájaro de buen tamaño alzó el vuelo con un seco aleteo rumbo a otra parte del mundo no tan emocionante.

—¿Se te ocurre alguna idea? —preguntó Susannah. Tenía los ojos muy abiertos y cargados de lágrimas—. ¿Crees que debemos despertarlo?

—No lo sé. —Eddie miró el revólver del pistolero, el que llevaba sobre la cadera izquierda. Rolando lo había dejado dentro de su funda, sobre un rectángulo de piel pulcramente doblada,

bien al alcance de la mano—. Me parece que no me atrevo —añadió al fin.

—Lo está volviendo loco. —dijo ella. Eddie asintió—. ¿Qué hacemos, Eddie? ¿Qué hacemos?

Eddie no lo sabía. Un antibiótico había eliminado la infección provocada por el mordisco del monstruo langosta; ahora Rolando ardía víctima de otra infección, pero Eddie no creía que existiera en el mundo ningún antibiótico que fuera capaz de curarla.

—No lo sé. Acuéstate a mi lado, Suze.

Eddie echó una manta por encima de los dos, y al cabo de un rato el temblor de Susannah se fue sosegando.

—Si se vuelve loco puede hacernos daño —observó ella.

—Como si no lo supiera. —Ya se le había ocurrido esta desagradable idea, proyectada en términos del oso: sus ojos enrojecidos y llenos de odio (¿y no había también desconcierto, acechando en lo más hondo de aquellas profundidades rojizas?) y sus zarpas mortíferas. Eddie posó la vista en el revólver, tan cerca de la mano útil del pistolero, y volvió a recordar con qué rapidez se había movido Rolando cuando vio volar hacia ellos el murciélago mecánico. Con tal rapidez que su mano se había perdido de vista. Si el pistolero se volvía loco, y si ellos dos se convertían en foco de esa locura, no tendrían la menor oportunidad. Ni la más mínima.

Hundió el rostro en el cálido hueco del cuello de Susannah y cerró los ojos.

No mucho después, Rolando cesó de farfullar. Eddie levantó la cabeza y lo miró. El pistolero parecía dormir tranquilamente de nuevo. Eddie miró a Susannah y vio que ella también se había dormido. Se tendió a su lado, besó con ternura la curva de su pecho y volvió a cerrar los ojos.

«Tú no, compañero; tú vas a pasarte mucho, mucho tiempo despierto.»

Pero llevaban dos días en marcha y Eddie estaba cansado hasta los huesos. Empezó a deslizarse... a hundirse...

«De vuelta al sueño —pensó mientras se dormía—. Quiero volver a la Segunda avenida..., a la charcutería de Tom y Jerry. Eso es lo que quiero.»

Aquella noche, sin embargo, el sueño ya no volvió.

Tomaron un desayuno rápido cuando amanecía, recogieron las cosas, distribuyeron de nuevo el equipaje y regresaron al claro en forma de cuña. A la clara luz de la mañana no parecía tan siniestro, pero a los tres les costó un verdadero esfuerzo mantenerse alejados de la caja metálica con las franjas de advertencia negras y amarillas. Rolando no daba muestras de guardar algún recuerdo de las pesadillas que lo habían atormentado durante la noche. Había realizado las tareas matutinas como lo hacía siempre, en un silencio reflexivo e imperturbable.

—¿Cómo piensas mantener la dirección recta desde aquí? —le preguntó Susannah al pistolero.

—Si las leyendas son ciertas, no creo que eso ofrezca ningún problema. ¿Recuerdas que me hablaste del magnetismo?

Ella asintió.

El pistolero hurgó en el interior de su bolsa y finalmente sacó un pequeño cuadrado de viejo y flexible cuero en el que había ensartada una larga aguja plateada.

—¡Una brújula! —exclamó Eddie—. ¡Estás hecho un auténtico explorador!

Rolando negó con la cabeza.

—No es una brújula. Sé cómo son, por supuesto, pero hace años que no he visto ninguna. Me oriento por el sol y las estrellas, e incluso en estos tiempos me sirven bastante bien.

—¿Incluso en estos tiempos? —repitió Susannah, con una sombra de inquietud.

Él asintió.

—Las direcciones del mundo también van a la deriva.

—¡Dios! —clamó Eddie. Trató de imaginarse un mundo en el que el verdadero norte se deslizaba insidiosamente hacia el este o el oeste, y renunció casi al instante. Le hacía sentir un leve mareo, como el que había sentido siempre al mirar desde lo alto de un gran edificio.

—Sólo es una aguja, pero es de acero y servirá a nuestro propósito tan bien como una brújula. El Haz marca ahora nuestro rumbo, y la aguja lo demostrará. —Registró otra vez la bolsa y extrajo un tazón de barro de rudimentaria factura. Una grieta lo recorría de arriba abajo. Rolando había remendado con resina de pino el cacharro, encontrado cerca del antiguo campamento. Se dirigió a la corriente, hundió el tazón en ella y regresó hacia la silla de ruedas de Susannah. Depositó cuidadosamente el tazón lleno sobre el brazo de la silla y, cuando se aquietó la superficie, dejó caer la aguja en su interior. La aguja se hundió hasta el fondo y reposó allí.

—¡Vaya! —comentó Eddie—. ¡Magnífico! Caería maravillado a tus pies, Rolando, pero no quiero arrugar la raya del pantalón.

—Aún no he terminado. Aguanta bien el tazón, Susannah.

Ella lo hizo así, y Rolando empujó lentamente la silla de ruedas por el claro. Cuando llegó a unos cuatro metros de la puerta, hizo girar la silla para que Susannah quedara de espaldas a ella.

—¡Eddie! —exclamó—. ¡Mira esto!

Eddie se inclinó sobre el tazón de barro, apenas consciente de que ya empezaba a filtrarse el agua a través del remiendo improvisado por Rolando. La aguja se elevaba lentamente hacia la superficie. Cuando llegó a ella, quedó flotando tan serenamente como si se tratara de un corcho.

—¡Mierda sagrada! ¡Una aguja flotante! Ahora sí que lo he visto todo.

—Sostén el tazón, Susannah.

Ella lo sostuvo en su lugar mientras Rolando empujaba la silla hacia otro punto del claro, en ángulo recto con la caja. La aguja perdió su orientación, cabeceó al azar unos instantes y volvió a hundirse hasta el fondo del tazón. Cuando Rolando llevó la silla al sitio de antes, la aguja se elevó de nuevo y señaló el rumbo.

—Si tuviésemos limaduras de hierro y una hoja de papel —explicó el pistolero—, podríamos esparcir las limaduras sobre el papel y ver cómo formaban una línea que indicaría el mismo rumbo.

—¿Seguirá sucediendo lo mismo cuando nos alejemos del pórtico? —preguntó Eddie.

Rolando asintió.

—Y no sólo eso. De hecho, incluso podemos ver el Haz.

Susannah volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro. Al hacerlo, su codo desplazó ligeramente el tazón. La aguja osciló errabunda mientras el agua se agitaba... y luego se orientó tenazmente en la misma dirección.

—Así no —dijo Rolando—. Mirad hacia abajo. Eddie, a tus pies; Susannah, a tu regazo.

—Hicieron lo que les pedía—. Cuando os diga que levantéis la vista, mirad al frente, en la dirección que señala la aguja. No miréis nada en particular; dejad que vuestro ojo vea lo que vea. Y ahora, ¡mirad!

Miraron. En el primer momento Eddie no vio más que los bosques. Intentó relajar los ojos... y de pronto lo percibió, tal como había percibido la forma del tirador dentro del trozo de madera, y comprendió por qué Rolando les había indicado que no mirasen nada en particular. El efecto del Haz se dejaba sentir a lo largo de todo su recorrido, pero era sutil. Las agujas de los pinos y abetos apuntaban en esa dirección. Los arbustos crecían ligeramente inclinados, y la inclinación era en el sentido del Haz. No todos los árboles que el oso había derribado para despejar el campo visual habían caído a lo largo de ese sendero camuflado —que se dirigía hacia el sudeste, si Eddie no se equivocaba—, pero sí la mayoría, como si la fuerza que emanaba de la caja los hubiera empujado en esa dirección cuando se tambaleaban. La evidencia más clara estaba en la disposición de las sombras sobre el terreno. Con el sol elevándose por el este, todas apuntaban al oeste, naturalmente, pero cuando Eddie miró hacia el sudeste distinguió una configuración en forma de espiguilla que sólo existía a lo largo de la línea que había indicado la aguja del tazón.

—No sé si veo algo —dijo Susannah, vacilante—, pero...

—¡Mira las sombras! ¡Las sombras, Suze!

Eddie le vio abrir los ojos con asombro al darse cuenta de todo.

—¡Dios mío! ¡Está ahí! ¡Ahí delante! ¡Es como cuando alguien tiene una raya natural en el cabello!

Ahora que Eddie lo había visto, no podía dejar de verlo; un borroso corredor a través de la selva desordenada que rodeaba el claro, una vía en línea recta que era el camino del Haz. De repente comprendió lo colosal que debía de ser la fuerza que fluía a su alrededor (y probablemente a través suyo, como los rayos X), y tuvo que reprimir el impulso de echarse a un lado, a la derecha o a la izquierda.

—Oye, Rolando, esto no me volverá estéril, ¿verdad?

Rolando se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa.

—Es como el lecho de un río seco —se maravilló Susannah—. Tan cubierto de maleza que a duras penas puede verse..., pero está ahí. La configuración de las sombras no cambiará mientras nos mantengamos en la trayectoria del Haz, ¿verdad?

—Así es —respondió Rolando—. Cambiarán de dirección según el sol vaya recorriendo el cielo, por supuesto, pero siempre podremos ver el rumbo del Haz. Debéis recordar que viene fluyendo por este mismo camino desde hace miles de años, quizá decenas de miles. ¡Mirad al cielo!

Al hacerlo vieron que las nubes, unos tenues cirros, también adquirían la configuración en espiga a lo largo del Haz..., y que las nubes situadas dentro de su pasillo de energía se movían más deprisa que las otras. Eran empujadas hacia el sudeste. Empujadas hacia la Torre Oscura.

—¿Lo veis? Incluso las nubes deben obedecer.

Una pequeña bandada de pájaros volaba hacia ellos. Cuando llegaron al camino del Haz, todos fueron desviados por un instante hacia el sudeste. Aunque Eddie lo vio con toda claridad, apenas pudo dar crédito a sus ojos. Cuando los pájaros dejaron atrás el angosto pasillo de influencia del Haz, retomaron su anterior rumbo.

—Bien —comentó Eddie—, supongo que deberíamos ponernos en marcha. Un viaje de mil kilómetros empieza con un solo paso, y toda esa mierda.

—Espera un momento. —Susannah estaba mirando a Rolando—. No se trata de mil kilómetros, ¿verdad? ¿De qué distancia estamos hablando, Rolando? ¿Diez mil kilómetros? ¿Veinte mil?

—No sabría decirlo. Muy lejos.

—Bueno, ¿y cómo diablos vamos a poder llegar, conmigo en esta maldita silla de ruedas? Tendremos suerte si avanzamos cinco kilómetros al día por esos Drawers, y tú lo sabes.

—El camino está abierto —respondió Rolando con paciencia—, y por ahora eso es suficiente. Puede llegar un momento, Susannah Dean, en que viajemos más deprisa de lo que a ti te gustaría.

—¿Ah, sí? —Lo miró con expresión agresiva, y los dos hombres vieron de nuevo a Detta Walker bailando una peligrosa jiga en sus ojos—. ¿Tienes reservado un coche de carreras? ¡Si lo tienes, sería estupendo disponer de una puta carretera por donde circular!

—El terreno y nuestra forma de viajar por él irán cambiando. Siempre es así.

Susannah sacudió la mano hacia el pistolero. «¡Venga, hombre!», decía el ademán.

—Me recuerdas a mi mamáita cuando decía que Dios proveerá.

—¿Y no lo ha hecho? —preguntó Rolando con gravedad.

Ella lo contempló unos instantes con mudo asombro y luego echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada hacia el cielo.

—Bueno, supongo que depende de cómo se mire. Lo único que puedo decir es que si esto es proveer, Rolando, no me gustaría saber qué sucedería si decidiera dejarnos pasar hambre.

—Vamos, no perdamos más tiempo —insistió Eddie—. Quiero irme de aquí. No me gusta este sitio.

Y era verdad, pero no toda la verdad. También experimentaba un profundo anhelo de poner los pies en aquella senda disimulada, aquella carretera oculta. Cada paso le llevaba un paso más cerca del campo de rosas y de la Torre que lo dominaba. Comprendió, no sin cierto asombro, que estaba decidido a ver aquella Torre... o a morir en el intento.

«Enhorabuena, Rolando —pensó—. Lo has conseguido. Soy un converso. Que alguien cante un aleluya.»

—Todavía queda una cosa antes de irnos. —Rolando se agachó y desató el cordón de piel que le ceñía el muslo izquierdo. A continuación empezó a desabrochar lentamente la hebilla de la cartuchera.

—¿A qué viene esto? —quiso saber Eddie. Rolando desenfundó el revólver y se lo tendió.

—Ya sabes por qué lo hago —respondió con toda calma.

—¡Vuélvetela a abrochar, hombre! —Eddie sintió alborotarse en su interior un terrible revoltijo de emociones contrapuestas; aun con los puños apretados, sentía que le temblaban los dedos—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Estoy perdiendo el juicio paso a paso. Hasta que la herida de mi interior cicatrice, si es que lo hace alguna vez, no soy apto para llevar esto. Y tú lo sabes.

—Cógelo, Eddie —dijo Susannah con voz queda.

—¡Si no lo hubieras llevado anoche, cuando aquel maldito murciélago se lanzó contra mí, esta mañana sólo tendría media cabeza!

La única respuesta del pistolero fue seguir ofreciéndole la pistola que le quedaba. Su postura indicaba que estaba dispuesto a permanecer así todo el día, si era necesario llegar a ese extremo.

—¡Muy bien! —estalló Eddie—. ¡De acuerdo, maldita sea! Cogió la cartuchera que Rolando le tendía y se la ajustó a su cintura con una serie de gestos bruscos. Suponía que debería sentirse aliviado —¿no había contemplado aquella misma pistola en mitad de la noche, tan cerca de la mano de Rolando, y pensado en lo que podía ocurrir si Rolando realmente perdía el juicio?, ¿no lo habían pensado los dos, Susannah y él?—, pero no experimentaba ningún alivio. Sólo temor, culpabilidad, y una extraña y dolorosa tristeza demasiado profunda para las lágrimas.

Se le veía tan extraño sin las pistolas...

Tan impropio.

—Bueno, ahora que los aprendices incompetentes tienen las pistolas y el maestro está desarmado, ¿nos vamos ya, por favor? Si algo grande nos ataca desde la espesura, Rolando, siempre puedes lanzarle el cuchillo.

—Ah, claro —murmuró el pistolero—. Casi lo había olvidado. —Sacó el cuchillo de la bolsa

y se lo ofreció a Eddie, con el mango por delante.

—¡Esto es absurdo!

—La vida es absurda.

—Sí, escríbelo en una postal y mándasela al Readers Digest. —Eddie embutió el cuchillo bajo el cinturón y se volvió hacia Rolando con aire desafiante—. Y ahora, ¿podemos irnos ya?

—Todavía queda otra cosa —respondió Rolando. —¡Por todos los...!

La sonrisa tocó de nuevo los labios de Rolando.

—Sólo era una broma —explicó.

Eddie se quedó boquiabierto. A su lado, Susannah empezó a reír de nuevo. El sonido, musical como una campana, se alzó en la quietud de la mañana.

Necesitaron casi toda la mañana para salir de la zona de destrucción con la que el oso se había protegido, pero la marcha era un poco más fácil a lo largo del Haz, y cuando hubieron dejado atrás las trampas y la enmarañada maleza, volvió a imponerse el bosque y pudieron avanzar más deprisa. El riachuelo que brotaba de la pared del claro corría rumoroso a la derecha del grupo. Se le habían unido varios arroyos más pequeños, y ahora su sonido era más grave. Había más animales —los oían moverse por el bosque, haciendo su ronda cotidiana— y en dos ocasiones vieron pequeños grupos de ciervos. Uno de ellos, un macho con la erguida e inquisitiva cabeza coronada por una noble cornamenta, parecía pesar al menos ciento cincuenta kilos. El riachuelo se apartó de su rumbo cuando empezaron a ascender. Y cuando la tarde empezaba a inclinarse hacia el anochecer, Eddie vio una cosa.

—¿Podemos pararnos aquí? ¿Descansamos un momento?

—¿Qué ocurre? —preguntó Susannah.

—Sí —dijo Rolando—. Podemos parar.

De repente Eddie volvió a sentir la presencia de Henry, como un peso que se apoyara en sus hombros. «Oh, mira al mariquita. ¿Has visto algo en el árbol, mariquita? ¿Te gustaría tallar algo, mariquita? Sí, ¿eh? ¡Ohhhh, qué bonito!»

—No es imprescindible que nos paremos. Quiero decir, no es nada importante. Sólo he...

—... visto algo. —Rolando concluyó la frase por él—. Sea lo que sea, cierra de una vez tu boca y ve a buscarlo.

—En realidad no es nada. —Eddie notó que le subía sangre caliente a la cara e intentó apartar la vista del fresno que había atraído su atención.

—Es algo que necesitas, y eso es muy diferente que nada. Si tú lo necesitas, Eddie, nosotros lo necesitamos. Lo que no necesitamos es un hombre incapaz de desprenderse del lastre inútil de sus recuerdos.

La sangre caliente empezó a hervir. Eddie permaneció un instante más con el rostro encendido inclinado hacia sus mocasines, abrumado por la sensación de que Rolando había contemplado directamente el interior de su confuso corazón con sus ojos azul descolorido.

—¿Eddie? —preguntó Susannah con curiosidad—. ¿De qué se trata, cariño?

Su voz le dio el valor que necesitaba. Echó a andar hacia el erguido y grácil fresno, sacándose el cuchillo del cinturón.

—Quizá de nada —musitó, y acto seguido se obligó a añadir—: Quizá de mucho. Si no la cago, puede que de muchísimo.

—El fresno es un árbol noble, y lleno de poder —observó Rolando a su espalda, pero Eddie apenas le oyó. Las mofas e intimidaciones de Henry habían desaparecido, y su vergüenza había desaparecido con ellas. Sólo pensaba en la rama que había atraído su atención. En el punto en que se separaba del árbol era más gruesa y formaba un ligero bulto. Era ese bulto de extraña forma lo que Eddie quería.

Le parecía que llevaba encerrada en su interior la forma de la llave, la llave que había visto fugazmente en la hoguera antes de que los restos ardientes de la quijada se transformaran de nuevo y apareciese la rosa. Tres uves invertidas, la central más ancha y más pronunciada que las otras dos. Y la pequeña curva en ese al final. Este era el secreto.

Recordó una frase del sueño: «Tatachán, tatachín, no te preocupes, tienes la llave.»

«Puede ser —pensó—. Pero esta vez tengo que sacarlo todo. Me parece que esta vez no será suficiente un noventa por ciento.» Separó la rama del árbol y le cortó el extremo delgado con gran precaución. Le quedó un grueso pedazo de fresno como de veinte centímetros de longitud. Lo sentía pesado y vital en la mano, completamente vivo y dispuesto a entregar su forma secreta... a quien fuese lo bastante hábil para sacársela, nada más.

¿Era él ese hombre? ¿Importaba algo que lo fuera?

Eddie Dean creía que la respuesta a ambas preguntas era sí.

La mano hábil del pistolero, la izquierda, se cerró sobre la mano derecha de Eddie.

—Pienso que conoces un secreto.

—Podría ser.

—¿Puedes contárnoslo? Sacudió la cabeza.

—Me parece que es mejor que no lo haga. Aún no.

Rolando reflexionó sobre ello unos instantes y finalmente hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Te haré una pregunta más, y luego abandonaremos el tema. ¿Has visto acaso una pista hacia el corazón de mi... mi problema?

Eddie pensó: «Y eso es lo más que se acercará a demostrar la desesperación que está comiéndolo vivo.»

—No lo sé. Ahora mismo no estoy seguro. Pero tengo esa esperanza. Te aseguro que la tengo.

Rolando volvió a asentir y soltó la mano de Eddie.

—Te doy las gracias. Todavía nos quedan dos buenas horas de luz; ¿por qué no las aprovechamos?

—Por mí, de acuerdo.

Siguieron adelante. Rolando empujaba a Susannah y Eddie abría la marcha, sosteniendo el pedazo de madera que tenía la llave enterrada en su interior. Parecía palpitar con su propia calidez, secreta y poderosa.

Por la noche, después de cenar, Eddie cogió el cuchillo del pistolero y empezó a tallar. El cuchillo estaba sorprendentemente afilado, y no parecía embotarse nunca. Eddie trabajó lenta y cuidadosamente a la luz de la hoguera, haciendo girar el trozo de fresno entre las manos, observando las volutas de madera que se alzaban ante sus largos y seguros tajos. Susannah estaba echada, con las manos unidas en la nuca, y contemplaba las estrellas que se desplazaban lentamente por el oscuro firmamento. Al borde del campamento, Rolando permanecía de pie fuera del círculo de resplandor de la hoguera y escuchaba las voces de la locura que se encrespaban de nuevo en su mente confusa y dolorida.

«Había un chico.»

«No había ningún chico.»

«Lo había.»

«No lo había.»

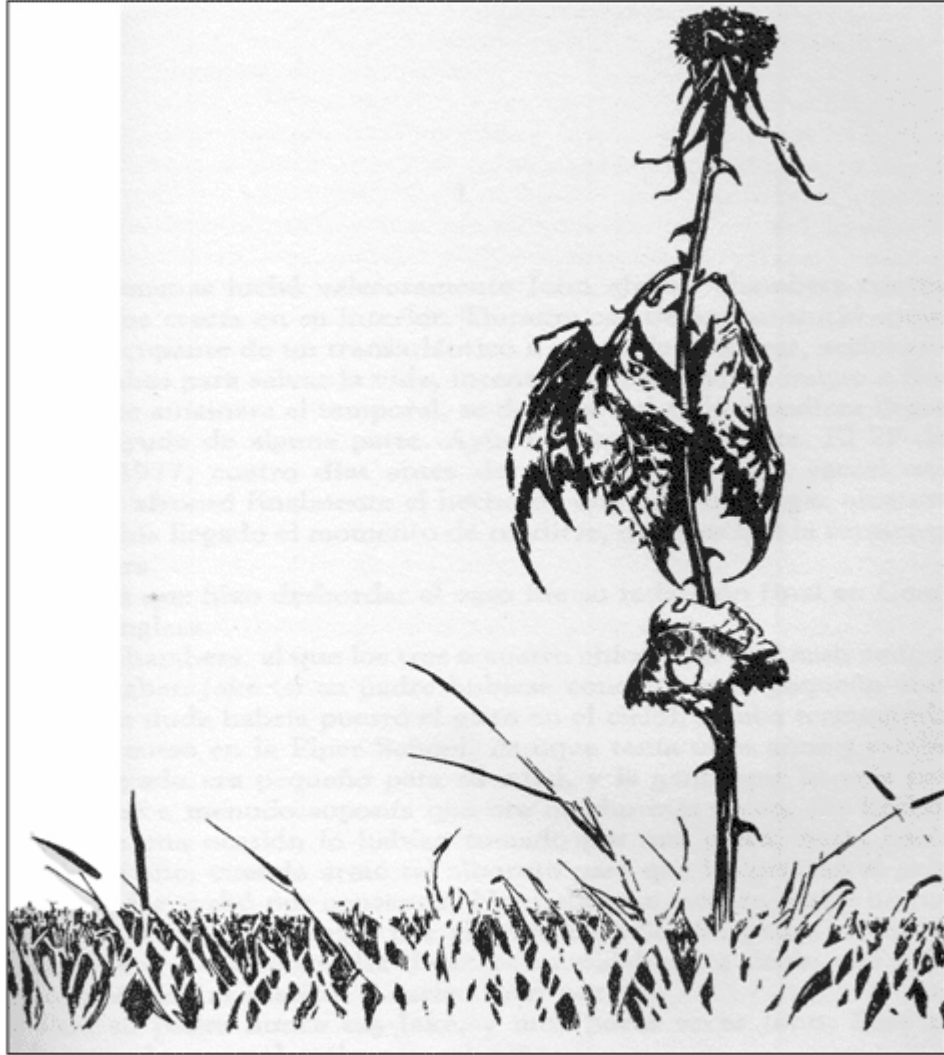
«Lo había...»

Cerró los ojos, se cubrió la frente dolorida con una fría mano y se preguntó cuánto tardaría en romperse como la cuerda de un arco demasiado tenso.

«¡Oh, Jake! —pensó—. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?»

Y por encima de los tres, la Vieja Estrella y la Vieja Madre se elevaban hacia sus puestos asignados y se miraban fijamente sobre las estrelladas ruinas de su antiguo matrimonio destrozado.

II. LLAVE



Y ROSA

1

Tres semanas luchó valerosamente John «Jake» Chambers contra la locura que crecía en su interior. Durante ese tiempo se sintió como el último ocupante de un transatlántico a punto de zozobrar, accionando las bombas para salvar la vida, intentando mantener el buque a flote hasta que amainara el temporal, se despejara el cielo y pudiera llegar ayuda..., ayuda de alguna parte. Ayuda de cualquier parte. El 29 de mayo de 1977, cuatro días antes de que empezaran las vacaciones de verano, afrontó finalmente el hecho de que no iba a llegar ninguna ayuda. Había llegado el momento de rendirse, de dejar que la tormenta lo arrastrara.

La gota que hizo desbordar el vaso fue su redacción final en Composición Inglesa. John Chambers, al que los tres o cuatro chicos que casi eran amigos suyos llamaban Jake (si su padre hubiese conocido este pequeño «hechoide» sin duda habría puesto el grito en el cielo), estaba terminando su primer curso en la Piper School. Aunque tenía once años y estaba en sexto grado era pequeño para su edad, y la gente que lo veía por primera vez a menudo suponía que era mucho más joven. De hecho, en más de una ocasión lo habían tomado por una chica, hasta hacía cosa de un año, cuando armó tal alboroto para que le cortaran el pelo que su madre acabó por consentir. Naturalmente, con su padre no había tenido ningún problema por el corte de pelo. Su padre se limitó a sonreír con su dura sonrisa de acero inoxidable y a decir: «El niño quiere parecer un marine, Laurie. Bien por él.»

Para su padre nunca era Jake, y muy pocas veces John. Para su padre, por lo general, sólo era «el niño».

La Piper School, le había explicado su padre el verano anterior (era el verano del Bicentenario: todo banderas y adornos en los balcones, y el puerto de Nueva York lleno de veleros de altura), era, dicho sencillamente, «la mejor escuela del país para un chico de tu edad». El hecho de que Jake hubiera sido aceptado en ella no tenía nada que ver con el dinero, le explicó con insistencia Elmer Chambers. Se mostraba rabiosamente orgulloso de ello, aunque Jake, que sólo tenía diez años, sospechaba que tal vez no fuese cierto, que podía ser una patraña que su padre había convertido en verdad para poder mencionarla como quien no quiere la cosa en la conversación a la hora de la comida o de los cócteles: «¿Mi hijo? Va a Piper. La mejor escuela del país para un chico de su edad. Allí el dinero no sirve de nada, ya sabe; para Piper, lo que cuenta es la inteligencia.»

Jake era plenamente consciente de que en el fiero horno de la mente de Elmer Chambers, el carbón en bruto de sus deseos y opiniones a menudo se transmutaba en los duros diamantes que él denominaba hechos... o, en circunstancias más informales, «hechoides». Su expresión favorita, pronunciada con frecuencia y reverencia, era «el hecho es», y no perdía ocasión de utilizarla.

«El hecho es que para ingresar en la Piper School el dinero no sirve de nada», le había dicho su padre durante aquel verano del Bicentenario, el verano de cielos azules y banderas y veleros de altura en el puerto, un verano que en la memoria de Jake parecía dorado porque aún no había empezado a perder la cabeza y sólo debía preocuparse de si sería o no capaz de dar la talla en la Piper School, que daba la impresión de ser una especie de nido para genios recién salidos del cascarón. «Para ingresar en un sitio como Piper, lo único que sirve es lo que tienes aquí dentro.» Elmer Chambers extendió el brazo sobre el escritorio y dio unos golpecitos en la frente de su hijo con un dedo duro y manchado de nicotina. «¿Entiendes, niño?»

Jake había asentido con la cabeza. No era necesario decir nada, porque su padre trataba a todo el mundo —incluso a su esposa— como trataba a sus subordinados en la cadena de televisión donde era director de programación y maestro reconocido de La Caza. Bastaba con escuchar, asentir en los momentos adecuados, y al cabo de un rato te dejaba marchar.

«Bien —dijo su padre, encendiendo uno de los ochenta cigarrillos Camel que se fumaba todos los días—. Veo que nos entendemos. Tendrás que esforzarte a base de bien, pero puedes hacerlo. Si no pudieras, nunca nos habrían enviado esto.» Cogió la carta de aceptación de la Piper School y la blandió en el aire. Hubo una especie de triunfo salvaje en el gesto, como si la carta fuese un animal que él hubiera matado en la selva, un animal que acto seguido despellejaría y se comería. «O sea que a trabajar de valiente. Saca buenas notas. Haz que tu madre y yo

podamos estar orgullosos de ti. Si terminas el curso con una nota media de sobresaliente en todas las materias, te espera un viaje a Disney World. Vale la pena matarse por eso, ¿verdad, niño?»

Jake había sacado buenas notas, sobresaliente en todo (es decir, hasta hacía tres semanas). Cabía suponer que su padre y su madre se sentían orgullosos de él, aunque los veía tan poco que era difícil saberlo. Por lo general, cuando regresaba de la escuela no había nadie en casa excepto Greta Shaw —la gobernanta—, así que acabó enseñándole a ella las buenas notas. Después de eso, emigraban a un oscuro rincón de su cuarto. A veces Jake las miraba y se preguntaba si tenían algún significado. Quería que lo tuvieran, pero albergaba serias dudas.

Jake tenía la impresión de que no iría a Disney World aquel verano, con buenas notas o sin ellas.

El manicomio le parecía una posibilidad mucho más inmediata.

Al cruzar la doble puerta de la Piper School a las 8.45 de la mañana del 29 de mayo, se le presentó una terrible visión. Vio a su padre en su oficina del número 70 de Rockefeller Plaza, inclinado sobre su escritorio con un Camel colgado de la boca, hablando a uno de sus subordinados mientras el humo azulado le coronaba la cabeza. Toda Nueva York se extendía bajo los pies de su padre, con su bullicio y fragor amortiguados por dos hojas de cristal Thermopane.

«El hecho es que para ingresar en el Sanatorio Sunnyside el dinero no sirve de nada —le explicaba su padre al subordinado en un tono de hosca satisfacción. Extendió una mano y le dio unos golpecitos en la frente—. La única manera de ingresar en un sitio así es que se descomponga algo importante aquí, en el ático. Es lo que le ha pasado al niño. Pero está trabajando de valiente. Me han dicho que no hay nadie allí que fabrique unos cestos como los suyos. Y cuando le dejen salir, si es que algún día le dejan, le espera un viaje. Un viaje a...»

—... la estación de paso —musitó Jake, y se tocó la frente con una mano que quería temblar. Otra vez volvían las voces. Las voces que chillaban, se contradecían y lo volvían loco.

«Estás muerto, Jake. Te atropelló un coche y estás muerto.»

«¡No seas estúpido! Mira, ¿ves ese cartel? Ahí dice: RECORDAD LA EXCURSIÓN DE LA PRIMERA CLASE. ¿Crees que en la otra vida hay excursiones de clase?»

«Eso no lo sé. Pero sé que te atropelló un coche.»

«¡No!»

«Sí. Sucedió el 7 de mayo a las 8.25 de la mañana. Moriste menos de un minuto después.»

«¡No! ¡No! ¡No!»

—¿John?

Volvió la cabeza, sobresaltado. El señor Bisette, su profesor de francés, se había detenido a su lado y lo contemplaba con cierta preocupación. Más allá, el resto del cuerpo estudiantil acudía a la Sala Común para la reunión matinal. Había muy poco desorden, y nada de gritos. Posiblemente aquellos otros alumnos, al igual que Jake, habían sido informados por sus padres de lo afortunados que eran por estudiar en Piper, donde no se tenía en cuenta el dinero (aunque la matrícula costaba 22.000 dólares por año) sino el talento. Posiblemente a muchos de ellos le habían prometido viajes en verano si sus notas eran buenas. Posiblemente los padres de los afortunados ganadores de esos viajes incluso irían con ellos, en algunos casos. Posiblemente...

—¿Te encuentras bien, John? —preguntó el señor Bisette.

—Sí, claro —respondió Jake—. Muy bien. Esta mañana se me han pegado las sábanas. Me parece que aún no estoy del todo despierto.

La expresión del señor Bisette se suavizó.

—Bueno, eso puede pasarnos a todos —observó, sonriente.

«A mi padre, no. Al maestro de La Caza nunca se le pegan las sábanas.»

—¿Estás preparado para el examen final de francés? —prosiguió el señor Bisette—. *Voulez-vous vous examiner avec moi ce midi?*

—Creo que sí —contestó Jake. A decir verdad, no sabía si estaba preparado o no. Ni siquiera podía recordar si había estudiado para el examen final de francés o no. En aquellos días nada parecía importar demasiado, excepto las voces que oía en su cabeza.

—Quiero que sepas lo mucho que me ha gustado tenerte este año conmigo, John. Hubiera querido decirselo también a tu familia, pero no vinieron a la Noche de los Padres...

—Están muy ocupados —dijo Jake.

El señor Bissette asintió.

—Bien, me ha gustado tenerte en clase. Sólo quería decírtelo..., y que espero volver a verte el año que viene en Francés II.

—Gracias —respondió Jake, y se preguntó qué diría el señor Bissette si añadiera: «Pero no creo que el año que viene pueda estudiar Francés II, a no ser que me envíen un curso por correspondencia a mi apartado postal en el Sanatorio Sunnyvale.»

Joanne Franks, la secretaria de la escuela, apareció en el umbral de la Sala Común con su campanilla plateada. En la Piper School no., había timbres, sólo campanillas accionadas a mano. Jake suponía que, para los padres, éste era uno de sus encantos. Recuerdos de los cuentos de su infancia y todo eso. Él, por su parte, lo detestaba. El sonido de aquella campanilla parecía clavársele en la cabeza...

«No voy a poder resistir mucho más —pensó, desesperado—. Lo siento, pero estoy perdiendo la razón. No cabe duda, estoy perdiendo la razón.»

El señor Bissette había visto a la señora Franks. Empezó a dirigirse hacia ella, pero se volvió de nuevo hacia Jake.

—¿De veras va todo bien, John? Hace unas semanas que te veo como ausente. Preocupado. ¿Hay algo que te inquiete?

Jake quedó casi vencido por la amabilidad con que le hablaba el señor Bissette, pero enseguida se figuró qué cara pondría si le contestaba: «Sí, hay algo que me inquieta. Un pequeño hechoide de lo más desagradable. Me morí, ¿sabe?, y me fui a otro mundo. Y allí volví a morir. Dirá usted que estas cosas no pueden suceder, y por supuesto tiene toda la razón, y una parte de mi mente sabe que la tiene, pero la mayor parte de mi mente sabe que está usted equivocado. Realmente sucedió. Realmente me morí.»

Si decía una cosa así, el señor Bissette telefonaría inmediatamente a Elmer Chambers, y Jake tenía la impresión de que el Sanatorio Sunnyvale sería como una cura de reposo después de oír todo lo que su padre tendría que decir sobre el tema de los niños que empezaban a tener ideas raras justo antes de los exámenes finales. Niños que hacían cosas que no podían comentarse a la hora de la comida o de los cócteles. Niños que no estaban a la altura.

Jake se obligó a sonreír.

—Estoy un poco preocupado por los exámenes, eso es todo.

El señor Bissette le guiñó un ojo.

—Lo harás muy bien.

La señora Franks empezó a agitar la campanilla que llamaba a la reunión. Cada uno de sus tañidos se clavaba en los oídos de Jake y parecía estallar en su cerebro como un pequeño cohete.

—Vamos —le urgió el señor Bissette—. Llegaremos tarde. No podemos llegar tarde el primer día de la semana de exámenes, ¿verdad?

Pasaron junto a la señora Franks y su estrepitosa campanilla. El señor Bissette se dirigió hacia la fila de asientos llamada el Coro de la Facultad. En la Piper School había muchos nombres tan encantadores como éste. El auditorio era la Sala Común, la hora de la comida era la Pausa, los alumnos y alumnas de séptimo y octavo grados eran los (o las) Superiores y, naturalmente, las sillas plegables situadas junto al piano (que la señora Franks no tardaría en aporrear tan implacablemente como agitaba su campanilla de plata) eran el Coro de la Facultad. Todo parte de la tradición, suponía Jake. Si un padre sabía que su hijo a mediodía hacía una Pausa en la Sala Común en vez de limitarse a engullir un bocadillo de atún en la cafetería, podía estar tranquilo, con la seguridad de que en el apartado de educación todo andaba a pedir de boca.

Jake ocupó un asiento al fondo de la sala y dejó que los anuncios de la mañana resbalaran sobre él. El terror corría incesante en su cabeza, haciéndole sentir como una rata prisionera en una rueda sin fin. Y cuando intentaba mirar hacia el futuro, esperando divisar tiempos mejores y más luminosos, sólo veía oscuridad.

La nave era su cordura, y estaba yéndose a pique.

El señor Harley, el director, se acercó al podio y les dirigió una breve alocución sobre la importancia de los exámenes finales y de cómo las calificaciones que obtuvieran constituirían otro paso adelante en la Gran Carretera de la Vida. Les dijo que la escuela confiaba en ellos, que él personalmente confiaba en ellos, y que sus padres confiaban en ellos. No les dijo que todo el mundo libre confiaba en ellos, pero insinuó claramente que bien podría ser así. Concluyó anunciándoles que durante toda la semana de los exámenes finales quedarían suprimidos los toques de campanilla (la primera y la única noticia buena que Jake había recibido esa mañana).

La señora Franks, que ya había tomado asiento ante el piano, pulsó un acorde invocatorio. El cuerpo estudiantil, setenta chicos y cincuenta chicas, ataviados todos de una forma pulcra y sobria que revelaba el buen gusto y la estabilidad financiera de sus padres, se levantó como un solo hombre y empezó a cantar el himno de la escuela. Jake fue pronunciando las palabras mientras pensaba en el lugar en que había despertado después de morir. Al principio se había creído en el infierno..., y cuando llegó el encapuchado de la túnica negra estuvo seguro de ello.

Luego, claro, había llegado el otro hombre. Un hombre al que Jake casi había llegado a querer.

«Pero me dejó caer. Me mató.»

Notó que le brotaban gotitas de sudor pegajoso en la nuca y entre los omóplatos.

*Saludamos los muros de Piper,
y elevamos con orgullo su pendón.
¡Salve a ti, nuestra alma máter!
¡Piper, cumplir o morir!*

«Dios mío, qué mierda de himno», pensó Jake, y de pronto se le ocurrió que a su padre le encantaría.

La primera clase era de Composición Inglesa, la única en que no había examen final. Su tarea había consistido en escribir en casa una Redacción Final. Tenía que ser un texto mecanografiado de una longitud de entre mil quinientas y cuatro mil palabras. El tema que les había señalado la señorita Avery era «Mi comprensión de la verdad». La Redacción Final representaría el veinticinco por ciento de la nota final del semestre.

Jake entró y ocupó su asiento en la tercera fila. Sólo había once alumnos en total. Jake recordaba el Día de Orientación, en septiembre pasado, cuando el señor Harley les hizo saber que Piper tenía una proporción de profesores por alumno superior a la de cualquier otra escuela privada de calidad en el Este del país. Para recalcar bien este punto, golpeó varias veces el atril situado al frente de la Sala Común. Jake no quedó excesivamente impresionado, pero transmitió la información a su padre. Supuso que a él sí le impresionaría, y no se equivocaba.

Abrió la cartera y extrajo cuidadosamente la carpeta azul que contenía su Redacción Final. La dejó sobre el pupitre con la intención de dedicarle una última mirada, pero su atención se fijó en la puerta que había en el lado izquierdo del aula. Sabía que conducía al guardarropa, y aquel día estaba cerrada porque en Nueva York la temperatura superaba los veinte grados y nadie llevaba un abrigo que hubiera que guardar. Dentro de aquel cuarto sólo había un gran número de colgadores de latón alineados sobre la pared, y en el suelo una larga alfombrilla de goma para las botas. En el rincón del fondo se apilaban unas cuantas cajas de suministros escolares: tiza, cuadernos y cosas por el estilo. Nada del otro mundo.

Aun así, Jake se levantó del asiento, dejando la carpeta sin abrir sobre el pupitre, y se dirigió hacia la puerta. Podía oír el murmullo apagado de sus compañeros y el rumor de hojas mientras repasaban sus redacciones en busca de un calificativo mal empleado o una frase confusa, pero estos sonidos se le antojaban remotos.

Era la puerta lo que atraía su atención.

Desde hacía cosa de unos diez días, a medida que las voces de su cabeza se volvían más y más imperiosas, Jake había empezado a sentirse cada vez más fascinado por las puertas, por toda clase de puertas. La última semana habría abierto unas quinientas veces la que comunicaba su dormitorio con el pasillo, y un millar la que comunicaba el dormitorio con el cuarto de baño. Cada vez que lo hacía se le formaba en el pecho una tensa bola de esperanza y expectación, como si la respuesta a todos sus problemas se hallara tras una puerta u otra y él estuviera destinado a encontrarla finalmente. Pero cada vez que lo intentaba, sólo encontraba el pasillo, o el cuarto de baño, o la acera, o lo que fuese.

El jueves anterior, al llegar a casa desde la escuela, se había arrojado sobre la cama y se había quedado dormido; al parecer, el sueño era el único refugio que le quedaba. Sólo que al despertar, cuarenta y cinco minutos más tarde, se había encontrado de pie junto a la estantería. Había dibujado el contorno de una puerta sobre la pared. Afortunadamente lo había hecho a lápiz, de modo que pudo borrar las marcas casi por completo.

Ahora, al acercarse a la puerta del guardarropa, volvió a experimentar aquel deslumbrante estallido de esperanza, la certidumbre de que la puerta no se abriría a un cuartito penumbroso que sólo contenía los persistentes olores del invierno —franela, goma y pieles mojadas sino a algún otro mundo en el que podría sentirse otra vez entero. Una luz cálida y deslumbrante caería sobre el suelo del aula en un triángulo cada vez mayor, y vería pájaros volando en círculo por un cielo azul descolorido del color de

(sus ojos)

unos tejanos gastados. El viento del desierto le agitaría los cabellos y le secaría el sudor nervioso de la frente.

Cruzaría aquella puerta y quedaría curado.

Jake hizo girar la manija y abrió la puerta. Dentro sólo había oscuridad y una hilera de relucientes colgadores de latón. En el rincón, junto a los montones de cajas de cuadernos, yacía olvidado un guante de lana.

Se le vino el alma a los pies. De pronto sintió ganas de arrastrarse hacia el interior de ese

cuarto oscuro, con sus amargos olores de invierno y polvo de tiza. Podía apartar el guante y sentarse en el rincón, bajo los colgadores. Podía sentarse en la alfombrilla de goma donde se suponía que había que dejar las botas en invierno. Podía sentarse allí, meterse el pulgar en la boca, apretar las rodillas contra el pecho, cerrar los ojos y... y...

Y, sencillamente, rendirse.

Esta idea —el alivio que le proporcionó esta idea— era increíblemente atractiva. Sería el fin del terror, la confusión y el desquiciamiento. En cierto modo esto era lo peor; la persistente sensación de que su vida entera se había convertido en un laberinto de espejos como los que había visto en las ferias.

No obstante, había acero profundo en Jake Chambers, como había acero profundo en Eddie y Susannah. Y en aquel momento el resplandor de su obstinado faro azul destelló en las tinieblas. No habría rendición. Quizá lo que se había estropeado en su interior acabara finalmente arrancándole la cordura, pero en tanto eso no sucediera, él no cesaría de oponer resistencia. Nunca se rendiría.

«¡Nunca! —pensó ferozmente—. ¡Nunca! Nun...»

—Cuando hayas terminado el inventario de lo que contiene el guardarropa, John, quizá tengas la amabilidad de regresar con nosotros —dijo la señorita Avery con su voz seca y cultivada.

Hubo un breve estallido de risitas mientras Jake apartaba la mirada del guardarropa. La señorita Avery estaba de pie tras su escritorio, con los largos dedos ligeramente apoyados sobre el secante, observándolo con su rostro sereno e inteligente. Aquel día vestía su traje azul, y llevaba el cabello recogido en su moño habitual. Nathaniel Hawthorne miraba por encima de su hombro, contemplando ceñudo a Jake desde su lugar en la pared.

—Lo siento —musitó Jake, y cerró la puerta. Al instante se vio embargado por el poderoso impulso de abrirla de nuevo para asegurarse, para comprobar si esta vez aparecía aquel otro mundo, con su cálido sol y su paisaje desértico.

Sin embargo, regresó a su asiento. Petra Jesserling lo miró con ojos alegres y danzarines.

—La próxima vez, llévame allí dentro contigo —le susurró—. Entonces sí que tendrás algo que mirar.

Jake sonrió distraídamente y se acomodó en su silla.

—Gracias, John —dijo la señorita Avery con su voz perpetuamente tranquila—. Ahora, antes de que me entreguéis vuestras redacciones (que estoy segura serán todas muy correctas, muy pulcras, muy específicas), me gustaría repartir la lista de lecturas recomendadas por el Departamento de Inglés para las vacaciones de verano. Tengo unas palabras que decir acerca de varios de estos excelentes libros...

Mientras hablaba, entregó a David Surrey un montoncito de hojas ciclostiladas. David empezó a repartirlas, y Jake abrió la carpeta para echar una última ojeada a lo que había escrito sobre el tema de «Mi comprensión de la verdad». Lo hizo con auténtico interés, puesto que no lograba recordar haber escrito su Redacción Final más de lo que recordaba haber estudiado para el examen de francés.

Contempló la página del título con desconcierto y creciente inquietud. Las palabras «MI COMPRENSIÓN DE LA VERDAD, por John Chambers», aparecían limpiamente mecanografiadas y centradas en el papel, y eso estaba bien, pero por algún motivo había pegado dos fotografías bajo ellas. Una era de una puerta —le parecía que podía ser la del número 10 de la calle Downing, en Londres— y la otra de un tren Amtrak. Eran fotos en color, sin duda recortadas de alguna revista. «¿Por qué he hecho esto? ¿Y cuándo lo he hecho?»

Volvió la página y se quedó mirando fijamente el comienzo de su Redacción Final, incapaz de creer ni comprender lo que estaba viendo. Luego, a medida que la comprensión empezó a filtrarse gota a gota a través de la confusión, experimentó una creciente sensación de horror. Al fin había sucedido; al fin había perdido una parte de la mente lo bastante considerable como para que los demás se dieran cuenta.

3

Mi comprensión de la verdad
por Jake Chambers

«Yo te mostraré el miedo en un puñado de polvo.»

T. S. «Butch» Eliot

«Mi primer pensamiento fue que mentía en cada palabra.»

Robert «Sundance» Browning

El pistolero es la verdad.

Rolando es la verdad.

El Prisionero es la verdad.

La Dama de las Sombras es la verdad.

El Prisionero y la Dama están casados. Ésa es la verdad.

La estación de paso es la verdad.

El Demonio Parlante es la verdad.

Penetramos bajo las montañas, y ésta es la verdad.

Había monstruos bajo la montaña. Ésa es la verdad.

Uno de ellos tenía entre las piernas la manguera de un surtidor de gasolina Amoco y hacía ver que era su pene.

Esa es la verdad.

Rolando me dejó morir. Ésa es la verdad.

Todavía lo quiero.

Ésa es la verdad.

—... por eso es tan importante que leáis todos *El señor de las moscas* —decía la señorita Avery con su clara pero en cierto modo pálida voz—. Y cuando lo hagáis, debéis plantearos ciertas preguntas. A menudo una buena novela es como una serie de adivinanzas dentro de adivinanzas, y en este caso se trata de una novela muy buena, una de las mejores que se hayan escrito en la segunda mitad del siglo XX.

Así pues, preguntaos en primer lugar cuál puede ser el significado simbólico de la concha de molusco. En segundo lugar...

Lejos. Muy, muy lejos. Jake pasó a la segunda página de su Redacción Final con mano temblorosa, dejando una mancha oscura de sudor en la primera.

¿Cuándo una puerta no es una puerta? Cuando es una jarra, y ésta es la verdad. [\[2\]](#)

Blaine es la verdad.

Blaine es la verdad.

¿Qué cosa tiene cuatro ruedas y vuela? Un camión de basura, y ésta es la verdad. [\[3\]](#)

Blaine es la verdad.

Hay que vigilar constantemente a Blaine, Blaine es un engorro, y ésta es la verdad.

Estoy bastante seguro de que Blaine es peligroso, y ésta es la verdad.

¿Qué cosa es blanca, negra y roja como un tomate? Una cebra ruborizada, y ésta es la verdad.

Blaine es la verdad.

Quiero volver, y ésta es la verdad.

Tengo que volver, y ésta es la verdad.

Acabaré loco si no vuelvo, y ésta es la verdad.

No puedo volver a casa hasta que encuentre una piedra, una rosa, una puerta, y ésta es la verdad.

Chu-chú, y ésta es la verdad.

Chu-chú. Chu-chú.

Chu-chú. Chu-chú. Chu-chú.

Chu-chú. Chu-chú. Chu-chú. Chu-chú.

Tengo miedo. Ésa es la verdad.

Chu-chú.

Jake alzó lentamente la vista. El corazón le palpaba tan deprisa que vio danzar ante sus ojos una luz brillante como la imagen que deja el destello de un flash en la retina, una luz que se encendía y se apagaba a cada latido titánico de su corazón.

Vio a la señorita Avery entregando esta Redacción Final a su madre y a su padre. El señor Bisette, con expresión grave, estaba junto a ella. Oyó que la señorita Avery decía, con su clara y pálida voz: «Su hijo está enfermo de consideración. Si necesitan alguna prueba, vean esta Redacción Final.»

«Hace cosa de tres semanas que John no parece el mismo —añadía el señor Bisette—. A ratos parece asustado, y constantemente confuso... como ausente, no sé si ustedes me comprenden. *Je pense que John est fou... comprenez-vous?*»

La señorita Avery de nuevo: «¿Guardan ustedes en casa algún medicamento con efectos sobre la mente al que Jake pudiera tener acceso?»

Jake no sabía nada de medicamentos con efectos sobre la mente, pero sí sabía que su padre guardaba varios gramos de cocaína en el cajón inferior del escritorio de su estudio. Sin duda su padre creería que se la había estado tomando.

—Ahora, permitidme unas palabras sobre *Trampa 22* —decía la señorita Avery a la clase—. Se trata de un libro muy difícil para alumnos de sexto y séptimo grados, pero aun así lo encontraréis sumamente interesante si abris vuestras mentes a su encanto especial. Podéis considerar esta novela, si os parece, como una comedia surrealista.

«No necesito leer nada de eso —pensó Jake—. Lo estoy viviendo, y no es ninguna comedia.»

Pasó la última página de su Redacción Final. No contenía ninguna palabra. En vez de escribir, había pegado otra foto en el papel. Era una fotografía de la Torre Inclinada de Pisa. Había utilizado un lápiz pastel para pintarla toda de negro. Las oscuras y cerosas líneas se enlazaban y curvaban en espirales lunáticas.

No recordaba haber hecho nada de eso. Absolutamente nada de eso.

Oyó a su padre responder al señor Bisette: «*Fou*. Sí, decididamente *fou*. Un niño capaz de echar por la borda su oportunidad en una escuela como Piper por fuerza tiene que estar *fou*, ¿no creen? Bien... yo puedo solucionarlo. Solucionar cosas es mi trabajo. Y Sunnyvale es la respuesta. Necesita pasarse algún tiempo en Sunnyvale haciendo cestos y reorganizándose la cabeza por dentro. No se preocupen por nuestro hijo, señores; puede correr..., pero no se puede esconder.»

¿Realmente lo encerrarían en un manicomio si empezaba a parecer que su ascensor ya no llegaba hasta el último piso? Jake creía que la respuesta a esta pregunta era un gran «¿Qué te juegas?» Su padre no iba a tolerar de ningún modo un lunático en la casa. Quizás el lugar al que lo mandaran no se llamase Sunnyvale, pero habría rejas en las ventanas y jóvenes con bata blanca y zapatos con suela de goma patrullando por los pasillos. Estos jóvenes tendrían una musculatura robusta y ojos vigilantes, y acceso a jeringuillas hipodérmicas llenas de sueño artificial.

«Le dirán a todo el mundo que me he ido —pensó Jake. Las voces que discutían en su cabeza habían quedado momentáneamente acalladas por una creciente marea de pánico—. Dirán que he ido a pasar una temporada con mis tíos en Modesto..., o que me he ido a Suecia en un intercambio de estudiantes..., o que estoy reparando satélites en el espacio exterior. A mi madre no le gustará... llorará... pero lo aceptará. Tiene sus ligues, y además, siempre acaba aceptando lo que él decide. Ella... ellos... yo...»

Notó que se le agolpaba un chillido en la garganta y apretó fuertemente los labios para contenerlo. Bajó de nuevo la vista hacia los frenéticos garabatos que emborronaban la fotografía de la Torre Inclinada y pensó: «Tengo que irme de aquí. Tengo que irme ahora mismo.»

Levantó la mano.

—¿Sí, John? ¿Qué quieres? —La señorita Avery lo contemplaba con aquella expresión levemente exasperada que reservaba para los alumnos que la interrumpían en mitad de su explicación.

—Me gustaría salir un momento, si usted permite —dijo Jake.

Éste era otro ejemplo del habla de Piper. Los alumnos de Piper no tenían nunca que «hacer pipí», «aliviar la vejiga» o, Dios no lo quiera, «descargar el vientre». Se suponía implícitamente que los alumnos de Piper eran demasiado perfectos para crear subproductos de desecho en sus elegantes y sigilosos deslizamientos por la vida. De vez en cuando, alguien pedía permiso para «salir un momento», y eso era todo. La señorita Avery suspiró.

—¿Es indispensable, John?

—Sí, señorita.

—Muy bien. Vuelve lo antes posible.

—Sí, señorita Avery.

Al levantarse cerró la carpeta, la recogió y, de mala gana, volvió a dejarla donde estaba. No podía ser. La señorita Avery quería saber por qué se llevaba la Redacción Final al retrete. Hubiera debido retirar las malditas hojas de la carpeta y metérselas en el bolsillo antes de pedir permiso para salir. Pero ya era demasiado tarde.

Jake cruzó el aula hacia la puerta, dejando la carpeta sobre el pupitre y la cartera con los libros en el suelo, junto al mismo.

—Espero que todo vaya bien, Chambers —susurró David Surrey, y se cubrió la boca para disimular una risita.

—Aquieta tus labios incansables, David —dijo la señorita Avery, ya abiertamente exasperada, y toda la clase se rió.

Jake llegó ante la puerta que daba al pasillo y, al coger la manija, la sensación de esperanza y certeza se alzó de nuevo en él: «Esta vez sí, ahora estoy seguro. Abriré la puerta y veré brillar el sol del desierto. Notaré ese viento seco en la cara. La cruzaré y ya no volveré a ver este aula nunca más.»

Abrió la puerta. Al otro lado sólo estaba el pasillo, pero aun así en una cosa tenía razón: no volvió a ver nunca más el aula de la señorita Avery.

Anduvo lentamente por el oscuro corredor revestido con paneles de madera, sudando ligeramente. Pasó ante puertas de aulas que se hubiera sentido obligado a abrir de no ser por las ventanillas de vidrio transparente de que estaban provistas. Miró la clase de Francés II del señor Bisette y la clase de Introducción a la Geometría del señor Knopf. En las dos aulas los alumnos estaban sentados con el lápiz en la mano y la cabeza agachada sobre el cuaderno abierto. Miró la clase de Artes Orales del señor Harley, y vio a Stan Dorfman —uno de esos conocidos que no era del todo un amigo—, que daba comienzo a su Discurso Final. Stan parecía mortalmente atemorizado, pero Jake hubiera podido decirle que no tenía ni la menor idea de lo que era el miedo, el auténtico miedo.

«Me morí.»

«No es cierto.»

«Sí lo es.»

«No me morí.»

«Sí.»

«No.»

Llegó ante una puerta con el letrero de CHICAS. La abrió, esperando ver un luminoso cielo de desierto y una bruma azulada de montañas en el horizonte. En vez de eso vio a Belinda Stevens de pie frente a uno de los lavabos, mirándose en el espejo mientras se arrancaba un granito de la frente.

—¡Dios mío! ¿Qué haces aquí? —preguntó la muchacha.

—Lo siento. Me he equivocado de puerta. Creía que era el desierto.

—¿Qué?

Pero Jake ya había soltado la puerta, dejando que se cerrase automáticamente sobre su resorte neumático. Pasó ante el surtidor de agua potable y abrió la puerta de CHICOS. Ésta era la buena, lo sabía, estaba seguro, ésta era la puerta que le permitiría regresar...

Tres urinarios impolutos resplandecían bajo las luces fluorescentes. Un grifo goteaba con solemnidad sobre una pileta. Eso era todo. Jake dejó que la puerta se cerrara. Siguió avanzando por el pasillo.

Sus tacones resonaban con firmes chasquidos sobre las baldosas. Al pasar ante la oficina, dirigió una rápida mirada a su interior y sólo vio a la señora Franks hablando por teléfono, haciendo girar a uno y otro lado su silla giratoria y jugueteando con un mechón de sus cabellos. La campanilla plateada reposaba a su lado sobre el escritorio. Jake esperó a que uno de sus giros la situara de espaldas a la puerta y cruzó apresuradamente. Al cabo de treinta segundos salía al brillante resplandor de una mañana de finales de mayo.

«Estoy haciendo novillos —pensó. Ni siquiera su confusión le impidió asombrarse de este acontecimiento inesperado—. Dentro de cinco minutos o así, cuando vea que no vuelvo de los aseos, la señorita Avery enviará a alguien a buscarme... y entonces se enterarán. Todos sabrán que me he fugado de la escuela, que estoy haciendo novillos.» Pensó en la carpeta que había dejado sobre el pupitre.

«Lo leerán y creerán que me he vuelto loco. Fou. Por supuesto que lo creerán. Porque es verdad.»

Entonces le habló otra voz. Le pareció que era la voz del hombre con ojos azul descolorido, el hombre que llevaba aquellos dos pistolones colgando muy bajos sobre las caderas. La voz era fría... pero no desprovista de consuelo.

«No, Jake —le decía Rolando—. No estás loco. Estás perdido y asustado, pero no loco, y no necesitas temer ni a tu sombra de la mañana, que avanza tras de ti, ni a tu sombra del atardecer, que se alza a tu encuentro. Necesitas encontrar el camino de vuelta a casa, eso es todo.»

—Pero ¿adónde voy? —susurró Jake. Se encontraba en la acera de la calle Cincuenta y seis entre Park y Madison, viendo pasar el tráfico a toda velocidad. Un autobús pasó ante él con un ronquido, esparciendo un fino reguero de acre humo azulado de gasoil—. ¿Adónde voy? ¿Dónde está la jodida puerta?

Pero la voz del pistolero había enmudecido.

Jake se volvió hacia la izquierda, en dirección al río East, y echó a andar a la ventura. No tenía ni idea de adónde se dirigía, ni la más remota idea. Únicamente le cabía esperar que sus pies lo condujeran al lugar adecuado..., tal como le habían conducido al lugar inadecuado no hacía mucho tiempo.

Había sucedido tres semanas atrás.

No se podía decir «todo empezó tres semanas atrás», porque eso daría la impresión de que había existido una especie de progresión gradual, y no era verdad. Había existido una progresión en las voces, en la violencia con que cada una de ellas insistía en su particular versión de la realidad, pero todo lo demás había sucedido de sopetón. Salió de casa a las ocho de la mañana para dirigirse a la escuela; cuando hacía buen tiempo siempre iba caminando, y aquel mes de mayo el tiempo era absolutamente perfecto. Su padre había salido antes para ir a La Cadena, su madre aún permanecía en la cama y la señora Greta Shaw estaba en la cocina, tomando café y leyendo el *New York Post*.

—Adiós, Greta —le dijo—. Me voy a la escuela.

Ella alzó una mano para despedirlo sin levantar la vista del periódico.

—Que tengas un buen día, Johnny.

Todo como de costumbre. Un día cualquiera en la vida.

Y así había seguido durante los mil quinientos segundos siguientes. A partir de ahí, todo había cambiado para siempre.

Caminaba despreocupadamente, la cartera en una mano y la bolsa del almuerzo en la otra, mirando los escaparates. A setecientos veinte segundos del final de su vida tal como siempre la había conocido, se detuvo para contemplar el escaparate de Brendio's, donde maniqués ataviados con abrigos de pieles y trajes de estilo eduardiano posaban en rígida actitud de conversación. Sólo pensaba en que aquella tarde, a la salida de la escuela, iría a jugar a bolos. Su promedio era de 158, magnífico para un niño de sólo once años. Su ambición consistía en llegar a jugar como profesional (y si su padre hubiese conocido este otro hechoide, también habría puesto el grito en el cielo).

Más cerca, cada vez más cerca del instante en que su cordura iba a quedar repentinamente eclipsada.

Cruzó la calle Treinta y nueve, y faltaban cuatrocientos segundos. Tuvo que esperar ante un semáforo en rojo en la Cuarenta y uno, y faltaban doscientos setenta. Se entretuvo mirando una tienda de chucherías en el cruce de la Quinta avenida y la calle Cuarenta y dos, y faltaban ciento noventa. Y entonces, cuando a su vida ordinaria apenas le quedaba poco más de tres minutos, Jake Chambers entró bajo el paraguas invisible de esa fuerza que Rolando denominaba *ka-tet*.

Empezó a embargarle una extraña e inquietante sensación. Al principio creyó que era la sensación de estar siendo observado, pero enseguida se dio cuenta de que no se trataba de eso en absoluto..., o no precisamente de eso. Sintió que ya había estado allí antes, que estaba reviviendo un sueño casi olvidado. Esperó a que esta sensación se desvaneciera, pero no sucedió así; se hizo más intensa, y empezó a mezclarse con otra sensación que de mala gana identificó como terror.

Algo más adelante, en la esquina más cercana —la de la Quinta avenida con la calle Cuarenta y tres—, un negro tocado con un sombrero de panamá estaba instalando un carretón de *pretzels* y refrescos.

«Es el que grita: "¡Oh, Dios mío, está muerto!"», pensó Jake.

Por la esquina más apartada se aproximaba una señora gorda cargada con una bolsa de Bloomingdale's.

«Dejará caer la bolsa. Dejará caer la bolsa y se llevará las manos a la cara y empezará a chillar. La bolsa se romperá. Dentro de la bolsa hay una muñeca. Está envuelta en una toalla roja. Esto lo veré desde la calzada. Estaré tendido en mitad de la calle, y lo veré mientras la sangre me empapa los pantalones y forma un charco a mi alrededor.»

Detrás de la gorda había un hombre alto vestido con un traje de estambre gris. El hombre llevaba un maletín.

«Es el que vomita encima de sus propios zapatos. Es el que suelta el maletín y vomita encima de sus zapatos. ¿Qué me está pasando?»

Mientras tanto, sus pies no dejaban de conducirlo ágilmente hacia la intersección, donde la gente cruzaba en una corriente rápida y constante. A sus espaldas, cada vez más cerca, había un

sacerdote asesino. Lo sabía, como sabía que dentro de unos instantes las manos del sacerdote se extenderían para empujar..., pero no podía volver la cabeza. Era como estar atrapado en una pesadilla en la que las cosas debían forzosamente seguir su curso.

Ya sólo faltaban cincuenta y tres segundos. Por delante suyo, el vendedor de *pretzels* estaba abriendo una ventanilla para servir en un lado del carretón.

«Va a sacar una botella de Yoo-Hoo —pensó Jake—. No una lata, sino una botella. La agitará y se la beberá de un trago.»

El vendedor de *pretzels* sacó una botella de Yoo-Hoo, la agitó vigorosamente y la destapó.

Faltaban cuarenta segundos.

«Ahora cambiará el semáforo.»

Se apagó la luz blanca de PASEN. La luz roja de NO PASEN empezó a lanzar rápidos destellos intermitentes. En algún lugar, a menos de media manzana de distancia, un gran Cadillac azul rodaba hacia el cruce de la Quinta con la calle Cuarenta y tres. Esto Jake lo sabía, como sabía que el conductor era un hombre obeso que llevaba un sombrero azul casi exactamente del mismo tono que el automóvil.

«¡Voy a morir!»

Quiso gritarlo a voz en cuello para que lo oyera la gente que pasaba por su lado sin prestarle atención, pero tenía las mandíbulas encajadas.

Sus pies lo arrastraban serenamente hacia la intersección. La señal de NO PASEN cesó de destellar y lanzó su advertencia en rojo constante. El vendedor de *pretzels* arrojó la botella de Yoo-Hoo vacía a la papelera de la esquina. La señora gorda se detuvo en la esquina, al otro lado de la calle, sosteniendo la bolsa de la compra. El hombre del traje de estambre estaba justo detrás de ella. Ya sólo faltaban dieciocho segundos.

«Ahora tiene que pasar el camión de juguetes», pensó Jake. Más abajo, un camión con la imagen de un títere risueño y las palabras *TOOKER'S JUGUETERÍA AL POR MAYOR* pintadas en los costados llegó a la intersección, bamboleándose sobre los baches. A sus espaldas, Jake lo sabía, el hombre de la túnica negra empezaba a moverse con rapidez, salvando la distancia, extendiendo sus largas manos. Y sin embargo, aun sabiéndolo, no podía volver la cabeza, como no se puede volver la cabeza en los sueños cuando algo espantoso se te acerca.

«¡Corre! ¡Y si no puedes correr, siéntate en el suelo y cógete a una señal de tráfico! ¡No dejes que suceda!»

Pero no podía hacer nada para impedir que ocurriera. Ante él, al borde de la acera, había una joven de falda blanca y blusa negra. A la izquierda de la mujer había un muchacho chicano con un radiocasete enorme. Una canción disco de Donna Summer estaba a punto de terminar. La siguiente, Jake lo sabía, iba a ser *Dr. Love*, de Kiss.

«Van a separarse.»

En el mismo instante en que le vino este pensamiento, la mujer dio un paso a la derecha. El chicano se apartó un paso a la izquierda, dejando un hueco entre ambos. Los traidores pies de Jake lo condujeron al hueco. Sólo nueve segundos.

Calle abajo, el resplandeciente sol de mayo le arrancó destellos al adorno de radiador de un Cadillac. Era, Jake lo sabía, un modelo De Ville de 1976. Seis segundos. El Cadillac aceleraba. El semáforo estaba a punto de cambiar, y el hombre que conducía el De Ville, el hombre obeso del sombrero azul con una airosa pluma en el ala, pretendía atravesar el cruce antes de que lo hiciera. Tres segundos. Detrás de Jake, el hombre de negro se lanzó hacia delante. En el radiocasete del joven terminó *Love to Love You, Baby* y empezó *Dr. Love*.

Dos.

El Cadillac cambió de carril para situarse en el más cercano a la acera de Jake y avanzó hacia el cruce con un rugido de su motor asesino.

Uno.

Se le cortó la respiración.

Cero.

—¡Ah! —gritó Jake cuando las manos se posaron con firmeza sobre su espalda para

empujarlo, para empujarlo a la calzada, para empujarlo fuera de esta vida...

Salvo que no le tocó ninguna mano.

Aun así se abalanzó hacia delante, agitando los brazos en el aire, la boca dibujando una oscura O de consternación. El muchacho chicano del radiocasete sujetó a Jake por el codo y tiró de él hacia atrás.

—Con cuidado, héroe —le advirtió—. Te van a hacer picadillo. El Cadillac pasó volando ante él. Jake alcanzó a vislumbrar al hombre obeso del sombrero azul mirando por el parabrisas, y al instante lo perdió de vista.

Entonces fue cuando ocurrió. Entonces fue cuando se partió por la mitad y se convirtió en dos muchachos. Uno moría tirado en la calle. El otro estaba parado en la esquina y contemplaba con atónito y estupefacto desconcierto cómo el NO PASEN se transformaba de nuevo en PASEN y la gente que lo rodeaba empezaba a cruzar la calle como si nada hubiera ocurrido..., y realmente nada había ocurrido.

«¡Estoy vivo!», se regocijó la mitad de su mente, lanzando alaridos de alivio.

«¡Muerto! —gritó la otra mitad—. ¡Muerto en la calle! Están viniendo todos hacia mí y el hombre de negro que me ha empujado dice: "Soy sacerdote; déjenme pasar."»

Oleadas de vértigo se precipitaron a través de él y convirtieron sus pensamientos en hinchada seda de paracaídas. Vio venir a la señora gorda y, cuando pasó junto a él, le echó una mirada a la bolsa. Vio los brillantes ojos azules de una muñeca que atisbaban sobre el borde de una toalla roja, como sabía que vería. La señora pasó de largo y desapareció. El vendedor de *pretzels* no gritaba «¡Dios mío, lo han matado!»; seguía preparándose para la jornada mientras silbaba la canción de Donna Summer que poco antes había sonado en el radiocasete del chicano.

Jake se giró en redondo, buscando ansiosamente al sacerdote que no era un sacerdote. No estaba.

Jake lanzó un gemido.

«¡Corta el rollo! ¿Se puede saber qué te pasa?»

No lo sabía. Sólo sabía que en aquel preciso instante tendría que estar tendido en la calzada, disponiéndose a morir mientras la señora gorda chillaba, el tipo del traje de estambre gris vomitaba y el hombre de negro se abría paso entre el gentío.

Y en una parte de su mente, eso era lo que parecía estar sucediendo. La sensación de desmayo empezó a dejarse sentir de nuevo. Jake soltó de pronto la bolsa del almuerzo y se abofeteó la cara tan fuerte como pudo. Una mujer que iba a trabajar lo miró de una manera extraña. Jake no le prestó atención. Dejó el almuerzo caído en la acera y se zambulló hacia el cruce, sin prestar tampoco atención a la luz roja de NO PASEN que otra vez volvía a encenderse tartamudeante. Ahora ya no importaba. La muerte se había aproximado... y había pasado de largo sin dedicarle una segunda mirada. No habría debido suceder así, y en el nivel más profundo de su existencia Jake era consciente de ello, pero así había sido.

Quizás ahora viviría eternamente.

La idea le dio ganas de ponerse a gritar de nuevo.

6

Cuando llegó a la escuela, la cabeza ya se le había aclarado un poco y su mente había empezado a trabajar en el intento de convencerlo de que no andaba mal, en absoluto, de veras. Quizá sí que había ocurrido algo un poco extraño, una especie de destello psíquico, un vislumbre fugaz de algún futuro posible, pero ¿y qué? No había para tanto, ¿verdad? La cosa tenía incluso su aspecto atractivo, era el tipo de historia que siempre estaban publicando esas revistas de supermercado que a Greta Shaw le gustaba leer cuando tenía la seguridad de que la madre de Jake no andaba por las inmediaciones, revistas como el *National Enquirer* e *Inside View*. Excepto, claro está, que en esas revistas el destello psíquico siempre era una especie de ataque nuclear táctico: una mujer que soñaba con un accidente de aviación y cambiaba de vuelo, o un tipo que soñaba que tenían prisionero a su hermano en una fábrica de galletitas chinas de la suerte y resultaba ser verdad. Cuando el destello psíquico consistía en saber que iban a tocar una canción de Kiss por la radio, que una señora gorda llevaba en su bolsa de Bloomingdale's una muñeca envuelta en una toalla roja y que un vendedor de *pretzels* iba a beberse una botella de Yoo-Hoo y no una lata, ¿qué importancia podía tener?

«Olvídalo —se aconsejó—. Ya se ha acabado.»

Una gran idea, sólo que la tercera clase no había acabado sino que apenas estaba empezando. Estaba en introducción al álgebra, viendo al señor Knopf resolver ecuaciones sencillas en la pizarra, cuando advirtió con creciente horror que en su mente surgía a la luz un juego de recuerdos completamente nuevo. Era como ver flotar lentamente objetos extraños hacia la superficie de un lago cenagoso.

«Estoy en un sitio que no conozco —pensó—. Quiero decir que lo conoceré, o que lo habría conocido si el Cadillac me hubiese atropellado. Es la estación de paso, pero la parte de mí que está allí todavía no lo sabe. Esa parte sólo sabe que está en algún lugar del desierto y que no hay nadie. He estado llorando, porque tengo miedo. Tengo miedo de que esto sea el infierno.»

Hacia las tres, cuando llegó a la bolera, sabía que ya había encontrado la bomba de agua en las cuadras y había bebido un poco. El agua estaba muy fría y tenía un intenso sabor a minerales. No tardaría en entrar en el edificio, donde encontraría una pequeña reserva de carne seca en una habitación que antaño había sido una cocina. Lo sabía con tan plena y absoluta certidumbre como había sabido que el vendedor de *pretzels* elegiría una botella de Yoo-Hoo y que la muñeca que asomaba de la bolsa de Bloomingdale's tenía los ojos azules.

Era como ser capaz de recordar hacia delante en el tiempo. Sólo derribó dos grupos; el primero de 96 puntos, el segundo de 87. Cuando depositó su hoja en el mostrador, Timmy la examinó y meneó la cabeza.

—Hoy tienes un mal día, campeón —comentó.

—Si tú supieras... —respondió Jake.

Timmy lo miró con mayor atención.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.

—Me parece que me está rondando la gripe. —No tuvo la impresión de estar diciendo una mentira. Seguro como el infierno que estaba rondándole algo.

—Vete a casa y acuéstate —le recomendó Timmy—. Y bebe mucho líquido transparente: ginebra, vodka, cosas así.

Jake sonrió cumplidamente.

—Quizá lo haga.

Regresó a casa andando poco a poco. Toda Nueva York se extendía a su alrededor. Nueva York en su aspecto más seductor: una crepuscular serenata callejera con un músico en cada esquina, todos los árboles en flor y todo el mundo con aspecto de buen humor. Jake veía todo esto, pero veía también lo que había detrás: se vio a sí mismo acurrucado en un rincón oscuro de la cocina mientras el hombre de negro bebía directamente de la bomba como un perro sonriente, se vio sollozar de alivio cuando aquel hombre —si lo era— reanudó su camino sin descubrirlo, se vio caer profundamente dormido mientras se ponía el sol y empezaban a refulgir las estrellas como astillas de hielo en el áspero firmamento morado del desierto. Abrió el apartamento dúplex

con su llave y se dirigió a la cocina en busca de algo que comer. No tenía hambre, pero era una costumbre. Avanzaba hacia el frigorífico cuando posó casualmente la mirada en la puerta de la despensa y se detuvo en seco. Comprendió de repente que la estación de paso —y todo el resto de aquel otro mundo desconocido al que ahora pertenecía— estaba detrás de esa puerta. Sólo tenía que cruzarla y se reuniría con el Jake que ya existía allí. Terminaría la extraña doblez de su mente; las voces, que discutían sin cesar la cuestión de si estaba muerto o no desde las 8.25 de esa mañana, quedarían en silencio. Jake empujó la puerta de la despensa con las dos manos, esbozando ya una jubilosa sonrisa de alivio..., y quedó paralizado por el chillido de la señora Shaw, que estaba encaramada sobre un taburete al fondo de la despensa. El bote de tomate en conserva que acababa de coger se le escapó de la mano y cayó al suelo. La señora Shaw se tambaleó en el taburete, y Jake tuvo que apresurarse para sostenerla antes de que siguiera el camino del tomate en conserva.

—¡Moisés en la zarza ardiente! —boqueó, llevándose apresuradamente una mano a la pechera de la bata—. ¡Me has dado un susto de muerte, Johnny!

—Lo siento —respondió él. Y era verdad que lo sentía, pero también sufría una amarga decepción. Después de todo, sólo era la puerta de la despensa. Había estado tan seguro...

—Además, ¿qué haces merodeando por aquí a estas horas? ¡Hoy es tu día de bolos! No te esperaba hasta dentro de una hora, por lo menos. Ni siquiera te he preparado nada de comer, así que no me lo pidas.

—Está bien. Tampoco tengo mucho apetito. —Se agachó y recogió el bote que ella había dejado caer.

—Pues nadie lo diría, de la manera que has entrado aquí —rezongó la señora Shaw.

—Me pareció oír un ratón o algo así. Supongo que sería usted.

—Supongo que sí. —Bajó del taburete y cogió el bote de tomate de manos de Jake—. Me parece que te está rondando una gripe o algo, Johnny. —Le puso la mano en la frente—. No tienes fiebre, pero eso a veces no quiere decir nada.

—Creo que es sólo cansancio —dijo Jake, y pensó: «Ojalá sólo fuera eso»—. Voy a coger un refresco y me quedaré un rato mirando la tele. La señora Shaw soltó un gruñido.

—¿Tienes algún trabajo de la escuela para enseñarme? Si tienes alguno, enséñame lo enseguida porque llevo la cena atrasada.

—Hoy no tengo nada —respondió. Salió de la despensa, cogió una botella de soda y pasó a la sala de estar. Conectó «The Hollywood Squares» y se puso a mirar el programa y seguían saliendo a la superficie nuevos distraídamente mientras las voces discutían recuerdos de aquel mundo polvoriento.

Su padre y su madre no se percataron de que le pasara nada extraño —su padre no llegó a casa hasta las nueve y media— y eso a Jake le pareció bien. Se acostó a las diez y permaneció tendido a oscuras, escuchando la ciudad que se extendía al otro lado de la ventana: frenos, bocinazos, lamentos de las sirenas.

«Te moriste.»

«No es verdad. Estoy aquí, a salvo en mi propia cama.»

«Eso no importa. Te moriste, y tú lo sabes.»

Lo peor de todo era que sabía las dos cosas.

«No sé cuál de las voces dice la verdad, pero sé que no puedo seguir soportándolo. Así que dejadlo estar, las dos. Parad de discutir y dejadme en paz. ¿De acuerdo? Por favor.»

Pero las voces no querían. Por lo visto, no podían. Y a Jake se le ocurrió que debía levantarse de la cama —en aquel mismo instante y abrir la puerta del baño. El otro mundo estaría allí. La estación de paso estaría allí y el resto de él también estaría allí, acurrucado en el establo bajo una vieja manta, intentando dormir y preguntándose qué diablos le había ocurrido.

«Yo puedo decírselo —pensó Jake, entusiasmado. Echó a un lado el cobertor, sabiendo de súbito que aquella puerta que había junto a la estantería ya no conducía al cuarto de baño sino a un mundo que olía a calor, a salvia y a miedo en un puñado de polvo, un mundo que ahora yacía bajo el ala oscura de la noche—. Puedo decírselo, pero no hará falta... porque estaré EN él... ¡SERÉ él!»

Cruzó el penumbroso dormitorio a la carrera, casi riendo de alivio, y abrió la puerta de un empujón. Y...

Y era su cuarto de baño. Únicamente su cuarto de baño, con el póster de Marvin Gaye enmarcado en la pared y la silueta de la persiana tendida sobre las baldosas del suelo en una sucesión de franjas de luz y sombra.

Se quedó un buen rato parado en la puerta, intentando tragarse la decepción. Pero no se iba. Y era amarga.

Amarga.

8

Las tres semanas transcurridas entre entonces y ahora se extendían en la memoria de Jake como un territorio hosco y desolado, un erial de pesadilla en el que no había conocido paz, ni descanso, ni una tregua en su dolor. Había contemplado, como un prisionero desvalido que contempla el saqueo de la ciudad donde antes gobernaba, el desmoronamiento de su mente bajo la siempre creciente presión de los recuerdos y las voces fantasmas. Había abrigado la esperanza de que los recuerdos se detuvieran cuando llegaran al punto en que el hombre llamado Rolando le había dejado caer en el abismo subterráneo, pero no fue así. Lo que hicieron fue reciclarse y empezar a presentarse otra vez desde el principio, como una cinta dispuesta de manera que se repita y siga repitiéndose hasta que se rompa o venga alguien y la pare.

La percepción que tenía de su vida más o menos real como un muchacho que habitaba en Nueva York fue haciéndose más fragmentaria a medida que el terrible cisma se volvía cada vez más hondo. Recordaba haber ido a la escuela, al cine el fin de semana, y a comer con sus padres el domingo de la semana anterior (¿o hacía ya dos semanas?), pero todas estas cosas las recordaba como un hombre que ha padecido malaria puede recordar las fases más profundas y oscuras de su enfermedad: las personas se convertían en sombras, las voces resonaban y se fundían unas con otras, y hasta un acto tan sencillo como comerse un sándwich o sacar una Coca-Cola de la máquina del gimnasio se convertía en una lucha. Jake cruzó esos días a empujones, en una fuga de voces aullantes y recuerdos dobles. Su obsesión por la puertas —por toda clase de puertas— fue en aumento; su esperanza de que el mundo del pistolero pudiera hallarse tras una de ellas nunca llegó a morir del todo. Pero tampoco era de extrañar puesto que no le quedaba otra esperanza.

Sin embargo aquel día el juego había terminado. En realidad nunca había tenido la menor posibilidad de ganar. Se rindió. Hizo novillos. Jake anduvo a ciegas hacia el este por el entramado de calles, la cabeza gacha, sin tener ni idea de adónde iba ni de lo que haría cuando llegara.

Hacia las nueve empezó a emerger de su desdichado aturdimiento y a fijarse un poco en lo que le rodeaba. Estaba en la esquina de la avenida Lexington con la calle Cincuenta y cuatro, sin acordarse en absoluto de cómo había llegado hasta allí. Advirtió por primera vez que la mañana era hermosísima. El 7 de mayo, el día en que había empezado esta locura, hizo buen día, pero éste era diez veces mejor; un día, tal vez, en que la primavera mira en torno y ve al verano cerca de ella, fuerte y apuesto y con una sonrisa presumida en su rostro atezado. El sol relucía vivamente en los muros de cristal de los edificios del centro; la sombra de cada peatón era nítida y negra. Arriba, el cielo era de un azul transparente e inmaculado, punteado aquí y allí por rollizas nubes de buen tiempo.

Calle abajo, dos hombres de negocios vestidos con sendos trajes caros y bien cortados se habían detenido junto a la valla de unas obras. Estaban riéndose y se pasaban algo del uno al otro. Jake se dirigió hacia ellos, con curiosidad, y al acercarse vio que los dos hombres de negocios estaban jugando a tres en raya sobre el tablero de la valla, utilizando un lujoso rotulador Mark Cross para trazar las cuadrículas y marcar las X y las O. A Jake le pareció una pasada. Cuando llegó a su altura, uno de los hombres dibujó una O en la esquina superior derecha de la cuadrícula, y a continuación trazó una diagonal de extremo a extremo.

—¡Ya me has vuelto a ganar! —exclamó su amigo. Luego, el mismo individuo, que parecía un importante ejecutivo, un abogado o un corredor de bolsa de altos vuelos, cogió el rotulador Mark Cross y dibujó otra cuadrícula.

El primer hombre de negocios, el ganador, desvió la mirada hacia la izquierda y vio a Jake. Le sonrió.

—Un día espléndido, ¿eh, chaval?

—¡Ya lo creo! —asintió Jake, regocijándose al descubrir que lo decía completamente en serio.

—Demasiado bonito para pasarlo en la escuela, ¿eh?

Esta vez Jake incluso se rió. La Piper School, donde había Pausas en lugar de almuerzo y donde a veces se salía un momento pero nunca se iba a cagar, de pronto se le antojó un lugar muy remoto e insignificante.

—Usted lo ha dicho.

—¿Quieres echar una partidita? Billy nunca pudo ganarme cuando estábamos en quinto grado, y ahora sigue sin poder hacerlo.

—Deja al chico en paz —intervino el segundo hombre de negocios, con el Mark Cross en la mano—. Esta vez te liquido.

Le guiñó un ojo a Jake, y Jake se sorprendió a sí mismo al devolverle el guiño. Siguió andando, dejando a los hombres con su juego. Iba en aumento la sensación de que iba a ocurrir algo completamente maravilloso —de que quizás ya había empezado a ocurrir—, y le parecía que sus pies ya no tocaban la acera.

En la intersección se encendió la luz de PASEN y Jake empezó a cruzar la avenida Lexington. Se detuvo en mitad de la calle tan bruscamente que un mensajero estuvo a punto de atropellarlo con su bicicleta de diez velocidades. Era un hermoso día de primavera; concedido. Pero no era éste el motivo de que se sintiera tan bien, tan repentinamente consciente de todo lo que pasaba a su alrededor, tan seguro de que iba a ocurrir algo grande.

Las voces habían callado.

No habían callado para siempre —eso lo sabía de algún modo—, pero de momento habían callado. ¿Por qué?

De pronto Jake se imaginó a dos hombres discutiendo en una habitación. Están sentados ante una mesa, frente a frente, atacándose con creciente encono. Al poco rato empiezan a inclinarse el uno hacia el otro, adelantando belicosamente la cara, bañándose mutuamente con un fino rocío de colérica saliva. No tardarán en llegar a las manos. Pero antes de que eso suceda, oyen un ruido sordo y regular —el batir de un bombo— y luego un airoso floreo de instrumentos de viento. Los dos hombres paran de discutir y se miran intrigados.

«¿Qué es eso?», pregunta uno.

«No sé —contesta el otro—. Parece un desfile.»

Se precipitan a la ventana, y en efecto es un desfile. Una banda uniformada avanza marcando el paso, con destellos de sol en las cornetas, guapas majorettes que hacen girar sus bastones y agitan sus piernas largas y bronceadas, automóviles descubiertos repletos de flores y cargados de celebridades que saludan a la gente.

Los dos hombres se quedan mirando por la ventana, olvidada su querella. Sin duda volverán a reanudarla, pero por ahora están juntos como grandes amigos, codo con codo, viendo pasar el desfile...

10

Sonó un bocinazo que arrancó a Jake de esta historia, tan vívida como un sueño poderoso. Se dio cuenta de que seguía parado en mitad de la avenida, y el semáforo había cambiado. Volvió frenéticamente la cabeza, esperando ver el Cadillac azul lanzado hacia él, pero el tipo que había tocado la bocina estaba sentado al volante de un Mustang descapotable de color amarillo y le dirigía una sonrisa. Era como si aquel día todos los habitantes de Nueva York hubieran aspirado una bocanada de gas de la felicidad.

Jake saludó al hombre con un ademán y echó a correr hacia la acera de enfrente. El tipo del Mustang hizo girar el índice sobre la sien para indicar que Jake estaba chiflado, le devolvió el saludo y se puso en marcha.

Por unos instantes Jake se quedó parado en la esquina, con el rostro alzado hacia el sol de mayo, sonriendo, gozando del día. Suponía que los presos condenados a morir en la silla eléctrica debían de sentirse así cuando les anunciaban un aplazamiento de la pena.

Las voces seguían calladas.

La cuestión era: ¿cuál era el desfile que había distraído temporalmente su atención? ¿Era simplemente la belleza excepcional de aquella mañana de primavera?

Jake no creía que fuera sólo eso. No lo creía porque aquella sensación de saber se arrastraba de nuevo sobre él y se infiltraba en él, aquella sensación se había apoderado de él tres semanas antes, cuando se acercaba al cruce de la Quinta y la Cuarenta y seis. Pero el 7 de mayo la sensación era de catástrofe inminente. Hoy era una sensación radiante, una impresión de bondad y expectación. Era como si... como si...

«Blanco.» Ésta fue la palabra que le vino a la cabeza y resonó en su mente con clara e indiscutible propiedad.

—¡Es el Blanco! —exclamó en voz alta—. ¡La venida del Blanco! Echó a andar por la calle Cincuenta y cuatro, y cuando llegó a la esquina de la Segunda y la Cincuenta y cuatro entró una vez más bajo el paraguas del *ka-tet*.

11

Giró a la derecha, se detuvo, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos hasta la esquina. Ahora tenía que bajar por la Segunda avenida, sí, eso era indiscutiblemente correcto, pero no estaba en la acera adecuada. Cuando cambió el semáforo, se apresuró a cruzar la calle y giró de nuevo a la derecha. Aquella impresión, aquella sensación de

(«Blancura»)

armonía era cada vez más fuerte. Se sintió medio loco de alegría y alivio. Todo se arreglaría. Esta vez no había ningún error. Estaba seguro de que pronto empezaría a ver gente a la que reconocería, como había reconocido a la señora gorda y al vendedor de *pretzels*, y que harían cosas que él recordaría por anticipado.

En vez de eso, llegó a la librería.

EL RESTAURANTE DE LA MENTE , rezaba el rótulo pintado en el escaparate. Jake se acercó a la puerta, donde había una pizarra colgada semejante a las que se veían en las paredes de restaurantes y casas de comidas.

MENÚ DEL DÍA

¡De Florida! John D. MacDonald a la parrilla

En tela, 3 por 2,50 dólares

En rústica, 9 por 5,00 dólares

¡De Mississippi! William Faulkner salteado

En tela al precio marcado

En rústica ediciones antiguas a 75 centavos

¡De California! Raymond Chandler hervido

En tela al precio marcado

En rústica, 7 por 5,00 dólares

ALIMENTO SU NECESIDAD DE LEER

Jake entró, a sabiendas de que por primera vez en tres semanas había abierto una puerta sin tener la loca esperanza de encontrar un mundo distinto al otro lado. Una campanilla tintineó sobre su cabeza. Le asaltó el olor suave y picante de los libros viejos, y en cierto modo ese olor fue como llegar a casa.

La analogía con un restaurante se mantenía en el interior. Aunque las paredes estaban recubiertas con estantes llenos de libros, una especie de mostrador partía en dos el local. Del lado de Jake había unas cuantas mesitas con sillas Malt Shoppe de respaldo metálico.

Cada una de las mesas estaba preparada con los platos del día: novelas de Travis McGee, por John D. MacDonald; novelas de Philip Marlowe, por Raymond Chandler; novelas de Snopes, por William Faulkner. En la mesa de Faulkner, un letrero pequeño anunciaba: «Tenemos disponibles algunas primeras ediciones; sírvase preguntar.» Otro letrero, éste en el mostrador, decía sencillamente: ¡LEA! Era justamente lo que estaban haciendo un par de clientes. Tomaban café y leían, sentados ante el mostrador. Jake pensó que ésta era sin lugar a dudas la mejor librería que había visto.

La cuestión era: ¿por qué estaba allí? ¿Era por azar o tenía algo que ver con aquella suave e insistente sensación de estar siguiendo una pista —una especie de haz de fuerzas— que habían dejado para que él la encontrara?

Miró de soslayo los libros expuestos sobre una mesita a su izquierda y supo la respuesta.

Eran libros infantiles. En la mesa no había mucho sitio, de modo que sólo eran una docena, más o menos: *Alicia en el País de las Maravillas*, *El hobbit*, *Tom Sawyer*, cosas así. A Jake le llamó la atención un libro de cuentos obviamente dirigido a niños muy pequeños. En la portada, de un verde brillante, se veía una locomotora antropomorfa resoplando cuesta arriba. Su guardarraíles (que era de un rosa vivo) exhibía una alegre sonrisa, y el faro delantero era un ojo jovial que parecía invitar a Jake a pasar al interior y leer toda la historia. *Charlie el Chu-Chú*, proclamaba el título, relato e ilustraciones por Beryl Evans. La mente de Jake regresó de un salto a su Redacción Final, con la foto del tren Amtrak en la primera página y las palabras *chu-chú* escritas una y otra vez en el interior.

Se apoderó del libro y lo sujetó con fuerza, como si pudiera echarse a volar si aflojaba su presa. Y al contemplar la portada, Jake descubrió que no se fiaba de la sonrisa de Charlie el Chu-Chú. «Pareces contento, pero creo que ésa es sólo la máscara que te pones —pensó—. No creo que estés nada contento. Y tampoco creo que realmente te llames Charlie.»

Eran pensamientos locos, indudablemente locos, pero no daban la sensación de ser locos. Daban la sensación de ser atinados. Daban la sensación de ser ciertos.

Justo al lado del lugar donde había estado *Charlie el Chu-Chú*, vio un maltratado volumen en rústica. La cubierta estaba rasgada y alguien la había arreglado con cinta adhesiva, ahora amarillenta por el paso del tiempo. La ilustración de la portada representaba a un chico y una chica con expresión intrigada y un bosque de signos de interrogación sobre sus cabezas. El libro se titulaba: *¡Adivina, adivinanza! Enigmas y acertijos para todas las edades*. No se hacía constar el nombre del autor.

Jake se guardó *Charlie el Chu-Chú* debajo del brazo y cogió el libro de adivinanzas. Lo abrió al azar y leyó esto:

«¿Cuándo una puerta no es una puerta?»

—Cuando es una jarra —farfulló Jake. Notó que le brotaban gotas de sudor en la frente, los brazos, por todo el cuerpo—. ¡Cuando es una jarra!

—¿Has encontrado alguna cosa, hijo? —inquirió una voz comedida.

Jake se volvió y vio a un tipo grueso enfundado en una camisa blanca de cuello abierto que lo miraba desde el otro extremo del mostrador. Tenía las manos metidas en los bolsillos de unos viejos pantalones de gabardina. Unas gafas para leer de cerca reposaban sobre la brillante cúpula de su calva.

—Sí —respondió Jake febrilmente—. Estos dos. ¿Están en venta?

—Todo lo que ves aquí está en venta —dijo el gordo—. Hasta el edificio estaría en venta si fuera mío. Pero por desgracia sólo lo tengo alquilado.

Extendió la mano hacia los libros, y Jake tuvo un momento de vacilación. Luego, de mala gana, se los entregó. Una parte de él temía que el tipo gordo huyera con ellos, y si lo hacía —si daba la menor señal de intentarlo—, Jake pensaba lanzarse hacia sus pies, derribarlo, arrancarle los libros de las manos y salir zumbando. Necesitaba aquellos libros.

—Muy bien. Vamos a ver qué tenemos aquí —dijo el gordo—. A propósito, me llamo Torre. Calvin Torre. —Le ofreció la mano.

Jake abrió mucho los ojos y retrocedió un paso sin darse cuenta.

—¿Cómo?

El gordo lo contempló con cierto interés.

—Calvin Torre. ¿Cuál de estas palabras es soez en tu idioma, Oh Vagabundo Hibóreo?

—¿Qué?

—Quiero decir que parece que alguien te haya dado un buen susto, muchacho.

—Ah. Lo siento. —Estrechó la mano grande y suave del señor Torre, deseando que cambiara de tema. La verdad era que el nombre le había dado un escalofrío, pero no sabía por qué—. Yo me llamo Jake Chambers.

Calvin Torre le sacudió la mano.

—Buen nombre, colega. Suena como el del héroe solitario de una novela del Oeste; el tipo

que se presenta en Black Fork, Arizona, limpia la ciudad y sigue su camino. Algo de Wayne D. Overholser, quizá. Salvo que tú no pareces un solitario, Jake. Pareces alguien que ha llegado a la conclusión de que hace un día demasiado hermoso para pasarlo en la escuela.

—Oh, no. Terminamos el viernes pasado.

Torre sonrió.

—Sí, claro. Naturalmente. Y ahora te has encaprichado de estos dos libros, ¿eh? Es curioso, las cosas de que se encapricha la gente. Tú mismo, por ejemplo: te había tomado por un seguidor de Robert Howard en busca de una de aquellas bonitas ediciones antiguas de Donald M. Grant, las que llevaban ilustraciones de Roy Krenkel. Espadas ensangrentadas, músculos poderosos y Conan el Bárbaro abriéndose paso a mandobles por entre las hordas estigias.

—Eso suena muy bien, de verdad. Estos libros son para..., ah, para mi hermano pequeño. La semana que viene va a ser su cumpleaños. Calvin Torre utilizó el pulgar para bajarse las gafas hasta el puente de la nariz y examinó a Jake con más detenimiento.

—¿En serio? A mí me pareces un hijo único. Un hijo único si he visto a alguno en mí vida, disfrutando de una escapada mientras la señorita Mayo envuelta en su vestido verde tiembla en los límites de la nemorosa cañada de junio.

—¿Cómo ha dicho?

—Da lo mismo. La primavera siempre me pone de un humor a lo William Cowper. La gente es rara pero interesante, Tex. ¿Estoy en lo cierto?

—Supongo que sí —respondió Jake con cautela. Aún no había decidido si aquel curioso hombretón le gustaba o no.

Uno de los lectores del mostrador giró sobre su taburete. Tenía una taza de café en una mano y un manoseado ejemplar de *La peste* en la otra.

—Deja de meterte con el chico y véndele esos libros, Cal —le urgió—. Si te das prisa, podemos terminar la partida de ajedrez antes de que se acabe el mundo.

—La prisa es la antítesis de mi naturaleza —replicó Cal, pero abrió *Charlie el Chu-Chú* y consultó el precio escrito a lápiz en la guarda—. Un libro bastante corriente, pero este ejemplar se encuentra en un estado desusadamente bueno. Los niños suelen hacer trizas los libros que les gustan. Debería pedir doce dólares por él...

—Maldito ladrón —gruñó el hombre que leía *La peste*, y el otro lector se echó a reír. Calvin Torre no les hizo ningún caso.

—... pero no soy capaz de cobrarte esa suma en un día como hoy. Siete pavos y es tuyo. Más impuestos, naturalmente. El libro de adivinanzas puedes llevártelo gratis. Considéralo mi regalo para un muchacho lo bastante listo como para ensillar y largarse hacia los territorios en el último auténtico día de primavera.

Jake sacó la cartera y la abrió con nerviosismo, temeroso de haber salido de casa con sólo tres o cuatro dólares. Pero estaba de suerte. Llevaba un billete de cinco dólares y tres de uno. Le tendió el dinero a Torre, que plegó los billetes y se los guardó despreocupadamente en un bolsillo antes de sacar el cambio del otro.

—No corras tanto, Jake. Ahora que estás aquí, acércate al mostrador y sírvete una taza de café. Tus ojos contemplarán con asombro cómo hago añicos la fosilizada defensa Kiev de Aaron Deepneau.

—Eso querrías tú —señaló el hombre que leía *La peste*; Aaron Deepneau, seguramente.

—Me gustaría, pero no puedo. Yo... Tengo que ir a un sitio.

—Muy bien. Siempre que no sea a la escuela.

Jake esbozó una sonrisa.

—No, a la escuela no. Por ahí acecha la locura.

Torre se rió con ganas y volvió a subirse las gafas a lo alto del cráneo.

—¡No está mal! ¡No está nada mal! Quizá la joven generación no acabe yéndose al infierno. ¿Tú qué opinas, Aaron?

—Seguro que van de cabeza al infierno —respondió Aaron—. Este chico sólo es la excepción que confirma la regla. A lo mejor.

—No le hagas caso a este viejo cínico —le aconsejó Calvin Torre—. Sigue tu camino, oh Vagabundo Hibóreo. Ojalá volviera a tener diez u once años, con un día como éste por delante de mí.

—Gracias por los libros —dijo Jake.

—No se merecen. Para eso estamos aquí. Vuelve algún día.

—Me gustaría.

—Bien, ya sabes dónde estamos.

«Sí —pensó Jake—. Y ojalá supiera dónde estoy yo.»

Se detuvo justo ante la puerta de la tienda y abrió de nuevo el libro de adivinanzas, esta vez por la primera página, donde había una breve introducción sin firma.

«Las adivinanzas son seguramente el más antiguo de todos los juegos que aún se siguen practicando en nuestros días —comenzaba—. Los dioses y diosas de la mitología griega se desafiaban con adivinanzas, y en la antigua Roma se las utilizaba como instrumentos de enseñanza. La Biblia contiene algunas buenas adivinanzas. Una de las más conocidas es la que propuso Sansón el día en que se casó con Dalila:

*De lo que comía se hizo carne,
y de lo fuerte se hizo dulzura.*

»Sansón planteó esta adivinanza a diversos jóvenes que asistían a su boda, en la seguridad de que no lograrían dar con la solución. Pero los jóvenes se llevaron aparte a Dalila, y ella les reveló la respuesta. Sansón montó en cólera e hizo que los jóvenes fueran condenados a muerte por tramposos. Como puede verse, en tiempos antiguos las adivinanzas se tomaban mucho más en serio que en la actualidad.

»A propósito: la respuesta a la adivinanza de Sansón, como a todas las demás, puede hallarse al final del libro en la sección de soluciones. Sólo le pedimos que dé una oportunidad justa a cada enigma antes de consultar la respuesta.»

Jake buscó el final del libro, aunque ya sospechaba lo que encontraría. Detrás de la página en que figuraba la palabra SOLUCIONES, no había más que unos pocos fragmentos rasgados y la contraportada. Alguien había arrancado todas las soluciones.

Permaneció unos instantes inmóvil, pensando. Luego, siguiendo un impulso que no daba en absoluto la sensación de ser un impulso, volvió a entrar en el Restaurante de la Mente.

Calvin Torre alzó la mirada del tablero de ajedrez.

—¿Has cambiado de opinión respecto a esa taza de café, oh Vagabundo Hibóreo?

—No. Quería preguntarle si conoce la respuesta a una adivinanza.

—Dispara —le invitó Torre, y adelantó un peón.

—La propuso Sansón. El forzudo de la Biblia, ¿sabe? Dice así...

—De lo que comía se hizo carne —intervino Aaron Deepneau, haciendo girar otra vez el taburete para mirar a Jake—, y de lo fuerte se hizo dulzura. ¿Te refieres a ésta?

—Sí, es ésa —respondió Jake—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Bueno, ya llevo algún tiempo en circulación. Escucha esto. —Echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar con voz potente y melodiosa:

Sansón y un león se trabaron en combate

y Sansón se montó en el lomo del león.

Sabéis que los leones matan hombres con sus garras,

pero Sansón le aferró las mandíbulas con sus manos

y cabalgó aquel león hasta que la bestia cayó muerta,

y las abejas hicieron miel en la cabeza del león.

Aaron hizo un guiño y se echó a reír al ver la expresión sorprendida de Jake.

—¿Responde eso a tu pregunta, amigo?

Jake estaba boquiabierto.

—¡Caramba, qué canción más bonita! ¿Dónde la ha aprendido?

—Oh, Aaron se las sabe todas —intervino Torre—. Ya rondaba por la calle Bleecker mucho antes de que Bob Dylan supiera sacarle algo más que un simple sol a su Hohner. Al menos, eso dice él.

—Es un viejo canto espiritual —le explicó Aaron a Jake, y se volvió hacia Torre—. A propósito, gordito, estás en jaque.

—No por mucho tiempo —replicó Torre, y desplazó un alfil. Aaron se lo comió sin pérdida de tiempo. Torre masculló algo entre dientes. A Jake le sonó sospechosamente parecido a «hijoputa».

—O sea que la respuesta es un león —dijo Jake.

Aaron sacudió la cabeza.

—Eso sólo es la mitad de la respuesta. La adivinanza de Sansón es doble, amigo mío. La otra mitad de la respuesta es la miel. ¿Lo captas?

—Sí, creo que sí.

—Muy bien. Ahora prueba con ésta.— Aaron cerró los ojos durante unos instantes y recitó:

¿Qué puede correr pero nunca anda,

tiene boca pero nunca habla,

tiene lecho pero nunca duerme,

tiene cabecera pero no cabeza?

—Sabelotodo —gruñó Torre, dirigiéndose a Aaron.

Jake reflexionó un rato y al fin meneó la cabeza. Habría podido seguir pensandoselo —este asunto de las adivinanzas le parecía fascinante y encantador—, pero tenía la intensa sensación de que debía seguir su camino, que aquella mañana tenía otros asuntos que atender en la Segunda avenida.

—Me rindo.

—No, de ninguna manera —protestó Aaron—. Eso es lo que se hace con las adivinanzas modernas. Pero una auténtica adivinanza no es sólo un juego, chico; es un enigma. Sigue dándole vueltas en la cabeza. Si no puedes resolverla, que te sirva de excusa para venir otro día. Y si necesitas más excusas, mi amigo el gordito prepara un café bastante bueno.

—De acuerdo —dijo Jake—. Gracias. Así lo haré.

Pero cuando se iba le invadió una total certidumbre: nunca más volvería a entrar en el Restaurante de la Mente.

Jake bajó a paso lento por la Segunda avenida, sosteniendo sus recientes adquisiciones en la mano izquierda. Al principio intentaba pensar en la adivinanza —¿qué es lo que tiene lecho pero nunca duerme?— pero poco a poco la cuestión fue expulsada de su mente por una creciente sensación. Le parecía tener los sentidos más agudos que nunca en su vida; veía millones de chispas coruscantes en la acera, olía un millar de aromas mezclados en cada bocanada de aire que aspiraba y creía oír otros sonidos, sonidos secretos, en cada uno de los sonidos que oía. Se preguntó si sería eso lo que experimentaban los perros justo antes de una tempestad o un terremoto, y se sintió casi seguro de que sí lo era. Sin embargo seguía creciendo la sensación de que el acontecimiento inminente no era malo, sino bueno, y que equilibraría la cosa terrible que le había ocurrido tres semanas antes.

Y entonces, al acercarse al lugar donde iba a fijarse el rumbo, el conocimiento anticipado volvió a caer de nuevo sobre él.

«Un vagabundo va a pedirme dinero y le daré el cambio que me ha dado el señor Torre. Y hay una tienda de discos. Tienen la puerta abierta para que corra el aire, y cuando pase por delante oíré una canción de los Stones. Y me veré reflejado en un montón de espejos.»

En la Segunda avenida la circulación aún era fluida. Los taxis hacían sonar las bocinas y serpenteaban entre los camiones y los coches más lentos. El sol de primavera centelleaba en sus parabrisas y sus vistosas carrocerías amarillas. Mientras esperaba a que cambiara un semáforo, Jake vio al vagabundo al otro lado del cruce de la Segunda con la Cincuenta y dos. Estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared de ladrillo de un pequeño restaurante, y cuando Jake se acercó más vio que el restaurante se llamaba Chew Chew Mama.

«Chu-Chú —pensó Jake—. Y es la verdad.»

—¿Tienes algo suelto? —le interpelló el vagabundo con voz cansada, y Jake le echó el cambio de la librería sobre el regazo sin volver siquiera la cabeza. En aquel momento empezó a oír a los Rolling Stones, justo como estaba previsto:

*I see a red door and I want to paint it black,
No colours anymore, I want them to turn black...*

Al pasar ante la tienda advirtió —también sin sorpresa— que se llamaba Discos Torre de Poder.

Por lo visto aquel día las torres se vendían baratas.

Jake siguió andando, dejando atrás las señales de tráfico que parecían flotar en una bruma de ensueño. Entre la Cuarenta y nueve y la Cuarenta y ocho, pasó ante una tienda llamada Tus Reflejos. Volvió la cabeza y divisó una docena de Jakes en los espejos, como ya sabía que iba a suceder; una docena de chicos demasiado pequeños para su edad, una docena de chicos vestidos con elegante ropa escolar: americana azul marino, camisa blanca, corbata granate, pantalones grises. La Piper School no tenía un uniforme oficial, pero aquello era lo que más se acercaba al no oficial.

Ahora Piper le parecía algo muy antiguo y remoto.

De súbito Jake supo adónde se dirigía. Este conocimiento brotó en su mente como dulce y refrescante agua de un manantial subterráneo.

«Es una charcutería —pensó—. O al menos lo parece. En realidad es otra cosa: un portal a otro mundo. El mundo. Su mundo. El mundo adecuado.»

Se echó a correr, mirando ante sí con anhelo. El semáforo de la Cuarenta y siete estaba en rojo, pero saltó del bordillo sin hacerle caso y aceleró ágilmente entre las anchas líneas blancas del paso de peatones sin dirigir más que una mirada superficial a la izquierda. Una furgoneta de una empresa de fontanería frenó en seco con un chirrido de neumáticos mientras Jake pasaba como un rayo ante ella.

—¡Oye! ¿Qué te has creído? —le gritó el conductor, pero Jake no le prestó atención.

Sólo una manzana más.

Se lanzó a toda velocidad. La corbata aleteaba sobre su hombro izquierdo; el cabello se la había apartado de la frente; los mocasines de la escuela martilleaban la acera. No hacía más caso

de las miradas que le dirigían los transeúntes —algunas divertidas, otras sencillamente curiosas— que del que le había hecho al grito indignado del conductor de la furgoneta.

«Allí. Allí en la esquina. Al lado de la papelería.»

Se le cruzó un transportista de la UPS vestido con un mono marrón oscuro que empujaba un carretón cargado de paquetes. Jake lo salvó limpiamente como si estuviera practicando un salto de longitud, con los brazos hacia arriba. Los faldones de la camisa se le salieron de la cintura y le asomaron por debajo de la americana azul. Al caer estuvo a punto de chocar con un cochecito de niño empujado por una joven puertorriqueña.

Jake esquivó el cochecito como un jugador de fútbol norteamericano que ha detectado un hueco en la línea del equipo contrario y corre hacia la gloria.

—¿Dónde está el incendio, guapo? —le preguntó la joven, pero Jake tampoco le hizo caso. Pasó ante la papelería, con su escaparate lleno de plumas, agendas y calculadoras.

«¡La puerta! —pensaba, embargado por el éxtasis—. ¡Voy a verla! ¿Y me detendré ahí? ¡De ninguna manera, José! La cruzaré de cabeza, y si está cerrada la echaré abajo con...»

Entonces se dio cuenta de que estaba en la esquina de la Segunda y la Cuarenta y seis y, después de todo, se detuvo; de hecho, derrapó sobre los tacones de sus mocasines hasta quedar parado. Permaneció inmóvil en mitad de la acera, con los puños apretados, jadeando ruidosamente, y el cabello caído de nuevo sobre la frente en mechones sudorosos.

—No —exclamó, con una especie de gemido—. ¡No!

Pero su casi histérica negativa no afectó a lo que veía, que era absolutamente nada. No había nada que ver, excepto una corta valla de tablones que encerraba un solar cubierto de hierbajos y desechos.

El edificio que antes se alzaba allí había sido derribado.

Jake permaneció ante la valla sin moverse durante casi dos minutos, contemplando el solar con ojos apagados. Una comisura de su boca se contraía espasmódicamente. Sintió que su esperanza, su certeza absoluta, se desvanecía poco a poco. La sensación que la reemplazaba era la desesperación más profunda y amarga que jamás había conocido.

«Otra falsa alarma —pensó, cuando la conmoción hubo disminuido lo suficiente como para permitirle pensar de nuevo—. Otra falsa alarma, otro callejón sin salida, otro pozo seco. Ahora volverán a empezar las voces, y creo que entonces me pondré a gritar. Y me parecerá bien, porque estoy harto de resistir todo esto. Estoy harto de volverme loco. Si lo que pasa es que me estoy volviendo loco, sólo quiero darme prisa y acabar loco de una vez para que me lleven al hospital y me den algo que me deje K.O. Me rindo. Hasta aquí hemos llegado. No puedo más.»

Pero las voces no regresaron, al menos aún no. Y cuando Jake empezó a pensar en lo que veía, se dio cuenta de que el solar no estaba completamente vacío. En mitad del terreno herboso y sembrado de basura se alzaba un cartel.

¡CONSTRUCCIONES MILLS Y FINCAS SOMBRA, S.A.
SIGUEN REMODELANDO
EL ROSTRO DE MANHATTAN!
PRÓXIMA CONSTRUCCIÓN EN ESTE SOLAR:
¡APARTAMENTOS DE LUJO TURTLE BAY!
INFORMESE LLAMANDO AL 555-6712
¡SE ALEGRARÁ DE HABERLO HECHO!

¿Próxima construcción? Quizá..., pero Jake tenía sus dudas. El cartel parecía a punto de desprenderse, y las letras estaban descoloridas. Al menos un artista de la pintada, BANGO SKANK según su firma, había dejado su marca en brillante pintura azul sobre el dibujo de los Apartamentos de Lujo Turtle Bay. Jake se preguntó si el proyecto se había aplazado o si flotaba vientre arriba. Recordó que hacía menos de dos semanas había oído a su padre hablar por teléfono con su asesor financiero para ordenarle a voz en grito que se abstuviera de seguir invirtiendo en edificios de apartamentos. «¡Me importan un bledo las ventajas fiscales! —le había indicado casi en un alarido (según la experiencia de Jake, éste era el tono de voz que utilizaba normalmente su padre para discutir asuntos de negocios; quizá la cocaína que guardaba en el cajón del escritorio tuviera algo que ver con ello)—. ¡Si han de regalar un puñetero televisor para que vayas a echar un vistazo a unos planos, es que algo anda mal!»

La valla que rodeaba el solar le llegaba a Jake a la altura de la barbilla y estaba empapelada de anuncios: Olivia Newton John en el Radio City, un conjunto llamado G. Gordon Liddy y los Grots en un club del East Village, una película titulada *La guerra de los zombis* que se había estrenado y había desaparecido de la cartelera a principios de aquella primavera. Había varios avisos de PROHIBIDO EL PASO clavados a intervalos, pero casi todos habían sido cubiertos por anunciantes emprendedores. Un poco más lejos, alguien había hecho otra pintada con spray sobre la valla, esta vez en lo que sin duda había sido antes un rojo vivo, que al desteñirse había quedado en el rosa crepuscular de las rosas de finales del verano. Jake susurró las palabras en voz baja, fascinado y con los ojos muy abiertos:

¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud!
Sobre su caparazón sostiene la tierra.
Si quieres correr y jugar,
ven hoy mismo por el HAZ.

Jake suponía que el origen de este extraño poemita (ya que no su sentido) estaba bastante claro. Después de todo, aquella parte de la zona Este de Manhattan recibía el nombre de Turtle Bay. Pero eso no explicaba la carne de gallina que le subía por el centro de la espalda en una ancha franja, ni la clara sensación de que acababa de encontrar otra señal indicadora en una

fabulosa carretera oculta.

Jake se desabrochó la camisa y guardó bajo ella los dos libros que acababa de comprar. Luego miró en derredor, comprobó que nadie se fijaba en él y se cogió a la valla con las dos manos. Se izó, pasó una pierna por encima de la valla y se dejó caer al otro lado. El pie izquierdo fue a dar sobre una pila irregular de ladrillos, que se desmoronó bajo su peso. Se le torció el tobillo, y un dolor lancinante le subió por la pierna. Cayó con un golpe sordo y soltó un grito mezcla de dolor y de sorpresa cuando otros ladrillos se le clavaron en el pecho como rudos y poderosos puños.

Se quedó allí tendido, sin más, esperando a recobrar el aliento. No creía estar malherido, pero se había torcido un tobillo y seguramente se le hincharía. Para cuando llegara a casa no podría andar sin cojear. Pero tendría que aguantarse; lo que estaba claro era que no le quedaba dinero para un taxi.

«¿De veras tienes la intención de volver a casa? Te comerán vivo.»

Bueno, quizá sí se lo comerían o quizá no. Hasta donde alcanzaba a ver, no tenía mucha elección en el asunto. Y eso era para más tarde. De momento iba a explorar aquel solar que lo había atraído de un modo tan inexorable como un imán atrae las limaduras de hierro. Se dio cuenta de que aún percibía a su alrededor aquella sensación de poder, y más intensa que nunca. No creía que aquel lugar fuera un simple solar vacío. Allí estaba pasando algo, algo grande. Lo sentía zumbar en el aire, como voltios sueltos escapando de la mayor central de energía del mundo.

Al levantarse vio que en realidad había estado de suerte. Cerca de él había un horrible montón de cristales rotos. Si hubiera caído ahí, habría podido hacerse daño de veras.

«Esto era el escaparate —pensó Jake—. Cuando la charcutería aún estaba aquí, uno podía pararse en la acera y mirar todos los fiambres y los quesos. Los tenían colgados de cordeles.» No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía sin la más mínima duda.

Dirigió una mirada pensativa a su alrededor y luego se internó un poco más en el solar. Cerca del centro, tirado en el suelo y medio tapado por una profusión de maleza primaveral, había otro cartel. Jake se arrodilló al lado, lo levantó y lo limpió de tierra. Las letras estaban descoloridas, pero aún eran legibles:

CHARCUTERÍA ARTÍSTICA DE TOM Y JERRY
ESPECIALIDAD EN BANDEJAS PARA FIESTAS

Y debajo, pintada al spray con aquel mismo rojo desvaído a rosa, aparecía esta enigmática frase: NOS CONTIENE A TODOS EN SU MENTE.

«Este es el lugar —se dijo Jake—. Oh, sí.»

Soltó el cartel, se incorporó y siguió internándose en el solar, moviéndose despacio, mirándolo todo. A medida que avanzaba fue creciendo la sensación de poder. Todo lo que veía —los matojos, los cristales rotos, las pilas de ladrillos— parecía erguirse con una especie de fuerza exclamativa. Hasta las bolsas de patatas fritas parecían hermosas, y el sol había convertido una botella de cerveza vacía en un cilindro de fuego marrón.

Jake era muy consciente de su respiración y de la luz del sol que caía sobre todas las cosas como un peso de oro. Comprendió de pronto que se hallaba al borde de un gran misterio, y un estremecimiento —medio de terror, medio de maravilla— le recorrió todo el cuerpo.

«Está todo aquí. Todo. Aún está todo aquí.»

Las hierbas le rozaban los pantalones; había bardanas que se le adherían a los calcetines. La brisa depositó ante él un envoltorio de Ring-Ding que reflejó un rayo de sol, y por un instante el envoltorio se llenó de un hermoso y terrible resplandor interno.

—Aún está todo aquí —repitió en voz alta, sin darse cuenta de que la cara se le llenaba de su propio resplandor interno—. Todo.

Oía un sonido; de hecho, venía oyéndolo desde que entró en el solar. Era un maravilloso zumbido agudo, increíblemente solitario e increíblemente bello. Hubiera podido ser el sonido de un gran viento en una llanura desierta, excepto que estaba vivo. Era, pensó, el sonido de un millar de voces que cantaran un grandioso acorde abierto. Bajó la mirada y descubrió que había

caras en la maraña de hierbas, en los matorrales, en los montones de ladrillos. Caras.

—¿Qué sois? —susurró Jake—. ¿Quiénes sois?

No hubo respuesta, pero por debajo del coro le pareció oír ruido de cascos sobre la tierra polvorienta, y tiroteos, y ángeles entonando hosannas desde las sombras. Las caras de los escombros parecían volverse a su paso. Parecían observar su avance, pero no albergaban intención maligna ninguna. Jake podía ver la calle Cuarenta y seis y una esquina del edificio de las Naciones Unidas al otro lado de la Primera Avenida, pero los edificios no importaban. Nueva York no importaba. Se había vuelto tan incolora como un vidrio de ventana.

El zumbido aumentó. Ya no era un millar de voces sino un millón, un torrente de voces que se alzaba desde el pozo más profundo del universo. Jake captó nombres en aquella voz de grupo, pero no habría sabido decir qué nombres eran éstos. Uno hubiera podido ser Marten. Otro hubiera podido ser Cuthbert. Y otro hubiera podido ser Rolando, Rolando de Galaad.

Había nombres; había un rumor de conversación que hubiera podido ser diez mil historias entretajadas; pero por encima de todo estaba aquel zumbido creciente y cautivador, una vibración que quería llenarle la cabeza de brillante luz blanca. Jake descubrió con una alegría tan abrumadora que amenazaba hacerle estallar que la voz era de Sí; la voz de Blanco; la voz de Siempre. Era un excelso coro de afirmación, y cantaba en el solar vacío. Cantaba para él.

Entonces, tirada entre unas raquílicas matas de bardana, Jake vio la llave... y más allá, la rosa.

Las piernas le traicionaron y cayó de rodillas. Era vagamente consciente de que estaba llorando, y aún más vagamente consciente de que se había mojado un poco los pantalones. Avanzó arrodillado y extendió la mano hacia la llave que yacía entre el amasijo de bardanas. La llave tenía una forma sencilla que le parecía haber visto en sueños:



Pensó: «La curva pequeña en forma de ese que hay en el extremo. Ése es el secreto.» Cuando cerró la mano en torno a la llave, las voces se alzaron en un armónico grito de triunfo. La exclamación de Jake se perdió en la voz de aquel coro. Vio que la llave emitía un destello blanco entre sus dedos y sintió que le subía por el brazo una tremenda descarga de energía. Fue como si hubiera cogido un cable de alta tensión, pero no hubo dolor. Abrió *Charlie el Chu-Chú* y metió la llave dentro. Después, sus ojos volvieron a fijarse en la rosa y se dio cuenta de que ésta era la auténtica llave: la clave de todo. Se arrastró de rodillas hacia ella, su cara una llameante corona de luz, sus ojos dos ardientes pozos de fuego azul. La rosa crecía entre un matojo de extraña hierba morada.

A medida que Jake se acercaba a este matojo de hierba extraña, la rosa empezó a abrirse ante sus ojos para revelar un oscuro horno escarlata, pétalo sobre secreto pétalo, y cada uno ardiendo con su propia furia secreta. Jake no había visto en toda su vida algo tan intensa y absolutamente vivo.

Y en aquel momento, mientras alargaba una mano mugrienta hacia esta maravilla, las voces empezaron a cantar su propio nombre... y un miedo letal se infiltró insidiosamente hacia el centro de su corazón. Era tan frío como el hielo y tan pesado como una losa.

Algo estaba mal. Podía percibir cierta discordia pulsátil, como un feo y profundo arañazo en una invaluable obra de arte o una fiebre mortífera que arde bajo la piel helada de la frente de un enfermo.

Era algo como un gusano. Un gusano invasor. Y una forma. Una sombra que acecha detrás mismo de la próxima revuelta del camino. Entonces el corazón de la rosa se abrió para él, dejando al descubierto un fulgor de luz amarilla, y todo pensamiento fue barrido por una oleada de pasmo maravillado. Jake pensó por un instante que lo que estaba viendo sólo era polen, investido del resplandor sobrenatural que vivía en el corazón de todos los objetos en aquel solar desierto; lo pensó aunque nunca había oído decir que hubiera polen en las rosas. Se inclinó un poco más y vio que el círculo concentrado de amarillo llameante no era polen, ni mucho menos. Era un sol: una vasta forja que ardía en el centro de aquella rosa que crecía entre la hierba morada. Volvió a sentir miedo, sólo que ahora se había convertido en un terror sin paliativos. «Está bien —pensó—. Todo lo que hay aquí está bien, pero podría ir mal; de hecho, creo que ya ha empezado a ir mal. Se me está permitiendo sentir tanto de ese mal como yo puedo soportar..., pero ¿qué es? ¿Y qué puedo hacer yo?»

Era algo como un gusano.

Podía sentirlo palpar como un corazón sucio y enfermo que guerreaba contra la belleza serena de la rosa, que gritaba crudas obscenidades contra el coro de voces que tanto le había consolado e inspirado.

Se inclinó más hacia la rosa y vio que su centro no era un sol, sino muchos... tal vez todos los soles, contenidos en un feroz pero frágil envoltorio.

«Pero está mal. Todo está en peligro.»

Sabía que tocar aquel refulgente microcosmos significaría sin duda la muerte, pero fue incapaz de contenerse y extendió la mano. No había curiosidad ni terror en el gesto; sólo una

enorme e inexpressable necesidad de proteger la rosa.

Cuando volvió en sí, al principio sólo se dio cuenta de que había transcurrido mucho tiempo y que la cabeza le dolía de un modo espantoso.

«¿Qué ha pasado? ¿Me han asaltado?»

Se dio la vuelta y se sentó en el suelo. Otro estallido de dolor le cruzó la cabeza. Se llevó una mano a la sien izquierda y la retiró con los dedos pegajosos de sangre. Bajó la mirada y vio un ladrillo que asomaba entre la hierba. Su esquina roma era demasiado roja.

«Si hubiera sido puntiagudo, probablemente ahora estaría muerto o en coma.»

Se miró la muñeca y le sorprendió comprobar que aún llevaba puesto el reloj. Era un Seiko, no exageradamente caro, pero en aquella ciudad uno no podía sestar en un solar vacío sin perder sus pertenencias. Caro o no, alguien se habría sentido más que satisfecho de llevárselo. Por lo visto, esta vez había estado de suerte.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde. Había permanecido allí tendido, muerto para el mundo, al menos durante seis horas. Su padre ya debía tener a toda la policía buscándolo, pero eso no parecía tener mucha importancia. A Jake le parecía que había dejado la Piper School hacía unos mil años.

Jake recorrió la mitad de la distancia hacia la valla que separaba el solar de la acera de la Segunda avenida, y de pronto se detuvo. ¿Qué le había pasado, exactamente?

Poco a poco fueron volviendo los recuerdos. Había saltado la valla. Había perdido pie y se había torcido el tobillo. Se agachó, se lo tocó e hizo una mueca de dolor. Sí, todo eso había ocurrido, estaba claro. Y luego, ¿qué?

Algo mágico.

Buscó a tientas ese algo como un anciano que se moviera a tientas por una habitación en penumbra. Todo estaba lleno de su propia luz. Todo; hasta los envoltorios vacíos y las botellas de cerveza desechadas.

Había voces. Las voces cantaban y contaban miles de relatos que se confundían unos con otros.

—Y había caras —musitó. Este recuerdo le hizo mirar en torno con aprensión. No vio ninguna cara. Los montones de ladrillos sólo eran montones de ladrillos, y los matojos de hierba sólo eran matojos de hierba. No había caras, pero...

«... pero las había. No te lo has imaginado.»

Estaba seguro de eso. No podía capturar la esencia del recuerdo, su calidad de belleza y trascendencia, pero le parecía perfectamente real. Era sólo que sus recuerdos de aquellos momentos, antes de que perdiera la conciencia, parecían fotografías tomadas el mejor día de tu vida. Puedes recordar cómo fue aquel día —al menos de un modo aproximado—, pero las fotos carecen de brillo y casi no tienen poder.

Jake paseó la mirada por el terreno desolado, que ya empezaba a llenarse con las sombras violáceas del atardecer, y pensó: «Quiero que vuelvas. Dios, quiero que vuelvas a ser como antes.»

Entonces vio la rosa, que crecía en su matorral de hierba morada, muy cerca del lugar donde Jake había caído. El corazón le dio un brinco. Jake retrocedió hacia ella torpemente, ajeno a las punzadas de dolor que el tobillo emitía a cada paso. Se hincó de rodillas ante ella como un fiel ante el altar y se inclinó hacia delante con los ojos muy abiertos. Sólo es una rosa. Después de todo no es más que una rosa. Y la hierba...

Vio que la hierba no era morada. Sí, había salpicaduras moradas en las hojas, pero bajo ellas su color era un verde perfectamente normal. Miró un poco más allá y vio salpicaduras azules en otro grupo de hierbas. A su derecha, unas matas dispersas de bardana exhibían vestigios de rojo y amarillo. Y detrás de ellas había unos cuantos botes de pintura abandonados. Glidden Spred Satin, rezaban las etiquetas.

«Conque sólo era eso. Simples manchas de pintura. Pero con la confusión que tenías en la cabeza, creíste que veías...»

Tonterías.

Sabía muy bien lo que había visto antes y lo que estaba viendo ahora.

—Camuflaje —susurró—. Todo estaba bien aquí. Todo. Y todavía lo está.

Ahora que se le despejaba la cabeza, volvía a percibir de nuevo la energía armónica y constante contenida en aquel lugar. El coro seguía allí, y su voz seguía siendo igual de melodiosa, aunque ahora tenue y lejana. Contempló un montón de ladrillos y trozos de yeso rotos y vio una cara apenas discernible que se ocultaba entre ellos. Era la cara de una mujer con una cicatriz en la frente.

—¿Allie? —murmuró Jake—. ¿No te llamas Allie?

No hubo respuesta. La cara desapareció. Volvía a estar mirando un simple montón de yeso y ladrillos sin gracia.

Contempló de nuevo la rosa. Vio que no era del rojo oscuro que vive en el corazón de un horno ardiente sino de un rosado polvoriento y moteado. Era muy hermosa, pero no perfecta. Algunos pétalos se habían curvado hacia atrás, y sus bordes estaban parduscos y muertos. No era el tipo de flor cultivada que había visto en las floristerías; supuso que debía tratarse de una rosa silvestre.

—Eres muy hermosa —dijo, y una vez más extendió la mano para tocarla.

Aunque no soplaba la menor brisa, la rosa se inclinó hacia él. Durante un instante las yemas de sus dedos apenas rozaron la flor, suave, aterciopelada y maravillosamente viva, y a su alrededor la voz del coro pareció hacerse más potente.

—¿Estás enferma, rosa?

No hubo respuesta, naturalmente. Cuando sus dedos se apartaron de la corola rosada de la flor, ésta regresó a su posición inicial, irguiéndose entre las hierbas manchadas de pintura con todo su esplendor silencioso y olvidado.

«¿Florecen las rosas en esta época del año? —se preguntó Jake—. ¿Florecen las silvestres? Además, ¿por qué habría de crecer una rosa silvestre en un solar desocupado? Y, si hay una, ¿cómo es que no hay más?»

Permaneció un rato más de rodillas, hasta que se dio cuenta de que podía seguir mirando la rosa durante el resto de la tarde (o quizá durante el resto de su vida) sin que eso lo acercara en lo más mínimo a la solución de su misterio. Por un momento lo había visto con absoluta claridad, como había visto todo lo demás en aquel rincón olvidado de la ciudad, cubierto de basuras; lo había visto con la máscara quitada y el camuflaje descartado. Quería volver a verlo así, pero no bastaba quererlo para que se cumpliera.

Era hora de regresar a casa.

Vio los dos libros que había comprado en El Restaurante de la Mente tirados en el suelo. Cuando los recogió, un objeto plateado y brillante resbaló de entre las páginas de *Charlie el Chu-Chú* y cayó sobre un mezquino matojo de hierbas. Jake se agachó, cargando el peso sobre el tobillo bueno, y lo recogió. Al hacerlo, el coro suspiró y se elevó, y luego volvió a su zumbido casi inaudible.

—Así que esta parte también era real... —musitó. Deslizó la yema del pulgar sobre las protuberancias romas de la llave y por sus burdas muescas en forma de V, y la hizo patinar sobre la suave curva en S en que terminaba la tercera muesca. Luego se guardó la llave en el bolsillo derecho de los pantalones y empezó a cojear hacia la valla. Había llegado ante ella y se disponía a encaramarse cuando de pronto una idea terrible se apoderó de su mente.

«¡La rosa! ¿Y si viene alguien y la arranca?»

Se le escapó un fugaz gemido de horror. Volvió la cabeza, y sus ojos la localizaron al cabo de un instante, aunque ya estaba cubierta por la sombra de un edificio cercano: una minúscula figura rosada en la oscuridad, vulnerable, bella y solitaria.

«¡No puedo abandonarla! ¡Tengo que protegerla!»

Pero una voz habló en su mente, una voz que era sin duda la del hombre al que había conocido en la estación de paso en aquella otra vida extraña: «Nadie la arrancará, ni tampoco la aplastará ningún vándalo bajo su pie, porque sus ojos apagados no pueden resistir la visión de su belleza. No es éste el peligro. De tales cosas puede protegerse sola.» Jake se sintió invadido por

una profunda sensación de alivio.

«¿Puedo volver aquí a mirarla? —le preguntó a la voz fantasma—. Cuando esté deprimido, o si vuelven las voces y empiezan a discutir otra vez. ¿Puedo volver a mirarla y alcanzar algo de paz?»

La voz no respondió, y tras escuchar en vano unos instantes, Jake llegó a la conclusión de que se había ido. Se embutió *Charlie el Chu-Chú* y *¡Adivina, adivinanza!* bajo la cintura de los pantalones —que estaban sucios de tierra y cubiertos de semillas de bardana adheridas a la tela cogió el borde superior de la valla con las dos manos. Se izó, pasó las piernas al otro lado y se dejó caer a la acera de la Segunda avenida, cuidando de aterrizar sobre su pie bueno.

La circulación en la Segunda avenida —tanto de vehículos como de peatones— era mucho más intensa, pues la gente ya empezaba a regresar a su casa. Algunos transeúntes se volvieron para mirar al chico de la americana rasgada y la camisa por fuera de los pantalones que saltaba desmañadamente la valla, pero no muchos. Los neoyorquinos están acostumbrados a ver gente que hace cosas raras.

Permaneció unos instantes parado en la acera, experimentando una sensación de pérdida, y de pronto descubrió otra cosa: las voces que discutían aún seguían ausentes. Eso, al menos, ya era algo.

Miró de soslayo los tablones de la cerca y el poema pintado con spray pareció saltar hacia él, tal vez porque la pintura era del mismo color que la rosa.

—¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud! —recitó Jake en voz baja—. Sobre su caparazón sostiene la tierra. —Se estremeció—. ¡Vaya día, muchacho!

Se dio la vuelta y empezó a cojear lentamente hacia su casa.

El portero debió de avisar por el intercomunicador en cuanto Jake entró en el vestíbulo, porque su padre estaba esperándolo ante la puerta del ascensor cuando éste se detuvo en el quinto piso. Elmer Chambers llevaba unos tejanos descoloridos y unas botas de vaquero que añadían cinco centímetros a su metro setenta y ocho de estatura. Su cabello negro cortado a cepillo se le erizaba sobre el cráneo; desde que Jake alcanzaba a recordar, su padre siempre había tenido el aspecto de alguien que acaba de recibir un sobresalto tremendo y eléctrico. En cuanto Jake salió del ascensor, Chambers lo cogió del brazo.

—¡Mírate! —Los ojos de su padre lo recorrieron de arriba abajo, fijándose en la suciedad que cubría las manos y la cara de Jake, la sangre seca en la sien y la mejilla, la americana rasgada y las semillas de bardana que se aferraban a la corbata como una aguja extravagante—. ¡Pasa adentro! ¿Dónde coño has estado? ¡Tu madre está a punto de volverse loca!

Sin darle oportunidad de responder, lo arrastró al interior del apartamento. Jake vio a Greta Shaw parada bajo el arco del pasillo que comunicaba el comedor y la cocina. La mujer le dirigió una mirada de cautelosa simpatía que se desvaneció antes de que los ojos «del señor» pudieran posarse casualmente en ella.

La madre de Jake estaba sentada en su mecedora. Cuando lo vio entrar se puso en pie, pero no de un salto; tampoco se apresuró a cruzar la habitación para cubrirlo de besos e invectivas. Mientras se le acercaba, Jake le examinó los ojos y calculó que se habría tomado al menos tres váliums desde el mediodía. Quizá cuatro. Tanto su padre como su madre creían firmemente en la capacidad de la química para mejorar la calidad de la vida.

—¡Estás sangrando! ¿Dónde has estado? —Formuló esta pregunta con su cultivada voz de Vassar, como si estuviera saludando a un conocido que acabara de sufrir un pequeño accidente de tráfico. —Fuera —respondió él.

Su padre lo sacudió con aspereza. Jake no se lo esperaba, y trastabilló y tuvo que apoyarse en el tobillo lesionado. El dolor se encendió de nuevo, llenándolo de furia repentina. Jake no creía que su padre estuviera enojado porque había desaparecido de la escuela, dejando únicamente su redacción loca tras de sí; su padre estaba enojado porque Jake había tenido la temeridad de trastocar sus preciosos planes para el día.

Hasta aquel momento de su vida, Jake sólo había sido consciente de albergar tres sentimientos hacia su padre: perplejidad, miedo y una especie de amor débil y confuso. Ahora descubrió un cuarto y un quinto. Uno era cólera; el otro, desagrado. Y mezclada con estos desagradables sentimientos estaba la sensación de añoranza de su hogar. Era lo más grande que había dentro de él en aquel preciso instante, y se enroscaba en torno a todo lo demás como una nube de humo. Contempló las mejillas enrojecidas de su padre y su aullante corte de pelo y deseó hallarse de nuevo en el solar vacío, mirando la rosa y escuchando el coro. «Éste no es mi lugar —pensó—. Ya no. Tengo un trabajo que hacer. ¡Si al menos supiera qué es!»

—Suéltame —le ordenó.

—¿Qué has dicho? —Los ojos azules de su padre se abrieron como platos. Esta noche los tenía inyectados en sangre. Jake supuso que habría estado acudiendo con frecuencia a su reserva de polvos mágicos, y seguramente eso quería decir que era un mal momento para enfrentarse con él, pero Jake se dio cuenta de que aun así estaba dispuesto a hacerlo. No se dejaría zarandear como un ratón entre las fauces de un gato sádico. Esa noche no. Quizá nunca más. De pronto comprendió que buena parte de su cólera provenía de un hecho muy sencillo: no podía hablar con ellos de lo que había ocurrido, de lo que todavía estaba ocurriendo. Le habían cerrado todas las puertas.

«Pero tengo una llave —pensó, y palpó su figura a través de la tela de los pantalones. Y le vino a la memoria el resto de aquel extraño poema: Si quieres correr y jugar, ven hoy mismo por el HAZ.»

—He dicho que me sueltes —repitió—. Tengo un esguince en el tobillo y me estás haciendo daño.

—Haré que te duela algo más que el tobillo si no...

Jake se sintió inundado de una fuerza repentina. Aferró la mano que lo tenía cogido por el brazo, justo debajo del hombro, y la apartó con violencia. Su padre se quedó boquiabierto.

—No trabajo para ti —prosiguió Jake—. Soy tu hijo, ¿te acuerdas? Si lo has olvidado, mira la foto que tienes sobre el escritorio.

El labio superior de su padre se curvó hacia arriba y dejó al descubierto su perfecta dentadura en una mueca en la que entraban dos partes de sorpresa y una de ira.

—No me hables en ese tono. ¿Dónde diablos ha quedado tu respeto?

—No lo sé. A lo mejor lo he perdido por el camino.

—Te has pasado todo el puñetero día ausente sin permiso y aún tienes el atrevimiento...

—¡Basta! ¡Los dos! ¡Basta ya! —gritó la madre de Jake. Parecía hallarse al borde del llanto, a pesar de los sedantes que circulaban por su organismo.

El padre de Jake volvió a levantar la mano para cogerlo del brazo pero cambió de idea. Quizá la sorprendente fuerza con que su hijo se había desasido un momento antes tuviera algo que ver con ello. O quizá fue sólo la expresión de sus ojos.

—Quiero saber dónde has estado.

—Fuera. Ya te lo he dicho. Y no voy a decirte nada más.

—¡Y una mierda! ¡Ha llamado el jefe de estudios, tu profesor de francés ha venido personalmente, y los dos tenían beaucoup de preguntas que hacerte! ¡Yo también las tengo, y quiero respuestas!

—Llevas la ropa sucia —observó su madre, y añadió con timidez—: ¿Te han atracado, Johnny? ¿Has hecho novillos y te han atracado?

—Claro que no le han atracado —bufó Elmer Chambers—. Todavía lleva el reloj, ¿no?

—Pero tiene sangre en la cabeza.

—No es nada, mamá. Me he dado un golpe.

—Pero...

—Me voy a la cama. Estoy muy, muy cansado. Si queréis que hablemos por la mañana, muy bien. Quizás entonces estemos todos más calmados. Pero por ahora no tengo nada que decir.

Su padre dio un paso hacia él y extendió la mano.

—¡No, Elmer! —aulló la madre de Jake.

Chambers no le hizo caso. Cogió a Jake por la chaqueta.

—No creas que vas a dejarme plantado... —comenzó a decir, y entonces Jake giró en redondo, arrancándole la chaqueta de la mano. La costura de la manga derecha, ya en mal estado, cedió con un brusco ruidito ronroneante.

Su padre le vio los ojos llameantes y se hizo a un lado. La cólera de su expresión quedó mitigada por algo que se asemejaba al terror. Las llamas no eran metafóricas; los ojos de Jake parecían realmente encendidos. Su madre emitió un débil grito, se cubrió la boca con una mano, dio dos grandes y tambaleantes pasos hacia atrás y se desplomó en la mecedora.

—Déjame... en... paz —dijo Jake.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó su padre, ahora con voz casi quejumbrosa—. ¿Qué diablos te ha pasado? Te largas de la escuela el primer día de exámenes sin decir una palabra a nadie, llegas cubierto de mierda de la cabeza a los pies... y te portas como si estuvieras loco.

Bien, ahí estaba: «te portas como si estuvieras loco». —Lo que tanto había temido oír desde que empezaron las voces, tres semanas atrás. La Pavorosa Acusación. Pero ahora que por fin se materializaba, Jake descubrió que en realidad no le asustaba mucho, tal vez porque finalmente había conseguido zanjar la cuestión en su propia mente. Sí, le había pasado algo. Todavía estaba pasando. Pero no; no se había vuelto loco. Aún no, por lo menos.

—Habla por la mañana —repitió. Cruzó el comedor, y esta vez su padre no trató de impedirselo. Casi había llegado al pasillo cuando lo detuvo la voz angustiada de su madre.

—Johnny... ¿Te encuentras bien?

¿Y qué había de contestar? ¿Sí? ¿No? ¿Las dos cosas a la vez? ¿Ninguna de las dos? Pero las voces habían callado, y eso ya era algo. En realidad ya era mucho.

—Mejor —dijo al fin. Se fue a su habitación y cerró la puerta a sus espaldas. El sonido de la

puerta al quedar firmemente encajada entre él y el resto del redondo mundo le produjo una enorme sensación de alivio.

Permaneció un rato junto a la puerta, escuchando. La voz de su madre era sólo un murmullo, y la de su padre un poco más fuerte. Su madre dijo algo sobre la sangre y el médico.

Su padre dijo que el chico estaba bien, el único problema que tenía era la lengua, y él se encargaría de arreglarlo.

Su madre dijo algo sobre calmarse.

Su padre dijo que estaba muy calmado.

Su madre dijo...

Él dijo, ella dijo, bla, bla, bla. Jake aún los quería —estaba bastante seguro de ello, en todo caso—, pero habían sucedido cosas, y esas cosas a su vez hacían necesario que ocurrieran otras cosas.

¿Por qué? Porque a la rosa le pasaba algo malo. Y quizá porque quería correr y jugar... y verle otra vez los ojos, tan azules como el cielo sobre la estación de paso.

Jake se dirigió lentamente a su escritorio al tiempo que se quitaba la americana. Estaba en muy mal estado: una manga casi completamente desprendida, el forro colgando como una vela desinflada. La dejó sobre el respaldo de la silla, se sentó y depositó los libros sobre el escritorio. Llevaba una semana y media durmiendo muy mal, pero tenía la impresión de que esa noche iba a dormir bien. No recordaba haber estado nunca tan cansado. Cuando despertara por la mañana, quizá sabría qué hacer.

Sonó un suave golpe en la puerta, y Jake se volvió hacia ella con prevención.

—John, soy la señora Shaw. ¿Puedo entrar un momento?

Jake sonrió. La señora Shaw; naturalmente. Sus padres la habían reclutado como mediadora. O quizá sería más adecuado decir como intérprete.

«Vaya usted a verlo —le habría dicho su madre—. A usted le contará lo que le pasa. Soy su madre, y este hombre de los ojos inyectados en sangre y la nariz moqueante es su padre. Usted sólo es una empleada, pero él le dirá lo que no nos diría a nosotros. Porque usted lo ve más que cualquiera de los dos, y quizás habla su lenguaje.»

«Traerá una bandeja», pensó Jake, y cuando abrió la puerta estaba sonriendo.

En efecto, la señora Shaw traía una bandeja con dos sándwiches, una porción de tarta de manzana y un vaso de leche con cacao. Contempló a Jake con una expresión de ligera inquietud, como si creyera que podía abalanzarse sobre ella y pegarle un mordisco. Jake asomó la cabeza, pero no vio ni rastro de sus padres. Se los imaginó sentados en la sala, escuchando con nerviosismo.

—He pensado que a lo mejor te apetecía comer algo —dijo la señora Shaw.

—Sí, gracias. —Estaba realmente hambriento; no había comido nada desde el desayuno. Se apartó a un lado, y la señora Shaw entró en la habitación (dirigiéndole otra mirada aprensiva al pasar) y dejó la bandeja sobre el escritorio.

—Oh, mira esto —exclamó, y cogió *Charlie el Chu-Chú*—. Yo tuve este libro cuando era pequeña. ¿Lo has comprado hoy, Johnny?

—Sí. ¿Le han pedido mis padres que averigüe qué he estado haciendo?

Ella asintió con un gesto. Sin fingimiento, sin comedia. Era sólo un trabajo, como sacar la basura. «Puedes contármelo si quieres —decía su cara—, o quedarte callado. Me gustas, Johnny, pero en realidad a mí me da lo mismo una cosa que otra. Yo sólo trabajo aquí, y hace más de una hora que hubiera tenido que irme.»

El muchacho no se ofendió por lo que veía en su cara; al contrario, aún se quedó más tranquilo. La señora Shaw era otra conocida que no llegaba a ser una amiga, pero Jake pensó que quizás estaba más cerca de ser una amiga que cualquiera de sus compañeros de escuela, y mucho más cerca que su padre o su madre. Por lo menos, la señora Shaw era sincera. Uno sabía a qué carta quedarse. Todo entraba en la factura a fin de mes, y siempre les quitaba la costra socarrada a los sándwiches.

Jake cogió uno y le dio un buen mordisco. Mortadela y queso, su favorito. Éste era otro punto a favor de la señora Shaw: conocía sus preferencias. Su madre aún conservaba la idea de

que le gustaban las mazorcas de maíz y detestaba las coles de Bruselas.

—Dígales que estoy bien, por favor —le rogó—. Y dígame a mi padre que lamento haber sido grosero con él.

No lo lamentaba, pero lo único que en realidad quería su padre era esta disculpa. Cuando la señora Shaw se la transmitiera, se relajaría y empezaría a repetirse la vieja mentira: había cumplido su deber paternal y todo iba bien, todo iba bien y todas las cosas del mundo iban bien.

—He estado estudiando mucho para preparar los exámenes —prosiguió, masticando mientras hablaba—, y supongo que esta mañana se me ha venido todo encima. Me quedé como paralizado. Pensé que tenía que salir, o me asfixiaría. —Se tocó la costra de sangre seca que tenía en la frente—. En cuanto a esto, por favor dígame a mi madre que no es nada, de verdad. No me han atracado ni nada; fue un accidente idiota. Había un tipo de la UPS con un carretón y me di de narices con él. No es una herida importante. No veo doble ni nada, y hasta el dolor de cabeza se me ha pasado ya.

La mujer asintió.

—Ya imagino lo que ha sucedido: una escuela tan exigente como ésa... Te has descentrado un poco. No hay por qué avergonzarse, Johnny. Pero es verdad que desde hace un par de semanas no pareces tú mismo.

—Creo que ahora ya ha pasado. Quizá tenga que rehacer la redacción final de lengua inglesa, pero...

—¡Oh! —exclamó la señora Shaw. Una expresión de desconcierto le cruzó por la cara, y dejó *Charlie el Chu-Chú* sobre la mesa—. ¡Casi me olvido! Tu profesor de francés te ha traído una cosa. Voy a buscarla.

Salió de la habitación. Jake esperaba no haber preocupado demasiado al señor Bisette, que era un tipo bastante correcto, pero imaginó que de no ser así no habría venido a su casa. Jake tenía la idea de que las visitas personales por parte de los profesores de la Piper School eran más bien infrecuentes. Trató de imaginar qué le había traído el señor Bisette. Lo único que se le ocurrió fue una invitación para hablar con el señor Hotchkiss, el psiquiatra de la escuela. Aquella misma mañana, eso le habría asustado mucho, pero ya no.

Lo único que ahora le importaba era la rosa.

Atacó el segundo sándwich. La señora Shaw había dejado la puerta abierta, y la oyó hablar con sus padres. A juzgar por el tono de la conversación, los dos parecían más calmados. Jake se bebió la leche y cogió el plato de la tarta de manzana. La señora Shaw regresó a los pocos minutos. Llevaba una carpeta azul que le resultaba muy conocida. Jake descubrió que no todo su miedo se había desvanecido. Todo el mundo se habría enterado ya, alumnos y profesores por igual, y era demasiado tarde para hacer nada al respecto, pero eso no quería decir que le gustara que todos hablaran de él, que estuvieran enterados de que se le habían fundido los plomos.

En la parte delantera de la carpeta había prendido un sobre pequeño. Jake lo desprendió y alzó la mirada hacia la señora Shaw mientras lo abría.

—¿Cómo están mis padres? —se interesó.

Ella se permitió una fugaz sonrisa.

—Tu padre me ha pedido que te pregunte por qué no le dijiste que tenías la fiebre de los exámenes. Dice que a él también le pasó un par de veces cuando era un muchacho.

Esto le dejó sorprendido; su padre nunca había sido propenso a entregarse a esas reminiscencias que empiezan: «Cuando yo tenía tu edad...» Intentó imaginarse a su padre como un chico sometido a la tensión de los exámenes y descubrió que no le era del todo posible. Lo máximo que conseguía era la desagradable imagen de un enano belicoso enfundado en un suéter de Piper, un enano con botas vaqueras hechas a medida, un enano de cortos cabellos negros enhiestos sobre la frente.

La nota era del señor Bisette.

Querido John:

Bonnie Avery me ha dicho que te has ido temprano. Está muy preocupada por ti, y yo también, aunque los dos ya habíamos visto cosas parecidas, sobre todo durante la semana de los

exámenes. Por favor, ven a verme mañana a primera hora, ¿de acuerdo? Todos los problemas tienen solución. Si te sientes demasiado presionado por los exámenes —y te repito que eso es algo que ocurre constantemente podemos acordar un aplazamiento. Nuestra mayor preocupación es tu bienestar. Llámame esta noche, si quieres; mi número es el 555-7661. Estaré levantado hasta medianoche.

Recuerda que todos te apreciamos mucho y estamos de tu parte.

A votre santé,

H. Bissette

A Jake le entraron ganas de llorar. La nota expresaba preocupación, y eso era maravilloso, pero había también otras cosas, cosas no expresadas, que eran aún más maravillosas: afecto, interés y un intento (por desencaminado que estuviera) de comprender y consolar.

El señor Bissette había dibujado una flechita al pie de la nota. Jake volvió la hoja y leyó:

A propósito, Bonnie me ha pedido que te hiciera llegar esto. ¡Felicidades!

¿Felicidades? ¿Qué diablos quería decir eso?

Abrió la carpeta azul. La profesora había añadido una hoja de papel ante la primera página de su redacción final. El membrete rezaba DEL DESPACHO DE BONITA AVERY, y Jake leyó con creciente estupefacción la angulosa caligrafía de pluma estilográfica.

John:

Estoy segura de que Harvey expresará la preocupación que sentimos todos —es algo que se le da muy bien—, así que me limitaré a comentar tu redacción final, que he leído y calificado en mi hora libre. Es asombrosamente original y superior a cualquier trabajo de curso que haya leído desde hace años. Tu empleo de la repetición incrementativa («... y ésta es la verdad») es muy inspirado, pero, naturalmente, la repetición incrementativa no deja de ser sólo un truco. El auténtico valor de la composición reside en su calidad simbólica, expuesta en primer lugar mediante las imágenes del tren y la puerta en la página del título, y espléndidamente desarrollada en el interior. Esto llega a su conclusión lógica con la reproducción de la «torre negra», que interpreto como tu declaración de que las ambiciones convencionales no sólo son falsas sino también peligrosas.

No pretendo entender todo el simbolismo (por ejemplo, «la Dama de las Sombras», «el pistolero»), pero parece evidente que tú mismo eres «el Prisionero» (de la escuela, la sociedad, etc.) y que el sistema educativo es «el Demonio Parlante». Es posible que tanto «Rolando» como «el pistolero» representen a una misma figura investida de autoridad. ¿Tu padre, quizá? Esta posibilidad me intrigó tanto que busqué su nombre en tu expediente. He visto que se llama Elmer, pero también que su segunda inicial es una R.

Todo esto lo encuentro sumamente interesante. ¿O acaso ese nombre es un símbolo doble, derivado al mismo tiempo de tu padre y del poema de Robert Browning «Childe Roland a la Torre Oscura llegó»? No se me ocurriría hacer esta pregunta a la mayoría de mis alumnos, pero, naturalmente, ya sé cuán omnívora es tu afición a la lectura.

Sea como fuere, he quedado muy impresionada. Los alumnos más jóvenes a menudo se sienten atraídos por este estilo denominado «monólogo interior», pero pocas veces son capaces de controlarlo. Tú has logrado combinar de un modo extraordinario la ciencia ficción con el lenguaje simbólico.

¡Bravo!

Ven a verme en cuanto estés «de vuelta» otra vez. Quiero hablar contigo sobre la posible publicación de este trabajo en la primera edición de la revista literaria estudiantil del próximo curso.

B. Avery

P.D.: Si hoy te has ido de la escuela porque de repente te han entrado dudas acerca de mi capacidad para comprender una redacción final de tan inesperada riqueza, espero haberlas

disipado.

Jake retiró la hoja y dejó al descubierto la primera de su redacción, tan asombrosamente original y simbólica. Escrita en la tinta roja del bolígrafo de calificar de la señorita Avery y encerrada dentro de un círculo del mismo color aparecía la nota A+ . Debajo, la profesora había escrito ¡¡¡UN TRABAJO EXCELENTE!!!

Jake empezó a reír.

El día entero —aquel largo, amenazador, confuso, eufórico, terrorífico y misterioso día— se condensó en una serie de poderosas y rugientes carcajadas. Se hundió en el asiento, con la cabeza echada hacia atrás, las manos en los costados y ríos de lágrimas por las mejillas. Se rió hasta quedar ronco. Cuando estaba a punto de detenerse, su mirada se posaba en algún detalle de la bienintencionada crítica de la señorita Avery y le entraba otra vez la locura. Su padre se asomó sin que él lo viera, lo contempló con ojos perplejos y recelosos y volvió a retirarse, meneando la cabeza.

Finalmente se dio cuenta de que la señora Shaw seguía sentada en la cama, mirándolo con una expresión de amistoso desapego teñida de leve curiosidad. Jake intentó hablar, pero la risa lo arrastró de nuevo antes de que pudiera hacerlo.

«Tengo que parar —se dijo—. Tengo que parar o me moriré de risa. Me dará un ataque al corazón o una apoplejía o algo...» Entonces pensó: «Me gustaría saber qué significado le ha visto al "chu-chú, chu-chú"», y otra vez se echó a reír como un descosido. Por fin los espasmos fueron reduciéndose a breves risitas. Se enjugó los ojos con la manga y se disculpó:

—Lo siento, señora Shaw, pero es que..., bueno..., me han calificado la redacción final con una A+. Se ve que era muy... muy rica... y muy sim... sim...

Pero no pudo terminar. Otra vez se dobló de risa y tuvo que sujetarse el convulso vientre con las manos.

La señora Shaw se levantó y sonrió.

—Estupendo, John. Me alegro de que todo haya acabado tan bien, y estoy segura de que tus padres también se alegrarán. Se ha hecho tardísimo; voy a pedir al conserje que me llame un taxi. Buenas noches, y duerme bien.

—Buenas noches, señora Shaw —respondió Jake, controlándose con esfuerzo—. Y gracias.

En cuanto ella se hubo ido, empezó a reírse de nuevo.

21

En el curso de la media hora siguiente recibió sendas visitas de sus padres. Era verdad que se habían calmado, y la nota de A+ en su redacción final aún contribuyó a calmarlos más. Jake los recibió con el libro de francés abierto sobre el escritorio, pero en realidad no lo había mirado ni tenía intención de hacerlo. Sólo esperaba a que se retiraran sus padres para poder examinar los dos libros que había comprado aquel mismo día. Tenía la sensación de que los auténticos exámenes finales todavía le aguardaban justo detrás del horizonte, y anhelaba desesperadamente pasarlos.

Su padre acudió al cuarto de Jake hacia las nueve y cuarto, unos veinte minutos después de terminada la breve e incoherente visita de su madre. Elmer Chambers sostenía un cigarrillo en una mano y un vaso de whisky escocés en la otra. Parecía no sólo más calmado, sino casi ido. Jake se preguntó fugazmente y con indiferencia si habría estado echando mano a la reserva de váliums de su madre.

—¿Estás bien, chico?

—Sí. —Volvió a ser el muchachito pulcro y atento que siempre mantenía un perfecto dominio de sí mismo. Los ojos que volvió hacia su padre no eran llameantes, sino opacos.

—Quería decirte que siento lo de antes. —Su padre no era hombre acostumbrado a ofrecer disculpas, y no lo hacía bien. Jake descubrió que le tenía un poco de lástima.

—No tiene importancia.

—Ha sido un día difícil —prosiguió su padre, e hizo un ademán con el vaso vacío—. ¿Por qué no lo olvidamos todo? —Habló como si se le acabara de ocurrir esta grandiosa y lógica idea.

—Yo ya lo he olvidado.

—Bien. —Había alivio en su voz—. Ahora conviene que duermas un poco, ¿no? Mañana tendrás que dar algunas explicaciones y pasar algunos exámenes.

—Supongo que sí —asintió Jake—. ¿Cómo está mamá?

—Bien. Bien. Me voy al estudio. Tengo un montón de papeleo por resolver esta noche.

—¿Papá?

Su padre volvió la cabeza hacia él con aire cauteloso.

—¿Cuál es tu segundo nombre?

La expresión de su padre le dijo a Jake que había visto la nota de la redacción final pero no se había molestado en leer la composición en sí ni el comentario de la señorita Avery.

—No tengo segundo nombre —respondió—. Sólo una inicial, como Harry S. Truman. Salvo que la mía es una R. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad —dijo Jake.

Consiguió mantener la compostura hasta que su padre salió del cuarto, pero en cuanto hubo cerrado la puerta, Jake se echó sobre la cama y hundió la cara en la almohada para sofocar otro acceso de risa frenética.

Cuando estuvo seguro de que el ataque había pasado (aunque todavía le subía por la garganta alguna que otra risita incontenible) y de que su padre estaba bien encerrado en el estudio con sus cigarrillos, su whisky escocés, sus papeles y su frasquito de polvos blancos, Jake regresó al escritorio, encendió la lámpara de mesa y abrió *Charlie el Chu-Chú*. Un breve vistazo a la página de créditos le permitió saber que el libro se había publicado por primera vez en 1952; su ejemplar correspondía a la cuarta edición. Luego miró la contraportada, pero no encontró ninguna información sobre Beryl Evans, la autora.

Jake volvió al principio, contempló la imagen de un hombre de cabello rubio que sonreía desde la cabina de una locomotora de vapor, estudió la sonrisa orgullosa del hombre y empezó a leer.

Bob Brooks era un maquinista de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio que cubría la línea de St. Louis a Topeka. El maquinista Bob era el mejor empleado que la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio había tenido jamás, y Charlie era su mejor tren.

Charlie era una locomotora de vapor 402 Big Boy, y el maquinista Bob era la única persona a la que se le había permitido sentarse ante sus mandos y hacer sonar el silbato. Todos conocían el UUU-UUU del silbato de Charlie, y cada vez que lo oían resonar sobre las vastas llanuras de Kansas decían: «¡Ahí van Charlie y al maquinista Bob, el equipo más rápido que hay entre St. Louis y Topeka!»

Los niños y las niñas salían corriendo al patio para ver pasar a Charlie y al maquinista Bob. El maquinista Bob sonreía y les saludaba con la mano, y ellos sonreían y le devolvían el saludo.

El maquinista Bob tenía un secreto especial. Era el único que sabía que Charlie el Chu-Chú estaba vivo de verdad, de verdad. Un día, mientras corrían por la línea de St. Louis a Topeka, el maquinista Bob oyó que alguien cantaba con voz muy queda y suave.

—¿Quién está aquí conmigo en la cabina? —preguntó el maquinista Bob con severidad.

—Tendrías que ir a ver a un psiquiatra, maquinista Bob —musitó Jake, y volvió la página. En la siguiente aparecía un dibujo de Bob agachado para mirar bajo la caldera automática de Charlie el Chu-Chú. Jake se preguntó quién conducía el tren y se aseguraba de que no hubiera vacas en las vías (por no hablar de niños y niñas) mientras Bob buscaba polizones, y llegó a la conclusión de que Beryl Evans no sabía mucho de trenes.

—No te preocupes —respondió una vocecita ronca—. Sólo soy yo.

—¿Y quién es «yo»? —insistió el maquinista Bob. Habló con su voz más ronca y severa, porque aún creía que alguien le estaba tomando el pelo.

—Charlie —dijo la vocecita ronca.

—¡Esta sí que es buena! —se burló el maquinista Bob—. ¡Los trenes no hablan! Puede que no sepa mucho, pero eso sí que lo sé. Si eres Charlie, supongo que podrás hacer sonar tu propio silbato.

—Pues claro —le aseguró la vocecita ronca, y en el mismo instante el silbato emitió su poderoso sonido, que voló sobre las llanuras de Missouri: ¡UUU-UUU!

—¡Cielos! —exclamó el maquinista Bob—. ¡Realmente eres tú!

—Ya te lo había dicho —contestó Charlie el Chu-Chú.

—¿Cómo es que nunca me había dado cuenta de que estabas vivo? —preguntó el maquinista Bob—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Entonces Charlie le cantó esta canción al maquinista Bob, con su vocecita ronca:

*No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.
Sólo soy un simple tren chu-chú
y siempre lo seré.
Sólo quiero correr y correr
bajo el brillante cielo azul
y ser un tren chu-chú feliz
hasta el día que me muera.*

—¿Querrás hablar conmigo mientras corramos por la vía? —le preguntó el maquinista Bob—. Me gustaría mucho.

—A mí también —dijo Charlie—. Te quiero, maquinista Bob.

—Yo también te quiero, Charlie —dijo el maquinista Bob, y entonces, para demostrar lo feliz que era, también él hizo sonar el silbato. ¡UUU-UUU! Charlie jamás había silbado tan fuerte y tan bien, y todos los que lo oyeron salieron a ver.

La ilustración que acompañaba este párrafo era parecida a la de la portada. En todas las anteriores (eran dibujos toscos que a Jake le recordaban las ilustraciones del libro de cuentos que prefería cuando era pequeño, *Mike Mulligan y su pala mecánica*), la locomotora era sólo una locomotora; alegre, sin duda atractiva para los niños de los años cincuenta que constituían el público al que iba destinado aquel libro, pero nada más que una máquina. En cambio, en este grabado tenía rasgos claramente humanos, y eso le produjo a Jake un profundo escalofrío, pese a la sonrisa de Charlie y a la exagerada afabilidad del relato. Jake no se fiaba de aquella sonrisa.

Recogió su redacción final y la recorrió rápidamente con la vista. «Blaine podría ser peligroso —leyó—. No sé si ésa es la verdad o no.» Cerró la carpeta, tamborileó pensativamente con los dedos durante unos instantes y enseguida regresó a *Charlie el Chu-Chú*.

El maquinista Bob y Charlie pasaron muchos días felices los dos juntos y hablaron de muchas cosas. El maquinista Bob vivía solo, y Charlie era el primer amigo verdadero que había tenido desde que su esposa murió en Nueva York, mucho tiempo antes. Luego, un día, cuando Charlie y el maquinista Bob llegaron a la estación de clasificación que la compañía tenía en St. Louis, encontraron una máquina diésel nuevecita en el hangar de Charlie. ¡Y vaya máquina diésel! ¡Cinco mil caballos de vapor! ¡Enganches de acero inoxidable! ¡Motores de tracción hechos en la Fábrica de Motores de Utica, en Utica, Nueva York! Y por si fuera poco, detrás del generador había tres ventiladores para refrigerar el radiador de color amarillo canario.

—¿Qué es esto? —preguntó el maquinista Bob con voz preocupada, pero Charlie se limitó a cantar de nuevo, con la voz más ronca que nunca:

*No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.*

*Sólo soy un simple tren chu-chú
y siempre lo seré.*

*Sólo quiero correr y correr
bajo el brillante cielo azul
y ser un tren chu-chú feliz
hasta el día que me muera.*

Se les acercó el señor Briggs, el director de la estación.

—Es una espléndida locomotora diésel —reconoció el maquinista Bob—, pero tendrá que retirarla del hangar de Charlie, señor Briggs. Necesita una lubricación general esta misma tarde.

—Charlie ya no volverá a necesitar que lo lubriquen, maquinista Bob —le contestó el señor Briggs con tristeza—. Esta máquina ha venido a sustituirlo: una locomotora diésel Burlington Zephyr, completamente nuevecita. En su tiempo, Charlie fue la mejor locomotora del mundo, pero ahora se ha hecho vieja y tiene fugas en la caldera. Me temo que le ha llegado la hora de jubilarse.

—¡Tonterías! —El maquinista Bob estaba furioso—. ¡Charlie aún está lleno de vigor y energía! ¡Enviaré un telegrama a las oficinas centrales de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio! ¡Yo mismo telegrafiaré al presidente, el señor Raymond Martin! Lo conozco personalmente, porque una vez me impuso la Medalla al Mérito en el Trabajo, y luego Charlie y yo nos llevamos a su hijita a dar una vuelta. Le dejé tirar del silbato, y Charlie sopló más fuerte que nunca para que estuviera contenta.

—Lo siento, Bob —dijo el señor Briggs—, pero fue el propio señor Martin quien encargó la nueva locomotora diésel.

Y era verdad. Así que Charlie el Chu-Chú fue desviado a una vía muerta en el rincón más remoto de la estación de St. Louis para que se oxidara entre las hierbas. En lugar del silbato de

Charlie, en la línea de St. Louis a Topeka se oía ahora el ¡HONNNK! ¡HONNNK! de la Burlington Zephyr.

Una familia de ratones se había instalado en el asiento que con tanto orgullo ocupaba antes el maquinista Bob, y en la chimenea anidaba una familia de golondrinas. Charlie estaba solo y muy triste. Añoraba los rieles de acero, el brillante cielo azul y los grandes espacios abiertos. A veces, bien entrada la noche, pensaba en todas estas cosas y derramaba oscuras lágrimas aceitosas. Las lágrimas oxidaron su excelente faro Stratham, pero a Charlie le daba igual porque ahora el faro Stratham era viejo y estaba siempre apagado.

El señor Martin, el presidente de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio, escribió al maquinista Bob para ofrecerle el asiento del conductor de la nueva Burlington Zephyr. «Es una magnífica locomotora, Bob —le decía el señor Martin en su carta—, llena a rebosar de vigor y energía, y tendría que conducirla usted. De todos los maquinistas que trabajan para la compañía, usted es el mejor. Y mi hija Susannah no ha olvidado que le dejó hacer sonar el silbato de la vieja Charlie.»

Pero el maquinista Bob dijo que si no podía conducir a Charlie, sus días de ferroviario habían terminado. «No sería capaz de entender a esa nueva locomotora diésel tan buena —respondió—, ni ella podría entenderme a mí.»

De modo que le encomendaron la tarea de limpiar los motores en los talleres de la estación de St. Louis, y el maquinista Bob se convirtió en el limpiador Bob. A veces, los otros maquinistas que conducían las flamantes locomotoras diésel se reían de él. «¡Mirad a ese viejo tonto! —se burlaban—. ¡No comprende que el mundo se ha movido hacia delante!»

A veces, bien entrada la noche, el maquinista Bob iba al rincón más remoto de la estación, donde Charlie el Chu-Chú languidecía en las vías oxidadas del apartadero que se había convertido en su hogar. Le crecían hierbajos entre las ruedas, y su faro estaba oscuro y oxidado. El maquinista Bob siempre le hablaba, pero Charlie respondía cada vez menos. Muchas veces no decía absolutamente nada.

Una noche al maquinista Bob se le ocurrió una idea espantosa.

—¿Estás muriéndote, Charlie? —le preguntó, y Charlie respondió con la voz más ronca que nunca:

*No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.
Sólo soy un simple tren chu-chú
y siempre lo seré.
Ahora que no puedo correr y correr
bajo el brillante cielo azul,
supongo que me quedaré aquí parado
hasta que por fin me muera.*

Jake contempló durante mucho rato la imagen que ilustraba este giro de los acontecimientos, no del todo inesperado. Tal vez sí que se podía calificar de tosco, pero aun así era un dibujo excelente. Charlie parecía viejo, abatido y olvidado. El maquinista Bob daba la impresión de haber perdido a su único amigo, como en verdad era el caso, según el relato. Al llegar a este punto, a Jake le resultó fácil imaginarse a los niños de todo el país llorando a lágrima viva, y se le ocurrió pensar que había muchísimos cuentos infantiles con esta clase de situaciones, situaciones que hacían llover ácido sobre las emociones de uno. Hansel y Gretel abandonados en el bosque, la mamá de Bambi asesinada por un cazador, y muchísimos ejemplos más. Era fácil impresionar a los niños pequeños, era fácil hacerlos llorar, y al parecer eso despertaba una vena extrañamente sádica en muchos narradores, entre los que al parecer se contaba Beryl Evans.

Pero Jake descubrió que a él no le entristecía el destierro de Charlie a las soledades herbosas de los límites exteriores del depósito de locomotoras de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio. Todo lo contrario. «Bueno —pensó—. Ése es el lugar que le corresponde, porque es peligroso. Que se quede ahí hasta que se pudra; no me fío ni un pelo de esa lagrimita que le asoma. Dicen que los cocodrilos también lloran.»

Leyó rápidamente el resto del cuento. Tenía un final feliz, por supuesto, aunque no cabía ninguna duda de que era aquel momento de desesperación en la vía muerta lo que los niños recordaban por más tiempo, mucho después de que el final feliz se les hubiera borrado de la mente. El señor Martín, el presidente de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio, acudía a St. Louis para supervisar los trabajos y tenía intención de regresar aquella misma tarde a Topeka en la Burlington Zephyr para asistir al primer recital de piano que daba su hija. Pero la Zephyr se negaba a arrancar. Por lo visto, alguien había echado agua en el depósito de combustible. «¿Fuiste tú quien le echó agua en el depósito, maquinista Bob? —se preguntó Jake—. ¡Seguro que fuiste tú, viejo zorro!»

¡Todos los demás trenes estaban de servicio! ¿Qué se podía hacer?

Alguien tiró de la manga del señor Martín. Era Bob el limpiador, sólo que su apariencia no era la de un limpiador de motores. Se había quitado el traje de faena manchado de grasa y se había puesto un mono limpio. Y en la cabeza llevaba su antigua gorra de maquinista.

—Charlie está ahí mismo, en ese apartadero —le anunció—. Charlie le llevará a Topeka, señor Martín. Charlie llegará a tiempo para el concierto de piano de su hija.

—¿Esa antigualla? —bufó el señor Briggs—. ¡A la puesta del sol, Charlie aún estaría a cien kilómetros de Topeka!

—Charlie puede hacerlo —insistió el maquinista Bob—. Le he estado limpiando el motor y la caldera en mis ratos libres, ¿sabe?

—Haremos la prueba —decidió el señor Martín—. Sentiría mucho perderme el primer recital de Susannah!

Charlie estaba listo para partir; el maquinista Bob le había llenado el ténder de carbón, y el horno estaba tan caliente que tenía las paredes al rojo. Bob ayudó al señor Martín a subir a la cabina e hizo salir a Charlie en marcha atrás de aquel apartadero olvidado y polvoriento hasta dejarlo en la vía principal por primera vez desde hacía años. Una vez allí, mientras engranaba la Primera Adelante, tiró del cordón y Charlie lanzó su valeroso grito de siempre: ¡UUU-UUU!

En todo St. Louis los niños oyeron ese grito y salieron corriendo al patio para ver pasar a la vieja y oxidada locomotora. «¡Mirad! —gritaban—. ¡Es Charlie! ¡Charlie el Chu-Chú ha vuelto! ¡Hurra!» Todos les saludaron con la mano, y mientras Charlie salía echando vapor de la ciudad, cogiendo velocidad, hizo sonar él mismo su propio silbato como en los viejos tiempos:

¡UUUU-UUU!

¡Tracatrac-tracatrac!, hacían las ruedas de Charlie.

¡Chuf-chuf!, hacía el humo de la chimenea de Charlie.

¡Brump-brump!, hacía el transportador que iba echando carbón al horno.

¡Que hablen de vigor! ¡Que hablen de energía! ¡Córcholis, cáspita y recáspita! ¡Charlie jamás había corrido tan deprisa! ¡El paisaje pasaba zumbando como una mancha borrosa! ¡Adelantaban a los automóviles de la Nacional 41 como si estuvieran parados!

—¡Yuujuuu! —gritó el señor Martín, agitando el sombrero en el aire—. ¡Menuda locomotora, Bob! ¡No sé por qué la retiramos! ¿Cómo te las arreglas para mantener cargado el transportador de carbón a esta velocidad?

El maquinista Bob se limitó a sonreír, porque sabía que Charlie se alimentaba a sí mismo. Y por debajo del tracatrac-tracatrac, del chuf-chuf y del brump-brump, oía a Charlie cantar su vieja canción con su voz queda y ronca:

*No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.*

*Sólo soy un simple tren chu-chú
y siempre lo seré.*

Sólo quiero correr y correr

bajo el brillante cielo azul

y ser un tren chu-chú feliz

hasta el día que me muera.

Charlie llevó al señor Martín al recital de piano de su hija con tiempo de sobra

(naturalmente) y Susannah tuvo una alegría enorme al ver de nuevo a su viejo amigo Charlie (naturalmente) y volvieron todos juntos a St. Louis, y Susannah no paró de hacer sonar el silbato en todo el camino. El señor Martín les consiguió un contrato a Charlie y al maquinista Bob para que pasearan a los niños por el Parque de Atracciones del Mundo Medio que acababan de inaugurar en California, y allí podréis encontrarlos todavía hoy, paseando a niños risueños por ese mundo de luces, música y diversión buena y sana. El maquinista Bob tiene el cabello blanco, y Charlie ya no habla tanto como antes, pero aún les queda mucho vigor y energía a los dos, y de vez en cuando los niños oyen cantar a Charlie su vieja canción con su vocecita ronca de siempre.

FIN

—No me hagas preguntas tontas, no quiero entrar en juegos tontos —musitó Jake contemplando la última ilustración. En ella se veía a Charlie el Chu-Chú arrastrando dos vagones de pasajeros adornados con banderolas y llenos de alegres chiquillos que iban de las montañas rusas a la noria. El maquinista Bob estaba sentado en la cabina, tirando del cordón del silbato, y parecía tan feliz como un cerdo en la mierda. Jake se imaginó que la sonrisa del maquinista Bob pretendía reflejar una felicidad suprema, pero a él se le antojaba más bien la mueca de un lunático. De hecho, tanto Charlie como el maquinista Bob tenían aspecto de lunáticos... y cuanto más se fijaba Jake en los niños, más le parecía que sus caras expresaban un verdadero terror. «Que nos dejen bajar de este tren —parecían decir aquellas caras—. Por favor, que nos dejen bajar vivos de este tren.»

«Y ser un tren chu-chú feliz hasta el día que me muera.»

Jake cerró el libro y lo contempló reflexivamente. Después, volvió a abrirlo y empezó a pasar las páginas, encerrando en un círculo ciertas palabras y frases que parecían reclamar su atención.

«La Compañía Ferroviaria del Mundo Medio... El maquinista Bob... Una vocecita ronca... UUU-UUU... El primer amigo verdadero que había tenido desde que su esposa murió en Nueva York, mucho tiempo antes... El señor Martín... El mundo se ha movido... Susannah...»

Dejó la pluma a un lado. ¿Por qué estas palabras y frases reclamaban su atención? La que se refería a Nueva York parecía bastante clara, pero ¿y las demás? Y, para el caso, ¿por qué ese libro? De lo que no cabía ninguna duda era de que había existido el propósito de que lo comprara. Si no hubiera llevado dinero encima, Jake estaba seguro de que igualmente habría agarrado el libro y habría huido de la tienda a la carrera. Pero ¿por qué? Tenía la sensación de ser como la aguja de una brújula: la aguja no sabe nada del norte magnético; sólo sabe que debe apuntar en cierta dirección, le guste o no.

Lo único que Jake sabía con certeza era que estaba muy, muy cansado, y que si no se acostaba enseguida iba a quedarse dormido ante el escritorio. Se quitó la camisa y, mientras lo hacía, volvió a contemplar la portada de *Charlie el Chu-Chú*.

Aquella sonrisa... No se fiaba de aquella sonrisa.

Ni un pelo.

El sueño no llegó tan pronto como esperaba. Las voces empezaron a discutir de nuevo si estaba vivo o muerto, y no le dejaban dormir. Finalmente se incorporó en la cama con los ojos cerrados y los puños apretados contra las sienas.

«¡Basta! —les gritó—. ¡Dejadlo ya! ¡Habéis estado calladas todo el día! ¡Callad de nuevo!»

«Callaría si él fuera capaz de reconocer que estoy muerto», dijo una de las voces en tono hosco.

«Callaría si él fuera capaz de echar una puñetera mirada alrededor y reconocer que es evidente que estoy vivo», replicó al instante la otra.

Jake estaba a punto de lanzar un alarido. Era imposible contenerlo; lo sentía subir por la garganta como una bocanada de vómito. Abrió los ojos, vio los pantalones doblados sobre la silla del escritorio, y de pronto tuvo una idea. Saltó de la cama, se acercó a la silla y metió la mano en el bolsillo derecho de los pantalones.

La llave de plata seguía allí, y en el mismo instante en que cerró los dedos sobre ella cesaron las voces.

«Díselo —pensó, sin tener la menor idea de a quién iba dirigido el pensamiento—. Dile que coja la llave. La llave hace callar las voces.» Volvió a la cama y se quedó dormido con la llave en la mano tres minutos después de que su cabeza tocara la almohada.

III. PUERTA



Y DEMONIO

1

Eddie estaba casi dormido cuando una voz le habló claramente al oído: «Dile que coja la llave. La llave hace callar las voces.»

Se incorporó de golpe y dirigió una mirada frenética a su alrededor. Susannah dormía profundamente junto a él; esa voz no había sido la de ella.

Ni de nadie, al parecer. Llevaban ya ocho días caminando por el bosque, siguiendo el camino del Haz, y aquella tarde habían acampado en la angosta hendidura de un valle recóndito. Cerca de ellos, a su izquierda, rugía un torrente impetuoso que discurría en la misma dirección que ellos: hacia el sudeste. A la derecha, una empinada ladera cubierta de abetos. No había intrusos allí; sólo Susannah dormida y Rolando despierto. Eddie se sentó, acurrucado bajo la manta al borde del torrente y con la vista fija en la oscuridad.

«Dile que coja la llave. La llave hace callar las voces.»

Sólo vaciló un instante. Lo que estaba en la balanza era la cordura de Rolando y la balanza se desplazaba cada vez más hacia el lado malo, y lo peor de todo el asunto era esto: nadie lo sabía mejor que el propio Rolando. A aquellas alturas, Eddie estaba dispuesto a aferrarse a cualquier brizna de esperanza.

Su almohada era un rectángulo de piel de venado doblada. Metió la mano bajo ella y sacó un bulto envuelto en un pedazo de cuero sin curtir. Se aproximó a Rolando, y le turbó constatar que el pistolero no advirtió su presencia hasta que llegó a menos de cuatro pasos de su espalda desprotegida. Había habido un tiempo —y de ello no hacía tanto— en que Rolando hubiera sabido que Eddie estaba despierto antes incluso de que Eddie se incorporase. Habría percibido el cambio en su respiración.

«Estaba más alerta allá en la playa, cuando estaba medio muerto por los mordiscos de aquellos monstruos langosta», pensó Eddie sombríamente.

Rolando volvió por fin la cabeza y lo miró de soslayo. Tenía los ojos brillantes por el dolor y el cansancio, pero Eddie advirtió que estas cosas sólo le prestaban un fulgor superficial. Por debajo, percibió una creciente confusión que casi con toda certeza se convertiría en demencia si seguía desarrollándose sin trabas. La compasión hizo que se le encogiera el corazón.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Rolando. Su voz era lenta, casi drogada.

—Estaba casi dormido, y de pronto me he despertado —dijo Eddie—. Escucha...

—Creo que estoy preparándome a morir.—Rolando se volvió hacia Eddie. El brillante fulgor abandonó sus ojos, y ahora mirarlos era como contemplar dos profundos y oscuros pozos que no parecían tener fondo. Eddie se estremeció, más por aquella mirada vacía que por lo que Rolando acababa de decir—. ¿Y sabes qué espero hallar en el claro donde termina el camino?

—Rolando...

—Silencio —respondió Rolando a su propia pregunta, y exhaló un polvoriento suspiro—. Sólo silencio. Eso será suficiente. El fin de... esto.

Se apretó las sienes con los puños cerrados, y Eddie pensó: «He visto hacer lo mismo a otra persona, y no hace mucho. Pero ¿quién? ¿Dónde?»

Era absurdo, desde luego; no había visto a nadie más que a Rolando y a Susannah desde hacía cerca de dos meses. Pero, aun así, tenía la sensación de que era cierto.

—He estado haciendo una cosa, Rolando —dijo Eddie. Rolando asintió con la cabeza. La sombra de una sonrisa le rozó los labios.

—Ya sé. ¿De qué se trata? ¿Por fin estás dispuesto a decirlo?

—Creo que podría ser parte de este asunto del *ka-tet*.

La expresión ausente desapareció de los ojos de Rolando. Contempló a Eddie con aire pensativo, pero no dijo nada.

—Mira. —Eddie empezó a desenvolver el pedazo de cuero.

«¡No servirá de nada! —bramó de pronto la voz de Henry. Era tan intensa que Eddie hasta se encogió un poco y todo—. ¡Sólo es un estúpido madero tallado! ¡Le echará un vistazo y se echará a reír! ¡Se reirá de ti! "¡Ay, mira esto!", dirá. "¿El mariquita ha tallado una figura?"»

—Cierra el pico —masculló Eddie.

El pistolero enarcó las cejas.

—No te lo digo a ti.

Rolando, sin sorprenderse, esbozó un gesto de asentimiento.

—Tu hermano acude a ti con frecuencia, ¿verdad, Eddie?

Por un instante Eddie se lo quedó mirando sin responder, la talla todavía oculta en el recuadro de cuero. Luego sonrió. No fue una sonrisa muy agradable.

—No con tanta frecuencia como antes, Rolando. Gracias a Dios por los pequeños favores.

—Sí —admitió Rolando—. Demasiadas voces son un peso gravoso para el corazón de un hombre... ¿Qué es, Eddie? Enséñamelo, por favor.

Eddie le mostró el trozo de fresno. La llave, casi completa, surgía de él como la cabeza de una mujer de la proa de un velero... o la empuñadura de una espada de un pedazo de roca. Eddie no sabía hasta qué punto había conseguido reproducir la forma de la llave que había visto en el fuego (ni lo sabría nunca, pensó, a menos que encontrase la cerradura adecuada en que probarla), pero creía que se había aproximado bastante. De una cosa estaba seguro: era la mejor talla que jamás hubiera hecho. Con mucho.

—¡Por los Dioses, Eddie, qué hermosa es! —exclamó Rolando. La apatía había desaparecido de su voz; habló en un tono de reverencia sorprendida que Eddie no le había oído nunca—. ¿Está terminada? Todavía no, ¿verdad?

—No, no del todo. —Deslizó el pulgar sobre la tercera muesca, y luego sobre la curvatura de la última—. Aún hay que pulir un poco más esta muesca, y la curva del final no es como debe ser. No sé cómo lo sé, pero es así.

—Ese es tu secreto. —No fue una pregunta.

—Sí. Ojalá supiera qué significa.

Rolando miró en torno. Eddie siguió su mirada y vio a Susannah. Le procuró cierto alivio que Rolando la hubiera oído antes que él.

—¿Qué estáis haciendo a estas horas? ¿Pegando la hebra? —Susannah vio la llave de madera que Eddie tenía en la mano y asintió—. Ya me preguntaba cuándo te decidirías a enseñárnosla. Es buena, de veras. No sé para qué sirve, pero es extraordinariamente buena.

—¿No tienes ni la menor idea de qué puerta podría abrir? —le preguntó Rolando a Eddie—. ¿Eso no fue parte de tu *khef*?

—No. Pero podría servir para algo, aunque no esté terminada. —Le ofreció la llave a Rolando—. Quiero que la guardes tú.

Rolando no hizo ademán de cogerla. Contempló a Eddie con fijeza.

—¿Por qué?

—Porque..., bueno..., porque creo que alguien me ha dicho que te la dé.

—¿Quién?

«Tu chico —pensó Eddie de repente, y nada más pensarlo se dio cuenta de que era la verdad—. Fue tu maldito chico.»

Pero no quiso decirlo. No quería mencionar para nada el nombre del muchacho, por miedo a que Rolando se desquiciara de nuevo.

—No lo sé. Pero creo que deberías hacer la prueba.

Rolando alargó poco a poco la mano hacia la llave. Al tocarla con los dedos pareció que un centelleo trémulo la recorría de extremo a extremo, pero desapareció tan deprisa que Eddie no tuvo la certeza de haberlo visto.

La mano de Rolando se cerró sobre la llave que surgía de la rama. Al principio pareció que su rostro no reflejaba nada, pero enseguida frunció la frente y ladeó la cabeza en actitud de escucha.

—¿Qué pasa? —quiso saber Susannah—. ¿Oyes...?

—¡Shhhh! —En el rostro de Rolando, la perplejidad iba dando paso a un pasmo maravillado. Miró de Eddie a Susannah y otra vez a Eddie. Sus ojos empezaban a llenarse de una gran emoción, como una jarra se llena de agua cuando se la sumerge en un manantial.

—¿Rolando? —le interpeló Eddie, desasosegado—. ¿Estás bien?

Rolando susurró algo. Eddie no alcanzó a oír lo que decía.

Susannah estaba asustada. Se volvió frenéticamente hacia Eddie y lo miró como preguntándole «¿Qué le has hecho?»

Eddie le cogió una mano entre las suyas.

—Creo que va bien.

Rolando aferraba el trozo de madera con tanta fuerza que Eddie temió que fuera a quebrarlo, pero la madera era resistente y Eddie había tallado grueso. Al pistolero se le hizo un nudo en la garganta; la nuez subía y bajaba en su lucha por hablar. Y de súbito le gritó al cielo con voz limpia y potente:

—¡HAN CALLADO! ¡LAS VOCES HAN CALLADO!

Volvió la cara hacia ellos y Eddie vio algo que no esperaba ver en su vida, ni aunque esa vida durara más de mil años.

Rolando de Galaad lloraba.

2

Aquella noche el pistolero durmió profundamente y sin sueños por primera vez en meses. Y durmió con la llave, aún no del todo terminada firmemente sujeta en la mano.

En otro mundo, pero bajo la sombra del mismo *ka-tet*, Jake Chambers tenía el sueño más vívido de su vida.

Iba andando por entre los restos enmarañados de un antiguo bosque; una zona muerta, de árboles caídos y molestos matorrales medio raquíticos que le mordían los tobillos e intentaban robarle las zapatillas. Llegó a una estrecha franja de arbolado más joven (alisos, conjeturó, o acaso hayas; era un chico de ciudad y lo único que sabía seguro sobre los árboles era que algunos tenían hojas y otros agujas) y encontró una senda que la cruzaba. Echó a andar por ella, avanzando un poco más deprisa. Más adelante había una especie de claro.

Se detuvo una vez antes de llegar a él, cuando divisó una especie de mojón de piedra a su derecha. Dejó la senda para examinarlo de cerca. Tenía letras grabadas, pero tan erosionadas que no se las podía distinguir. Finalmente cerró los ojos (era la primera vez que los cerraba en un sueño) y las fue siguiendo una a una con las yemas de los dedos, como un ciego que leyera en Braille. Las letras se fueron formando en la oscuridad de detrás de sus párpados hasta componer una frase que se destacaba en contornos de luz azul:

VIAJERO, AQUÍ EMPIEZA EL MUNDO MEDIO

Dormido en su cama, Jake encogió las rodillas contra el pecho. La mano que sujetaba la llave estaba debajo de la almohada, y sus dedos la apretaron con más fuerza.

«El Mundo Medio —pensó—, naturalmente. St. Louis y Topeka y Oz y la Exposición Mundial y Charlie el Chu-Chú.»

Abrió los ojos del sueño y siguió adelante. El claro que se abría tras los árboles estaba pavimentado con viejo asfalto agrietado. En su centro habían pintado una descolorida circunferencia amarilla. Jake se dio cuenta de que era un campo de baloncesto incluso antes de ver al muchacho que jugaba en el extremo más lejano, junto a la línea de personal, haciendo canastas con una vieja y polvorienta pelota Wilson que una y otra vez cruzaba limpiamente el aro sin red. El aro estaba fijado en algo que parecía un quiosco del metro cerrado para la noche. La puerta estaba pintada en franjas diagonales que alternaban el amarillo y el negro. Desde el otro lado —o quizá por debajo de ella— le llegó a Jake el ronroneo continuado de una poderosa maquinaria. Era un sonido en cierto modo inquietante. Asustaba.

«No pises los robots —le advirtió el chico de la pelota sin mirar hacia él—. Me parece que están todos muertos, pero yo en tu lugar no me arriesgaría.»

Jake miró en derredor y vio unos cuantos aparatos mecánicos esparcidos por el suelo. Uno parecía una rata o un ratón; otro, un murciélago. Una serpiente mecánica yacía casi a sus pies en dos pedazos oxidados.

«¿Eres yo?», preguntó Jake, y dio un paso hacia el chico de la pelota, pero ya antes de que se volviera se dio cuenta de que no era así. El chico era más corpulento que Jake, y debía de tener al menos trece años. También su cabello era más oscuro y, cuando miró a Jake, éste pudo ver que el desconocido tenía los ojos de color avellana. Los suyos eran azules.

«¿A ti qué te parece?», replicó el desconocido, lanzándole un pase con rebote.

«No, claro que no —contestó Jake en tono de disculpa—. Pero es que me he pasado las últimas tres semanas o así partido en dos.» Se agachó y lanzó desde la mitad de la pista. El balón describió un arco muy alto y cayó en silencio a través del aro. Jake quedó encantado..., pero descubrió que también temía lo que pudiera decirle aquel muchacho desconocido.

«Ya lo sé —asintió el muchacho—. Ha sido un mal trago, ¿verdad? —Llevaba unos descoloridos pantalones cortos de cuadros y una camiseta amarilla con la leyenda NUNCA HAY UN MOMENTO ABURRIDO EN EL MUNDO MEDIO. Se había atado un pañuelo verde a la frente para que no le cayera el pelo sobre los ojos—. Y aún han de empeorar las cosas antes de que empiecen a mejorar.»

«¿Qué sitio es éste? —preguntó Jake—. ¿Quién eres?»

«Es el Pórtico del Oso..., pero también es Brooklyn.»

Esto no parecía tener ningún sentido, pero en cierto modo lo tenía. Jake se dijo que las cosas siempre eran así en los sueños, pero lo cierto era que aquello no daba la sensación de ser un

sueño.

«En cuanto a mí, yo no soy muy importante —dijo el muchacho. Lanzó la pelota hacia atrás por encima del hombro. El balón se elevó y cayó a través del aro sin rozarlo—. Se supone que he de guiarte, nada más. Te llevaré adonde tienes que ir y te enseñaré lo que tienes que ver, pero tendrás que ir con cuidado porque no te conoceré. Y a Henry le ponen nervioso los desconocidos. Puede hacer maldades cuando está nervioso, y es más grande que tú.»

«¿Quién es Henry?», preguntó Jake.

«Da igual. Tú procura que no se fije en ti. Lo único que has de hacer es estar por ahí... y seguirmos. Luego, cuando nos vayamos...»

El muchacho miró a Jake. En sus ojos había piedad y miedo a la vez. Jake advirtió de pronto que el chico empezaba a difuminarse: podía ver las barras negras y amarillas de la caja a través de la camiseta que llevaba puesta.

«¿Cómo te encontraré?» Jake se sintió aterrorizado de pronto ante la posibilidad de que el muchacho se desvaneciera por completo antes de que pudiera decirle todo lo que necesitaba saber.

«Es fácil —dijo el muchacho. Su voz había adquirido una extraña resonancia... Coge el metro a Co-Op City. Allí me encontrarás.»

«¡No, no te encontraré! —protestó Jake—. ¡Co-Op City es enorme! ¡Deben vivir al menos cien mil personas allí!»

El muchacho apenas era ya un contorno lechoso. Sólo sus ojos avellana seguían completamente presentes, como la sonrisa del gato de Cheshire en Alicia. Y contemplaban a Jake con compasión e inquietud.

«Es fácil —repitió—. Encontraste la llave y la rosa, ¿no? Me encontrarás de la misma manera. Esta tarde, Jake. Supongo que hacia las tres. Tendrás que apresurarte e ir con cuidado. —El muchacho espectral, con una pelota de baloncesto junto a un pie transparente, hizo una pausa. Ahora tengo que irme..., pero me ha gustado conocerte. Pareces un buen chico, y no me extraña que te quiera. Pero hay peligro. Ten cuidado... y apresúrate.»

«¡Espera! —gritó Jake, y se echó a correr por la pista de baloncesto hacia el muchacho que se esfumaba. Tropezó con un robot que parecía un tractor de juguete. Trastabilló y cayó de rodillas, y se le rasgaron los pantalones. Hizo caso omiso de la ligera quemadura del dolor—. ¡Espera! ¡Tienes que decirme de qué va todo esto! ¡Tienes que decirme por qué me están pasando todas estas cosas!»

«Es por el Haz —replicó el muchacho, que ya sólo era unos ojos flotantes— y por la Torre. Al final, todas las cosas, incluso los Haces, sirven a la Torre Oscura. ¿Te creías distinto?»

Jake agitó los brazos y volvió a ponerse en pie.

«¿Lo encontraré? ¿Encontraré al pistolero?»

«No lo sé —respondió el muchacho. Su voz parecía llegar desde un millón de kilómetros—. Sólo sé que debes intentarlo. Ahí no te queda otra elección.»

El muchacho desapareció por completo. La pista de baloncesto rodeada de bosque estaba vacía. Lo único que se oía era el leve runrún de la maquinaria, y a Jake no le gustaba nada. Daba la impresión de que algo andaba mal con ese sonido, y pensó que lo que le pasaba a la maquinaria era lo que estaba afectando a la rosa, o viceversa. De alguna manera estaba todo relacionado.

Cogió la pelota vieja y gastada y la lanzó hacia el aro. La pelota lo cruzó limpiamente... y desapareció.

«Un río —dijo como un suspiro el muchacho desconocido. Era como un hálito de brisa. Venía de ninguna parte y de todas partes a la vez—. La respuesta es un río.»

4

Jake despertó con la primera claridad lechosa del alba y miró el techo de su habitación. Pensaba en aquel tipo al que había conocido en el Restaurante de la Mente, Aaron Deepneau, que ya andaba por la calle Bleecker cuando Bob Dylan sólo sabía tocar un sol en su armónica Hohner. Aaron Deepneau le había propuesto una adivinanza.

*¿Qué puede correr pero nunca anda,
tiene boca pero nunca habla,
tiene lecho pero nunca duerme,
tiene cabecera pero no cabeza?*

Ya conocía la respuesta. Un río corre; un río tiene boca; un río tiene lecho; un río tiene cabecera. El muchacho le había dado la respuesta. El muchacho del sueño.

Y de repente pensó en otra cosa que le había dicho Aaron Deepneau: «Eso sólo es la mitad de la respuesta. La adivinanza de Sansón es doble, amigo mío.»

Jake miró el reloj de la mesita de noche y comprobó que eran las seis y veinte. Hora de empezar a moverse si quería marcharse de allí antes de que despertaran sus padres. Aquel día tampoco habría escuela para él. Jake pensó que, por lo que a él se refería, quizá la escuela había quedado cancelada para siempre.

Echó a un lado la ropa de cama, posó los pies en el suelo y vio que tenía rasguños en las rodillas. Rasguños recientes. El día anterior se había magullado el lado izquierdo al caer sobre los ladrillos y se había golpeado la cabeza cuando cayó ante la rosa, pero no se había hecho nada en las rodillas.

—Esto me ha pasado en el sueño —susurró Jake, y descubrió que no le extrañaba lo más mínimo. Empezó a vestirse a toda prisa.

5

Al fondo del armario, bajo un montón desordenado de viejas zapatillas sin cordones y tebeos de *Spiderman*, encontró la mochila que llevaba a la escuela primaria. En Piper nadie se dejaría coger con una mochila ni muerto —qué vulgaridad, Dios mío—. Al verla, Jake sintió una poderosa oleada de nostalgia de aquellos tiempos en que la vida parecía tan sencilla.

Metió en su interior una camisa limpia, unos tejanos, ropa interior y calcetines limpios, y luego añadió ¡*Adivina, adivinanza!* y *Charlie el Chu-Chú*. Antes de registrar el armario para buscar su vieja mochila dejó la llave sobre el escritorio, y las voces regresaron al instante, pero lejanas y apagadas. Además, Jake tenía la certeza de que podía hacerlas callar del todo volviendo a coger la llave, y eso le daba una gran tranquilidad.

«Muy bien —pensó mientras examinaba la mochila. Aun contando con los libros, quedaba mucho sitio—. ¿Qué más?»

Por un instante creyó que no necesitaba nada más... pero de pronto se le ocurrió.

6

El estudio de su padre, presidido por un enorme escritorio de teca, olía a cigarrillos y a ambición.

Al otro lado del cuarto, dispuestos contra una pared cubierta de libros, había tres monitores de televisión Mitsubishi. Cada uno de ellos estaba sintonizado con una de las cadenas rivales, y por la noche, cuando su padre estaba allí, cada uno desgranaba una sucesión de imágenes en las horas de mayor audiencia con el sonido enmudecido.

Las cortinas estaban corridas y Jake tuvo que encender la lámpara del escritorio para poder ver. El mero hecho de estar allí le ponía nervioso. Si su padre se despertaba y acudía al estudio (lo cual era posible; por tarde que se acostara y por mucho que hubiera bebido, Elmer Chambers tenía el sueño ligero y se despertaba temprano), sin duda se enfadaría. Como mínimo, le dificultaría mucho una retirada limpia. Cuanto antes saliera de allí, mejor se sentiría.

El escritorio estaba cerrado, pero su padre nunca había intentado ocultar dónde guardaba la llave. Jake deslizó los dedos bajo el secapapeles y se hizo con ella. Abrió el tercer cajón, metió la mano por detrás de las carpetas suspendidas y tocó metal frío.

El crujido de una tabla en el salón lo dejó paralizado. Pasaron varios segundos. En vista de que el crujido no se repetía, Jake sacó el arma que guardaba su padre para la «defensa del hogar»: una automática Ruger calibre 44. Su padre se la había enseñado con orgullo el día que la compró —de eso debía hacer dos años— y se había mostrado completamente sordo a las temerosas súplicas de su esposa para que la escondiera antes de que alguien se hiciera daño.

Jake pulsó el botón lateral para liberar el cargador, y éste le saltó hacia la mano con un ¡clac! metálico que sonó muy fuerte en el silencio de la vivienda. Dirigió otra mirada fugaz hacia la puerta y volvió a examinar el cargador. Estaba lleno de balas. Empezó a encajarlo de nuevo en su lugar, pero cambió de idea y volvió a sacarlo. Guardar una pistola cargada en un cajón cerrado con llave era una cosa; pasearla por Nueva York era otra muy distinta.

Hundió la automática hasta el fondo de la mochila y volvió a tentar en el cajón. Esta vez sacó una caja medio llena de balas. Recordó que su padre solía practicar en la galería de tiro de la policía, en la Primera avenida, hasta que perdió el interés.

La tabla crujió de nuevo. Jake estaba impaciente por marcharse de allí.

Sacó una de las camisas de la mochila, la extendió sobre el escritorio de su padre y la usó para envolver el cargador y la caja de proyectiles del 44. Luego metió el bulto en la mochila y abrochó las hebillas de la tapa. Estaba a punto de irse cuando su mirada se posó en el montoncito de papel de carta que había junto a la bandeja de entradas y salidas. Las gafas Ray-Ban reflectantes que a su padre le gustaba llevar estaban plegadas sobre la pila de papel. Jake cogió una hoja y, tras un instante de reflexión, también las gafas de sol. Se las guardó en el bolsillo del pecho, tomó una fina pluma de oro de su soporte y escribió «Queridos papá y mamá» debajo del membrete.

Se detuvo y contempló con el ceño fruncido lo que había escrito. ¿Qué venía luego? ¿Qué tenía que decirles, exactamente? ¿Que los quería? Era cierto, pero no bastaba: había muchas otras verdades desagradables clavadas en esa verdad central como agujas de acero en un ovillo de lana. ¿Que los echaría de menos? No supo decidir si era cierto o no, y eso le pareció bastante malo. ¿Que esperaba que ellos lo echaran de menos?

De pronto se dio cuenta de cuál era el problema. Si sólo estuviera pensando en pasar el día fuera, sabría escribirles algo. Pero estaba casi seguro de que no iba a ser sólo aquel día, ni aquella semana, ni aquel mes ni aquel verano. Tenía la impresión de que esta vez, cuando saliera del apartamento, sería para siempre.

Casi se disponía a arrugar la hoja de papel, pero cambió de idea. Escribió: «Cuidaos, por favor. Os quiero, J.» Era bastante flojo, pero al menos era algo.

«Muy bien. Y ahora, ¿quieres dejar de tentar la suerte y largarte de una vez?»

Lo hizo.

En el piso reinaba un silencio casi de muerte. Cruzó la sala de puntillas, sin oír más que la respiración de sus padres: los ronquiditos suaves de su madre, la respiración más nasal de su padre, que finalizaba cada inspiración con un leve silbido agudo. El frigorífico se puso en

marcha justo cuando el muchacho llegaba al recibidor, y Jake se quedó muy quieto, con el corazón palpitando aceleradamente. Alcanzó la puerta. La abrió con suavidad, salió y la cerró tan sigilosamente como pudo.

Cuando el picaporte se cerró a sus espaldas con un leve chasquido fue como si se le desprendiera una gran piedra del corazón, y una poderosa sensación expectante se apoderó de él. No sabía qué le reservaba el futuro, y tenía motivos para creer que sería peligroso, pero Jake era un chico de once años, demasiado pequeño para resistirse al deleite exótico que lo había embargado de pronto. Una carretera se abría ante él, una carretera oculta que se internaba profundamente en una tierra desconocida. Había secretos que quizá podían revelársele si era inteligente... y afortunado. Había abandonado su hogar a la larga luz del alba, y lo que se extendía ante él era una gran aventura.

«Si me alzo, si puedo ser certero, veré la rosa —pensó mientras pulsaba el botón del ascensor—. Lo sé... Y también lo veré a él.» Esta idea lo llenó de un anhelo tan grande que rozaba el éxtasis. Tres minutos después cruzó por debajo del toldo que daba sombra al portal del edificio en el que había vivido toda su vida. Se detuvo un instante y giró a la izquierda. Esta decisión no le pareció fruto del azar, y no lo era. Se dirigía hacia el sudeste, siguiendo el camino del Haz, reanudando su interrumpida búsqueda de la Torre Oscura.

Dos días después de que Eddie le diera a Rolando la llave aún sin terminar, los tres viajeros —acalorados, sudorosos, cansados y descompuestos— se abrieron paso a través de una tenaz espesura de arbolillos y matorrales, y descubrieron lo que a primera vista les pareció un par de senderos borrosos que discurrían paralelos bajo las ramas entrelazadas de los viejos árboles apiñados a ambos lados. Tras observarlos durante unos instantes, Eddie llegó a la conclusión de que no eran dos senderos, sino los restos de una carretera que llevaba abandonada mucho tiempo. En el caballón central crecían arbustos y árboles raquíticos como un desordenado penacho. Las muescas herbosas eran roderas, lo suficientemente anchas para dar cabida a la silla de ruedas de Susannah.

—¡Aleluya! —exclamó—. ¡Esto hay que celebrarlo con un trago!

Rolando desató el odre que llevaba a la cintura. Se lo ofreció primero a Susannah, que viajaba en el arnés sujeto a su espalda. La llave de Eddie, que ahora colgaba de una tira de cuero en torno al cuello de Rolando, oscilaba bajo su camisa a cada movimiento. Susannah tomó un sorbo y le pasó el odre a Eddie. Éste empezó a desplegar la silla después de beber. Eddie había llegado a odiar aquel armatoste pesado y engorroso; era como un ancla de hierro que constantemente los demoraba. Aparte de un par de radios rotos, seguía en magnífico estado. Eddie tenía días en los que pensaba que el maldito cacharro iba a durar más que cualquiera de ellos. Sin embargo, en aquellos momentos podía resultar útil... al menos durante algún tiempo.

Eddie ayudó a Susannah a liberarse del arnés y la dejó sobre la silla. Susannah se llevó las manos a los riñones, se estiró e hizo una mueca de placer. Tanto Eddie como Rolando oyeron el crujidito que le hizo la espalda al estirarse.

Más adelante, un animal grande que parecía un cruce entre un tejón y un mapache surgió del bosque a paso lento. Los contempló con sus grandes ojos rodeados por círculos dorados, contrajo el afilado y bigotudo morro como diciendo «¡Bah!», terminó de cruzar pausadamente la carretera y volvió a perderse de vista. A Eddie le llamó la atención la cola, larga y muy enroscada, que parecía un muelle de colchón forrado de piel.

—¿Qué animal era ése, Rolando?

—Un bilibrambo.

—¿Se puede comer?

Rolando meneó la cabeza.

—Es muy duro. Y agrio. Preferiría comer perro.

—¿Has comido perro alguna vez, Rolando? —le interrogó Susannah.

Rolando asintió con un gesto, pero sin dar mayores explicaciones. A Eddie le vino a la memoria una frase de una vieja película de Paul Newman: «Así es, señora; los he comido y he vivido como uno de ellos.»

Había pájaros cantando alegremente en los árboles. Una brisa suave sopló sobre la carretera. Eddie y Susannah alzaron el rostro hacia ella, agradecidos, y luego se miraron y sonrieron. Una vez más, Eddie se sintió inundado de gratitud hacia la mujer; asustaba tener a alguien a quien amar, pero también era muy bueno.

—¿Quién construyó esta carretera? —quiso saber Eddie.

—Gente que se marchó hace mucho tiempo —respondió Rolando.

—¿Los mismos que hicieron las tazas y los platos que encontramos antes? —preguntó Susannah.

—No; otra gente. Imagino que ésta era una carretera para diligencias, y si aún se conserva después de tantos años de abandono, debió de ser grande, desde luego..., quizá la Gran Carretera. Si excaváramos, me imagino que encontraríamos grava bajo la superficie, y tal vez también el sistema de drenaje. Ya que nos hemos parado aquí, aprovechemos para comer algo.

—¡Comida! —gritó Eddie—. ¡Que la traigan! ¡Pollo a la florentina! ¡Gambas polinesias! ¡Filete de ternera ligeramente salteado con champiñones y...!

Susannah le dio un codazo.

—Corta ya, blanquito.

—No es culpa mía si tengo una gran imaginación —replicó Eddie con jovialidad. Rolando se descolgó el zurrón que llevaba al hombro, se agachó y empezó a preparar un frugal almuerzo a base de pedazos de carne acecinada envueltos en unas hojas de color aceitunado. Eddie y Susannah habían descubierto que el sabor de aquellas hojas recordaba un poco a la espinaca, aunque era más fuerte.

Eddie empujó la silla de ruedas hacia Rolando, que le tendió a Susannah tres de aquellos envoltorios que Eddie denominaba «burritos de pistolero». Susannah empezó a comer.

Luego Eddie se acercó. El pistolero le ofreció otros tres trozos de carne seca... y otra cosa además: el pedazo de fresno del que crecía la llave. Rolando lo había desprendido de la tira de cuero, que ahora le colgaba suelta del cuello.

—Oye, eso lo necesitas tú, ¿no? —protestó Eddie.

—Cuando me quito la llave regresan las voces, pero muy lejanas —le explicó Rolando—. Puedo manejarlas. De hecho, las oigo incluso cuando la llevo, como gente hablando en voz baja al otro lado de la colina. Creo que eso se debe a que la llave aún no está terminada. Desde que me la diste, no has vuelto a tocarla.

—Bueno..., la llevabas tú y no quería...

Rolando no dijo nada, pero sus ojos de un azul descolorido se posaron en Eddie con su paciente mirada de maestro.

—Está bien —concluyó Eddie—. Tengo miedo de cagarla. ¿Estás satisfecho?

—Según tu hermano, la cagabas en todo... ¿No es verdad? —intervino Susannah.

—Susannah Dean, doctora en psicología. Te equivocaste de profesión, querida.

El sarcasmo no ofendió a Susannah. Levantó el odre con el codo, como un montañés bebiendo de la garrafa, y tomó un buen sorbo.

—Pero es verdad, ¿no?

Eddie se percató de que tampoco había terminado la honda —todavía no, al menos—, y se encogió de hombros.

—Tienes que acabarla —señaló tranquilamente Rolando—. Creo que se acerca el momento en que tendrás que utilizarla.

Eddie fue a responder, pero cerró la boca. Dicho así, sin más, sonaba muy fácil, pero ninguno de ellos captaba la cuestión esencial. La cuestión esencial era ésta: una precisión del setenta por ciento, del ochenta o incluso del noventa y ocho y medio por ciento no sería suficiente. Esta vez no. Y si estropeaba la llave, no podía limitarse a tirarla en cualquier parte sin darle más importancia. Para empezar, no había vuelto a ver otro fresno desde el día en que cortó aquel trozo de madera en particular. Pero lo que más le jodía era que se trataba de una cuestión de todo o nada. Si fallaba, aunque sólo fuera un poquito, la llave no giraría cuando tuviese que girar. Y aquella voluta del final lo ponía cada vez más nervioso. Parecía fácil, pero si las curvas no eran exactamente las correctas...

«Pero tal como está ahora no va a funcionar; eso al menos lo sabes.»

Suspiró y contempló la llave. Sí, eso lo sabía. Tendría que hacer el intento. Su miedo al fracaso lo volvería aún más difícil de lo que quizás ya era de por sí, pero tendría que tragarse el miedo e intentarlo de todos modos. E incluso podía conseguirlo. Dios sabía lo mucho que había conseguido en las últimas semanas, desde que Rolando se introdujo en su mente cuando viajaba en un avión de la compañía Delta con rumbo al aeropuerto internacional Kennedy. Que todavía siguiera vivo y cuerdo ya era una hazaña en sí.

Eddie le devolvió la llave a Rolando.

—Llévala tú de momento —dijo—. Esta noche, cuando acampemos, me pondré a trabajar.

—¿Prometido?

—Sí.

Rolando accedió, cogió la llave y empezó a anudar de nuevo los extremos de la tira de cuero. Iba despacio, pero Eddie no dejó de advertir con cuánta destreza se movían los dos dedos que le quedaban en la mano derecha. Aquél era un hombre adaptable.

—Va a pasar algo, ¿no? —preguntó de repente Susannah. Eddie volvió la mirada hacia ella.

—¿Por qué lo dices?

—Duermo contigo, Eddie, y sé que ahora sueñas todas las noches. A veces incluso hablas. No me parece que sean pesadillas, exactamente, pero está bastante claro que en tu cabeza pasa algo.

—Sí. Algo. Pero no sé qué.

—Los sueños son poderosos —observó Rolando—. ¿No recuerdas en absoluto nada de lo que sueñas?

Eddie vaciló.

—Un poco, pero es confuso. Vuelvo a ser niño, eso lo sé. Después de terminar las clases. Henry y yo estamos jugando en la vieja pista de baloncesto de la avenida Markey, donde ahora está el edificio del Tribunal de Menores. Quiero que Henry me lleve a ver un sitio en Dutch Hill. Una casa vieja. Para los chicos era la Mansión, y todos decían que estaba encantada. Y hasta puede que fuese verdad. Era un sitio siniestro, desde luego. Muy, muy siniestro. —Eddie meneó la cabeza, sumido en sus recuerdos—. La primera vez en muchos años que volví a pensar en la Mansión fue cuando llegamos al claro del oso y acerqué la cabeza a aquella especie de caja. No sé..., quizá por eso tengo este sueño.

—Pero tú no crees que sea por eso —apuntó Susannah.

—No. Creo que lo que está pasando es mucho más complicado que el hecho de recordar cosas.

—¿Estuviste alguna vez en ese sitio con tu hermano? —preguntó Rolando.

—Sí. Lo convencí.

—¿Y pasó algo?

—No. Pero daba miedo. Nos quedamos un rato ante la casa, mirándola, y Henry se burló un poco, diciendo que me obligaría a entrar y coger un recuerdo, cosas así, pero yo sabía que no hablaba en serio. Estaba tan asustado como yo.

—¿Y nada más? —se extrañó Susannah—. ¿Sólo sueñas que vas a ese sitio, a la Mansión?

—Hay un poco más. Viene alguien..., alguien que se queda remoloneando cerca de nosotros dos. En el sueño lo veo, pero sólo un poco, como si lo mirara por el rabillo del ojo, ¿entiendes? Y también sé que hemos de fingir que no nos conocemos.

—Y esa persona, ¿también estaba allí cuando fuiste con tu hermano? —inquirió Rolando, y miró a Eddie con fijeza—. ¿O sólo es un personaje del sueño?

—Eso pasó hace mucho tiempo. No creo que tuviera más de trece años. ¿Cómo quieres que me acuerde con certeza de una cosa así?

Rolando no dijo nada.

—De acuerdo —dijo Eddie al fin—. Sí. Creo que aquel día estaba allí. Un chico que llevaba una bolsa de gimnasia o una mochila, no recuerdo bien. Y unas gafas de sol que le venían demasiado grandes. Unas gafas de ésas con cristales de espejo.

—¿Quién era? —le acució Rolando.

Eddie permaneció un buen rato en silencio. Aún tenía en la mano el último de sus «burritos a lo Rolando», pero había perdido el apetito.

—Creo que es el chico que conociste en la estación de paso —dijo al fin—. Creo que tu viejo amigo Jake andaba por allí, observándonos a Henry y a mí la tarde que fuimos a Dutch Hill. Creo que nos seguía. Porque oye las voces, Rolando, igual que tú. Y porque comparte mis sueños y yo comparto los suyos. Creo que lo que yo recuerdo es lo que está ocurriendo ahora en el cuándo de Jake. El chico intenta volver aquí. Y si la llave no está hecha cuando dé el paso, o si está mal hecha, es probable que muera.

—Tal vez tenga su propia llave —aventuró Rolando—. ¿Crees que es posible?

—Sí, creo que sí —admitió Eddie—, pero no es suficiente. —Suspiró y se metió el último burrito en el bolsillo para otro momento. «Y no creo que lo sepa.»

8

Reanudaron la marcha. Rolando y Eddie empujaban por turnos la silla de ruedas de Susannah por la rodera que habían elegido, la de la izquierda. La silla se bamboleaba y se ladeaba, y cada tanto Eddie y Rolando tenían que levantarla en vilo sobre las piedras que como dientes viejos asomaban de la tierra aquí y allá. Sin embargo, aun así avanzaban más deprisa y con más facilidad que una semana antes. El terreno era cada vez más alto. Eddie volvió la cabeza para contemplar el bosque que descendía hacia el horizonte en una serie de suaves peldaños, y a lo lejos, hacia el noroeste, alcanzó a divisar una cinta de agua que se derramaba sobre una pared de roca fracturada. Era, advirtió con asombro, el lugar que habían llamado «la galería de tiro». Ahora quedaba casi perdido a sus espaldas bajo la bruma de aquella ensoñadora tarde estival.

—¡Para el carro, muchacho! —le gritó Susannah con brusquedad.

Eddie miró de nuevo al frente con el tiempo justo para frenar antes de embestir a Rolando. El pistolero se había detenido y estaba escrutando la maraña de matorrales que bordeaba la carretera por la izquierda.

—Si sigues así, voy a retirarte el permiso de conducir —añadió Susannah ácidamente. Eddie no le prestó atención. Estaba siguiendo la mirada de Rolando.

—¿Qué es? —preguntó.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. —Se volvió, alzó a Susannah de la silla y se la acomodó en la cadera—. Vamos a echar un vistazo.

—Déjame en tierra, grandullón. Puedo ir yo sola. Y mejor que vosotros, por si os interesa saberlo.

Mientras Rolando la depositaba con delicadeza sobre la herbosa rodera, Eddie siguió mirando el bosque. La luz de la tarde creaba un juego de sombras yuxtapuestas, pero de todos modos creyó ver lo que le había llamado la atención a Rolando. Era una piedra alta y gris, casi completamente oculta bajo un manto de enredaderas y plantas trepadoras.

Susannah se internó entre la vegetación, tan sinuosa como una anguila. Rolando y Eddie la siguieron.

—Es un mojón, ¿verdad? —Susannah se sostuvo sobre los brazos para estudiar el monolito rectangular. En otro tiempo se había erguido vertical, pero ahora se inclinaba hacia la izquierda, como un borracho, como una antigua lápida sepulcral.

—Sí. Dame el cuchillo, Eddie.

Eddie se lo entregó y se puso en cuclillas junto a Susannah mientras el pistolero arrancaba las enredaderas. Cuando empezaron a caer, vio unas erosionadas letras grabadas en la piedra y supo qué iba a leer antes de que Rolando hubiera desbrozado ni la mitad de la inscripción:

VIAJERO, AQUÍ EMPIEZA EL MUNDO MEDIO

9

—¿Qué significa eso? —preguntó Susannah al fin con voz de asombro; sus ojos medían sin cesar el fragmento de roca gris.

—Significa que nos aproximamos al fin de esta primera etapa. —Rolando tenía una expresión solemne y pensativa cuando le devolvió el cuchillo a Eddie—. Creo que a partir de aquí seguiremos esta antigua carretera de diligencias, o mejor dicho, que la carretera seguirá nuestro rumbo. Ha tomado el camino del Haz. No tardaremos en salir de los bosques. Preveo un gran cambio.

—¿Qué es el Mundo Medio? —quiso saber Eddie.

—Uno de los grandes reinos que dominaban la tierra en tiempos que vinieron antes que éstos. Un reino de esperanza, conocimientos y luz; todo lo que intentábamos conservar en mi país hasta que la oscuridad se impuso también allí. Algún día, si tenemos tiempo, os contaré los antiguos relatos, o al menos los que yo sé. Juntos componen un enorme tapiz, hermoso pero muy triste.

»Según los antiguos relatos, en otro tiempo hubo una gran ciudad al borde del Mundo Medio, quizá tan grande como vuestra ciudad de Nueva York. Ahora estará en ruinas, si es que aún queda algo, pero puede haber gente..., o monstruos..., o las dos cosas. Tendremos que estar en guardia.

Extendió la mano de los dos dedos y tocó la inscripción.

—El Mundo Medio —musitó con voz meditabunda—. Quién se iba a figurar... —La frase quedó en el aire.

—Bueno, no hay manera de remediarlo, ¿verdad? —preguntó Eddie. El pistolero sacudió la cabeza.

—No la hay.

—*Ka* —dijo Susannah de súbito, y ambos la miraron.

Aún quedaban dos horas de luz, así que siguieron adelante. La carretera se extendía hacia el sudeste, por el camino del Haz, y otras dos carreteras invadidas de hierba, más pequeñas, se unían a la que ellos iban siguiendo. A lo largo de la segunda quedaban los restos musgosos de lo que en otro tiempo debió haber sido un inmenso muro de piedra. No muy lejos, una docena de gordos bilibrambos sentados sobre las ruinas contemplaban a los peregrinos con sus curiosos ojos engastados en oro. A Eddie le pareció un jurado con la idea de ahorcar.

La carretera se volvía cada vez más ancha y perceptible. Por dos veces pasaron ante el cascarón de edificios abandonados desde hacía mucho tiempo. El segundo, les explicó Rolando, habría podido ser un molino de viento. Susannah comentó que parecía encantado.

—No me extrañaría —respondió el pistolero. Su tono neutro y objetivo les puso la carne de gallina.

Cuando la oscuridad les obligó a detenerse, los árboles raleaban, y la brisa que había corrido todo el día a su alrededor empezaba a convertirse en un viento ligero y cálido. Más adelante, el terreno seguía ascendiendo.

—Llegaremos a lo alto de la cresta en uno o dos días —declaró Rolando—. Y luego veremos.

—¿Qué veremos? —inquirió Susannah, pero Rolando se limitó a encogerse de hombros.

Aquella noche Eddie empezó a tallar de nuevo, pero sin un auténtico sentimiento de inspiración. Le había abandonado la seguridad y la felicidad que había experimentado cuando la llave empezó a cobrar forma. Le parecía que sus dedos eran torpes y estúpidos. Por primera vez desde hacía meses pensó con añoranza en lo bueno que sería tener un poco de heroína. No mucha; estaba seguro de que una sola papelina y un billete de banco enrollado le ayudarían a terminar su trabajito de talla en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué te hace sonreír, Eddie? —le preguntó Rolando. Estaba sentado al otro lado de la fogata; las llamas bajas, sacudidas por el viento, danzaban caprichosamente entre los dos.

—¿Sonreía?

—Sí.

—Sólo estaba pensando en los estúpidos que llegan a ser algunos. Aunque los pongas en una habitación con seis puertas, no dejan de darse cabezazos contra las paredes. Y luego tienen la desfachatez de quejarse.

—Si tienes miedo de lo que pueda haber al otro lado de las puertas, quizá resulte más prudente tropezar con las paredes —opinó Susannah.

Eddie hizo un gesto de asentimiento.

—Quizá sí.

Trabajaba sin premura, intentando ver las formas contenidas en la madera y, sobre todo, aquella pequeña curva en forma de s. Descubrió que se había vuelto muy borrosa.

«Por favor, Dios, ayúdame a no cagarla en esto», rogó, pero le aterrorizaba pensar que quizás eso era precisamente lo que estaba haciendo. Finalmente lo dejó estar. Devolvió al pistolero la llave (que apenas había modificado) y se acurrucó bajo una de las pieles. A los cinco minutos se había reanudado el sueño en que aparecían el muchacho y el viejo terreno de juego de la avenida Markey.

Jake salió del edificio hacia las siete menos cuarto, lo que le dejaba más de ocho horas por delante. Sopesó la posibilidad de tomar inmediatamente un metro que lo llevara a Brooklyn, pero llegó a la conclusión de que no era una buena idea. Un chico por la calle en horas de escuela llamaría más la atención en las afueras que en el corazón de la gran ciudad, y si a la hora de la verdad necesitaba explorar el barrio en busca del lugar y el muchacho con el que se suponía que debía encontrarse, ya estaba vendido de antemano.

«Es fácil —le había dicho el muchacho de la camiseta amarilla y el pañuelo verde—. Encontraste la llave y la rosa, ¿no? Me encontrarás de la misma manera.»

Salvo que Jake ya no recordaba con exactitud cómo había encontrado la llave y la rosa. Lo único que recordaba era la alegría y la sensación de certidumbre que le habían llenado el corazón y la cabeza. Sólo podía esperar que volviera a ocurrirle de nuevo. Mientras tanto, no pararía de moverse. Era la mejor manera de pasar desapercibido en Nueva York.

Anduvo casi hasta llegar a la Primera avenida y luego volvió sobre sus pasos, desplazándose poco a poco hacia el norte a medida que hallaba semáforos en verde (sabiendo quizás, en algún nivel profundo, que incluso ellos servían al Haz). A las diez aproximadamente se encontró en la Quinta avenida ante el Museo Metropolitano de Arte. Estaba sofocado, cansado y deprimido. Le apetecía un refresco, pero consideró que debía hacer durar todo lo posible el poco dinero que tenía. Había cogido hasta el último centavo de la caja que guardaba en su cuarto, pero eso sólo ascendía a unos ocho dólares, poco más o menos.

Un grupo de colegiales se disponía a visitar el museo. De una escuela pública; Jake estaba casi seguro, porque vestían de un modo tan informal como él. Entre ellos no había chaquetas de Paul Stuart, ni corbatas, ni faldas sencillitas que costaban ciento veinticinco pavos en tiendas como Miss So Pretty o Tweenity. Aquéllos iban de grandes almacenes de la cabeza a los pies. Siguiendo un impulso, Jake se puso al final de la cola y entró con ellos en el museo.

La visita duró una hora y cuarto. A Jake le gustó. En el museo había silencio. Mejor aún, había aire acondicionado. Y los cuadros estaban bien. Le fascinaron especialmente un puñado de escenas del Viejo Oeste pintadas por Frederick Remington, y un cuadro grande de Thomas Hart Benton que representaba una locomotora de vapor cruzando las grandes planicies rumbo a Chicago mientras granjeros corpulentos con mono de peto y sombrero de paja se incorporaban en sus campos para verla pasar. Ninguna de las dos maestras que conducían el grupo se fijó en Jake hasta casi el último momento. Entonces, una agraciada mujer de raza negra que vestía un severo traje azul marino le dio un golpecito en el hombro y le preguntó quién era.

Jake no la había visto acercarse, y de pronto se le paralizó la mente. Sin pensar en lo que hacía, hundió la mano en el bolsillo y la cerró sobre la llave de plata. De inmediato se le despejó la cabeza y recobró la calma.

—Mi grupo está arriba —respondió con una sonrisita culpable—. Tenemos que ver un montón de cuadros modernos, pero los de aquí abajo me gustan mucho más porque tienen imágenes reales. De modo que he pensado... Ya me entiende...

—¿Que podías escaquearte? —sugirió la maestra. Las comisuras de los labios se le contrajeron en una sonrisa reprimida.

—Bueno, yo más bien diría que me he despedido a la francesa. —Estas palabras le salieron espontáneamente de la boca.

Los estudiantes que hacían corro en torno a Jake pusieron cara de perplejidad, pero esta vez la maestra se echó a reír abiertamente.

—No debes saber, o lo habrás olvidado —le explicó—, que en la Legión Extranjera francesa fusilaban a los desertores. Te aconsejo que vuelvas ahora mismo con tu clase, jovencito.

—Sí, señora. Gracias. De todos modos, ya casi habrán terminado.

—¿De qué escuela eres?

—De la Academia Markey. —Esto también le salió con naturalidad de la boca.

Subió las escaleras, escuchando el eco incorpóreo de pisadas y voces quedas en el gran espacio de la rotonda y tratando de imaginar por qué había dicho aquello. Nunca en toda su vida

había oído hablar de ninguna Academia Markey.

Esperó un rato en el vestíbulo del primer piso hasta que vio que un guardia lo miraba con creciente curiosidad y decidió que no sería prudente permanecer allí por más tiempo; tendría que confiar en que la clase a la que se había unido brevemente se hubiera marchado ya del museo.

Consultó el reloj de pulsera, puso una expresión que esperaba pudiera interpretarse como «¡Ostras! ¡Qué tarde se ha hecho!» y bajó las escaleras al trote. La clase —y la guapa maestra que se había reído ante la idea de una despedida a la francesa— ya no estaba, y a Jake le pareció que haría bien en marcharse también. Caminaría un poco más —despacio, por respeto al calor— y luego cogería el metro.

En la esquina de Broadway con la Cuarenta y dos se detuvo ante un puesto de salchichas y cambió parte de su magra reserva de efectivo por un bocadillo de salchicha y un Nehi. A continuación se sentó en los peldaños de la fachada de un banco para comerse el almuerzo, y eso resultó una mala idea.

Por la acera se acercó un policía que iba haciendo girar la porra en una serie de complejas maniobras mientras andaba. Se hubiera dicho que toda su atención estaba concentrada en eso, pero cuando llegó a la altura de Jalee se colgó de pronto la porra en el cinturón y lo interpeló.

—¿Qué, chaval? —preguntó—. ¿Hoy no hay clases?

Jake casi había devorado ya toda la salchicha, pero el último bocado se le atragantó. Aquello sí que era mala suerte..., si es que sólo era suerte. Estaban en Times Square, capital de la mangancia de Estados Unidos; había vendedores de droga, yonquis, putas y chaperos por todas partes..., pero aquel policía prefería dejarlos de lado para interesarse por él.

Jake tragó saliva con esfuerzo y contestó:

—En mi escuela estamos de exámenes. Hoy sólo tenía uno. Cuando he terminado, me he marchado. —Hizo una pausa. La mirada despierta e inquisitiva de aquel policía no le gustaba nada—. Tenía permiso —añadió con aprensión.

—Muy bien. ¿Puedes enseñarme algún documento de identidad?

A Jake se le cayó el alma a los pies. ¿Podía ser que sus padres hubieran avisado ya a la policía? Consideró que, tras la aventura del día anterior, era bastante probable. En circunstancias normales, no creía que el Departamento de Policía de Nueva York se preocupara mucho por un simple chico desaparecido, y menos si sólo hacía medio día que faltaba de casa, pero su padre era un pez gordo de la televisión y se enorgullecía del número de relaciones a que podía recurrir. Jake dudaba de que aquel policía tuviera su foto..., pero muy bien podía tener su nombre.

—Bueno —dijo Jake a desgana—, tengo la tarjeta de descuento estudiantil que me hicieron en la bolera, pero nada más.

—Muy bien. Con eso bastará. —El policía abrió la mano.

Un negro con tirabuzones que se desparramaban sobre las hombreras del traje amarillo canario les dirigió una mirada de soslayo.

—¡Dele duro, agente! —vociferó alegremente—. ¡Dele bien fuerte en ese culo blanquito que tiene! ¡Cumpla con su deber!

—Cierra el pico y piérdete, Eli —replicó el policía sin volverse.

Eli se echó a reír, dejando al descubierto varios dientes de oro, y siguió su camino.

—¿Por qué no le pide la documentación a él? —quiso saber Jake.

—Porque ahora mismo te la estoy pidiendo a ti. Vamos, sácala de una vez.

O bien el policía tenía su nombre o había visto en él algo sospechoso, lo que quizá no era tan extraño puesto que era el único chico blanco de la zona que no andaba a ver qué pescaba. De un modo u otro, la conclusión era la misma: sentarse a comer allí había sido una estupidez. Pero le dolían los pies y estaba hambriento. Hambriento.

«No vas a detenerme —pensó Jake—. No puedo consentir que me detengas ahora. Esta tarde tengo que ver a alguien en Brooklyn... y allí estaré.»

En vez de buscar la cartera, metió la mano en el bolsillo y sacó la llave. La levantó para enseñársela al policía, y el sol casi de mediodía rebotó sobre las mejillas y la frente del hombre en moneditas de luz reflejada. El policía abrió mucho los ojos.

—¡Oye! —exclamó—. ¿Qué tienes ahí, chico?

Hizo ademán de coger la llave, pero Jake la apartó un poco. Los círculos de luz reflejada danzaban hipnóticamente por el rostro del policía.

—No hace falta que la coja —adujo Jake—. Puede leer mi nombre sin necesidad de cogerla, ¿verdad?

—Sí, claro.

La curiosidad se había borrado del rostro del policía. Sólo miraba la llave. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija, pero no ausente. Jake vio asombro en su expresión, asombro y una felicidad inesperada. «Ése soy yo —se dijo Jake—. Repartiendo alegría y buena voluntad allí por donde ha pasado. La cuestión es: ¿qué hago ahora?»

Una joven (que probablemente no era una bibliotecaria, a juzgar por los ceñidos pantaloncitos de seda verde y la blusa transparente) se acercaba contoneándose sobre unos zapatos fólame morados con tacones de aguja de diez centímetros. Miró primero al policía, y luego a Jake para ver qué estaba contemplando el policía. Al ver la llave se paró en seco y se quedó con la boca abierta. Una de sus manos se alzó como por sí sola y se le posó en la garganta. Un hombre que caminaba detrás de la joven tropezó con ella y le dijo que mirara por dónde coño iba. La joven que seguramente no era bibliotecaria ni siquiera se dio cuenta. Entonces Jake vio que ya se habían parado otras cuatro o cinco personas. Todas miraban la llave. Se congregaban como cuando la gente se detiene ante un trilero muy hábil que se aplica a su oficio en una esquina.

«Lo estás haciendo a la perfección, eso de pasar desapercibido —pensó—. Sí, no cabe duda.» Llevó la mirada más allá del policía y se fijó en un rótulo que colgaba al otro lado de la calle. Farmacia Denby, rezaba.—Me llamo Tom Denby —le anunció al policía—. Aquí mismo lo dice, en la tarjeta de la bolera, ¿verdad?

—Sí, sí —suspiró el policía. Ya no sentía ningún interés por Jake; sólo le interesaba la llave. Las moneditas de luz reflejada giraban y rebotaban sobre su cara.

—Y usted no busca a nadie que se llame Tom Denby, ¿no?

—No —respondió el policía—. Nunca había oído ese nombre. Alrededor del policía había por lo menos media docena de personas, todas mirando con silencioso arrobó la llave de plata que Jake sostenía en la mano.

—O sea que puedo irme, ¿verdad?

—¿Cómo? ¡Ah! Ah, sí, claro. ¡Vete, en el nombre de tu padre!

—Gracias —dijo Jake, pero por un instante no supo cómo se las arreglaría para poder irse. Un silencioso grupo de zombis le bloqueaba el paso, y no cesaban de llegar más. Sólo venían a ver qué pasaba, comprendió Jake, pero quienes veían la llave paraban en seco y se quedaban mirando.

Se puso en pie y retrocedió poco a poco, subiendo por la amplia escalinata del banco, sin dejar de sostener la llave ante él como un domador con una silla. Cuando llegó a la espaciosa explanada de cemento de la parte superior, se guardó la llave en el bolsillo, giró en redondo y echó a correr.

Sólo se detuvo una vez a mirar, en el otro lado de la explanada. El grupito de gente que lo había rodeado estaba regresando lentamente a la vida. Se miraban unos a otros con expresión de perplejidad y seguían su camino. El policía dirigió una mirada ausente a derecha e izquierda y acabó mirando al cielo, como si intentara recordar cómo había llegado allí y qué se proponía hacer. Jake había visto lo suficiente. Era hora de buscar una estación de metro y plantarse en Brooklyn antes de que pudiera ocurrir nada extraño.

13

A las dos menos cuarto de la tarde subió sin apresurarse los escalones de la estación de metro y se detuvo en la esquina de las avenidas Castle y Brooklyn, contemplando las torres de arenisca de Co-Op City. Esperaba que lo invadiera aquella sensación de seguridad y propósito, aquella sensación que era como ser capaz de recordar hacia delante en el tiempo. No ocurrió. No ocurrió nada. Únicamente era un niño parado en una calurosa esquina de Brooklyn, con su breve sombra tirada a sus pies como un animal de compañía cansado.

«Bueno, ya estoy aquí... Y ahora, ¿qué hago?»

Jake descubrió que no tenía la menor idea.

La pequeña banda de viajeros de Rolando llegó a la cresta de la larga y suave colina por la que venían ascendiendo y se detuvo de cara al sudeste. Durante un buen rato ninguno de ellos dijo nada. Susannah abrió dos veces la boca y volvió a cerrarla. Por primera vez en su vida de mujer, se quedó completamente sin habla.

Una llanura casi ilimitada dormitaba ante ellos bajo la larga luz dorada de una tarde de verano. La hierba era exuberante, de un verde esmeralda y muy alta. Grupitos de árboles de tronco largo y delgado, y copa ancha y extendida, salpicaban el llano. Susannah creía recordar que una vez habría visto árboles parecidos, en un documental sobre Australia.

La carretera que los había llevado hasta allí descendía en una amplia curva por la ladera opuesta de la colina, y luego corría hacia el sudeste recta como un cordel, una brillante avenida blanca que dividía la hierba. Al oeste, a unos kilómetros de distancia, Susannah divisó un rebaño de animales grandes que pacía tranquilamente. Parecían bisontes. Hacia el este, el lindero del bosque se internaba un tanto en la pradera formando una península curva. Esta incursión era una masa oscura y enmarañada que recordaba la figura de un antebrazo con el puño cerrado.

Recordó que ésa era la dirección en que corrían todos los arroyos y corrientes que habían encontrado por el camino. Eran afluentes del inmenso río que surgía de aquel brazo de bosque y discurría, plácido y soñador bajo el sol del verano, hacia el borde oriental del mundo. Era un río ancho, de unos cuatro kilómetros de orilla a orilla.

Y también se veía la ciudad.

Justo al frente se alzaba una brumosa colección de chapiteles y torres que se erguía sobre el lejano límite del horizonte. Aquellos airosos bastiones podían estar a cien kilómetros de distancia, o a doscientos, o a cuatrocientos. El aire de ese mundo, por lo visto, era completamente transparente, y eso convertía cualquier cálculo de distancia en una conjetura insensata. Lo único que Susannah sabía con certeza era que la visión de aquellos borrosos torreones la llenaba de muda admiración... y de una profunda y dolorosa añoranza de Nueva York. Pensó: «Creo que haría casi cualquier cosa por volver a ver el horizonte de Manhattan desde el puente de Triborough.»

Pero al instante tuvo que sonreír, porque no era verdad. La verdad era que no cambiaría el mundo de Rolando por nada. Su misterio silencioso y sus espacios abiertos eran embriagadores. Y su amante estaba ahí. En Nueva York —la Nueva York de su tiempo, al menos— habrían sido objeto de escarnios y violencias, blanco de las bromas groseras y crueles de todos los idiotas: una negra de veintiséis años con un amante blanquito que tenía tres años menos que ella y tendía a hablar así y asá cuando se excitaba. Un amante blanquito que apenas ocho meses antes llevaba un mono muy pesado a la espalda. Aquí no había nadie que se burlara y se riera. Aquí nadie les apuntaba con el dedo. Aquí sólo estaban Rolando, Eddie y ella, los tres últimos pistoleros del mundo.

Cogió la mano de Eddie y notó que se cerraba sobre la suya, cálida y tranquilizadora. Rolando señaló con el dedo.

—Aquello debe ser el río Send —les anunció en voz baja—. Jamás imaginé que llegara a verlo... Ni siquiera tenía la seguridad de que fuese real, como los Guardianes.

—Es maravilloso —musitó Susannah. Era incapaz de apartar la vista del vasto panorama que se desplegaba ante ella, soñando densamente en la cuna del estío. Sus ojos se demoraron siguiendo las sombras de los árboles, que parecían arrastrarse kilómetros enteros por el llano a medida que el sol se hundía hacia el horizonte—. Así tuvieron que ser nuestras grandes praderas antes de que las colonizaran, antes incluso de que llegaran los indios. —Alzó la mano libre y apuntó hacia el lugar donde la Gran Carretera se estrechaba hasta convertirse en un punto—. Ésa es la ciudad de que hablabas, ¿verdad?

—Sí.

—Yo la veo bien —dijo Eddie—. ¿Es posible, Rolando? ¿Cómo puede ser que aún se conserve bastante intacta? ¿Sabían construir tan bien los antiguos?

—Todo es posible en estos tiempos —respondió Rolando, pero con acento de duda—. Pero

no te hagas ilusiones, Eddie.

—No, claro que no.

Pero Eddie se las hacía. Aquella silueta que se difuminaba sobre el horizonte había despertado añoranza en el corazón de Susannah; en el de Eddie encendió una repentina llamarada de suposiciones. Si la ciudad aún se mantenía en pie —y era evidente que sí—, aún podía estar habitada, y quizá no únicamente por las cosas subhumanas que Rolando se había encontrado bajo las montañas. Los habitantes de la ciudad podían ser

(«norteamericanos», susurró el subconsciente de Eddie)

inteligentes y amistosos; de hecho, podían marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso de su búsqueda, o incluso entre la vida y la muerte. La mente de Eddie conjuró una vívida y resplandeciente imagen, derivada en parte de películas como *Starfighter*, *la aventura comienza* y *El cristal oscuro*: un concejo de resecos pero dignos Ancianos de la Ciudad que les servirían una opípara comida procedente de las reservas intactas de la ciudad (o tal vez de jardines especiales alojados en cúpulas atmosféricas) y que mientras ellos tres comían hasta reventar les explicarían con exactitud qué iban a encontrar en el camino y qué significaba todo. Su regalo de despedida a los viajeros sería una guía de carreteras aprobada por el Automóvil Club con la mejor ruta para llegar a la Torre Oscura señalada en tinta roja. Eddie no conocía la frase *deus ex machina*, pero sabía —había crecido bastante para saberlo— que estas gentes sabias y bondadosas vivían principalmente en los cuentos y en las películas de serie B. La idea era atractiva, pese a todo: un enclave de civilización en aquel mundo peligroso y en su mayor parte vacío; sabios elfos ancianos que les explicarían con todo detalle en qué coño andaban metidos. Y las formas fabulosas de la ciudad que se percibía en el horizonte brumoso hacían que la idea pareciera al menos concebible. Aunque la ciudad estuviera completamente desierta —con sus habitantes exterminados en un pasado remoto por una peste o un episodio de guerra química—, todavía podía servirles como una especie de caja de herramientas gigante, un inmenso almacén de excedentes de la marina y el ejército en el que podrían equiparse para los tramos difíciles que, Eddie estaba seguro de ello, les esperaban más adelante. Además, era un chico de ciudad, nacido y criado en la ciudad, y la visión de aquellas altas torres le levantó automáticamente la moral.

—¡Perfecto! —exclamó, casi a punto de reír por puro entusiasmo—. ¡Vamos allá! ¡Que salgan esos puñeteros elfos sabios!

Susannah lo miró intrigada, pero sonriente.

—¿Qué estás delirando, blancucho?

—Nada. No tiene importancia. Sólo quiero ponerme en marcha. ¿Qué dices, Rolando?

¿Quieres...?

Pero algo que vio en el semblante de Rolando, o justo debajo —algo perdido y soñador—, hizo que dejara la frase sin terminar y pasara un brazo sobre los hombros de Susannah, como para protegerla.

Después de echar un breve y desinteresado vistazo al horizonte de la ciudad, la atención de Rolando quedó prendida en algo mucho más cercano a su posición actual, algo que le llenaba de un desasosiego ominoso. Había visto cosas así en anteriores ocasiones, y Jake iba con él la última vez que se encontró con una de ellas. Recordó cómo habían dejado atrás el desierto siguiendo la pista del hombre de negro por las primeras estribaciones de la cordillera, hacia las montañas. La marcha era difícil, pero al menos volvía a haber agua. Y hierba.

Al despertar una noche Jake no estaba a su lado. Oyó gritos de desesperación sofocados que procedían de un bosquecillo de sauces al borde de un angosto arroyo. Cuando logró abrirse paso hasta el calvero que había en el centro del bosquecillo, los gritos del chico habían cesado. Rolando se lo encontró de pie en un lugar exactamente igual al que ahora veía justo al frente y más abajo. Un lugar de piedras, un lugar de sacrificio, un lugar en el que vivía un Oráculo... y hablaba cuando se le obligaba a hacerlo... y mataba siempre que podía.

—¿Qué es, Rolando? —preguntó Eddie—. ¿Qué anda mal?

—¿Ves eso? —Rolando apuntó—. Es un círculo parlante. Las formas que ves son largas piedras puestas en pie. —Se quedó mirando a Eddie, al que había visto por primera vez en un pavoroso pero fascinante carruaje aéreo de aquel otro mundo extraño donde los pistoleros vestían uniformes azules y había un suministro inagotable de azúcar, papel y remedios maravillosos como la astina. Una extraña expresión, una premonición, empezaba a reflejarse en el rostro de Eddie. La viva esperanza que le encendía los ojos mientras contemplaba la ciudad se extinguió de un soplo, y ahora su aspecto era gris y desolado. Era la expresión de quien está examinando la horca de la que no tardará en colgar.

«Primero Jake y ahora Eddie —pensó el pistolero—. La rueda que hace girar nuestras vidas no conoce el remordimiento; siempre vuelve a dar de nuevo en el mismo sitio.»

—Oh, mierda —dijo Eddie. Tenía la voz seca y asustada—. Creo que ése es el lugar por donde el chico intentará cruzar.

El pistolero asintió.

—Muy probable. Son lugares poco densos, y también atrayentes. Una vez ya lo seguí a un lugar semejante. El Oráculo que moraba allí estuvo a punto de matarlo.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Susannah a Eddie—. ¿Lo has soñado?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. Pero en cuanto Rolando ha señalado ese maldito lugar... —Dejó la frase inconclusa y se volvió hacia el pistolero—. Tenemos que llegar allí tan deprisa como podamos.

—Su voz parecía frenética a la vez que temerosa.

—¿Va a ser hoy? —inquirió Rolando—. ¿Esta noche?

Eddie volvió a sacudir la cabeza y se humedeció los labios con la lengua.

—Tampoco lo sé. No estoy seguro. ¿Esta noche? No lo creo. El tiempo... no es igual aquí que allí donde está el chico. En su donde y su cuando va más despacio. Tal vez mañana.

—Eddie había estado combatiendo el pánico, pero ahora le venció. Giró en redondo y cogió a Rolando de la camisa con sus manos frías y sudorosas—. Pero antes debo terminar la llave y no la he terminado, y debo hacer otra cosa pero no tengo ni la menor idea de qué se trata. ¡Y sí el chico muere será por culpa mía...!

El pistolero cerró sus manos sobre las de Eddie y las apartó de su camisa.

—Domínate.

—Es que no entiendes, Rolando...

—Entiendo que plañir y gimotear no te servirá de nada. Entiendo que has olvidado el rostro de tu padre.

—¡Corta ya ese rollo! ¡Me importa una mierda mi padre! —gritó Eddie histéricamente, y Rolando le dio una bofetada. Su mano produjo un ruido como el de una rama al romperse.

La cabeza de Eddie saltó hacia atrás; el sobresalto le hizo abrir los ojos de par en par. Miró con fijeza al pistolero y levantó muy despacio una mano para tocarse la señal cada vez más roja de la mejilla.

—¡Cabrón! —susurró. La mano cayó sobre la culata del revólver que aún llevaba sobre la cadera izquierda. Susannah trató de interponer sus manos, pero Eddie las rechazó.

«Y ahora debo enseñar una vez más —pensó Rolando—, sólo que esta vez va mi vida en ello, además de la suya.»

A lo lejos, una corneja lanzó su áspero grito en el silencio, y Rolando pensó por un instante en su halcón, David. Ahora Eddie era su halcón... y al igual que David no sentiría el menor escrúpulo en arrancarle un ojo si cedía un milímetro.

O el cuello.

—¿Dispararás contra mí? ¿Es éste el final que quieres, Eddie?

—Estoy harto de escuchar tus malditos sermones —dijo Eddie. Tenía los ojos empañados de lágrimas y furor.

—No has terminado la llave, pero no porque te dé miedo terminarla. Te da miedo descubrir que no puedes terminarla. Te da miedo bajar al lugar de las piedras erguidas, pero no porque te dé miedo lo que pueda venir cuando entres en el círculo. Te da miedo lo que puede no venir. No te da miedo el mundo grande, Eddie, sino el pequeño que hay dentro de ti. Has olvidado el rostro de tu padre. Así que, adelante. Dispara si te atreves. Estoy cansado de oírte farfullar.

—¡Basta! —le chilló Susannah—. ¿No te das cuenta de que lo hará? ¿No ves que le estás obligando a hacerlo?

Rolando le dirigió una mirada relampagueante.

—Le obligo a decidir. —Volvió la vista hacia Eddie con una expresión severa en su rostro cubierto de surcos—. Has salido de la sombra de la heroína y de la sombra de tu hermano, amigo mío. Sal de la sombra de ti mismo, si te atreves. Sal ahora. Sal o dispara, y acabemos de una vez.

Por un instante creyó que era justamente eso lo que iba a hacer Eddie, y que todo terminaría allí mismo, en aquella elevada cresta, bajo un despejado cielo de verano y con los chapiteles de la ciudad tremolando sobre el horizonte como espectros azules. Entonces Eddie empezó a contraer espasmódicamente la mejilla. La línea firme de sus labios se fue ablandando y empezó a temblar. La mano resbaló de la culata de sándalo de la pistola de Rolando. El pecho se arqueó una, dos, tres veces. La boca se abrió, y todo el desespero y el terror de Eddie brotaron en un grito quejumbroso mientras se abalanzaba torpemente sobre el pistolero.

—¡Tengo miedo, hijo de perra! ¿No eres capaz de entenderlo? ¡Tengo miedo, Rolando!

Se le trabaron los pies. Cayó de bruces. Rolando lo sostuvo y lo atrajo hacia sí, oliendo el sudor y la tierra de su piel, oliendo sus lágrimas y su terror.

El pistolero lo abrazó unos instantes y luego le hizo volverse hacia Susannah. Eddie se hincó de rodillas junto a su silla, con la cabeza agachada en un gesto de fatiga. Susannah le puso una mano en la nuca, empujó la cabeza de Eddie contra su muslo y se dirigió a Rolando con resentimiento.

—A veces te odio, gran blanco.

Rolando se llevó las manos a la frente y apretó con fuerza.

—A veces yo también me odio.

—Pero eso no te detiene, ¿verdad?

Rolando no replicó. Miró a Eddie, que tenía la mejilla apoyada sobre el muslo de Susannah y los párpados muy apretados. Su semblante era la imagen de la desdicha. Rolando rechazó la pesada fatiga que le inducía a dejar para otro día el resto de aquella encantadora conversación. Si Eddie estaba en lo cierto, no habría otro día. Jake estaba casi a punto de entrar en acción. Eddie había sido elegido para ejercer de comadrona en el paso del chico a este mundo. Si no estaba en condiciones de hacerlo, Jake moriría en el punto de entrada, como muere estrangulado un bebé que tiene la raíz madre enroscada al cuello cuando empiezan las contracciones.

—En pie, Eddie.

Por un instante creyó que Eddie iba a seguir acurrucado, ocultando el rostro en la pierna de la mujer. De ser así, todo estaba perdido... y eso también era *ka*. Entonces, poco a poco, Eddie se fue incorporando. Permaneció donde se hallaba, con todo colgando —manos, hombros, cabeza, cabello—; no bien, pero en pie, y eso ya era un comienzo.

—Mírame.

Susannah se removió con inquietud, pero esta vez no dijo nada. Poco a poco, Eddie alzó la cabeza y se echó el flequillo hacia atrás con mano temblorosa.

—Esto es para ti. No hubiera debido quedármelo, por profundo que fuera mi dolor. —Rolando cerró la mano en torno a la tira de cuero y la partió de un tirón. Le tendió la llave a Eddie. Eddie fue a cogerla como si estuviera en un sueño, pero Rolando no se la entregó de inmediato—. ¿Intentarás hacer lo que debe hacerse?

—Sí. —Su voz fue casi inaudible.

—¿Tienes que decirme algo?

—Siento mucho tener miedo. —Había algo terrible en la voz de Eddie, algo que a Rolando le hizo daño en el corazón, pero creía saber qué era: allí estaba el último resto de la infancia de Eddie, expirando dolorosamente entre ellos tres. No se lo podía ver, pero Rolando oía sus gritos cada vez más débiles. Intentó no oírlos.

«Otra cosa que he hecho en nombre de la Torre. Mi cuenta no cesa de crecer, y el día en que haya de saldarla, como la cuenta de un borracho en una cervecería, está cada vez más cerca. ¿Cómo podré pagarla nunca?»

—No quiero que te disculpes, y mucho menos por tener miedo —contestó—. ¿Qué seríamos sin el miedo? Perros rabiosos con espumarajos en el hocico y la mierda secándose en nuestras ancas.

—¿Qué quieres, pues? —gritó Eddie—. ¡Me lo has quitado todo, todo lo que tenía para dar! ¡No, ni siquiera eso, porque en fin de cuentas te lo di yo! ¿Qué más quieres de mí?

Rolando alzó en el puño la llave que era su mitad de la salvación de Jake Chambers y no dijo nada. Su mirada sostuvo la de Eddie, mientras el sol brillaba sobre la verde y extensa planicie y la superficie gris azulada del río Send, y a lo lejos el graznido de la corneja volvió a resonar por las leguas doradas de aquel atardecer de verano.

Al cabo de un rato, la comprensión empezó a alumbrar en los ojos de Eddie Dean.

Rolando asintió.

—He olvidado el rostro... —Eddie hundió la cabeza, tragó saliva y alzó de nuevo la vista hacia el pistolero. La cosa que estaba muriendo entre ellos se había movido adelante; Rolando lo sabía. Esa cosa se había marchado. Allí, en aquella cresta soleada y barrida por el viento y alejada de todo, se había marchado para siempre—. He olvidado el rostro de mi padre, pistolero..., e imploro tu perdón.

Rolando abrió la mano y devolvió la leve carga de la llave a quien el *ka* había decretado que debía llevarla.

—No hables así, pistolero —respondió en la Alta Lengua—. Tu padre te ve muy bien... te quiere muy bien... y yo también.

Eddie cogió la llave y se alejó con las lágrimas aún secándose sobre su cara.

—En marcha —dijo, y emprendieron el descenso por la larga ladera hacia la llanura que se extendía frente a ellos.

Jake caminaba a paso lento por la avenida Castle, pasando ante pizzerías, bares y colmados donde ancianas de expresión suspicaz revolvían las patatas y palpaban los tomates. Las correas de la mochila le habían irritado la piel de los brazos, y le dolían los pies. Pasó bajo un termómetro digital que marcaba treinta grados. A Jake más bien le parecían cuarenta.

Un poco más lejos, un coche de la policía entró en la avenida desde una calle lateral. Jake sintió de pronto un vivísimo interés por las herramientas de jardinería expuestas en el escaparate de una ferretería. Vio pasar el reflejo blanco y negro por el escaparate y no se movió hasta que hubo desaparecido.

«Oye, Jake, viejo amigo: ¿adónde te diriges, exactamente?»

No tenía la menor idea. Tenía la certeza de que el chico que buscaba —el chico del pañuelo verde y la camiseta amarilla que decía NUNCA HAY UN MOMENTO ABURRIDO EN EL MUNDO MEDIO— no estaba lejos de allí, pero ¿y qué? Para Jake, seguía siendo una aguja escondida en el pajar que era Brooklyn.

Pasó ante la boca de un callejón decorado con una maraña de pintadas de spray. Casi todo eran nombres EL TIANTE 91, SPEEDY GONZALES, MOTORVAN MIKE—, pero aquí y allí se encontraban declaraciones y advertencias para quien supiera entenderlas, y los ojos de Jake se fijaron en dos de ellas.

UNA ROSA ES UNA ROSA ES UNA ROSA

aparecía escrito sobre los ladrillos con una pintura que la intemperie había decolorado hasta darle el mismo tono rosado polvoriento de la rosa que crecía en el solar desocupado donde antes había estado la Charcutería Artística de Tom y Jerry. Debajo, en un azul tan oscuro que casi era negro, alguien había escrito con spray esta curiosa frase:

IMPLORO TU PERDÓN

«¿A qué se referirá eso?», se preguntó Jake. No lo sabía —algo de la Biblia, quizá—, pero el mensaje atraía su atención como el ojo de una serpiente atrae la de un pájaro. Al fin siguió andando, lenta y pensativamente. Eran casi las dos y media, y su sombra empezaba a volverse más larga.

Justo enfrente vio a un anciano que avanzaba poco a poco por la acera, apoyándose en un bastón nudoso y procurando ir siempre por la sombra. Tras los gruesos cristales de sus gafas, los ojos pardos del hombre nadaban como huevos de un tamaño exagerado.

—Imploro su perdón, señor —lo abordó Jake sin pensar, y en realidad, sin oírse siquiera a sí mismo.

El anciano se volvió hacia él, parpadeando de sorpresa y miedo.

—Déjame en paz, chico —dijo. Alzó el bastón y lo blandió hacia Jake con torpeza.

—Señor, ¿sabe usted si hay por aquí un sitio que se llame Academia Markey? —Era una pregunta absolutamente desesperada, pero no se le ocurrió otra cosa que decir.

El anciano bajó el bastón lentamente —fue la palabra «señor» la que lo consiguió— y contempló a Jake con el interés un tanto lunático de la vejez casi senil.

—¿Cómo es que no estás en la escuela, muchacho?

Jake sonrió con cansancio. La cosa ya empezaba a ser muy vieja.

—Es semana de exámenes. Me he acercado hasta aquí para ver a un amigo que va a la Academia Markey. Disculpe si le he molestado. Pasó junto al anciano (esperando que no decidiera darle un bastonazo en el culo, sólo por si acaso) y estaba casi en la esquina cuando el hombre le gritó:

—¡Chico! ¡Chico!

Jake se volvió.

—Por aquí no hay ninguna Academia Markey —dijo el anciano—. Hace veintidós años que vivo aquí, así que lo sé muy bien. Avenida Markey, sí, pero no hay ninguna Academia Markey.

A Jake se le contrajo bruscamente el estómago de excitación. Dio un paso hacia el anciano, que al instante levantó de nuevo el bastón en ademán defensivo. Jake paró en seco, dejando entre los dos una zona de seguridad de unos siete metros.

—¿Dónde está la avenida Markey, señor? ¿Podría decírmelo?

—Pues claro —respondió el anciano—. ¿No acabo de decirte que hace veintidós años que vivo aquí? Dos calles más abajo. Cuando llegues al Cine Majestic, gira a la izquierda. Pero ya te digo ahora mismo que no hay ninguna Academia Markey.

—¡Gracias, señor! ¡Muchas gracias!

Jake se volvió y miró en la dirección que señalaba el anciano. Sí; a cosa de un par de calles más adelante se veía sobresalir por encima de la acera la figura inconfundible de la marquesina de un cine. Echó a correr hacia allí, pero pensó que eso podía llamar la atención y redujo la velocidad a un paso vivo.

El anciano lo miró alejarse.

—«¡"Señor"! —dijo para sí en un tono de ligero asombro—. ¡De manera que "señor"!»
Soltó una oxidada risita entre dientes y reanudó la marcha.

El grupo de Rolando se detuvo al anochecer. El pistolero excavó un agujero poco hondo y encendió una hoguera. No la necesitaban para cocinar, pero aun así la necesitaban.

Eddie la necesitaba. Si había de terminar la llave, necesitaría luz para trabajar.

El pistolero miró en torno y vio a Susannah, una silueta oscura sobre el aguamarina cada vez más desvaído del cielo, pero no vio a Eddie.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—Se ha ido por la carretera. Déjalo en paz, Rolando; ya has hecho suficiente.

Rolando asintió, se agachó sobre el hueco de la hoguera y golpeó un trozo de pedernal con una gastada barra de acero. La yesca que había preparado no tardó en prender. Fue añadiendo ramitas pequeñas, una a una, y esperó a que Eddie regresara.

Casi un kilómetro más atrás, Eddie estaba sentado con las piernas cruzadas en mitad de la Gran Carretera que habían seguido y contemplaba el cielo con la llave aún sin terminar en la mano. Al dirigir la mirada hacia la carretera, divisó la chispa del fuego y supo exactamente qué estaba haciendo Rolando... y por qué. Alzó otra vez la vista hacia el cielo. Nunca se había sentido tan solo ni tan asustado.

El cielo era inmenso; Eddie no recordaba haber visto nunca tanto espacio ininterrumpido, tanto vacío puro. Eso le hizo sentirse muy pequeño, pero Eddie consideró que no había nada de malo en ello. En el plan general de las cosas, realmente era muy pequeño.

El chico ya estaba cerca. Eddie creía saber dónde estaba Jake y qué iba a hacer, y eso le llenaba de silenciosa admiración. Susannah había venido de 1963. Eddie había venido de 1987. Entre los dos... Jake. Intentando cruzar. Intentando nacer.

«Lo conocí —pensó Eddie—. Tuve que conocerlo, y creo que lo recuerdo..., más o menos. Fue justo antes de que Henry se alistara en el ejército, ¿no? Por entonces Henry seguía unas clases en el Instituto Vocacional de Brooklyn y le tiraba mucho el negro: tejanos negros, botas de motorista negras con puntera de acero, camisetas negras con las mangas enrolladas. La época James Dean de Henry. Elegancia de pacotilla. Es lo que yo pensaba, pero nunca lo dije en voz alta porque no quería que se enfadara conmigo.»

De pronto se dio cuenta de que lo que estaba esperando había ocurrido mientras él se hallaba sumido en sus pensamientos: había salido la Vieja Estrella. En quince minutos, tal vez menos, se le uniría toda una galaxia de joyería extraterrestre, pero de momento resplandecía sola en la incipiente oscuridad.

Eddie levantó lentamente la llave hasta que la Vieja Estrella brilló dentro de su ancha muesca central. Y entonces recitó la antigua fórmula de su mundo, la que le había enseñado su madre cuando se arrodillaba junto a él ante la ventana del dormitorio para contemplar el lucero de la tarde que precedía la oleada de oscuridad sobre los tejados y las escaleras de incendio de Brooklyn: «Estrella, estrellita, la primera que veo esta noche; concede mi deseo, concédelo te ruego.»

La Vieja Estrella refulgió en el hueco de la llave, un diamante engastado en fresno.

—Ayúdame a encontrar valor —dijo Eddie—. Éste es mi deseo. Ayúdame a encontrar el valor suficiente para atreverme a terminar esta maldita cosa.

Permaneció sentado unos instantes más hasta que al fin se puso en pie y regresó al campamento sin apresurarse. Se sentó tan cerca de la hoguera como le fue posible, cogió el cuchillo del pistolero sin dirigir ni una palabra a ninguno de los dos y empezó a tallar. Finísimas virutas de madera se desprendían de la «s» final de la llave. Eddie trabajaba deprisa, haciendo girar la llave hacia uno y otro lado, cerrando a veces los ojos para deslizar la yema del pulgar sobre las delicadas curvas. Procuraba no pensar en lo que podía ocurrir si estropeaba la llave; estaba seguro de que, si lo pensaba, se quedaría paralizado.

Rolando y Susannah estaban sentados detrás de él, contemplándolo en silencio. Finalmente, Eddie dejó el cuchillo a un lado. El sudor le corría por la cara.

—Ese chico tuyo —comenzó—. Ese Jake. Debe de ser un chaval con cojones, ¿eh?

—Fue valiente en las montañas —respondió Rolando—. Tenía miedo, pero no cedió ni un milímetro.

—Ojalá yo pudiera ser así.

Rolando se encogió de hombros.

—En la casa de Balazar luchaste bien aunque te habían quitado la ropa. Para un hombre es difícil combatir desnudo, pero lo hiciste.

Eddie trató de recordar el tiroteo del bar, pero sólo era un borrón en su mente: humo, ruido y luz que brillaba sobre una pared en confusos rayos entrecruzados. Creía que aquella pared había quedado derruida por los disparos de las armas automáticas, pero no se acordaba con certeza.

Alzó la llave de modo que sus muescas se recortaran nítidamente sobre las llamas. La sostuvo así mucho tiempo, examinando sobre todo la curva en «s». Parecía exactamente igual a

lo que recordaba de su sueño y de la imagen momentánea que había visto en el fuego..., pero Eddie tenía la sensación de que no era exactamente como debía. Casi, pero no del todo.

«Eso es cosa de Henry, como siempre. De todos esos años en que nunca llegabas a ser lo bastante bueno. Lo has logrado, compañero; lo único que sucede es que el Henry que llevas dentro no quiere reconocerlo.»

Echó la llave sobre el rectángulo de piel y la envolvió doblando cuidadosamente los bordes.

—Ya está. No sé si habrá quedado bien o no, pero no creo que pueda hacerla mejor. —Se sentía extrañamente vacío al no tener ya que trabajar en la llave, sin propósito ni orientación.

—¿Quieres comer algo, Eddie? —le preguntó Susannah en voz queda.

«Ahí está el propósito —se dijo—. Ahí está la orientación. Sentada aquí mismo con las manos cruzadas sobre el regazo. Todo el propósito y la orientación que jamás...»

Pero entonces le vino otra cosa a la cabeza. Le vino de repente; no era un sueño... ni una visión.

«No, nada de eso. Es un recuerdo. Está ocurriendo otra vez: recuerdas hacia delante en el tiempo.»

—Antes he de hacer otra cosa —respondió, y se puso en pie.

Al otro lado de la fogata Rolando había apilado unos cuantos pedazos de madera seca. Eddie hurgó entre ellos y encontró una estaca de unos sesenta centímetros de longitud y aproximadamente diez de diámetro. La cogió, regresó a su lugar junto al fuego y empuñó otra vez el cuchillo de Rolando. Esta vez trabajó más deprisa, porque sólo estaba aguzando la estaca, convirtiéndola en algo que parecía un poste de tienda corto.

—¿Podemos ponernos en marcha antes de que amanezca? —le preguntó al pistolero—. Creo que hemos de llegar a ese círculo lo antes posible.

—Sí. Y antes, si hace falta. No quiero moverme a oscuras; no es prudente entrar de noche en un círculo parlante, pero si hemos de hacerlo, hemos de hacerlo.

—Por la cara que pones, muchachote, dudo que sea muy prudente acercarse a esos círculos de piedra a ninguna hora del día —comentó Susannah.

Eddie volvió a soltar el cuchillo. La tierra del agujero que Rolando había hecho para la hoguera estaba amontonada junto a su pie derecho. Eddie utilizó el extremo aguzado de la estaca para dibujar un signo de interrogación en la tierra. El signo era claro y nítido.

—Muy bien —dijo al fin, mientras borraba el dibujo—. Todo listo.

—Come algo, entonces —le urgió Susannah.

Eddie lo intentó, pero no tenía mucho apetito. Cuando por fin se echó a dormir, acurrucado en el calor de Susannah, tuvo un reposo sin sueños pero muy ligero. Hasta que el pistolero lo despertó de una sacudida a las cuatro de la madrugada, Eddie estuvo oyendo el viento que se precipitaba incansable sobre la llanura, y tuvo la sensación de que se iba volando con él, hacia las alturas de la noche, alejándose de todas aquellas preocupaciones, mientras la Vieja Estrella y la Vieja Madre se desplazaban serenas sobre él, pintándole las mejillas de escarcha.

—Ya es hora —dijo Rolando.

Eddie se incorporó. Susannah estaba a su lado, frotándose la cara con las manos. A medida que se le fue despejando la cabeza, Eddie se sintió invadido por una sensación de urgencia.

—Sí. Vamos allá, y de prisa.

—Está cerca, ¿verdad?

—Muy cerca. —Se puso en pie, cogió a Susannah por la cintura y la izó a la silla de ruedas. Ella lo miraba con inquietud.

—¿Crees que aún podemos llegar a tiempo? Eddie asintió.

—Por los pelos.

Tres minutos más tarde volvían a descender por la ladera siguiendo la Gran Carretera, que resplandecía tenuemente en la oscuridad como un fantasma. Y una hora después de eso, cuando la primera claridad del alba empezó a tocar el cielo por el este, empezó a oírse un sonido rítmico muy a lo lejos.

Redoble de tambores, pensó Rolando.

Maquinaria, pensó Eddie. Un enorme montón de maquinaria.

«Es un corazón —pensó Susannah—. Un corazón palpitante, enorme y enfermo... y está en esa ciudad a la que hemos de ir.»

Al cabo de dos horas el sonido paró tan de súbito como había comenzado. En el cielo no cesaban de acumularse nubes blancas y amorfas que fueron velando el sol de la mañana hasta ocultarlo por completo. El círculo de piedras erguidas se hallaba ya a menos de ocho kilómetros, resplandeciendo bajo aquella luz sin sombras como la dentadura de un monstruo caído.

¡SEMANA ESPAGUETI EN EL MAJESTIC!

proclamaba el rótulo de la decrepita y abatida marquesina que sobresalía en el cruce de las avenidas Brooklyn y Markey.

¡DOS CLÁSICOS DE SERGIO LEONE!

¡UN PUÑADO DE \$\$ MÁS EL BUENO, EL FEO Y EL MALO!

99 CÉNTAVOS TODOS LOS PASES

En la taquilla había una jovencita rubia con rulos en el pelo que mascaba chicle mientras escuchaba a Led Zep en el transistor y leía una de aquellas revistas del corazón que tanto le gustaban a la señora Shaw. A su izquierda, en el tablón que quedaba libre, había un cartel en el que se veía a Clint Eastwood.

Jake sabía que no debía entretenerse —ya eran casi las tres—, pero aun así se detuvo unos instantes para mirar el cartel que colgaba tras un cristal sucio y agrietado. Eastwood llevaba un sarape mexicano. Tenía un puro apretado entre los dientes. Se había echado parte del sarape sobre el hombro para dejar al descubierto la pistola. Sus ojos eran de un azul claro y descolorido. Ojos de bombardero.

«No es él —pensó Jake—, pero casi es él. Son los ojos, sobre todo... Los ojos son casi iguales.»

—Me dejaste caer —le dijo al hombre del viejo cartel, el hombre que no era Rolando—. Me dejaste morir. ¿Qué ocurrirá esta vez?

—Eh, chico —le llamó la taquillera rubia, haciendo que se sobresaltara—. ¿Piensas entrar o vas a quedarte ahí hablando solo?

—No, gracias —respondió Jake—. Ya las he visto las dos.

Echó a andar de nuevo y dobló a la izquierda por la avenida Markey.

Una vez más esperó que lo invadiera la sensación de recordar hacia delante, pero no sucedió. Estaba en una calle cualquiera, calurosa y soleada, bordeada de edificios de apartamentos color arenisca que a Jake se le antojaron las galerías de una cárcel. Pasaban unas cuantas jóvenes, empujando cochecitos de bebé por parejas y charlando sin mucho entusiasmo, pero aparte de ellas la calle estaba desierta. Hacía un calor demasiado intenso para el mes de mayo; demasiado calor para salir a pasear.

«¿Qué estoy buscando? ¿Qué?»

A sus espaldas sonó una ronca carcajada masculina, seguida de un indignado grito femenino:

—¡Devuélvemela!

Jake dio un respingo, creyendo que la dueña de la voz se dirigía a él.

—¡Devuélvemela, Henry! ¡Hablo en serio!

Jake se volvió y vio a dos chicos, uno de los cuales debía de tener al menos dieciocho años. El otro era bastante más pequeño..., de doce o trece años. Al ver a este segundo muchacho, el corazón de Jake hizo algo que fue como si rizara el rizo dentro de su pecho. El chico llevaba pantalones de pana verde en lugar de pantalones cortos de cuadros, pero la camiseta amarilla era la misma y llevaba una vieja y gastada pelota de baloncesto debajo del brazo. Aunque estaba de espaldas a Jake, Jake tuvo la certeza de que había encontrado al chico de su último sueño.

La que había gritado era la taquillera rubita que mascaba chicle. El mayor de los chicos —que casi parecía lo bastante mayor para llamarlo hombre— tenía en sus manos la revista de la joven. Ella intentó arrebátarsela. El chico que se la había quitado —llevaba tejanos y una camiseta negra arremangada— levantó la revista en alto y sonrió.

—¡Salta si la quieres, Maryanne! ¡Salta, salta!

Ella lo miró con ojos furiosos y las mejillas enrojecidas.

—¡Dámela! —le exigió—. ¡Deja de hacer el idiota y devuélvemela! ¡Cabrón!

—¡Ooooh, Eddie, mira lo que ha dicho! —se burló el mayor—. ¡Eres una deslenguada! ¡Eso no se dice! —Siguió agitando la revista justo fuera del alcance de la rubia, sonriendo, y de pronto Jake lo entendió todo. Aquellos dos seguramente volvían de la escuela a casa —aunque seguramente no iban a la misma, si había acertado al calcularles la edad— y el mayor se había acercado a la taquilla fingiendo que tenía algo interesante que contarle a la chica. Y entonces había metido la mano por la abertura del cristal y le había quitado la revista.

El mayor de los chicos tenía una cara que Jake ya había visto antes: era la cara de un muchacho que consideraría el colmo de la diversión empaparle la cola a un gato con gasolina para usarla de encendedor o darle a un perro hambriento un pedazo de pan con un anzuelo escondido dentro. La clase de muchacho que se sentaba en la última fila del aula y molestaba a las chicas y luego decía «¿Quién, yo?» con boba expresión de sorpresa cuando una acababa por quejarse. No había muchos chicos así en Piper, pero había algunos. Jake supuso que en todas las escuelas habría algunos. En Piper vestían mejor, pero la cara era la misma. Se imaginó que en otros tiempos la gente habría dicho que era la cara de un chico nacido para la horca.

Maryanne saltó para hacerse con la revista, que el muchacho de los pantalones negros había enrollado en forma de tubo. Él la apartó en el último momento y le pegó con ella en la cabeza, como se le podría pegar a un perro que se hubiese meado en la alfombra. La chica había empezado a llorar; más que nada por la humillación, juzgó Jake. Su cara estaba tan roja que casi resplandecía.

—¡Pues quédatela! —le chilló—. ¡Ya sé que eres analfabeto, pero al menos podrás mirar las fotos! —Y enseguida hizo ademán de volverse.

—¿Por qué no se la devuelves, eh? —dijo el más pequeño de los dos con voz suave.

El mayor le tendió la revista a la chica, que se la arrancó de las manos. Incluso desde donde estaba, diez metros calle abajo, Jake oyó cómo se rasgaba.

—¡Eres un mierda, Henry Dean! —le gritó ella—. ¡Un auténtico mierda!

—Oye, oye, ¿a qué viene eso? —Henry parecía dolido de veras—. Sólo ha sido una broma. Además, sólo se ha roto por un sitio; todavía puedes leerla, mujer. Enróllate un poco, ¿quieres?

Y eso también cuadraba, pensó Jake. Los tipos como ese Henry siempre llevaban la broma incluso menos divertida dos pasos demasiado lejos..., y luego se mostraban dolidos e incomprensidos cuando alguien les gritaba. Y siempre era «¿Qué pasa?» y era «¿No sabes aceptar una broma?» y era «¿Por qué no te enrollas un poco?»

«¿Qué haces con él, muchacho? —se preguntó Jake—. Si estás de mi lado, ¿qué haces con un gilipollas como ése?»

Pero cuando el más pequeño se volvió y echó a andar por la acera con el otro, Jake se dio cuenta. Las facciones del mayor eran más duras y tenía la tez cubierta de marcas de acné, pero aparte de eso el parecido era asombroso. Los chicos eran hermanos.

Jake les volvió la espalda y empezó a caminar con paso lento por delante de los dos muchachos. Se llevó una mano temblorosa al bolsillo de la pechera, sacó las gafas de sol de su padre y se las caló con un gesto torpe.

Más atrás, las voces eran cada vez más fuertes, como si alguien estuviera subiendo gradualmente el volumen de una radio.

—No hubieras tenido que hacerla rabiar tanto, Henry. No ha estado bien.

—A ella le encanta, Eddie. —La voz de Henry era complaciente y mundana—. Cuando seas un poco mayor lo entenderás.

—Pero si estaba llorando...

—Seguramente debe de tener la mala semana —dijo Henry en tono filosófico.

Ya estaban muy cerca. Jake se encogió contra la pared del edificio. Tenía la cabeza gacha y las manos muy hundidas en los bolsillos de los tejanos. No sabía por qué le parecía de tan vital importancia que no se fijaran en él, pero así era. De un modo u otro, Henry no importaba, pero...

«Se supone que el más pequeño no debe acordarse de mí —pensó—. No sé exactamente por qué, pero es importante.»

Lo adelantaron sin dedicarle ni una mirada de soslayo. El que Henry había llamado Eddie caminaba por la parte de afuera, haciendo rebotar la pelota a lo largo del bordillo.

—Has de reconocer que estaba muy graciosa —decía Henry—. La marchosa de Maryanne saltando para coger la revista. ¡Guau, guau!

Eddie alzó la vista hacia su hermano con una expresión que quería ser de reproche..., hasta que se rindió y el reproche se disolvió en risa. Jake reconoció el amor incondicional en aquella cara y juzgó que Eddie le perdonaría muchas cosas a su hermano mayor antes de dejarlo como un caso perdido.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos? —preguntó Eddie—. Dijiste que iríamos. Al salir de la escuela.

—Dije que a lo mejor íbamos. No tengo muchas ganas de darme ese hartón de andar. Además, mamá ya debe de estar en casa. Será mejor que lo dejemos y subamos a ver la tele.

Iban ya unos tres metros por delante de Jake y seguían alejándose.

—¡Va, venga! ¡Lo dijiste!

Después del edificio ante el que entonces se hallaban los dos chicos había una cerca de malla metálica con una puerta para pasar. Al otro lado de la cerca, Jake pudo ver que estaba el terreno de juego con el que había soñado la noche anterior... o una versión del mismo, por lo menos. No estaba rodeado de árboles ni había ningún quiosco del metro con franjas negras y amarillas pintadas en diagonal en la parte delantera, pero el cemento agrietado era idéntico. Y también las descoloridas líneas amarillas que delimitaban el campo.

—Bueno..., no sé. A lo mejor. Jake comprendió que Henry estaba otra vez tomándole el pelo a su hermano. Eddie, en cambio, no se daba cuenta; estaba demasiado interesado en el lugar al que quería ir, fuera el que fuese—. Hagamos unas canastas mientras me lo pienso.

Le robó la pelota a su hermano menor, la hizo botar torpemente hacia el terreno de juego y lanzó un tiro que fue a dar en lo alto del tablero y rebotó sin rozar siquiera el aro. A Henry se le daba bien robar revistas a las adolescentes, pensó Jake, pero en el campo de baloncesto era un completo desastre.

Eddie entró por la puerta, se desabrochó los pantalones de pana y los echó hacia abajo. Bajo ellos llevaba los pantalones de cuadros desteñidos que Jake había visto en el sueño.

—¡Ay, mira, lleva sus pantaloncitos cortos! —se rió Henry—. ¿Verdad que son lindos? —Esperó a que Eddie levantara un pie del suelo para acabar de quitarse los pantalones, y justo entonces le arrojó la pelota. Eddie consiguió desviarla con el brazo, ahorrándose un golpe que seguramente le hubiera hecho sangrar la nariz, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo de cemento. No se cortó, pero muy bien habría podido ocurrir: a lo largo de la cerca vio un reguero de vidrios rotos que brillaba al sol.

—Venga, Henry, no te pases —protestó, pero sin auténtico reproche. Jake supuso que Henry llevaba tanto tiempo haciéndole esas jargarretas que Eddie ya sólo se daba cuenta cuando se las

hacía a otra persona; a alguien como la taquillera rubita.

—¡Venga, Henry, no te pases! —repitió su hermano en tono de mofa.. Eddie se puso en pie y corrió hacia la pista. La pelota había chocado contra la malla metálica y había rebotado hacia Henry, que intentó hacerle un regate a su hermano pequeño. Eddie extendió la mano con la rapidez de un relámpago, pero con notable delicadeza, y le robó la pelota. Se coló con facilidad bajo el brazo extendido que Henry agitaba ante él y fue hacia la canasta. Henry corrió con expresión ceñuda en pos de él, pero lo mismo habría dado que se echara a dormir. Eddie saltó, con las rodillas recogidas y los pies limpiamente estirados, y encestó la pelota. Henry se apoderó de ella cuando caía y la llevó botando hasta la raya.

«No hubieras debido hacerlo, Eddie», pensó Jake. Se había parado justo en la esquina donde terminaba la cerca, y los estaba observando desde allí. Parecía un lugar bastante seguro, al menos de momento. Llevaba puestas las gafas de sol de su padre, y los chicos estaban tan absortos en el juego que ni siquiera se habrían dado cuenta aunque el presidente Carter se hubiera detenido a mirarlos. De todos modos, Jake dudaba de que Henry supiese quién era el presidente Carter.

Jake se imaginaba que Henry le haría una personal a su hermano, quizás incluso violenta, como castigo por la canasta, pero había subestimado la astucia de Eddie. Henry hizo una finta que no hubiera engañado ni a la madre de Jake, pero al parecer Eddie cayó en la trampa. Henry pasó junto a él y se dirigió hacia la canasta, corriendo casi todo el rato con la pelota sujeta. Jake estaba seguro de que Eddie hubiera podido darle alcance y quitarle la pelota con facilidad, pero en cambio el chico se quedó rezagado. Henry lanzó un tiro —con desmaña— y la pelota rebotó en el aro. Eddie la cogió pero dejó que se le escapara de entre las manos. Henry se apoderó de ella, giró y la hizo pasar por el aro sin red.

—Uno a cero —dijo Henry, jadeante—. ¿Vamos a doce?

—Vale.

Jake había visto suficiente. El juego iba a ser reñido, pero al final ganaría Henry. Eddie se ocuparía de ello. Su derrota no sólo le ahorraría malos tratos sino que además pondría a Henry de buen humor y lo volvería más receptivo a lo que Eddie quisiera hacer.

«Bueno, chico, me parece que tu hermanito pequeño te ha estado manipulando como una marioneta desde hace mucho tiempo, y tú ni siquiera lo sospechas, ¿verdad?»

Retrocedió hasta que el edificio que se alzaba en el extremo norte del campo le ocultó a los hermanos Dean, y ellos a él. Se apoyó en la pared y escuchó el sonido de la pelota al rebotar contra el cemento. Al poco Henry empezó a resoplar como Charlie el Chu-Chú en una empinada cuesta arriba. Debía de ser fumador, naturalmente; los tipos como Henry siempre eran fumadores.

El juego duró unos diez minutos, y para cuando Henry cantó victoria la calle se había llenado de chicos que volvían de la escuela. Algunos de ellos miraban a Jake con curiosidad al pasar ante él.

—Buen partido, Henry —dijo Eddie.

—No ha estado mal —jadeó Henry—. Pero aún te dejas engañar por mis fintas.

«Claro que sí —pensó Jake—. Y creo que seguirá dejándose engañar hasta que haya ganado unos cuarenta kilos de peso. Puede que entonces te lleves una sorpresa.»

—Sí, eso parece. Oye, Henry, ¿podemos ir a ver la casa, por favor?

—Sí, ¿por qué no? Vamos allá.

—¡Muy bien! —gritó Eddie a todo pulmón. Se oyó un chasquido de carne contra carne; seguramente Eddie le había dado la mano a Henry con una palmada—. ¡Campeón!

—Sube a casa y dile a mamá que volveremos a las cuatro y media, cinco menos cuarto. Pero no le digas nada de la Mansión. Le daría un ataque de nervios. Ella también cree que está encantada.

—¿Quieres que le diga que vamos a casa de Dewey? Hubo un silencio mientras Henry se lo pensaba.

—No. A lo mejor se le ocurre llamar a la señora Bunkowski. Dile... dile que vamos a lo de Dahlie para comprar Hoodsie Rockets. Eso se lo creerá. Y pídele un par de dólares, de paso.

—No me los dará. Aún faltan dos días para cobrar.

—Chorradas. Tú puedes sacárselos. Anda, corre.

—Vale. —Pero Jake no oyó que Eddie se moviera—. ¿Henry...?

—¿Qué? —contestó con impaciencia.

—¿Es verdad que la Mansión está encantada? ¿Tú qué dices?

Jake se acercó un poco más al terreno de juego. No quería ser visto, pero tenía la intensa sensación de que necesitaba oír aquello.

—Qué va. Las casas encantadas no existen. Sólo en las películas.

—Ah. —En la voz de Eddie había una inconfundible nota de alivio.

—Pero si hubiese alguna —prosiguió Henry (quizá no quería que su hermano menor se sintiera demasiado aliviado, pensó Jake)—, sería la Mansión. Me han dicho que hace un par de años dos chicos de la calle Norwood entraron allí para hacer gansadas y la pasma los encontró con el cuello rajado y sin una gota de sangre en el cuerpo. Pero no había ni una mancha de sangre en ninguna parte. ¿Entiendes? Toda la sangre había desaparecido.

—¿Te ríes de mí? —preguntó Eddie en un susurro.

—No. Pero no era eso lo peor.

—¿Qué era?

—El pelo se les había vuelto completamente blanco —explicó Henry. La voz que le llegó a Jake era solemne. Tuvo la impresión de que esta vez Henry no intentaba tomar el pelo a su hermano, que esta vez él mismo creía lo que estaba diciendo. (Además, dudaba de que Henry tuviera suficiente seso para inventarse semejante historia.)—. Los dos. Y tenían los ojos muy abiertos, como si hubieran visto la cosa más horrible del mundo.

—¡Anda ya! Eso es un cuento —dijo Eddie, pero en tono suave y fascinado.

—¿Todavía quieres ir?

—Claro. Siempre que..., ya sabes, que no tengamos que acercarnos demasiado.

—Pues ve a ver a mamá. Y procura sacarle un par de pavos. Necesito tabaco. Y llévate la pelota.

Jake se echó hacia atrás y se metió en el primer portal justo cuando Eddie cruzaba la cerca del campo.

Para su horror, el chico de la camiseta amarilla se encaminó hacia donde estaba Jake. «¡Oh, no! —pensó, desalentado—. ¿Y si vive en este edificio?»

Vivía allí. Jake tuvo el tiempo justo para volverse y fingir que leía los nombres escritos junto a la hilera de timbres antes de que Eddie Dean pasara a su lado casi rozándolo, tan cerca que Jake pudo oler el sudor que le había brotado en la pista de baloncesto. Medio vio y medio notó la ojeada curiosa que el chico echó en su dirección. Pero Eddie entró en el edificio sin detenerse y se dirigió a los ascensores con los pantalones de la escuela hechos un lío bajo un brazo y la gastada pelota bajo el otro.

A Jake le palpitaba con fuerza el corazón. Seguir a la gente sin que se diera cuenta resultaba mucho más difícil en la vida real que en las novelas de detectives que a veces leía. Cruzó la calle y se detuvo entre dos edificios de apartamentos, media manzana más arriba. Desde allí podía ver al mismo tiempo la entrada del edificio en que vivían los hermanos Dean y el terreno de juegos. El terreno estaba empezando a llenarse, sobre todo de niños pequeños. Henry estaba apoyado contra la cerca, fumándose un cigarrillo y tratando de ofrecer una imagen de dureza adolescente. De vez en cuando alargaba un pie, cuando alguno de los chiquillos pasaba corriendo ante él, y antes de que regresara Eddie ya había conseguido zancadillear a tres niños. El último de ellos cayó por tierra cuan largo era, dio de bruces contra el cemento y salió llorando calle arriba con la frente ensangrentada. Henry arrojó la colilla del cigarrillo hacia su espalda y se echó a reír con ganas.

«Un tipo de lo más divertido», pensó Jake.

Después de eso, los demás niños espabilaron y empezaron a guardar las distancias. Henry se marchó del terreno de juego y anduvo sin apresurarse hacia el edificio de apartamentos en el que había entrado Eddie cinco minutos antes. Justo cuando llegaba, se abrió la puerta y salió Eddie.

Se había puesto unos tejanos y una camiseta limpia; también se había atado a la frente un pañuelo verde, el mismo que llevaba en el sueño de Jake. Agitaba dos billetes de un dólar con aire triunfal. Henry se los quitó de la mano y le preguntó algo. Eddie asintió con la cabeza y echaron a andar.

Jake los siguió a media manzana de distancia.

Se habían parado en la hierba alta que bordeaba la Gran Carretera y contemplaban el círculo parlante.

«Stonehenge —pensó Susannah, y se estremeció—. Eso es lo que parece. Stonehenge.»

Aunque la tupida hierba que cubría la llanura crecía también en torno a la base de los grandes monolitos grises, el círculo que delimitaban era de tierra desnuda, salpicada aquí y allá de cosas blancas.

—¿Qué es eso? —preguntó Susannah en voz baja—. ¿Esquirlas de piedra?

—Vuelve a mirar —le aconsejó Rolando.

Al hacerlo vio que eran huesos. Huesos de animales pequeños, quizás. Así lo esperaba.

Eddie pasó la estaca aguzada a la mano izquierda, se enjugó en la camisa la palma de la derecha y volvió a cambiarla de mano. Abrió la boca, pero su garganta reseca no emitió ningún sonido. Carraspeó y lo intentó de nuevo.

—Creo que debo entrar ahí y dibujar algo en la tierra. Rolando asintió.

—¿Ya?

—Pronto. —Miró a Rolando a la cara—. Aquí hay algo, ¿verdad? Algo que no vemos.

—Ahora no está —respondió Rolando—. O al menos creo que no está. Pero vendrá. Nuestro *khef*, nuestra fuerza vital, le hará venir. Y querrá defender su morada, por supuesto. Devuélveme la pistola, Eddie.

Eddie se desabrochó el cinto y se lo dio. Acto seguido se volvió hacia el círculo de piedras de siete metros de altura. Allí vivía algo, desde luego. Percibía su olor, un hedor que le hacía pensar en yeso húmedo, sofás mohosos y colchones viejos pudriéndose bajo capas de hongos en licuefacción. Ese olor le resultaba conocido.

«La Mansión; allí fue donde lo oí. El día que convencí a Henry para que me llevara a ver la Mansión de la calle Rhinehold, en Dutch Hill.»

Rolando se abrochó la hebilla del cinto y se inclinó para anudar la tira que sujetaba la pistolera al muslo. Mientras lo hacía, alzó la vista hacia Susannah.

—Puede que necesitemos a Detta Walker —le anunció—. ¿Anda por ahí?

—Esa perra siempre anda cerca. —Susannah frunció la nariz.

—Bien. Uno de los dos tendrá que proteger a Eddie mientras él hace lo que ha de hacer. El otro será un bulto inútil. Ésta es la morada de un demonio. Aunque los demonios no son humanos, son macho o hembra. El sexo es al mismo tiempo su arma y su debilidad. Sea cual sea el sexo de este demonio, irá por Eddie. Para proteger su morada. Para impedir que un extraño utilice su morada. ¿Comprendes? —Susannah asintió en silencio. Eddie, por lo visto, no escuchaba. Se había metido bajo la camisa el envoltorio de piel que contenía la llave y miraba fijamente el círculo parlante como si estuviera hipnotizado—. No hay tiempo para decirlo de una manera agradable o refinada —prosiguió Rolando—. Uno de los dos tendrá...

—Uno de los dos tendrá que follárselo para que deje en paz a Eddie —le interrumpió Susannah—. Este demonio es la clase de cosa que nunca puede rechazar un polvo gratis. Ahí querías ir a parar, ¿no?

Rolando asintió.

A Susannah se le encendieron los ojos. Ahora eran los ojos de Detta Walker, sabios y fríos a un tiempo, resplandecientes de dura diversión, y la voz empezó a adoptar el fingido acento sureño que era la marca de fábrica de Detta Walker.

—Si el demonio es chica, te toca a ti. Pero si es chico, me lo quedo yo. ¿De acuerdo?

Rolando asintió.

—¿Y si hace a pelo y a pluma? ¿Qué pasa entonces, grandullón?

Los labios de Rolando se contrajeron en una levísima insinuación de sonrisa.

—Entonces lo poseeremos juntos. Pero acuérdate...

A su lado, Eddie musitó con voz desmayada y remota:

—No todo es silencio en los salones de los muertos. Mirad, el que dormía está despertando.

—Volvió los ojos enloquecidos y aterrorizados hacia Rolando—. Hay un monstruo.

—El demonio...

—No. Un monstruo. Algo que hay entre las puertas..., entre los mundos. Algo que espera. Y está abriendo los ojos.

Susannah miró atemorizada a Rolando.

—Ánimo, Eddie, y en pie —dijo Rolando—. Sé certero.

Eddie respiró hondo.

—Aguantaré en pie hasta que me derribe —prometió—. Ahora tengo que entrar. Ya está empezando.

—Entramos —todos —dijo Susannah. Arqueó la espalda y descendió de la silla de ruedas—. Si algún demonio quiere follar conmigo, va a descubrir que está follando con la mejor. Le voy a echar un polvo que no olvidará nunca.

Mientras pasaban entre dos de las altas piedras para introducirse en el círculo, empezó a llover.

En cuanto Jake vio la casa comprendió dos cosas: primero, que ya la había visto antes, en sueños tan terribles que su mente consciente no le permitía recordarlos; segundo, que era un lugar de muerte, asesinato y locura. Se había detenido en la esquina de la calle Rhinehold con la avenida Brooklyn, a unos setenta metros de Henry y Eddie Dean, pero incluso desde allí percibía que la Mansión, sin hacer caso de los dos hermanos, extendía hacia él unas manos invisibles y anhelantes. Tuvo la sensación de que esas manos estaban provistas de espolones. Espolones muy agudos.

«Me quiere a mí, y no puedo huir. Entrar ahí es la muerte... pero no entrar es locura. Porque en algún rincón de esa casa hay una puerta cerrada. Yo tengo la llave que la abre, y la única esperanza de salvación que me queda está al otro lado.»

Con el corazón abatido, examinó detenidamente la Mansión, una casa que casi lanzaba alaridos de anormalidad. Se alzaba en el centro del jardín abandonado y lleno de maleza como un tumor maligno.

Los hermanos Dean habían recorrido nueve manzanas de Brooklyn, andando a paso lento bajo el caluroso sol de la tarde, hasta llegar a una zona que, a juzgar por los nombres de las tiendas y los comercios, tenía que ser Dutch Hill. Y al fin se habían detenido en mitad de aquella manzana, delante de la Mansión. La casa parecía llevar muchos años abandonada, pero a pesar de ello apenas había sufrido actos de vandalismo. Y en otro tiempo, pensó Jake, debía haber sido una verdadera mansión, el hogar, quizá, de un comerciante próspero y su familia numerosa. En aquellos días de antaño seguramente había sido blanca, pero ahora era de un sucio grisáceo. Todas las ventanas estaban rotas y la deteriorada valla de madera que la rodeaba estaba cubierta de pintadas, pero la casa en sí permanecía intacta.

Repantigado bajo la calurosa luz, un desvencijado espectro con tejado de pizarra que crecía en un patio herboso y sembrado de desperdicios, a Jake le sugirió la imagen de un perro peligroso que se fingía dormido. Su empinado tejado sobresalía sobre el porche delantero como una frente aplastada. Las tablas del porche estaban torcidas y astilladas. Contraventanas que quizás en otro tiempo habían sido verdes colgaban fuera de quicio junto a las ventanas sin cristales, algunas de las cuales aún estaban provistas de viejas cortinas que pendían como tiras de piel muerta. A la izquierda había una antigua espaldera a punto de desprenderse del edificio, sostenida ya no por clavos sino tan sólo por las enredaderas sin nombre y de algún modo inmundas que crecían profusamente sobre ella. Había un cartel en el jardín y otro en la puerta. Desde donde Jake estaba, no alcanzaba a leer ninguno de los dos.

La casa estaba viva. Jake lo sabía, podía percibir la conciencia que surgía de las tablas y el tejado pandeado, la sentía manar a ríos desde las cuencas negras de sus ventanas. La idea de acercarse a aquel lugar terrible lo llenaba de abatimiento; la idea de penetrar en su interior lo llenaba de un horror inarticulado. Pero tendría que hacerlo. Notó un zumbido grave y adormecedor en los oídos, el sonido de una colmena en un caluroso día de verano, y por un instante temió desmayarse. Cerró los ojos... y la voz de *él* le llenó la cabeza.

«Debes venir, Jake. Es el camino del Haz, el camino de la Torre y el momento de tu Invocación. Sé certero; álzate; ven a mí.»

El miedo no pasó, pero sí aquella horrible sensación de pánico inminente. Abrió los ojos de nuevo y vio que no era el único que percibía el poder y el despertar de la conciencia de la casa. Eddie estaba intentando alejarse de la cerca. Se volvió hacia Jake, que pudo verle los ojos inquietos y muy abiertos bajo el pañuelo verde de la frente. Su hermano mayor lo sujetó y lo empujó hacia el portón oxidado, pero el gesto estuvo falto de convicción; por lerdo que fuese Henry, la Mansión no le gustaba más que a Eddie.

Se retiraron un poco y siguieron contemplando el lugar. Jake no pudo entender qué se decían, pero su tono de voz era grave e inseguro. De pronto, Jake recordó lo que Eddie le había dicho en el sueño: «Pero recuerda que hay peligro. Ten cuidado... y apresúrate.»

Súbitamente, el Eddie real, el que estaba al otro lado de la calle, alzó la voz lo bastante para que Jake pudiera distinguir las palabras.

—¿Podemos irnos ya, Henry? Por favor. No me gusta. —El tono era de súplica.

—¡Qué mariquita estás hecho! —replicó Henry, pero Jake creyó oír alivio en su voz además de condescendencia—. Vamos, pues.

Volvieron la espalda a la decrepita casa que se agazapaba tras la valla combada y echaron a andar hacia la calzada. Jake retrocedió y se puso a mirar el escaparate de una triste tienducha que lucía el rótulo de «Aparatos domésticos usados Dutch Hill». Observó cómo Henry y Eddie, dos reflejos borrosos y fantasmales superpuestos a una vieja aspiradora Hoover, cruzaban la calle Rhinehold.

—¿Seguro que no está encantada? —preguntó Eddie cuando llegaron a la acera del lado de Jake.

—No sé qué decirte —respondió Henry—. Ahora que he vuelto a verla, ya no estoy tan seguro.

Pasaron justo por detrás de Jake sin mirarlo.

—¿Tú entrarías? —prosiguió Eddie.

—Ni por un millón de dólares —contestó Henry sin dudarlo.

Doblaron la esquina. Jake se apartó del escaparate y alargó el cuello para verlos marchar. Regresaban por donde habían venido, los dos juntos sobre la acera, Henry arrastrando las pesadas botas de puntera metálica, los hombros encorvados como los de una persona mucho mayor, y Eddie caminando a su lado con gracia natural y espontánea. Sus sombras, que ya se alargaban sobre la calzada, se fundían amigablemente.

«Vuelven a casa —pensó Jake, y sintió una oleada de soledad tan intensa que creyó que iba a aplastarle—. Cenarán, harán los deberes, discutirán por el programa de televisión y se irán a la cama. Puede que Henry sea un matón despreciable, pero estos dos tienen una vida, una vida con sentido... y ahora vuelven a ella. No sé si se dan cuenta de lo afortunados que son. Tal vez Eddie, supongo.»

Jake se volvió, se ajustó las correas de la mochila y cruzó la calle Rhinehold.

Susannah percibió movimiento en la desierta llanura de hierba que se extendía tras el círculo de piedras erguidas: como un viento que suspiraba y susurraba.

—Viene algo —anunció con voz tensa—. Y de prisa.

—Ten cuidado —le pidió Eddie—, pero sácamelo de encima. ¿Entiendes? Sácamelo de encima.

—Te he oído, Eddie. Tú límitate a hacer lo tuyo.

Eddie asintió. Arrodillado en el centro del círculo, alzó ante sus ojos la rama aguzada como si examinara la punta. Luego la bajó y trazó una oscura línea recta en la tierra.

—Cuida de ella, Rolando...

—Lo haré si puedo, Eddie.

—... pero sácamelo de encima. Jake está viniendo. Ese hijoputa chalado está viniendo.

Susannah vio que al norte del círculo parlante la hierba se abría en una larga línea oscura, creando un surco que avanzaba en derechura hacia el círculo de piedras.

—Prepárate —le advirtió Rolando—. Irá por Eddie. Uno de los dos tendrá que retenerlo.

Susannah se alzó sobre sus caderas como una serpiente en el cesto de un faquir de la India. Se llevó las manos a la cara, cerradas en duros puños oscuros. Le ardían los ojos.

—Estoy preparada —dijo, y acto seguido gritó—: ¡Ven, muchachote! ¡Ven ahora mismo! ¡Corre como si fuera tu cumpleaños!

La lluvia empezó a arceciar cuando el demonio que allí habitaba hizo su entrada en el círculo como un resonante vendaval. Susannah apenas tuvo tiempo de percibir una densa e implacable masculinidad —le llegó como un olor a alcohol y a enebro que le hizo llorar los ojos antes de que se precipitara hacia el centro del círculo. Cerró los ojos y trató de atraparlo, no con los brazos ni con la mente sino con toda la energía femenina que vivía en lo hondo de su ser.

—¡Eh, muchachote! ¿Adónde vas? ¡El chocho es por aquí!

Giró como un remolino. Susannah notó su sorpresa... y luego su hambre cruda, tan plena y urgente como una arteria palpitante. La cosa saltó sobre ella como un violador oculto en la boca de un callejón. Susannah aulló y se echó hacia atrás con tanta fuerza que le resaltaron todos los músculos y venas del cuello. El vestido que llevaba puesto se le aplastó contra los pechos y el vientre y casi al instante empezó a rasgarse por sí solo. Oía un jadear sin rumbo ni orientación, como si el propio aire hubiera decidido aparearse con ella.

—¡Suze! —chilló Eddie, e hizo ademán de levantarse.

—¡No! —le gritó ella—. ¡Hazlo! ¡Tengo a este hijoputa justo donde... justo donde lo quiero! ¡Sigue, Eddie! ¡Trae al chico! Trae... —Una frialdad embistió contra la carne delicada de entre las piernas. Susannah gruñó, cayó hacia atrás..., pero se sostuvo con una mano y se irguió desafiante—. ¡Tráelo aquí!

Eddie miró indeciso a Rolando, que asintió con la cabeza. Eddie echó otra mirada fugaz a Susannah con ojos llenos de oscuro dolor y de un miedo aún más oscuro, les volvió la espalda a los dos con aire resuelto y se hincó otra vez de rodillas. Extendió la rama aguzada que se había convertido en un lápiz improvisado, ajeno a la fría lluvia que le caía sobre los brazos y la nuca. El palo empezó a moverse trazando líneas y ángulos, creando una figura que Rolando reconoció al instante. Era una puerta.

Jake alzó los brazos, posó las manos en la madera astillada y empujó. El portón giró lentamente sobre sus goznes oxidados y rechinantes. Ante él se abría un desigual sendero de ladrillos. Al fondo del sendero estaba el porche. Al fondo del porche, la puerta. Le habían clavado tablas de un lado a otro.

Se internó poco a poco hacia la casa, con el corazón telegrafándole rápidos puntos y rayas en la garganta. Entre los ladrillos habían crecido malas hierbas, y Jake oía perfectamente cómo le rozaban los pantalones. Todos sus sentidos parecían haber subido un par de puntos de intensidad. «No tendrás realmente la intención de entrar ahí, ¿verdad?», le preguntaba dentro de la cabeza una voz dominada por el pánico:

Y la respuesta que se le ocurrió le pareció completamente chiflada y al mismo tiempo perfectamente razonable: «Todas las cosas sirven al Haz.»

El cartel del jardín rezaba:

ABSOLUTAMENTE PROHIBIDO EL PASO
BAJO LAS PENAS QUE MARCA LA LEY

El rectángulo de papel amarillento y manchado de óxido clavado sobre una de las tablas que cruzaban la puerta principal era más sucinto:

PROPIEDAD CONDENADA
POR ORDEN DE LA AUTORIDAD MUNICIPAL
DE NUEVA YORK

Jake se detuvo al pie de los escalones y alzó la mirada hacia la puerta. Había oído voces en el solar abandonado y ahora pudo oírlas de nuevo..., pero éste era un coro de condenados, una jerigonza de amenazas demenciales y promesas igualmente demenciales. Sin embargo tuvo la impresión de que todo era una sola voz. La voz de la casa; la voz de un guardián monstruoso arrancado de su largo y desasosegado sueño.

Pensó fugazmente en la Ruger de su padre e incluso se sintió tentado de sacarla de la mochila, pero ¿de qué iba a servirle? A sus espaldas, el tráfico se movía por la calle Rhinehold en ambas direcciones, y una mujer le gritaba a su hija que dejara de pelar la pava con aquel muchacho y entrara la ropa tendida, pero aquí había otro mundo, un mundo gobernado por algún ser siniestro sobre el que las armas no tenían ningún poder.

«Álzate, Jake. Sé certero.»

—Muy bien —dijo en voz baja y temblorosa—. Muy bien, lo intentaré. Pero más vale que no vuelvas a dejarme caer.

Poco a poco empezó a subir los peldaños del porche.

Las tablas que bloqueaban la puerta estaban viejas y podridas, y los clavos oxidados. Jake cogió las dos superiores por el punto donde se cruzaban y tiró con fuerza. Se desprendieron con un chirrido como el que había producido el portón. Las arrojó sobre la barandilla del porche a un viejo arriate en el que sólo crecía una maraña de hierbajos. Se agachó, aferró las tablas de abajo... y se quedó quieto unos instantes.

Un sonido hueco cruzaba la puerta; el sonido de un animal babeando de hambre en lo profundo de una tubería de hormigón. Jake sintió que una enfermiza película de sudor empezaba a cubrirle las mejillas y la frente. Estaba tan despavorido que ya no tenía la sensación de ser del todo real, como si se hubiera convertido en un personaje en la pesadilla de otro.

El coro maligno, la presencia maligna, estaba tras aquella puerta. Su sonido rezumaba de allí como un jarabe.

Tiró de las tablas. Cedieron con facilidad.

«Naturalmente. Quiere que entre. Tiene hambre, y se supone que yo he de ser el plato principal.»

De pronto le vino a la memoria un poema que la señorita Avery les había leído en clase. Supuestamente trataba sobre el dilema del hombre moderno, que ha perdido el contacto con sus raíces y tradiciones, pero Jake tuvo la repentina sensación de que el autor del poema debía de haber visto esta casa: *Te mostraré algo distinto / de tu sombra de la mañana que avanza tras de ti / o de tu sombra del atardecer que se alza a tu encuentro; / yo te mostraré...*

—Te mostraré el miedo en un puñado de polvo —musitó Jake, y puso la mano en el tirador de la puerta. Al hacerlo, aquella clara sensación de alivio y certidumbre lo inundó de nuevo, la sensación de que esta vez sí, esta vez la puerta se abriría a ese otro mundo, vería un firmamento no contaminado por nieblas químicas y humos industriales, y, en el horizonte remoto, no las montañas sino los brumosos chapiteles azules de una fascinante ciudad desconocida.

Cerró los dedos en torno a la llave de plata que llevaba en el bolsillo, deseando que la puerta estuviese cerrada para poder utilizarla. No lo estaba. Los goznes rechinaron, y el lento movimiento de sus ejes a medida que se abría la puerta hizo caer al suelo escamas de orín. El olor a decadencia golpeó a Jake como un impacto físico: madera mojada, yeso esponjado, listones podridos, tapizados antiguos. Debajo de todos estos olores había otro: el olor del cubil de alguna bestia. Ante él se extendía un penumbroso salón húmedo y rancio. A la izquierda, una escalinata se torcía y se combaba como un puente demencial hacia las sombras del piso superior. Su barandilla caída yacía hecha astillas en el suelo del salón, pero Jake no fue tan necio para creer que lo que estaba viendo eran sólo astillas. Entre esos restos había también huesos, los huesos de pequeños animales. Algunos no parecían precisamente huesos de animal, y Jake evitó contemplarlos con demasiado detenimiento; sabía que, si lo hacía, le faltaría valor para seguir adelante. Se detuvo en el umbral e hizo acopio de coraje para dar el primer paso. Oyó un leve rumor apagado, muy seco y muy rápido, y se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

«¿Por qué no me para nadie? —pensó frenéticamente—. ¿Por qué nadie me grita desde la acera: "¡Oye, tú! ¡Ahí no se puede entrar! ¿Es que no sabes leer?"»

Pero ya sabía por qué. Los peatones preferían circular por el otro lado de la calle, y los que se acercaban a la casa pasaban sin entretenerse. «Aunque alguien mirase por casualidad, no me vería, porque en realidad ya no estoy aquí. Para bien o para mal, ya he dejado mi mundo atrás. He empezado a cruzar. El mundo de él está más adelante, en algún lugar. Esto...»

Esto era el infierno intermedio.

Jake entró en el vestíbulo, y aunque lanzó un grito cuando la puerta giró y se cerró detrás de él con el sonido de la puerta de un mausoleo que se cierra para siempre, el hecho no le sorprendió.

En lo más hondo, no le sorprendió en absoluto.

Érase una vez una joven llamada Detta Walker que solía frecuentar los bailes y las tabernas que bordeaban la carretera de Ridgeline en las afueras de Nutley y la Carretera 88, junto a las líneas de alta tensión, en las afueras de Amhigh. En aquellos tiempos tenía piernas y, como dice la canción, sabía utilizarlas. Solía ponerse algún vestido barato muy ceñido que parecía de seda aunque no lo era y bailar con los chicos blancos mientras la orquesta tocaba las canciones de moda entre los blancuchos, como *Double Shot of My Baby's Love* y *The Hippy-Hippy Shake*. Tarde o temprano separaba a alguno de la manada y dejaba que la llevara a su coche, en el aparcamiento. Allí se daban el lote (una de las grandes besadoras del mundo, esta Detta Walker, y nada torpe con las uñas, tampoco) hasta que lo ponía a cien... y entonces lo rechazaba. ¿Qué ocurría luego? Bueno, ésta era la cuestión, ¿no? Éste era el juego. Algunos lloraban y suplicaban: bien, pero no estupendo. Otros se enfurecían y rugían, lo cual estaba mucho mejor.

Y aunque había recibido bofetadas, puñetazos en el ojo, escupitajos y una vez una patada en el culo tan fuerte que la hizo caer despatarrada sobre la grava del aparcamiento del Molino Rojo, nunca la habían violado. Todos habían vuelto a casa con las pelotas hinchadas, hasta el último blancucho de mierda. Lo cual quería decir, según las reglas de Detta Walker, que ella era la campeona suprema, la reina imbatida. ¿De qué? De ellos. De todos aquellos repeinados, abotonados y estirados blancos hijeputas.

Hasta ahora.

No había manera de resistirse al demonio que moraba en el círculo parlante. Ni manijas que aferrar, ni coche del que escapar, ni edificio al que regresar corriendo, ni mejilla que abofetear, ni cara que arañar, ni pelotas que patear si el blanquito hijoputa tardaba en captar el mensaje. El demonio le cayó encima... y se le metió dentro como un rayo. Aunque no podía verlo, Susannah notó cómo la empujaba hacia atrás. No podía verle las manos, pero pudo percibir su obra cuando el vestido que llevaba se rasgó con violencia por varios lugares. Luego, de repente, dolor. Tuvo la sensación de que la desgarraban allí abajo, y en su agonía y su sorpresa lanzó un alarido. Eddie volvió la cabeza y entornó los párpados.

—¡Estoy bien! —le gritó—. ¡No te detengas, Eddie, olvídate de mí! ¡Estoy bien!

Pero no era cierto. Por primera vez desde que Detta había entrado en el campo de batalla sexual a la edad de trece años, estaba perdiendo. Una horrenda frialdad hinchada se zambulló en ella; fue como si la jodiera un carámbano.

Advirtió oscuramente que Eddie le daba la espalda para seguir dibujando en la tierra, con su expresión de amorosa inquietud disuelta por la frialdad terrible y concentrada que Susannah a veces percibía en él y le veía en la cara. Bien, así tenía que ser, ¿no? Le había dicho que no se detuviera, que la olvidara, que hiciera lo que tenía que hacer para traer al chico a este lado. Ésta era su parte en la invocación de Jake y no tenía derecho a odiar a ninguno de los dos hombres, que no la habían obligado por la fuerza —ni de ningún otro modo a hacer lo que estaba haciendo, pero cuando la frialdad la congeló y Eddie le volvió la espalda, los odió a los dos; a decir verdad, habría podido arrancarles de cuajo los cojones.

Y entonces Rolando acudió a su lado, le sujetó los hombros con sus fuertes manos y, aunque no habló, ella oyó lo que decía: «No luches. Si luchas no podrás vencer; sólo podrás morir. El sexo es su arma, Susannah, pero también es su debilidad.»

Sí. Siempre era su debilidad. La única diferencia era que esta vez tendría que dar un poco más..., pero quizás eso era bueno. Quizás al final podría conseguir que ese invisible demonio hijeputa pagara un poco más.

Se obligó a aflojar los muslos. Se le abrieron de inmediato, trazando una larga huella curva en la tierra. Echó la cabeza atrás, hacia la lluvia que ahora caía con fuerza, y notó la cara de la cosa que se bamboleaba justo encima de la suya, los ojos ávidos que absorbían cada una de sus muecas retorcidas.

Alzó una mano en ademán de abofetear... y en vez de hacerlo la posó sobre la nuca del demonio violador. Fue como palpar una columna de humo sólido. ¿Y no advirtió que el demonio se echaba atrás, sorprendido por la caricia? Balanceó la pelvis hacia delante, utilizando la nuca

invisible como punto de apoyo. Al mismo tiempo separó aún más las piernas, haciendo que lo que restaba de su vestido se rompiera por las costuras. ¡Dios, qué grande era!

—Venga —jadeó—. No vas a violarme. Ni lo pienses. ¿Querías joderme? Yo sí que te voy a joder. ¡Te voy a echar un polvo que ni te lo imaginas! ¡Un polvo de muerte!

Sintió que la hinchazón que tenía dentro temblaba; sintió que el demonio intentaba retirarse, al menos momentáneamente, para reunir sus fuerzas.

—No, no, cariñito —graznó Susannah, y apretó bien los muslos para retenerlo—. Ahora viene lo divertido. —Empezó a contraer rítmicamente el trasero, bombeando sobre la presencia invisible. Levantó la mano libre, entrelazó los diez dedos y se dejó caer hacia atrás con las caderas en tensión, los brazos extendidos en un abrazo que no parecía estrechar nada. Se apartó de los ojos el cabello empapado de sudor; sus labios se abrieron en una sonrisa de tiburón.

«¡Suéltame!», gritó una voz en su mente. Pero al mismo tiempo notó que el dueño de la voz respondía aun a su pesar.

—De ninguna manera, dulzura. Tú lo has querido..., y ahora vas a tenerlo. —Susannah empujó hacia arriba con la pelvis, reteniendo, concentrándose ferozmente en el helado frío que sentía dentro de ella—. Voy a derretirte el carámbano, dulzura, y cuando desaparezca..., ¿qué harás cuando desaparezca?

Sus caderas se alzaban y caían, se alzaban y caían. Apretó inexorablemente los muslos, cerró los ojos, clavó las uñas en el cuello que no veía y rezó para que Eddie terminara deprisa.

No sabía cuánto tiempo podría seguir así.

El problema, conjeturaba Jake, era sencillo: en algún lugar de aquella mansión terrible y decadente había una puerta cerrada. La puerta justa. Lo único que había que hacer era encontrarla. Pero eso era difícil, porque sentía que la presencia de la casa se estaba congregando. El rumor de todas aquellas voces disonantes empezaba a fundirse en un solo sonido: un susurro grave y rasposo.

Y se acercaba.

A la derecha había una puerta abierta. A su lado, clavado a la pared, un descolorido daguerrotipo mostraba a un ahorcado suspendido como fruta podrida de un árbol muerto. Más allá había un cuarto que en tiempos había sido una cocina. El fogón se había perdido, pero al otro lado del abombado y descolorido linóleo se alzaba una nevera antigua, una de aquellas cajas de hielo. Tenía la puerta abierta. En su interior había una masa negra y maloliente que había rezumado hasta formar en el suelo un charquito, seco desde hacía mucho tiempo. Los armarios de la cocina estaban abiertos. En uno de ellos vio la que probablemente era la más antigua lata de Snow's Clam Fry-Ettes que se conservaba en el mundo. De otro asomaba la cabeza de una rata muerta. Los ojos eran blancos y daban la impresión de moverse, y al cabo de unos instantes Jake comprendió que las cuencas vacías estaban llenas de culebreantes gusanos.

Algo le cayó en el pelo con un golpe sordo. Jake dio un grito de susto, alzó la mano y cogió algo que al tacto parecía una pelota de goma blanda cubierta de cerdas. Se lo quitó de la cabeza y vio que era una araña, con el cuerpo hinchado del color de una magulladura reciente. Sus ojos lo contemplaron con estúpida malevolencia. Jake la arrojó contra la pared. Estalló y se quedó adherida, agitando débilmente las patas.

Otra le cayó en cuello. Jake sintió una picadura repentina y dolorosa justo en el lugar donde acababa el pelo. Retrocedió corriendo hacia el vestíbulo, tropezó con la barandilla derrumbada, cayó pesadamente y notó cómo aplastaba la araña. Sus entrañas —húmedas, febriles y resbaladizas— se le deslizaron por entre los omóplatos como la yema caliente de un huevo. Entonces vio más arañas en el umbral de la cocina. Algunas colgaban de sedosos y casi invisibles hilos como plumadas obscenas; otras se dejaban caer sin más en una sucesión de ruiditos chapoteantes y se escabullían hacia él con entusiasmo para darle la bienvenida.

Jake se levantó de un salto, agitando los brazos en el aire y sin dejar de gritar. Sentía algo en la mente, algo que era como una soga raída que empezaba a ceder. Pensó que se trataba de su cordura y, al comprenderlo así, su considerable valentía se vino abajo por fin. No podía seguir soportando aquello, fuera lo que fuese lo que estuviera en juego. Salió de estampida con la intención de huir si aún era posible, y descubrió demasiado tarde que había cometido un error y que estaba internándose más en la Mansión en lugar de regresar al porche.

Fue a dar a un espacio demasiado amplio para ser un comedor o una sala de estar; al parecer era un salón de baile. Elfos de sonrisa maliciosa cabrioleaban en el empapelado de las paredes, escrutándolo desde la sombra de sus gorras verdes y puntiagudas. Junto a una de las paredes se veía un sofá cubierto de moho. La araña de luces se había desplomado al centro del combado suelo de madera, y la cadena corroída por el óxido yacía en un montón de bucles entre las desperdigadas lágrimas y polvorientas cuentas de cristal. Jake esquivó aquella ruina y echó una aterrorizada ojeada por encima del hombro. No vio ninguna araña; de no ser por la asquerosidad que le rezumaba por la espalda, hubiera podido creer que eran imaginación suya.

Volvió la vista al frente y frenó en seco con un patinazo. Ante él se alzaba una doble puerta de corredera, semiabierta sobre sus ranuras empotradas. Más allá se extendía otro pasillo. Al final de este corredor había una puerta cerrada con un tirador dorado. Escritas en la puerta —o acaso grabadas en ella— había dos palabras:

EL CHICO

Bajo el tirador había una placa de plata en filigrana y un agujero de cerradura.

«¡La encontré! —pensó Jake con vehemencia—. ¡Por fin la encontré! ¡Ésa es! ¡Ésa es la puerta!»

Por detrás de él empezó a crecer un gruñido ronco, como si la casa empezara a despedazarse.

Jake se volvió y miró hacia el otro extremo del salón de baile. La pared del lado opuesto había comenzado a hincharse, empujando el viejo sofá hacia el centro. El empapelado tembló; los elfos empezaron a ondularse y a danzar. En algunos lugares, el papel se desprendía y se enroscaba en largos pliegues. El yeso se abombó en una curva preñada. Por debajo de él, Jake oyó los chasquidos secos del enlistonado que se rompía y se estructuraba en una forma nueva y todavía oculta. Y el ruido seguía en aumento. Sólo que ya no era precisamente un gruñido; ahora sonaba como un grito de odio.

Siguió mirando, hipnotizado, incapaz de apartar los ojos.

El yeso no se agrietó para caer al suelo en pedazos; era como si se hubiese vuelto maleable, y a medida que la pared continuaba hinchándose, formando una burbuja blanca irregular de la que aún colgaban tiras y restos del empapelado, la superficie empezó a moldearse en una serie de elevaciones, curvas y valles. Jake comprendió súbitamente que estaba contemplando un enorme rostro movedizo que surgía de la pared. Era como ver a alguien que empuja con la cara una sábana mojada.

Hubo un chasquido más fuerte, y un fragmento de listón roto se liberó de la ondulante pared para convertirse en la mellada pupila de un ojo. Más abajo, la pared se replegó hasta formar una boca contraída en una mueca de odio y llena de dientes quebrados. Jake vio trozos de empapelado adheridos a sus dientes y encías.

Una mano de yeso se desprendió de la pared y arrastró tras de sí un brazalete de cable eléctrico podrido. La mano aferró el sofá y lo echó a un lado, dejando fantasmagóricas huellas blancas en su oscura superficie. Al flexionarse los dedos de yeso se desprendieron más listones, que crearon garras agudas y astillosas. La cara había salido por completo de la pared y contemplaba a Jake con su único ojo de madera. Más arriba, en el centro de la frente, un elfo de papel danzaba todavía. Parecía un tatuaje estrafalario. Sonó un ruido como de algo que se tuerce con violencia, y la cosa empezó a deslizarse hacia él. El marco de la puerta se desprendió, convirtiéndose en un hombro encorvado. La única mano de la cosa se arrastró a zarpazos, haciendo rodar las cuentas de cristal de la araña caída.

Jake recobró el movimiento. Giró en redondo, se lanzó hacia la puerta de corredera y cruzó el pasillo a la carrera con la mochila rebotándole sobre la espalda y la mano derecha hurgando en el bolsillo de la llave. Su corazón era una máquina escapada de la fábrica. Detrás de él, la cosa que estaba formándose con el maderamen de la Mansión emitió un rugido atroz, y aunque no hubo palabras, Jake entendió lo que le decía: le decía que se quedara quieto, le decía que era inútil correr, le decía que no había escapatoria. Ahora, toda la casa parecía viva; en el aire resonaban los chasquidos de la madera y los gemidos de las vigas.

El zumbido demente que era la voz del guardián estaba por todas partes.

Jake cerró la mano sobre la llave. Al sacarla, una de las muescas se enganchó en el bolsillo. Los dedos, húmedos de sudor, le resbalaron. La llave cayó al suelo, rebotó, se metió por una grieta entre dos tablones pandeados y desapareció.

—¡Tiene dificultades! —Susannah oyó gritar a Eddie, pero el sonido de su voz era lejano. También ella tenía sus propias dificultades... pero aun así le parecía que quizá no le iba tan mal.

«Voy a derretirte el carámbano, dulzura —le había dicho al demonio—. Voy a derretirtelo, y cuando desaparezca..., ¿qué harás cuando desaparezca?»

No lo había derretido exactamente, pero sí lo había cambiado. La cosa que tenía dentro no le proporcionaba ningún placer, desde luego, pero al menos el terrible dolor se había apaciguado y ya no estaba tan fría. Estaba atrapada, incapaz de soltarse. Y Susannah no la retenía con el cuerpo, exactamente. Rolando le había dicho que el sexo era su debilidad, además de su arma, y como de costumbre estaba en lo cierto. La cosa se había apoderado de ella, pero ella también se había apoderado de la cosa, y ahora era como si ambos tuvieran un dedo atrapado en uno de esos diabólicos tubos chinos que cuanto más tiras más te aprietan.

Susannah se aferraba a una idea para seguir con vida; tenía que hacerlo, porque cualquier otro pensamiento consciente se había desvanecido. Tenía que retener aquella cosa sollozante, asustada y perversa en la trampa de su propia lujuria incontrolada. La cosa empujaba, se debatía y retorció dentro de ella, pidiendo a gritos que la soltara mientras no cesaba de usar su cuerpo con ansiosa e incontrolable intensidad, pero Susannah no la dejaba escapar.

«¿Y qué va a pasar cuando finalmente la suelte? —trataba de imaginar, desesperada—. ¿Qué hará para vengarse?»

Susannah no lo sabía.

La lluvia caía a ráfagas, amenazando convertir el círculo delimitado por las piedras en un mar de lodo.

—¡Tapa la puerta con algo! —gritó Eddie—. ¡No podemos dejar que la borre la lluvia!

Rolando miró de soslayo a Susannah y vio que seguía forcejeando con el demonio. Tenía los ojos medio cerrados y la boca curvada en una mueca hostil. Rolando no podía ver ni oír al demonio, pero percibía sus convulsiones coléricas y asustadas.

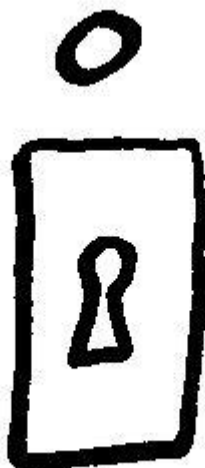
Eddie volvió su rostro chorreante hacia él.

—¿No me has oído? —gritó—. ¡Tapa la maldita puerta con algo, y corriendo!

Rolando sacó una piel de la mochila y cogió una punta con cada mano. Seguidamente extendió los brazos y se inclinó sobre Eddie para formar una tienda improvisada. La punta de la estaca que Eddie utilizaba para dibujar estaba empastada de barro. Se la limpió en la manga, dejando una huella del color del chocolate amargo, e inmediatamente volvió a cerrar la mano sobre el bastón y se encorvó para reanudar la tarea. Su dibujo no era exactamente del mismo tamaño que la puerta del otro lado de la barrera, donde estaba Jake —la proporción era quizá de 0,75 a 1—, pero sería lo bastante grande para que el chico pudiera cruzarla... si las llaves iban bien.

«Si es que realmente tiene una llave, ¿no es eso lo que quieres decir? —se preguntó Eddie—. ¿Y si la ha perdido... o esa casa le ha hecho perderla?»

Dibujó una placa bajo el círculo que representaba el tirador, vaciló un instante, y seguidamente trazó en su interior la conocida silueta de un agujero de cerradura:



Volvió a dudar. Había otra cosa, pero ¿qué? Le resultaba difícil pensar en ello, porque le parecía tener un tornado rugiendo en la cabeza, un tornado en el que revoloteaban pensamientos aleatorios en lugar de cobertizos, excusados y gallineros arrancados por la fuerza del viento.

—¡Vamos, dulzura! —gritó Susannah detrás de él—. ¡Estás aflojando! ¿Qué pasa contigo? ¡Yo te creía un auténtico follador, un chico sin par!

Chico. Eso era.

Con ayuda de la estaca, escribió cuidadosamente EL CHICO en el panel superior de la puerta. En el instante en que terminó la «O», el dibujo se transformó. El círculo de tierra oscurecida por la lluvia, se volvió de repente más oscuro... y brotó del suelo, convirtiéndose en un pomo oscuro y reluciente. Y en vez de tierra mojada y parda, vio dentro de la silueta del agujero de la cerradura una tenue luz.

A sus espaldas, Susannah chilló de nuevo al demonio, azuzándolo, pero a juzgar por su voz parecía que empezaba a cansarse. Aquello tenía que terminar, y pronto.

Eddie se inclinó desde la cintura como un musulmán saludando a Alá, y atisbó por el ojo de la cerradura que había dibujado. A través de él vio su propio mundo, aquella casa que Henry y él

habían ido a ver un día de mayo de 1977, sin darse cuenta (excepto que a Eddie no le había pasado por alto; no, no del todo, ni siquiera entonces) de que eran seguidos por un chico de otra parte de la ciudad.

Vio un corredor. Jake estaba de rodillas, tirando frenéticamente de una tabla del suelo. Algo iba por él. Eddie podía verlo, pero al mismo tiempo no podía: era como si una parte de su cerebro rehusara verlo, como si la visión hubiera de conducir a la comprensión, y la comprensión a la locura.

«¡Deprisa, Jake! —gritó por el ojo de la cerradura—. ¡Muévete, por el amor de Dios!»

Por encima del círculo parlante, un trueno rasgó el cielo como una descarga de artillería y la lluvia se convirtió en granizo.

Cuando se le cayó la llave Jake permaneció un instante inmóvil donde se hallaba, contemplando la angosta hendidura entre dos tablones. De un modo increíble, le entraron ganas de dormir.

«Esto no habría tenido que pasar —se dijo—. Esto ya es demasiado. No puedo seguir con esto ni un minuto más, ni un sólo segundo. Me acurrucaré contra esa puerta de ahí; me echaré a dormir ahora mismo, enseguida, y cuando esa cosa me coja y me arrastre hacia su boca, ya no me despertaré.»

Entonces la cosa que surgía de la pared lanzó un gruñido, y cuando Jake alzó la mirada, sus deseos de rendirse se esfumaron en una oleada de terror. Ahora ya había salido por completo de la pared, una gigantesca cabeza de yeso con un ojo de madera rota y una mano de yeso que se tendía hacia él. Del cráneo le brotaban trozos de listones agrupados al azar, como el cabello de un dibujo infantil. Al ver a Jake abrió la boca, dejando al descubierto sus astillosos dientes de madera. Volvió a gruñir. De su boca salió polvo de yeso como una bocanada de humo de puro.

Jake se hincó de rodillas y examinó la hendidura. La llave era un leve y gallardo destello de trémula luz plateada en la oscuridad, pero la rendija era demasiado estrecha para que le cupiesen los dedos. Aferró una de las tablas y tiró con todas sus fuerzas. Los clavos que la sujetaban chirriaron, pero resistieron.

Sonó un ruido estrepitoso. Jake miró hacia el corredor y vio que la mano, que era más grande que él, cogía la araña de luces y la arrojaba a un lado. La cadena oxidada que en otro tiempo la mantenía suspendida se alzó como un látigo y cayó con un chasquido. Una lámpara muerta que colgaba de una cadena sobre la cabeza de Jake se puso a temblar con un repique de cristal sucio contra latón antiguo.

La cabeza del guardián, unida sólo al hombro encorvado y el brazo extendido, avanzó deslizándose por el suelo. Más atrás, los restos de la pared se vinieron abajo en una nube de polvo. Un instante después los fragmentos se reacomodaron y convirtieron en la espalda nudosa y retorcida de aquel ser.

El guardián captó la mirada de Jake y esbozó una apariencia de sonrisa. Al hacerlo, en sus arrugadas mejillas asomaron astillas de madera. La cosa avanzó a rastras por entre la bruma de polvo que llenaba el salón de baile, abriendo y cerrando la boca. La enorme mano, buscando a tientas un punto de apoyo entre los cascotes, arrancó de sus rieles un ala de la puerta corredera.

Jake gritó sin aliento y empezó a sacudir la tabla otra vez. No cedía. De pronto le llegó la voz del pistolero:

«¡La otra, Jake! ¡Prueba con la otra!»

Soltó la tabla de la que estaba tirando y cogió la del otro lado de la hendidura. Mientras lo hacía, le habló otra voz. Pero ésta no la oyó dentro de su cabeza sino con los oídos, y comprendió que procedía del otro lado de la puerta; la puerta que había estado buscando sin descanso desde el día en que no lo atropellaron en la calle.

«¡Deprisa, Jake! ¡Muévete, por el amor de Dios!»

Cuando tiró de esta segunda tabla, se desprendió tan fácilmente que Jake estuvo a punto de caerse de espaldas.

En la entrada de la tienda de electrodomésticos de segunda mano situada enfrente de la Mansión había dos mujeres paradas. La mayor era la dueña; la más joven era la única cliente que había en la tienda cuando empezaron los ruidos de paredes que se hundían y vigas que se partían. Sin darse cuenta de que lo hacían, cada una le pasó el brazo por la cintura a la otra y se quedaron las dos así, temblando como niñas que han oído un ruido en la oscuridad.

Calle arriba, tres muchachos que se dirigían al campo de béisbol de Dutch Hill se pararon a contemplar la casa con la boca abierta; la carretilla Red Ball Flyer cargada de material para jugar al béisbol quedó olvidada a sus espaldas. Un repartidor acercó su camioneta a la acera y bajó a mirar. Los clientes del colmado de Henry y del pub Dutch Hill se precipitaban a la calle y miraban frenéticamente a todos lados.

Entonces la tierra empezó a temblar, y una fina red de grietas se fue extendiendo por la calle Rhinehold.

—¿Es un terremoto? —les gritó el conductor de la camioneta de reparto a las dos mujeres paradas ante la tienda de electrodomésticos, pero en lugar de esperar su respuesta trepó de un salto a la cabina de su vehículo y se alejó rápidamente, circulando por el lado izquierdo de la calle para mantenerse lo más lejos posible de la casa en ruinas que era el epicentro de aquella convulsión.

La casa entera parecía inclinarse hacia dentro. Las tablas se rompían, saltaban de la fachada y caían al jardín en una lluvia de astillas. Sucias cataratas negruzcas de placas de pizarra se derramaban por los aleros. Hubo una detonación atronadora y una larga grieta zigzagueante se abrió de arriba abajo en el centro de la Mansión. La puerta desapareció en ella, e inmediatamente toda la casa empezó a engullirse a sí misma de fuera adentro.

La más joven de las mujeres se desasíó de repente.

—Yo me voy de aquí —anunció, y echó a correr calle arriba sin mirar atrás.

Un viento caluroso y extraño empezó a suspirar por el pasillo con tanta intensidad que echó hacia atrás la sudorosa cabellera de Jake mientras sus dedos se cerraban sobre la llave de plata. En aquel momento comprendió, de una manera instintiva, qué era aquel lugar y qué estaba ocurriendo. El guardián no sólo moraba en la casa sino que era la casa: cada tabla, cada teja, cada alféizar, cada alero. Y ahora estaba pugnando, convirtiéndose en una representación demencialmente distorsionada de su verdadera forma. Su intención era atrapar al chico antes de que pudiera usar la llave. Por detrás de la gigantesca cabeza blanca y de la masa torcida del hombro, Jake vio tablas, tejas, alambre y trozos de vidrio —incluso la puerta de la calle y la barandilla rota que volaban por el vestíbulo principal y acudían al salón de baile para añadirse a la masa que allí había tomado forma, contribuyendo a crear el deforme hombre de yeso que no cesaba de extender hacia él su mano monstruosa.

Jake retiró la mano del agujero entre las tablas y vio que la tenía cubierta de grandes escarabajos irritados. Dio una palmada contra la pared para sacudírselos y lanzó un grito cuando la pared se abrió e inmediatamente trató de volver a cerrarse en torno a su muñeca. Apartó la mano justo a tiempo, giró en redondo e introdujo la llave de plata en la cerradura.

El hombre de yeso volvió a rugir, pero su voz quedó momentáneamente sofocada por un grito armónico que Jake reconoció al instante: lo había oído en el solar vacío, pero entonces era más quedo, tal vez soñador. Ahora era un grito inequívoco de triunfo. Le invadió de nuevo aquella sensación de certidumbre —abrumadora, indiscutible—, y esta vez Jake sintió la certeza de que no habría ninguna decepción. En aquella voz podía oír toda la afirmación que necesitaba. Era la voz de la rosa.

La tenue luz del pasillo se oscureció cuando la mano de yeso arrancó la segunda puerta corredera y penetró con dificultad en el pasillo. La cara se pegó al hueco que quedaba sobre la mano para mirar a Jake. Los dedos de yeso se arrastraron hacia él como las patas de una araña inmensa.

Jake hizo girar la llave y sintió que le subía por el brazo un súbito chorro de energía. Oyó el chasquido sordo y grave del pestillo al descorrerse. Asió el pomo, lo giró y le dio un tirón a la puerta. La puerta se abrió por completo, y Jake lanzó un alarido de horror y asombro al ver lo que había al otro lado.

La puerta estaba tapiada con tierra, de arriba abajo y de un lado a otro. Aquí y allá asomaban raíces como manojos de alambre. Algunas lombrices, al parecer tan confundidas como el propio Jake, deambulaban al azar sobre aquella masa de tierra en forma de puerta. Unas volvían a penetrar en ella; otras seguían pululando, como si trataran de imaginar dónde diablos se había metido la tierra que un momento antes tenían debajo. Una le cayó sobre la zapatilla.

El ojo de la cerradura duró un poco más, proyectando una mancha de luz blanca y nebulosa sobre la camisa de Jake. Más allá —tan cerca, tan inalcanzable—, oyó rumor de lluvia y el apagado retumbar de un trueno en un cielo abierto. Después, incluso el ojo de la cerradura desapareció, y unos dedos de yeso gigantes cogieron a Jake por la pierna.

Eddie no sintió la mordedura del granizo cuando Rolando arrojó la piel, se levantó y corrió hacia Susannah.

El pistolero la sujetó por las axilas y la arrastró —con todo el cuidado y delicadeza de que fue capaz— hacia el lugar donde Eddie permanecía agazapado.

—¡Suéltalo cuando yo te diga, Susannah! —le gritó Rolando—. ¿Has entendido? ¡Cuando yo te diga!

Eddie no vio ni oyó nada de esto. Sólo oía a Jake, que gritaba débilmente al otro lado de la puerta.

Había llegado el momento de utilizar la llave.

Se la sacó de la camisa y la introdujo en la cerradura que había dibujado. Intentó hacerla girar. La llave no se movió ni un milímetro. Eddie alzó la cara hacia la pedrea de granizo, ajeno a los granos de hielo que le golpeaban la frente, las mejillas y los labios, dejando ronchas y marcas rojizas.

—¡NO! —aulló—. ¡OH, DIOS, POR FAVOR! ¡NO!

Pero no hubo respuesta de Dios; sólo otro estampido de trueno y un relámpago que cruzó un cielo cargado de veloces nubarrones.

Jake dio un salto, aferró la cadena de la lámpara que colgaba sobre él y se desprendió de los dedos engarfiados del guardián. Después se balanceó hacia atrás, utilizó la tierra compacta del umbral para darse impulso y salió volando hacia delante como Tarzán en una liana. Al acercarse a los dedos, levantó las piernas y los pateó con fuerza. El yeso estalló en pedazos, dejando al descubierto un burdo esqueleto de listones. El hombre de yeso lanzó un rugido de hambre y furor entremezclados. Por debajo del rugido, Jake oyó desplomarse toda la casa, como la de aquella narración de Edgar Allan Poe.

El movimiento de péndulo lo llevó otra vez a la pared de tierra compacta que obstruía el umbral; Jake volvió a darse impulso y se lanzó de nuevo hacia delante. La mano se alzó hacia él, y Jake empezó a patearla desesperadamente. Los dedos de madera se agitaron y sintió un dolor agudo en el pie. Cuando la cadena regresó hacia atrás, le faltaba una zapatilla.

Jake buscó un asidero que le permitiera subir por la cadena; lo encontró y empezó a trepar hacia el techo centímetro a centímetro. En lo alto se produjo un ruido sordo y crujiente. Un fino polvillo de yeso empezó a caer sobre su rostro sudoroso, vuelto hacia arriba. El cielorraso estaba cediendo; la cadena de la lámpara iba surgiendo de él eslabón por eslabón. Al extremo del pasillo sonó un ruido de piedras aplastadas, y el hombre de yeso consiguió por fin introducir su hambrienta cara por la abertura.

Jake osciló inexorablemente hacia aquella cara sin dejar de gritar.

El terror y el pánico que Eddie estaba sintiendo desaparecieron de pronto. Lo envolvió el manto de frialdad, un manto que Rolando de Galaad había vestido muchas veces. Era la única armadura que poseía un auténtico pistolero... y la única que alguien así necesitaba. En el mismo instante, una voz le habló mentalmente. En los últimos tres meses le habían acosado otras voces semejantes: la voz de su madre, la de Rolando y, naturalmente, la de Henry. Pero ésta, advirtió con alivio, era la suya propia, y por fin era serena, racional y valerosa.

«Viste la forma de la llave en el fuego y volviste a verla en la madera, y las dos veces la viste perfectamente. Luego, te pusiste una venda de miedo sobre los ojos. Quítatela. Quítatela y mira otra vez. Puede que aún no sea demasiado tarde.»

Eddie era vagamente consciente de que el pistolero lo miraba con hosquedad; vagamente consciente de que Susannah le gritaba al demonio con voz más apagada, pero todavía desafiante; vagamente consciente de que, al otro lado de la puerta, Jake chillaba de terror... ¿O era ya de agonía?

Todo esto lo apartó de su mente. Retiró la llave de madera de la cerradura dibujada, de la puerta que se había vuelto real, y la contempló fijamente, intentando recobrar el deleite inocente que a veces había conocido cuando era un niño; el deleite de ver una forma coherente oculta bajo una apariencia de sinsentido. Y ahí estaba, el lugar donde había errado, tan claramente visible que Eddie no logró comprender cómo había podido pasarle por alto hasta entonces. «Realmente debía de tener una venda en los ojos», pensó. Era la forma en «s» del extremo, por supuesto. La segunda curva era ligeramente gruesa. Muy ligeramente.

—Cuchillo —pidió, y extendió la palma como un cirujano en el quirófano. Rolando se lo puso en la mano sin decir palabra.

Eddie sujetó la parte alta de la hoja entre el pulgar y el índice de la mano derecha. Se inclinó sobre la llave, sin sentir el granizo que le caía con violencia sobre el cuello descubierto, y la forma encerrada en la madera resaltó con más precisión; resaltó con su admirable e innegable realidad propia.

Raspó.

Una vez.

Con suavidad.

Una sola viruta de fresno —tan delgada que era casi transparente— se enroscó sobre el vientre de la forma en «s» del extremo de la llave.

Al otro lado de la puerta, Jake Chambers volvió a chillar.

La cadena se desprendió con un matraqueo estrepitoso y Jake cayó pesadamente sobre las rodillas. El guardián lanzó un rugido de triunfo. La mano de yeso cogió a Jake por las caderas y empezó a arrastrarlo hacia el otro extremo del pasillo. Jake extendió las piernas por delante y plantó los pies, pero no le sirvió de nada. Astillas y clavos cubiertos de orín se le hundieron en la piel cuando la mano estrechó su presa y continuó arrastrándolo.

La cara parecía embutida justo al comienzo del corredor como un corcho en una botella. La presión que había ejercido para llegar hasta allí había comprimido sus facciones rudimentarias hasta darles una nueva forma, la de una especie de ogro deforme y monstruoso. La boca se abrió en toda su extensión para recibir a Jake. El chico empezó a buscar desesperadamente la llave para utilizarla como un talismán de último recurso, pero la había dejado en la puerta, por supuesto.

—¡Hijo de puta! —aulló, y se arrojó hacia atrás con todas sus fuerzas, arqueando la espalda como un saltador olímpico sin atender a los listones rotos que se le clavaban como un cinturón de clavos. Notó que los tejanos le resbalaban piernas abajo, y el apretón de la mano se aflojó momentáneamente.

Jake se lanzó de nuevo hacia la puerta. La mano se cerró con brutalidad, pero los tejanos se deslizaron hasta las rodillas y Jake acabó cayendo de espaldas, con la mochila para amortiguar el golpe. La mano aflojó, tal vez con la idea de buscar una presa más firme en el cuerpo del muchacho. Jake pudo encoger un poco las rodillas y, cuando la mano volvió a apretar, estiró por completo las piernas. La mano tiró hacia atrás al mismo tiempo y sucedió lo que Jake deseaba: los tejanos (y la zapatilla que le quedaba) le fueron arrancados del cuerpo y quedó libre de nuevo, al menos por el momento. Alcanzó a ver cómo la mano giraba sobre su muñeca de tablas y yeso en desintegración y hundía los pantalones en la boca, y de inmediato empezó a gatear hacia el umbral obstruido, ajeno a los trozos de vidrio de la lámpara caída, pensando únicamente en recobrar la llave.

Casi había llegado a la puerta cuando la mano se cerró sobre sus piernas desnudas y empezó a tirar nuevamente de él otra vez.

Había sacado la forma, por fin la había sacado del todo.

Eddie volvió a meter la llave en la cerradura y trató de accionarla. Notó una breve resistencia... e inmediatamente la llave giró bajo su mano. Oyó girar el mecanismo, oyó correr el pestillo, notó que la llave se partía en dos en cuanto hubo cumplido su función. Asió el bruñido tirador con ambas manos y tiró de él hacia arriba. Tuvo la sensación de un gran peso que se desplazaba sobre un fulcro invisible, la sensación de que su brazo había sido dotado de una fuerza sin límites, y la evidencia de que dos mundos habían entrado súbitamente en contacto, y que se había abierto un paso entre los dos.

Experimentó un instante de vértigo y desorientación, y al mirar al otro lado del umbral comprendió el porqué: aunque miraba desde lo alto —verticalmente—, veía horizontalmente. Era como una extraña ilusión óptica creada con prismas y espejos. Y entonces vio a Jake, que era arrastrado hacia atrás por el corredor sembrado de fragmentos de yeso y cristal, hincando los codos en el suelo, las pantorrillas sujetas por una mano gigante. Y vio la boca monstruosa que lo esperaba, emitiendo vaharadas de una niebla blanca que tanto podía ser humo como polvo.

—¡Rolando! —gritó Eddie—. Rolando, lo ha atra...

Y entonces cayó derribado de un golpe.

Susannah se sintió alzada en vilo y agitada por el aire en un torbellino de giros. El mundo era borroso como si lo viera desde un ti vivo: las piedras en pie, el cielo gris, la tierra cubierta de granizo... y un agujero rectangular que parecía un escotillón abierto en el suelo. Un escotillón del que salían gritos. Dentro de Susannah, el demonio rabiaba y se debatía sin otro deseo que escapar, pero incapaz de conseguirlo mientras ella no lo permitiera.

—¡Ahora! —le gritó Rolando—. ¡Suéltalo ya, Susannah! ¡En el nombre de tu padre, suéltalo! Y ella lo soltó.

Susannah (con ayuda de Detta) había construido en su mente una trampa para el demonio, algo así como una red de juncos entrelazados, y llegado el momento la cortó. Sintió que el demonio retrocedía inmediatamente y hubo un instante de terrible oscuridad, de terrible vacío. Pero esta impresión fue vencida de inmediato por el alivio y por una sombría sensación de repugnancia y suciedad.

Cuando el peso invisible del demonio se retiró, Susannah alcanzó a vislumbrarlo: una forma inhumana semejante a una manta raya de enormes alas onduladas y algo que parecía un cruel garfio de descargador curvado hacia arriba por detrás. Vio/sintió relampaguear la cosa sobre el agujero abierto en el suelo. Vio a Eddie alzar la cara con los ojos muy abiertos. Vio a Rolando abrir los brazos para atrapar al demonio.

El pistolero dio un tambaleante paso atrás, casi derribado por el peso invisible del demonio, e inmediatamente cargó hacia delante con los brazos llenos de nada.

Aferrando firmemente esa nada, saltó por la puerta y desapareció.

Una repentina luz blanca iluminó el pasillo de la Mansión; una ráfaga de granizo azotó las paredes y rebotó sobre las tablas rotas del piso. Jake oyó gritos confusos, y súbitamente vio llegar al pistolero. Le dio la impresión de que caía, como si hubiera saltado desde una altura. Tenía los brazos extendidos ante él y las puntas de los dedos engarfiadas.

Jake sintió que le resbalaban los pies hacia la boca del guardián.

—¡Rolando! —gritó—. ¡Ayúdame, Rolando!

El pistolero abrió las manos y al instante se le separaron violentamente los brazos. Se tambaleó. Jake notó el roce de unos dientes aserrados, listos para desgarrar carne y triturar hueso, y enseguida algo inmenso pasó volando sobre su cabeza como un golpe de viento. Al cabo de un instante desaparecieron los dientes. La mano que le tenía sujetas las piernas se aflojó. Oyó que la garganta polvorienta del guardián empezaba a emitir un chillido ultraterreno de dolor y de sorpresa que de pronto se apagó y quedó bloqueado.

Rolando cogió a Jake y lo puso en pie.

—¡Has venido! —exclamó Jake—. ¡Has venido de veras!

—He venido, sí. He venido por la gracia de los dioses y el valor de mis amigos. Cuando el guardián volvió a rugir, Jake estalló en lágrimas de alivio y de terror. Ahora el ruido de la casa era como el de un buque zozobrando en mar gruesa. No cesaban de caer trozos de yeso y de madera alrededor de los dos. Rolando cogió a Jake en brazos y echó a correr hacia la puerta. La mano de yeso, buscando a tientas, le golpeó una bota y lo lanzó hacia la pared, que de nuevo intentó morder. Rolando se apartó, dio la vuelta y sacó la pistola. Por dos veces disparó contra la mano que se agitaba al azar, y sus balas vaporizaron uno de los burdos dedos de yeso. Más allá, el rostro del guardián había dejado de ser blanco para adquirir un tono amoratado, como si se le hubiera atragantado algo; algo que iba tan deprisa que se metió en la boca del monstruo y se le incrustó en el gáznate antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Rolando se volvió otra vez y cruzó la puerta a la carrera. Aunque no había ningún obstáculo visible, algo lo paró en seco durante un instante, como si hubieran tendido una malla invisible en el umbral.

Entonces notó que las manos de Eddie lo cogían del cabello y tiraban de él, no hacia delante sino hacia arriba.

Salieron al aire húmedo y a la menguante granizada como bebés en el momento de nacer. Eddie era su comadrona, como el pistolero le había advertido que debería serlo. Estaba tendido boca abajo con las piernas abiertas y los brazos hundidos en la puerta, aferrando puñados del cabello de Rolando.

—¡Suze! ¡Ayúdame!

Ella serpenteó hacia el umbral, metió los brazos y, buscando a tientas, pasó una mano bajo la barbilla de Rolando. El pistolero subió hacia ella con la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos en una mueca de dolor y esfuerzo.

Eddie notó una sensación de algo que se rasgaba y se encontró en la mano con un grueso mechón de cabello veteado de gris.

—¡Se me escapa!

—¡Este hijoputa... no se va... a ninguna parte! —exclamó Susannah entre dientes, y dio un tirón terrible, como si quisiera arrancarle el cuello a Rolando.

Dos manos más pequeñas salieron de la puerta que se había abierto en el centro del círculo parlante y se colgaron del borde. Libre del peso de Jake, Rolando pudo apoyar un codo fuera, y un instante después se izó al exterior. Mientras él salía, Eddie sujetó a Jake por las muñecas y lo sacó a la superficie.

Jake rodó sobre su espalda y permaneció allí tendido, jadeando. Eddie se volvió hacia Susannah, la cogió entre sus brazos y empezó a cubrirle de besos la frente, las mejillas y el cuello. Reía y lloraba al mismo tiempo. Ella le abrazó con fuerza, respirando hondo... pero en sus labios había una leve sonrisa de contento y una mano se deslizó sobre los mojados cabellos de Eddie en lentas caricias satisfechas.

Desde abajo les llegó una calderada de sonidos negros: chillidos, bramidos, detonaciones y chasquidos.

Rolando se alejó a rastras del agujero con la cabeza gacha. El pelo se le encrespaba en una masa enmarañada. Hilillos de sangre le corrían por las mejillas.

—¡Ciérrala! —le ordenó a Eddie con voz jadeante—. ¡Ciérrala, en el nombre de tu padre!

Eddie tiró de la puerta y los vastos goznes invisibles hicieron el resto. La puerta cayó con un potente estampido átono, suprimiendo todo sonido del otro lado. Mientras Eddie miraba, las líneas que habían delimitado sus bordes se desdibujaron hasta convertirse de nuevo en marcas borrosas sobre la tierra. El tirador perdió el volumen y volvió a ser un simple círculo trazado con un palo. Donde antes estaba el ojo de la cerradura quedó sólo una tosca silueta de la que emergía un pedazo de madera, como la empuñadura de una espada incrustada en roca.

Susannah se acercó a Jake y le ayudó suavemente a sentarse.

—¿Estás bien, cariño?

Él la miró con perplejidad.

—Sí, creo que sí. ¿Dónde está? El pistolero, quiero decir. Tengo que preguntarle una cosa.

—Estoy aquí, Jake —dijo Rolando. Se puso en pie, avanzó tambaleante y se agachó al lado de Jake. Tocó la suave mejilla del chico casi con incredulidad.

—¿No me dejarás caer esta vez?

—No —le prometió Rolando—. Ni esta vez ni nunca. —Pero en la oscuridad más profunda de su corazón, pensó en la Torre y dudó.

El granizo dio paso a un intenso chaparrón, pero Eddie ya veía resplandores de cielo azul tras los nubarrones que se apelotonaban hacia el norte. La tormenta no tardaría en terminar, pero entre tanto iban a quedar calados.

Se dio cuenta de que no le importaba. No podía recordar cuándo se había sentido tan sereno, tan en paz consigo mismo, tan absolutamente exhausto. Aquella loca aventura no había terminado aún —de hecho, Eddie sospechaba que apenas acababa de empezar—, pero aquel día habían hecho algo grande.

—¿Suze? —Le apartó los cabellos de la cara y contempló sus ojos oscuros—. ¿Cómo estás? ¿Te ha hecho daño?

—Un poco, pero estoy bien. Creo que esa zorra de Detta Walker sigue siendo la campeona invicta de los bares de carretera, con demonio o sin él.

—¿Qué significa eso?

Susannah sonrió maliciosamente.

—No mucho, ya no..., gracias a Dios. ¿Y tú, Eddie? ¿Estás bien?

Eddie prestó oído a la voz de Henry y no la oyó. Tenía la idea de que quizá la voz de Henry se había ido para siempre.

—Mejor aún —respondió, y volvió a estrecharla en sus brazos, entre risas. Por encima del hombro alcanzó a ver lo que restaba de la puerta: apenas unos trazos y ángulos confusos. Pronto la lluvia los borraría también.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jake a la mujer de las piernas que terminaban justo encima de la rodilla. De repente se dio cuenta de que en sus esfuerzos por escapar del guardián había perdido los pantalones, y se estiró los faldones de la camisa para taparse la ropa interior. Claro que, puestos a fijarse en detalles, tampoco a ella le quedaba demasiado vestido.

—Susannah Dean —dijo ella—. Y tú ya sé cómo te llamas.

—Susannah —repitió Jake, pensativo—. No creo que tu padre sea dueño de una compañía ferroviaria, ¿verdad?

Ella se quedó atónita, pero enseguida echó la cabeza atrás y se rió de buena gana.

—¡Dios mío, no! Era un dentista que inventó unas cuantas cosas y se hizo rico. ¿Cómo se te ha ocurrido preguntarme una cosa así, cariño?

Jake no respondió. Había puesto su atención en Eddie. El terror ya había abandonado su rostro, y sus ojos habían recobrado aquella mirada fría y calculadora que tan bien recordaba Rolando de la estación de paso.

—Hola, Jake —le saludó Eddie—. Me alegro de verte.

—Hola —dijo Jake—. Ya es la segunda vez que te veo hoy, pero antes eras mucho más joven.

—Hace diez minutos era mucho más joven. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Jake—. Algunos rasguños, nada más. —Miró en derredor—. Todavía no habéis encontrado el tren. —No lo dijo como una pregunta.

Eddie y Susannah cruzaron una mirada de perplejidad, pero Rolando se limitó a negar con un gesto.

—No hay tren.

—¿Se han ido tus voces? Rolando asintió.

—Se han ido. ¿Y las tuyas?

—Se han ido. Vuelvo a estar entero. Los dos lo estamos.

Se miraron en el mismo instante, con el mismo impulso. Cuando Rolando lo alzó entre sus brazos, se rompió el antinatural autodomínio del muchacho y empezó a sollozar; fue el llanto exhausto y aliviado de un chiquillo que ha estado mucho tiempo perdido, ha sufrido mucho y por fin vuelve a estar a salvo. Mientras los brazos de Rolando le rodeaban la cintura, los de Jake pasaron sobre el cuello del pistolero y se aferraron como ganchos de acero.

—Nunca volveré a abandonarte —dijo Rolando, y entonces fue a él a quien le brotaron las lágrimas—. Te lo juro por los nombres de todos mis padres: nunca volveré a abandonarte.

Pero su corazón, aquel silencioso y vigilante prisionero perpetuo del *ka*, recibió las palabras de esta promesa no sólo con duda sino con desconfianza.

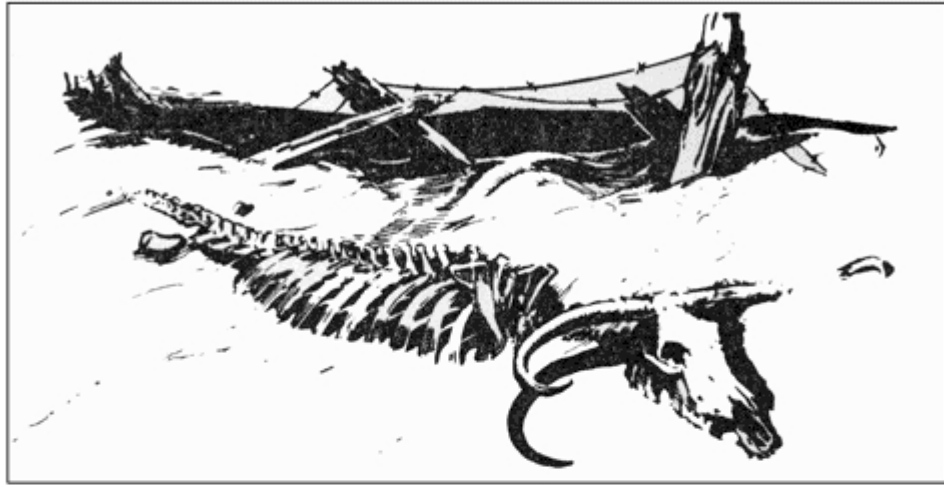
LIBRO II LUD:

UN MONTÓN

DE IMÁGENES

ROTAS

IV. PUEBLO



Y KA - TET

1

Cuatro días después de que Eddie lo hubiera izado de la puerta entre dos mundos, sin los tejanos ni las zapatillas que había perdido, pero todavía en posesión de la mochila y la vida, Jake despertó con la sensación de algo cálido y húmedo que le husmeaba la cara.

Si eso le hubiese ocurrido en cualquiera de las tres mañanas anteriores, sin duda habría despertado a sus compañeros con sus gritos porque había tenido fiebre y su descanso se había visto acosado por pesadillas del hombre de yeso. En esos sueños no perdía los pantalones, el guardián lo mantenía cogido y acababa embutiéndoselo en su abominable boca, cuyos dientes se cerraban como la reja que protege la puerta de una fortaleza. Jake despertaba de esos sueños estremecido y gimiendo, sin poderse contener.

La fiebre era consecuencia de la picadura de araña que había recibido en el cuello. Cuando Rolando la examinó al segundo día y comprobó que había empeorado en lugar de mejorar, consultó brevemente con Eddie y a continuación le ofreció al chico una píldora rosa.

—Vas a tomarte cuatro de éstas cada día durante una semana por lo menos —le indicó. Jake miró la pastilla con aire dubitativo.

—¿Qué es?

—Cheflet —contestó Rolando, y miró a Eddie con disgusto—. Díselo tú. Todavía no consigo pronunciarlo bien.

—Keflex. Es de confianza, Jake; procede de una farmacia legalmente autorizada de la vieja Nueva York. Rolando se tragó un puñado y está fuerte como un caballo. También tiene un poco de cara de caballo, como puedes ver.

Jake quedó atónito.

—¿Cómo habéis traído medicamentos de Nueva York?

—Es una larga historia —respondió el pistolero—. Con el tiempo la conocerás toda, pero de momento tómate la pastilla.

Jake se la tomó. La reacción fue tan rápida como grata. La furiosa inflamación roja que rodeaba la picadura empezó a menguar en veinticuatro horas, y también le desapareció la fiebre.

La cosa cálida volvió a hocicarle, y Jake se incorporó de golpe con los ojos completamente abiertos.

El animal que estaba lamiéndole la mejilla se apresuró a retroceder un par de pasos. Era un bilibrambo, pero Jake no lo sabía; nunca había visto ninguno hasta aquel momento. Estaba más flaco que los que el grupo de Rolando había visto antes, y su piel de rayas negras y grises estaba sucia y apelmazada. En uno de los costados tenía un viejo cuajarón de sangre seca. Sus ojos negros, rodeados por sendos círculos de oro, contemplaban a Jake con nerviosismo; sus cuartos traseros se meneaban con esperanza de un lado a otro. Jake se tranquilizó. Aunque suponía que debían de existir excepciones a la regla, consideró que una bestia que agitaba la cola —o lo intentaba— no podía ser demasiado peligrosa.

La luz era demasiado intensa para corresponder a la primera claridad del alba, y Jake calculó que debían de ser las cinco y media, aproximadamente. No podía precisarlo con mayor exactitud porque su Seiko digital ya no funcionaba, o mejor dicho, funcionaba de una manera sumamente excéntrica. La primera vez que le echó un vistazo tras el cruce desde su mundo, el Seiko aseguraba que eran las 98.71.65, una hora que, según el leal saber de Jake, no existía. Un examen más detenido le reveló que ahora el reloj contaba el tiempo hacia atrás.

Si lo hubiera hecho a un ritmo constante, aún habría podido ser de cierta utilidad, pero no era el caso. Durante un rato presentaba los números a una velocidad que parecía correcta (Jake lo comprobó diciendo la palabra «Mississippi» entre número y número) y de pronto se detenía por completo durante diez o veinte segundos —induciéndole a creer que el reloj se había rendido por fin al fantasma de la máquina— o disparaba en un instante una larga serie de números imposibles de leer.

Jake comentó con Rolando este curioso comportamiento y le mostró el reloj, creyendo que lo asombraría, pero Rolando lo examinó atentamente durante uno o dos segundos apenas y enseguida meneó la cabeza como desechando el asunto y le explicó a Jake que era un reloj

interesante, pero que, por regla general, ningún reloj funcionaba muy bien en esos tiempos.

De modo que el Seiko era inútil. Pero aun así Jake se sentía reacio a desprenderse de él..., porque suponía que era un pedazo de su vida anterior, y de éstos quedaban pocos. En aquel preciso instante el Seiko proclamaba que eran las cuarenta horas sesenta y dos minutos de un miércoles, jueves y sábado de diciembre y marzo a la vez.

La mañana era sumamente brumosa; fuera de un radio de unos quince o veinte metros, el mundo desaparecía sin más. Si aquel día resultaba como los tres anteriores, el sol se mostraría como un tenue círculo blanco en un par de horas más, y hacia las nueve y media el día sería caluroso y despejado. Jake miró a su alrededor y vio que sus compañeros de viaje (no acababa de atreverse a llamarlos amigos, al menos por el momento) dormían bajo sus mantas de piel:

Rolando cerca de él, Eddie y Susannah un solo bulto más grande al otro lado de la hoguera apagada.

Centró de nuevo su atención en el animal que le había despertado. Parecía una mezcla de mapache y marmota, con algo de perro pachón para redondear la imagen.

—¿Qué tal, muchacho? —le saludó con voz suave.

—¡Acho! —replicó de inmediato el bilibrambo, que no había dejado de mirarlo con nerviosismo. Su voz era grave y profunda, casi un ladrido; la voz de un futbolista inglés con un fuerte resfriado de garganta.

Jake se echó hacia atrás, sorprendido. El bilibrambo, asustado por el brusco movimiento, retrocedió varios pasos más, hizo ademán de escapar, y finalmente se mantuvo firme. Sus ancas se meneaban de un lado a otro con más energía que nunca, y sus ojos negro dorados seguían mirando a Jake con inquietud. Le temblaban los bigotes.

—Éste se acuerda de los hombres —observó una voz junto al hombro de Jake. El chico se volvió y vio a Rolando en cuclillas justo detrás de él, con los antebrazos apoyados en los muslos y las largas manos colgando entre las rodillas. Contemplaba el animal con mucho más interés del que había demostrado por el reloj de Jake.

—¿Qué es? —preguntó sin cambiar el tono de voz. No quería asustar al animal; estaba fascinado—. ¡Tiene unos ojos preciosos!

—Un bilibrambo —le informó Rolando.

—¡Ambo! —exclamó la criatura, y se retiró otro paso.

—¡Sabe hablar!

—En realidad, no. Los brambo sólo repiten lo que oyen... o así era antes. Hace mucho que no se lo oigo hacer a ninguno. Éste parece casi muerto de hambre. Seguramente ha venido en busca de comida.

—Me estaba lamiendo la cara. ¿Puedo darle algo?

—Entonces nunca nos lo quitaremos de encima —señaló Rolando, y después sonrió un poco e hizo chascar los dedos—. ¡Ey! ¡Bili!

El animal imitó de algún modo el chasquido de los dedos; hizo una especie de cloqueo que sonó como un golpe de lengua contra el velo del paladar.

—¡Ey! —gritó con su voz ronca—. ¡Ey! ¡Ili!

Ahora sus cuartos traseros volaban de un lado a otro.

—Adelante, dale un bocado. Una vez conocí a un viejo mozo de cuadra que decía que un buen brambo trae buena suerte. Éste parece que es bueno.

—Sí —confirmó Jake—. Es verdad.

—En otro tiempo eran domésticos, y cada baronía tenía media docena de ellos vagando por el castillo o la casa solariega. No servían para gran cosa, salvo para divertir a los niños y para reducir la población de ratas. Algunos son bastante fieles, o lo eran en los viejos tiempos, pero nunca he sabido de ninguno que fuese tan leal como un buen perro. Los que viven en estado salvaje se alimentan de desechos. No son peligrosos, pero sí molestos.

—¡Estos! —gritó el bilibrambo. Sus ojos inquietos no cesaban de saltar entre Jake y el pistolero.

Jake metió la mano en la mochila, despacio, procurando no asustar al animal, y sacó los

restos de uno de aquellos «burritos de pistolero». Los lanzó hacia el animal. El brambo dio un salto atrás y se volvió con un gritito infantil, ofreciendo a la vista su peluda cola en tirabuzón. Jake estaba seguro de que echaría a correr, pero el animal se detuvo y ladeó la cabeza para dirigirles una mirada dubitativa.

—Vamos—le animó Jake—. Comételo, muchacho.

—Acho—masculló el brambo, pero no se movió.

—Dale tiempo—dijo Rolando—. Ya vendrá, creo.

El brambo se estiró hacia delante, revelando un cuello largo y sorprendentemente elegante. Su esbelto hocico negro se arrugó al husmear de lejos la comida. Finalmente echó a trotar, y Jake advirtió que cojeaba un poco. El animal olfateó el «burrito» y alzó una pata para separar el trozo de carne de venado de la hoja que lo envolvía, operación que realizó con una delicadeza extrañamente solemne. En cuanto hubo desprendido la hoja, el brambo engulló la carne de un solo bocado, y luego miró a Jake.

—¡Acho!—dijo, y la risotada de Jake le hizo retroceder de nuevo.

—Éste es de los flacos—dijo Eddie a sus espaldas, con voz soñolienta. Al oírle, el brambo giró inmediatamente y se perdió en la niebla.

—¡Lo has asustado!—protestó Jake.

—Vaya, lo siento—se disculpó Eddie, y se pasó la mano por la enmarañada cabellera—. De haber sabido que formaba parte del círculo de tus amistades personales, habría sacado la maldita tarta de— café..

Rolando le dio una palmada en el hombro.

—Volverá.

—¿Estás seguro?

—Si no lo mata nada, sí. Le hemos dado de comer, ¿no?

Antes de que Jake pudiera contestarle, empezaron a sonar de nuevo los tambores. Era la tercera mañana que los oían, y por dos veces les había llegado su sonido cuando la tarde se deslizaba hacia el anochecer: una leve vibración átona que parecía proceder de la ciudad.

Aquella mañana el sonido era más claro, ya que no más comprensible. Jake lo detestaba. Era como si, en algún punto de aquella densa y amorfa capa de niebla matinal, estuviera latiendo el corazón de un animal enorme.

—¿Aún no tienes ni idea de lo que es, Rolando?—preguntó Susannah. Se había puesto la ropa y recogido el cabello, y estaba doblando las mantas bajo las que Eddie y ella habían dormido.

—No. Pero estoy seguro de que lo averiguaremos.

—¡Qué tranquilizador!—exclamó Eddie con acritud.

Rolando se puso en pie.

—Vamos. No perdamos el día.

2

La niebla empezó a levantarse cuando ya llevaban como una hora de camino. Se turnaban para empujar la silla de ruedas de Susannah, que se bamboleaba miserablemente, pues ahora la carretera estaba sembrada de grandes y toscos adoquines. A media mañana el tiempo era bueno, caluroso y despejado; la silueta de la ciudad se recortaba claramente en el horizonte del sudeste. A Jake no le parecía muy distinta de la silueta de Nueva York, aunque pensó que estos edificios quizá no eran tan altos. Si la ciudad se había venido abajo, como por lo visto les sucedía a muchas cosas en el mundo de Rolando, desde allí realmente no se notaba. Lo mismo que Eddie, Jake empezaba a albergar la secreta esperanza de encontrar ayuda en ella... o al menos una buena comida caliente.

A su izquierda, a unos cincuenta o sesenta kilómetros de distancia, se divisaba la ancha cinta del río Send. Grandes bandadas de pájaros volaban en círculos sobre él. De vez en cuando alguno de ellos plegaba las alas y se dejaba caer como una piedra, seguramente en una partida de pesca. La carretera y el río avanzaban lentamente al encuentro, aunque todavía no se alcanzaba a ver el punto de convergencia.

Ante ellos se veían más edificios. La mayoría parecían granjas, y todos daban la impresión de estar abandonados. Algunos se hallaban en ruinas, pero eso parecía deberse más a la obra del tiempo que a la violencia, cosa que alentó las esperanzas de Eddie y de Jake en cuanto a lo que podían encontrar en la ciudad; esperanzas que los dos se habían guardado estrictamente para sí por miedo a que los demás se burlaran. Pequeñas manadas de bestias desgredadas pacían en las llanuras. Se mantenían apartadas de la carretera, salvo para cruzarla, y aun eso lo hacían apresuradamente, al galope, como grupitos de chiquillos temerosos del tráfico. A Jake le parecieron bisontes... excepto que vio algunos que tenían dos cabezas. Se lo mencionó al pistolero, y éste asintió.

—Mutantes.

—¿Cómo debajo de las montañas? Jake oyó miedo en su voz y supo que el pistolero también lo había oído, pero no había podido evitarlo. Se acordaba muy bien de aquel viaje de pesadilla en la vagoneta manual.

—Creo que aquí las cepas mutantes se están eliminando. Las cosas que encontramos bajo las montañas aún seguían empeorando.

—¿Y allí? —Jake apuntó hacia la ciudad—. ¿Habrá mutantes allí, o...? —Descubrió que esto era lo más que podía acercarse a expresar su esperanza.

Rolando se encogió de hombros.

—No lo sé, Jake. Te lo diría si lo supiera.

Pasaron ante un edificio desierto —casi con toda certeza una granja— que estaba quemado en parte.

«Pero eso pudo ser un rayo», pensó Jake, y se preguntó qué trataba de hacer: explicárselo o engañarse.

Rolando, como si le hubiera leído el pensamiento, le pasó un brazo por los hombros.

—No sirve de nada especular, Jake —le indicó—. Fuera lo que fuese, ocurrió hace mucho tiempo.

—Señaló con el dedo—. Aquello seguramente era un cercado. Ahora sólo son unas cuantas maderas que asoman de la hierba.

—El mundo se ha movido, ¿no?

Rolando asintió.

—¿Y la gente? ¿Crees que se fueron a la ciudad?

—Algunos quizá sí —respondió Rolando—. Algunos aún siguen por aquí.

—¿Qué? —Susannah se volvió bruscamente hacia él, sobresaltada. Rolando inclinó la cabeza.

—Hace un par de días que nos vigilan. No hay mucha gente que ocupe estos antiguos edificios, pero la hay. Y habrá más a medida que nos acerquemos a la civilización. —Hizo una pausa—. O a lo que era la civilización.

—¿Cómo sabes que hay gente? —preguntó Jake.

—Los he oído. He visto algún que otro huerto escondido tras hileras de arbustos plantados deliberadamente para ocultar las verduras. Y al menos un molino de viento en funcionamiento, disimulado en un bosquecillo. Pero sobre todo es una sensación..., como sombra en la cara en lugar de sol. Os vendrá con el tiempo, imagino.

—¿Crees que son peligrosos? —quiso saber Susannah. Estaban acercándose a un edificio grande y decrepito que quizás en tiempos hubiera sido un granero o un cobertizo abandonado, y ella lo contempló nerviosa, con la mano apoyada en la culata de la pistola que llevaba sobre el pecho.

—¿Te morderá un perro desconocido? —replicó el pistolero.

—¿Qué significa eso? —intervino Eddie—. Me fastidia cuando sales con esa mierda de budista Zen, Rolando.

—Significa que no lo sé —dijo Rolando—. ¿Quién es ese tal Budista Zen? ¿Es tan sabio como yo?

Eddie se quedó mirando a Rolando, mucho rato antes de llegar a la conclusión de que el pistolero estaba haciendo una de sus contadas bromas.

—Bah, quítate de en medio —dijo al fin. Antes de volverse, vio que Rolando contraía la comisura de los labios. Cuando empezó a empujar de nuevo la silla de Susannah, otra cosa le llamó la atención—. ¡Eh, Jake! —gritó—. ¡Creo que has hecho un amigo!

Jake miró a su alrededor y una ancha sonrisa le cubrió la cara. Cuarenta metros más atrás, el escuálido bilibrambo cojeaba mañosamente en pos de ellos, olfateando las hierbas que crecían entre los agrietados adoquines de la Gran Carretera.

Unas cuantas horas más tarde, Rolando hizo señal de parar y les dijo que estuvieran preparados.

—¿Para qué? —preguntó Eddie.

Rolando lo miró de soslayo.

—Para lo que sea.

Eran quizá las tres de la tarde. Se habían detenido en el punto en que la Gran Carretera alcanzaba la cima de una elevación suave y alargada que cortaba en diagonal la llanura como una arruga en la colcha más grande del mundo. Ante ellos, y más abajo, la carretera cruzaba la primera población que habían visto. Al parecer estaba desierta, pero Eddie no había olvidado la conversación de aquella mañana. La pregunta de Rolando —«¿Te morderá un perro desconocido?» ya no se le antojaba tan esotérica.

—Jake.

—¿Qué?

Eddie señaló con la cabeza la culata de la Ruger que sobresalía de la cintura de los tejanos de Jake, los tejanos de recambio que había metido en la mochila antes de salir de casa.

—¿Quieres que la lleve yo?

Jake miró fugazmente a Rolando. El pistolero se limitó a encogerse de hombros, como si dijera: «Tú decides.»

—De acuerdo. Jake se la entregó. Luego se quitó la mochila, hurgó en su interior y sacó el cargador lleno. Recordaba haber metido la mano tras las carpetas que colgaban en uno de los cajones de su padre para hacerse con el arma, pero todo eso parecía haber sucedido hacía muchísimo tiempo. Para él, pensar en su casa de Nueva York y en su vida como alumno de Piper era como mirar por un telescopio al revés.

Eddie cogió el cargador, lo examinó, lo encajó en su lugar, comprobó el funcionamiento del seguro y, una vez satisfecho, se encajó la Ruger bajo el cinturón.

—Escuchad con atención lo que voy a deciros —comenzó Rolando—. Si realmente vive alguien ahí, lo más probable es que sean ancianos y que nos tengan más miedo del que nosotros les tenemos a ellos. Debe de hacer mucho que se marcharon los jóvenes. Y los que se quedaron no es probable que tengan armas de fuego; a decir verdad, es posible que nuestras pistolas sean las primeras que hayan visto nunca, a excepción de un par de ilustraciones en los libros antiguos. No hagáis gestos amenazadores. Y la regla de la infancia sigue siendo buena: hablad sólo cuando os pregunten.

—¿Podrían tener arcos y flechas? —inquirió Susannah.

—Sí, eso podrían tenerlo. Y también lanzas y cachiporras.

—No olvidemos las piedras —añadió Eddie en tono agorero, mientras contemplaba desde la altura el racimo de casas de madera. Parecía un pueblo fantasma, pero ¿quién podía estar seguro?—. Y si les faltan piedras, siempre están los adoquines de la carretera.

—Sí, siempre hay algo —concedió Rolando—. Pero nosotros no provocaremos ningún enfrentamiento. ¿Queda claro?

Todos asintieron.

—Tal vez sería más fácil dar un rodeo —sugirió Susannah. Rolando hizo un gesto afirmativo sin apartar la mirada de la sencilla geografía que se extendía ante ellos. Otra carretera cruzaba la Gran Carretera en el centro del pueblo, de manera que los deteriorados edificios parecían un blanco centrado en la mira telescópica de un fusil de alta potencia.

—Lo sería, pero no lo haremos. Dar rodeos es una mala costumbre que se adquiere con facilidad. Siempre es mejor avanzar directamente, a menos que haya un motivo visible que lo desaconseje. Aquí no veo ningún motivo. Y si en verdad hay gente, bien, podría resultar una buena cosa. Nos vendría bien tener un consejo.

Susannah pensó que ahora Rolando parecía distinto, y no creía que fuese únicamente porque había cesado de oír las voces. Así era cuando aún tenía guerras que librar, hombres que dirigir y viejos amigos a su alrededor. Así era antes de que el mundo se moviese adelante y él se moviera con el mundo, persiguiendo a ese Walter. Así era antes de que el Gran Vacío lo volviese hacia

dentro sobre sí mismo y lo hiciera extraño.

—Quizá sepan qué es ese ruido de tambores —apuntó Jake.

Rolando volvió a asentir.

—Cualquier cosa que supieran, en especial sobre la ciudad, nos resultaría útil. Pero no vale la pena cavilar demasiado sobre una gente que ni siquiera sabemos si existe.

—¿Sabéis que os digo? —preguntó Susannah—. Yo en su lugar, si nos viera no saldría. ¿Cuatro personas, tres de ellas armadas? Debemos de parecer esos bandoleros antiguos de los que a veces nos has hablado, Rolando... ¿Cómo los llamas?

—Devastadores. —Su mano izquierda descendió hacia la culata de sándalo del revólver que le quedaba y lo alzó un poco sin sacarlo de la pistolera—. Pero ningún devastador ha llevado jamás una cosa así, y si en esa población hay algún veterano, sin duda lo sabrá. Vamos allá.

Jake echó una rápida mirada atrás y vio al brambo tendido en la carretera con el hocico entre las cortas patas delanteras, observándolos atentamente.

—¡Acho! —le gritó Jake.

—¡Acho! —repitió el brambo, y se levantó al instante. Empezaron a descender por la suave pendiente, con Acho trotando detrás de ellos.

Dos edificios de las afueras habían sufrido incendios; el resto del pueblo se veía polvoriento, pero intacto. Pasaron ante una caballeriza abandonada a su izquierda, ante un edificio que tal vez había sido un mercado a la derecha, y se encontraron en el pueblo propiamente dicho, tal como era. Había quizás una docena de edificios decrepitos repartidos a ambos lados de la carretera. Entre algunos de ellos se abrían callejones. La otra carretera, que sólo era una pista de tierra casi completamente invadida de hierba de las llanuras, corría de noreste a sudoeste.

Susannah miró el ramal del noreste y pensó: «En otro tiempo hubo gabarras en el río. Siguiendo esa carretera se llegaba a un embarcadero, y probablemente a otra aldea destartada, casi toda tabernas y cuadras, que nació a su alrededor. Era el último punto de comercio antes de que las gabarras bajaran a la ciudad. Los carros pasaban por este lugar de camino hacia ese lugar, y de nuevo a la vuelta. ¿Cuánto tiempo hace de todo eso?»

No lo sabía..., pero mucho, a juzgar por el aspecto del pueblo.

En alguna parte una bisagra oxidada emitía un chirrido monótono. En alguna otra parte, una contraventana repicaba en solitario bajo el viento de las llanuras.

Ante los edificios había barras para amarrar las monturas, casi todas rotas. En otro tiempo hubo aceras de tablas, pero ahora faltaba la mayoría de las tablas, y en los huecos que habían dejado crecía la hierba. Los rótulos de los edificios estaban descoloridos, pero algunos todavía eran legibles, escritos en una variante corrompida del inglés que debía de ser, conjeturó, lo que Rolando llamaba la lengua baja. GRANO Y FOLLAJE, rezaba uno, y ella imaginó que debía significar grano y forraje. En la fachada del edificio contiguo, bajo un tosco dibujo de un búfalo de las llanuras recostado en la hierba, se leían las palabras DESCANSO COMIDAS BEBIDAS. Bajo el cartel, unas puertas de vaivén colgaban torcidas de sus goznes, moviéndose un poco con el viento.

—¿Es un *saloon*? —Susannah no sabía bien por qué susurraba, pero no habría podido hablar en un tono de voz normal. Hubiera sido como ponerse a tocar el banjo en un velatorio.

—Lo era —dijo Rolando. No susurró, pero su voz fue grave y pensativa. Jake caminaba a su lado, mirando nerviosamente en torno. Más atrás, Acho había disminuido la distancia a unos diez metros. Trotaba ligero, con la cabeza oscilando como un péndulo de un lado a otro mientras examinaba los edificios.

Entonces Susannah empezó a notarlo: la sensación de ser observada. Era exactamente como había dicho Rolando, una sensación de sol había pasado a ser de sombra.

—Hay gente, ¿no? —susurró. Rolando asintió con la cabeza.

En la esquina noreste de la encrucijada se alzaba un edificio con otro rótulo que Susannah encontró comprensible: FONDA, rezaba, y YACIJAS. A excepción de una iglesia con el campanario torcido, era el edificio más alto del pueblo: tres plantas. Susannah miró de reojo justo a tiempo para ver una mancha blanca, sin duda una cara, que se retiraba de una ventana sin cristales. De pronto le entraron deseos de marcharse de allí. Pero Rolando estaba imponiendo un ritmo lento y deliberado, y ella creía saber por qué. Si se apresuraban, quienes les estaban observando podían sacar la conclusión de que estaban asustados... y que podían ser vencidos. Pero aun así...

Las dos carreteras se ensanchaban en el cruce, formando una plaza de pueblo que había sido invadida por hierbas y arbustos. En su centro se alzaba un mojón de piedra. Sobre él colgaba una caja metálica, suspendida de un combado cable oxidado.

Rolando, con Jake a su lado, anduvo hacia el mojón. Eddie le siguió empujando la silla de Susannah. La hierba siseaba en los radios y el viento le cosquilleaba un mechón de pelo sobre la mejilla. Más adelante, la contraventana repicaba y la bisagra lanzaba chirridos. Susannah sintió un escalofrío y se apartó el pelo de la cara.

—Ojalá se diera más prisa —comentó Eddie en voz baja—. Este sitio me pone nervioso.

Susannah asintió. Al pasear la mirada por la plaza, le pareció que casi podía ver cómo debía haber sido en un día de mercado: las aceras ocupadas por una muchedumbre en la que se mezclaban algunas señoras del lugar con su cesto al brazo, pero compuesta principalmente por

carreteros y tripulantes de las gabarras (Susannah no sabía por qué estaba tan segura de las gabarras y sus tripulantes, pero lo estaba); la plaza llena de carros que cuando circulaban por la carretera sin pavimento alzaban nubes asfixiantes de polvo amarillento mientras su conductor fustigaba los caballos

(«bueyes eran bueyes»)

para que no se detuvieran. Ella podía ver esos carros, polvorientos toldos de lona tendidos sobre fardos de tejido en algunos y pirámides de barricas embreadas en otros; podía ver los bueyes uncidos de dos en dos, tirando con esfuerzo y paciencia de los carros, sacudiendo las orejas para asustar las moscas que zumbaban en torno a sus grandes cabezas; podía oír voces, y risas, y el piano del saloon interpretando una melodía saltarina como *Buffalo Gals* o *Darlin' Katy*.

«Es como si hubiera vivido aquí en otra vida», pensó.

El pistolero se inclinó sobre la inscripción del mojón.

—Gran Carretera —leyó—. Lud, ciento sesenta ruedas.

—¿Ruedas? —se extrañó Jake.

—Una antigua unidad de medida.

—¿Habías oído hablar de Lud? —quiso saber Eddie.

—Tal vez —contestó el pistolero—. Cuando era muy niño.

—Rima con «ataúd» —observó Eddie—. No sé si es muy buena señal.

Jake estaba examinando el lado de la piedra que miraba al este.

—Carretera del Río. Está escrito de una manera rara, pero eso es lo que dice. Eddie miró la cara del oeste.

—Aquí dice Jimtown, cuarenta ruedas. ¿No es el sitio donde nació Wayne Newton, Rolando?

Rolando le dirigió una mirada inexpresiva.

—Ya me callo —dijo Eddie, y puso los ojos en blanco.

En la esquina sudoeste de la plaza se alzaba el único edificio de piedra que había en el pueblo, un cubo macizo y polvoriento con rejas oxidadas en las ventanas. Una combinación de tribunal y cárcel del condado, pensó Susannah. Había visto lugares parecidos en el Sur de Estados Unidos; unos cuantos espacios para aparcar en batería ante la puerta, y nadie notaría la diferencia. En la fachada del edificio alguien había escrito unas palabras con pintura amarilla, ahora descolorida: PUBIS A MUERTE, rezaba.

—¡Rolando! —Cuando éste se volvió hacia ella, Susannah le indicó la pintada—. ¿Qué quiere decir?

El pistolero meneó la cabeza.

—No lo sé.

Susannah miró de nuevo en derredor. Le pareció que la plaza se había vuelto más pequeña, y que los edificios se inclinaban hacia ellos.

—¿Podemos irnos de aquí?

—Pronto. —Se agachó y recogió una esquirla de adoquín de la calzada. La hizo botar pensativamente en la mano izquierda y alzó la vista hacia la caja metálica que colgaba sobre el mojón. Echó el brazo atrás y Susannah comprendió, una fracción de segundo demasiado tarde, lo que pretendía hacer.

—¡No, Rolando! —gritó, y se encogió ante el sonido de su propia voz despavorida.

Él no le prestó atención y lanzó la piedra hacia lo alto. Su puntería fue tan certera como siempre, y dio en el centro mismo del blanco con un golpe hueco y metálico. En el interior de la caja sonó un zumbido mecánico, y una oxidada banderola verde se desplegó de una ranura en el costado. Cuando encajó en su lugar, se oyó una enérgica campanada. Escrita en grandes letras negras sobre la banderola se leía la palabra PASE.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Eddie—. ¡Una señal de tráfico de película muda! Si le tiras otra pedrada, ¿dirá ALTO?

—Tenemos compañía —anunció Rolando, y señaló el edificio que Susannah tenía por la

cárcel del condado. De su interior habían salido un hombre y una mujer, que ya estaban bajando por los peldaños de piedra. «Te llevas el premio, Rolando —pensó Susannah—. Son más viejos que Dios.»

El hombre vestía unos tejanos de peto y un gran sombrero de paja. La mujer avanzaba con una mano apoyada en el hombro curtido por el sol de su acompañante. Llevaba un vestido de paño tejido a mano y una cofia desgarbada. Cuando llegó más cerca del mojón Susannah pudo ver que era ciega, y que el accidente que le había costado la vista tenía que haber sido extraordinariamente atroz. En el lugar que antes ocupaban los ojos, ahora sólo había dos concavidades llenas de tejido cicatrizal. La anciana parecía confundida y aterrorizada al mismo tiempo.

—¿Son devastadores? —preguntó con voz cascada y temblorosa—. ¡Todavía harás que nos maten, Si, bien te lo digo!

—A callar, Mercy —replicó él. Al igual que la mujer, hablaba con un acento cerrado que a Susannah le costaba entender—. Éstos no son devastadores. Va un pubi con ellos, ya te lo he dicho, y ningún devastador se ha visto jamás viajando con un pubi.

Ciega o no, la mujer hizo ademán de alejarse. Él lanzó una maldición y la sujetó por el brazo.

—¡Ya está bien, Mercy! ¡Ya está bien, te digo! ¡Te caerás y te harás mal, maldita sea!

—No hemos venido a haceros ningún daño —dijo el pistolero. Habló en la Alta Lengua, y al oírla los ojos del hombre se encendieron de incredulidad. La mujer dio media vuelta y volvió su rostro ciego en su dirección.

—¡Un pistolero! —exclamó el hombre. El entusiasmo le quebró la voz—. ¡Ante Dios! ¡Sabía que lo era! ¡Lo sabía!

Echó a correr hacia ellos a través de la plaza, arrastrando a la mujer tras de sí. La anciana trastabillaba sin poderlo evitar, y Susannah esperó el momento inevitable en que había de caer. Pero el hombre cayó antes, hincando pesadamente las rodillas, y ella se desplomó dolorosamente a su lado sobre los adoquines de la Gran Carretera.

Jake notó que algo peludo le frotaba el tobillo y bajó la mirada. Acho estaba acurrucado a sus pies, con un aire más nervioso que nunca. Jake extendió la mano y le acarició la cabeza con cautela, tanto para recibir consuelo como para darlo. La piel era sedosa e increíblemente suave. Por un instante creyó que el brambo iba a escapar, pero sólo alzó la cabeza, le lamió la mano y volvió a mirar a los dos recién llegados. El hombre estaba intentando ayudar a la mujer a levantarse, pero sin mucho éxito. Mientras, ella estiraba el cuello hacia un lado y otro en ávida confusión.

El hombre llamado Si se había cortado las manos en los adoquines, pero no parecía darse cuenta. Finalmente renunció a ayudar a la mujer, se quitó el sombrero en un gesto ampuloso y se cubrió el pecho con él. A Jake aquel sombrero se le antojó tan grande como un capazo de media cuartera.

—¡Bien hallado, pistolero! —exclamó el anciano—. ¡Bien hallado, en verdad! ¡Creía que toda vuestra especie había perecido de la tierra, así creía yo!

—Os agradezco vuestra bienvenida —dijo Rolando en la Alta Lengua. Después, posó las manos con delicadeza en los brazos de la mujer. Esta se encogió por un instante, pero luego se relajó y dejó que el pistolero la ayudara a levantarse—. Cúbrete, veterano. El sol es ardiente.

El hombre lo hizo así y se quedó parado donde estaba, contemplando al pistolero con ojos brillantes. Al cabo de un par de segundos, Jake comprendió qué era aquel brillo. Si estaba llorando.

—¡Un pistolero! ¡Te lo dije, Mercy! ¡Vi el hierro de tirar y te lo dije!

—¿Devastadores no? —preguntó otra vez ella, como si no pudiera creerlo—. ¿Seguro que devastadores no, Si?

Rolando se volvió hacia Eddie.

—Comprueba el seguro de la pistola de Jake y dásela a la mujer. Eddie se sacó la Ruger de la cintura, comprobó el seguro y la depositó aprensivamente en manos de la ciega. La anciana dio una boqueada y estuvo en un tris de dejar caer el arma al suelo; luego deslizó los dedos sobre el metal con pasmo maravillado, y finalmente volvió las cuencas vacías de sus ojos en dirección al hombre.

—¡Una pistola! —susurró—. ¡Mi gorra bendita!

—Sí, más o menos —replicó desdeñosamente el anciano, y se la quitó de las manos para devolvérsela a Eddie—, pero el pistolero tiene una de verdad, y hay una mujer que tiene otra. Y ella tiene la piel oscura, como dijo mi padre que la tenían las gentes de Garlan.

Acho emitió su ladrido agudo y sibilante. Jake se volvió y vio que se aproximaba más gente por la calle, cinco o seis personas en total. Al igual que Si y Mercy, eran todas ancianas, y una de ellas, una mujer que se bamboleaba sobre un bastón como una bruja de cuento de hadas, parecía decididamente arcaica. Cuando se acercaron más, Jake vio que dos de los hombres eran gemelos idénticos. Una larga cabellera blanca se derramaba sobre las hombreras de sus remendadas camisas de paño casero. Tenían la piel tan blanca como una sábana fina, y los ojos rosados. «Albinos», pensó el chico.

Al parecer, la vieja bruja era su cabecilla. Avanzó renqueante hacia el grupo de Rolando, ayudándose con el bastón y mirándolos fijamente con unos ojos de lince tan verdes como esmeraldas. Su boca desdentada se replegaba profundamente sobre sí misma. La punta del viejo chal que llevaba puesto aleteaba bajo la brisa de la pradera. Sus ojos se posaron en Rolando.

—¡Salve, pistolero! ¡Bien hallado! —La mujer usó también la Alta Lengua, y, como Eddie y Susannah, Jake comprendió a la perfección sus palabras, aunque suponía que en su propio mundo le habrían parecido una jerigonza ininteligible—. ¡Bienvenido a Paso del Río!

El pistolero se había descubierto, y respondió haciendo una inclinación y llevándose la mano mutilada a la garganta para darse tres rápidos golpecitos.

—Te doy las gracias, Vieja Madre.

A esto la mujer se echó a reír con risa cascada y senil y Eddie comprendió de pronto que Rolando había hecho al mismo tiempo un chiste y un cumplido. La idea que ya se le había

ocurrido a Susannah la tuvo ahora él: «Así era él antes... y esto es lo que hacía. En parte, al menos.»

—Pistolero acaso lo seas, pero debajo de la ropa eres tan insensato como cualquier hombre —contestó ella, pasando a la lengua baja.

Rolando volvió a inclinar la cabeza.

—La belleza siempre me ha vuelto insensato, madre.

Esta vez la anciana se desternilló de risa. Acho se acurrucó contra la pierna de Jake. Uno de los gemelos albinos se adelantó precipitadamente para sostener a la anciana al verla oscilar hacia atrás sobre sus zapatos polvorientos y agrietados. Sin embargo, recobró el equilibrio ella sola e hizo un gesto imperioso con la mano. El albino se retiró.

—¿Te lleva alguna empresa, pistolero? —Sus ojos verdes chispearon de astucia; la bolsa arrugada de su boca se movía pausadamente como un fuelle.

—Así es —reconoció Rolando—. Vamos en busca de la Torre Oscura.

Los otros miembros de su grupo quedaron perplejos, pero ella retrocedió y alzó la mano con el índice y el meñique extendidos para protegerse del mal de ojo; no hacia ellos, según pudo ver Jake, sino hacia el sudeste, en la dirección del Haz.

—¡Lamento oírlo! —exclamó—. ¡Pues nadie que fuera jamás tras ese perro negro volvió jamás! ¡Tal decía mi abuelo, y el suyo antes que él! ¡Ni uno jamás!

—*Ka...* —adujo el pistolero con paciencia, como si eso lo explicara todo... y Jake estaba empezando a descubrir que, para Rolando, así era.

—Sí —asintió ella—, ¡*ka* perro negro! Y bien, y bien; haréis según os sintáis movidos, y viviréis por vuestro camino, y moriréis cuando llegue al claro del bosque. ¿Partirás el pan con nosotros antes de seguir viaje, pistolero? Tú y tu partida de caballeros.

Rolando se inclinó de nuevo.

—Hace mucho y mucho que no partimos el pan en otra compañía que la propia, Vieja Madre. No podemos quedarnos mucho tiempo, pero sí: comeremos vuestra comida con gratitud y placer.

La anciana se volvió hacia los otros y les habló con voz cascada y resonante, pero fueron las palabras que pronunció y no el tono en que fueron pronunciadas lo que le provocó escalofríos a Jake.

—¡Mirad bien, el regreso del blanco! ¡Tras los días de mal y las costumbres de mal, el blanco ha vuelto otra vez! ¡Estad de buen corazón y levantad la cabeza, pues habéis vivido para ver cómo empieza a girar de nuevo la rueda del *ka*!

La anciana, que tenía el nombre de Tía Talitha, los condujo a la iglesia del campanario inclinado; la Iglesia de la Sangre Perenne, según el descolorido cartel que aún se alzaba en una franja de jardín invadida de arbustos. Sobre estas palabras, alguien había escrito otro mensaje con pintura verde, descolorida ya hasta la transparencia: MUERAN LOS GRISES.

Los condujo por el interior de la iglesia abandonada, cojeando rápidamente por el pasillo central entre bancos astillados y volcados, y les hizo bajar un corto tramo de escaleras que llevaba a una cocina tan distinta de la iglesia en ruinas que Susannah pestañeó de sorpresa. Allí estaba todo tan limpio como una patena. El suelo de madera era muy antiguo, pero se lo había aceitado a conciencia y ahora resplandecía con una serena luz interior. La negra cocina de leña ocupaba todo un rincón. Estaba inmaculada, y la leña apilada a su lado en un nicho de ladrillo parecía bien elegida y seca.

El grupo se había incrementado con la presencia de otras tres personas de edad, dos mujeres y un hombre que andaba con pata de palo y muleta. Dos de las mujeres se dirigieron a las alacenas y empezaron a afanarse; una tercera abrió el vientre del fogón y aplicó una larga cerilla de azufre a la madera que ya estaba allí preparada; una cuarta abrió otra puerta y bajó unos estrechos escalones que conducían a lo que parecía ser una despensa. La Tía Talitha, mientras tanto, hizo pasar a los demás a una sala espaciosa que ocupaba la parte trasera del edificio de la iglesia y blandió el bastón hacia dos mesas de caballetes plegadas bajo una tela limpia pero raída; los dos ancianos albinos fueron enseguida hacia allí y empezaron a forcejear con una de ellas.

—Vamos, Jake —dijo Eddie—. Echemos una mano.

—¡Ca! —protestó vivamente Tía Talitha—. ¡Viejos acaso lo somos, pero no necesitamos que la compañía eche una mano! ¡Aún no, jovencito!

—Déjalos hacer —dijo Rolando.

—Esos viejos tontos se van a herniar —masculló Eddie, pero siguió a los demás y dejó a los dos ancianos con su tarea.

Susannah dio una boqueada cuando Eddie la alzó de la silla y la sacó en brazos por la puerta de atrás. Aquello no era un jardín sino una exposición, con macizos de flores que llameaban como antorchas sobre el verdor suave de la hierba. Algunas flores le resultaron conocidas —caléndulas, zinias y polemonios—, pero otras muchas le eran extrañas. Mientras miraba, un tábano se posó en un vistoso pétalo azul... que se plegó de inmediato y lo envolvió con fuerza.

—¡Joder! —exclamó Eddie, mirando en torno—. ¡Los Jardines Busch!

—Es el único lugar que mantenemos como en los viejos tiempos, antes de que el mundo se moviera —le explicó Si—. Y lo escondemos de los jinetes que pasan por el pueblo: pubis, grises, devastadores... Si lo vieran lo incendiarían... y a nosotros nos matarían por tener un sitio así. Esas gentes aborrecen lo que es hermoso. Es lo único que todos esos cabrones tienen en común.

La ciega le tiró del brazo para hacerle callar.

—No hay jinetes en estos tiempos —intervino el anciano de la pata de palo—. Hace mucho que no vienen. Ahora se quedan más cerca de la ciudad. Supongo que allí deben de encontrar todo lo que necesitan para vivir bien.

Los gemelos albinos salieron al jardín penosamente cargados con la mesa. Los seguía una de las ancianas, azuzándolos para que se dieran prisa y le dejaran el paso libre. Llevaba una jarra de piedra en cada mano.

—¡Siéntate entonces, pistolero! —gritó Tía Talitha, e hizo un amplio ademán que abarcó todo el jardín—. ¡Sentaos todos!

A Susannah le llegaba un centenar de perfumes incompatibles que le producían una sensación de aturdimiento e irrealidad, como si estuviera soñándolo todo. A duras penas podía creer en la existencia de aquel extraño retazo del Edén, cuidadosamente oculto tras la decrepita fachada del pueblo fantasma.

Salió otra mujer con una bandeja de vasos. Aunque no pertenecían al mismo juego, estaban impolutos y centelleaban bajo el sol como cristalería fina. La recién llegada ofreció la bandeja

primero a Rolando, y luego a Tía Talitha, a Eddie, a Susannah y, en último lugar, a Jake. Cuando cada uno tuvo su vaso, la primera mujer lo llenó de un líquido oscuro y dorado.

Rolando se inclinó hacia Jake, que estaba sentado con las piernas cruzadas junto a un arriate ovalado de flores de un verde intenso, con Acho a su lado.

—Jake, bebe sólo lo justo para no ser descortés —musitó—, o tendremos que llevarte a cuestras. Esto es graf, una potente cerveza de manzana.

Jake asintió con la cabeza.

Talitha alzó el vaso. Cuando Rolando siguió su ejemplo, los demás hicieron lo mismo.

—¿No beben los otros? —le preguntó Eddie a Rolando en un susurro.

—Serán servidos después de la dedicación. Ahora calla.

—¿Querrás darnos pie con unas palabras, pistolero? —preguntó Tía Talitha.

El pistolero se levantó con el vaso alzado en la mano. Agachó la cabeza, como si reflexionara. Los contados residentes que aún quedaban en Paso del Río lo miraron con respeto y cierto temor, según le pareció a Jake. Finalmente, Rolando irguió de nuevo la cabeza.

—¿Beberéis por la tierra, y por los días que han pasado sobre ella? —preguntó. Tenía la voz ronca, temblorosa de emoción—. ¿Beberéis por la plenitud que fue, y por los amigos que ya no son? ¿Beberéis por la buena compañía, bien hallada? ¿Nos darán pie estas cosas, Vieja Madre?

Jake vio que la mujer estaba llorando, pero aun así su rostro se arrugó en una sonrisa de radiante felicidad..., y por un instante casi fue joven. Jake la miró con admiración y se sintió inundado de una felicidad repentina. Por primera vez desde que Eddie le ayudó a cruzar la puerta, sintió que la sombra del guardián abandonaba realmente su corazón.

—¡Sí, pistolero! —exclamó la anciana—. ¡Bien hablado! ¡Nos darán pie a mucho, bien lo digo!

—Se llevó el vaso a los labios y lo apuró sin vacilar. Cuando tuvo el vaso vacío, Rolando vació el suyo. Eddie y Susannah también bebieron, aunque con más cautela.

Jake probó la bebida y le asombró descubrir que le gustaba. No era amarga, al contrario de lo que imaginaba, sino ácida y dulce a la vez, como la sidra. Sin embargo, notó sus efectos de inmediato, y apartó cuidadosamente el vaso. Acho lo olisqueó, echó la cabeza atrás y apoyó el hocico sobre el tobillo de Jake.

A su alrededor, el grupito de ancianos —los últimos habitantes de Paso del Río— había empezado a aplaudir. La mayoría lloraba abiertamente, como Tía Talitha. Se hicieron circular más vasos, no tan bellos pero perfectamente útiles. Empezó la fiesta, y fue una buena fiesta la que hubo aquella larga tarde de verano bajo el anchuroso cielo de la pradera.

A Eddie le pareció que la comida de aquel día fue la mejor que había probado desde los míticos festines de cumpleaños de su infancia, cuando su madre se esmeraba en servirle lo que más le gustaba: carne mechada y patatas al horno, mazorcas de maíz y torta de chocolate acompañada de helado de vainilla.

La misma variedad de comestibles que les pusieron delante —sobre todo después de los meses que llevaban sin comer más que langosta, venado y las escasas verduras amargas que Rolando declaraba comestibles— sin duda tenía algo que ver con el placer que obtuvo de la comida, pero Eddie no creía que fuera sólo eso; había observado que el chico devoraba cantidades increíbles (y cada dos minutos le daba un trozo al brambo que seguía agazapado a sus pies), y Jake aún no llevaba una semana allí.

Había boles de estofado (pedazos de carne de búfalo flotando en una densa salsa marrón cargada de verduras), bandejas de galletas recién hechas, tarros de loza llenos de mantequilla blanca y cuencos de hojas que parecían espinacas pero que no lo eran. A Eddie nunca le habían chiflado las verduras, pero nada más probar éstas, una parte anhelante de su ser despertó y las pidió a gritos. Comió a gusto de todo, pero su necesidad de aquellos vegetales rozaba la gula, y vio que Susannah también se llenaba el plato una y otra vez. Entre los cuatro, los viajeros vaciaron tres cuencos de hojas.

Las ancianas y los gemelos albinos retiraron los platos del banquete y regresaron con dos gruesas bandejas blancas cargadas de pedazos de tarta y un bol de nata batida. La tarta desprendía un aroma tan fragante que Eddie tuvo la sensación de haberse muerto y haber ido al cielo.

—Sólo es crema bufalera —les explicó Tía Talitha en tono desdeñoso—. Ya no quedan vacas; la última cascó hace treinta años. La crema bufalera no es para llevarse ningún premio, pero es mejor que nada, ¡por Daisy!

La tarta resultó estar cargada de arándanos. Eddie juzgó que superaba por un kilómetro cualquier otra tarta que jamás hubiese probado. Se comió tres pedazos, echó el cuerpo hacia atrás y emitió un sonoro regüeldo antes de poderse tapar la boca. Inmediatamente, miró a la compañía con expresión culpable.

Mercy, la anciana ciega, se echó a reír.

—¡Lo he oído! ¡Alguien da las gracias a la cocinera, Tííta!

—Sí —respondió Tía Talitha, también riendo—. Bien es verdad. Las dos mujeres que habían servido la comida volvieron una vez más. Una traía una jarra humeante; la otra, varias tazas de loza gruesa en precario equilibrio sobre una bandeja.

Tía Talitha estaba sentada a la cabecera de la mesa, con Rolando a su derecha. En aquel momento, el pistolero se ladeó hacia ella y le musitó algo al oído. La anciana escuchó, con expresión más seria, y movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, Bill y Till —dijo a continuación—. Vosotros quedaos. Vamos a tener consejo con este pistolero y sus amigos, visto que pretenden seguir su camino esta misma tarde. Los demás, id a tomar el café a la cocina, así no habrá tanta cháchara. ¡Atentos a presentar vuestros modales antes de marchar!

Bill y Till, los gemelos albinos, permanecieron sentados al pie de la mesa. Los demás se pusieron en cola y desfilaron lentamente ante los viajeros. Cada uno iba estrechando la mano a Eddie y Susannah y besaba a Jake en la mejilla. El chico lo aceptaba de buen talante, pero Eddie se dio cuenta de que estaba sorprendido y avergonzado. Cuando llegaban a Rolando, se arrodillaban ante él y tocaban la culata de sándalo que sobresalía de la pistolera colgada sobre su muslo izquierdo. Él les ponía las manos en los hombros y besaba su vieja frente. Mercy fue la última; rodeó la cintura de Rolando con los brazos y le bautizó la mejilla con un beso húmedo y resonante.

—¡Dios te bendiga y te guarde, pistolero! ¡Ojalá pudiera verte!

—¡Tus modales, Mercy! —exclamó secamente Tía Talitha, pero Rolando no le prestó atención y se inclinó hacia la ciega.

Seguidamente le cogió las manos con firmeza y las alzó hasta su cara.

—Deja que vean ellas, hermosa —dijo, y cerró los ojos mientras los dedos de la mujer, nudosos y retorcidos por la artritis, le palpaban delicadamente la frente, las mejillas, los labios y el mentón.

—¡Sí, pistolero! —suspiró, alzando las cuencas vacías de sus ojos hacia los azules de él—. ¡Muy bien te veo! Es una buena cara, pero llena de tristeza y preocupación. Temo por ti y los tuyos.

—Pero hoy hemos tenido un buen encuentro, ¿no es así? —dijo, y besó con suavidad la lisa y gastada piel de su frente.

—Sí, lo hemos tenido. Lo hemos tenido. Gracias por el beso, pistolero. De corazón te doy las gracias.

—Anda, Mercy —dijo Tía Talitha con voz más afable—. Ve a por el café.

Mercy se puso en pie. El anciano de la muleta y la pata de palo le condujo la mano a la cintura de sus pantalones. La ciega se sujetó allí y, tras un último saludo a Rolando y su grupo, se dejó conducir a la cocina.

Eddie se enjugó los ojos, que estaban húmedos.

—¿Quién la cegó? —preguntó con voz ronca.

—Devastadores —contestó Tía Talitha—. Con un hierro de marcar, así lo hicieron. Dijeron que fue porque los miraba con insolencia. Veinticinco años hace ya de eso. ¡Bebeos el café, todos! Cuando está caliente es malo, pero frío vale como barro de la carretera.

Eddie levantó la taza y probó un sorbo. Aunque no habría llegado al extremo de llamarlo barro de la carretera, tampoco era precisamente café superior de Jamaica.

Susannah también lo probó y puso cara de sorpresa.

—¡Pero si es achicoria!

Talitha la miró de reojo.

—Eso no lo sé yo. Lo que yo sé es que la llamamos jurba, y que no bebemos café si no es de jurba desde que me vino el ciclo de la mujer... y ese ciclo se retiró hace mucho, mucho tiempo.

—¿Qué edad tiene usted, señora? —preguntó Jake de improviso.

Tía Talitha se lo quedó mirando, sorprendida, y se echó a reír.

—En verdad, mozo, lo tengo olvidado. Recuerdo que se hizo una fiesta aquí mismo para celebrar mis ochenta años, pero ese día había más de cincuenta personas en el jardín, y Mercy aún tenía los ojos.—Bajó la mirada y descubrió el brambo tendido a los pies de Jake. Acho no apartó el hocico del tobillo de Jake, pero alzó los ojos bordeados de oro y se la quedó mirando—. ¡Un bilibrambo, por Daisy! Hacía mucho y mucho que no veía un brambo en compañía de gente... Parece que han perdido el recuerdo de los tiempos en que andaban con los hombres.

Uno de los albinos se inclinó para darle unas palmaditas a Acho. El animal se apartó.

—En otro tiempo pastoreaban las ovejas —le explicó Bill (o quizás era Till) a Jake—. ¿Sabías eso, jovencito?

Jake negó con la cabeza.

—¿Habla? —preguntó el albino—. Algunos hablaban, en los días pasados.

—Sí que habla. —Se volvió hacia el brambo, que había vuelto a recostar la cabeza en el tobillo de Jake cuando la mano desconocida se alejó de las proximidades—. Di cómo te llamas, Acho.

Acho lo miró en silencio.

—¡Acho! —insistió Jake, pero Acho permaneció mudo. Jake miró a Tía Talitha y los gemelos, ligeramente molesto—. Bueno, sabe hablar..., pero supongo que sólo cuando él quiere.

—Este chico no parece de aquí —le comentó Tía Talitha a Rolando—. Lleva una ropa extraña... y sus ojos también son extraños.

—No lleva aquí mucho tiempo. —Rolando sonrió a Jake, y éste le devolvió una sonrisa incierta—. Dentro de uno o dos meses, nadie le verá nada extraño.

—¿Sí? Me gustaría saberlo, bien te lo digo. ¿Y de dónde viene?

—De lejos —dijo el pistolero—. De muy lejos.

La anciana asintió.

—¿Y cuándo volverá allí?

—Nunca —respondió Jake—. Ahora mi hogar está aquí.

—Entonces, que Dios se apiade de ti —dijo ella—, porque en este mundo se está poniendo el sol. Se está poniendo para siempre.

Al oír eso, Susannah se removió con inquietud y se llevó una mano al vientre, como si tuviera revuelto el estómago.

—¿Te encuentras bien, Suze? —preguntó Eddie.

Ella intentó sonreír, pero fue un esfuerzo débil; parecía como si su seguridad y su aplomo habituales la hubieran abandonado.

—Sí, claro. Alguien debe haber cruzado sobre mi tumba, eso es todo. Tía Talitha le dirigió una mirada larga y especulativa, que al parecer hizo sentirse incómoda a Susannah... y sonrió de oreja a oreja.

—Alguien ha cruzado sobre mi tumba. ¡Ja! Hacía años de jurba que no se lo oía a nadie.

—Mi padre lo decía constantemente. —Susannah miró a Eddie y sonrió, esta vez con más convencimiento—. Y de todos modos, fuera lo que fuese, ya ha pasado. Estoy perfectamente.

—¿Qué sabéis de la ciudad y de las tierras que hay hasta allí? —preguntó Rolando, y tomó un sorbo de café—. ¿Hay devastadores? ¿Y quiénes son esos otros, los grises y los pubis?

Tía Talitha lanzó un profundo suspiro.

—Querrías oír mucho, pistolero, y es poco lo que sabemos. Una cosa que sé es ésta: la ciudad es un lugar maligno, sobre todo para este muchacho. Para cualquier muchacho. ¿Habría alguna manera de que pudieras esquivarla según recorres tu camino?

Rolando alzó la mirada y observó la forma ya familiar de las nubes que corrían por el camino del Haz. En el amplio firmamento de la llanura, aquella forma, semejante a un río en el cielo, no podía pasar desapercibida.

—Tal vez —respondió al fin, pero con una extraña renuencia—. Supongo que podríamos dar un rodeo hacia el sudoeste y volver al Haz por el lado opuesto de Lud.

—Así que lo que sigues es el Haz —observó la anciana—. Sí, bien lo suponía.

Eddie descubrió que su consideración de la ciudad estaba teñida por la esperanza, cada vez más arraigada, de que al llegar allí, si llegaban, encontrarían ayuda; objetos abandonados que les ayudarían en la búsqueda, o quizás incluso una gente que pudiera decirles algo más sobre la Torre Oscura y sobre lo que se suponía que habían de hacer cuando llegaran a ella. Esos que llamaban los grises, por ejemplo, daban la impresión de ser como los elfos viejos y sabios que constantemente le venían a la imaginación.

Los tambores eran siniestros, cierto, y le recordaban un centenar de películas de aventuras en la selva (la mayoría vistas por televisión con Henry a su lado y un bol de palomitas entre los dos), en las que las fabulosas ciudades perdidas que los exploradores andaban buscando resultaban estar en ruinas y los nativos habían degenerado en caníbales sedientos de sangre, pero a Eddie se le hacía imposible creer que hubiera podido ocurrir tal cosa en una ciudad que, al menos desde cierta distancia, tanto se parecía a Nueva York. Si no había elfos sabios ni objetos abandonados, por lo menos habría libros; le había oído comentar a Rolando lo escaso que era allí el papel, pero todas las ciudades en que Eddie había estado se ahogaban absolutamente en libros. Incluso podían encontrar algún medio de transporte en buen estado; algo parecido a un Land Rover sería perfecto. Seguramente esto no era más que un sueño descabellado, pero cuando había miles de kilómetros de territorio desconocido por recorrer, sin duda era bueno tener unos cuantos sueños descabellados, aunque sólo fuese para levantar el ánimo. Y además, maldita sea, ¿acaso todas esas cosas no eran cuando menos posibles?

Abrió la boca para decir algo de lo que estaba pensando, pero Jake se le adelantó.

—No creo que podamos dar un rodeo —dijo, y se ruborizó ligeramente cuando todos se volvieron a mirarlo. Acho rebulló a sus pies.

—¿No? —dijo Tía Talitha—. ¿Y por qué eres de esa opinión, por favor?

—¿Conoce los trenes? —preguntó Jake.

Hubo un largo silencio. Bill y Till cruzaron una mirada nerviosa. Tía Talitha no dejó de mirar fijamente a Jake. Jake no bajó los ojos.

—Oí hablar de uno —contestó al fin—. Quizás incluso lo vi. Hacia allí. —Señaló en dirección al Send—. Hace mucho, cuando aún era una niña y el mundo no se había movido..., o al menos no tanto como ahora. ¿Acaso te refieres a Blaine, muchacho?

En los ojos de Jake brilló una chispa de sorpresa y reconocimiento.

—¡Sí! ¡Blaine!

Rolando observaba al chico con atención.

—¿Y cómo habrías podido saber de Blaine el Mono? —preguntó Tía Talitha.

—¿El Mono? —Jake puso cara de no entender.

—Sí, así lo llamaban. ¿Cómo habrías podido saber tú de eso?

Jake miró a Rolando con aire desvalido y se volvió de nuevo hacia Tía Talitha.

—No sé cómo lo sé.

«Y es verdad —pensó Eddie—, pero no es toda la verdad. Sabe más de lo que quiere decir aquí... y creo que está asustado.»

—Eso nos incumbe a nosotros, pienso —dijo Rolando en el tono seco y enérgico de un administrador—. Debes dejar que lo resolvamos por nosotros mismos, Vieja Madre.

—Sí —se apresuró a responder ella—. Seguiréis vuestro propio consejo. Para gentes como

nosotros es mejor no saber.

—¿Y la ciudad? —le urgió Rolando—. ¿Qué sabéis de la ciudad?

—Ya poco, pero lo que sabemos, lo oiréis. —Y se sirvió otra taza de café.

Fueron los gemelos, Bill y Till, quienes llevaron casi todo el peso de la conversación, el uno recogiendo el relato allí donde el otro lo había dejado. De cuando en cuando Tía Talitha añadía o corregía algo, y los gemelos esperaban respetuosamente hasta tener la certeza de que había terminado. Si no intervenía para nada; se limitaba a permanecer sentado con el café intacto ante él, tironeando de las briznas de paja que sobresalían del ancha ala de su sombrero.

Rolando no tardó en constatar que realmente sabían muy poco, incluso sobre la historia de su propio pueblo (no es que ello le extrañara, porque en esos últimos tiempos los recuerdos se borraban rápidamente, y todo salvo el pasado más reciente parecía no existir), pero lo que sabían era inquietante. Eso tampoco le extrañó.

En los tiempos de sus tatarabuelos, Paso del Río había sido un lugar muy semejante al que Susannah se había imaginado: un centro de comercio en la Gran Carretera, próspero en su modestia; un lugar donde a veces se compraban y vendían productos, aunque casi siempre se intercambiaban. Pertenecía, nominalmente al menos, a la Baronía del Río, aunque ya entonces baronías y estados se hallaban en decadencia.

En aquellos tiempos había cazadores de búfalos, aunque el oficio se acababa; las manadas eran pequeñas y muy mutadas. La carne de esos animales mutantes no era tóxica, pero sí de sabor rancio y amargo. Con todo, Paso del Río, situado entre la aldea de Jimtown y un lugar conocido simplemente como el Embarcadero, había sido un pueblo de cierto renombre. Estaba en la Gran Carretera, a sólo seis días de la ciudad por tierra y tres en gabarra.

—A no ser que el río bajara menguado —dijo uno de los gemelos—. Entonces se tardaba más, y mi abuelo contaba que a veces había barcazas encalladas en todo el río, hasta el Cuello de Tom y más arriba.

Los ancianos lo ignoraban todo de los primeros habitantes de la ciudad, naturalmente, y de la tecnología que habían empleado para construir las torres y atalayas; éstos eran los Grandes Antiguos, y su historia ya se había perdido en las profundidades más remotas del pasado cuando el tatarabuelo de Tía Talitha era un chiquillo.

—Los edificios siguen en pie —observó Eddie—. Me gustaría saber si las máquinas que usaron los Antiguos para construirlos todavía funcionan.

—Tal vez —dijo uno de los gemelos—. Pero de ser así, jovencito, no existe hombre ni mujer de entre quienes allí habitan ahora que todavía sepa manejarlas... o tal es lo que creo yo, sí, tal lo creo.

—Ca —protestó su hermano en tono de controversia—. Dudo de que los grises y los pubis hayan perdido por completo las antiguas mañas, aun ahora. —Se volvió hacia Eddie—. Nuestro padre contaba que antaño había candiles eléctricos en la ciudad. Y hay quienes dicen que todavía podrían seguir brillando.

—¡Hay que ver! —comentó Eddie con admiración, y Susannah le pellizcó la pierna por debajo de la mesa.

—Sí —prosiguió el otro gemelo. Habló con seriedad, ajeno a la ironía de Eddie—. Se apretaba un botón y se encendían con gran brillo; candiles sin calor, que no necesitaban mecha ni depósito para el aceite. Y he oído decir que una vez, en otros tiempos, Quick, el príncipe rebelde, llegó a remontarse a los cielos en un pájaro mecánico. Pero se le rompió un ala y el príncipe murió en una gran caída, como Ícaro. Susannah se quedó boquiabierta.

—¿Conocen la historia de Ícaro?

—Sí, mi señora —respondió, a todas luces sorprendido de que eso le extrañara—. El de las alas de cera.

—Cuentos para niños —intervino Tía Talitha, con un bufido—. Sé que la historia de las luces interminables es verdadera, pues yo misma las vi con estos ojos cuando sólo era una chiquilla aún verde, y es posible que todavía se enciendan de vez en cuando, sí; hay personas de toda mi confianza que dicen haberlas visto alguna noche clara, aunque hace mucho y mucho que yo no las veo. Pero ningún hombre ha volado jamás, ni siquiera los Grandes Antiguos.

Sin embargo, lo cierto era que en la ciudad había máquinas extrañas, construidas para hacer

cosas peculiares y a veces peligrosas. Quizá muchas de ellas se conservaban en buen estado, pero los ancianos gemelos conjeturaban que no quedaba nadie en la ciudad que supiera ponerlas en funcionamiento, ya que no se las había oído desde hacía años.

«Quizás eso podría cambiar —pensó Eddie, con los ojos brillantes—. Si, por ejemplo, apareciese un joven emprendedor, dispuesto a viajar y con algunos conocimientos sobre máquinas extrañas y luces interminables. Podría tratarse simplemente de encontrar los interruptores adecuados. En serio, podría ser así de fácil. O a lo mejor se fundieron los plomos. ¡Figúrense, amigos y vecinos! ¡Se cambia media docena de fusibles de 400 amperios y se ilumina toda la ciudad como una noche de sábado en Reno!»

Susannah le dio un codazo y le preguntó en voz baja qué le parecía tan gracioso. Eddie meneó la cabeza y se llevó un dedo a los labios, cosa que le valió una mirada de irritación por parte del amor de su vida. Los albinos, entretanto, seguían con su relato, pasándose el hilo del uno al otro con la soltura espontánea que seguramente sólo puede adquirirse tras compartir la vida entera con un gemelo.

Cuatro o cinco generaciones atrás, les contaron, la ciudad todavía estaba bastante poblada y relativamente civilizada, aunque sus moradores conducían carros y tartanas por las amplias avenidas que los Grandes Antiguos habían construido para sus fabulosos vehículos sin caballos. Los habitantes de la ciudad eran artesanos y lo que los gemelos llamaban «manufactores», y el comercio era intenso tanto por el río como sobre él.

—¿Sobre él? —preguntó Rolando.

—El puente sobre el Send aún se tiene —le explicó Tía Talitha—, o se tenía hace veinte años.

—Sí, el viejo Bill Muffin y su chico lo vieron no hace diez años contados —confirmó Si, en la que fue su primera contribución a la conversación.

—¿Qué clase de puente? —inquirió el pistolero.

—Uno grande con cables de acero —respondió un albino—. Se yergue en el cielo como la tela de una enorme araña. —Y añadió tímidamente—: Me gustaría volver a verlo antes de morir.

—Probablemente ya se habrá hundido —opinó Tía Talitha desdeñosamente—, y bien está. Era obra del diablo. —Se dirigió a los gemelos—. Contadles lo que ocurrió luego, y por qué ahora la ciudad es tan peligrosa; es decir, aparte de aquellos trasgos que puedan tener cubil allí, y bien digo que su número es poderoso. Estas gentes quieren seguir camino, y el sol tira ya al oeste.

El resto del relato sólo fue una nueva versión de una historia que Rolando de Galaad había oído muchas veces, y que en cierta medida él mismo había vivido. Era un relato fragmentario e incompleto, sin duda entreverado de mitos y falsedades, distorsionado en su desarrollo por los extraños cambios —tanto temporales como direccionales— que ahora se producían en el mundo, y podía resumirse en una sola oración compuesta: antaño hubo un mundo que conocíamos, pero ese mundo se ha movido.

Aquellos ancianos de Paso del Río no sabían de Galaad más de lo que Rolando sabía sobre la Baronía del Río, y el nombre de John Farson, el hombre que había llevado la ruina y la anarquía a la tierra de Rolando, no significaba nada para ellos, pero todos los relatos sobre el final del antiguo mundo eran semejantes..., demasiado semejantes, creía Rolando, para atribuirlo a una coincidencia.

Tres siglos antes, quizás incluso cuatro, había estallado —quizás en Garlan, quizás en una tierra más remota llamada Porla— una gran guerra civil. Sus ondas se habían extendido lentamente desde allí, precedidas en todas partes por la anarquía y la disensión. Pocos reinos, si había alguno, pudieron resistir esas lentas oleadas, y la anarquía había llegado a esta parte del mundo tan inexorablemente como la noche sigue al día. En una época, ejércitos enteros ocupaban las carreteras, a veces avanzando, a veces en retirada, siempre confundidos y sin objetivos a largo plazo. Con el paso del tiempo fueron descomponiéndose en grupos más pequeños, que a su vez degeneraron en partidas de devastadores errantes. El comercio se resintió y acabó interrumpiéndose por completo. Viajar, que era una incomodidad, se convirtió en un peligro. Al final se hizo casi imposible. Las comunicaciones con la ciudad fueron menguando gradualmente, y hacía ya ciento veinte años que habían cesado.

Como tantos otros pueblos que Rolando había cruzado a lomos de su montura —primero con Cuthbert y los demás pistoleros desterrados de Galaad, luego solo, persiguiendo al hombre de negro—, Paso del Río había quedado aislado, librado a sus propios recursos.

En ese momento, Si se animó y su voz cautivó de inmediato a los viajeros. Hablaba en el tono ronco y cadencioso de alguien que se ha pasado la vida narrando historias; uno de esos locos divinos nacidos para combinar la memoria y la mendacidad en sueños tan airosos y resplandecientes como telarañas engarzadas con gotas de rocío.

—La última vez que pagamos tributo al castillo de la Baronía fue en tiempos de mi bisabuelo —comenzó—. Partieron veintiséis hombres con un carro cargado de pieles curtidas; entonces ya no quedaba moneda acuñada, por supuesto, y mandaron lo mejor que tenían. Fue un viaje largo y peligroso, casi ochenta ruedas, y seis de ellos murieron por el camino: la mitad a manos de devastadores que se dirigían a la guerra de la ciudad; la otra mitad, a causa de enfermedades o por la hierba del diablo.

»Cuando por fin llegaron al castillo, lo encontraron desierto. Allí sólo vivían grajos y cuervos. Los muros habían sido demolidos, y la maleza invadía el Patio de Ceremonias. En los campos del oeste se había producido una gran mortandad; blancos estaban de huesos y rojos de armaduras oxidadas, así lo contaba el abuelo de mi padre, y las voces de los demonios chillaban como el viento del este desde las quijadas de quienes habían caído allí. La aldea vecina al castillo había sido incendiada y arrasada, y había mil calaveras o más empaladas a lo largo de los muros del alcázar. Nuestros hombres dejaron el cargamento de pieles ante la hundida puerta de la barbacana —pues ninguno quiso aventurarse en aquel lugar de fantasmas y voces gemebundas— y emprendieron el viaje de vuelta. Otros diez murieron durante el regreso, así que de los veintiséis que partieron sólo regresaron diez, uno de los cuales era mi bisabuelo..., pero cogió una tiña en el cuello y el pecho que ya no lo dejó hasta el día de su muerte. Era la enfermedad de la radiación, o así decían. Después de eso, pistolero, ya nadie volvió a dejar el pueblo. Sólo contamos con nosotros mismos.

Se acostumbraron a las incursiones de los devastadores, siguió explicando Si con su voz cascada pero melodiosa. Pusieron centinelas. Cuando veían llegar bandas de jinetes —casi siempre en dirección sudeste por la Gran Carretera y el camino del Haz, rumbo a la guerra que

ardía incesante en Lud—, los habitantes del pueblo se escondían en un gran refugio que habían excavado bajo la iglesia. Los desperfectos casuales que sufría el pueblo quedaban sin reparar, para no despertar la curiosidad de las bandas errantes. Sin embargo, a la mayoría le era ajena la curiosidad; pasaban sin detenerse, con los arcos y hachas de combate en bandolera, galopando hacia las zonas de matanza.

—¿A qué guerra te refieres? —preguntó Rolando.

—Sí —añadió Eddie—. ¿Y qué es ese ruido como de tambores?

Los gemelos cruzaron una mirada rápida y casi supersticiosa.

—No sabemos de los Tambores-dioses —respondió Si—. Ni de vista ni de oídas. Ahora bien, la guerra de la ciudad...

En un principio, confederación de artesanos y «manufactores» que vivían en la ciudad. Los residentes habían decidido luchar antes que consentir que los devastadores los saquearan, les quemaran los talleres y tiendas y finalmente expulsaran a los supervivientes al Gran Vacío, donde casi con toda certeza morirían. Y durante unos años habían conseguido defender Lud de los salvajes pero mal organizados grupos de merodeadores que intentaban tomar el puente por asalto o invadirla en botes y gabarras.

—Las gentes de la ciudad utilizaban las antiguas armas —explicó uno de los gemelos—, y aunque su número era menguado, los devastadores no podían enfrentarse a tales cosas con sus arcos, mazas y hachas de combate.

—¿Quiere decir que los habitantes de la ciudad tenían pistolas?

Uno de los albinos asintió.

—Pistolas, sí, pero no sólo eso. Había cosas que lanzaban los estallidos de fuego a más de un kilómetro de distancia. Explosiones como de dinamita, pero aún más potentes. Los proscritos, que ahora son los grises, como ya debéis saber, no podían asediar la ciudad más que desde la otra orilla. Y eso fue lo que hicieron.

Lud se convirtió, efectivamente, en la última fortaleza y refugio del antiguo mundo. Las personas más capaces y despiertas de la región acudían a la ciudad, solas o por parejas. En cuanto a pruebas de inteligencia, infiltrarse a través de los desordenados campamentos y primeras líneas de los sitiadores era el examen final de los recién llegados. Casi todos cruzaban desarmados por la tierra de nadie del puente, y a los que llegaban hasta allí se les permitía la entrada. A algunos se los juzgaba defectuosos y eran expulsados, naturalmente, pero quienes tenían algún talento u oficio (o inteligencia suficiente para aprenderlo) podían quedarse. Lo que más se valoraba era la experiencia en las labores de la tierra; según los relatos, todos los parques de Lud se habían convertido en huertas. Con el acceso al campo cortado, había que cultivar alimentos en la ciudad o morir de hambre entre torres de cristal y callejones de metal. Los Grandes Antiguos se habían marchado, sus máquinas eran un misterio y las maravillas silenciosas que aún quedaban no eran comestibles.

Poco a poco, el carácter de la guerra empezó a cambiar. El equilibrio de poder se decantó hacia los sitiadores, los grises, así llamados porque en general eran mucho mayores que los habitantes de la ciudad. Pero éstos también envejecían, desde luego. Aún recibían el nombre de pubis, pero en la mayoría de los casos hacía mucho que habían dejado atrás la pubertad. Y con el tiempo acabaron olvidando cómo funcionaban las antiguas armas, o gastaron su poder.

—Probablemente las dos cosas —gruñó Rolando.

Hacía unos noventa años, ya en vida de Si y Tía Talitha, había aparecido una nueva banda de proscritos, tan numerosa que los batidores cruzaron Paso del Río al galope con las primeras luces del alba, y la retaguardia no pasó hasta casi la puesta del sol. Fue el último ejército que se vio por aquellos lugares, y lo dirigía un príncipe guerrero llamado David Quick; el mismo de quien se decía que más adelante había muerto al caerse del cielo. Este Quick organizó los restos variopintos de las bandas de proscritos que aún merodeaban en torno a la ciudad, matando a cualquiera que mostrara oposición a sus planes. Su ejército de grises no utilizó embarcaciones ni el puente para intentar el asalto a la ciudad, sino que construyó un puente de pontones unos veinte kilómetros río abajo y la atacó por el flanco.

—Desde entonces la guerra ha venido apagándose como un fuego en una chimenea —concluyó Tía Talitha—. De vez en cuando oímos noticias de alguien que ha logrado marcharse; sí, bien las oímos. Y ahora son un poco más frecuentes, porque el puente, la guerra fue de devastadores y proscritos contra una dispersa aseguran, no está defendido y creo que el fuego está a punto de extinguirse. En el interior de la ciudad, los grises y los pubis se pelean por los despojos que aún restan, sólo que, a mi parecer, hoy los auténticos pubis son los descendientes de los devastadores que cruzaron el río bajo el mando de Quick, por más que todavía los llamen grises. Los descendientes de los anteriores habitantes de la ciudad deben de ser casi tan viejos como nosotros, aunque aún acuden jóvenes con el deseo de vivir entre ellos, atraídos por los antiguos relatos y por el cebo de los conocimientos que acaso pueden quedar allí.

»Estos dos bandos mantienen su vieja enemistad, pistolero, y ambos desearían a este joven al que llamas Eddie. Si la mujer de piel oscura es fértil, no la matarían aunque tenga las piernas tronchadas; se la quedarían para que les diera hijos, pues cada vez hay menos niños, y aunque las viejas enfermedades están pasando, algunos aún nacen extraños.

Susannah se agitó al oír esto y pareció que iba a decir algo, pero se limitó a beberse el café que le quedaba en la taza y volvió a acomodarse en actitud de escuchar.

—Pero si es verdad que desearían a estos dos jóvenes, pistolero, creo que al muchacho lo codiciarían con ansia.

Jake se agachó y empezó a acariciar de nuevo el lomo de Acho. Rolando le vio la cara y supo qué estaba pensando: volvía a ser otra vez el paso bajo las montañas, una nueva versión de los Mutantes Lentos.

—A ti creo que te matarían —prosiguió Tía Talitha—, visto que eres un pistolero, un hombre fuera de su propio tiempo y lugar, ni carne ni pescado, sin utilidad para ninguno de los bandos. Pero a un muchacho se lo puede capturar, utilizar, enseñar a que recuerde unas cosas y se olvide de las demás. Todos ellos han olvidado qué motivos tuvieron para iniciar la lucha; el mundo se ha movido desde entonces. Ahora no hacen más que pelear al sonido de esos atroces tambores, unos pocos todavía jóvenes, la mayoría viejos como nosotros, todos sin excepción unos patanes idiotas que sólo viven para matar y matan para vivir. —Hizo una pausa—. Ahora que nos has escuchado hasta el final, vejestorios que somos, ¿estás seguro de que no sería mejor dar un rodeo y dejarlos ocupados en sus asuntos?

Antes de que Rolando pudiera responder, Jake habló con voz clara y firme.

—Cuéntennos lo que sepan de Blaine el Mono —solicitó—. De Blaine y del maquinista Bob.

—¿El maquinista qué? —preguntó Eddie, pero Jake siguió mirando a los ancianos.

—La vía queda hacia allá —respondió por fin Sí, y señaló hacia el río—. Una sola vía, encumbrada sobre una pilastra de piedra artificial, como la que utilizaban los Antiguos para construir sus calles y muros.

—¡Un monorraíl! —exclamó Susannah—. ¡Blaine el Monorraíl!

—Blaine es un engorro —masculló Jake. Rolando lo miró de soslayo pero no dijo nada.

—¿Y ese tren funciona todavía? —le preguntó Eddie a Si.

Si meneó lentamente la cabeza. Su expresión era preocupada e inquieta.

—No, joven señor, pero en vida de la Tía y mía aún funcionaba, cuando éramos verdes y la lucha en la ciudad era viva y enconada. Lo oíamos antes de verlo, un zumbido grave como el que a veces se oye cuando se aproxima una mala tormenta de verano; una tormenta llena de rayos.

—Así era —dijo Talitha con expresión ausente y soñadora.

—Y entonces llegaba Blaine el Mono, reluciente bajo el sol, con un morro como el de las balas de tu revólver, pistolero. Quizá dos ruedas de largo. Ya sé que eso parece que no pueda ser, y acaso no lo fuera (debes recordar que éramos verdes, y eso cuenta), pero aún sigo creyendo que es verdad pues cuando venía parecía ocupar todo el horizonte. ¡Y desaparecía antes de que uno pudiera verlo bien! ¡Así de veloz era!

»A veces, en días de mal tiempo y cielo bajo, venía del oeste chillando como una harpía. A veces venía de noche, con una larga luz blanca extendida ante él, y ese alarido nos despertaba a todos. Era como la trompeta que dicen levantará a los muertos de sus tumbas cuando llegue el fin del mundo, así mismo era.

—¡Háblales de la detonación, Si! —dijo Bill o Till con una voz que temblaba de pavor maravillado—. ¡Háblales de la detonación impía que siempre venía después!

—Sí, justamente a eso iba —respondió Si algo molesto—. Después de pasar Blaine, había unos segundos de calma..., a veces hasta un minuto entero, quizás..., y entonces venía una explosión que hacía temblar las tablas y derribaba tazas de los estantes y a veces incluso rompía los vidrios de las ventanas. Pero jamás pudo ver nadie ni destello ni fuego. Era como una explosión en el mundo de los espíritus.

Eddie le dio un golpecito en el hombro a Susannah y, cuando ésta se volvió, formó dos palabras con los labios: Estampido sónico. Era absurdo —Eddie jamás había oído hablar de ningún tren que alcanzara la velocidad del sonido—, pero también era lo único que tenía sentido. Susannah asintió con la cabeza y se volvió de nuevo hacia Si.

—Es la única entre todas las máquinas hechas por los Grandes Antiguos que yo he visto funcionar con mis propios ojos —prosiguió él con voz queda—, y si no fuera obra del diablo es que no existe diablo. La vi por última vez la primavera en que me casé con Mercy, y de eso debe hacer sesenta años contados.

—Setenta —le corrigió Tía Talitha con seguridad.

—Y ese tren iba hacia la ciudad —dijo Rolando—. Venía de donde hemos venido nosotros..., del oeste..., del bosque.

—Sí —dijo inesperadamente una nueva voz—, pero había otro..., un tren que salía de la ciudad..., y tal vez ése funcione todavía.

Todas las cabezas se volvieron. Mercy estaba junto a un macizo de flores, entre la pared posterior de la iglesia y la mesa donde ellos se hallaban. Andaba despacio, orientándose por las voces, y llevaba los brazos extendidos ante ella. Si se levantó torpemente, corrió hacia ella lo mejor que pudo y le cogió la mano. Ella le pasó un brazo en torno a la cintura y se quedaron allí parados, con todo el aspecto de ser los novios más viejos del mundo.

—¡La Tía te dijo que tomaras el café dentro! —exclamó él.

—Hace rato que he terminado el café —replicó Mercy—. Es un brebaje amargo y lo detesto. Además, quería oír el consejo. —Alzó un dedo tembloroso y apuntó con él a Rolando—. Quería oírle la voz. Es clara y luminosa, bien lo digo.

—Suplico tu perdón, Tía —dijo Si, contemplando a la anciana con algo de temor—. Siempre fue una mujer terca, y los años no la han hecho mejorar.

Tía Talitha miró a Rolando de soslayo. Éste asintió casi imperceptiblemente.

—Deja que venga y se siente con nosotros —concedió.

Si la condujo hacia la mesa sin dejar de regañarla. Mercy se limitaba a mirar al frente con sus cuencas vacías, la boca fijada en una línea intratable.

Cuando Si la dejó sentada, Tía Talitha apoyó los antebrazos en la mesa y preguntó:

—Ahora, ¿tienes algo que decir, vieja hermana, o sólo estabas batiendo las encías?

—Oigo lo que oigo. Mi oído es tan agudo como siempre, Talitha. ¡Más aún! Rolando se llevó un momento la mano al cinturón. Cuando volvió a ponerla sobre la mesa, sostenía un cartucho entre los dedos. Se lo lanzó a Susannah, que lo atrapó al vuelo.

—¿De veras, anciana?

—Lo bastante agudo para saber que acabas de arrojar algo —respondió ella, volviéndose en su dirección—. A tu mujer, creo; la de la piel oscura. Algo pequeño. ¿Qué ha sido, pistolero? ¿Una galleta?

—Te has acercado mucho —dijo Rolando, sonriente—. Realmente oyes tan bien como dices. Ahora explícanos lo que has dicho antes.

—Hay otro Mono —comenzó la anciana—, a menos que sea el mismo en una ruta distinta. De un modo u otro, algún Mono cubría una ruta distinta... al menos hasta hace siete u ocho años. Lo oía salir de la ciudad para internarse en las tierras baldías de más allá.

—¡Imposible! —saltó uno de los albinos—. ¡Nada va a las tierras baldías! ¡Nada puede vivir allí!

Mercy volvió el rostro hacia él.

—¿Está vivo un tren, Till Tudbury? —preguntó—. ¿Enferma una máquina con pústulas y vómito?

«Bueno —pensó en decir Eddie—, recuerdo un oso que...»

Pero reflexionó un poco más y llegó a la conclusión de que sería preferible guardar silencio.

—Lo habríamos oído —insistía acaloradamente el otro gemelo—. Un ruido como el que Si explica siempre...

—Éste no hacía ninguna explosión —reconoció Mercy—, pero le oía el otro sonido, ese zumbido como a veces se oye cuando ha caído el rayo en las cercanías. Cuando había viento fuerte que soplaba de la ciudad, lo oía. —Alzó la barbilla y añadió—: Y una vez también oí la explosión. De muy, muy lejos. La noche que vino el Gran Viento Charlie y casi derribó el campanario de la iglesia. Debió de ser a unas doscientas ruedas de aquí. Tal vez doscientas cincuenta.

—¡Qué idiotez! —gritó el albino—. ¡Has estado mascando hierba!

—A ti te mascaré, Bill Tudbury, si no cierras el pico. No se le habla así a una dama. Además...

—¡Basta, Mercy! —siseó Si, pero Eddie apenas prestaba atención a este intercambio de lindezas rurales. Lo que acababa de decir la ciega tenía mucho sentido. No podía haber un estampido sónico, naturalmente; no podía haberlo si el tren iniciaba la ruta en Lud. No recordaba con exactitud cuál era la velocidad del sonido, pero creía que era del orden de unos mil

kilómetros por hora. Un tren que partiera de cero tardaría algún tiempo en alcanzar esa velocidad, y cuando la alcanzara ya estaría demasiado lejos para oír el estampido..., a no ser que se dieran unas condiciones de escucha excepcionales, como Mercy aseguraba que lo habían sido la noche que vino el Gran Viento Charlie (fuera lo que fuese).

Y ahí había posibilidades. Blaine el Mono no era un Land Rover, pero quizá... quizá...

—¿Y hace siete u ocho años que no oyes ese otro tren? —preguntó Rolando—. ¿Estás segura de que no hace mucho más?

—No podría ser —contestó ella—, pues la última vez que lo oí fue el año en que Bill Muffin cogió la enfermedad de la sangre. ¡Pobre Bill!

—De eso hace casi diez años contados —apuntó Tía Talitha, y su voz fue curiosamente suave.

—¿Por qué no dijiste nunca que habías oído tal cosa? —inquirió Si—. No debes creer todo lo que diga, señor; mi Mercy siempre quiere estar en el centro del escenario.

—¡Pero... viejo impertinente! —gritó ella, y le dio una palmada en el brazo—. No lo dije antes porque no quería estropearle esa historia que tanto te enorgullece, pero ahora que hace al caso tengo la obligación de contarlo.

—Te creo, anciana —le aseguró Rolando—, pero ¿estás segura de que no has vuelto oír los sonidos del Mono desde entonces?

—No, ya no he vuelto a oírlo más desde entonces. Imagino que al final llegó al fin de su camino.

—Me gustaría saberlo —dijo Rolando—. De verdad que me gustaría muchísimo. —Inclinó la cabeza y se quedó mirando la mesa, pensativo, súbitamente alejado de todos los demás.

«Chu-chú», pensó Jake, y tuvo un escalofrío.

Media hora más tarde volvían a estar en la plaza del pueblo, Susannah en su silla de ruedas, Jake ajustando las correas de la mochila mientras Acho permanecía sentado a sus pies, observándolo con atención. Al parecer, sólo los ancianos del pueblo habían asistido al banquete celebrado en el pequeño Edén que se escondía tras la Iglesia de la Sangre Perenne, pues cuando los viajeros regresaron a la plaza encontraron a otra docena de personas esperando. Contemplaron de pasada a Susannah y miraron a Jake con un poco más de detenimiento (su juventud, por lo visto, les parecía más interesante que el tono oscuro de la mujer), pero era obvio que habían acudido para ver a Rolando; sus ojos admirados estaban llenos de un antiguo temor reverencial.

«Es el resto viviente de un pasado que sólo conocen por los relatos —pensó Susannah—. Lo miran como un grupo de gente religiosa miraría a un santo —Pedro, Pablo o Mateo— que hubiera decidido dejarse caer por allí un sábado a la hora de la cena para contarles cómo fue eso de pasearse por el mar de Galilea con Jesús el carpintero.»

El ritual con que había concluido la comida se repitió en la plaza, sólo que esta vez participaron todos los habitantes que quedaban en Paso del Río. Avanzaban en fila arrastrando los pies, estrechaban la mano a Eddie y a Susannah, besaban a Jake en la mejilla o en la frente, y por fin se arrodillaban ante Rolando para recibir el toque de su mano y su bendición. Mercy le echó los brazos al cuerpo y apretó el rostro ciego sobre su vientre. Rolando le devolvió el abrazo y le agradeció la información.

—¿No os quedaréis esta noche con nosotros, pistolero? El sol ya avanza hacia el crepúsculo, y hace tiempo que tú y los tuyos no pasáis la noche bajo techado, bien lo digo.

—Hace tiempo, sí, pero es mejor que nos vayamos. Gracias, anciana.

—¿Vendrás otra vez si puedes, pistolero?

—Sí —dijo Rolando, pero a Eddie no le hizo falta mirar la cara de su extraño amigo para saber que nunca volverían a ver Paso del Río—. Si podemos.

—Sí. —Le dio un último abrazo y siguió adelante, con la mano apoyada en el curtido hombro de Si—. Que tu viaje sea bueno.

Tía Talitha era la última. Cuando empezó a arrodillarse, Rolando la sujetó por los hombros.

—No, madre. Tú no lo harás. —Y ante los ojos pasmados de Eddie, Rolando se hincó de rodillas ante ella en el polvo de la plaza ¿Querrás darme tu bendición, Vieja Madre? ¿Nos bendecirás a todos antes de seguir nuestro camino?

—Sí —dijo ella. No había sorpresa en su voz ni lágrimas en sus ojos, pero aun así le palpataba en la voz un profundo sentimiento—. Veo que tu corazón es fiel, pistolero, y que mantienes las antiguas maneras de tu gente; sí, muy bien las mantienes. Te bendigo y bendigo a los tuyos y rezaré porque no os acontezca mal alguno. Ahora toma esto, si quieres. —Hundió la mano bajo la pechera de su descolorido vestido y sacó una cruz de plata colgada de una cadena de finos eslabones también de plata. Se la quitó.

Esta vez le tocó a Rolando sorprenderse.

—¿Estás segura? No he venido para llevarme lo que os pertenece a ti y a los tuyos, Vieja Madre.

—Tan segura como pueda estarlo. He llevado esto día y noche durante más de cien años, pistolero. Ahora lo llevarás tú, y lo depositarás al pie de la Torre Oscura, y pronunciarás el nombre de Talitha Unwin en el confín más remoto de la tierra.

—Le pasó la cadena sobre la cabeza. La cruz se deslizó por el cuello abierto de su camisa de piel de venado como si ése fuera su lugar—. Vete ya. Hemos partido el pan, hemos sostenido consejo, tenemos tu bendición y tú tienes la nuestra. Sigue tu senda en seguridad. Alzate, y sé certero. —La voz le tembló y se quebró en la última palabra.

Rolando se puso en pie, hizo una inclinación y se dio tres toquecitos en la garganta.

—Te doy las gracias.

Ella le devolvió la inclinación, pero sin proferir palabra. Habían empezado a correrle las lágrimas por la cara.

—¿Listos? —preguntó Rolando.

Eddie asintió con un ademán. No se atrevía a hablar.

—Muy bien —dijo Rolando—. Vamos.

Recorrieron lo que quedaba de la calle mayor del pueblo, Jake empujando la silla de Susannah. Al pasar ante el último edificio (COMERCIO Y CAMBIOS, rezaba el rótulo descolorido), volvió la vista atrás. Los ancianos seguían apiñados junto al mojón de piedra, un desvalido núcleo de humanidad en mitad de aquella vasta planicie vacía. Jake levantó la mano. Hasta aquel momento había logrado contenerse, pero al ver que algunos de los ancianos —Si, Bill y Till entre ellos— alzaban a su vez la mano para devolverle el saludo, también Jake empezó a llorar.

Eddie le pasó el brazo por los hombros.

—Sigue andando, valiente —le aconsejó con voz insegura—. Es la única manera de hacerlo.

—¡Son muy viejos! —sollozó Jake—. ¿Cómo podemos dejarlos así? ¡No está bien!

—Es *ka* —señaló Eddie sin pensar.

—¿Ah, sí? ¡Pues el *ka* es una mierda!

—Sí, y grande —asintió Eddie..., pero siguió andando. Y también Jake, que no volvió a mirar atrás. Temía que siguieran allí, parados en el centro de su pueblo olvidado, mirando cómo se alejaban hasta perderlos de vista. Y hubiera estado en lo cierto.

Cubrieron menos de doce kilómetros antes de que el cielo empezara a oscurecerse y el crepúsculo pintara el horizonte occidental de un naranja llameante. Estaban cerca de un bosquecillo de eucaliptos; Jake y Eddie se internaron en busca de leña.

—No comprendo por qué no nos hemos quedado en el pueblo —comentó Jake—. La señora ciega nos había invitado, y a fin de cuentas tampoco hemos andado tanto. Todavía me siento tan lleno que casi no puedo moverme.

Eddie sonrió.

—Yo también. Y te diré otra cosa: mañana por la mañana, lo primero que va a hacer tu buen amigo Edward Cantor Dean es venir a cagar larga y pausadamente en este bosquecillo. No te imaginas lo harto que estoy de comer carne de ciervo y hacer cagadas de conejo. Si hace un año me hubieras dicho que el punto culminante de mi jornada iba a ser una buena cagada, me habría reído en tus narices.

—¿De veras te llamas Cantor de segundo nombre?

—Sí, pero te agradecería que no lo divulgaras.

—No lo haré. ¿Por qué no nos quedamos en el pueblo, Eddie?

Eddie suspiró.

—Porque habríamos descubierto que necesitaban leña.

—¿Cómo?

—Y después de traer la leña, habríamos descubierto que también necesitaban carne fresca, porque nos habían servido la última que les quedaba. Y seríamos unos ingratos si no repusiéramos lo comido, ¿verdad? Sobre todo teniendo en cuenta que nosotros tenemos pistolas y seguramente ellos no pueden reunir más que unos cuantos arcos y flechas de hace cincuenta o cien años. Así que habríamos salido a cazar para ellos. A estas alturas ya volvería a ser de noche, y al levantarnos a la mañana siguiente Susannah diría que antes de seguir adelante tendríamos que hacer algunas reparaciones; no, sin tocar lo que es la fachada del pueblo, porque eso sería peligroso, pero quizás en el hotel o donde sea que hagan vida. Total, sólo serían unos días, ¿y qué representan unos días más o menos? ¿Verdad?

Rolando se materializó en la penumbra. Se movía con tanto sigilo como siempre, pero parecía cansado y preocupado.

—Pensaba que quizás habíais caído en arenas movedizas —dijo.

—Nada de eso. Sólo estaba explicándole a Jake las cosas de la vida tal como yo las veo.

—¿Y qué habría tenido eso de malo? —insistió Jake—. Esa Torre Oscura lleva mucho tiempo en su sitio, ¿no? No se irá a ninguna parte, ¿verdad?

—Unos días, luego unos cuantos días más, luego unos más... —Eddie miró la rama que acababa de coger y la echó a un lado, disgustado. «Estoy empezando a hablar como él», se dijo. Sin embargo, sabía que sólo estaba diciendo la verdad—. Quizá descubriríamos que su manantial está obstruyéndose a causa del cieno, y no sería cortés marcharse sin haberlo excavado. Pero ¿por qué habríamos de parar ahí, si en un par de semanas podíamos construirles una noria que funcionara? ¿Verdad? Son viejos, y ya no están para acarrear agua desde el manantial ni para cazar búfalos a pie. —Dirigió una breve mirada a Rolando y añadió, con voz teñida de reproche—. Os diré una cosa: cada vez que pienso en Bill y Till acechando una manada de búfalos salvajes, me entran escalofríos.

—Llevan mucho tiempo haciéndolo —observó Rolando—, e imagino que podrían enseñarnos un par de cosas. Se las arreglarán. Entre tanto, vamos a por esa leña; la noche será muy fría.

Pero Jake aún no había terminado. Miró a Eddie con fijeza, casi con severidad.

—Quieres decir que nunca podríamos hacer bastante por ellos, ¿no es eso?

Eddie sacó el labio inferior y se apartó un mechón de un soplido.

—No exactamente. Quiero decir que nunca nos sería más fácil marcharnos de lo que ha sido hoy. Más duro, quizá, pero no más fácil.

—Sigue sin parecerme bien.

Volvieron al lugar que se convertiría, una vez encendida la fogata, en otro campamento provisional en la ruta a la Torre Oscura. Susannah había bajado de la silla y estaba tendida de espaldas, con las manos cruzadas tras la nuca, contemplando las estrellas. Cuando llegaron, se incorporó y empezó a disponer la leña de la manera que Rolando le había enseñado meses atrás.

—Todo esto tiene que ver con el bien —dijo Rolando—. Pero si se mira con demasiado detenimiento los bienes pequeños, Jake, los que se tienen más cerca, resulta fácil perder de vista los grandes que están más lejos. Las cosas están desencajadas; van mal y cada vez están peor. Lo vemos a nuestro alrededor, pero las respuestas aún están por delante. Mientras ayudáramos a las veinte o treinta personas que quedan en Paso del Río, otras veinte o treinta mil podrían estar sufriendo o muriendo en otra parte. Y si hay algún lugar en el universo donde estas cosas puedan arreglarse, es en la Torre Oscura.

—¿Por qué? ¿Cómo? —preguntó Jake—. ¿Qué es esa Torre, en realidad?

Rolando se acuclilló junto a la hoguera que Susannah había preparado, sacó eslabón y pedernal y empezó a derramar una lluvia de chispas sobre la yesca. Pronto empezaron a brotar unas pequeñas llamas entre las ramitas y los puñados de hierba seca.

—No puedo responder a esas preguntas —dijo al fin—. Ojalá pudiera.

Eddie pensó que era una respuesta muy hábil. Rolando había dicho «No puedo responder...», pero eso no era lo mismo que «No lo sé». Lejos de ello.

La cena fue a base de agua y verduras. Aún no se habían recuperado del abundante banquete que les habían ofrecido en Paso del Río. Hasta Acho rehusó los trozos que Jake le ofrecía después de comerse uno o dos.

—¿Cómo es que no has querido hablar cuando estábamos allí? —le riñó Jake—. ¡Me has hecho quedar como un idiota!

—¡Ota! —dijo Acho, y apoyó el hocico en el tobillo de Jake.

—Cada vez habla mejor —comentó Rolando—. Incluso empieza a hablar como tú, Jake.

—Ake —asintió Acho, sin levantar el hocico. A Jake le fascinaban los círculos de oro que le rodeaban los ojos a Acho; a la luz parpadeante de la hoguera, aquellos círculos parecían girar lentamente.

—Pero no quiso hablar delante de los ancianos.

—Los brampos son caprichosos en eso —le explicó Rolando—. Son unos animales extraños. Yo diría que éste fue expulsado por su propia manada.

—¿Por qué lo dices?

Rolando señaló el costado de Acho. Jake le había limpiado la sangre (a Acho no le había gustado, pero lo había tolerado) y el mordisco estaba curándose, aunque el brambo todavía cojeaba un poco. —Apostaría un águila a que ese mordisco es de otro brambo.

—Pero ¿por qué habría de expulsarlo su propia manada?

—Quizá se cansaron de su cháchara —conjeturó Eddie. Estaba tendido junto a Susannah y le había pasado un brazo por los hombros.

—Tal vez sí —concedió Rolando—, sobre todo sí era el único que aún intentaba hablar. Puede que los demás decidieran que era demasiado listo o demasiado orgulloso para su gusto. Los animales no saben tanto de celos como la gente, pero tampoco los desconocen.

El objeto de sus comentarios cerró los ojos y se arrellanó en posición de dormir... pero Jake advirtió que empezaron a temblarle las orejas cuando se reanudó la conversación.

—¿Son muy inteligentes?

Rolando se encogió de hombros.

—El mozo de cuadra del que te hablé, ese que decía que un buen brambo trae buena suerte, juraba que en su juventud había tenido uno que sabía sumar. Decía que indicaba el resultado arañando el suelo del establo o juntando piedrecitas con el hocico. —Sonrió. La sonrisa le iluminó todo el rostro, expulsando la lóbrega sombra que lo había cubierto desde que salieron de Paso del Río—. Claro que los mozos de cuadra y los pescadores nacen para mentir.

Un amigable silencio cayó sobre ellos, y Jake sintió que lo invadía la somnolencia. Pensó que no tardaría en quedarse dormido, y no tuvo nada que objetar. Entonces empezaron a sonar los tambores, un palpar rítmico que procedía del sudeste, y volvió a incorporarse. Todos escucharon sin hablar.

—Es una base rítmica de rock and roll —dijo Eddie de súbito—. Estoy seguro. Quítale las guitarras y eso es lo que te queda. De hecho, suena muchísimo a Z.Z. Top.

—¿Z.Z. qué? —preguntó Susannah. Eddie sonrió.

—En tu cuando no existían —respondió—. O sí que sí existían, pero en el sesenta y tres sólo debían de ser unos cuantos críos que iban a la escuela en Texas. —Volvió a escuchar—. Que me cuelguen si eso no suena exactamente igual que la base rítmica de algo como *Sharp-Dressed Man* o *Velcro Fly*[\[4\]](#).

—¿*Velcro Fly*? —se extrañó Jake—. ¡Vaya nombre estúpido para una canción!

—Pero bastante divertido —replicó Eddie—. Te la perdiste por diez años o así, chaval.

—Más vale que nos pongamos a dormir —dijo Rolando—. La mañana llega temprano.

—No puedo dormir con esa mierda de ruido —objetó Eddie. Vaciló un instante y a continuación dijo algo que le rondaba por la cabeza desde aquella mañana en que ayudaron a cruzar a Jake, pálido y tembloroso, el umbral que conducía a este mundo—. ¿No crees que ya empieza a ser hora de que intercambiamos historias, Rolando? Podríamos descubrir que sabemos más de lo que suponemos.

—Sí, ya va siendo hora. Pero no en la oscuridad. —Rolando dio media vuelta, se cubrió con una manta y quedó inmóvil, en apariencia dormido.

—Jesús —dijo Eddie—. Así, sin más. —Emitió un leve silbido de disgusto entre los dientes.

—Tiene razón —adujo Susannah—. Vamos, Eddie; a dormir. Él sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Sí, mamaíta.

Al cabo de cinco minutos, Susannah y él se hallaban muertos para el mundo, con tambores o sin ellos. En cambio Jake descubrió que su somnolencia se había disipado. Permaneció tendido, contemplando las estrellas extrañas y escuchando la constante pulsación rítmica que venía de la oscuridad. Quizás eran los pubis, que danzaban histéricamente al compás de una canción titulada *Velcro Fly*, en un ritual salvaje destinado a excitar un frenesí de sacrificios cruentos.

Pensó en Blaine el Mono, un tren tan veloz que recorría aquel mundo enorme y hechizado arrastrando un estampido sónico tras de sí, y eso le llevó a pensar en Charlie el Chu-Chú, retirado a un apartadero olvidado tras la llegada de la flamante Burlington Zephyr que lo volvía anticuado. Pensó en la expresión de Charlie, que se suponía alegre y amistosa pero que en realidad no lo era. Pensó en la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio, y en las tierras vacías que se extendían de St. Louis a Topeka. Pensó en cómo Charlie estaba listo para partir cuando el señor Martin lo necesitó y en cómo Charlie podía hacer sonar su propio silbato y alimentar su propio horno, y se preguntó una vez más si el maquinista Bob había saboteado la Burlington Zephyr para darle una segunda oportunidad a su querido Charlie.

Por fin —y tan súbitamente como había empezado— cesó el redoble rítmico, y Jake se deslizó hacia el sueño.

Soñó, pero no con el hombre de yeso.

Soñó en cambio que se hallaba en una carretera asfaltada que cruzaba el Gran Vacío del oeste de Missouri. Acho iba con él. Señales de paso a nivel —cruces blancas en forma de X con luces rojas en el centro— flanqueaban la ruta. Las luces destellaban y sonaba un timbre. Enseguida, por el sudoeste, empezó a alzarse un zumbido que iba subiendo gradualmente de tono. Sonaba como relámpagos en una botella.

—Ahí viene —le dijo a Acho.

—¡Ene! —asintió el animal.

Y de pronto apareció una vasta masa rosada de dos ruedas de largo que cortaba el llano hacia ellos. Era baja y con figura de bala, y cuando Jake la vio, un miedo tremendo le llenó el corazón. Las dos grandes ventanillas que el sol hacía brillar en el morro del tren parecían ojos.

—No le hagas preguntas tontas —le dijo Jake a Acho—. No quiere entrar en juegos tontos. Sólo es un horrible tren chu-chú y se llama Blaine el Engorro.

Acho se lanzó de repente a la vía y quedó agazapado en actitud de saltar, con las orejas aplastadas hacia atrás. Los ojos dorados le llameaban. Exhibía los dientes en una desesperada mueca de amenaza.

—¡No! —gritó Jake—. ¡No, Acho!

Pero Acho no le hizo caso. La bala rosa se precipitaba hacia la minúscula figura desafiante del bilibrambo, y Jake percibió su zumbido como un hormigueo en todo el cuerpo que le hizo sangrar la nariz y le hizo añicos los empastes de las muelas.

Saltó hacia Acho. Blaine el Mono (¿o era Charlie el Chu-Chú?) cargó contra los dos, y Jake despertó de súbito, estremecido y bañado en sudor. La noche parecía oprimirle como un peso físico. Rodó hacia un lado y empezó a buscar frenéticamente a Acho. Durante un instante terrible creyó que el brambo había desaparecido, pero al momento sus dedos rozaron la sedosa piel. Acho emitió un ruidito y lo miró con soñolienta curiosidad.

—No pasa nada —susurró Jake con voz seca—. No hay ningún tren. Sólo era un sueño. Vuelve a dormir, muchacho.

—Acho —asintió el brambo, y cerró los ojos de nuevo.

Jake se tendió de espaldas y se quedó mirando las estrellas. «Blaine es más que un engorro —pensó—. Es peligroso. Muy peligroso.» Quizá sí.

«¡Nada de quizá!», insistió frenéticamente su mente.

De acuerdo, Blaine era un engorro; concedido. Pero su Redacción Final también había tenido algo que decir sobre el asunto de Blaine, ¿o no?

«Blaine es la verdad. Blaine es la verdad. Blaine es la verdad.»

—Oh, Dios, menudo embrollo —musitó Jake—. Cerró los ojos, y a los pocos segundos volvía a estar dormido. Esta vez durmió sin sueños.

Hacia el mediodía siguiente coronaron otra cresta y vieron por primera vez el puente. Cruzaba el Send por un punto en que el río se estrechaba, giraba hacia el sur y pasaba ante la ciudad.

—¡Cielo santo! —exclamó Eddie con voz suave—. ¿No te recuerda algo, Suze?

—Sí.

—¿Y a ti, Jake?

—Sí. Se parece al puente George Washington.

—¡Y cómo! —asintió Eddie.

—Pero ¿qué hace el puente George Washington en Missouri?

Eddie se lo quedó mirando.

—¿Qué has dicho?

Jake estaba confundido.

—En el Mundo Medio, quería decir. Ya me entiendes. Eddie siguió mirándolo más fijamente que nunca.

—¿Y tú cómo sabes que esto es el Mundo Medio? Aún no estabas con nosotros cuando encontramos el mojón.

Jake hundió las manos en los bolsillos y se miró los mocasines.

—Lo he soñado —respondió secamente—. No creerás que contraté esta excursión con el agente de viajes de mi padre, ¿verdad?

Rolando le tocó a Eddie en el hombro.

—Déjalo estar, de momento.

Eddie miró un momento a Rolando y asintió con la cabeza. Siguieron mirando el puente un rato más. Habían tenido tiempo de acostumbrarse a la silueta de la ciudad, pero esto era nuevo. El puente soñaba en la lejanía como una figura borrosa recortada contra el azul del cielo. Rolando alcanzó a divisar cuatro pares de torres metálicas de una altura imposible; un par en cada extremo del puente y otros dos en el centro. Entre ellas, unos cables gigantescos colgaban suspendidos en largos arcos. Entre esos arcos y la base del puente había muchas líneas verticales: más cables quizás, o bien vigas de metal; el pistolero no podía saberlo. Pero también vio huecos, y al cabo de mucho rato se dio cuenta de que el puente ya no estaba perfectamente nivelado.

—Creo que ese puente no tardará en hundirse en el río —observó.

—Bueno, puede ser —admitió Eddie de mala gana—, pero yo no lo veo tan mal. Rolando suspiró.

—No te hagas demasiadas ilusiones, Eddie.

—¿Qué significa eso? —Eddie se dio cuenta de que había hablado en tono picajoso, pero ya era tarde para hacer nada al respecto.

—Significa que quiero que creas a tus ojos, Eddie; nada más. Cuando yo aún crecía, había un dicho: «Sólo un necio piensa que está soñando antes de despertar.» ¿Entiendes? Eddie sintió que le venía a la lengua una respuesta sarcástica, pero la rechazó tras una breve lucha consigo mismo. Sucedió, sencillamente, que Rolando adoptaba una actitud —no deliberada, estaba seguro de ello, pero eso no la volvía más llevadera— que le hacía sentirse como un crío.

—Creo que sí —respondió al fin—. Quiere decir lo mismo que el proverbio favorito de mi madre.

—¿Qué proverbio?

—Espera lo mejor y prepárate para lo peor —respondió Eddie con aspereza. El rostro de Rolando se iluminó con una sonrisa.

—Me gusta más el dicho de tu madre.

—¡Pero aún se tiene en pie! —estalló Eddie—. De acuerdo que no está en magníficas condiciones; seguramente hace más de mil años que nadie le da un repaso a fondo, pero aún se sostiene. ¡Y toda la ciudad! ¿Tan mal está albergar la esperanza de encontrar allí algo que nos sirva de ayuda, o gente que nos dé de comer y hable con nosotros, como los ancianos de Paso del Río? ¿Tan mal está en tener la esperanza de que nuestra suerte vaya a cambiar? En el silencio que siguió, Eddie se dio cuenta, cohibido, de que acababa de pronunciar un discurso.

—No. —Había afecto en la voz de Rolando, ese afecto que nunca dejaba de sorprender a Eddie cuando se mostraba—. Nunca está mal la esperanza. —Miró a Eddie y a los demás como si acabara de despertar de un sueño profundo—. Por hoy ya hemos viajado bastante. Es hora de que tengamos consejo, creo, y eso nos llevará algún tiempo. El pistolero abandonó la carretera y se internó entre la alta hierba sin mirar atrás. Al cabo de un instante, los otros tres lo siguieron.

Hasta encontrarse con los ancianos de Paso del Río, Susannah había considerado a Rolando en términos de programas de televisión que ella apenas veía: *Cheyenne*, *The Rifleman* y, por supuesto, el arquetipo de todos ellos, *Gunsmoke*. A éste lo escuchaba a veces en la radio con su padre antes de que lo dieran por televisión (pensó en lo extraña que debía de resultarles a Eddie y a Jake la idea del teatro radiofónico y sonrió; el mundo de Rolando no era el único que se había movido). Aún recordaba lo que decía el narrador al comienzo de cada episodio: «Hace que uno esté siempre en guardia... y un poco solo.»

Hasta Paso del Río, estas palabras resumían a la perfección su imagen de Rolando. No era tan ancho de espaldas como lo había sido el alguacil Dillon, ni mucho menos tan alto, y su cara le recordaba más a un poeta fatigado que a un agente de la ley del salvaje Oeste, pero aun así lo veía como una versión existencial de ese mítico policía de Kansas cuya única misión en la vida (aparte de alguna que otra copa en el Longbranch con sus amigos Doc y Kitty) consistía en limpiar Dodge.

Ahora se daba cuenta de que en otro tiempo Rolando había sido mucho más que un policía de un Oeste daliniano situado al fin del mundo. Había sido un diplomático, un mediador, quizás incluso un maestro. Sobre todo, había sido un soldado de lo que aquellas gentes llamaban «el blanco», término con el que ella suponía que denominaban a las fuerzas civilizadoras que hacían que las personas dejaran de matarse entre sí durante el tiempo suficiente para conocer algún progreso. En su tiempo, Rolando había sido más un caballero errante que un cazador de recompensas. Y en muchos sentidos, éste todavía era su tiempo; ciertamente, los habitantes de Paso del Río lo creían así. ¿Por qué, si no, se habrían arrodillado en el polvo para recibir su bendición?

A la luz de esta nueva percepción, Susannah se dio cuenta de la habilidad con que el pistolero los había manejado desde aquella mañana horrenda en el círculo parlante. Cada vez que la conversación tomaba un curso susceptible de conducir a la comparación de notas —¿y qué podía ser más natural, vista la catastrófica e inexplicable «extracción» que cada uno de ellos había experimentado?—, Rolando intervenía con presteza y desviaba la conversación hacia otros temas con tanta soltura que ninguno de los tres (ni siquiera ella, que se había pasado cuatro años metida hasta el cuello en el movimiento por los derechos civiles) se daba cuenta de lo que hacía.

Susannah creía conocer sus motivos: lo había hecho a fin de darle tiempo a Jake para rehacerse. Pero el hecho de comprenderlo no impedía que la naturalidad con que los había manejado Rolando despertara en ella sentimientos de asombro, diversión y enojo. Recordó algo que había dicho Andrew, su chófer, poco antes de que Rolando la hiciera pasar a este mundo. Algo así como que el presidente Kennedy había sido el último pistolero del mundo occidental. En aquel momento eso le había hecho torcer el gesto, pero ahora le parecía comprender. Rolando tenía mucho más de JFK que de Matt Dillon. Susannah consideraba que Rolando poseía bien poco de la imaginación de Kennedy, pero en cuanto a atractivo romántico..., dedicación..., carisma...

«Y astucia —pensó ella—. No olvidemos la astucia.»

De pronto lanzó una carcajada que la sorprendió a sí misma.

Rolando se había sentado con las piernas cruzadas. Al oírla se volvió hacia ella, con las cejas enarcadas.

—¿Algo divertido?

—Mucho. Dime una cosa: ¿cuántos idiomas hablas?

El pistolero recapacitó.

—Cinco —dijo al fin—. Antes hablaba los dialectos selianos bastante bien, pero creo que ahora sólo recuerdo las maldiciones.

Susannah rió de nuevo. Fue una risa alegre, placentera.

—Eres un zorro, Rolando —comentó—. De verdad que lo eres. Jake estaba interesado.

—Di un taco en seleriano —le pidió.

—En seliano —le corrigió Rolando. Pensó unos instantes y a continuación dijo algo muy

rápido y grasiento que a Eddie le sonó un poco como si el pistolero estuviera haciendo gárgaras con un líquido muy denso. Café de una semana, por ejemplo. Rolando sonreía al decirlo.

Jake le devolvió la sonrisa.

—¿Qué quiere decir?

Rolando le pasó un momento el brazo por los hombros.

—Que tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, y tanto —dijo Eddie.

—Somos un *ka-tet* —comenzó Rolando—, lo que quiere decir un grupo de personas unidas por el destino. Los filósofos de mi país decían que sólo la muerte o la traición pueden romper un *ka-tet*. Mi gran maestro, Cort, decía que como la muerte y la traición también son radios de la rueda del *ka*, este lazo no puede romperse nunca. Según van pasando los años y veo más cosas, cada vez me acerco más al punto de vista de Cort.

»Cada miembro de un *ka-tet* es como una pieza de un rompecabezas. Considerada en sí misma, cada pieza es un misterio, pero al reunir las componen una imagen..., o parte de una imagen. Puede hacer falta un gran número de *ka-tets* para completar una imagen. No debéis sorprenderos si descubris que vuestras vidas han estado en contacto de maneras que no habéis visto hasta ahora. Por ejemplo, cada uno de los tres es capaz de conocer los pensamientos de los demás...

—¿Qué? —saltó Eddie.

—Es cierto. Compartís vuestros pensamientos con tal espontaneidad que ni siquiera os habéis dado cuenta de que lo hacéis, pero es así. A mí me resulta más fácil verlo, sin duda, porque no soy miembro pleno de este *ka-tet*, quizá porque no soy de vuestro mundo, y eso me impide participar totalmente en la capacidad de compartir los pensamientos. Pero aun así, puedo enviar. Susannah..., ¿recuerdas cuando estábamos en el círculo?

—Sí. Me dijiste que soltara al demonio cuando tú lo dijeras. Pero eso no fue en voz alta.

—Eddie, ¿recuerdas cuando estábamos en el claro del oso, y el murciélago mecánico se lanzó por ti?

—Sí. Me dijiste que me echara al suelo.

—No abrió la boca para nada, Eddie —dijo Susannah. —¡Claro que sí! ¡Pegaste un grito, hombre! ¡Te oí!

—Grité, es verdad, pero con la mente. —El pistolero se volvió hacia Jake—. ¿Recuerdas? ¿En la casa?

—Estaba tirando de una tabla que no se soltaba y tú me dijiste que probara con la otra. Pero si no puedes adivinarme los pensamientos, Rolando, ¿cómo supiste cuál era el problema?

—Lo vi. No oí nada, pero vi; sólo un poco, como por una ventana muy sucia. —Paseó la mirada de uno a otro—. Esta proximidad, este compartir las mentes se llama *khef*, una palabra que en la lengua original del viejo mundo quiere decir muchas otras cosas: agua, nacimiento y fuerza vital son apenas tres de sus significados. Tenedlo en cuenta. Por ahora, es lo único que quiero.

—¿Se puede tener en cuenta algo en lo que no se cree? —inquirió Eddie.

Rolando sonrió.

—Procura mantener una mentalidad abierta.

—Eso puedo hacerlo.

—¿Rolando? —Era Jake—. ¿Te parece que Acho podría formar parte de nuestro *ka-tet*? Susannah sonrió. Rolando no.

—En estos momentos no estoy en condiciones de adelantar ni siquiera una conjetura, pero te diré una cosa, Jake: he estado pensando mucho en tu amigo peludo. El *ka* no lo rige todo, sigue habiendo coincidencias..., pero la repentina aparición de un bilibrambo que aún se acuerda de los seres humanos no me parece que se deba únicamente al azar. —Los miró a los tres—. Empezaré yo. Luego hablará Eddie, comenzando el relato donde yo lo dejé. Luego Susannah. Jake, tú hablarás el último. ¿De acuerdo?

Asintieron todos.

—Muy bien —dijo Rolando—. Somos *ka-tet*; de muchos, uno. Que empiece el consejo.

20

La conferencia se prolongó hasta la puesta del sol, con una breve interrupción para tomar una comida fría, y cuando terminó, Eddie tenía la sensación de haber disputado doce duros asaltos con Sugar Ray Leonard. Ya no dudaba de que habían estado «compartiendo *khef*», como decía Rolando; de hecho, parecía que Jake y él habían vivido cada uno la vida del otro en sus respectivos sueños, como si fueran dos mitades de un mismo todo.

Rolando empezó con lo ocurrido bajo las montañas, donde la primera vida de Jake en este mundo había llegado a su fin. Les habló del consejo que había tenido con el hombre de negro, y de las veladas palabras de Walter sobre una Bestia y de alguien a quien llamaba el Extraño Sin Edad. Les habló del extraño y pavoroso sueño que había tenido, un sueño en el que todo el universo era engullido en un haz de fantástica luz blanca. Y de cómo, al final de ese sueño, había una sola hoja de hierba morada.

Eddie miró a Jake de soslayo y quedó atónito ante el conocimiento —el reconocimiento— que vio en los ojos del chico.

Rolando le había farfullado partes de esta historia a Eddie en sus momentos de delirio, pero para Susannah era completamente nueva y la escuchó con los ojos muy abiertos. Mientras Rolando repetía las cosas que le había contado Walter, ella captaba vislumbres de su propio mundo, como reflejos en un espejo hecho añicos: automóviles, cáncer, cohetes a la luna, inseminación artificial. No alcanzaba a imaginar quién podía ser la Bestia, pero en el nombre del Extraño Sin Edad reconoció una variación de Merlín, el mago que en teoría había orquestado la carrera del rey Arturo. Cada vez más curioso.

Rolando les habló de cómo al despertar había descubierto que Walter llevaba largos años muerto; el tiempo se había deslizado hacia delante, tal vez cien años, tal vez quinientos. Jake escuchó en un silencio fascinado mientras el pistolero narraba su llegada a la orilla del Mar Occidental, y cómo había invocado a Eddie y a Susannah antes de encontrarse con Jack Mort, el tercero oscuro.

El pistolero señaló a Eddie, que reanudó el relato con la aparición del oso gigante.

—¿Shardik? —le interrumpió Jake—. Pero eso es el título de un libro, un libro de nuestro mundo... Lo escribió el mismo autor de aquella obra famosa sobre los conejos...

—¡Richard Adams! —exclamó Eddie—. Y el libro de los conejos era *La colina de Watership*. Sabía que me sonaba ese nombre. Pero ¿cómo puede ser, Rolando? ¿Cómo es que la gente de tu mundo conoce cosas del nuestro?

—Hay puertas, ¿no es cierto? —respondió Rolando—. ¿Acaso no hemos visto ya cuatro? ¿Acaso crees que no existieron otras, antes, o que no volverán a existir?

—Pero...

—Todos hemos visto los rastros de vuestro mundo en el mío, y cuando estuve en vuestra ciudad de Nueva York, vi las improntas de mi mundo en el vuestro. Vi pistoleros. Casi todos eran lentos y negligentes, pero aun así eran pistoleros, y a todas luces miembros de un antiguo *ka-tet*.

—Rolando, sólo eran polis. Les dabas sopas con honda.

—No al último. Cuando Jack Mort y yo estábamos en la estación del tren subterráneo, ése estuvo a punto de abatirme. De no ser por la suerte, por el pedernal y eslabón de Mort, lo habría conseguido. Ése... Le vi los ojos. Conocía el rostro de su padre. Creo que lo conocía muy bien. Y luego..., ¿recuerdas cómo se llamaba el establecimiento de Balazar?

—Sí, claro que lo recuerdo —respondió Eddie con desasosiego—. La Torre Inclinada. Pero podría ser una casualidad; tú mismo has dicho que el *ka* no lo rige todo.

Rolando asintió con un gesto.

—Realmente eres como Cuthbert. Recuerdo algo que dijo cuando éramos muchachos. Estábamos preparando una escapada nocturna al cementerio, pero Alain no quería ir. Decía que temía ofender las sombras de sus padres y sus madres. Cuthbert se le rió en la cara. Dijo que no creería en los aparecidos hasta que atrapara uno con los dientes.

—¡Bravo! —exclamó Eddie.

Rolando sonrió.

—Imaginaba que te gustaría. De todos modos, dejemos a este aparecido, por el momento. Sigue con tu relato.

Eddie habló de la visión que había tenido cuando Rolando arrojó la quijada al fuego; la visión de la llave y la rosa. Habló de su sueño y de cómo había cruzado la puerta de la Charcutería Artística de Tom y Jerry para salir a un campo de rosas dominado por la elevada figura color hollín de la Torre. Habló de la negrura que surgía de sus ventanas hasta formar una silueta en el cielo. Por entonces se dirigía casi exclusivamente a Jake, porque éste escuchaba con ávido interés y creciente maravilla. Intentó transmitir en alguna medida la exaltación y el terror que impregnaban el sueño, y vio en sus ojos —sobre todo en los de Jake que lo estaba consiguiendo mejor de lo que hubiera podido esperar..., o que también ellos tenían sus propios sueños.

Habló de cómo había seguido el rastro de Shardik hasta el Pórtico del Oso, y de cómo al

apoyar la cabeza en él había empezado a recordar el día en que convenció a su hermano para que lo llevara a Dutch Hill a ver la Mansión. Habló de la taza y la aguja, y de cómo la aguja de señalar el rumbo se había vuelto innecesaria cuando se dieron cuenta de que podían ver la acción del Haz en todo lo que tocaba, incluso en los pájaros del cielo.

Susannah siguió el hilo en este punto. Mientras hablaba, explicando cómo Eddie había empezado a tallar su versión de la llave, Jake se echó hacia atrás, cruzó las manos detrás de la cabeza y contempló el lento desplazamiento de las nubes en su recta trayectoria hacia el sudeste. La ordenada disposición que adoptaban mostraba la presencia del Haz con tanta claridad como el humo de una chimenea muestra la dirección del viento.

Terminó el relato con la descripción de cómo habían izado a Jake a este mundo, cerrando así la pista dividida de sus recuerdos —y los de Rolando— tan súbita y totalmente como Eddie había cerrado la puerta en el círculo parlante. En realidad, el único dato que omitió ni siquiera llegaba a ser un dato, al menos todavía. A fin de cuentas, no tenía mareos por la mañana, y un simple retraso en la regla no quería decir nada por sí solo. Como el propio Rolando hubiera podido decir, ésta era una historia que valía más dejarla para otro día.

Sin embargo, cuando terminó hubiera deseado olvidar lo que había contestado Tía Talitha cuando Jake le dijo que ahora éste era su mundo: «Entonces que Dios se apiade de ti, porque en este mundo se está poniendo el sol. Se está poniendo para siempre.»

—Y ahora te toca a ti, Jake —le invitó Rolando.

Jake se incorporó y miró hacia Lud, donde las ventanas de las torres occidentales reflejaban la decreciente luz de la tarde en láminas de oro.

—Todo es una locura —murmuró—, pero casi tiene sentido. Como un sueño después de despertar.

—Quizá podamos ayudarte a encontrarle algún sentido —apuntó Susannah.

—Quizá sí. Por lo menos podéis ayudarme a pensar en el tren. Estoy cansado de buscarle yo solo un sentido a Blaine. —Suspiró—. Ya sabéis lo que pasó Rolando cuando vivía dos vidas al mismo tiempo, así que puedo saltarme esa parte. De todos modos, tampoco sé si sería capaz de explicar qué sentía, y no quiero intentarlo. Fue atroz. Creo que lo mejor será que empiece por mi Redacción Final, porque fue entonces cuando por fin dejé de pensar que todo aquello pasaría por sí solo. —Les dirigió una mirada sombría—. Fue cuando me rendí.

El sol descendió un buen trecho antes de que Jake terminara de hablar.

Les contó todo lo que pudo recordar, empezando por «Mi comprensión de la verdad» y acabando por el guardián monstruoso que había surgido literalmente del maderamen para atacarlo. Los tres le escucharon sin una sola interrupción.

Cuando hubo terminado, Rolando se volvió hacia Eddie con los ojos encendidos por una mezcla de emociones que en un primer momento Eddie tomó por pasmo maravillado. Pero enseguida advirtió que estaba contemplando una intensa excitación... y un profundo temor. Se le secó la boca. Porque si Rolando tenía miedo...

—¿Aún dudas de que nuestros mundos se entrecruzan, Eddie?

Negó con un gesto.

—Claro que no. Yo anduve por la misma calle, ¡y llevaba puesta su ropa! Pero... Jake, ¿podría ver el libro? Me refiero a *Charlie el Chu-Chú*.

Jake echó mano de la mochila, pero Rolando lo contuvo.

—Todavía no —sentenció—. Vuelve al solar abandonado, Jake. Cuéntanos otra vez esa parte. Intenta acordarte de todo.

—Quizá deberías hipnotizarme —sugirió Jake, dubitativo—. Como lo hiciste la otra vez, en la estación de paso.

Rolando meneó la cabeza.

—No es necesario. Lo que te ocurrió en aquel solar fue lo más importante que te ha de ocurrir en la vida, Jake. En las vidas de todos nosotros. Lo recuerdas todo.

De modo que Jake empezó a contarlo de nuevo. Todos ellos tenían muy claro que su experiencia en el solar vacío donde antes se alzaba la tienda de Tom y Jerry era el corazón secreto del *ka-tet* que compartían. En el sueño de Eddie, la Charcutería Artística aún se hallaba en pie; en la realidad de Jake, la habían derribado, pero en ambos casos se trataba de un lugar de enorme poder talismánico. A Rolando tampoco le cabía ninguna duda de que el solar vacío con sus ladrillos rotos y sus pedazos de vidrio era otra versión de lo que Susannah conocía como los Drawers y del lugar que él mismo había visto al final de su visión en el osario.

Mientras relataba esta parte de su historia por segunda vez, ahora hablando muy despacio, Jake descubrió que lo que había dicho el pistolero era verdad: se acordaba de todo. Su memoria mejoró a tal punto que casi le parecía estar reviviendo la experiencia. Les habló del cartel que anunciaba la construcción de un edificio llamado Apartamentos Turtle Bay en el lugar donde antes se hallaba la charcutería de Tom y Jerry. Recordó incluso el pequeño poema pintado con spray en la valla, y también se lo recitó:

¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud!

Sobre su caparazón sostiene la tierra.

Si quieres correr y jugar,

ven hoy mismo por el HAZ.

—Su pensar es lento pero siempre amable —musitó Susannah—; nos contiene a todos en su mente... ¿No era así, Rolando?

—¿De qué hablas? —preguntó Jake—. ¿Qué era así?

—Una poesía que aprendí de pequeño —dijo Rolando—. Es otra conexión, y realmente nos dice algo, aunque no estoy seguro de que sea algo que necesitemos saber... Con todo, nunca se sabe cuándo puede resultar útil tener un poco de comprensión.

—Doce pórticos conectados por seis Haces —resumió Eddie—. Partimos del Oso. Sólo hemos de cubrir medio camino, hasta la Torre, pero si llegáramos al otro extremo encontraríamos el Pórtico de la Tortuga, ¿no es así?

Rolando asintió.

—Estoy seguro.

—El Pórtico de la Tortuga —repitió Jake pensativo, haciendo rodar las palabras por la boca como si quisiera saborearlas. Tras una pausa, volvió a hablarles de la arrobadora voz del coro, el descubrimiento de que había caras y cuentos e historias por todas partes, y su creencia cada vez

más firme de que había dado con algo muy semejante al núcleo de toda existencia. Para terminar, les contó otra vez cómo había encontrado la llave y visto la rosa. Absorto en la totalidad de su recuerdo, Jake empezó a llorar, aunque al parecer no era consciente de ello.

—Cuando se abrió —concluyó—, vi que el centro era del amarillo más vivo que hayáis podido ver en vuestra vida. Al principio creí que era polen y que sólo parecía brillar porque en aquel solar todo parecía brillar. Hasta mirar los viejos envoltorios de caramelos y las botellas de cerveza vacías era como mirar los cuadros más grandes que se hayan pintado jamás. Sólo entonces me di cuenta de que era un sol. Ya sé que parece absurdo, pero lo era. Sólo que aún era más. Era...

—Era todos los soles —musitó Rolando—. Era todo lo real.

—¡Sí! Y estaba bien, pero también estaba mal. No sé explicar en qué estaba mal, pero lo estaba. Era como dos latidos, uno dentro de otro, y el de dentro tenía una enfermedad. O una infección. Y entonces me desmayé.

—Tú viste lo mismo al final de tu sueño, ¿no es verdad, Rolando? —preguntó Susannah. Su voz era suave, cargada de admiración—. El tallo de hierba que viste al final... Creíste que la hierba era morada porque tenía salpicaduras de pintura.

—No lo entiendes —protestó Jake—. Era morada de verdad. Cuando la veía como realmente era, era morada. Nunca había visto una hierba como ésta. La pintura sólo era camuflaje, tal como el guardián se camufló para parecer una vieja casa abandonada.

El sol había llegado al horizonte. Rolando le preguntó a Jake si ahora querría mostrarles *Charlie el Chu-Chú* y luego leerlo. Jake les entregó el libro. Tanto Eddie como Susannah contemplaron un buen rato la portada.

—Yo tuve este libro cuando era pequeño —dijo Eddie al fin. Hablaba en el tono neutro de la certidumbre absoluta—. Luego nos mudamos de Queens a Brooklyn y lo perdí. Yo aún no tenía ni cuatro años. Pero recuerdo la portada. Y pensaba lo mismo que tú, Jake. No me gustaba. No me fiaba.

Susannah alzó la vista hacia Eddie.

—Yo también lo tenía. No sé cómo he podido olvidarme de la niña que se llamaba como yo..., aunque claro que entonces era mi segundo nombre. Y ese tren me producía la misma impresión: no me gustaba y no me fiaba de él. —Golpeó la portada con un dedo antes de pasarle el libro a Rolando—. Esa sonrisa me parecía completamente falsa.

Rolando apenas le dedicó una ojeada superficial y miró de nuevo a Susannah.

—¿Tú también lo perdiste?

—Sí.

—Y estoy seguro de que yo sé cuándo —dijo Eddie.

Susannah asintió.

—Seguro que lo sabes. Fue cuando aquel hombre me tiró un ladrillo a la cabeza. Cuando fuimos al norte para asistir a la boda de mi tía Blue, aún lo tenía. En el tren lo tenía. Me acuerdo porque no paraba de preguntarle a mi padre si nuestra locomotora era *Charlie el Chu-Chú*. Yo no quería que lo fuera, porque teníamos que ir a Elizabeth, New Jersey, y yo creía que Charlie podía llevarnos a cualquier otro sitio. ¿No acabó llevando gente en un pueblo en miniatura o algo así, Jake?

—Un parque de atracciones.

—Sí, naturalmente. Hacia el final del libro hay una ilustración en que aparece circulando por el parque, cargado de niños. Todos están riendo o sonriendo, pero siempre me pareció que estaban pidiendo a gritos que los dejaran bajar.

—¡Sí! —exclamó Jake—. ¡Sí, eso es! ¡Exactamente eso! —Creía que Charlie podía llevarnos a su casa, a donde él viviera, en lugar de la a la boda de mi tía, y que ya no nos dejaría volver a casa nunca más.

—No puedes volver a casa nunca más —masculló Eddie, y se mesó nerviosamente el cabello.

—En todo el tiempo que nos pasamos en aquel tren, no solté el libro ni un instante. Recuerdo incluso que pensé: «Si intenta secuestrarnos, le iré arrancando hojas hasta que se rinda.» Pero naturalmente llegamos justo adonde estaba previsto, y además a la hora prevista. Papá me llevó delante para que pudiera ver la máquina. Era una locomotora diésel, no de vapor, y recuerdo que eso me alegró. Luego, después de la boda, ese Mort me echó un ladrillo encima y me pasé mucho tiempo en coma. Ya no volví a ver *Charlie el Chu-Chú* hasta este momento. —Tras una vacilación, añadió—: Éste podría ser perfectamente mi propio ejemplar, o el de Eddie.

—Sí, y seguramente lo es —dijo Eddie. Tenía el rostro pálido y solemne..., y de pronto sonrió como un crío—. «Mira la TORTUGA con su enorme faz; todas las cosas sirven al maldito Haz.»

Rolando echó una mirada hacia el oeste.

—El sol se está poniendo. Jake, lee el relato antes de que se vaya la luz.

Jake pasó a la primera página, les mostró la imagen del maquinista Bob en la cabina de

Charlie y comenzó:

—«Bob Brooks era un maquinista de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio que cubría la línea de St. Louis a Topeka...

—... y de vez en cuando los niños oían cantar a Charlie su vieja canción con su vocecita ronca de siempre» —concluyó Jake. Les enseñó la última ilustración (la de los niños felices que en realidad quizás estaban chillando) y cerró el libro. El sol se había puesto; el firmamento era violáceo.

—Bueno, no coincide con exactitud —dijo Eddie—; más bien es como un sueño en el que a veces el agua corre cuesta arriba, pero coincide lo suficiente para que me entren escalofríos. Estamos en el Mundo Medio, en el territorio de Charlie. Sólo que aquí no se llama Charlie ni nada de eso. Aquí se llama Blaine el Mono.

Rolando contemplaba a Jake.

—¿Tú qué dices? —preguntó—. ¿Hemos de rodear la ciudad? ¿Hemos de apartarnos de ese tren?

Jake se quedó pensativo, con la cabeza gacha y las manos acariciando distraídamente el tupido y sedoso pelo de Acho.

—Me gustaría —respondió al fin—, pero si no he entendido mal este asunto del *ka*, creo que no es lo que nos corresponde hacer.

Rolando asintió.

—Si es *ka*, la cuestión de si nos corresponde o no nos corresponde hacer una cosa ni siquiera entra en consideración; si intentáramos dar un rodeo, descubriríamos que las circunstancias nos obligan a retroceder. En tales casos es mejor rendirse enseguida a lo inevitable en lugar de postergarlo. ¿Tú qué dices, Eddie?

Eddie se quedó un buen rato pensativo, como había hecho Jake. No quería tener tratos con un tren que hablaba y funcionaba solo, y tanto si se lo llamaba Charlie el Chu-Chú como Blaine el Mono, todo lo que Jake les había contado y leído daba a entender que podía tratarse de una máquina muy desagradable. Pero debían recorrer una distancia tremenda, y en algún lugar, al final del camino, estaba lo que habían salido a buscar. Y con esta idea, Eddie quedó asombrado al comprobar que sabía exactamente lo que pensaba y lo que quería. Alzó la cara y, casi por primera vez desde su llegada a aquel mundo, miró fijamente los ojos azul descolorido de Rolando con los suyos avellana.

—Quiero llegar a ese campo de rosas y quiero ver la Torre que se yergue allí. No sé qué vendrá luego. Se ruega que no manden flores, seguramente, y para todos nosotros. Pero no me importa. Quiero llegar allí. Supongo que no me importa que Blaine sea el diablo y que las vías crucen el infierno antes de llegar a la Torre. Yo propongo que vayamos.

Rolando asintió y se volvió hacia Susannah.

—Bueno, yo no he tenido ningún sueño sobre la Torre Oscura —dijo ella—, de modo que no puedo plantearme la cuestión a ese nivel; el nivel del deseo, supongo que dirías. Pero he llegado a creer en el *ka*, y no soy tan lerda como para no darme cuenta cuando alguien me pega con los nudillos en la cabeza y me dice: «Es por ahí, idiota.» ¿Y tú, Rolando? ¿Tú qué crees?

—Creo que ya ha habido bastante conversación por hoy, y es hora de que lo dejemos hasta mañana.

—¿Y el *Adivina, adivinanza*? —preguntó Jake—. ¿Quieres verlo?

—Ya habrá tiempo para eso otro día —respondió Rolando—. Ahora es hora de dormir.

Pero el pistolero yació largo tiempo despierto, y cuando sonó de nuevo el redoble rítmico se puso en pie y volvió a la carretera. Desde allí se quedó mirando hacia el puente y la ciudad. Rolando era tan diplomático como Susannah había sospechado, y apenas oyó hablar del tren supo que éste iba a ser el siguiente paso en el camino que debían recorrer, pero no juzgó prudente decirlo. Eddie sobre todo detestaba sentirse presionado; cuando le parecía que alguien intentaba obligarlo, agachaba la cabeza, se plantaba, hacía sus chistes bobos y se resistía como una mula. Esta vez quería lo mismo que Rolando, pero aún existía el riesgo de que dijera día si Rolando decía noche, y noche si Rolando decía día. Era más sensato avanzar con suavidad, y más seguro preguntar en vez de disponer.

Se volvió para regresar... y la mano le voló a la pistola al ver una silueta oscura parada al borde de la carretera, mirando hacia él. No desenvainó, pero estuvo a punto de hacerlo.

—No sabía si podrías dormir después de esa pequeña actuación —comentó Eddie—. Por lo visto la respuesta es que no.

—No te he oído llegar, Eddie. Estás aprendiendo..., aunque esta vez casi te llevas un balazo en el vientre.

—No me has oído porque tienes mucho en qué pensar. —Eddie se le acercó, e incluso a la luz de las estrellas Rolando pudo ver que no le había engañado en absoluto. El respeto que sentía hacia Eddie no dejaba de aumentar. Eddie le recordaba a Cuthbert, pero en muchos aspectos ya había superado a Cuthbert.

«Si lo subestimo —pensó Rolando—, me arriesgo a salir con la zarpa ensangrentada. Y si le fallo, o si hago algo que le parezca una traición, seguramente intentará matarme.»

—¿En qué estás pensando, Eddie?

—En ti. En nosotros. Quiero que sepas una cosa. Supongo que hasta esta noche daba por sentado que ya la sabías. Pero ahora no estoy tan seguro.

—A ver, dime. —Volvió a pensar: «¡Cómo se parece a Cuthbert!»

—Estamos contigo porque hemos de estar; eso es tu maldito *ka*. Pero también estamos contigo porque queremos. Sé que puedo hablar por mí y por Susannah, y creo que también por Jake. Posees un buen cerebro, mi viejo compañero de *khef*, pero creo que debes tenerlo guardado en un refugio antiaéreo, porque a veces resulta tremendamente difícil conectar con él. Quiero verla, Rolando. ¿Captas lo que te digo? Quiero ver la Torre. —Escrutó atentamente el rostro de Rolando y al parecer no halló en él lo que esperaba encontrar, porque alzó las manos en un gesto de exasperación—. Lo que quiero decir es que me sueltas las orejas.

—¿Que te suelte las orejas?

—Sí. Porque ya no tienes que arrastrarme. Vengo por voluntad propia. Venimos por voluntad propia. Si esta noche murieras en pleno sueño, te enterraríamos y seguiríamos adelante. Seguramente no duraríamos mucho, pero moriríamos en el camino del Haz. ¿Entiendes?

—Sí, ahora entiendo.

—Dices que me entiendes, y creo que es verdad, pero... ¿me crees también?

«Naturalmente —pensó—. ¿Adónde irías si no, Eddie, en este mundo que tan extraño es para ti? Como granjero serías un desastre.» Pero esto era mezquino e injusto, y Rolando lo sabía. Denigrar el libre albedrío confundiendo con *ka* era peor que una blasfemia; era estúpido y fastidioso.

—Sí —respondió—. Te creo, sinceramente.

—Pues entonces deja de tratarnos como si fuéramos un rebaño de ovejas y tú el pastor que nos conduce, blandiendo el cayado para impedir que nuestra pura estupidez nos haga salir de la carretera y meternos en un pantano de arenas movedizas. Ábrenos tu mente. Si hemos de morir en la ciudad o en ese tren, quiero morir sabiendo que era algo más que una pieza en tu tablero.

Rolando notó que la rabia le calentaba las mejillas, pero nunca había sabido engañarse. No se enojaba porque Eddie estuviese en un error sino porque Eddie le había interpretado correctamente. Rolando lo había visto abrirse gradualmente, dejar su prisión cada vez más atrás —y lo mismo podía decir de Susannah, porque también ella estaba prisionera—, pero su corazón

nunca había aceptado por completo la evidencia de sus sentidos. Al parecer, su corazón quería seguir considerándolos unos seres distintos e inferiores.

Rolando aspiró una profunda bocanada de aire.

—Pistolero, imploro tu perdón.

Eddie asintió.

—Nos estamos metiendo de cabeza en un maldito huracán de problemas... Lo noto, y estoy muerto de miedo. Pero los problemas no son tuyos, son nuestros. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Crees que vamos a encontrar muchos problemas en la ciudad?

—No lo sé. Sólo sé que hemos de intentar proteger a Jake, porque la anciana tía dijo que los dos bandos se lo disputarían. En parte dependerá del tiempo que tardemos en encontrar ese tren, pero sobre todo de lo que ocurra cuando lo encontremos. Si hubiera dos personas más en el grupo, pondría a Jake en el centro de un cuadrado con pistolas en cada lado. Pero puesto que no las hay, avanzaremos en columna: yo delante, Jake con la silla de Susannah en el centro, y tú cerrando la marcha.

—¿Cuántos problemas? Haz una suposición.

—No puedo.

—Creo que sí puedes. No conoces la ciudad, pero sabes qué actitud ha tomado la gente de tu mundo desde que las cosas empezaron a venirse abajo. ¿Cuántos problemas?

Rolando se volvió hacia el ruido constante de los tambores y reflexionó.

—Quizá no demasiados. Yo diría que los combatientes que quedan deben de estar viejos y desmoralizados. Es posible que tus impresiones sean correctas y encontremos incluso gente que nos ayude, como lo hizo el *ka-tet* de Paso del Río. Tal vez no veamos a nadie: nos verán ellos, verán que cargamos hierros, agacharán la cabeza y nos dejarán pasar. Si eso falla, confío en que se dispersarán como ratas cuando hayamos abatido a unos cuantos.

—¿Y si deciden pelear?

Rolando esbozó una hosca sonrisa.

—En ese caso, Eddie, todos recordaremos los rostros de nuestros padres.

A Eddie le brillaron los ojos en la oscuridad, y Rolando se encontró una vez más pensando en Cuthbert, sin poderlo evitar. Cuthbert, que una vez dijo que no creería en aparecidos hasta que pudiera atrapar a uno con los dientes; Cuthbert, con el que una vez había desmigado trozos de pan bajo los pies del ahorcado.

—¿He respondido a todas tus preguntas?

—¡Qué va! Pero creo que esta vez has jugado limpio conmigo.

—Entonces, buenas noches, Eddie.

—Buenas noches.

Eddie dio media vuelta y se alejó. Rolando lo siguió con la mirada. Ahora que estaba atento, podía oírlo..., pero sólo apenas. Echó a andar hacia el campamento, pero enseguida se detuvo y se volvió hacia las tinieblas donde se hallaba la ciudad de Lud.

«Es lo que la anciana llamaba un pubi. Dijo que los dos bandos lo querrían.

»¿No me dejarás caer esta vez?

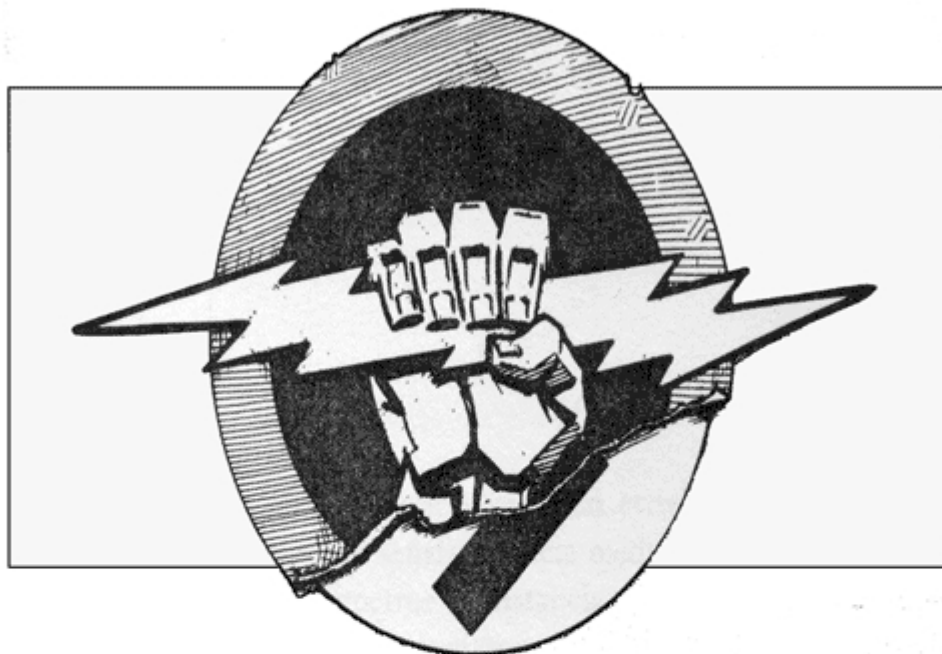
»No. Ni esta vez, ni nunca.»

Pero él sabía algo que los otros tres ignoraban. Quizá, tras la charla que había tenido con Eddie, tendría que decírselo, pero aun así decidió que seguiría reservándose ese conocimiento un poco más.

En el antiguo idioma que otrora había sido la lengua franca de su mundo, la mayoría de las palabras, como *khef* y *ka*, tenían muchos significados. Sin embargo, la palabra *char* —*char* como en Charlie el Chu-Chú—, sólo tenía uno.

Char significaba muerte.

V. PUENTE



Y CIUDAD

1

Tres días después encontraron el avión estrellado.

Jake fue el primero en señalarlo hacia media mañana; un destello de luz a unos quince kilómetros de distancia, como si hubiera un espejo entre la hierba. Cuando estuvieron más cerca, vieron algo grande y oscuro al lado de la Gran Carretera.

—Parece un gran pájaro muerto —observó Rolando.

—Eso no es ningún pájaro —dijo Eddie—. Es un avión. Estoy casi seguro de que ese reflejo es el sol que da en la cabina.

Una hora más tarde se detuvieron en silencio al borde de la carretera para contemplar los restos antiguos. Tres rollizas cornejas posadas en la maltrecha piel del fuselaje observaron con insolencia a los recién llegados. Jake recogió un guijarro de la cuneta e hizo ademán de tirárselo. Las cornejas se echaron a volar pesadamente, graznando de indignación.

Una de las alas se había desprendido al chocar contra el suelo y yacía a unos treinta metros de allí, una sombra como un trampolín de piscina entre la hierba alta. El resto del aparato estaba casi intacto. El vidrio de la cabina se había resquebrajado en una telaraña de grietas que tenía su centro en el punto donde había chocado la cabeza del piloto. Aún quedaba una gran mancha de color óxido.

Acho trotó hacia las tres oxidadas palas de hélice que se alzaban entre la hierba, las olisqueó y volvió apresuradamente con Jake. El hombre de la cabina era una momia seca y polvorienta vestida con un chaquetón de cuero acolchado y un casco con una púa en lo alto. Le faltaban los labios, y los dientes quedaban al descubierto en una última mueca desesperada. Unos dedos que habían sido gruesos como salchichas pero que ya sólo eran huesos recubiertos de piel aferraban el volante. Tenía una depresión en el cráneo debida al golpe contra el parabrisas, y Rolando conjeturó que las escamas verde grisáceas que le cubrían el lado izquierdo de la cara eran todo lo que restaba de su cerebro. La cabeza del cadáver estaba echada hacia atrás, como si el piloto hubiera tenido la certeza, incluso en el instante de la muerte, de que podía volver a remontarse. El ala que le quedaba al avión aún sobresalía de entre las hierbas que amenazaban cubrirla. Ostentaba una insignia descolorida que representaba un puño aferrando un rayo.

—Parece que Tía Talitha se equivocaba y que el anciano albino estaba en la verdad del asunto —comentó Susannah con voz maravillada—. Éste debe de ser David Quick, el príncipe rebelde. ¡Mira qué tamaño, Rolando! ¡Supongo que tuvieron que engrasarlo para meterlo en la cabina!

Rolando asintió. El calor y los años habían reducido al hombre del pájaro mecánico a un mero esqueleto envuelto en cuero seco, pero aún se podía apreciar la anchura de los hombros, y la cabeza aplastada era enorme.

—«Así cayó lord Perth —recitó—, y la tierra tembló con ese trueno.»

Jake le dirigió una mirada inquisitiva.

—Es de un viejo poema. Lord Perth era un gigante que se iba a guerrear con un millar de soldados, pero aún estaba en su país cuando un chiquillo le tiró una piedra y le dio en la rodilla. El gigante trastabilló, fue vencido por el peso de la armadura y se rompió el cuello en la caída.

—Como nuestra historia de David y Goliat —apuntó Jake.

—No hubo fuego —observó Eddie—. Me jugaría algo a que se quedó sin gasolina e intentó aterrizar planeando sobre la carretera. Puede que fuera un rebelde y un bárbaro, pero tenía un par de cojones. Rolando asintió y miró a Jake.

—¿Te causa impresión?

—No. Bueno, si el tipo aún estuviera chorreante, puede que sí. —Jake apartó la mirada del cadáver y la dirigió a la ciudad. Lud estaba mucho más cerca y más nítida, y aunque se veían muchas ventanas rotas en las torres, ni él ni Eddie habían renunciado por completo a encontrar alguna ayuda—. Apuesto a que las cosas empezaron a descomponerse en la ciudad cuando él faltó.

—Creo que ganarías la apuesta —dijo Rolando.

—¿Sabes una cosa? —Jake estaba examinando de nuevo el avión—. Quizá la gente que hizo

esa ciudad construía también aviones, pero estoy casi seguro de que éste es de los nuestros. En la escuela hice un trabajo sobre combate aéreo, cuando estaba en quinto grado, y creo que lo reconozco. ¿Puedo mirar más de cerca, Rolando?

Rolando asintió.

—Voy contigo.

Se aproximaron juntos al avión, abriéndose paso entre la hierba.

—Mira —dijo Jake—. ¿Ves la ametralladora que lleva bajo el ala? Es un modelo alemán refrigerado por aire, y el avión es un Focke-Wulf de poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Estoy seguro. ¿Cómo habrá podido llegar hasta aquí?

—Muchos aviones desaparecen —sugirió Eddie—. Está el triángulo de las Bermudas, por ejemplo. Es una zona que hay en uno de nuestros océanos, Rolando. Se supone que hay algo misterioso. Quizá sea una gran puerta entre nuestros mundos, una puerta que casi siempre está abierta. —Eddie encorvó los hombros y ensayó una mala imitación de Rod Serling—. Abróchense los cinturones y prepárense para turbulencias: están ustedes llegando a... ¡la Dimensión de Rolando!

Jake y Rolando, que ahora estaban bajo el ala que le quedaba al avión, no le hicieron ningún caso.

—Súbeme, Rolando.

Rolando meneó la cabeza.

—El ala parece sólida, pero no lo es. Esta cosa lleva aquí mucho tiempo, Jake. Te caerías.

—Entonces hazme un estribo con las manos.

—Ya lo hago yo, Rolando —se ofreció Eddie.

Rolando se miró unos instantes la mano mutilada, se encogió de hombros y la entrelazó con la otra.

—Esto servirá. No pesa mucho.

Jake se quitó el mocasín y se encaramó ágilmente al estribo que Rolando le ofrecía. Acho se puso a ladrar en tono agudo, aunque Rolando no sabía si de excitación o de alarma.

El pecho de Jake se apoyaba contra uno de los flaps oxidados del aeroplano, justo enfrente del emblema del puño y el rayo. Se había desprendido un poco la pintura de la superficie del ala a lo largo del borde. El chico cogió el flap y tiró. Cedió tan fácilmente que Jake habría caído de espaldas de no ser porque Eddie, situado justo detrás de él, lo sostuvo con una mano en el trasero.

—Lo sabía —dijo Jake. Había otro símbolo pintado bajo el puño y el rayo, y ahora estaba casi completamente al descubierto. Era una esvástica—. Sólo quería verlo. Ya puedes bajarme.

Reanudaron la marcha, pero cada vez que volvían la cabeza divisaban la cola del avión enhiesta entre la alta hierba como un monumento funerario a lord Perth.

2

Aquella noche le tocaba a Jake preparar el fuego. Cuando la leña estuvo dispuesta a satisfacción del pistolero, éste le tendió su pedernal y eslabón al chico.

—A ver cómo lo haces.

Eddie y Susannah estaban sentados a un lado, afectuosamente cogidos de la cintura. Hacia el final de la jornada, Eddie había encontrado una bonita flor amarilla al borde del camino y la había cogido para ella. Esa noche Susannah la llevaba en el pelo, y cada vez que miraba a Eddie se le curvaban los labios en una sonrisita y se le llenaban los ojos de luz. Rolando había advertido estos detalles y le complacían. Su amor se hacía cada vez más fuerte, más profundo. Eso era bueno. Realmente tendría que ser fuerte y profundo si había de sobrevivir a los meses y años venideros.

Jack hizo saltar una chispa, pero cayó a varios centímetros de la yesca.

—Acerca más el pedernal —le indicó Rolando— y sujétalo bien. Y no lo golpees con el eslabón, Jake; raspalo.

Jake lo intentó de nuevo, y esta vez la chispa cayó justo en la yesca. Brotó un leve zarcillo de humo, pero sin llama.

—Creo que no se me da muy bien.

—Ya aprenderás. Entretanto, piensa en esto: ¿qué se viste cuando cae la noche y se desviste cuando llega el día?

—¿Eh?

Rolando le cogió las manos a Jake y se las acercó aún más al montoncito de yesca.

—Supongo que éste no viene en tu libro.

—¡Ah, es un acertijo! —Jake hizo saltar otra chispa. Esta vez apareció una llamita que no tardó en apagarse—. ¿Tú también conoces alguno?

Rolando asintió.

—No sólo alguno sino muchos. De pequeño debía de conocer un millar. Formaban parte de los estudios.

—¿En serio? ¿Y por qué había que estudiar adivinanzas?

—Vannay, mi tutor, decía que un chico capaz de acertar adivinanzas era un chico capaz de encontrarle las vueltas al pensamiento. Todos los viernes a mediodía había competiciones de adivinanzas, y quien ganaba podía irse de la escuela antes de la hora.

—¿Salías temprano muchas veces, Rolando? —inquirió Susannah. Él negó con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Me gustaban las adivinanzas, pero nunca se me dieron muy bien. Vannay decía que era porque yo pensaba demasiado. Mi padre decía que era porque me faltaba imaginación. Creo que los dos tenían razón, aunque pienso que mi padre estaba un poco más en la verdad. Siempre fui capaz de sacar un revólver más deprisa que mis compañeros y de tirar con más puntería, pero encontrarle las vueltas al pensamiento nunca se me ha dado bien.

Susannah, que había observado con atención cómo trataba Rolando con los ancianos de Paso del Río, pensó que el pistolero se subestimaba, pero no dijo nada.

—A veces, en las noches de invierno, había concursos de adivinanzas en el gran salón. Cuando eran sólo para chicos, siempre ganaba Alain. Cuando participaban también los adultos, siempre ganaba Cort. Cort había olvidado más adivinanzas de las que los demás habíamos llegado a conocer en la vida, y el Día de las Adivinanzas siempre era él quien se llevaba el ganso a casa. Las adivinanzas tienen un gran poder, y todo el mundo conoce una o dos.

—Incluso yo —dijo Eddie—. Por ejemplo, ¿por qué cruzó la carretera el bebé muerto?

—No tiene gracia, Eddie —protestó Susannah, pero con una sonrisa en los labios.

—¡Porque estaba grapado a la gallina! —aulló Eddie, y sonrió al ver que Jake se echaba a reír y esparcía sin querer el montoncito de yesca—. ¡Jua, jua, jua! ¡Y tengo un millón como ésta, amigos!

Rolando, en cambio, permaneció serio. De hecho incluso parecía algo ofendido.

—Perdona que lo diga, Eddie, pero la verdad es que es muy tonto.

—Lo siento, Rolando —replicó Eddie. Seguía sonriendo, pero se le notaba un poco amoscado. Siempre olvido que se cargaron tu sentido del humor en la Cruzada de los Niños o cuando fuese.

—Lo único que sucede es que me tomo las adivinanzas en serio. Me enseñaron que la capacidad de resolverlas denota una mente cuerda y racional.

—Así será, pero no creo que reemplacen nunca a las obras de Shakespeare o la ecuación cuadrática —objetó Eddie—. Tampoco hay que pasarse...

Jake contempló a Rolando con aire pensativo.

—El libro dice que las adivinanzas son el juego más antiguo que aún se practica en nuestros días. Me refiero a nuestro mundo. Y el hombre que encontré en la librería me dijo que antes eran una cosa muy seria, no una simple broma. Había gente que moría por ellas.

Rolando miraba hacia la creciente oscuridad.

—Sí, vi cómo ocurría. —Recordaba un Día de Adivinanzas que no había terminado con la entrega del ganso al vencedor sino con el cadáver de un bizco con gorra de cascabeles tendido en el suelo con un puñal en el pecho. El puñal de Cort. El bizco era un cantante y acróbata errante que había intentado vencer a Cort robándole al juez la libreta donde guardaba las respuestas en pequeños fragmentos de corteza.

—Bueno, mil perdoones —se disculpó Eddie.

Susannah se volvió hacia Jake.

—Había olvidado por completo el libro de enigmas que trajiste contigo. ¿Me lo dejas ver?

—Naturalmente. Está en la mochila. Pero faltan las soluciones. Supongo que por eso me lo regaló el señor Torre...

Una mano le apretó bruscamente el hombro, con fuerza dolorosa.

—¿Cómo dices que se llamaba? —le preguntó Rolando.

—El señor Torre —respondió Jake—. Calvin Torre. ¿No te lo había dicho ya?

—No. —Rolando fue aflojando poco a poco la mano que aferraba el hombro de Jake—. Pero ahora que lo oigo, supongo que no me sorprende.

Eddie abrió la mochila de Jake y encontró *¡Adivina, adivinanza!* Le arrojó el libro a Susannah.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó—. Siempre había pensado que el acertijo del bebé era bastante bueno. De mal gusto, seguramente, pero bastante bueno.

—No se trata de gustos —dijo Rolando—. No tiene sentido ni posibilidad de solución, y por eso es tonto. Un buen acertijo ha de tener ambas cosas.

—Os lo tomáis muy en serio, ¿no?

—Sí.

Jake estaba apilando de nuevo la yesca y cavilando sobre la adivinanza que había dado lugar a la discusión. De pronto exhibió una sonrisa.

—Un fuego. Ésa es la respuesta, ¿no? Lo vistes por la noche, lo desvistes por la mañana. Si cambias «vestir» por «montar» o algo así, es fácil.

—Eso es. —Rolando le devolvió la sonrisa a Jake, pero tenía la vista en Susannah, observando cómo hojeaba el manoseado librito. Al contemplar su ceño aplicado y el aire ausente con que se arreglaba la flor amarilla del cabello cada vez que intentaba desprenderse, pensó que quizás era la única en percibir que el libro de adivinanzas podía ser tan importante como *Charlie el Chu-Chú...* o tal vez más aún. Luego desvió la mirada hacia Eddie y sintió renacer la irritación que le había provocado su absurda adivinanza. El joven se parecía a Cuthbert en otro aspecto, éste más bien lamentable: a veces a Rolando le entraban ganas de zarandearlo hasta que le sangrara la nariz y se le cayeran los dientes.

«¡Suave, pistolero..., suave!» La voz de Cort, no del todo risueña, le habló en la cabeza, y Rolando apartó resueltamente a un lado sus emociones. Le resultaba más fácil hacerlo cuando recordaba que Eddie no podía evitar sus incursiones ocasionales en la insensatez; también el carácter venía en parte moldeado por el *ka*, y Rolando sabía bien que en Eddie no sólo había insensatez. Cada vez que empezara a cometer el error de creer otra cosa haría bien en recordar la

conversación que habían mantenido junto a la carretera tres noches antes, en la que Eddie le había acusado de utilizarlos como piezas de su tablero particular. La acusación le había enfurecido..., pero también se acercaba lo suficiente a la verdad para hacer que se avergonzara.

Dichosamente ajeno a estos morosos pensamientos, Eddie preguntó:

—¿Qué es verde, pesa cien toneladas y vive en el fondo del océano?

—Ya lo sé —dijo Jake—. Moco Dick, la Gran Ballena Verde.

—Necedad —masculló Rolando.

—Sí, pero precisamente por eso tiene gracia —adujo Eddie—. También los chistes te ayudan a encontrarle las vueltas al pensamiento. Mira... —Contempló la expresión de Rolando, se echó a reír y alzó las manos al cielo—. Da igual. Me rindo. No lo entenderías. Ni en un millón de años. Vamos a mirar el maldito libro. Incluso intentaré tomármelo en serio... bueno, siempre que antes cenemos un poco.

—Mírame —dijo el pistolero con un parpadeo de sonrisa. —¿Eh?

—Quiere decir que trato hecho.

Jake raspó el pedernal con el acero. Saltó una chispa, y esta vez la yesca prendió. El chico se sentó un poco más atrás, complacido, y se quedó mirando cómo se extendían las llamas, con un brazo apoyado en el cuello de Acho. Se sentía satisfecho de sí mismo. Había encendido la fogata de la noche... y había encontrado la respuesta al acertijo de Rolando.

3

—Tengo una —anunció Jake mientras consumían los burritos de la cena.

—¿Es de las necias? —quiso saber Rolando.

—No. Es de las buenas.

—Entonces ponme a prueba con ella.

—Muy bien. ¿Qué puede correr pero nunca anda, tiene boca pero nunca habla, tiene lecho pero nunca duerme, tiene cabecera pero no cabeza?

—Es buena —dijo Rolando en tono amable—, pero antigua. Un río.

Jake quedó un poco alicaído.

—Verdaderamente, contigo no hay quien pueda.

Rolando tiró los restos de su burrito a Acho, que los aceptó con avidez.

—No lo creas. Yo soy lo que Eddie llama un sobrino. Habrías tenido que ver a Alain: coleccionaba adivinanzas como una dama colecciona abanicos.

—Se dice un primo, Rolando, mi buen amigo —le corrigió Eddie. —Gracias. Probad con ésta: yace en la cama y crece en la cama, primero es blanca y luego roja, cuanto más gorda se pone, más le gusta a la vieja.

Eddie soltó una carcajada.

—¡Una polla! —gritó—. Muy basta, Rolando. Pero me gusta. ¡Me guuusta!

Rolando meneó la cabeza.

—No es ésa la respuesta. A veces una buena adivinanza es un enigma de palabras, como la de Jake sobre el río, pero a veces se parece más a un truco de magia, que te hace mirar en una dirección mientras se va por otra.

—Es doble —dijo Jake, y les contó lo que le había explicado Aaron Deepneau sobre el acertijo de Sansón. Rolando asintió.

—¿Es una fresa? —preguntó Susannah, y de inmediato se respondió ella misma—: Pues claro.

Es como la adivinanza del fuego, que lleva una metáfora oculta. Cuando entiendes la metáfora, puedes resolver la adivinanza [\[5\]](#). —Parecía muy complacida consigo misma—. Primero es blanca y luego roja. Cuanto más gorda se pone, más le gusta a la vieja. Rolando asintió.

—La respuesta que había oído siempre era una baya de bárdago, pero estoy seguro de que ambas cosas significan lo mismo.

Eddie cogió ¡Adivina, adivinanza! y empezó a hojearlo.

—A ver qué te parece ésta, Rolando: ¿cuándo una puerta no es una puerta? Rolando lo miró ceñudo.

—¿Es otra de tus insensateces? Porque mi paciencia...

—No. Te prometí que me lo tomaría en serio y en serio me lo tomo, o al menos lo intento.

Está en el libro, y sucede que conozco la respuesta. La oí cuando era pequeño. Jake, que también sabía la respuesta, le guiñó un ojo. Eddie le devolvió el guiño y sonrió divertido al ver que Acho quería hacer lo mismo. El brambo lo intentó varias veces, pero siempre cerraba los dos ojos a la vez y al final se rindió.

Rolando y Susannah, mientras tanto, daban vueltas a la pregunta.

—Debe de tener algo que ver con el amor —conjeturó Rolando—. Una puerta, adorar [\[6\]](#). ¿Cuándo adorar no es adorar...? Mmmm...

—Mmmm —dijo Acho. Su imitación de Rolando fue perfecta. Eddie le hizo otro guiño a Jake. Jake se tapó la boca para ocultar una sonrisa.

—¿Es falso amor la respuesta? —preguntó Rolando al fin.

—Frío.

—Una ventana —dijo Susannah de pronto, con absoluta convicción—. ¿Cuándo una puerta no es una puerta? Cuando es una ventana.

—Frío. —Eddie sonreía de oreja a oreja, pero a Jake le chocó lo mucho que se habían alejado los dos de la auténtica respuesta. Pensó que allí había magia en acción. Nada del otro mundo

para lo que es la magia, nada de alfombras voladoras ni elefantes que desaparecen, pero magia al fin y al cabo. De repente vio lo que estaban haciendo —un simple juego de adivinanzas en torno a un fuego de campamento bajo una luz completamente nueva. Era como jugar a la gallina ciega, sólo que aquí la venda para los ojos estaba hecha de palabras.

—Me rindo —dijo Susannah.

—Sí —se sumó Rolando—. Dilo si lo sabes.

—La respuesta es una jarra. Una puerta no es una puerta cuando está entonada [\[7 \]](#). ¿Lo entendéis? —Eddie vio amanecer la comprensión en el rostro de Rolando, y con voz algo aprensiva le preguntó— ¿Es mala? De verdad que esta vez no pretendía bromear, Rolando.

—No es nada mala. Al contrario, es bastante buena. Cort la habría resuelto, estoy seguro, y probablemente Alain también, pero no deja de ser muy aguda. Yo he hecho lo que hacía siempre en el aula: pasar la respuesta de largo y buscar más complicación de la que había.

—El asunto tiene su miga, ¿verdad? —comentó Eddie en tono especulativo. Rolando asintió con la cabeza, pero Eddie no lo vio; estaba mirando el corazón del fuego, donde docenas de rosas florecían y se difuminaban.

—Otra más y nos acostamos —dijo Rolando—. Pero a partir de esta noche montaremos guardia. Eddie, tú harás el primer turno, y luego Susannah. Yo haré el último.

—¿Y yo? —preguntó Jake.

—Quizá más adelante tengas que hacer algún turno. De momento, es más importante que no pierdas horas de sueño.

—¿Realmente crees que es necesario que haya un centinela? —preguntó Susannah.

—No lo sé, y ésta es la mejor razón de todas para hacerlo. Jake, elige una adivinanza de tu libro.

Eddie le pasó *¡Adivina, adivinanza!* y Jake empezó a hojearlo hasta que finalmente se detuvo en las últimas páginas.

—¡No veas! Ésta es brutal.

—Oigámosla —dijo Eddie—. Si yo no la resuelvo, lo hará Suze. En las competiciones de todo el país se nos conoce como Eddie y su Reina de las Adivinanzas.

—Estamos ingeniosos hoy, ¿eh? —replicó Susannah—. Ya veremos lo ingenioso que estarás después de montar guardia junto a la carretera hasta medianoche o así, mi cielo. Jake leyó:

—Hay una cosa que nada es, pero tiene nombre. A veces es larga y a veces breve, está presente en nuestras conversaciones y en nuestras diversiones, y participa en todos los juegos. Comentaron este acertijo durante casi quince minutos, pero ninguno llegó a aventurar siquiera una respuesta.

—A lo mejor se nos ocurre mientras dormimos —apuntó Jake—. Así se me ocurrió la del río.

—Vaya libro barato, con todas las respuestas arrancadas —comentó Eddie. Se puso en pie y se echó una manta de piel sobre los hombros como si fuera una capa.

—Bueno, la verdad es que me salió barato. El señor Torre me lo dio gratis.

—¿A qué tengo que estar atento, Rolando? —inquirió Eddie.

Rolando se encogió de hombros mientras se disponía a acostarse.

—No lo sé, pero creo que ya te darás cuenta si lo ves o lo oyes.

—Despiértame cuando empieces a tener sueño —le recomendó Susannah.

—Puedes estar bien segura.

4

Una cuneta herbosa bordeaba la carretera, y Eddie se sentó al otro lado de ella envuelto en la manta. Aquella noche, una fina capa de nubes velaba el cielo y oscurecía el espectáculo de las estrellas. Soplaban un fuerte viento del oeste. Cuando Eddie volvía el rostro en esa dirección, podía percibir claramente el olor de los búfalos que ahora eran dueños de las llanuras; un olor mezcla de pieles calientes y excrementos frescos. La claridad que habían recobrado sus sentidos en los últimos meses era asombrosa... y en ocasiones como ésta, incluso le asustaba un poco.

Muy levemente oyó berrear a lo lejos un becerro de búfalo.

Se volvió hacia la ciudad y al cabo de un rato empezó a parecerle que veía lejanas chispas de luz —los candiles eléctricos de los albinos—, pero era muy consciente de que quizá sólo veía lo que estaba deseando ver.

«Estás muy lejos de la calle Cuarenta y dos, muchacho. La esperanza es algo grande, digan lo que digan, pero no dejes que te haga perder de vista este pensamiento: estás muy lejos de la calle Cuarenta y dos. Esa ciudad de ahí delante no es Nueva York, por más que te gustaría que lo fuese. Es Lud, y será como sea. Y si lo tienes bien presente, quizá puedas salir bien parado.»

Pasó el turno de guardia intentando dar con la solución de la última adivinanza de la noche. La regañina de Rolando por el chiste del bebé muerto lo había dejado algo descontento, y le habría gustado empezar la mañana dándoles la respuesta correcta. Claro que no les sería posible contrastar ninguna respuesta acudiendo a las soluciones del libro, pero Eddie se había hecho la idea de que, en las buenas adivinanzas, la buena respuesta solía ser evidente por sí misma.

«A veces es larga y a veces breve.» Pensó que ésta era la clave y que todo lo demás probablemente sólo servía para despistar. ¿Qué era a veces largo y a veces breve? ¿Unos pantalones? No. Los pantalones podían ser largos o cortos, pero nunca había oído hablar de unos pantalones breves. ¿Un relato? Como los pantalones, sólo les cuadraba una parte de la frase. Algo que pudiera ser largo y breve a la vez... y que además está presente en nuestras conversaciones y participa en todos los juegos.

Sintió un arrebato de frustración y tuvo que sonreír al verse tan excitado por un inocente juego de palabras sacado de un libro infantil. Con todo, le resultaba un poco más fácil creer que la gente pudiera llegar a matarse por una adivinanza..., si la apuesta era lo bastante alta y había trampas de por medio.

«Déjalo estar. Estás haciendo exactamente lo que decía Rolando, pasar la respuesta de largo.»

Sin embargo, ¿en qué otra cosa podía pensar, si no?

Entonces empezó de nuevo el redoble de tambores en la ciudad, y Eddie tuvo algo más en que pensar. No hubo ningún crescendo; de pronto había silencio y un instante después sonaban los tambores a toda potencia, como si alguien hubiera accionado un interruptor. Eddie se dirigió al borde de la carretera y escuchó. Al cabo de unos segundos se volvió para ver si el ruido había despertado a los demás, pero seguía solo. Miró de nuevo hacia la ciudad y se puso las palmas de las manos tras las orejas para oír mejor.

Bump... ba bump ... ba bump bumpbump bump.

Bump... ba bump ... ba bump bumpbump bump.

Eddie se sentía cada vez más seguro de que había estado en lo cierto respecto a aquel redoble, de que al menos había resuelto esta adivinanza.

Bump... ba bump ... ba bump bumpbump bump.

La idea de encontrarse junto a una carretera abandonada en un mundo casi vacío, a unos doscientos setenta kilómetros de una ciudad edificada por una fabulosa civilización perdida, escuchando una batería de rock and roll... Eso era un desvarío, pero ¿era más desvarío que un semáforo que sonaba como una campana y sacaba una oxidada bandera verde con la palabra PASE? ¿Más desvarío que encontrar los restos de un avión alemán de los años treinta?

Eddie cantó en un susurro la letra de la canción de Z.Z. Top:

You need just enough of that sticky stuff

To hold the seam on your fine blue-jeans

I say yeah, yeah...[\[8\]](#)

Se amoldaban perfectamente al ritmo. Era la base de percusión de Velcro Fly, estaba seguro.

Al poco rato el sonido cesó tan bruscamente como había empezado, y a Eddie sólo le quedó para oír el rumor del viento y, más apagado, el del río Send, que tenía lecho pero no dormía.

5

Durante los cuatro días que siguieron no hubo acontecimientos. Andaban, veían el puente y la ciudad volverse más grandes y más claramente definidos, acampaban, comían, proponían adivinanzas, montaban guardia por turnos (Jake había atosigado a Rolando hasta conseguir que le encomendara un breve turno de guardia en las dos horas anteriores al alba), dormían. El único incidente digno de mención tuvo que ver con unas abejas.

Bien entrada la mañana del tercer día tras el hallazgo del avión estrellado, les llegó un zumbido que fue creciendo constantemente hasta dominar el día. Por fin Rolando se detuvo.

—Allí —anunció, y señaló un bosquecillo de eucaliptos.

—Parecen abejas —opinó Susannah.

A Rolando le brillaron los ojos azul descolorido.

—Puede que esta noche tengamos algo de postre.

—No sé cómo decírtelo, Rolando —intervino Eddie—, pero siento una especie de aversión a las picaduras.

—Nos pasa a todos —asintió Rolando—. Pero no hay viento. Creo que podremos dormirlas con humo y robarles el panal sin acabar incendiando medio mundo. Vamos a echar un vistazo.

Alzó a Susannah, tan interesada por la aventura como el propio pistolero, y cargó con ella hacia el bosquecillo. Eddie y Jake los siguieron a cierta distancia, y Acho, que al parecer había decidido que la discreción era la mejor parte del valor, permaneció sentado al borde de la Gran Carretera, jadeando como un perro y observándolos atentamente.

Rolando se detuvo en el límite de los árboles.

—Quedaos donde estáis —les dijo a Eddie y Jake, hablando con voz queda—. Vamos a echar un vistazo. Os haré una señal si todo va bien. —Se internó con Susannah en las sombras moteadas del bosquecillo mientras Eddie y Jake esperaban al sol, siguiéndolos con la mirada.

Se estaba más fresco a la sombra. El zumbido de las abejas era un rumor constante e hipnótico.

—Hay demasiadas —musitó Rolando—. Estamos a finales del verano; tendrían que estar por ahí, trabajando. No...

Divisó la colmena, una masa tumoral en el hueco de un árbol situado en el centro del claro, y dejó la frase sin terminar.

—¿Qué les pasa? —preguntó Susannah con voz suave y horrorizada—. ¿Qué les pasa, Rolando?

Una abeja, tan lenta y rolliza como un tábano en octubre, pasó zumbando junto a su cabeza. Susannah se apartó bruscamente. Rolando llamó a los otros con un ademán. Cuando llegaron a su lado se quedaron mirando la colmena sin decir nada. Las cámaras no eran pulcros hexágonos sino agujeros de todos los tamaños y formas repartidos al azar; la colmena en sí parecía extrañamente derretida, como si alguien le hubiera aplicado un soplete. Las abejas que se arrastraban perezosamente sobre ella eran tan blancas como la nieve.

—No habrá miel esta noche —sentenció Rolando—. Lo que nos lleváramos de ese panal podría ser dulce, pero nos envenenaría con tanta seguridad como la noche sigue al día.

Una de las grotescas abejas blancas voló torpemente hacia la cara de Jake, que se echó atrás con expresión de repugnancia.

—¿Qué ha sido lo que las ha vuelto así, Rolando? —preguntó Eddie.

—Lo mismo que ha vaciado toda esta tierra; lo que aún hace que muchos búfalos nazcan como monstruos estériles. Lo he oído llamar la Guerra Antigua, el Gran Fuego, el Cataclismo y la Gran Ponzaña. En cualquier caso, fue el comienzo de nuestros problemas y ocurrió hace mucho tiempo, mil años antes de que nacieran los tatarabuelos de la gente de Paso del Río. Los efectos físicos, como los búfalos de dos cabezas, las abejas blancas y demás, se han ido amortiguando con el paso del tiempo. Yo mismo lo he observado. Los otros cambios son mayores, aunque menos evidentes, y todavía siguen actuando.

Contemplaron a las abejas blancas, que se arrastraban sobre la colmena aturdidas y casi impotentes. Al parecer algunas intentaban trabajar; las más se limitaban a vagar sin propósito,

chocando de cabeza y reptando unas sobre otras. A Eddie le vino a la memoria una imagen que había visto por televisión: una muchedumbre de supervivientes abandonando la escena de una explosión de gas que había arrasado casi toda una manzana de una ciudad de California. Las abejas le recordaban a aquellos supervivientes aturdidos y conmocionados.

—Tuvisteis una guerra nuclear, ¿no? —le preguntó con tono acusador—. Esos Grandes Antiguos de los que tanto hablas se frieron sus propios culos, ¿verdad?

—No sé qué sucedió. Nadie lo sabe. Los archivos de aquellos tiempos se han perdido, y los escasos relatos que se conservan son confusos y contradictorios.

—Vámonos de aquí —dijo Jake con voz temblorosa—. Me pongo enfermo sólo de verlas.

—Estoy contigo, cielo —añadió Susannah.

Y así dejaron a las abejas seguir su inane y destrozada vida en aquel bosquecillo de antiguos árboles, y no hubo miel aquella noche.

6

—¿Cuándo vas a contarnos todo lo que sabes? —preguntó Eddie a la mañana siguiente. Hacía un día despejado y azul pero el aire era cortante; se les echaba encima su primer otoño en aquel mundo.

Rolando lo miró de soslayo.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría oír toda tu historia, de principio a fin, empezando por Galaad. Cómo creciste allí y qué acabó con todo. Quiero saber cómo supiste de la Torre Oscura y por qué decidiste buscarla. También quiero saber de tus primeros amigos. Y qué fue de ellos.

Rolando se quitó el sombrero, se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo y volvió a cubrirse.

—Tenéis derecho a conocer estas cosas, supongo, y os las contaré, pero no ahora. Es una historia muy larga. Nunca imaginé que tendría que contársela a nadie, y sólo la contaré una vez.

—¿Cuándo? —insistió Eddie.

—Cuando llegue el momento —respondió Rolando, y tuvieron que contentarse con eso.

Rolando despertó un instante antes de que Jake empezara a zarandearlo. Se incorporó y miró en derredor, pero Eddie y Susannah seguían profundamente dormidos y, a la tenue luz del amanecer, no vio ningún motivo de alarma.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—No lo sé —respondió Jake—. Lucha, quizá. Ven a oír. Rolando echó la manta a un lado y siguió a Jake hasta la carretera. Calculaba que sólo debían de quedarles tres días de marcha para llegar al lugar donde el Send pasaba ante la ciudad, y el puente —construido justo en el camino del Haz— dominaba el horizonte. Su pronunciada inclinación lateral se apreciaba más claramente que nunca, y el pistolero podía ver al menos una docena de huecos allí donde los cables sometidos a una tensión excesiva habían saltado como las cuerdas de una lira. Aquella madrugada el viento les soplaba directamente a la cara, vuelta hacia la ciudad, y los sonidos que transportaba eran débiles pero claros.

—¿Es lucha? —preguntó Jake.

Rolando asintió y se llevó un dedo a los labios.

Oyó débiles gritos, un estrépito que sonó como la caída de un objeto enorme y —naturalmente— los tambores. Enseguida se produjo otro estrépito, esta vez más musical: el ruido de vidrios al romperse.

—Ostras —susurró Jake, y se acercó más al pistolero.

Entonces llegaron los sonidos que Rolando esperaba no oír: un rápido y arenoso tableteo de armas ligeras seguido por una potente detonación hueca, sin duda alguna clase de explosión. La onda sonora rodó hacia ellos por la llanura como una invisible bola de jugar a los bolos. Después, los gritos, los golpes y los ruidos de rotura quedaron rápidamente sofocados por el sonido de los tambores, y cuando al cabo de unos minutos los tambores callaron con su inquietante y acostumbrada brusquedad, la ciudad volvía a estar en silencio. Pero ahora ese silencio poseía una desagradable connotación de espera.

Rolando le pasó un brazo por los hombros a Jake.

—Aún no es demasiado tarde para dar un rodeo —señaló.

Jake alzó la cara hacia él.

—No podemos.

—¿Por el tren?

Jake asintió y respondió en un tonillo monótono:

—Blaine es un engorro, pero hemos de coger el tren. Y la ciudad es el único sitio en que podemos cogerlo.

Rolando le dirigió una mirada especulativa.

—¿Por qué dices que hemos de cogerlo? ¿Es *ka*? Porque debes comprender, Jake, que todavía no sabes mucho sobre el *ka*; es uno de esos temas que los hombres estudian durante toda su vida.

—No sé si es *ka* o no, pero sé que no podemos ir a las tierras baldías si no estamos protegidos, y eso significa Blaine. Sin él moriremos, como morirán aquellas abejas que vimos cuando llegue el invierno. Necesitamos protección, porque las tierras baldías son tóxicas.

—¿Cómo sabes estas cosas?

—¡No lo sé! —replicó Jake, casi exasperado—. Pero lo sé.

—De acuerdo —dijo Rolando sin alterarse. Se volvió de nuevo hacia Lud—. Pero tendremos que ser muy cautelosos. Es lamentable que todavía les quede pólvora. Si tienen eso, quizá tengan otras cosas aún más potentes. Dudo que sepan cómo utilizarlas, pero eso sólo incrementa el riesgo. Podrían excitarse demasiado y enviarnos a todos al infierno.

—Erno —dijo una voz grave a sus espaldas. Se giraron los dos y vieron a Acho sentado junto a la carretera, observándolos.

Aquel mismo día llegaron a una nueva carretera que se proyectaba desde el oeste hacia ellos y se unía a la que venían siguiendo. A partir de aquel punto, la Gran Carretera —ahora mucho más ancha y dividida en dos partes por una mediana de piedra oscura pulimentada— empezaba a hundirse, y los taludes de hormigón agrietado que se alzaban a ambos lados suscitaban en los peregrinos una claustrofóbica sensación de encierro. Hicieron alto en un lugar donde había sido demolido uno de aquellos diques de hormigón, ofreciéndoles una consoladora vista de la llanura abierta, e hicieron una comida ligera e insatisfactoria.

—¿Por qué crees que construyeron la carretera así hundida, Eddie? —preguntó Jake—. Porque la construyeron así a propósito, ¿no?

Eddie miró hacia la abertura del hormigón, que permitía ver una llanura tan regular como siempre, y asintió con un gesto.

—Entonces, ¿por qué lo hicieron?

—No sé, campeón —respondió Eddie, pero en su fuero interno creía saberlo. Miró a Rolando de soslayo y barruntó que él también lo sabía. La carretera hundida que conducía al puente constituía una medida defensiva. Una tropa situada en lo alto de los taludes de hormigón dominaría dos reductos cuidadosamente diseñados. Si a los defensores no les gustaba el aspecto de los que se acercaban a Lud por la Gran Carretera, podían hacer llover destrucción sobre ellos.

—¿Seguro que no lo sabes? —insistió Jake.

Eddie le sonrió e intentó dejar de imaginar que en aquel mismo instante había un chiflado escondido allí arriba, dispuesto a hacer rodar una gran bomba oxidada por una de aquellas rampas de hormigón medio desmoronado.

—Ni idea —le aseguró.

Susannah lanzó un silbido de disgusto entre dientes.

—Esta carretera se está yendo al infierno, Rolando. Esperaba haberme librado para siempre del maldito arnés, pero será mejor que vuelvas a sacarlo.

El pistolero empezó a hurgar en el zurrón sin decir palabra.

El estado de la Gran Carretera iba deteriorándose a medida que otras vías más pequeñas se le unían como afluentes a un gran río. Al acercarse al puente, los adoquines dieron paso a una superficie que a Rolando se le antojó de metal y a los otros tres de asfalto. Esta superficie no había resistido tan bien como los adoquines. El tiempo había causado algunos desperfectos; el paso de incontables carros y caballos desde la última reparación había causado más desperfectos aún. La carretera se había desmenuzado en una masa de cascajo traicionero. Avanzar a pie resultaría difícil, y la idea de empujar la silla de ruedas de Susannah por aquella capa descompuesta era absurda.

Los taludes de los lados se habían ido volviendo cada vez más empinados, y cuando los viajeros llegaron a cierto punto vieron en lo alto unas siluetas esbeltas y aguzadas recortadas contra el cielo. Rolando pensó en puntas de flecha; unas flechas enormes, armas construidas por una tribu de gigantes. A sus compañeros les parecieron cohetes o misiles dirigidos. Susannah pensó en los cohetes Redstone que lanzaban desde Cabo Cañaveral; Eddie pensó en los misiles SAM repartidos por toda Europa, algunos dispuestos para ser disparados desde camiones; Jake pensó en los ICBM escondidos en silos de hormigón armado bajo las planicies de Kansas y en las montañas deshabitadas de Nevada, programados para atacar China o la Unión Soviética en caso de una conflagración nuclear total. Todos ellos experimentaron la sensación de haberse internado en una desdichada y tenebrosa zona de sombra, o en un país sometido a una antigua pero todavía poderosa maldición.

Unas horas después de haber penetrado en esta zona —Jake la llamaba el Guantelete—, llegaron a un lugar donde se reunía media docena de carreteras de acceso, como hebras de una telaraña, y allí donde terminaban los muros de hormigón y se abría de nuevo el campo, cosa que alivió a todos, aunque ninguno lo dijo en voz alta. Sobre el cruce colgaba otro semáforo, esta vez de un modelo que a Eddie, Susannah y Jake les resultó más familiar; en otro tiempo había tenido cristales redondos en sus cuatro caras, aunque hacía mucho que estaban rotos.

—Cuando la construyeron, esta carretera debió de ser la octava maravilla del mundo —comentó Susannah—, y fijate ahora. Es un campo de minas.

—A veces lo antiguo es lo mejor —asintió Rolando.

Eddie apuntó hacia el oeste.

—Mirad allí.

Ahora que ya no estaban las altas barreras de hormigón, podían ver exactamente lo que Si les había descrito mientras bebían el amargo café de Paso del Río. «Una sola vía —había dicho, encumbrada sobre una pilastra de piedra artificial, como la que utilizaban los Antiguos para construir sus calles y muros.» La vía se abalanzaba sobre ellos desde el oeste en una fina línea recta para cruzar luego el Send hacia la ciudad sobre un angosto caballete dorado. Era una construcción sencilla y elegante —y la primera que veían completamente libre de orín—, pero no por eso menos estropeada. Hacia la mitad del camino se había desprendido un gran fragmento del caballete para caer a las veloces aguas del río. Lo que quedaba eran dos grandes estribos sobresalientes que se apuntaban el uno al otro como dedos acusadores. Debajo del agujero asomaba casi verticalmente del agua un aerodinámico tubo de metal. En otro tiempo había sido azul claro, pero ahora el color quedaba oscurecido por una capa de escamas de óxido. Visto desde aquella distancia, parecía muy pequeño.

—Ya podemos despedirnos de Blaine —dijo Eddie—. No me extraña que dejaran de oírlo. Los soportes acabaron cediendo mientras cruzaba el río y fue a caer en la sopa. Debía de estar frenando cuando ocurrió, o el impulso lo habría llevado hasta la otra orilla y ahora sólo veríamos un gran agujero como un cráter de bomba al otro lado del río. Bien, fue una idea estupenda mientras duró.

—Mercy dijo que había otro —le recordó Susannah.

—Sí. Y también dijo que no lo oía desde hace siete u ocho años, y Tía Talitha dijo que más bien diez. ¿Tú qué dices, Jake? ¿Jake? La Tierra llamando a Jake, la Tierra llamando a Jake, adelante, compañerito.

Jake, que estaba observando atentamente los restos semisumergidos del tren, se limitó a encogerse de hombros.

—Eres una gran ayuda, Jake —prosiguió Eddie—. Tu valiosa contribución... por eso te quiero tanto. Te queremos todos tanto.

Jake no le prestó atención. Sabía qué estaba viendo, y no era Blaine. Los restos del monorraíl que sobresalían del río eran azules. En su sueño, Blaine era de un rosa polvoriento y azucarado como el de aquel chicle que venía con cromos de béisbol.

Rolando, mientras tanto, se había abrochado sobre el pecho las correas del arnés para transportar a Susannah.

—Eddie, sube a tu dama a este artefacto. Ya es hora de que nos pongamos en marcha y lo veamos nosotros mismos.

Jake desvió la mirada y contempló con nerviosismo el puente que se erguía ante ellos. A lo lejos se oía un zumbido agudo y espectral, el rumor del viento entre las deterioradas péndolas de acero que unían los cables principales con el piso de cemento del puente.

—¿Crees que se podrá cruzar sin peligro? —preguntó.

—Mañana lo averiguaremos —respondió Rolando.

A la mañana siguiente, el grupo de viajeros se detuvo al extremo del largo puente oxidado, frente a la ciudad de Lud. El sueño de Eddie de un pueblo de ancianos elfos sabios que hubiera conservado una tecnología utilizable de la que los peregrinos podrían beneficiarse se desvanecía con rapidez. Ahora que estaban tan cerca veía huecos en el paisaje de la ciudad, allí donde edificios enteros parecían haber sido incendiados o derribados con explosivos. La silueta de Lud le recordó una mandíbula enferma de la que ya habían caído muchos dientes.

Cierto que muchos edificios seguían en pie, pero tenían un aire lúgubre y desolado que llenó a Eddie de una melancolía poco frecuente en él, y el puente que se extendía entre los viajeros y aquel ruinoso laberinto de acero y hormigón parecía cualquier cosa menos sólido y perdurable. Las péndolas verticales de la izquierda colgaban flojas; las que quedaban a la derecha casi aullaban de tensión. El piso estaba compuesto por módulos, una serie de cajas huecas de hormigón en forma de trapezoide. Algunas se habían desplazado hacia arriba y mostraban su vacío interior; otras estaban torcidas. Muchas de éstas sólo estaban agrietadas, pero otras se habían roto y presentaban huecos lo bastante grandes para tragarse un camión, un camión grande. Allí donde se había roto también el fondo de la caja, además de la cara superior, podía verse la orilla cenagosa y el agua verde grisácea del Send. Eddie calculó que, en el centro del puente, la distancia entre el piso y el agua debía ser de unos cien metros. Y seguramente se quedaba corto.

Eddie contempló los enormes cajones de hormigón donde estaban anclados los cables principales y le pareció que el del lado derecho del puente estaba parcialmente arrancado del suelo, pero consideró que sería mejor no comentárselo a los demás, pues ya era bastante malo que el puente se balanceara, lenta pero perceptiblemente, de un lado a otro. Sólo mirarlo le producía mareos.

—Bueno —le preguntó a Rolando—, ¿qué te parece?

Rolando apuntó hacia el lado derecho del puente. Había una pasarela ladeada como de un metro y medio de anchura. La habían construido sobre una serie de cajas de hormigón más pequeñas, y de hecho constituía un piso distinto. Al parecer, ese piso segmentado era sostenido por un cable inferior —o quizás era una gruesa barra de acero— sujeto a los cables de sostén principales por medio de enormes abrazaderas curvas. Eddie inspeccionó la más cercana con el ferviente interés de quien pronto habrá de confiar su vida al objeto que está examinando. La abrazadera estaba oxidada pero aún parecía en buen estado. Grabadas sobre el metal había las palabras FUNDICIONES LaMERK. A Eddie le fascinó descubrir que ya no sabía si las palabras estaban en inglés o en Alta Lengua.

—Creo que podemos ir por ahí —sugirió Rolando—. Sólo hay un sitio malo. ¿Lo ves?

—Sí. Resulta difícil no verlo.

Era muy posible que el puente, que medía más de un kilómetro de longitud, no hubiese recibido el mantenimiento adecuado desde hacía más de mil años, pero a Rolando le pareció que el auténtico deterioro no debía de haber empezado hasta unos cincuenta años atrás. A medida que se rompían las péndolas de la derecha, el puente se ladeaba cada vez más hacia la izquierda. La mayor torsión se daba en el centro del puente, entre las dos torres de sostén de más de cien metros de altura. Allí donde la fuerza de torsión era más intensa, se había abierto en el piso un gran agujero en forma de ojo. En la pasarela el hueco era más pequeño, pero aun así habían caído al Send al menos dos módulos de hormigón contiguos, dejando una abertura de unos siete u ocho metros. En el lugar que habían ocupado los módulos se veía claramente el oxidado cable o barra de acero que sostenía la pasarela. Tendrían que avanzar sobre él para salvar el hueco.

—Creo que podemos cruzar —prosiguió Rolando con toda calma—. El hueco es una complicación, pero la barandilla aún se sostiene, de modo que podremos asirnos a algo.

Eddie asintió, pero notó que se le aceleraba el corazón. Visto desde allí, el soporte de la pasarela parecía un tubo grueso de metal ensamblado, y debía de medir como un metro veinte de anchura en la parte superior. Eddie se imaginó mentalmente cómo tendrían que cruzar, con los pies sobre la superficie ancha y ligeramente curvada del cable y las manos aferradas a la

barandilla, mientras el puente cabeceaba con lentitud como un barco con marejadilla ligera.

—¡Dios mío! —exclamó. Intentó escupir pero no salió nada. Tenía la boca demasiado seca—. ¿Estás seguro, Rolando?

—No veo otra manera. —Rolando señaló río abajo y Eddie vio un segundo puente. Éste se había hundido mucho antes. Sus restos sobresalían del Send en una oxidada maraña de hierro viejo.

—¿Tú qué dices, Jake? —preguntó Susannah.

—Bah, por mí no hay problema —respondió Jake al instante. De hecho, estaba sonriendo.

—Te odio, chaval —dijo Eddie.

Rolando contempló a Eddie con cierta preocupación.

—Si crees que no podrás hacerlo, dilo ahora. No empieces a cruzar y te quedes paralizado en medio.

Eddie examinó la torcida superficie del puente durante un buen rato, y finalmente asintió.

—Supongo que podré hacerlo. Nunca he sido un gran aficionado a las alturas, pero me las arreglaré.

—Bien. —Rolando los miró a todos—. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. Yo iré delante con Susannah. Luego Jake, y Eddie en retaguardia. ¿Podrás llevar la silla de ruedas?

—Bah, por mí no hay problema —replicó Eddie con frivolidad.

—Entonces, vamos allá.

En cuanto Eddie pisó la pasarela, el miedo le llenó sus espacios huecos como si fuese agua fría, y empezó a preguntarse si no había cometido una peligrosísima equivocación. Desde tierra firme le había parecido que el puente sólo oscilaba un poquito, pero ahora que en efecto se hallaba sobre él tenía la sensación de estar parado en el péndulo del reloj de pared más grande del mundo. El movimiento era muy lento, pero regular, y la longitud de las oscilaciones mucho mayor de lo que había imaginado. La superficie de la pasarela estaba sumamente agrietada y se inclinaba al menos diez grados hacia la izquierda. Los pies se le hundían en pilas sueltas de hormigón desmenuzado, y constantemente se oía el grave rechinar de los módulos en fricción. Al otro extremo del puente, el horizonte de la ciudad se inclinaba lentamente de un lado a otro como el horizonte artificial del videojuego más lento del mundo.

Más arriba, el viento resonaba sin cesar entre los tensos cables de suspensión. Abajo, el terreno descendía bruscamente hacia la fangosa ribera noroccidental del río. Eddie se hallaba a diez metros de altura..., y luego a veinte..., y luego a treinta y cinco. Pronto estaría encima del agua. La silla de ruedas le golpeaba la pierna izquierda a cada paso. Algo peludo se le escabulló entre las piernas y le hizo buscar frenéticamente con la mano derecha el apoyo de la barandilla. Apenas pudo contener un grito. Acho pasó trotando y le dirigió una breve mirada de soslayo, como diciendo: «Perdón por la molestia; ya me voy.»

—Maldito animal idiota —masculló Eddie con los dientes apretados.

Descubrió que no le gustaba nada mirar abajo, pero que aún sentía mayor aversión a mirar las péndolas que todavía conseguían mantener el piso del puente unido a los cables principales. Las péndolas estaban cubiertas de óxido y Eddie vio que en la mayoría sobresalían fragmentos de hilo de acero parecidos a copos metálicos de algodón. Sabía por su tío Reg, que había trabajado como pintor en los puentes George Washington y de Triborough, que las péndolas y los cables principales se componían de miles de hilos de acero trenzados entre sí. En este puente, las trenzas habían empezado por fin a deshacerse. A medida que los cables perdían su torsión, los hilos iban partiéndose hebra a hebra.

«Si ha aguantado hasta ahora, aguantará un poco más. ¿Crees que todo este montaje va a caerse al río sólo porque tú lo estás cruzando? No te des tanta importancia.»

Pero este pensamiento no le sirvió de consuelo. Según él sabía, tal vez fueran las primeras personas que intentaban cruzar el puente desde hacía decenios. Y después de todo, algún día tenía que hundirse; un día no muy lejano a juzgar por su aspecto. El peso combinado de los viajeros podía ser la paja que rompiera el lomo del camello.

Uno de sus mocasines empujó un trozo de hormigón y Eddie, mareado pero incapaz de apartar los ojos, lo siguió con la mirada mientras caía y caía y caía dando vueltas en el aire. Hubo una pequeña salpicadura —muy pequeña— cuando chocó con el agua. Una ráfaga de viento, cada vez más intenso, le pegó la camisa sobre la sudorosa piel. El puente emitía gruñidos de protesta y se balanceaba. Eddie intentó apartar las manos de la barandilla pero era como si estuviesen pegadas al corroído metal en un apretón de muerte.

Cerró los ojos por un instante. «No te quedarás paralizado. De ninguna manera. Yo... te lo prohíbo. Si necesitas mirar algo, que sea algo largo, alto y feo.» Eddie volvió a abrir los ojos, los fijó en el pistolero, se obligó a abrir las manos y empezó a avanzar de nuevo.

Rolando llegó al vacío y miró atrás. Jake le seguía a menos de dos metros, con Acho a los talones. El brambo se movía agazapado, con el cuello estirado hacia delante. El viento era mucho más fuerte en el río, y Rolando vio que hacía ondear el sedoso pelo de Acho. Eddie estaba a unos ocho metros de Jake. Tenía una expresión muy tensa pero seguía avanzando hoscamente, con la silla plegada de Susannah en la mano izquierda. La derecha asía la barandilla como la fría muerte.

—¿Susannah?

—Sí —respondió ella de inmediato—. Estoy bien.

—¿Jake?

Jake alzó la mirada. Seguía sonriendo, y el pistolero vio que por esa parte no habría ningún problema. El chico estaba pasándose en grande. El cabello le ondeaba hacia atrás dejando al descubierto su bien dibujada frente, y le chispeaban los ojos. Hizo un ademán con el pulgar hacia arriba. Rolando sonrió y le devolvió el gesto.

—¿Eddie?

—No te preocupes por mí.

Eddie parecía estar mirando al pistolero, pero éste pensó que en realidad miraba más allá, hacia los edificios de ladrillo sin ventanas que cubrían la orilla al otro extremo del puente. Bien estaba; en vista de su evidente miedo a las alturas, seguramente era lo mejor que podía hacer para no perder la cabeza.

—Muy bien, no me preocupo —murmuró Rolando—. Ahora vamos a cruzar el agujero, Susannah. Siéntate bien. No hagas movimientos bruscos. ¿Entendido?

—Sí.

—Si quieres cambiar de postura, hazlo ahora.

—Estoy bien, Rolando —respondió ella con calma—. Ojalá Eddie pueda decir lo mismo.

—Ahora Eddie es un pistolero. Se portará como tal.

Rolando se volvió hacia la derecha, de manera que quedó de cara al río en el sentido de la corriente, y se agarró al pasamanos. Seguidamente empezó a desplazarse sobre el agujero, arrastrando las botas por el cable oxidado.

Jake esperó hasta que Rolando y Susannah hubieron cubierto la mayor parte del hueco y entonces empezó a cruzar él. El viento se arremolinaba en rachas y el puente cabeceaba de un lado a otro, pero eso no le inquietaba en lo más mínimo. De hecho, estaba absolutamente encantado. A diferencia de Eddie, nunca le habían asustado las alturas; le gustaba estar allí arriba, donde podía ver el río como una cinta de acero extendida bajo un firmamento que empezaba a nublarse.

Hacia la mitad del agujero —Rolando y Susannah ya habían llegado al otro segmento de pasarela irregular y estaban contemplando a los demás—, Jake volvió la vista atrás y le cayó el alma a los pies. Al estudiar el modo de cruzar se habían olvidado de un miembro del grupo. Acho estaba agazapado, inmóvil y claramente aterrorizado, al borde del agujero en la pasarela, olisqueando el lugar donde terminaba el hormigón y proseguía el oxidado soporte curvado.

—¡Ven aquí, Acho! —le gritó Jake.

—¡Acho! —gritó el brambo a su vez, y el temblor de su voz ronca fue casi humano. Alargó el cuello hacia Jake, pero no se movió. Tenía los ojos, bordeados de oro, muy abiertos y desesperados.

Otra racha de viento azotó el puente, haciéndolo crujir y oscilar. Algo sonó junto a la cabeza de Jake; el sonido de una cuerda de guitarra que se ha ido tensando hasta romperse. Un hilo de acero se había desprendido de la péndola vertical más cercana, casi arañándole la mejilla. A unos tres metros de distancia, Acho seguía agazapado lastimosamente con los ojos fijos en Jake.

—¡Vamos! —gritó Rolando—. ¡El viento arrecia! ¡Sigue adelante, Jake!

—¡No sin Acho!

Jake empezó a retroceder. Antes de que hubiera podido dar más de dos pasos, Acho pisó cautelosamente la barra de sostén. Tenía las patas muy rígidas, y las uñas resbalaban sobre la redondeada superficie de metal. Eddie se encontraba ya detrás mismo del brambo, sintiéndose desvalido y muerto de miedo.

—¡Muy bien, Acho! —le animó Jake—. ¡Ven conmigo!

—¡Acho Acho! ¡Ake Ake! —gritó el brambo, y empezó a trotar con rapidez sobre la barra. Casi había llegado a Jake cuando el viento traidor sopló de nuevo. El puente osciló. Las uñas de Acho arañaron frenéticamente la barra de sostén en busca de un asidero, pero no lo había. Sus cuartos traseros se deslizaron hacia el borde y cayeron al vacío. Intentó sujetarse con las patas delanteras, pero no había nada a lo que sujetarse. Sus patas traseras se agitaban desesperadamente en el aire.

Jake soltó la barandilla y saltó hacia él, incapaz de ver otra cosa que aquellos ojos bordeados de oro.

—¡No, Jake! —gritaron Eddie y Rolando al unísono, cada uno desde su lado del agujero, demasiado apartados para hacer nada más que mirar.

Jake chocó con el pecho y el abdomen contra el cable. La mochila le rebotó sobre los omóplatos y oyó entrechocar los dientes con el ruido de una bola de billar al dispersar la formación en la primera tirada. Hubo otra racha de viento. Jake se dejó llevar por ella. Pasó el brazo derecho sobre la barra de sostén y extendió el izquierdo hacia Acho mientras caía al vacío. El brambo empezó a caer, y en el último momento cerró las mandíbulas sobre la mano extendida de Jake. El dolor fue instantáneo y agudísimo. Jake chilló pero permaneció sujeto, la cabeza gacha, el brazo derecho prendido a la barra, las rodillas muy apretadas contra su rugosa superficie. Acho se balanceaba suspendido de su mano izquierda como un acróbata de circo, mirando hacia lo alto con sus ojos rodeados de oro, y Jake alcanzó a ver su propia sangre chorreando en finos hilillos por los costados de la cabeza del brambo.

Entonces hubo otra ráfaga de viento y Jake empezó a resbalar.

El miedo abandonó de pronto a Eddie para dar paso a aquella extraña pero bienvenida frialdad. Arrojó la silla de ruedas al cemento agrietado y corrió ágilmente por el cable de sostén sin molestarse en utilizar la barandilla. Jake colgaba cabeza abajo sobre el vacío, con Acho balanceándose al extremo de su mano izquierda como un péndulo peludo. Y la mano derecha estaba resbalando.

Eddie abrió las piernas para caer sentado a horcajadas. Los testículos indefensos le quedaron dolorosamente aplastados bajo la pelvis, pero de momento incluso este penetrante dolor era una noticia de un país lejano. Cogió a Jake por el cabello con una mano y una correa de su mochila con la otra. Se sintió resbalar hacia fuera, y por un instante de pesadilla creyó que iban a caer los tres en cadena.

Le soltó el pelo a Jake y aseguró la presa sobre la correa de la mochila, rezando porque el chico no la hubiera comprado en una de esas tiendas de artículos baratos. Agitó la mano libre en el aire, en busca de la barandilla. Tras un lapso interminable en el que su deslizamiento conjunto no cesó, dio con la barandilla y se aferró a ella.

—¡ROLANDO! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡ME VENDRÍA BIEN UN POCO DE AYUDA!

Pero Rolando ya estaba a su lado, con Susannah todavía a la espalda. Cuando el pistolero se agachó, ella le echó los brazos al cuello para no salir despedida del arnés con la cabeza por delante. El pistolero pasó un brazo en torno al pecho de Jake y lo izó. Cuando volvió a tener los pies bien plantados en la barra de soporte, Jake rodeó el cuerpo tembloroso de Acho con el brazo derecho. La mano izquierda era una agonía de fuego y hielo.

—Suelta, Acho —jadeó—. Ya puedes soltar, estamos a salvo. Durante un instante terrible creyó que el bilibrambo no iba a hacerlo. Luego, poco a poco, Acho aflojó las mandíbulas y Jake pudo retirar la mano. Estaba cubierta de sangre y marcada con un círculo de agujeros oscuros.

—Acho —dijo débilmente el brambo, y Eddie vio con admiración que los extraños ojos del animal estaban llenos de lágrimas. El brambo estiró el cuello y lamió la cara a Jake con una lengua ensangrentada.

—Está bien —lo tranquilizó Jake, y hundió la cara en el cálido pelo. Él también lloraba, y su rostro era una máscara de conmoción y dolor—. No te preocupes, no has podido evitarlo y a mí no me importa.

Eddie se puso en pie lentamente. Tenía la cara de un gris sucio, y se sentía como si alguien le hubiera arrojado una bola maciza a la entrepierna. Acercó lentamente la mano izquierda a la zona para evaluar los daños.

—Acabo de hacerme una vasectomía barata —dijo con voz ronca.

—¿Vas a desmayarte, Eddie? —le preguntó el pistolero. Una nueva racha de viento le arrebató el sombrero de la cabeza y lo envió al rostro de Susannah. Ésta lo cogió al vuelo y se lo encasquetó a Rolando hasta las orejas, dándole la apariencia de un montañés medio loco.

—No —respondió Eddie—. Ya me gustaría, pero...

—Mirad a Jake —le interrumpió Susannah—. Está sangrando mucho.

—Estoy bien —dijo Jake, e intentó esconder la mano.

Rolando se la cogió con delicadeza antes de que pudiera hacerlo. Jake había recibido al menos una docena de heridas punzantes en el dorso de la mano, la palma y los dedos. La mayoría eran hondas. No se podría decir si había huesos rotos o tendones seccionados hasta que Jake intentara a flexionar la mano, y no era ése el momento ni el lugar para tales experimentos.

Rolando miró a Acho. El bilibrambo le devolvió la mirada, y sus ojos expresivos estaban tristes y asustados. No había hecho ningún intento de lamer la sangre de Jake que le cubría el hocico, aunque eso hubiera sido lo más natural del mundo.

—Déjalo en paz —le advirtió Jake, y apretó con más fuerza el cuerpo de Acho—. No ha sido culpa suya. Ha sido culpa mía, por olvidarme de él. El viento lo ha hecho caer.

—No le haré daño —dijo Rolando. Tenía la certeza de que el bilibrambo no estaba rabioso, pero no quería que Acho probara el sabor de la sangre de Jake más de lo que ya lo había hecho.

En cuanto a otras enfermedades que Acho pudiera llevar en la sangre... bueno, *ka* decidiría, como en último término decidía siempre. Rolando se quitó el pañuelo del cuello y le enjugó los labios y el hocico de Acho.

—Ya está —dijo—. Buen chico. Buen muchacho.

—Acho —dijo el bilibrambo con voz débil, y Susannah, que miraba por encima del hombro de Rolando, hubiera podido jurar que había gratitud en su voz.

Los azotó otra racha de viento. El tiempo estaba empeorando a gran velocidad.

—Tenemos que salir del puente, Eddie. ¿Puedes andar?

—No, señor; voy a tener que arrastrar las pezuñas. —El dolor que sentía en las ingles y en la boca del estómago aún era intenso, pero no tanto como un minuto antes.

—Bien, en marcha. Tan deprisa como podamos.

Rolando se volvió, empezó a dar un paso y paró en seco. Al otro lado del hueco había aparecido un hombre, que los miraba con cara inexpresiva.

El recién llegado se había acercado mientras tenían la atención centrada en Jake y Acho. Una ballesta le colgaba a la espalda. Llevaba un vistoso pañuelo amarillo anudado a la cabeza; las puntas se agitaban como gallardetes a impulsos del viento. De sus orejas pendían sendos aros de oro con una cruz en el centro. Un parche de seda blanca le cubría un ojo. Tenía el rostro sembrado de pústulas amoratadas, algunas de ellas abiertas y supurantes. Podía tener treinta años, o cuarenta, o sesenta. Mantenía una mano bien en alto. En ella había algo que Rolando no alcanzaba a distinguir aunque su forma era demasiado regular para ser una piedra.

Por detrás de esta aparición, la ciudad se erguía con una especie de claridad espectral en el día cada vez más oscuro. Cuando Eddie paseó la mirada por el amasijo de edificios de ladrillo de la orilla opuesta —almacenes que los saqueadores habían vaciado mucho tiempo atrás— y vio aquellos lóbregos cañones y laberintos de piedra, comprendió por primera vez cuán terriblemente equivocado estaba, cuán descabellados habían sido sus sueños de esperanza y socorro. Vio las fachadas derruidas y los tejados rotos; vio los toscos nidos de pájaro en las cornisas y en los huecos de las ventanas desprovistas de cristales; se permitió oler incluso la ciudad, y su olor no era de especias fabulosas y alimentos exóticos como los que a veces su madre compraba en Zabar sino más bien el hedor de un colchón al que se ha prendido fuego, se ha dejado arder un rato y luego se ha apagado con agua de cloaca. De súbito entendió a Lud, la entendió por completo. El pirata sonriente que se había presentado mientras estaban distraídos en otra cosa era seguramente lo más parecido a un elfo sabio y anciano que iban a encontrar en aquel lugar roto y moribundo.

Rolando sacó el revólver.

—Guarda eso, capullito mío —dijo el hombre del pañuelo amarillo, con un acento tan cerrado que casi se perdía el sentido de las palabras—. Guarda eso, mi corazón. Sois una compañía potente, sí, se ve bien claro, pero esta vez no tenéis nada que hacer.

Los pantalones del recién llegado eran de terciopelo verde con remiendos, y parado allí al borde del agujero del puente parecía un bucanero al final de sus días de rapiña: enfermo, desastrado y todavía peligroso.

—Supongamos que prefiero no hacerlo —replicó Rolando—. Supongamos que prefiero sencillamente meterte una bala en tu cabeza escrofulosa.

—Entonces llegaré al infierno un poco antes que vosotros, justo a tiempo para abriros la puerta —respondió el hombre del pañuelo amarillo, y emitió una risita oxidada. Agitó la mano que sostenía en el aire—. Para mí es todo la misma prosodia; me da igual una cosa que otra.

Rolando pensó que probablemente era verdad. A juzgar por el aspecto del desconocido, no parecía quedarle más de un año de vida, como mucho..., y los últimos meses de ese año seguramente serían muy desagradables. Las llagas supurantes que le comían la cara no tenían nada que ver con la radiación; a menos que Rolando anduviera muy desencaminado, aquel hombre se hallaba en las últimas fases de lo que los médicos llamaban mandrus, y los profanos, flores de puta. Enfrentarse a un individuo peligroso siempre era un mal asunto, pero al menos en un encuentro así se podían calcular las posibilidades. Cuando había que enfrentarse a un muerto, empero, todo era muy distinto.

—¿Sabéis qué tengo aquí, queriditos míos? —preguntó el pirata—. ¿Sabéis qué acaba de caerle casualmente en las manos a vuestro viejo amigo el Chirlas? Es un granado, una cosita guapa que se dejaron los Antiguos, y ya le he quitado la cubierta..., porque quedarse cubierto antes de hacer las presentaciones sería de muuuy mala educación, vaya si no...

Se puso a reír a carcajadas, pero de repente su expresión se volvió grave de nuevo. La jocosidad desapareció al instante, como si hubieran accionado un conmutador en su cerebro degenerado.

—Ahora, querido, lo único que sujeta la aguja es mi dedo. Si me matas, habrá una explosión muuuy grande. Tú y el chocho de mona que llevas a la espalda quedaréis vaporizados. El pimpollo también, creo yo. El jovenzuelo que tienes detrás y que me está apuntando con una pistola de juguete quizá salga con vida, pero sólo hasta chocar con el agua..., y lo que es chocar, chocaría, porque hace cuarenta años que el puente se aguanta por los pelos, y sólo le hace falta un empujoncito para hundirse en el río. Así que, ¿quieres guardar el hierro o prefieres que nos vayamos juntos al infierno en el mismo carretón?

Rolando sopesó brevemente la posibilidad de arrancarle de la mano con un disparo bien dirigido aquel objeto que llamaba granado, pero vio con qué fuerza lo agarraba y enfundó el revólver.

—¡Ah, bien! —exclamó el Chirlas, alegre de nuevo—. ¡Nada más verte he sabido que eras un punto de primera! ¡Vaya si no!

—¿Qué quieres? —le preguntó Rolando, aunque ya creía conocer la respuesta.

El Chirlas alzó la mano libre y señaló a Jake con un dedo mugriento.

—El pimpollo. Dame el pimpollo y los demás tenéis vía libre.

—¡Vete a la mierda! —saltó Susannah al instante.

—¿Por qué no? —El pirata soltó otra risotada—. Dame un trozo de espejo y me la saco aquí mismo y se la meto. ¿Por qué no, para lo que me sirve ya? ¡Ni siquiera puedo echar una meadita sin que me suba la quemadura hasta lo alto de la galabozca! —Sus ojos, que eran de un gris extrañamente sereno, no se apartaban de la cara de Rolando—. ¿Tú qué dices, compañero del alma?

—¿Qué nos pasará a los demás si te entrego al chico?

—Nada. Que podréis seguir vuestro camino sin que volvamos a molestaros —replicó con presteza el hombre del pañuelo amarillo en la cabeza—. En eso tenéis la palabra del señor Tic Tac. De sus labios a mis labios y a vuestros oídos, vaya si no, y el Tic Tac también es un punto de primera, que cuando da su palabra ya no la rompe. No prometo ni digo nada de los pubis con que podáis encontraros, pero los grises del señor Tic Tac no os crearán problemas.

—¿Qué coño estás diciendo, Rolando? —rugió Eddie—. No estarás pensando en hacerlo,

¿verdad?

Rolando no miró a Jake y sus labios no se movieron cuando murmuró:

—Cumpliré mi promesa.

—Sí. Ya lo sé. —Después, Jake alzó la voz y dijo—: Guarda la pistola, Eddie. Lo decidiré yo.

—¡Has perdido la cabeza, Jake!

El pirata soltó una risa jovial.

—¡Al contrario, capullito! ¡Serás tú quien la pierda si no me crees! Como mínimo, con nosotros estará a salvo de los tambores, ¿o no? Y piensa: si no hablara con verdad, antes que nada os habría dicho que tirarais las pistolas al río. ¡Lo más fácil del mundo! Pero ¿os lo he dicho? ¡Qué va!

Susannah había oído el breve intercambio de palabras entre Jake y Rolando. Además, también había podido darse cuenta de que, tal como estaban las cosas, sus opciones eran muy sombrías.

—Guarda el arma, Eddie.

—¿Cómo sabemos que no nos tirarás la granada cuando tengas al chico? —gritó Eddie.

—La haré estallar en el aire si lo intenta —dijo Rolando—. Puedo hacerlo, y él lo sabe.

—No te diré que no. Todo tú tienes un aire muy sabido, vaya si no.

—Si dice la verdad —prosiguió Rolando—, moriría igualmente aunque yo no le acertara a su juguete, porque se desplomarían el puente y caeríamos todos juntos.

—¡Muuuy listo, hijo mío queridísimo! —exclamó el Chirlas—. ¿Ves cómo eres un sabido?

—Soltó unas cuantas carcajadas, y de pronto se puso serio y confidencial—. Se acabó la conversación, mi buen amigo. Tú decides. ¿Me das al chico o nos vamos todos juntos hasta el final del camino?

Antes de que Rolando pudiera decir palabra, Jake ya se había adelantado por la barra de sostén. Seguía llevando a Acho acurrucado en su brazo derecho. Mantenía la mano izquierda rígidamente extendida al frente.

—¡Jake, no! —gritó Eddie con desesperación.

—Iré a buscarte —le aseguró Rolando en el murmullo de antes.

—Ya lo sé —repitió Jake. Hubo otra racha de viento. El puente osciló con un gemido. Ahora las aguas del Send cabrilleaban y había un hervor blanco de espuma en torno a los restos del monorraíl azul que sobresalían del río, corriente arriba.

—¡Sí, capullito mío! —canturreó el Chirlas. Sus labios muy abiertos dejaban al descubierto unos pocos dientes que se erguían sobre las encías blancuzcas como lápidas de cementerio—. ¡Sí, pimpollo de mi corazón! No te detengas.

—¡Podría ser un ardid, Rolando! —aulló Eddie—. ¡Esa bomba puede ser falsa!

El pistolero no dijo nada.

Cuando Jake se acercaba al otro lado del hueco de la pasarela, Acho le enseñó los dientes al Chirlas y emitió un gruñido amenazador.

—Echa ese saco de tripas al río —le ordenó el Chirlas.

—Vete a la mierda —replicó Jake con la misma voz calmada. Tras unos instantes de sorpresa, el pirata asintió.

—Estás tierno con él, ¿eh? Muy bien. —Retrocedió un par de pasos—. Pues suéltalo en cuanto llegues al hormigón. Y si se me echa encima, te prometo que le daré una patada que le hará salir los sesos por su tierno agujero del culo.

—Culo —dijo Acho con los dientes al descubierto.

—Cállate, Acho —musitó Jake. Llegó al hormigón justo en el momento en que una ráfaga de viento más fuerte que las anteriores azotaba el puente. Esta vez el sonido vibrante de las hebras de cable al partirse pareció llegar de todas direcciones. Jake volvió la cabeza y vio a Rolando y Eddie sujetos a la barandilla. Susannah lo miraba por encima del hombro de Rolando, con su compacto tocado de rizos sacudido y agitado por el viento. Jake levantó la mano. Rolando alzó la suya en respuesta.

«¿No me dejarás caer esta vez?», le había preguntado. «No, ni esta vez ni nunca», le había prometido Rolando. Jake creía en él... pero tenía mucho miedo a lo que podía ocurrirle antes de que llegara Rolando. Dejó a Acho en el suelo. El Chirlas se abalanzó sobre él en el mismo instante y le lanzó una patada al pequeño animal. Acho saltó a un lado y logró esquivar la bota.

—¡Corre! —gritó Jake. Acho obedeció y salió corriendo hacia el extremo del puente que daba a la ciudad de Lud, la cabeza gacha, desviándose hacia los lados para evitar los agujeros, saltando sobre las grietas del pavimento. No volvió la vista atrás. Un instante después, el Chirlas le había pasado un brazo por el cuello a Jake. Apeataba a mugre y a carne en descomposición, y los dos olores se combinaban para crear un profundo hedor denso y costroso. A Jake le hizo basquear.

El pirata apretó la entrepierna contra las nalgas de Jake.

—A lo mejor no estoy tan en las últimas como pensaba. ¿No dicen que la juventud es el vino que embriaga a los viejos? Nos acostaremos un ratito, ¿verdad que sí, mi dulce pimpollito? Sí, nos acostaremos un ratito tú y yo que hará cantar a los ángeles.

«Oh, Dios», pensó Jake.

El Chirlas alzó de nuevo la voz.

—Ahora nos vamos, mi correoso amigo; tenemos grandes cosas que hacer y grandes personajes que visitar, vaya sí no, pero cumplo mi palabra. En cuanto a vosotros, os quedaréis ahí donde estáis durante unos buenos quince minutos, si sois listos. Como vea que alguien se mueve, nos vamos todos a montar en la bonita. ¿Entendido?

—Sí —contestó Rolando.

—¿Estás convencido de que no tengo nada que perder?

—Sí.

—Pues muy bien. ¡Vamos, muévete, chico!

El Chirlas le apretó el cuello a Jake hasta casi cortarle la respiración. Al mismo tiempo, tiró de él hacia atrás. Retrocedieron así, de cara al agujero donde estaban Rolando con Susannah a la espalda y Eddie un poco más atrás, sosteniendo aún la Ruger que el Chirlas había llamado una pistola de juguete. Jake notaba el aliento del Chirlas sobre su oído en una serie de vaharadas breves y calurosas. Peor aún, lo olía.

—No intentes nada —siseó el Chirlas— o te arrancaré los colgajos y te los meteré por el calicatas. Y sería lamentable perderlos antes de haber tenido ocasión de usarlos, ¿no crees? Muuuy triste, realmente.

Llegaron al final del puente. Jake se puso en tensión, temiendo que el Chirlas arrojara la granada a pesar de sus promesas, pero no lo hizo..., al menos no inmediatamente. Siguió tirando de Jake por un estrecho pasaje entre dos pequeñas estructuras que probablemente en otro tiempo habían servido como cabinas de peaje. Más allá, los almacenes de ladrillo se alzaban ominosos como las galerías de una cárcel.

—Ahora, capullito, voy a soltarte del cuello, pues si no ¿cómo ibas a correr sin respirar? Pero te cogeré del brazo, y si no corres como el viento te juro que te lo arrancaré y lo usaré como porra para romperte la cabeza. ¿Entendido?

El chico asintió y de pronto sintió desaparecer aquella terrible y asfixiante presión sobre la tráquea. Y en cuanto desapareció la presión, Jake volvió a cobrar conciencia de la mano: la notaba caliente, inflamada y llena de fuego. Entonces el Chirlas le agarró el bíceps con dedos como flejes de acero y se olvidó otra vez de la mano.

—¡Cuchi cuchi! —gritó el Chirlas en un falsete grotescamente jovial, y agitó la mano de la granada hacia los otros—. ¡Adiós, queridos! —E inmediatamente le gruñó a Jake—: ¡Y ahora corre, pimpollín putañero! ¡Corre!

Al mismo tiempo le dio un tirón que le hizo girar en redondo y le obligó a salir corriendo. Los dos bajaron a la carrera por una rampa en curva que conducía al nivel de la calle. El primer pensamiento que se le ocurrió confusamente a Jake fue que así se vería la avenida de East River dos o trescientos años después de que una misteriosa peste cerebral hubiese exterminado a toda la gente cuerda del mundo.

Las aceras estaban bordeadas a intervalos por viejos montones de chatarra oxidada que sin duda en otro tiempo habían sido automóviles. Los que más abundaban eran unos coches pequeños en forma de burbuja que no se parecían a ningún modelo que Jake hubiera visto antes (a excepción, quizá, de los que conducían los personajes de Walt Disney en los tebeos), pero entre ellos distinguió un antiguo «escarabajo» Volkswagen, un automóvil que hubiera podido ser un Chevrolet Corvair y algo que le pareció un Ford modelo A. Ninguna de aquellas siniestras carcasas tenía neumáticos; hacía mucho tiempo que se los habían robado o se habían podrido hasta deshacerse en polvo. Y todos los vidrios estaban rotos, como si los habitantes que quedaban en la ciudad aborrecieran todo lo que pudiera mostrarles su propio reflejo, aunque fuera por casualidad.

Debajo de los coches abandonados y entre ellos, la calzada estaba cubierta de fragmentos metálicos inidentificables y vivos destellos de cristal. En una época remota y más feliz se habían plantado árboles en las aceras, pero ahora estaban tan enfáticamente muertos que se recortaban contra el cielo nublado como severas esculturas de metal. Algunos almacenes habían sido bombardeados o se habían venido abajo por sí solos, y más allá de las desordenadas pilas de ladrillos que habían dejado como único recuerdo, Jake alcanzó a ver el río y los decrepitos y oxidados apuntalamientos del puente sobre el Send. El olor a podredumbre mojada —un olor que casi parecía rugir de odio en la nariz— era más intenso que nunca.

La calle conducía hacia el este, separándose del camino del Haz, y Jake advirtió que cada vez se iba llenando más de cascotes y desechos. Seis o siete manzanas más abajo parecía completamente obstruida, pero aun así el Chirlas lo llevaba directamente hacia allí. Al principio Jake seguía la marcha, pero el pirata había impuesto un ritmo temible. Jake empezó a jadear y se retrasó un paso. El Chirlas casi lo derribó de un tirón y siguió tirando de él hacia la barricada de basura, cascotes de hormigón y oxidadas vigas de acero que se alzaba ante ellos. El tapón —que a Jake le pareció construido deliberadamente— se extendía entre dos anchos edificios de polvorienta fachada de mármol. Frente al de la izquierda había una estatua que Jake reconoció de inmediato: era la mujer llamada justicia, y eso quería decir que el edificio que protegía era casi con toda seguridad un tribunal. Pero sólo tuvo un instante para mirarlo; el Chirlas lo arrastraba inexorablemente hacia la barricada, y no más despacio que antes.

«¡Si se mete por ahí hará que nos matemos los dos!», pensó Jake, pero el Chirlas, que corría como el viento pese a la enfermedad que se le anunciaba en la cara, se limitó a hundir con más fuerza los dedos en el brazo de Jake y siguió arrastrándolo. Entonces Jake vio un angosto callejón en aquella montaña —no del todo fortuita— de hormigón, muebles astillados, accesorios de fontanería oxidados y fragmentos de coches y camiones. Comprendió al instante. Aquel laberinto detendría a Rolando durante horas..., pero era el patio trasero del Chirlas, y éste sabía exactamente adónde iba.

La estrecha y oscura boca del callejón se hallaba en el lado izquierdo de la inestable pila de desechos. Cuando llegaron a ella, el Chirlas arrojó el objeto verde por encima del hombro.

—¡Vale más que te agaches, querido! —chilló, y lanzó una serie de risitas histéricas. Un instante después, una tremenda explosión hizo temblar la calle. Uno de los coches en forma de burbuja saltó a siete metros de altura y cayó sobre el techo. Una granizada de ladrillos silbó en torno a la cabeza de Jake, y algo le golpeó con fuerza el omóplato izquierdo. Jake se tambaleó, y habría caído de no ser porque el Chirlas lo sostuvo y lo metió de un tirón en el estrecho pasadizo de cascotes. Una vez dentro, lóbregas sombras se adelantaron anhelantes y los engulleron.

Cuando hubieron desaparecido, un animalito peludo se asomó a rastras por detrás de un gran trozo de hormigón. Era Acho. Se detuvo unos instantes a la entrada del pasadizo, con el cuello estirado hacia delante y los ojos relucientes. A continuación empezó a seguirlos, el hocico pegado al suelo, olfateando cuidadosamente.

—Vamos —dijo Rolando en cuanto el Chirlas se hubo ido.

—¿Cómo has podido consentirlo? —le preguntó Eddie—. ¿Cómo has podido consentir que ese fenómeno de feria se lo llevara?

—Porque no tenía elección. Trae la silla de ruedas. La necesitaremos. Habían llegado al segundo tramo de la pasarela cuando una explosión hizo temblar el puente y envió una rociada de cascotes hacia el cielo cada vez más oscuro.

—¡Dios mío! —exclamó Eddie, y volvió el rostro pálido y abatido hacia Rolando.

—No te preocupes todavía —le aconsejó Rolando con calma—. Los tipos como el Chirlas muy pocas veces manejan con descuido sus juguetes explosivos.

Llegaron a las cabinas de peaje del extremo del puente.

—Tú sabías que el tipo no faroleaba, ¿Verdad? —comentó Eddie—. Quiero decir que no lo suponías; lo sabías.

—Es un cadáver ambulante, y éstos no necesitan farolear. —La voz de Rolando se mantenía tranquila, pero había en ella un dejo de amargura y dolor—. Yo era consciente de que podía ocurrirnos algo semejante, y si hubiéramos visto al tipo un poco antes, cuando aún estábamos fuera del alcance de su huevo explosivo, habríamos podido plantarle cara. Pero Jake se cayó y él aprovechó para acercársenos. Supongo que debe de creer que si hemos traído un muchacho ha sido únicamente para pagar el salvoconducto por la ciudad. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea la suerte! —Rolando se dio un puñetazo en la pierna.

—Bueno, pues vamos a buscarlo.

Rolando meneó la cabeza.

—Nos separamos aquí. No podemos llevar a Susannah a donde ha ido ese bastardo, y tampoco podemos dejarla sola.

—Pero...

—Si quieres salvar a Jake, escucha y no discutas. Cuanto más tiempo perdamos aquí, más se enfriará el rastro. Es difícil seguir un rastro frío. Tú tienes otro trabajo que hacer. Si existe otro Blaine, y Jake cree que sí, Susannah y tú debéis encontrarlo. Tiene que haber una estación, o lo que antes llamaban una cuna en las tierras remotas. ¿Lo entiendes?

Por una vez, gracias al cielo, Eddie no discutió.

—Sí. Lo encontraremos. Y entonces, ¿qué?

—Disparad un tiro cada media hora o así. Vendré cuando tenga a Jake.

—Los disparos también pueden atraer a otros —observó Susannah.

Eddie la había ayudado a descender del arnés y volvía a estar sentada en la silla de ruedas.

Rolando los miró con frialdad.

—Ocupaos de ellos.

—Muy bien. —Eddie extendió la mano y Rolando le dio un breve apretón—. Encuéntralo, Rolando.

—Lo encontraré, eso no me preocupa. Pero rezad a vuestros dioses porque lo encuentre a tiempo. Y recordad los rostros de vuestros padres.

Susannah asintió.

—Lo intentaremos.

Rolando les volvió la espalda y echó a correr por la rampa con pies ligeros. Cuando se perdió de vista, Eddie miró a Susannah y no le sorprendió mucho descubrir que estaba llorando. También él tenía ganas de llorar. Apenas media hora antes eran un compacto grupito de amigos. Su grata camaradería había quedado hecha añicos en unos pocos minutos: Jake secuestrado, Rolando desaparecido en pos de él. Incluso Acho había huido. Eddie no se había sentido tan solo en toda su vida.

—Tengo la sensación de que no volveremos a verlos más —dijo Susannah—. A ninguno de los dos.

—¡Claro que sí! —protestó Eddie con aspereza, pero comprendía lo que había querido decir Susannah, porque también él tenía la misma sensación. La premonición de que la búsqueda había

terminado casi antes de empezar le oprimía el corazón—. En un combate contra Atila el Huno, ofrecería apuestas de tres a dos en favor de Rolando el Bárbaro. Vamos, Suze, tenemos que coger el tren.

—Pero ¿dónde? —preguntó ella acongojada.

—No lo sé. Podemos preguntárselo al primer elfo sabio que encontremos.

—¿De qué estás hablando, Edward Dean?

—De nada —respondió, y puesto que eso era tan condenadamente cierto que casi le hacía saltar las lágrimas, aferró los manillares de la silla de ruedas y empezó a bajar por la rampa agrietada y cubierta de trozos de vidrio que conducía a la ciudad de Lud.

Jake se hundió rápidamente en un mundo brumoso en que los únicos hitos eran dolor: la mano palpitante, el brazo donde los dedos del Chirlas se clavaban como pernos de acero, los pulmones que le ardían.

No habían llegado muy lejos cuando una ardiente y profunda punzada en el costado izquierdo vino a sumarse a esos dolores y acabó relegándolos a un segundo plano. Jake se preguntó si Rolando ya habría empezado a seguirlos. También se preguntaba por cuánto tiempo podría sobrevivir Acho en aquel mundo tan distinto a los llanos y selvas que había conocido hasta entonces. De pronto el Chirlas le pegó un puñetazo en la cara que le hizo sangrar la nariz, y el pensamiento se disolvió en un rojo baño de dolor.

—¡Venga, cabroncete! ¡Mueve ese culo tan dulce!

—Corro... todo lo que puedo —jadeó Jake, y consiguió esquivar por los pelos una gruesa astilla de vidrio que sobresalía del muro de cascotes como un diente largo y transparente.

—¡Te conviene que no sea cierto, porque si es verdad te dejaré frío de un golpe y te arrastraré por los pelos. ¡Y ahora muévete, cabroncete!

Jake se obligó —no sabía cómo— a correr más deprisa. Había entrado en el pasaje con la idea de que no tardarían en volver a salir a la avenida, pero, muy a su pesar, empezaba a darse cuenta de que eso no iba a suceder. Aquello era más que un pasaje; era una ruta camuflada y fortificada que se internaba cada vez más profundamente en el territorio de los grises. Los altos e inestables muros que se cernían sobre ellos estaban contruidos con un exótico surtido de materiales: coches parcial o totalmente aplastados por las masas de granito y acero colocadas sobre ellos; columnas de mármol; máquinas industriales desconocidas que estaban rojas de óxido allí donde no estaban todavía negras de grasa; un pez de cromo y cristal, grande como un avión particular, con una críptica palabra de la Alta Lengua DELEITE— cuidadosamente grabada en el escamoso y refulgente flanco; cadenas entrecruzadas, cada eslabón tan grande como la cabeza de Jake, envolviendo demenciales amasijos de muebles que parecían sostenerse sobre ellos en tan precario equilibrio como los elefantes de circo en sus minúsculas plataformas de acero.

Llegaron a un punto en que este sendero lunático se bifurcaba, y el Chirlas eligió sin vacilar el ramal de la izquierda. Un poco más allá, otros tres pasadizos, tan angostos que casi eran túneles, se ramificaban en diversas direcciones. Esta vez el Chirlas eligió el desvío de la derecha. Este nuevo camino, que parecía formado por pilas de cajas medio podridas y enormes bloques de papel viejo —papel que quizás en otro tiempo había sido libros o revistas—, era demasiado estrecho para caminar juntos. El Chirlas dio un empujón a Jake para que pasara delante y empezó a pegarle implacablemente en la espalda para que corriera más deprisa. «Así debe de sentirse una res cuando la hacen bajar por la canaleja del matadero», pensó Jake, e hizo el voto de que si salía de allí con vida nunca más volvería a comer carne.

—¡Corre, mi chochín de nene! ¡Corre!

Jake no tardó en perder la cuenta de las vueltas y revueltas que daban, y a medida que el Chirlas lo introducía más y más profundamente en aquella maraña de acero retorcido, muebles rotos y máquinas desechadas, empezó a abandonar toda esperanza de rescate. Ni siquiera Rolando podría encontrarlo allí. Si el pistolero lo intentaba, se perdería él también y vagaría hasta morir por las sendas obstruidas de aquel mundo de pesadilla.

El camino iba ahora cuesta abajo, y las paredes de papel aplastado se habían convertido en baluartes de archivadores, amasijos de máquinas calculadoras y montones de material informático. Era como avanzar por una especie de almacén de componentes eléctricos salido de una pesadilla. Durante casi un minuto, la pared que se alzaba a la izquierda de Jake le pareció compuesta exclusivamente de televisores y monitores de vídeo apilados de cualquier manera. Las pantallas lo contemplaban como los ojos vidriosos de los muertos. Y mientras el pavimento que tenían bajo los pies seguía descendiendo, Jake se dio cuenta de que realmente se hallaban en un túnel. Por arriba, la franja de cielo nublado se había ido estrechando hasta convertirse en una cinta, la cinta en un cordón y el cordón en un hilo. Estaban en un submundo tenebroso, escabulléndose como ratas por un gigantesco basurero.

«¿Y si se nos cae todo encima?», se preguntó Jake, pero en su presente estado de agotamiento dolorido, esta posibilidad no le asustaba mucho. Si se le hundía el techo encima, al menos podría descansar.

El Chirlas lo conducía como un campesino a una mula, golpeándole el hombro izquierdo para indicar un giro a la izquierda y el derecho en los desvíos a la derecha. Cuando había que seguir recto, le pegaba en el cogote. Jake trató de esquivar un pedazo de tubo que sobresalía del muro, pero no lo consiguió del todo; la cañería le golpeó en la cadera y lo mandó rebotado, agitando desvalido los brazos, hacia la pared opuesta del angosto corredor, con un rugido de cristales y tablas astilladas. El Chirlas lo retuvo y de un nuevo empujón lo envió en la dirección adecuada.

—¡Corre, torpe! ¿Es que no sabes correr? Si no fuera por el señor Tic Tac, te enculaba aquí mismo y te rajaba el cuello mientras tanto, ¡vaya si no!

Jake corría en un ofuscamiento rojo en el que sólo había dolor y el frecuente repicar de los puñetazos que el Chirlas le descargaba en los hombros y la cabeza. Finalmente, cuando estaba seguro de que ya no podía seguir corriendo, el Chirlas lo cogió del cuello y le hizo parar con un tirón tan brusco que Jake chocó contra su cuerpo con un grito estrangulado.

—¡Ahora viene un pasito delicado! —le explicó el Chirlas, jadeante pero jovial—. Mira justo enfrente y verás dos alambres que se cruzan en X cerca del suelo. ¿Los ves?

Al principio Jake no los vio. Estaba muy oscuro allí; a la izquierda había montones de enormes calderas de cobre, y a la derecha pilas de bombonas de acero semejantes a las que utilizaban los submarinistas. Jake pensó que bastaría un soplo un poco fuerte para hacerlas caer en avalancha. Se enjugó el sudor de los ojos, apartando los mechones de cabello, y procuró no imaginar qué aspecto tendría con unas dieciséis toneladas de bombonas por encima. Entornó los párpados y miró en la dirección que el Chirlas señalaba. Sí, podía distinguir —a duras penas— dos finas líneas plateadas que parecían cuerdas de banjo o de guitarra. Descendían desde las paredes opuestas del pasaje y se cruzaban a unos cincuenta centímetros del suelo.

—Pasa a rastras por debajo, mi corazón. Y con muchísimo cuidado, porque como hagas vibrar siquiera uno de esos alambres, la mitad de la basura de acero y cemento de esta ciudad te caerá encima de esa preciosa cabecita; y de la mía también, pero no creo que eso te preocupe demasiado, ¿verdad? ¡A rastras!

Jake se quitó la mochila con un movimiento circular de los hombros, se tendió y empezó a empujarla por delante suyo. Mientras se arrastraba cautelosamente bajo los alambres en tensión, descubrió que, después de todo, aún quería vivir un poco más. Tenía la sensación de percibir físicamente todas aquellas toneladas de chatarra cuidadosamente equilibrada, impacientes por caer sobre él. «Seguramente estos alambres sostienen en su lugar un par de piedras clave —pensó—. Si se rompe uno de ellos... cenizas, cenizas, todos nos vamos.» Rozó uno de los hilos, y algo crujió mucho más arriba.

—¡Cuidado, capullito! —casi gimió el Chirlas—. ¡Muchísimo cuidado! Jake avanzó bajo los alambres cruzados, impulsándose con pies y codos. El cabello, maloliente y apelmazado por el sudor, volvió a caerle sobre los ojos, pero no se atrevió a apartarlo.

—Ya has pasado —gruñó el Chirlas por fin, y se deslizó bajo los alambres disparadores con la facilidad de una larga práctica. Tan pronto hubo cruzado, se puso en pie y se apoderó de la mochila de Jake antes de que éste pudiera echársela. de nuevo a la espalda.

—¿Qué llevas aquí, capullito? —preguntó mientras desabrochaba las correas, y echó un vistazo al interior—. ¿Hay algún regalo para tu viejo compañero? Porque al bueno del Chirlas le encantan los regalos, ¡vaya si no!

—Lo único que hay...

La mano del Chirlas salió disparada y cruzó la cara de Jake con un enérgico bofetón que hizo saltar una rociada de espuma sanguinolenta de la nariz del muchacho.

—¿Por qué lo has hecho? —exclamó Jake, dolorido e indignado.

—¡Por decirme lo que yo mismo puedo ver con estos ojos de mierda! —aulló el Chirlas, y arrojó la mochila de Jake a un lado. Seguidamente exhibió los dientes que le quedaban en una

sonrisa terrible y peligrosa—. ¡Y porque has estado a punto de echarnos encima toda esta montaña de mierda! —Hizo una pausa y añadió, en tono más comedido—: Y porque me ha venido en gana, también hay que reconocerlo. Cuando veo esa cara de oveja estúpida que tienes, me entran unas ganas horribles de abofeteártela, vaya si no. —La sonrisa se ensanchó y dejó al descubierto las encías blancuzcas y supurantes, una visión de la que Jake hubiera podido prescindir—. Si tu amigo el correoso logra seguirnos hasta aquí, se llevará una sorpresa cuando tropiece con esos alambres, ¿verdad? —El Chirlas alzó la mirada sin dejar de sonreír—. Recuerdo que por ahí arriba había un autobús municipal en equilibrio.

Jake se echó a llorar; lágrimas de cansancio y desesperanza abrieron estrechos canales en la tierra que le cubría las mejillas.

El Chirlas levantó la mano abierta en un gesto de amenaza.

—En marcha, capullito, antes de que yo también me ponga a llorar..., porque tu viejo camarada es un tipo de lo más sentimental, vaya si no, y cuando empieza a afligirse y apenarse, lo único que logra devolverle la sonrisa es repartir una sarta de bofetones. ¡Corre!

Volvieron a correr. El Chirlas elegía como al azar senderos que se internaban cada vez más en el hediondo y crujiente laberinto, dando a conocer sus elecciones por medio de vigorosos golpes en los hombros. En un determinado momento empezaron a sonar los tambores. El sonido parecía proceder de todas partes y de ninguna, y para Jake fue la última gota. Abandonó la esperanza y el pensamiento por igual, y se dejó sumergir plenamente en la pesadilla.

Rolando se detuvo ante la barricada que obstruía la calle de lado a lado y de arriba abajo. Al contrario que Jake, no albergaba ninguna esperanza de volver a salir a terreno abierto por el otro lado. Los edificios situados al este de la barrera serían islas ocupadas por centinelas en un mar interior de cascotes, herramientas, objetos... y trampas disimuladas, estaba seguro de ello. Algunos de esos desechos permanecían sin duda en el mismo lugar en que habían caído quinientos, setecientos o mil años antes, pero Rolando tenía la impresión de que en su mayor parte habían sido acumulados allí por los grises, trozo a trozo. La sección oriental de Lud se había convertido, de hecho, en el castillo de los grises, y ahora Rolando estaba ante sus murallas.

Se adelantó poco a poco y vio la boca de un pasaje semioculta tras una masa irregular de hormigón. Había huellas de pisadas en el polvo; dos series, unas grandes y otras pequeñas. Rolando empezó a incorporarse, volvió a mirar y se puso otra vez en cuclillas. No había dos sino tres series de pisadas, y la tercera correspondía a las huellas de un animal pequeño.

—¿Acho? —llamó Rolando en voz queda. Por un instante no hubo respuesta, pero enseguida sonó un ladrido suave entre las sombras. Rolando se internó en el pasaje y vio unos ojos rodeados de oro que se asomaban desde la primera revuelta. Rolando corrió hacia el brambo. Acho, al que todavía no le gustaba que se le acercara demasiado nadie que no fuera Jake, dio un paso atrás, pero se detuvo y miró al pistolero con ansiedad.

—¿Quieres ayudarme? —le preguntó Rolando. Notaba al borde de la conciencia el seco telón rojo que era la fiebre del combate, pero aún no era el momento adecuado. El momento llegaría, pero hasta entonces el pistolero no debía permitirse ese alivio inexpresable—. ¿Me ayudarás a buscar a Jake?

—¡Ake! —ladró Acho, sin dejar de dirigirle su mirada ansiosa.

—Adelante, entonces. Búscalos.

Acho se volvió de inmediato y echó a correr rápidamente por el callejón. Rolando lo siguió, alzando sólo de vez en cuando la vista hacia el animal. Salvo esas breves miradas de soslayo, mantenía los ojos fijos en el antiguo pavimento, buscando signos.

—¡Dios! —exclamó Eddie—. ¿Qué clase de gente es ésta? Habían seguido durante un par de manzanas la avenida que nacía al pie de la rampa, habían visto la barricada que se alzaba al frente (perdiéndose la entrada de Rolando en el semiculto pasaje por menos de un minuto) y habían girado hacia el norte por una vía anchurosa que a Eddie le recordó la Quinta Avenida. Pero no se atrevió a decírselo a Susannah; aún estaba demasiado decepcionado con aquella apestosa ciudad en ruinas para formular ningún pensamiento ni remotamente esperanzador.

La «Quinta Avenida» los condujo a una zona de grandes edificios de piedra blanca que a Eddie le recordó el aspecto de Roma en las películas de gladiadores que de niño veía por la tele. Los edificios eran austeros, y en general se conservaban en buen estado. Eddie conjeturó que habrían tenido alguna función pública; pinacotecas, bibliotecas, quizá museos. Uno de ellos, rematado en una gran cúpula que se había agrietado como un huevo de granito, hubiera podido ser un observatorio, aunque Eddie había leído en alguna parte que los astrónomos preferían instalarse lejos de las grandes ciudades, porque la abundancia de luces eléctricas les jodía las observaciones.

Entre aquellos imponentes edificios había zonas despejadas, y aunque el césped y las flores que en otro tiempo crecían en ellas habían sido eliminados por la maleza, el lugar aún conservaba una atmósfera majestuosa, y Eddie se preguntó si no habría sido el centro de la vida cultural de Lud. Pero de eso hacía mucho tiempo, por supuesto, y Eddie dudaba de que el Chirlas y sus colegas se interesaran mucho por el ballet o la música de cámara.

Susannah y él llegaron a un importante cruce del que irradiaban otras cuatro amplias avenidas como los radios de una rueda. En el cubo de la rueda había una gran plaza enlosada. A lo largo de su perímetro podían verse altavoces montados sobre postes de acero de quince metros de altura. En el centro de la plaza había un pedestal que sostenía los restos de una estatua: un poderoso corcel de cobre, verde de cardenillo, erguido sobre las patas traseras. El guerrero que otrora lo había montado yacía ahora en el suelo apoyado sobre un hombro corroído, blandiendo lo que parecía ser una metralleta en una mano y un sable en la otra. Las piernas estaban arqueadas como si aún se hallara a lomos del caballo, pero las botas permanecían soldadas a los flancos de su montura metálica. El pedestal exhibía una pintada en descoloridas letras naranja: ¡GRISES A MUERTE!

Al mirar hacia las otras avenidas, Eddie vio más postes con altavoces. Unos cuantos se habían venido abajo pero la mayoría aún se tenía en pie, y cada uno de estos postes estaba festoneado con una tétrica guirnalda de cadáveres. Así pues, la plaza en la que desembocaba la «Quinta Avenida» y las calles que partían de ella estaban protegidas por un pequeño ejército de muertos.

—¿Qué clase de gente son? —volvió a preguntar Eddie.

No esperaba una respuesta ni Susannah se la dio..., aunque habría podido hacerlo. Ya otras veces había tenido visiones sobre el pasado del mundo de Rolando, pero ninguna tan clara y segura como ésta.

Todas las visiones anteriores, como las que se le habían presentado en Paso del Río, poseían una persistente calidad onírica, como de sueño, pero la que tuvo entonces le llegó en un solo destello de intuición, y fue como ver el rostro contraído de un maníaco peligroso iluminado por un relámpago.

Los altavoces..., los cadáveres colgados..., los tambores. Susannah comprendió de súbito qué relación los unía, tan claramente como había comprendido que los pesados carrmatos que cruzaban Paso del Río rumbo a Jimtown eran arrastrados por bueyes antes que por mulos o caballos.

—No te fijes en esta mierda. Lo que nos interesa es el tren —le recordó, y la voz sólo le tembló un poco—. ¿Por dónde te parece que puede estar?

Eddie alzó la cara hacia el cielo, cada vez más oscuro, y distinguió con facilidad el camino del Haz en las nubes apelonadas. Volvió a bajar la vista y no le sorprendió mucho ver que la entrada de la calle que más de cerca seguía el camino del Haz estaba guardada por una gran

tortuga de piedra. La cabeza del reptil asomaba bajo el reborde granítico de la concha; los ojos, muy hundidos en sus cuencas, parecían contemplarlos con curiosidad. Eddie la señaló con un gesto de cabeza y se las arregló para esbozar una sonrisita seca.

—Mira la tortuga de enorme amplitud.

Susannah le echó una breve ojeada y asintió. Eddie cruzó la plaza, empujando la silla de ruedas, y se internó en la calle de la Tortuga. Los cadáveres que la bordeaban despedían un olor seco, semejante a la canela, que a Eddie le revolvió el estómago..., no porque fuese malo, sino porque en realidad resultaba bastante agradable, como el aroma dulce y especiado de algo que a un niño le gustaría espolvorear sobre la tostada del desayuno.

La calle de la Tortuga era afortunadamente ancha, y la mayor parte de los cadáveres que colgaban de los postes eran poco más que momias, pero Susannah vio unos cuantos relativamente recientes, con moscas aún afanándose sobre la piel ennegrecida de las caras hinchadas, y gusanos retorciéndose aún en las cuencas de los ojos en descomposición.

Y al pie de cada altavoz había un montoncito desordenado de huesos.

—Tiene que haber miles —observó Eddie—. Hombres, mujeres y niños.

—Sí. —A Susannah le pareció su propia voz remota y extraña—. Han tenido mucho tiempo que matar. Y lo han utilizado para matarse entre sí.

—¡Que salgan esos puñeteros elfos sabios! —exclamó Eddie, y la risotada que lanzó a continuación sonó sospechosamente como un sollozo. Le pareció que por fin empezaba a comprender plenamente el significado de aquella frase inocente —«El mundo se ha movido»—, que abarcaba mucho mal e ignorancia.

Y profundidad.

«Los altavoces eran un recurso de guerra —pensó Susannah—. Naturalmente. Sólo Dios sabe qué guerra fue ésa o cuánto hace que se libró, pero debió de ser algo tremendo. Los gobernantes de Lud utilizaban los altavoces para difundir sus mensajes por toda la ciudad desde un centro de mando a prueba de bombas, un búnker como el que sirvió de refugio a Hitler y su estado mayor al final de la segunda guerra mundial.»

Y oyó en sus propios oídos la voz de mando y autoridad que surgía tonante de aquellos altavoces; la oyó con tanta claridad cómo había oído el chasquido del látigo sobre los lomos de los bueyes de tiro.

«Hoy permanecerán cerrados los centros de racionamiento A y D; diríjense por favor a los centros B, C, E y F con los cupones adecuados.» «Patrullas de la milicia números Nueve, Diez y Doce, preséntense en Sendside.»

«Es probable que hoy se produzca un bombardeo aéreo entre las ocho y diez horas. Todos los residentes no combatientes deben acudir al refugio que les haya sido asignado. Traigan las máscaras de gas. Repetimos: traigan las máscaras de gas.»

Mensajes y advertencias, sí..., y una versión especial de los hechos, una versión militante y propagandística que George Orwell habría denominado «doble lenguaje». Y entre los boletines de noticias y las advertencias, estridente música militar y exhortaciones a demostrar respeto a los caídos enviando más hombres y mujeres a las rojas fauces del matadero.

Y luego había terminado la guerra y se había hecho el silencio... por un tiempo. Pero en un momento u otro los altavoces habían empezado a funcionar de nuevo. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Cien años? ¿Cincuenta? ¿Importaba acaso? Susannah creía que no. Lo importante era que, cuando los altavoces se reactivaron, lo único que transmitían era un mismo fragmento de cinta, la cinta de los tambores. Y los descendientes de los antiguos habitantes de la ciudad la habían tomado por..., ¿por qué? ¿Por la Voz de la Tortuga? ¿La Voluntad del Haz?

A Susannah le vino a la memoria aquella vez en que le había preguntado a su padre, un hombre sosegado pero profundamente cínico, si creía que había un Dios en el cielo que guiaba el curso de los acontecimientos humanos. «Bueno —le había contestado él—, yo diría que viene a ser mitad y mitad, Odetta. Estoy seguro de que hay un Dios, pero no me parece que se interese mucho por nosotros; creo que después de que matáramos a su Hijo, finalmente se le metió en la cabeza que no había nada que hacer con los hijos de Adán y las hijas de Eva, y se lavó las

manos. Un tipo listo.»

Ella había respondido a esto (que era exactamente lo que esperaba; por entonces tenía once años y conocía bastante bien el modo de pensar de su padre) mostrándole un artículo aparecido en la sección «Iglesias de la Comunidad» del periódico local. En él se anunciaba que el reverendo Murdock, de la Iglesia Metodista de la Gracia, trataría el domingo siguiente el tema «Dios nos habla a todos cada día», sobre un texto de la Primera Epístola a los Corintios. Su padre se rió tanto al oírlo que le saltaron las lágrimas. «Bueno, supongo que todos oímos hablar a alguien —dijo al fin—, y puedes apostarte hasta el último dólar a una cosa, cariño: cada uno de nosotros, sin excluir a ese reverendo Murdock, le oye decir a esa voz exactamente lo que él quiere oír. Resulta muy conveniente.»

Por lo visto lo que aquella gente había querido oír en la cinta de los tambores era una invitación a cometer asesinatos rituales. Y ahora, cuando los tambores empezaban a redoblar en los centenares o miles de altavoces —un ritmo martilleante que, si Eddie estaba en lo cierto, sólo era la percusión de una canción de Z.Z.Top titulada *Velcro Fly*—, lo tomaban como señal para preparar las sogas y colgar a unos cuantos individuos de los postes más cercanos.

«¿Cuántos? —se preguntó mientras Eddie empujaba la silla de ruedas; las llantas de goma maciza, melladas y llenas de cortes, hacían crujir los vidrios rotos y susurraban sobre los papeles desechados que se habían ido acumulando—. ¿Cuántos han sido asesinados a lo largo de los años porque a un circuito electrónico enterrado bajo la ciudad le dio el hipo? ¿Empezaron a hacerlo porque reconocían la extrañeza esencial de la música, llegada de algún modo —como nosotros, como el avión y como algunos de los coches que hay en las calles desde otro mundo?»

No lo sabía, pero sabía que en este punto compartía la cínica opinión de su padre acerca de Dios y de las charlas que tal vez sostenía, o no, con los hijos de Adán y las hijas de Eva. Aquellas personas andaban buscando un motivo para matarse unas a otras, sencillamente, y los tambores les habían proporcionado un motivo tan bueno como cualquier otro.

Pensó en la colmena que habían encontrado, la deformada colmena de abejas blancas cuya miel los habría envenenado si hubieran sido tan necios como para comérsela. Aquí, a este lado del Send, había otra colmena moribunda; otras abejas blancas cuya picadura no sería menos mortal debido a su confusión, su desamparo y su perplejidad.

«¿Y cuántos más tendrán que morir antes de que la cinta acabe por romperse?»

Como si sus pensamientos lo hubieran conjurado, de pronto los altavoces empezaron a emitir el implacable latido sincopado de los tambores. Eddie gritó de sorpresa. Susannah lanzó un aullido y se tapó los oídos..., pero aún tuvo tiempo de oír débilmente el resto de la música; la pista o las pistas que fueron acalladas decenios antes, cuando alguien (probablemente sin darse cuenta) desplazó el control de balance hacia un extremo y apagó las guitarras y la voz.

Eddie seguía conduciéndola por la calle de la Tortuga y el camino del Haz, intentando mirar en todas direcciones a la vez y esforzándose en no percibir el olor de putrefacción. «Gracias a Dios que hay viento», pensó.

Empezó a empujar la silla más deprisa, atento a los huecos herbosos entre edificio y edificio que permitían contemplar un airoso tramo de monorraíl elevado. Quería abandonar aquel interminable pasillo de muertos. Al aspirar una nueva bocanada de aquel olor dulzón a canela, le pareció que en su vida no había querido algo, con tanta intensidad.

El ofuscamiento de Jake se quebró bruscamente cuando el Chirlas lo cogió del cuello y tiró con toda la energía de un jinete cruel decidido a frenar un caballo al galope. El Chirlas extendió al mismo tiempo una pierna para hacerle la zancadilla, y Jake cayó de espaldas. Su cabeza chocó contra el pavimento, y por unos instantes se apagaron todas las luces. El Chirlas lo cogió sin contemplaciones del labio inferior y tiró de él con fuerza.

Jake lanzó un grito y se incorporó como una exhalación hasta quedar sentado, lanzando puñetazos a ciegas. El Chirlas esquivó los golpes sin dificultad, le pasó la otra mano bajo la axila y lo alzó de un tirón.

Jake quedó en pie, tambaleándose como un borracho. Había perdido ya la capacidad de protestar y casi la de comprender. Lo único que sabía con certeza era que le dolían todos los músculos del cuerpo y que la mano herida aullaba como un animal cogido en una trampa.

Al parecer, el Chirlas necesitaba un descanso, y esta vez tardaba más en recobrar el aliento. Permaneció agachado, con las manos en las rodillas de sus pantalones verdes, respirando aceleradamente en una serie de jadeos breves y sibilantes. El pañuelo amarillo se le había torcido. El ojo bueno le brillaba como un diamante de bisutería. El parche de seda blanca estaba arrugado y por debajo de él rezumaba una inmundicia amarillenta de aspecto maligno que le cubría la mejilla en cuajarones.

—Mira hacia arriba, capullito, y verás por qué te he hecho parar en seco. ¡Mira bien!

Jake alzó la mirada y, en las profundidades de su conmoción, no le asombró en lo más mínimo ver una fuente de mármol tan grande como una vivienda rodante suspendida a unos treinta metros de altura. El Chirlas y él estaban casi debajo. La fuente se sostenía colgada de dos cables oxidados, casi completamente, ocultos tras enormes e inestables montones de bancos de iglesia. Incluso en su estado de confusión, Jake se dio cuenta de que aquellos cables se hallaban más peligrosamente deshilachados que las péndolas que quedaban en el puente.

—¿Has visto? —le preguntó el Chirlas, risueño. Se llevó la mano izquierda al ojo tapado, recogió una masa de aquella sustancia purulenta y la arrojó a un lado con indiferencia—. Una hermosura, ¿verdad? Ah, el señor Tic Tac es un punto de primera, ya lo creo, eso ni lo dudes... ¿Qué les pasa a esos tambores follacabras? Ya tendrían que estar sonando. Si el Víbora se ha olvidado, le meteré un palo por el culo hasta que note el sabor de la corteza en la boca... Ahora, mi delicioso pimpollín, mira al frente.

Jake obedeció, e inmediatamente el Chirlas le dio un mamporro que le hizo retroceder y estuvo a punto de derribarlo.

—¡No tan lejos, idiota! ¡Abajo! ¿Ves dos adoquines más oscuros?

Jake los vio casi al instante, y asintió con un gesto de indiferencia.

—Pues procura no pisarlos, capullito, porque te caería todo el lote en la cabeza, y después habría que recogerte con pinzas.

El muchacho volvió a asentir.

—Bien. —El Chirlas tomó una última bocanada de aire y le dio una palmada en el hombro—. Adelante pues, ¿a qué estás esperando? ¡Upa!

Jake pasó por encima de la primera piedra negruzca y advirtió que en realidad no era un adoquín como los demás sino una placa metálica a la que habían dado forma redondeada para que lo pareciese. La segunda estaba muy poco más adelante, astutamente colocada para que si un intruso desprevenido pasaba sin pisar la primera tuviera que pisar casi con toda seguridad la segunda.

«No lo pienses más y hazlo —se dijo—. ¿Por qué no? El pistolero no podrá encontrarte en este laberinto, así que no lo pienses más y hazlo caer todo abajo. Seguro que será más limpio que lo que el Chirlas y sus amigos te tienen preparado. Y más rápido también.»

Su mocasín polvoriento vaciló en el aire sobre el disparador de la trampa.

El Chirlas le pegó un puñetazo en mitad de la espalda, pero sin fuerza.

—Estás pensando en montarte en la bonita, ¿no es eso, capullito de mi corazón? —le preguntó. La jovial crueldad de su voz dio paso a una simple curiosidad. Si estaba teñida de

alguna otra emoción, no era miedo sino diversión—. Bien, no te prives si es ése tu deseo, porque yo ya tengo el billete. Pero no te quedes ahí parado todo el día, los dioses te quemarán la vista.

Jake apoyó el pie más allá de la trampa. Su decisión de vivir un poco más no se fundaba en la esperanza de que Rolando lo encontrara; era sencillamente lo que habría hecho el pistolero, seguir adelante hasta que alguien le obligara a detenerse... y unos metros más si podía. Si lo hacía ahora se llevaría al Chirlas con él, pero el Chirlas sólo no era suficiente; una mirada bastaba para darse cuenta de que no mentía cuando aseguraba estar a punto de morir. Si seguía adelante, tal vez tendría ocasión de llevarse por delante a unos cuantos amigos del Chirlas, quizás incluso el que llamaba «señor Tic Tac».

«Si he de montar en la bonita, como él dice —pensó Jake—, preferiría hacerlo con abundante compañía.»

Rolando lo habría comprendido.

Jake se equivocaba en su apreciación sobre la capacidad del pistolero para seguir su rastro por el laberinto; la mochila abandonada era sólo la pista más evidente de las que habían dejado a su paso, pero Rolando no tardó en darse cuenta de que no necesitaba detenerse a buscar huellas. Sólo tenía que seguir a Acho.

Aun así se detuvo en varias intersecciones para asegurarse, y cada vez que lo hacía, Acho volvía la cabeza y soltaba un ladrido grave e impaciente que parecía decir: «¡Date prisa! ¿Quieres que los perdamos?» Cuando los rastros que hallaba —una pisada, un hilo de la camisa de Jake, un trocito de tela amarilla del pañuelo del Chirlas— hubieron confirmado en tres ocasiones la elección del brambo, Rolando se limitó a seguirlo. No dejó de estar atento a la posible presencia de pistas, pero ya no se detenía a buscarlas. Entonces empezaron a sonar los tambores, y fueron ellos —más la curiosidad del Chirlas por saber qué había en la mochila de Jake— los que le salvaron la vida aquella tarde.

No había identificado aún el sonido cuando ya había frenado con un patinazo de sus botas polvorientas y tenía la pistola amartillada en la mano. Al darse cuenta de lo que era, volvió a guardar el revólver en la funda con un gruñido de impaciencia. Se disponía a reanudar la marcha cuando posó casualmente la mirada en la mochila de Jake..., y seguidamente en un par de tenues líneas brillantes suspendidas en el aire justo a la izquierda de ella. Rolando entornó los párpados y distinguió dos alambres muy finos que se cruzaban a la altura de la rodilla a menos de un metro de donde él se había detenido. Acho, gracias a su estructura corporal, se había escabullido limpiamente por debajo de la V invertida que formaban los alambres, pero de no haber sido por los tambores y por el descubrimiento de la mochila desechada, Rolando habría tropezado inevitablemente con ellos. A medida que sus ojos se movían hacia arriba, recorriendo los montones de chatarra que se alzaban —no del todo al azar— a ambos lados del pasaje, Rolando fue apretando los labios. Había estado muy cerca, y sólo *ka* le había salvado.

Acho ladró impaciente.

Rolando se echó cuerpo a tierra y pasó reptando bajo los alambres, despacio y con cautela. Era más grande que Jake y que el Chirlas, y juzgó que un hombre verdaderamente corpulento no habría podido salvar los alambres sin desencadenar el alud cuidadosamente preparado. Los tambores batían y le latían en los oídos. «Me gustaría saber si se han vuelto todos locos —pensó—. Si yo tuviera que oír esto cada día, creo que me volvería loco.»

Llegó al otro lado de la trampa, recogió la mochila y examinó su contenido. Los libros de Jake y unas cuantas prendas de vestir seguían allí, al igual que los tesoros que había ido recogiendo por el camino: una piedra en la que destellaban motas amarillas que parecían de oro pero no lo eran; una punta de flecha, seguramente un resto de los antiguos moradores de la floresta, que Jake había encontrado en un bosquecillo el día siguiente a su llegada; unas cuantas monedas de su propio mundo; las gafas de sol de su padre y algunas otras cosas que sólo un muchacho aún no llegado a la adolescencia podría amar y comprender realmente. Cosas que desearía recobrar..., siempre y cuando, claro está, Rolando llegara a su lado antes de que el Chirlas y sus amigos pudieran cambiarlo, herirlo de maneras que le hicieran perder todo interés por las empresas y curiosidades inocentes de la preadolescencia.

El rostro sonriente del Chirlas anegó la mente de Rolando como el rostro de un demonio o un genio salido de una botella: los dientes mellados y torcidos, la mirada vacua, el mandrus que se le arrastraba por las mejillas y se extendía bajo las líneas hirsutas de las quijadas. «Sí le haces daño ..», pensó, y al instante desechó el pensamiento porque sólo conducía a un callejón sin salida. Si el Chirlas le hacía daño al chico («¡Jake! —insistió su mente con ferocidad—. ¡No sólo "el chico", sino Jake! ¡Jake!»), Rolando lo mataría, sí. Pero ese acto no significaría nada, porque el Chirlas ya era hombre muerto.

El pistolero alargó las correas de la mochila, admirando las ingeniosas hebillas que permitían hacerlo, se la echó a la espalda y se incorporó de nuevo. Acho se volvió para reanudar la marcha, pero Rolando lo llamó por su nombre y el brambo giró la cabeza.

—Aquí, Acho. —Rolando no sabía si el brambo podría entenderle (ni si obedecería aunque

lo entendiera), pero sería mejor, más seguro, que no se apartara de su lado. Donde había una trampa, podía haber más. La próxima vez quizás Acho no sería tan afortunado.

—¡Ake! —ladró Acho sin moverse. Fue un ladrido enérgico, pero Rolando pensó que los ojos del brambo revelaban mejor la verdad de lo que sentía: estaban oscuros de miedo.

—Sí, pero hay peligro —dijo Rolando—. Aquí, Acho.

En la parte del laberinto que ya habían cruzado sonó un golpe sordo debido a la caída de algo pesado, probablemente algo desalojado de su lugar por la agresiva vibración de los tambores. Rolando alcanzaba a ver aquí y allí algunos postes de los altavoces, irguiéndose sobre los desechos como extraños animales de cuello largo.

Acho trotó hacia él y alzó la mirada, jadeante.

—No te alejes.

—¡Ake! ¡Ake-Ake!

—Sí. Jake. —Echó a correr de nuevo y Acho corrió a sus talones, tan dócil como cualquier perro que Rolando hubiera visto en su vida.

Para Eddie fue, como un sabio había dicho una vez, entrar de nuevo en lo déjà vu: corriendo con la silla de ruedas, luchando contra el tiempo. La playa se había transformado en la calle de la Tortuga, pero en cierto sentido todo lo demás era lo mismo. Ah, aún había otra diferencia a tener en cuenta: ahora estaba buscando una estación de tren (o una cuna), no una puerta solitaria.

Susannah estaba muy erguida en el asiento, con el cabello ondeando a la espalda y el revólver de Rolando en la mano derecha, el cañón apuntado hacia el cielo nuboso y turbulento. Los tambores batían y redoblaban, machacándolos con sonido. Algo más adelante, un objeto gigantesco en forma de disco yacía en mitad de la calle, y la mente agobiada de Eddie, guiándose quizá por los edificios clásicos que se alzaban a los lados, conjuró una imagen de Júpiter y Thor jugando al frisbee. Júpiter lanza una con efecto y a Thor se le escapa y cae entre las nubes... pero qué demonios, de todos modos ya es la hora de la cerveza en el Olimpo.

«Frisbees de los dioses —pensó, haciendo pasar la silla de Susannah entre dos coches oxidados que se caían a pedazos—. Vaya idea.» Hizo subir la silla de ruedas a la acera para rodear el objeto, que ahora que lo veía de cerca le parecía una especie de antena de telecomunicaciones. Estaba salvando el bordillo para volver a la calzada —la acera se hallaba demasiado llena de cascotes para avanzar a buen paso— cuando de pronto callaron los tambores. Sus ecos se disolvieron en un nuevo silencio, salvo que, como advirtió Eddie, no era silencioso en absoluto. Más adelante, en el cruce de la calle de la Tortuga con otra avenida, se erguía un edificio con arcadas. El edificio estaba cubierto de enredaderas y plantas colgantes parecidas a barbas deshilachadas, pero aún conservaba su magnificencia y cierta dignidad. Más allá, junto a la esquina, una multitud parlotaba con excitación.

—¡No pares! —le ordenó Susannah—. No tenemos tiempo para...

Un chillido histérico taladró el parloteo. Lo acompañaron gritos de aprobación e, increíblemente, una ovación como las que Eddie había oído en los casinos de Atlantic City cuando terminaba alguna actuación. El chillido se ahogó en un prolongado estertor de muerte que sonó como el chirriar de una cigarra que se dispone a hibernar. Eddie notó que el vello de la nuca se ponía en posición de firmes. Miró de soslayo los cadáveres colgados del poste más cercano y comprendió que los alegres pubis de Lud estaban celebrando otra ejecución pública.

«Maravilloso —pensó—. Si ahora tuvieran a Tony Orlando y Dawn para cantarles *Knock Three Times*, podrían morir todos felices.»

Eddie contempló con curiosidad la mole de piedra de la esquina. Desde aquella distancia, las enredaderas que la cubrían desprendían un poderoso olor a hierbas. Era un olor tan amargo que hacía llorar los ojos, pero aun así lo prefería al efluvio dulzón de los cadáveres momificados. Las barbas de vegetación colgaban en gavillas andrajosas, creando cascadas de verdor donde antes había una serie de entradas en arco. De pronto una figura salió disparada de una de aquellas cascadas y se precipitó hacia ellos. Era un niño, advirtió Eddie, y a juzgar por su tamaño no podía hacer muchos años que había dejado los pañales. Llevaba un asombroso traje de lord Fauntleroy, camisa blanca con chorreras y calzón corto de terciopelo. Tenía cintas en el pelo. Eddie sintió repentinamente el impulso demencial de agitar los brazos sobre la cabeza y gritarle un saludo en inglés antiguo.

—¡Venid! —les urgió el chico con voz aflautada. Llevaba unas cuantas briznas verdes enredadas en el pelo; se las quitó distraídamente con la mano izquierda mientras corría—. ¡Van a hacerse al Azotes! ¡Hoy le toca al Azotes irse al país de los tambores! ¡Venid u os perderéis toda la prosodia!

Susannah quedó igualmente atónita ante la aparición del chiquillo, pero cuando se les acercó un poco más advirtió algo sumamente insólito y desmañado en la forma en que se limpiaba las briznas de verdor que se le habían enmarañado en la encintada cabellera: lo hacía todo el rato con una sola mano. La otra la llevaba a la espalda cuando salió corriendo de entre la cascada de hierbas y ahí permanecía.

«¡Qué incómodo debe de ser!», pensó, y entonces se puso en marcha un magnetófono en su mente y oyó hablar a Rolando al extremo del puente: «Yo era consciente de que podía ocurrirnos

algo semejante... si hubiéramos visto al tipo un poco antes, cuando aún estábamos fuera del alcance de su huevo explosivo... ¡Maldita sea la suerte!» Dirigió la pistola de Rolando hacia el niño, que había saltado de la acera y corría en derechura hacia ellos.

—¡Alto ahí! —gritó—. ¡Tú, quédate quieto!

—Pero Suze, ¿qué estás haciendo? —chilló Eddie.

Susannah no le prestó atención. En un sentido muy real, Susannah Dean ya ni siquiera estaba allí; era Detta Walker la que ahora ocupaba la silla, y le centelleaban los ojos con una sospecha febril.

—¡Alto o disparo!

El pequeño lord Fauntleroy bien habría podido estar sordo, a juzgar por el caso que hizo a sus palabras.

—¡Aprisa! —gritó en tono alborozado—. ¡Vais a perderos todo el espectáculo! ¡El Azotes se va a...!

La mano derecha empezó a mostrarse por fin. En el mismo instante, Eddie se dio cuenta de que no estaban viendo un niño sino un enano deforme que hacía muchos años había dejado atrás la niñez. La expresión que Eddie había creído al principio de júbilo infantil era en realidad una mezcla de odio y rabia. La frente y las mejillas del enano estaban cubiertas por las descoloridas y supurantes llagas que Rolando denominaba flores de puta.

Susannah no llegó a verle la cara. Toda su atención estaba centrada en la mano derecha que ahora aparecía a la vista y en la esfera verde mate que agarraba. No necesitaba ver más. La pistola de Rolando restalló. El enano salió despedido hacia atrás. Un chillido agudo de rabia y dolor brotó de su minúscula boca mientras aterrizaba sobre la acera. La granada le cayó de la mano y rodó hasta entrar por el mismo arco del que había salido.

Detta desapareció como un sueño y Susannah apartó la mirada de la pistola humeante para contemplar con sorpresa, horror y desaliento el pequeño ser que yacía en la acera.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo he matado! ¡Eddie, lo he matado!

—¡Grisés a... muerte!

El pequeño lord Fauntleroy intentó gritar estas palabras en tono desafiante, pero salieron con un borboteante ahogo de sangre que empapó los escasos sitios blancos que quedaban en la escarolada camisa. Sonó una explosión sofocada en el patio central del edificio de la esquina, y los astrosos tapices de vegetación que colgaban ante los arcos se hincharon como una bandera bajo un fuerte vendaval. De entre ellos surgieron nubes de un humo acre y asfíxiate. Eddie se echó encima de Susannah para protegerla y recibió una granizada de trozos de hormigón —todos pequeños, por fortuna— que le rebotaron en la espalda, el cuello y la nuca. A su izquierda hubo una serie de chasquidos, desagradablemente húmedos. Abrió los ojos una rendija, miró en esa dirección y vio que la cabeza del pequeño Lord Fauntleroy se inmovilizaba en el arroyo. El enano aún tenía los ojos abiertos y la boca contraída en su mueca final.

Entonces empezaron a sonar otras voces, unas chillonas, otras ululantes, todas enfurecidas. Eddie se apartó bruscamente de la silla —que se tambaleó sobre una rueda antes de decidirse a permanecer en pie y miró en la dirección por la que había venido el enano. Acababa de aparecer una turba harapienta de unas veinte personas, entre hombres y mujeres, algunas salidas de la esquina, otras de entre las masas de follaje que ocultaban los arcos del edificio, materializándose en la humareda de la granada del enano como espíritus malignos. Casi todos llevaban un pañuelo azul a la cabeza, y todos iban armados; un variado (y en cierto modo patético) surtido de armas entre las que había sables oxidados, cuchillos sin filo y mazas astilladas. Eddie vio a un hombre que blandía un martillo con aire de desafío. «Son los pubis —pensó Eddie—. Hemos interrumpido su fiesta de sociedad y ahora están encabronados como demonios.»

Una confusión de gritos —«¡Muerte a los grisés! ¡Matémoslos a los dos! ¡Se han cargado al Lustre, Dios les mate los ojos!»— brotó de tan encantador grupo cuando vieron a Susannah en la silla de ruedas y a Eddie agazapado junto a ella con una rodilla en el suelo. El individuo que marchaba en cabeza iba envuelto en una especie de falda escocesa y blandía un alfanje. Tras agitar frenéticamente el arma (habría decapitado a la mujer corpulenta que marchaba a su

espalda si ésta no se hubiera agachado a tiempo), se lanzó a la carga. Los demás lo siguieron, aullando alegremente.

La pistola de Rolando hizo retumbar su trueno brillante en el día ventoso y encapotado, y al publi de la falda escocesa le estalló la tapa de los sesos. La piel cetrina de la mujer que había estado a punto de morir decapitada por el alfanje quedó súbitamente salpicada de lluvia roja, lo cual le hizo lanzar un grito de consternación. Los demás esquivaron a la mujer y al muerto y siguieron adelante, bramando y con ojos enloquecidos.

—¡Eddie! —gritó Susannah, y volvió a disparar. Un hombre que vestía una capa forrada de seda y botas hasta la rodilla cayó al suelo. Eddie buscó a tientas la Ruger y tuvo un instante de pánico al pensar que la había perdido. Al parecer la culata de la pistola había resbalado hacia abajo y se le había atascado dentro de los pantalones. La cogió con firmeza y tiró de ella. El condenado cacharro se negó a salir pues la mira del extremo del cañón se le había enganchado en la ropa interior.

Susannah disparó tres balas muy seguidas. Cada una de ellas halló un blanco, pero los pubis siguieron avanzando.

—¡Ayúdame, Eddie!

Eddie se desabrochó los pantalones, sintiéndose como una especie de Superman de pacotilla, y al fin consiguió sacar la Ruger. Liberó el seguro con el canto de la mano izquierda, apoyó el codo en la pierna, justo encima de la rodilla, y abrió fuego. No tuvo necesidad de pensar, ni siquiera de apuntar. Rolando les había dicho que en el combate las manos de un pistolero actuaban por sí solas, y en aquel momento Eddie comprobó que era verdad. De todos modos, incluso a un ciego le habría resultado difícil fallar el tiro a esa distancia. Susannah había reducido el número de pubis a no más de quince; Eddie barrió a los restantes como un huracán sobre un trigal, derribando a cuatro en menos de dos segundos.

El rostro único de la muchedumbre, esa expresión de vehemencia vidriosa y sin mente, empezó a descomponerse. El hombre del martillo arrojó bruscamente el arma y echó a correr, renqueando exageradamente con sus piernas torcidas por la artritis. Un par más lo siguieron. Los otros se detuvieron en mitad de la calle, indecisos.

—¡Venid aquí, todos! —les gritó con ira un hombre relativamente joven. Llevaba el pañuelo azul anudado al cuello como un piloto de carreras. Salvo un par de mechones de rizado pelo rojo, uno a cada lado de la cabeza, era completamente calvo. Para Susannah, este individuo se parecía a Clarabelle la Payasa; para Eddie, se parecía a Ronald McDonald; para los dos, parecía una fuente de problemas. Les arrojó una lanza de fabricación casera que tal vez había iniciado su vida como una pata de mesa metálica. El arma rebotó inofensiva en el pavimento, a la derecha de Eddie y Susannah—. ¡Venid aquí, os digo! Si vamos todos juntos podemos ven...

—Lo siento, muchacho —musitó Eddie, y le pegó un tiro en el pecho.

Clarabelle/Ronald retrocedió tambaleándose y se llevó una mano a la camisa. Contempló a Eddie con unos ojos muy abiertos que revelaban su pensamiento con dolorosa claridad: se suponía que aquello no debía ocurrir. La mano le cayó pesadamente a un costado. De la comisura de los labios se le escapó un solo hilillo de sangre, increíblemente brillante bajo la luz gris del día. Los pocos pubis que aún quedaban en pie lo contemplaron en silencio mientras caía de rodillas, y uno de ellos se volvió para huir.

—De ninguna manera —le advirtió Eddie—. Quédate ahí, mi retrasado amigo, o le echarás una buena mirada al claro en que termina tu camino. —Alzó más la voz—. ¡Tirad las armas al suelo, chicos y chicas! ¡Todas las armas! ¡Ya!

—Tú... —susurró el moribundo—, tú... ¿pistolero?

—Eso es —asintió Eddie, y contempló a los restantes pubis con mirada severa.

—Imploro tu... perdón —jadeó el hombre del rizado pelo rojo, y cayó de cara al suelo.

—¿Pistoleros? —preguntó uno con una voz en la que comenzaba a despuntar el horror y la comprensión.

—Bueno, sois idiotas pero al menos no sois sordos —dijo Susannah—, y eso ya es algo. —Agitó el cañón de la pistola, que Eddie tenía la certeza de que estaba descargada. Y puestos en

eso, ¿cuántas balas debían quedar en la Ruger? De pronto cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cuántos proyectiles cabían en el cargador, y maldijo su propia estupidez..., pero ¿había creído realmente que las cosas podían llegar a tales extremos? Le parecía que no—. Ya lo habéis oído, muchachos. Tirad las armas. Se ha acabado el recreo.

Uno por uno fueron cumpliendo la orden. La mujer que llevaba como medio litro de sangre del señor Alfánje y Falda Corta esparcida sobre la cara le hizo un reproche.

—No hubiera tenido que matar a Winston, señora. Hoy era su cumpleaños, vaya que sí.

—Bueno, pues entonces hubiera debido quedarse en casa comiendo pastel —replicó Eddie. En vista de la calidad general de la experiencia, ni el comentario de la mujer ni su propia respuesta le parecieron en absoluto fuera de lugar.

Entre los pubis supervivientes sólo había otra mujer, una cosita escuálida cuyos largos cabellos rubios se caían a mechones como si tuviera la sarna. Eddie advirtió que se retiraba poco a poco hacia el enano muerto —y la promesa de seguridad que ofrecían los arcos cubiertos de vegetación— y disparó una bala que rebotó en el cemento agrietado muy cerca de sus pies. No quería que alguno de ellos les diera ideas a los demás. Además, le asustaba pensar en lo que podían hacer sus manos si aquella gente hosca y enfermiza intentaba escapar. Su cabeza podía pensar lo que quisiera sobre eso de ser un pistolero, pero sus manos habían descubierto que les parecía muy bien.

—Quédate donde estás, preciosa. Te aconsejo sinceramente que juegues sobre seguro. —Miró a Susannah por el rabillo del ojo y le inquietó el tinte grisáceo de su tez—. ¿Estás bien, Suze? —preguntó en voz más baja.

—Sí.

—No irás a desmayarte, ¿verdad? Porque...

—No. —Lo miró con ojos oscuros como cavernas—. Lo único que sucede es que nunca había matado a nadie, ¿comprendes?

«Pues ya puedes irte acostumbrando», fue la réplica que le vino a los labios, pero la reprimió y volvió otra vez la vista hacia las cinco personas que quedaban en pie. Los miraban con una especie de hosquedad temerosa que, pese a todo, no llegaba a terror ni mucho menos.

«Mierda. Ya no deben de acordarse ni de lo que es el terror —pensó—. Y lo mismo la alegría, la tristeza, el amor... No creo que sean capaces de sentir nada con mucha intensidad. Llevan demasiado tiempo viviendo en este purgatorio.»

Entonces recordó las carcajadas, los gritos de entusiasmo, la ovación, y cambió de parecer. Había al menos una cosa que aún hacía funcionar sus motores, una cosa que aún los ponía en marcha. El Azotes habría podido dar fe de ello.

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Eddie. Observaba muy cuidadosamente la intersección, por si acaso los otros recobraban el valor, pero de momento no se veía ni se oía nada alarmante en esa dirección. Pensó que los demás seguramente habían abandonado aquel grupito astroso a su destino.

Se miraron unos a otros con incertidumbre y finalmente la mujer de la cara manchada de sangre tomó la palabra.

—Era el Azotes, pero cuando empezaron a sonar los tambores de los dioses fue la piedra del Azotes la que salió del sombrero, y lo pusimos a bailar. Supongo que el siguiente habría sido Winston, pero os lo habéis cargado con vuestras podridas pistolas, vaya si no. —Se enjugó pausadamente la sangre de la mejilla, la contempló y luego volvió la torva mirada hacia Eddie.

—Bueno, ¿y qué crees que pensaba hacerme Winston con su podrida lanza? —se defendió Eddie. Le disgustó comprobar que aquella mujer había conseguido hacerle sentir culpable por sus actos—. ¿Recortarme las patillas?

—También habéis matado a Frank y a Lustre —prosiguió con terquedad—, ¿y qué sois? O bien sois grises, que ya es malo, o un par de forasteros podridos, que es peor. ¿Quién queda para los pubis en Ciudad Norte? Topsy, supongo, Topsy el Marino; pero no está aquí, ¿verdad? Cogió la barca y se fue río abajo, sí, vaya si se fue, ¡y que dios lo pudra también, digo yo!

Susannah había dejado de escuchar; su mente se había fijado con horrorizada fascinación en

algo que la mujer había dicho antes. «Fue la piedra del Azotes la que salió del sombrero, y lo pusimos a bailar.» Recordó un relato de Shirley Jackson titulado La lotería que había leído en la escuela y comprendió que aquella gente, los descendientes degenerados de los pubis originales, estaban viviendo la pesadilla de Jackson. No era de extrañar que no fuesen capaces de experimentar emociones fuertes, sabiendo que debían participar en tan siniestro sorteo, no una vez al año, como en el relato, sino dos o tres veces al día.

—¿Por qué? —le preguntó a la mujer ensangrentada con voz áspera y llena de horror—. ¿Por qué lo hacéis?

La mujer miró a Susannah como si fuera la mayor idiota del mundo.

—¿Por qué? Para que los fantasmas que viven en las máquinas no se apoderen de los cuerpos de quienes han muerto aquí, pubis y grises por igual, y los hagan salir por los agujeros de las calles para devorarnos. Cualquiera tonto lo sabe.

—No existen los fantasmas —protestó Susannah, y su propia voz le sonó como un parloteo sin sentido. Pues claro que existían. En este mundo había fantasmas por todas partes. Aun así, siguió adelante—. Lo que vosotros llamáis tambores de los dioses no es más que una cinta metida en una máquina. En realidad sólo eso. —Súbitamente inspirada, añadió—: O quizá los grises lo hacen deliberadamente, ¿no lo habéis pensado nunca? Viven en la otra parte de la ciudad, ¿no? Y también en el subsuelo, ¿verdad? Siempre han querido deshacerse de vosotros. Puede que al fin hayan encontrado un sistema verdaderamente eficaz para que vosotros mismos les hagáis el trabajo.

La mujer ensangrentada estaba al lado de un caballero entrado en años que llevaba el sombrero hongo más viejo del mundo y unos raídos pantalones cortos de color caqui. El hombre dio un paso al frente y le habló con una pátina de buenos modales que convertía el desprecio subyacente en una daga de filo cortante.

—Está usted en un error, señora Pistolera. Hay un gran número de máquinas en las entrañas de Lud, y en todas ellas hay fantasmas; espíritus demoníacos que sólo guardan mala voluntad hacia los hombres y mujeres mortales. Estos fantasmademonios son muy capaces de levantar a los muertos... y en Lud hay muchos muertos que levantar.

—Escucha, Jeeves —intervino Eddie—. ¿Has visto a alguno de esos zombis con tus propios ojos? ¿Los ha visto alguno de vosotros?

Jeeves contrajo el labio y no dijo nada, pero en realidad aquel labio contraído lo decía todo. ¿Qué se podía esperar, preguntaba, de unos forasteros que utilizaban las pistolas en lugar del buen juicio?

Eddie llegó a la conclusión de que sería mejor abandonar el tema. De todos modos, nunca le había interesado el trabajo de misionero. Señaló con la Ruger a la mujer manchada de sangre.

—Tú y tu amigo aquí presente, el que parece un mayordomo inglés en su día libre, vais a llevarnos a la estación ferroviaria. Cuando llegemos allí podremos decirnos adiós, y voy a confesaros la verdad: ése será el mejor momento de este puñetero día.

—¿La estación ferroviaria? —preguntó el tipo que se parecía a Jeeves el mayordomo—. ¿Qué es una estación ferroviaria?

—Llevadnos a la cuna —dijo Susannah—. Llevadnos a Blaine.

Esto consiguió por fin alarmar a Jeeves; una expresión de horror y consternación sustituyó a la superioridad desdeñosa con que hasta entonces los había tratado.

—¡No podéis ir allí! —exclamó—. ¡La cuna es territorio prohibido, y Blaine es el más peligroso de los fantasmas de Lud!

«¿Territorio prohibido? —pensó Eddie—. Estupendo. Si eso es cierto, al menos podremos dejar de preocuparnos por vosotros, gilipollas.» También resultaba agradable oír que aún existía un Blaine..., o en todo caso que aquella gente creía que existía.

Los demás contemplaban a Eddie y Susannah con expresiones que iban del desconcierto al asombro; era como si los intrusos hubieran propuesto a un grupo de cristianos renacidos ir en busca del Arca de la Alianza para convertirla en un retrete de pago.

Eddie alzó la Ruger hasta que tuvo centrada la frente de Jeeves en el punto de mira.

—Nos vamos —anunció—, y si no queréis reuniros con vuestros antepasados en este mismo instante y lugar, os sugiero que dejéis de rezongar y gemir y nos conduzcáis hasta allí.

Jeeves y la mujer ensangrentada cambiaron una mirada de indecisión, pero cuando el hombre del sombrero hongo se volvió hacia Eddie y Susannah, su expresión era firme y resuelta.

—Matadnos si queréis —decidió—. Preferimos morir aquí que allí.

—¡Sois un puñado de hijoputas con la muerte grabada en el cerebro! —estalló Susannah—. ¡No tiene que morir nadie! ¡Llevadnos adonde queremos ir, por el amor de Dios!

La mujer respondió con voz sombría:

—Pero entrar en la cuna de Blaine es morir, señora, vaya si no. Porque Blaine duerme, y quien perturba su sueño ha de pagar un alto precio.

—Vamos, guapa —replicó Eddie—. No puedes oler el café con la cabeza metida en el culo.

—No sé qué quiere decir eso —contestó ella con una extraña y desconcertante dignidad.

—Quiere decir que podéis llevarnos a la cuna y exponeros a la ira de Blaine o manteneros firmes aquí y exponeros a la ira de Eddie. No tiene por qué ser un tiro limpio en mitad de la frente, ya me entendéis. Os puedo ir matando poco a poco, y en estos momentos me siento lo bastante enfadado para hacerlo. Estoy pasando un día muy malo en vuestra ciudad: la música es una mierda, todo el mundo huele que apesta y el primer tipo que encontramos nos tiró una bomba de mano y raptó a un amigo nuestro. Así que ¿qué me decís?

—¿Por qué tanto interés en ir a Blaine —preguntó uno—. Ya no se mueve de su puesto en la cuna; no se ha movido desde hace años. Incluso ha dejado de reír y de hablar con sus muchas voces.

«¿De reír y de hablar con sus muchas voces?», pensó Eddie. Miró a Susannah. Ella le devolvió la mirada y se encogió de hombros.

—Ardis fue el último en ir a Blaine —comentó la mujer manchada de sangre.

Jeeves asintió lúgubrememente.

—Ardis siempre fue un necio cuando había bebido. Blaine le formuló una pregunta. La oí, pero no le hallé ningún sentido; algo sobre la madre de los cuervos, creo recordar. Y al ver que Ardis no podía responder a la pregunta, Blaine lo exterminó con fuego azul.

—¿Electricidad? —preguntó Eddie.

Jeeves y la mujer manchada de sangre asintieron a la vez.

—Sí —dijo la mujer—. Electricidad; así la llamaban en los viejos tiempos, vaya si no.

—No hace falta que entréis con nosotros —propuso Susannah de pronto—. Llevadnos hasta donde veamos el lugar. El resto del camino lo haremos solos.

La mujer la contempló con desconfianza, y entonces Jeeves la atrajo hacia sí y le habló al oído. Los restantes pubis se mantenían algo más atrás en una línea irregular, contemplando a Eddie y Susannah con los ojos aturcidos de quienes acaban de sobrevivir a un intenso bombardeo.

Por fin la mujer miró en derredor.

—Sí —declaró—. Os llevaremos cerca de Blaine, y en buena hora nos libremos de vuestra mala compañía.

Justo lo que yo pensaba —dijo Eddie—. Jeeves y tú. Los demás, dispersaos. —Los midió con la vista—. Pero recordad esto: una lanza arrojada por sorpresa, una flecha, un ladrillo, y estos dos mueren.

Esta amenaza sonó tan poco convincente y absurda que Eddie deseó no haberla pronunciado. ¿Qué podían importarles aquellos dos, o cualquier otro miembro de su clan, si ellos mismos se cepillaban a dos o más todos los días del año? Bueno, pensó, mientras veía alejarse a los demás sin echar siquiera una mirada atrás; ya era demasiado tarde para preocuparse por eso.

—Vamos —dijo la mujer—. Estoy impaciente por perderos de vista.

—El sentimiento es mutuo —replicó Eddie.

Pero antes de que Jeeves y ella emprendieran la marcha, la mujer tuvo un gesto que hizo que Eddie se arrepintiera un poco de sus duros pensamientos: se arrodilló, le apartó el cabello de la frente al hombre de la falda escocesa y depositó un beso en su sucia mejilla.

—Adiós, Winston —se despidió—. Espérame donde los árboles dejan un claro y el agua es dulce. Iré a ti, sí, tan cierto como el amanecer hace correr las sombras hacia el oeste.

—No quería matarlo —dijo Susannah—. Quiero que lo sepas. Pero aún quería menos morir yo.

—Sí. —El rostro que se volvió hacia Susannah era severo y sin lágrimas—. Pero si pretendéis entrar en la cuna de Blaine, moriréis de todos modos. Y lo más probable es que muráis envidiando al pobre Winston. Es cruel, Blaine; sí lo es. El más cruel de todos los demonios de esta ciudad cruel, cruel.

—Vamos, Maud —dijo Jeeves, y la ayudó a levantarse.

—Sí. Terminemos de una vez. —Observó nuevamente a Eddie y Susannah con ojos severos, pero a la vez confusos—. Los dioses maldigan mis ojos por la desgracia de haberse posado en vosotros, y maldigan también las pistolas que lleváis, pues siempre han sido el manantial de nuestros problemas.

«Y con esa actitud —pensó Susannah—, tus problemas van a durar al menos mil años, querida.»

Maud echó a andar a paso vivo por la calle de la Tortuga. Jeeves iba trotando a su lado. Eddie, que empujaba la silla de ruedas de Susannah, pronto empezó a jadear en sus esfuerzos por no quedarse atrás. Los edificios palaciegos que bordeaban la avenida fueron espaciándose hasta parecer mansiones rurales cubiertas de hiedra, rodeadas por enormes jardines selváticos, y Eddie se dio cuenta de que habían entrado en lo que en otro tiempo habría sido un barrio de mucho postín. Más adelante, un edificio se erguía sobre todos los demás. Era una construcción engañosamente sencilla hecha de bloques de piedra blanca, de forma cuadrada y con un tejado voladizo sostenido por numerosas columnas. Eddie volvió a pensar en las películas de gladiadores que tanto le gustaban de pequeño. Susannah, que había recibido una educación más formal, pensó en el Partenón. Los dos vieron con admiración el bestiario espléndidamente esculpido —Oso y Tortuga, Pez y Rata, Caballo y Perro— que coronaba el edificio en un desfile de dos en dos, y comprendieron que era el lugar que habían ido a buscar.

La incómoda sensación de estar siendo observados por muchos ojos —ojos llenos por igual de odio y de pasmo maravillado— no los abandonaba en ningún momento. Cuando llegaron a la vista del monorraíl, empezó a tronar; la vía venía majestuosamente del sur, como la tormenta, seguía la calle de la Tortuga y corría en derechura hacia la Cuna de Lud. Y mientras ellos se acercaban, cadáveres antiguos empezaron a retorcerse y a danzar movidos por el viento en los dos lados de la calle.

Después de haber corrido durante Dios sabía cuánto tiempo (lo único que Jake sabía con certeza era que los tambores habían vuelto a callar), el Chirlas lo detuvo una vez más de un brusco tirón. Esta vez Jake consiguió mantenerse en pie. Había recobrado un nuevo aliento. Pero no el Chirlas, que ya nunca volvería a cumplir once años.

—¡Soo! La vieja bomba me va a estallar en el pecho, ricura.

—Qué pena —respondió Jake sin la menor compasión, y retrocedió un paso bamboleante cuando la nudosa mano del Chirlas le golpeó la cara.

—Sí, derramarías amargas lágrimas si cayera muerto aquí mismo, ¿verdad? ¡Ya lo creo! Pero no tendrás esa suerte, pimpollo mío. El viejo Chirlas los ha visto llegar y los ha visto marcharse, y no nací para caerme muerto a los pies de ningún capullito de nalgas dulces como tú.

Jake escuchó impasible estas incoherencias. Tenía el propósito de ver muerto al Chirlas antes de que terminara el día. El Chirlas podía llevárselo consigo, pero eso a Jake había dejado de importarle. Se enjugó la sangre del labio partido y la contempló reflexivamente, admirado por la presteza con que el deseo de cometer un asesinato podía invadir y conquistar el corazón humano.

El Chirlas vio que Jake se miraba los dedos manchados de sangre y sonrió.

—Cómo corre la savia, ¿eh? Y no será la última que tu viejo amigo el Chirlas haga saltar de tu joven árbol, a no ser que espabiles, a no ser que espabiles mucho, realmente. —Señaló el suelo adoquinado del angosto callejón que en aquellos momentos recorrían. Había una tapadera oxidada que cubría un agujero de acceso al subsuelo, y Jake recordó que había visto río mucho antes aquellas mismas palabras estampadas en el acero: FUNDICIONES LaMERK.

—Hay un asidero al lado —dijo el Chirlas—. ¿Lo ves? Pues mete ahí las manos y levanta. Muévete con garbo y puede que conserves todos los dientes cuando conozcas al Tic Tac.

Jake agarró la tapa de acero y tiró hacia arriba. Tiró con fuerza, pero no con toda la fuerza de que era capaz. El laberinto de callejones y pasajes por el que el Chirlas lo había conducido era malo, pero al menos había luz. No podía imaginarse cómo sería aquel submundo que se extendía bajo la ciudad, donde las tinieblas excluirían incluso el sueño de huir, y no tenía intención de averiguarlo a menos que se viera absolutamente obligado.

El Chirlas se apresuró a demostrarle que era así.

—Pesa demasiado para... —comenzó Jake, y el pirata lo cogió por el cuello y lo alzó en vilo hasta que sus ojos quedaron a la misma altura. La larga carrera por los callejones le había cubierto las mejillas de un leve rubor sudoroso y había prestado a las llagas que le comían la carne un desagradable color entre amarillento y morado. Las que estaban abiertas exudaban una densa sustancia pútrida e hilos de sangre en pulsaciones regulares. Jake respiró sólo una vaharada del infecto hedor del Chirlas antes de que la mano que le rodeaba la garganta le cortara la respiración.

—Escucha, capullo idiota, y escucha bien porque éste es el último aviso. Levanta esa maldita tapadera ahora mismo o te meteré la mano en la boca y te arrancaré la lengua de cuajo. Y no te prives de morder cuanto quieras mientras lo hago, porque lo que tengo va en la sangre, y verás las primeras flores en tu propia cara antes de que termine la semana... si es que para entonces aún vives. Ahora, ¿has entendido?

Jake asintió frenéticamente. La cara del Chirlas desaparecía en pliegues cada vez más oscuros de gris, y su voz parecía llegarle desde muy lejos.

—Muy bien. —El Chirlas lo arrojó hacia atrás. Jake cayó desmadejado junto a la tapadera metálica, entre náuseas y arcadas. Finalmente consiguió aspirar una profunda bocanada de aire que le ardió como fuego líquido. Escupió una flema moteada de sangre y al verla estuvo a punto de vomitar.

—Ahora levanta esa tapadera, deleite de mi corazón, y no se hable más del asunto.

Jake gateó hacia la tapa, agarró el asidero y esta vez tiró con todas sus fuerzas. Durante un instante terrible creyó que ni siquiera así podría moverla, pero entonces se imaginó los dedos del Chirlas dentro de la boca, cogiéndole la lengua, y eso le prestó nuevas energías. Sintió un dolor sordo que se extendía desde la parte baja de la espalda, pero la tapa circular empezó a

desplazarse lentamente hacia un lado, rechinando sobre los adoquines y revelando una sonriente media luna de oscuridad.

—¡Bien, capullito, bien! —jaleó el Chirlas alegremente—. ¡Estás hecho un mulo! ¡Sigue tirando, no te pares ahora!

Cuando la media luna ya casi se había convertido en llena y el dolor de la espalda era un fuego al rojo blanco, el Chirlas le pegó una patada en el culo que lo hizo caer despatarrado.

—¡Muuy bien! —aprobó el Chirlas, y se asomó al agujero—. Ahora, capullito, vas a bajar como un buen chico por esa escalerilla que hay al lado. Ojo no pierdas pie y caigas rebotando hasta el fondo, porque esos barrotes son de lo más resbaladizo y grasiento que he visto. Creo recordar que hay unos veinte. Y cuando llegues abajo, te quedas quieto como una estatua y me esperas allí. A lo mejor te entran ganas de escaparte de tu viejo amigo, pero ¿crees que sería una buena idea?

—No —respondió Jake—, supongo que no.

—¡Muuy inteligente, hijo mío! —Los labios del Chirlas se abrieron en una sonrisa horrenda, exhibiendo una vez más los escasos dientes que le quedaban—. Ahí abajo está todo oscuro y hay un millar de túneles que van en cualquier dirección. Tu viejo amigo el Chirlas los conoce como la palma de su mano, vaya si no, pero tú te perderías antes de darte cuenta. Luego están las ratas, y bien grandes que son, y bien hambrientas. Así que espérame allí.

—Eso haré.

El Chirlas lo miró entornando los párpados.

—Hablas como un auténtico finoli, vaya que sí, pero tú no eres ningún pubi; de eso daría fe con mi sello. ¿De dónde has salido, pimpollo?

Jake no contestó.

—Te ha robado la lengua el brambo, ¿eh? Bien, no tiene importancia; el Tic Tac te lo sacará todo, vaya si no. Es como un don natural que tiene nuestro Tiqui; hace que a la gente le entren ganas de conversar. Y cuando se ponen en marcha, a veces hablan tan rápido y chillan tan fuerte que alguien tiene que pegarles en la cabeza para que aflojen un poco. No está permitido que los brampos le retengan la lengua a nadie en presencia del señor Tic Tac, ni siquiera a los jovenzuelos finolis como tú. Y ahora hazme el jodido favor de bajar por ese agujero de una puñetera vez. ¡Venga!

El Chirlas le lanzó una patada, pero esta vez Jake pudo apartarse y esquivar el golpe. Miró por el agujero semiabierto, vio la escalera y empezó a descender. Aún tenía la cabeza fuera cuando un tremendo estrépito de piedra contra piedra martilleó el aire. El ruido venía de un par de kilómetros de distancia o más, pero Jake supo lo que era sin necesidad de que se lo dijeran. Una exclamación de pura desdicha brotó de sus labios.

Una torva sonrisa contrajo la boca del Chirlas.

—Tu correoso amigo te ha seguido la pista un poco mejor de lo que imaginabas, ¿verdad? Pero no mejor de lo que suponía yo, capullito, porque le miré a los ojos antes de irme, y bien vivos y astutos que los tenía. Ya me imaginaba que vendría en pos de su jugoso compañerito de noches sin pérdida de tiempo, si es que decidía venir, y vaya si no lo ha hecho. Ha sabido ver los alambres, pero la fuente ha podido con él, así que ahora todo marcha bien. ¡Abajo, pimpollo mío! Amagó una patada contra la cabeza del chico. Jake pudo esquivarla, pero le resbaló un pie de la escala que descendía por el costado del pozo y sólo pudo evitar la caída agarrándose al costroso tobillo del Chirlas. Alzó la mirada, suplicante, y no vio que aquel rostro infecto y moribundo se ablandara en lo más mínimo.

—Por favor —dijo, y oyó que estas palabras intentaban deshacerse en un sollozo. Sólo veía a Rolando aplastado bajo la enorme fuente. ¿Qué había dicho el Chirlas? Si alguien lo quería, tendría que recogerlo con pinzas.

—Ruega si quieres, mi corazón. Pero no esperes que ningún bien salga de ello pues la piedad se detiene de este lado del puente, vaya sí no. Y ahora, baja o te haré saltar los sesos por las malditas orejas a fuerza de puntapiés.

Así que Jake bajó, y cuando llegó a las aguas estancadas del fondo el ansia de llorar había

pasado. Esperó, con los hombros encorvados y la cabeza gacha, a que el Chirlas bajara y lo condujera a su destino.

Rolando había estado a punto de hacer saltar los alambres cruzados que retenían el alud de chatarra, pero la fuente suspendida era absurda; una trampa que hubiera podido ingeniar un chiquillo idiota. Cort les había enseñado a comprobar constantemente todos los cuadrantes visuales cuando se hallaban en territorio enemigo, y eso tanto quería decir arriba como a la espalda y debajo.

—Alto —le dijo a Acho, levantando la voz para ser oído por encima de los tambores.

—¡To! —asintió Acho. Seguidamente miró al frente y añadió de inmediato—: ¡Ake!

—Sí. —El pistolero echó otra ojeada a la fuente de mármol suspendida, y a continuación examinó la calle en busca del disparador. No tardó en ver que había dos. Quizás en otro momento su camuflaje como adoquines había sido eficaz, pero de eso hacía mucho tiempo. Rolando se inclinó, con las manos sobre las rodillas, y se dirigió a Acho, que lo miraba con la cabeza erguida.

—Voy a cogerte en brazos un momento. No protestes, Acho.

—¡Acho!

Rolando levantó en vilo al brambo. Al principio Acho se puso rígido e intentó desasirse, pero luego Rolando notó que el animalito se adaptaba. No le gustaba estar tan cerca de alguien que no era Jake, pero era evidente que pensaba soportarlo. Rolando se preguntó una vez más hasta dónde llegaba la inteligencia de Acho.

Lo transportó por el estrecho pasaje hasta dejar atrás la Fuente Colgante de Lud, evitando cuidadosamente los falsos adoquines. Cuando los hubieron dejado atrás sin contratiempos, se agachó para soltar a Acho. Justo entonces callaron los tambores.

—¡Ake! —dijo Acho con impaciencia—. ¡Ake, Ake!

—Sí, pero antes debo ocuparme de un asuntillo.

Condujo a Acho unos quince metros más adelante, se inclinó y recogió un trozo de cemento. Se lo fue pasando de una mano a otra, pensativo, y mientras lo hacía oyó un disparo de pistola hacia el este. El redoble amplificado de los tambores había sofocado el ruido del combate que Eddie y Susannah habían librado con la desastrada banda de pubis, pero esta detonación la oyó claramente y le hizo sonreír; casi con toda seguridad quería decir que los Dean habían llegado a la cuna, y ésa era la primera buena noticia del día, que ya parecía durar al menos una semana.

Rolando se volvió y arrojó el trozo de cemento. Su puntería fue tan certera como lo había sido ante el viejo semáforo de Paso del Río; el proyectil fue a dar en el centro de uno de los descoloridos disparadores, y uno de los cables oxidados se rompió con un áspero sonido vibrante. La fuente de mármol se ladeó antes de caer debido a la resistencia que el otro cable siguió oponiendo durante unos instantes..., los suficientes para que un hombre de reflejos rápidos hubiera podido abandonar de todos modos la zona peligrosa, calculó Rolando. Después cedió también el segundo cable y la fuente se vino abajo como un amorfo peñasco rosado.

Rolando se protegió tras un montón de oxidadas vigas de acero y Acho saltó ágilmente a su regazo mientras la fuente chocaba contra el suelo con un ruido estrepitoso. Volaron por el aire fragmentos de mármol rosa, algunos tan grandes como carretones. Unas cuantas esquirlas pequeñas le picotearon la cara, y el pistolero retiró algunas más de la piel de Acho.

Luego se asomó por encima de la barricada improvisada. La fuente se había partido en dos como una enorme bandeja. «No regresaremos por este camino», pensó Rolando. El pasaje, ya bastante estrecho de por sí, había quedado completamente bloqueado.

Trató de imaginar si Jake habría oído caer la fuente, y en tal caso qué pensaría. No malgastó tales especulaciones con el Chirlas; el Chirlas pensaría que había quedado reducido a pulpa, que era exactamente lo que Rolando quería que creyera. ¿Pensaría lo mismo Jake? Por entonces ya debía saber que ningún pistolero caería en una trampa tan burda, pero si el Chirlas lo había aterrorizado lo suficiente, quizá Jake no estuviera en condiciones de pensar con claridad. Bueno, ya era demasiado tarde para preocuparse por eso, y en las mismas circunstancias haría exactamente lo mismo. Moribundo o no, el Chirlas había dado muestras de coraje y de astucia animal. Si ahora bajaba la guardia, el truco habría valido la pena.

Rolando se puso en pie.

—Acho, busca a Jake.

—¡Ake! —Acho estiró el largo cuello, husmeó alrededor en semicírculo, encontró la pista de Jake y salió disparado de nuevo, con Rolando corriendo en pos de él. Al cabo de diez minutos se detuvo junto a la tapadera metálica, la olfateó por todas partes, alzó la mirada hacia Rolando y soltó un ladrido agudo.

El pistolero hincó una rodilla en tierra y observó la confusión de pisadas que rodeaba la tapa y un ancho rastro de arañazos sobre los adoquines. Pensó que aquella tapadera en particular se movía con bastante frecuencia. Se le achicaron los ojos al ver la flema sanguinolenta en un resquicio entre dos adoquines.

—El bastardo sigue pegándole —musitó.

Retiró la tapa del agujero, echó una mirada y a continuación desató las tiras de cuero con que se abrochaba la camisa. Levantó al brambo y se lo metió bajo la camisa. Acho enseñó los dientes y por un instante Rolando notó el roce de sus zarpas sobre la piel del pecho y el vientre como cuchillitos afilados. Luego se retiraron y Acho asomó la cabeza para mirar a Rolando con sus ojitos brillantes, jadeando como una máquina de vapor. El pistolero percibía el rápido latir del corazón de Acho sobre el suyo. Desprendió la tira de cuero de los ojales de la camisa y sacó otra más larga del zurrón.

—Ahora voy a atarte. No me gusta, y a ti aún te gustará menos, pero ahí abajo está muy oscuro.

Unió las dos tiras de cuero y en uno de los extremos hizo un ancho lazo que deslizó sobre la cabeza de Acho. Esperaba que el brambo le enseñara otra vez los dientes, quizás incluso que intentara morderle, pero no ocurrió así. Acho se limitó a mirar al pistolero con sus ojos bordeados de oro y a lanzar otro breve ladrido de impaciencia. Rolando sujetó entre los dientes el cabo libre de la correa improvisada y se sentó al borde de la boca de alcantarilla..., sí es que realmente era eso. Buscó a tientas el peldaño superior de la escala hasta encontrarlo. Descendió lenta y cautelosamente, más consciente que nunca de que le faltaba media mano y de que los peldaños de acero estaban pringados de aceite y de otra sustancia más espesa que debía de ser musgo. Acho, que seguía jadeando ásperamente, era una cálida y pesada carga entre la camisa y el abdomen. Los círculos dorados de sus ojos relucían como medallones en la penumbra del pozo.

Finalmente, uno de los pies del pistolero hizo chapotear el agua acumulada en el fondo. Rolando dirigió una mirada fugaz a la moneda de luz blanca que era la boca del pozo. «Ahora es cuando empieza a ponerse difícil», pensó. El túnel era caluroso y húmedo, y olía como un sepulcro antiguo. En algún lugar cercano resonaba un hueco y monótono goteo. Más a lo lejos, Rolando captó un rumor de maquinaria. Se sacó de la camisa a un agradecido Acho y lo depositó en el agua poco profunda que corría perezosamente por el túnel de la alcantarilla.

—Ahora todo depende de ti —murmuró al oído del brambo—. Busca a Jake, Acho. ¡A Jake!

—¡Ake! —ladró el animal, y se internó rápidamente en la oscuridad, bamboleando la cabeza de un lado a otro como un péndulo. Rolando lo siguió con el extremo de la correa de cuero enrollado en torno a su mutilada mano derecha.

La Cuna —era lo bastante grande para haber adquirido categoría de nombre propio en sus pensamientos— se hallaba en el centro de una plaza cinco veces mayor que aquella en la que habían encontrado la estatua derribada, y después de contemplarla detenidamente Susannah se dio cuenta de lo antiguo, gris y cutre que era el resto de Lud. La Cuna estaba tan limpia que casi le hacía daño a la vista. No había enredaderas que treparan por sus costados, ni pintadas que ensuciaran sus paredes, escaleras y columnas de un blanco cegador. El amarillento polvo de la llanura que recubría todo lo demás brillaba allí por su ausencia. Cuando llegaron más cerca, Susannah descubrió la razón: por los costados de la Cuna descendían sin cesar corrientes de agua procedentes de toberas ocultas en la sombra de los aleros revestidos de cobre. Otras toberas ocultas lanzaban a intervalos chorros de agua que lavaban los escalones, convirtiéndolos en cataratas intermitentes.

—¡No veas! —exclamó Eddie—. Comparada con esto, la estación de Grand Central parece una parada de autobuses en Quintocoño, Nebraska.

—Qué gran poeta eres, cariño —comentó Susannah con sequedad. Los escalones rodeaban todo el edificio y conducían a un espacioso vestíbulo abierto. Allí no había masas de vegetación que obstruyeran la vista, pero Eddie y Susannah descubrieron que tampoco así podían ver bien el interior; la sombra proyectada por el techo voladizo era demasiado intensa. Los Tótems del Haz desfilaban de dos en dos por todo el perímetro del edificio, pero las esquinas estaban reservadas para unos seres que Susannah deseó fervientemente no encontrar jamás fuera de alguna que otra pesadilla: horrendos dragones de piedra con el cuerpo cubierto de escamas, amenazadoras garras engarfiadas y ojos escrutadores.

Eddie le tocó el hombro y apuntó más arriba. Susannah miró hacia donde le indicaba y sintió que se le atascaba el aliento en la garganta. De pie en lo más alto del tejado, muy por encima de los Tótems del Haz y de las gárgolas en forma de dragón, como si se le hubiera concedido pleno dominio sobre ellos, se erguía un guerrero dorado de al menos veinte metros de altura. Un maltratado sombrero de cowboy echado hacia atrás dejaba al descubierto la frente surcada de arrugas y preocupaciones; un pañuelo le colgaba medio torcido sobre el pecho, como si acabara de echárselo hacia abajo tras largas horas de usarlo para protegerse del polvo. En un puño levantado sostenía un revólver; en el otro, lo que parecía una rama de olivo.

Rolando de Galaad montaba guardia sobre la Cuna de Lud, vestido de oro.

«No —pensó ella—. No es él..., pero en cierto sentido lo es. Este hombre, que seguramente murió hace mil años o más, era un pistolero, y su parecido con Rolando es toda la verdad del *katet* que jamás necesitaré conocer.»

Un trueno retumbó hacia el sur. Los rayos azuzaban a las nubes en su carrera por el firmamento. A Susannah le habría gustado tener tiempo para examinar mejor la estatua dorada que se erguía sobre la Cuna y los animales que la rodeaban; cada uno de éstos parecía tener grabadas unas palabras, y algo le decía que lo que estaba escrito allí podía ser un conocimiento que valía la pena tener. En aquellas circunstancias, empero, no había tiempo que perder.

Había una ancha franja roja pintada en el pavimento allí donde la calle de la Tortuga desembocaba en la plaza de la Cuna. Maud y el individuo al que Eddie llamaba Jeeves se detuvieron a una prudente distancia de la raya roja.

—Hasta aquí y no más —les dijo Maud categóricamente—. Podéis llevarnos a la muerte, pero a fin de cuentas cada hombre o mujer les debe una a los dioses, y pase lo que pase quiero acabar a este lado de la línea de la muerte. No desafiaré a Blaine por unos forasteros.

—Ni yo tampoco —añadió Jeeves. Se había quitado el hongo polvoriento y lo sostenía ante el pecho desnudo. Su rostro mostraba una expresión de temerosa reverencia.

—Muy bien —respondió Susannah—. Y ahora largaos de aquí los dos.

—Nos mataréis por la espalda en cuanto nos volvamos —dijo Jeeves con voz temblorosa—. Daría fe con mi sello.

Maud meneó la cabeza. La sangre que le cubría la cara se había secado ya y formaba un grotesco punteado marrón.

—Nunca ha existido un pistolero que matara por la espalda; eso puedo decirlo.

—Si en verdad lo son. Sólo sabemos lo que ellos nos han dicho. Maud señaló el pistolón de gastadas cachas de sándalo que Susannah tenía en la mano. Jeeves lo miró... y al cabo de unos instantes le tendió la mano a la mujer. Cuando Maud la cogió, la imagen que Susannah se había hecho de ellos como un par de asesinos peligrosos se desmoronó. Se parecían más a Hansel y Gretel que a Bonnie y Clyde; cansados, asustados, desconcertados y perdidos en el bosque desde hacía tanto tiempo que habían envejecido en él. El odio y el temor que suscitaban en ella se esfumaron para dar paso a la compasión y a una profunda y dolorosa tristeza.

—Id en paz —les dijo Susannah con voz suave—. Seguid vuestro camino sin temor a que mi hombre ni yo os causemos daño alguno.

Maud asintió.

—Creo que no nos deseáis ningún daño, y os perdono que hayáis matado a Winston. Pero escuchadme, y escuchadme con atención: no entréis en la Cuna. Sean cuales sean vuestras razones para querer entrar, no son bastante buenas. Entrar en la Cuna de Blaine es morir.

—No tenemos más remedio —alegó Eddie, y en lo alto volvió a restallar el trueno como si se tratara de una confirmación de sus palabras—. Y ahora dejadme que os diga algo. No sé qué hay ni qué deja de haber en el subsuelo de Lud, pero sí sé que esos tambores que tanto os obsesionan son parte de una grabación, de una canción que se hizo en el mundo del que venimos mi esposa y yo. —Al ver sus caras de incompreensión, alzó los brazos al cielo—. ¡Jesucristo calabacero! ¿Es que no lo entendéis? ¡Os estáis matando unos a otros por una miserable canción que ni siquiera se publicó como disco sencillo!

Susannah le puso una mano en el hombro y musitó su nombre. Sin prestarle atención, Eddie paseó la mirada de Jeeves a Maud y nuevamente a Jeeves.

—¿Queréis ver monstruos? Pues echad una buena mirada el uno al otro. Y cuando volváis a la especie de circo que llamáis hogar, echad una buena mirada a vuestros parientes y amigos.

—No comprendes —replicó Maud. Tenía los ojos oscuros y sombríos—. Pero ya comprenderás. Sí, ya comprenderás.

—Id ya —les urgió Susannah con voz queda—. No sirve de nada que hablemos; las palabras sólo caen muertas entre nosotros. Seguid vuestro camino y procurad recordar los rostros de vuestros padres, porque creo que perdisteis de vista esos rostros hace ya mucho tiempo.

La extraña pareja se alejó por el mismo camino sin decir nada más. De vez en cuando volvían la cabeza para echar una mirada atrás, y seguían cogidos de la mano: Hansel y Gretel en el oscuro corazón del bosque.

—Quiero salir de aquí —dijo Eddie, abatido. Le puso el seguro a la Ruger, volvió a embutirla bajo la cintura del pantalón y se frotó los ojos enrojecidos con las palmas de las manos—. Sólo quiero salir de aquí; es lo único que pido.

—Sé cómo te sientes, precioso. —Estaba visiblemente asustada, pero su cabeza presentaba aquella inclinación retadora que él había llegado a conocer y amar. Eddie le puso las manos en los hombros, se inclinó y la besó, sin permitir que el escenario ni la inminente tempestad le impidieran hacer un trabajo concienzudo. Cuando por fin se apartó, ella se lo quedó mirando con ojos muy abiertos y danzarines.

—¡Caramba! ¿A qué ha venido eso?

—A que estoy enamorado de ti —respondió él—, y creo que a nada más. ¿Es suficiente?

A Susannah se le enternecieron los ojos. Por un instante pensó en hablarle del secreto que —quizá— venía guardándose, pero naturalmente no eran el momento ni el lugar adecuados. No podía decirle ahora que quizás estuviera embarazada, como no podía detenerse a leer las palabras grabadas en los Tótems de los Pórticos.

—Es suficiente, Eddie.

—Eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida. —Sus ojos color avellana estaban absolutamente enfocados en ella—. Se me hace difícil decir estas cosas, supongo que por haber vivido tanto tiempo con Henry, pero es la verdad. Creo que empecé a quererte porque representabas todo aquello de lo que Rolando me privó; en Nueva York, quiero decir, pero ahora

es mucho más que eso, porque ya no quiero volver allí. ¿Y tú?

Ella contempló la Cuna. Sentía un verdadero pánico a lo que podían encontrar en aquel edificio, pero aun así... Volvió la mirada hacia Eddie.

—No, no quiero volver atrás. Quiero pasarme el resto de la vida yendo hacia delante. Siempre que te tenga a mi lado, claro. Es curioso oírte decir que empezaste a quererme por todas las cosas de que te privó.

—¿Por qué es curioso?

—Yo empecé a quererte porque me liberaste de Detta Walker. —Hizo una pausa, reflexionó y acabó meneando ligeramente la cabeza—. No, es algo más que eso. Empecé a quererte porque me liberaste de esas dos perras. Una era una ladrona malhablada y calientapollas, y la otra una pedante gazmoña pagada de sí. Para el caso viene a ser seis de una por media docena de la otra. Susannah Dean me gusta mucho más que cualquiera de las dos..., y fuiste tú quien me liberó.

Esta vez fue ella la que alargó los brazos y apoyó las palmas en sus mejillas sin afeitar, lo atrajo hacia sí y lo besó con ternura. Cuando Eddie le posó ligeramente una mano en un pecho, ella suspiró y la cubrió con la suya.

—Creo que deberíamos seguir adelante —señaló—, o es muy posible que acabemos tendidos aquí mismo en la calle..., y tal como se presenta el tiempo me parece que nos mojaríamos.

Eddie echó una última y detenida mirada a las torres silenciosas, las ventanas rotas y las paredes cubiertas de enredaderas. Luego asintió.

—Sí. De todos modos, no creo que esta ciudad tenga ningún futuro. Empujó la silla otra vez y los dos se pusieron en tensión cuando sus ruedas cruzaron lo que Maud había llamado la línea de la muerte, temiendo activar algún antiguo detector que los matara. Pero no ocurrió nada. Eddie la llevó hacia la plaza, y cuando se acercaban a los escalones que conducían a la Cuna empezó a caer una fría lluvia impulsada por el viento.

Aunque ellos no lo sabían, había llegado la primera de las grandes tormentas otoñales del Mundo Medio.

Cuando se hallaron en la hedionda oscuridad de las cloacas, el Chirlas aflojó el ritmo asesino que había mantenido en la superficie. Jake no creyó que lo hiciera por la oscuridad; el Chirlas parecía conocer todas las vueltas y revueltas de la ruta que iba siguiendo, tal como se había imaginado. Jake creía más bien que era porque su secuestrador estaba convencido de que Rolando había quedado reducido a gelatina por la caída de la fuente.

Y él mismo empezaba a dudar.

Si Rolando había descubierto los alambres —una trampa mucho más sutil que la que venía después—, ¿podía ser que le hubiese pasado por alto la fuente? Jake suponía que era posible, pero no le parecía lógico. Juzgaba mucho más probable que Rolando hubiera hecho caer la fuente deliberadamente, para tranquilizar al Chirlas y quizás hacerle reducir la marcha. No creía que Rolando pudiera seguirlos por aquel laberinto subterráneo —la absoluta oscuridad derrotaría incluso a la pericia rastreadora del pistolero—, pero le alegraba el corazón pensar que quizá Rolando no hubiera muerto en el intento de cumplir su promesa.

Giraron a la derecha, a la izquierda, y a la izquierda de nuevo. A medida que los demás sentidos de Jake se agudizaban en un intento de compensar la ausencia de visión, empezó a percibir vagamente otros túneles a su alrededor. El ruido sofocado de antigua maquinaria en funcionamiento se volvía más intenso por un instante y se desvanecía de nuevo cuando los cimientos de la ciudad se cerraban de nuevo en torno a ellos. Corrientes de aire le soplaban esporádicamente en la piel, a veces tibias, a veces heladas. El chapoteo de sus pisadas despertaba breves ecos cuando pasaban ante las intersecciones subterráneas por las que llegaban esos vientos malolientes, y una vez Jake estuvo a punto de romperse la cabeza con un objeto metálico que sobresalía del techo. Lo tocó con la mano y palpó algo que hubiera podido ser un gran volante de válvula. Después de eso no dejó de agitar las manos ante sí mientras trotaba por los pasadizos, en un intento de evitarse nuevas sorpresas.

El Chirlas lo guiaba por medio de golpecitos en los hombros, como lo haría un carretero con sus bueyes. Avanzaban a buen paso, aunque sin correr. El Chirlas recobró suficiente resuello para tararear, primero, y luego ponerse a cantar con una voz de tenor asombrosamente melodiosa.

*Ribble-ti-tibble-ti-ting-ting-ting,
I'll get a job and buy yer a ring,
When I get my mitts
On your jiggly tits,
Ribble-ti-tibble-ti-ting-ting-ting!
O ribble-ti-tibble,
I just wanter fiddle,
Fiddle around with your ting-ting-ting!*[\[9\]](#)

Hubo otras cinco o seis estrofas en este tono antes de que el Chirlas dejara de cantar.

—Ahora canta tú algo, pimpollo.

—No sé ninguna canción —jadeó Jake. Esperaba dar la impresión de hallarse más falto de aire de lo que en realidad estaba. No sabía si eso le serviría de algo o no, pero en aquellas tinieblas subterráneas cualquier cosa que pudiera proporcionarle una ventaja merecía la pena intentarla. El Chirlas le clavó un codo en mitad de la espalda con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerlo caer en el medio palmo de agua que se movía perezosamente por el túnel que estaban recorriendo.

—Más te vale que sepas alguna, si no quieres que te arranque tu querido espinazo. —Tras una breve pausa, añadió—: Aquí abajo hay espectros, chico. Viven en las puñeteras máquinas, vaya si no. Hay que cantar para que no se acerquen, ¿no lo sabías? Y ahora, ¡canta!

Jake pensó desesperadamente, pues no quería ganarse otro toquecito amoroso del Chirlas, y se acordó de una canción que había aprendido en una excursión veraniega de la escuela cuando tenía siete u ocho años. Abrió la boca y empezó a cantarla en la oscuridad, escuchando resonar los ecos entre los ruidos del agua que corría, el agua que caía y la maquinaria antigua que aún

palpitaba.

*My girl's a corker, she's a New Yorker,
I buy everything to keep her in style,
She got a pair of hips
Just like two battleships,
Oh boy, that's how my money goes.
My girl's a dilly, she comes from Philly,
I buy everything to keep her in style,
She got a pair of eyes
Just like two pizza pies,
Oh boy, that's how... [10]*

El Chirlas extendió las manos, cogió a Jake por las orejas como si fueran las asas de una jarra y lo detuvo de un tirón.

—Hay un agujero justo delante de ti —le informó—. Con una voz como la tuya, pimpollo, le haría un favor al mundo si te dejara caer, vaya si no, pero al Tic Tac no le gustaría en absoluto, así que supongo que puedes estar tranquilo un ratito más. —Las manos del Chirlas soltaron las orejas de Jake, que ardían como el fuego, y lo sujetaron por la camisa—. Inclínate hacia delante hasta que toques una escala al otro lado. ¡Y cuidado, no resbales y nos hagas caer a los dos!

Jake se inclinó cautelosamente con las manos extendidas, aterrorizado por la idea de caer en un pozo que no podía ver. Mientras buscaba a tientas la escala, percibió una corriente de aire cálido —limpio y casi fragante— que le soplaban en la cara, y un tenue rubor de luz rosada mucho más abajo. Rozó con los dedos un barrote de acero y lo agarró. Las heridas que los dientes de Acho le habían dejado en la mano izquierda volvieron a abrirse, y sintió correr la sangre caliente por la palma.

—¿La tienes? —preguntó el Chirlas.

—Sí.

—¡Pues baja! ¿A qué estás esperando, condenado? —El Chirlas le soltó la camisa y Jake se lo imaginó echando ya un pie hacia atrás, dispuesto a meterle prisa con una patada en el culo. Jake cruzó el hueco levemente iluminado y empezó a bajar por la escalera, utilizando lo menos posible la mano herida. Allí los peldaños estaban limpios de musgo y aceite, y apenas oxidados. El pozo era muy largo, y Jake, mientras descendía apresuradamente para evitar que el Chirlas le pisara las manos con sus botas de suela gruesa, se sorprendió pensando en una película que había visto por televisión: Viaje al centro de la tierra.

El ruido de maquinaria se fue haciendo más fuerte, y el resplandor rosado más intenso. Las máquinas seguían sin sonar bien, pero el oído le dijo que éstas se hallaban en mejor estado que las de arriba. Y cuando por fin llegó al fondo, encontró que el suelo estaba seco. El nuevo túnel horizontal era cuadrado, de casi dos metros de altura, y estaba revestido de planchas de acero inoxidable remachadas entre sí. Se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, recto como un cordel. Jake supo instintivamente, sin pensarlo siquiera, que este túnel (que tenía que estar al menos veinticinco metros por debajo de Lud) también seguía el camino del Haz. Y más arriba, en algún lugar Jake estaba seguro de ello, aunque no hubiera sabido decir por qué—, el tren que habían venido a buscar se encontraba exactamente encima de él.

Estrechas rejillas de ventilación corrían a lo largo de las paredes justo debajo del techo del pasadizo; era de ahí de donde salía el aire limpio y seco. De algunas de ellas colgaban barbas de musgo de color gris azulado, pero la mayoría aún estaban despejadas. Bajo una rejilla de cada dos había una flecha amarilla con un símbolo que se parecía un poco a una «t» minúscula. Las flechas apuntaban en la dirección que iban siguiendo Jake y el Chirlas.

La luz rosa procedía de unos tubos de vidrio fijados al techo del túnel en filas paralelas. Algunos de ellos —aproximadamente uno de cada tres— estaban oscuros, y otros emitían un parpadeo espasmódico, pero al menos la mitad seguía funcionando. «Luces de neón —pensó Jake, asombrado—. ¿Qué te parece?»

El Chirlas se dejó caer al lado de Jake y, al ver su expresión de sorpresa, sonrió.

—Bonito, ¿eh? Fresco en verano y calentito en invierno, y hay tanta comida que quinientos hombres no podrían acabársela en quinientos años. ¿Y sabes lo mejor, pimpollo mío? ¿Sabes que es lo mejorcito de toda esta dulce prosodia?

Jake negó con la cabeza.

—¡Que esos pringosos de los pubis no tienen la menor idea de que existe este lugar! Creen que aquí abajo hay monstruos. ¡No cogerás a un publi a menos de diez metros de una tapa de alcantarilla si tiene modo de evitarlo!

Echó la cabeza atrás y se puso a reír de buena gana. Jake no compartió su risa, aunque una voz fría al fondo de su mente le decía que quizá fuera político hacerlo. No se rió porque sabía exactamente lo que sentían los pubis. Había monstruos bajo la ciudad, en efecto; ogros, larvas y tragos. ¿Acaso no lo había capturado uno de ellos?

El Chirlas lo empujó hacia la izquierda.

—Bueno, ya casi hemos llegado. ¡Vamos!

Avanzaron a paso ligero; sus pisadas eran una cascada de ecos que los perseguía por el túnel. Al cabo de unos diez o quince minutos, Jake vio una compuerta estanca unos doscientos metros más adelante. Cuando se acercaron más, distinguió un gran volante que sobresalía en el centro. En la pared, a la derecha, había un interfono.

—Estoy hecho polvo —jadeó el Chirlas cuando llegaron a la compuerta del final del túnel—. Estas andanzas son excesivas para un inválido como tu viejo compañero, vaya si no. —Apoyó el pulgar sobre el botón del interfono y gritó—: ¡Lo tengo, Tic Tac! ¡Lo tengo, y tan fresco como gustes! ¡Ni siquiera le he desordenado el pelo! ¿No te dije que lo traería? ¡Confía en el Chirlas, dije, porque siempre te llevará por el buen camino! ¡Abre y déjanos entrar!

Soltó el pulsador y contempló la puerta con impaciencia. El volante permaneció inmóvil, pero del interfono surgió una voz lenta e inexpresiva.

—¿Cuál es la contraseña?

El Chirlas puso un ceño horrible, se rascó la barbilla con unas mugrientas y largas uñas y por fin se levantó el parche del ojo y sacó otro burujón de aquella sustancia verde amarillenta.

—¡El Tic Tac y sus contraseñas! —exclamó, dirigiéndose a Jake. Parecía preocupado además de irritado—. Es un punto fino, pero si quieres saber mi opinión, esto es llevar las cosas demasiado lejos. Vaya si no.

Pulsó el botón y aulló:

—¡Vamos, Tic Tac! ¡Si no me conoces la voz, necesitas un aparato para el oído!

—Claro que la reconozco —replicó la voz arrastrada. A Jake le recordó la de Jerry Reed, que interpretaba el papel de compañero de Burt Reynolds en aquellas películas de Los caraduras—. Pero no sé quién viene contigo, ¿verdad? ¿O acaso has olvidado que la cámara que había ahí fuera se jodió el año pasado? ¡La contraseña, Chirlas, o puedes pudrirte ahí fuera!

El Chirlas se metió un dedo en la nariz, sacó una masa de mocos del color de la jalea de menta y la aplastó contra la rejilla del altavoz. Jake contempló esta infantil demostración de mal genio con muda fascinación, sintiendo burbujear en su interior una inoportuna risa histérica. ¿Habían recorrido todo aquel camino por los laberintos sembrados de trampas y los túneles sin luz para quedarse plantados ante aquella compuerta estanca, sólo porque el Chirlas no era capaz de recordar la contraseña del señor Tic Tac?

El Chirlas le lanzó una mirada siniestra y se llevó una mano a la cabeza para quitarse el pañuelo amarillo empapado de sudor. Tenía el cráneo casi completamente calvo, sin más que unos mechones dispersos de hirsuto pelo negro que parecían púas de puerco espín, y una pronunciada hendidura sobre la sien izquierda. El Chirlas hurgó dentro del pañuelo y sacó un trocito de papel.

—Los dioses bendigan al Bocina —masculló—. El Bocina sí que me cuida como se debe, vaya si no.

Escrutó el papel, volviéndolo de un lado y otro, y al fin se lo tendió a Jake. Hablaba en voz muy baja, como si el señor Tic Tac pudiera oírle incluso sin apretar el botón del interfono.

—Tú eres todo un caballereito bien educado, ¿verdad? Y lo primerísimo que les enseñan a los

caballeretes después de aprender a no comerse la pasta y a no mearse por los rincones es la letra. Así que léeme la palabra que hay escrita aquí, capullito, porque se me ha ido completamente de la cabeza, vaya si no.

Jake cogió el papel, lo miró y volvió a alzar la vista hacia el Chirlas.

—¿Y si no quiero? —preguntó con frialdad.

El Chirlas quedó momentáneamente desconcertado por esta reacción... pero enseguida empezó a sonreír con ominoso buen humor.

—Bueno, pues te cogeré por el cuello y utilizaré tu cabeza como llamador —respondió—. No creo que así pueda convencer al Tiqui para que me deje entrar, porque aún le preocupa tu amigo el correoso, vaya si no, pero no sabes cuánto bien le hará a mi pobre corazón ver chorrear tus sesos por esa rueda.

Jake consideró esta respuesta, con aquella risa oscura burbujeando aún en su interior. El señor Tic Tac era un punto la mar de fino, desde luego, y sabía bien que resultaría muy difícil convencer al Chirlas, que de todos modos estaba muriéndose, para que revelara la contraseña aunque Rolando lo hiciera prisionero. Lo que el Tic Tac no había tenido en cuenta era la defectuosa memoria del Chirlas.

—De acuerdo, Chirlas —dijo con total tranquilidad—. La palabra que hay escrita en este papel es «abundancia».

—Dame eso. —El Chirlas le arrebató el papel de las manos, volvió a meterlo en el pañuelo y se cubrió de nuevo la cabeza con el paño amarillo. Pulsó el botón del interfono—. ¿Tic Tac? ¿Sigues ahí?

—¿Dónde quieres que esté, si no? ¿En el Extremo Occidental del Mundo? —La voz arrastrada sonó vagamente divertida.

El Chirlas le sacó la lengua blanzuca al altavoz, pero su voz fue conciliadora y casi servil.

—La contraseña es abundancia, y vaya si no es una buena palabra... ¡Ahora déjame entrar, por todos los dioses!

—Pues claro —respondió el señor Tic Tac. Un motor se puso en marcha en un lugar muy cercano, sobresaltando a Jake. El volante situado en el centro de la compuerta empezó a girar. Cuando se detuvo, el Chirlas lo aferró con las dos manos y tiró de él hacia fuera; a continuación le cogió un brazo a Jake y, empujándolo sobre el reborde inferior de la puerta, lo hizo entrar en la habitación más extraña que el chico había visto en su vida.

Rolando descendía hacia una crepuscular luz rosada. Los brillantes ojos de Acho atisbaban desde el cuello abierto de la camisa, y su cuello se extendía hasta el límite de su considerable longitud para olisquear el aire tibio que soplaba por las rejillas de ventilación. Rolando había tenido que confiar exclusivamente en el olfato del brambo durante el recorrido por los oscuros pasadizos del nivel superior, y había temido muchísimo que el agua corriente le hiciera perder la pista de Jake..., pero cuando oyó resonar en los túneles el eco de sus canciones —primero la del Chirlas, luego la de Jake— se relajó un poco. Acho no los había llevado por mal camino.

Acho también los oyó cantar. Hasta entonces había avanzado lenta y cautelosamente, volviendo incluso sobre sus pasos de vez en cuando para acabar de asegurarse, pero cuando oyó la voz de Jake echó a correr, tensando al máximo la correa. Rolando temió que se le ocurriera llamar a Jake con su áspera voz —¡Ake! ¡Ake!—, pero no lo hizo. Y justo cuando llegaban al pozo que conducía a los niveles inferiores de aquel laberinto, Rolando había oído el ruido de una nueva máquina —una especie de bomba, quizá— seguido por el resonante estampido metálico de una puerta al cerrarse.

Llegó al pie de la escala y examinó brevemente la doble hilera de tubos luminosos que se extendía en ambas direcciones. Vio que los tubos estaban iluminados con fuego de los pantanos, como el cartel colgado ante el establecimiento que había pertenecido a Balazar en la ciudad de Nueva York. Luego estudió con más detenimiento las estrechas rejillas de ventilación cromadas que se abrían en lo alto de las paredes y las flechas que había bajo ellas, y a continuación retiró la correa del cuello de Acho. El brambo agitó la cabeza con impaciencia, obviamente satisfecho de verse libre de ella.

—Estamos cerca —musitó junto a la oreja enhiesta del animal—, así que hemos de guardar silencio. ¿Entiendes, Acho? Mucho silencio.

—Encio —replicó Acho con un susurro ronco que en otras circunstancias habría resultado gracioso.

Rolando lo dejó en el suelo y el brambo echó a correr inmediatamente por el túnel, el cuello estirado, el hocico pegado al suelo de acero. El pistolero le oyó mascullar «¡Ake, Ake! ¡Ake, Ake!» en un susurro ahogado. Rolando desenfundó el revólver y fue tras él.

Eddie y Susannah estaban contemplando desde abajo la enormidad de la Cuna de Blaine cuando el cielo se abrió y empezó a caer una lluvia torrencial.

—¡Es un edificio acojonante, pero se olvidaron las rampas para minusválidos! —gritó Eddie, alzando la voz para ser oído sobre el fragor de la lluvia y el trueno.

—Da lo mismo —replicó Susannah, impaciente, mientras bajaba de la silla de ruedas—. Subamos de una vez y pongámonos a cubierto.

Eddie contempló dubitativo la escalinata. Los peldaños eran poco altos..., pero había muchos.

—¿Estás segura, Suze?

—Te echo una carrera, blanquito —le retó, y empezó a trepar con asombrosa facilidad, apoyándose en las manos, los musculosos antebrazos y los muñones de las piernas.

Y estuvo a punto de ganarle; Eddie tenía que batallar con toda la ferretería, y eso le hacía ir más lento. Cuando llegaron a lo alto estaban los dos jadeando, y de su ropa mojada se elevaban hilillos de vapor. Eddie la cogió por las axilas, la alzó en vilo y se quedó sosteniéndola con las manos entrelazadas sobre la parte baja de la espalda en lugar de depositarla en la silla, como era su intención inicial. Se sentía cachondo y medio enloquecido, sin tener ni la menor idea de por qué.

«¡No me vengas con ésas! —pensó—. Has llegado hasta aquí con vida; eso es lo que te ha puesto las glándulas a tope y con ganas de fiestecita.»

Susannah se relamió el labio inferior y hundió los dedos en los cabellos de Eddie. Tiró. Dolía..., y al mismo tiempo era una sensación maravillosa.

—Ya te había dicho que ganaría, blanquito —dijo con voz queda y ronca.

—Que te crees tú eso. He ganado yo..., por medio peldaño. —Intentó disimular que estaba sin aliento y descubrió que le resultaba imposible.

—Puede ser... pero has quedado para el arrastre, ¿verdad? —Una mano abandonó el cabello, se deslizó hacia abajo y apretó con suavidad—. En cambio aquí hay algo que no está para el arrastre.

Retumbó un trueno en el cielo. Se encogieron los dos, y al momento se echaron a reír.

—Esto no puede ser —dijo Eddie—. Es una locura. No es el momento adecuado.

Ella no le contradijo, pero aún le dio otro apretón antes de ponerle la mano en el hombro. Eddie sintió una punzada de pesar cuando volvió a depositarla en la silla y la condujo a todo correr sobre las vastas losas de la explanada, hacia la protección del techo. Creyó ver el mismo pesar en los ojos de Susannah.

Cuando se hallaron a cubierto del aguacero, Eddie se detuvo y volvieron la vista atrás. La plaza de la Cuna, la calle de la Tortuga y toda la ciudad se difuminaban rápidamente tras un movidizo telón gris. Eddie no lo lamentó en lo más mínimo. Lud no se había ganado un lugar en su álbum mental de recuerdos afectuosos.

—Mira —musitó Susannah, señalando un conducto por el que se vertía el agua del tejado. Terminaba en una gárgola en forma de cabeza de pez que parecía un pariente cercano de los dragones que adornaban las esquinas de la Cuna. El agua le brotaba de la boca en un torrente de plata.

—Esto no es un chubasco pasajero, ¿verdad? —comentó Eddie.

—En absoluto. Va a llover hasta que se canse, y luego seguirá lloviendo sólo para fastidiar. Puede que dure una semana, puede que un mes. Aunque no creo que eso nos afecte en nada si Blaine decide que no le caemos bien y nos fríe con una descarga. Dispara un tiro para que Rolando sepa que hemos llegado, cariño, y vamos a echar un vistazo por ahí. A ver qué vemos.

Eddie alzó la Ruger hacia el cielo encapotado, apretó el gatillo y disparó un tiro que llegó a oídos de Rolando, a un par de kilómetros de distancia, mientras seguía a Jake y el Chirlas por el siniestro laberinto. Eddie permaneció inmóvil unos instantes, tratando de convencerse a sí mismo de que las cosas aún podían acabar bien, que la terca insistencia de su corazón en afirmar que ya no volverían a ver a Jake ni al pistolero estaba equivocada. A continuación le puso el seguro a la automática, se la guardó bajo la cintura de los pantalones y volvió con Susannah. Cogió de

nuevo los puños de la silla de ruedas y la empujó por un pasillo de columnas que se internaba en el edificio. Mientras, ella abrió el tambor del revólver de Rolando y lo recargó sobre la marcha.

Bajo techado, la lluvia tenía un sonido secreto y espectral, e incluso el áspero crepitar del trueno quedaba apagado. Las columnas que sostenían la estructura medían al menos tres metros de diámetro, y sus capiteles se perdían en la oscuridad. Desde allí arriba, en la penumbra, Eddie oía conversar en arrullos a las palomas.

Un poco más adentro, un cartel suspendido de gruesas cadenas cromadas surgió de entre las sombras:

NORTH CENTRAL POSITRONICS LES DA LA BIENVENIDA A LA CUNA DE LUD ← DIRECCIÓN NORESTE (BLAINE) DIRECCIÓN NOROESTE (PATRICIA)→
--

—Ahora ya sabemos cómo se llamaba el que cayó al río —comentó Eddie—. Patricia. Pero se equivocaron con los colores. En teoría el rosa es para las niñas y el azul para los niños, y no al revés.

—Puede que sean los dos azules.

—No. Blaine es rosa.

—¿Y tú cómo lo sabes? Eddie se quedó cortado.

—No sé cómo lo sé..., pero lo sé.

Siguieron la flecha que apuntaba hacia el andén de Blaine y entraron en lo que tenía que ser un inmenso vestíbulo o sala de espera. Eddie no tenía la capacidad de Susannah de ver el pasado en claros destellos de visión, pero aun así su imaginación llenó aquel vasto espacio de columnatas con un millar de personas apresuradas; oyó el taconear de los viajeros y el murmullo de voces, vio abrazos de bienvenida y de despedida. Y sobre todo ello, los altavoces recitando noticias sobre una docena de destinos distintos.

«Próxima salida de Patricia con destino a las baronías del Noroeste...»

«Pasajero Killington, pasajero Killington, preséntese por favor en la cabina de información del nivel inferior.»

«Blaine está haciendo su entrada en el andén número 2 y procederá a desembarcar en breve...»

Ahora sólo estaban las palomas. Eddie se estremeció.

—Mira esas caras —murmuró Susannah, señalando hacia la derecha—. No sé si te producen repeluzno, pero te aseguro que a mí sí.

En lo alto de la pared, una serie de cabezas esculpidas que parecían querer escapar del mármol los miraban de arriba abajo desde las sombras; hombres severos, con la hosca expresión de un verdugo satisfecho con su trabajo. Algunas de las cabezas se habían desprendido de su lugar y yacían en fragmentos y astillas de granito veinte o veinticinco metros por debajo de sus iguales. Las que quedaban estaban surcadas por una telaraña de grietas y cubiertas de excremento de paloma.

—Debían de ser el Tribunal Supremo o algo por el estilo —conjeturó Eddie, examinando con desasosiego aquellos labios apretados y aquellos ojos agrietados y vacíos—. Sólo un juez es capaz de poner una expresión tan relamida y cabreada al mismo tiempo..., y te lo dice alguien que sabe de lo que habla. Parecen la clase de gente capaz de negar una muleta a un cangrejo jodido.

—Un montón de imágenes rotas en las que pega el sol, y el árbol muerto no da refugio —musitó Susannah, y al oír estas palabras Eddie notó carne de gallina que le bailaba por la piel de los brazos, el pecho y las piernas.

—¿Qué es eso, Suze?

—Un poema de un hombre que debió haber visto Lud en sueños —respondió—. Vamos, Eddie. Olvídalos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —Pero empujó de nuevo la silla. Ante ellos, una vasta barrera enrejada semejante a la barbacana de un castillo surgió de las tinieblas..., y al otro lado vislumbraron por primera vez a Blaine el Mono. Era rosa, como Eddie lo había predicho, de un tono delicado que hacía juego con las vetas que corrían por los pilares de mármol. Blaine fluía sobre la espaciosa plataforma de embarque como un liso y aerodinámico proyectil que más parecía de carne que de metal. Su superficie sólo se rompía en un sitio: una ventanilla triangular provista de un limpiaparabrisas enorme. Eddie sabía que al otro lado del morro habría otra ventanilla triangular con otro limpiaparabrisas enorme, de manera que, visto de frente, Blaine daría la impresión de tener una cara, como Charlie el Chu-Chú. Los limpiaparabrisas parecerían unos párpados maliciosamente entornados.

Desde la abertura sudoriental de la Cuna caía sobre Blaine un largo y distorsionado rectángulo de luz blanca. El fuselaje del tren hizo pensar a Eddie en el lomo de una fabulosa ballena rosada; una ballena absolutamente silenciosa.

—¡Uf! —La voz se le quedó en un susurro—. Lo encontramos.

—Sí. Blaine el Mono.

—¿Crees que está muerto? A mí me lo parece.

—No lo está. Dormido, tal vez, pero de ninguna manera muerto.

—¿Estás segura?

—¿Estabas tú seguro de que sería rosa? —No era una pregunta que exigiera respuesta, y Eddie no respondió. El rostro que Susannah volvió hacia él estaba tenso y muy asustado—. Está dormido, ¿y sabes qué? Me da miedo despertarlo.

—Bueno, esperaremos a que lleguen los otros. Ella meneó la cabeza.

—Me parece que será mejor que intentemos estar preparados para cuando lleguen..., porque tengo el presentimiento de que llegarán a la carrera. Levántame hasta esa caja que hay montada en los barrotos. Parece un interfono. ¿La ves?

La veía, y alzó lentamente a Susannah hacia ella. Estaba instalada junto a un portón cerrado en el centro de la reja que cruzaba la Cuna de parte a parte. Las barras verticales de la barrera parecían de acero inoxidable; las del portón eran de hierro decorativo, y sus extremos inferiores desaparecían en sendos agujeros revestidos de acero. Y además no había manera de colarse entre las barras: la separación entre una y otra no era mayor de diez centímetros. Incluso a Acho le habría resultado difícil pasar por aquel hueco.

Las palomas zureaban y se arrullaban en lo alto. La rueda izquierda de la silla de Susannah chirriaba monótonamente. «Mi reino por una lata de aceite», pensó Eddie, y se dio cuenta de que estaba mucho más que asustado. La última vez que había experimentado aquel grado de terror fue cuando Henry y él se detuvieron en la acera de la calle Rhinegold, en Dutch Hill, para contemplar la mole ruinosa de la Mansión. Aquel día de 1977 no habían entrado; le habían vuelto la espalda a la casa encantada y se habían marchado, y Eddie recordaba que había hecho el voto de no volver nunca a aquel lugar, nunca más. Había cumplido la promesa, pero ahí estaba de nuevo, en otra casa encantada, y tenía justo delante el fantasma que la encantaba: Blaine el Mono, una silueta baja y alargada de color rosado con una ventanilla que lo miraba como el ojo de un animal peligroso que se finge dormido. «Ya no se mueve de su puesto en la Cuna... incluso ha dejado de reír y de hablar con sus muchas voces... Ardis fue el último en ir a Blaine... y al ver que Ardis no podía responder a la pregunta, Blaine lo exterminó con fuego azul.»

«Si me dice algo, creo que me volveré loco», pensó Eddie.

El viento arreció en el exterior, y una fina rociada de lluvia penetró por la alta abertura de salida que se abría en el costado del edificio. Eddie la vio golpear la ventanilla de Blaine y salpicar de gotitas el cristal.

Eddie sintió de pronto un escalofrío y miró rápidamente en derredor.

—Nos están espionando. Lo noto.

—No me extrañaría nada. Acércame más a la reja, Eddie. Quiero ver bien esa caja.

—De acuerdo, pero no la toques. Si está electrificada...

—Si Blaine quiere cocernos, lo hará —replicó Susannah, contemplando el lomo de Blaine

por entre las rejillas—. Lo sabes tan bien como yo.

Y como Eddie sabía que era la pura verdad, no dijo nada.

La caja parecía una mezcla de interfono y alarma antirrobo. En la mitad superior tenía un altavoz, provisto de lo que parecía un botón de HABLAR/ESCUCHAR. Debajo había una serie de números dispuestos en forma de rombo:

1
2 3
4 5 6
7 8 9 10
11 12 13 14 15
16 17 18 19 20 21
22 23 24 25 26 27 28
29 30 31 32 33 34 35 36
37 38 39 40 41 42 43 44 45
46 47 48 49 50 51 52 53 54 55
56 57 58 59 60 61 62 63 64
65 66 67 68 69 70 71 72
73 74 75 76 77 78 79
80 81 82 83 84 85
86 87 88 89 90
91 92 93 94
95 96 97
98 99
100

Debajo del rombo había otros dos botones marcados con palabras de Alta Lengua: COMANDO y ENTRAR.

La expresión de Susannah era perpleja y dubitativa.

—¿Qué crees tú que es esto? Parece un cacharro de una película de ciencia ficción.

Eddie comprendió que por fuerza tenía que parecérselo. Seguramente Susannah habría visto algún que otro sistema de seguridad en su tiempo —después de todo vivía entre los ricos de Manhattan, aunque no la aceptaran con mucho entusiasmo entre ellos—, pero había todo un mundo de diferencia entre el material electrónico disponible en su cuando, 1963, y el de él, que era 1987.

«Nunca hemos hablado mucho de las diferencias —pensó—. ¿Qué pensaría si le dijera que cuando Rolando me sacó, el presidente de Estados Unidos era Ronald Reagan? Seguramente que me había vuelto loco.»

—Es un sistema de seguridad —le explicó. Luego, aunque sus nervios y sus instintos chillaban contra ello, se obligó a extender la mano derecha y pulsar el conmutador de HABLAR/ESCUCHAR.

No hubo ningún crepitar eléctrico; ningún fuego azul le subió velozmente por el brazo. Ni siquiera hubo algún signo de que el aparato estuviese conectado.

«Puede que Blaine esté muerto. Puede que esté muerto, después de todo.»

Pero en realidad no podía creerlo.

—¿Hola? —En el ojo de la mente vio al desdichado Ardis, aullando mientras era abrasado por el fuego azul que le danzaba por la cara y el cuerpo, derritiéndole los ojos e incendiándole el cabello—. ¿Hola... Blaine? ¿Hay alguien ahí?

Soltó el pulsador y esperó, rígido de tensión. La mano de Susannah, fría y pequeña, se deslizó en la de él. Seguía sin haber respuesta, y Eddie —con más renuencia que nunca— volvió a apretar el botón.

—¿Blaine?

Lo soltó. Esperó. Y al ver que tampoco ahora había respuesta, un vértigo temerario se apoderó de él, como solía sucederle en los momentos de miedo y tensión. Cuando ese vértigo le embargaba, el posible precio a pagar perdía toda importancia. En esos momentos nada tenía importancia. Había sucedido así cuando apabulló al cetrino contacto de Balazar en Nassau, y así sucedía ahora. Y si Rolando lo hubiera visto en el instante en que esa impaciencia lunática se apoderaba de él, habría observado algo más que un mero parecido entre Eddie y Cuthbert; habría podido jurar que Eddie era Cuthbert.

Hundió el botón con el pulgar y empezó a berrear ante el altavoz, adoptando un engolado (y completamente falso) acento británico.

—¡Hola, Blaine! ¡Qué tal, muchachote! ¡Te habla Robín Leach, presentador de «Así viven los ricos descerebrados», para anunciarte que acabas de ganar seis mil millones de dólares y un Ford Escort nuevito en la Quiniela de la Cámara de Editores!

Arriba, las palomas alzaron el vuelo en blandas y sobresaltadas explosiones de alas. Susannah dio una boqueada. Su rostro mostraba la expresión desconsolada de una devota que acaba de oír blasfemar a su marido en una catedral.

—¡Basta, Eddie! ¡Basta!

Eddie era incapaz de detenerse. Sus labios sonreían, pero los ojos le brillaban con una mezcla de miedo, histeria y cólera frustrada.

—¡Tu amiguita Patricia y tú pasaréis un mes fas-tu-o-so en la maravillosa Jimtown, donde sólo beberéis los vinos más selectos y devoraréis las vírgenes más selectas! Tú...

—Chiss...

Eddie calló de súbito y miró a Susannah. Estaba seguro de que era ella quien le había hecho callar —no sólo porque ya lo había intentado antes sino porque allí no había nadie más—, pero al mismo tiempo sabía que no había sido ella. Aquella voz era distinta; la voz de un niño muy pequeño y muy asustado.

—¿Suze? ¿Has sido...?

Susannah negó con la cabeza y simultáneamente alzó la mano. Señalaba el interfono, y Eddie vio que el botón marcado COMANDO había empezado a brillar con una luz rosa muy tenue. Era del mismo color que el monorraíl que dormía al otro lado de la barrera.

—Chiss... No lo despiertes... —se lamentó la vocecita infantil. Surgía del altavoz; suave como una brisa vespertina.

—Qué... —comenzó Eddie, pero enseguida sacudió la cabeza, llevó la mano al botón de HABLAR/ESCUCHAR y lo apretó con delicadeza. Cuando habló de nuevo no lo hizo con el tumultuoso rugido de Robín Leach, sino con el susurro de un conspirador.

—¿Qué eres? ¿Quién eres?

Soltó el botón. Susannah y él se miraron con los ojos muy abiertos de unos niños que saben que están compartiendo la casa con un adulto peligroso, quizá psicópata. ¿Cómo han llegado a saberlo? Bueno, porque se lo ha dicho otro niño, un niño que ha vivido mucho tiempo con el adulto psicópata, escondiéndose en los rincones y saliendo a hurtadillas sólo cuando sabe que el adulto está dormido; un niño asustado que da la casualidad de que es invisible.

No hubo respuesta. Eddie dejó correr los segundos. Cada uno de ellos se le antojó lo bastante largo para leer una novela completa. Se disponía a pulsar de nuevo el botón cuando reapareció el tenue resplandor rosa.

—Soy el Pequeño Blaine —susurró la voz infantil—. El que él no ve. El que él olvidó. El

que él cree que dejó atrás en las estancias de la ruina y las salas de los muertos.

Eddie volvió a apretar el botón con una mano presa de un temblor incontenible. Y oyó el mismo temblor en su propia voz. —¿Quién? ¿Quién es el que no ve? ¿Es el Oso?

No, el Oso no; no era él. Shardik yacía muerto en el bosque, a muchos kilómetros de allí; el mundo se había movido desde entonces. Eddie recordó de súbito lo que había sentido al aplicar el oído sobre aquella extraña puerta del claro donde el Oso había vivido su violenta casi-vida, aquella puerta de franjas amarillas y negras que tan ominosas le habían parecido. Y en aquel momento se dio cuenta de que todo formaba parte de lo mismo, de una totalidad horrenda y decadente, de una telaraña desgarrada con la Torre Oscura en el centro como una incomprensible araña de piedra. En esos extraños últimos días, todo el Mundo Medio se había convertido en una vasta mansión encantada; todo el Mundo Medio se había convertido en los Drawers; todo el Mundo Medio se había convertido en una tierra baldía donde campaban los fantasmas.

Vio que los labios de Susannah formaban las palabras de la respuesta verdadera antes de que la voz del interfono pudiera pronunciarlas, y eran unas palabras tan evidentes como la solución de un acertijo cuando ya se ha dicho la respuesta.

—El Gran Blaine —susurró la vocecita invisible—. El Gran Blaine es el fantasma de la máquina... El fantasma de todas las máquinas. Susannah se había llevado una mano a la garganta y se la estaba apretando como si quisiera estrangularse. Tenía los ojos llenos de terror, pero no vidriosos ni desconcertados; los tenía brillantes de comprensión. Quizás ella también conocía una voz semejante de su propio cuando, el cuándo en el que el todo integral que era Susannah había quedado desplazado por las personalidades enfrentadas de Detta y Odetta. La voz infantil le había sorprendido tanto como a él, pero su mirada agónica revelaba que el concepto que expresaba no le era ajeno. Susannah conocía muy bien la locura de la dualidad.

—Eddie, tenemos que irnos —dijo de pronto. El terror que la oprimía convirtió las palabras en un borrón auditivo carente de puntuación. Eddie oyó que le silbaba el aire en la tráquea como un viento frío en una chimenea—. Eddie tenemos que huir Eddie tenemos que huir Eddie...

—Demasiado tarde —replicó la vocecita quejumbrosa—. Ha despertado. El Gran Blaine ha despertado. Sabe que estáis aquí. Y ya viene. Súbitamente destellaron unas brillantes luces sobre sus cabezas —lámparas de sodio de color naranja—, bañando las incontables columnas de la Cuna en un resplandor crudo que desterró toda sombra. Cientos de palomas se lanzaron al aire y empezaron a revolotear despavoridas en trayectorias sin propósito, expulsadas por la sorpresa de su complejo de nidos entrelazados.

—¡Espera! —gritó Eddie—. ¡Espera, por favor!

En su agitación se olvidó de apretar el botón, pero no hubo diferencia; el Pequeño Blaine respondió igualmente.

—¡No! ¡No puedo dejar que me descubra! ¡No quiero que me mate a mí también!

La luz del interfono se apagó de nuevo, pero sólo por un instante. Esta vez se encendieron los dos indicadores al mismo tiempo, el de COMANDO y el de ENTRAR, y su color no era el rosa, sino un amenazador rojo oscuro como el de la fragua de un herrero.

—¿QUIÉNES SOIS? —rugió una voz, y no brotó únicamente del interfono sino de todos los altavoces de la ciudad que aún se hallaban en condiciones de funcionar. Los cadáveres descompuestos que colgaban de los postes temblaron con la vibración de esa voz poderosa, como si hasta los muertos quisieran huir de Blaine.

Susannah se encogió en la silla, las palmas de las manos contra los oídos, la cara contraída por el espanto, la boca distorsionada en un grito silencioso. Eddie sintió que se encogía hacia todos los terrores fantásticos y alucinatorios de los once años. ¿Era esa voz lo que temía cuando se hallaba ante la Mansión con Henry? ¿Quizás incluso lo que preveía? No lo sabía..., pero sí sabía lo que debía de haber experimentado el Jack del cuento para niños cuando se dio cuenta de que había trepado demasiadas veces por la mata de habichuelas y había acabado despertando al gigante.

—¿CÓMO OSÁIS PERTURBAR MI SUEÑO? RESPONDED DE INMEDIATO O DAOS POR MUERTOS.

Eddie habría podido quedarse paralizado allí mismo, dejando que Blaine —el Gran Blaineles hiciera lo que le había hecho a Ardis (o algo peor aún); quizás habría debido quedarse paralizado, prisionero de aquel terror de cuento de hadas, de caída por la madriguera del conejo. Fue el recuerdo de aquella vocecita que había hablado en primer lugar lo que le permitió moverse. Era la voz de un chiquillo aterrorizado, pero aterrorizado o no, había intentado ayudarlos.

«Ahora tendrás que ayudarte a ti mismo —se dijo—. Tú lo has despertado; afróntalo por tanto.»

Extendió la mano y pulsó el botón una vez más.

—Me llamo Eddie Dean. La mujer que me acompaña es mi esposa Susannah. Estamos...

Miró a Susannah, que asintió con la cabeza e hizo ademanes frenéticos para que siguiera hablando.

—Estamos en una peregrinación. Buscamos la Torre Oscura que se alza en el Camino del Haz. Nos acompañan otras dos personas, Rolando de Galaad y... y Jake de Nueva York. Nosotros también somos de Nueva York. Si tú eres... —Se detuvo un instante antes de pronunciar las palabras «el Gran Blaine». Si las utilizaba, podía dar a entender a la inteligencia que se expresaba mediante esa voz que habían oído una voz distinta; un fantasma dentro del fantasma, por así decir.

Susannah, gesticulando con las dos manos, le indicó que siguiera hablando.

—Si tú eres Blaine el Mono..., bueno..., queremos que nos lleves.

Soltó el botón. Durante un lapso que se le antojó larguísimo no hubo ninguna respuesta, sólo el aleteo nervioso de las palomas asustadas en lo alto. Cuando Blaine volvió a hablar, su voz surgió únicamente del altavoz montado en la barrera, y sonó casi humana.

—NO PONGÁIS A PRUEBA MI PACIENCIA. TODAS LAS PUERTAS A ESE DONDE ESTÁN CERRADAS. GALAAD NO EXISTE YA, Y QUIENES RECIBÍAN EL NOMBRE DE PISTOLEROS ESTÁN TODOS MUERTOS. RESPONDED A MI PREGUNTA: ¿QUIÉNES SOIS? ES VUESTRA ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

Hubo un sonido siseante. Un rayo de brillante luz blanquiazul salió proyectado del techo y abrasó un agujero del tamaño de una pelota de golf en «el suelo de mármol, a menos de un metro y medio de la silla de Susannah. Un humo que olía como el que deja tras de sí el rayo se alzó perezosamente de allí. Susannah y Eddie se miraron por un instante, mudos de terror, y Eddie se precipitó enseguida hacia el interfono y apretó el botón.

—¡Te equivocas! ¡Es verdad que venimos de Nueva York! ¡Llegamos por las puertas de la playa hace tan sólo unas semanas!

—¡Es la verdad! —insistió Susannah—. ¡Lo juro!

Silencio. Al otro lado de la barrera, el fuselaje de Blaine se curvaba suavemente. La ventanilla delantera parecía contemplarlos como un insípido ojo de vidrio. El limpiaparabrisas hubiera podido ser un párpado semicerrado en un guiño de picardía.

—DEMOSTRADLO —dijo Blaine al fin.

—¿Y cómo se lo demuestro, Dios mío? —le preguntó Eddie a Susannah.

—No lo sé.

—¡El Empire State Building! ¡El edificio de la Bolsa! ¡El World Trade Center! ¡Coney Island! ¡El Radio City Music Hall! ¡Greenwich Vil...!

Blaine le interrumpió... y, de un modo increíble, la voz que surgió del aparato era la inconfundible voz de John Wayne.

—DE ACUERDO, PEREGRINO. TE CREO.

Eddie y Susannah cruzaron otra mirada, ésta de confusión y de alivio. Pero cuando Blaine habló de nuevo, su voz volvió a ser fría y desprovista de emoción.

—HAZME UNA PREGUNTA, EDDIE DEAN DE NUEVA YORK. Y PROCURA QUE SEA BUENA.

—Tras una pausa, Blaine añadió—: PORQUE SI NO LO ES, TÚ Y TU MUJER VAIS A MORIR, VENGÁIS DE DONDE VENGÁIS.

Susannah dejó de mirar el interfono de la verja para volverse hacia Eddie.
—¿De qué está hablando? —siseó. Eddie meneó la cabeza.
—No tengo ni la menor idea.

Para Jake, la habitación a la que lo arrastró el Chirlas venía a ser como un silo de misiles Minuteman decorado por los internos de un manicomio: en parte museo, en parte sala de estar, en parte comuna hippie. Hacia arriba, el espacio vacío se abovedaba hasta terminar en un techo redondo, y por debajo se hundía veinticinco o treinta metros hasta una base igualmente redonda. A lo ancho de la única pared curva había tubos de neón dispuestos verticalmente en franjas de colores alternos: rojo, azul, verde, amarillo, naranja, melocotón, rosa. Aquellos largos tubos se reunían para crear rugientes nudos de arco iris en los dos extremos del silo..., si realmente había sido un silo.

La habitación se hallaba situada hacia las tres cuartas partes de la altura de aquel vasto espacio en forma de cápsula, y su suelo era una rejilla de hierro oxidado. Alfombras que parecían turcas (más adelante llegó a saber que en realidad aquellas alfombras procedían de una baronía llamada Kashmin) yacían aquí y allá sobre el suelo de rejilla; arcones con conteras de latón, lámparas de pie, o las patas de mullidos sillones, les sujetaban los ángulos. De otro modo habrían aleteado como tiras de papel adheridas a un ventilador eléctrico puesto que desde abajo soplaba una constante corriente de aire cálido. Otra corriente de aire, ésta procedente de una franja circular idéntica a la rejilla de ventilación del túnel por el que habían llegado hasta allí, se arremolinaba a cosa de un metro y medio por encima de la cabeza de Jake. En el lado opuesto de la habitación había una compuerta igual a la que el Chirlas y él habían cruzado al entrar, y Jake se figuró que al otro lado continuaría el pasillo subterráneo que seguía el Camino del Haz. Había media docena de personas en la sala; cuatro hombres y dos mujeres. Jake se imaginó que estaba contemplando el estado mayor de los grises..., suponiendo, naturalmente, que quedaran los suficientes grises para justificar la existencia de un estado mayor. Ninguno de los presentes era joven, pero todos estaban aún en lo mejor de la vida. Contemplaron a Jake con tanta curiosidad como él a ellos.

Sentado en el centro de la sala, con una pierna colosal colgando despreocupadamente sobre el brazo de un sillón lo bastante grande para llamarlo trono, había un hombre que parecía un cruce entre un guerrero vikingo y un gigante de cuento de hadas. De cintura para arriba iba completamente desnudo, excepto un brazalete de plata en el bíceps, la vaina de un puñal enlazada al hombro y un extraño amuleto al cuello que le colgaba sobre el torso increíblemente musculoso. De cintura para abajo iba enfundado en unos ceñidos pantalones de cuero suave que desaparecían en la caña de unas botas altas. En torno a una de ellas llevaba anudado un pañuelo amarillo. La cabellera, de un sucio rubio ceniza, le caía en cascada hasta casi la mitad de la ancha espalda; los ojos eran verdes y curiosos como los de un gato lo bastante viejo para ser sabio pero no tanto como para haber perdido ese refinado sentido de la crueldad que en círculos felinos pasa por diversión. En el respaldo del sillón había lo que parecía una metralleta viejísima colgada de su correa.

Jake examinó más detenidamente el amuleto del vikingo y vio que era una caja de cristal en forma de ataúd suspendida de una cadena de plata. En su interior, un minúsculo reloj de oro marcaba las tres y cinco. Bajo la esfera, un minúsculo péndulo de oro oscilaba de un lado a otro, y a pesar del suave zumbido del aire que circulaba por arriba y por abajo su tic tac resultaba claramente audible. Las manecillas del reloj se movían más deprisa de lo normal, y a Jake no le extrañó demasiado ver que se movían hacia atrás.

Se acordó del cocodrilo de *Peter Pan*, el que siempre andaba persiguiendo al Capitán Garfio, y una sonrisita le rozó los labios. El Chirlas la vio y levantó la mano. Jake dio un paso atrás y se cubrió la cara.

El señor Tic Tac blandió un dedo en dirección al Chirlas, en un gracioso ademán de maestra de escuela.

—Vamos, vamos... Eso está de más, Chirlas —le advirtió.

El Chirlas bajó la mano al instante. Su actitud había cambiado por completo. Antes alternaba entre un furor estúpido y una especie de humor taimado, casi existencial. Como las demás personas del cuarto (y el propio Jake), el Chirlas no podía mantener la vista apartada del señor

Tic Tac durante mucho rato; sus ojos se veían atraídos inexorablemente hacia él. Y Jake comprendía el motivo. El señor Tic Tac era el único de los presentes que parecía completamente vital, completamente sano y completamente vivo.

—Si tú dices que está de más, pues está de más —concedió el Chirlas, pero dirigió una sombría mirada a Jake antes de volver la vista hacia el gigante rubio que ocupaba el trono—. Pero es muy impertinente, Tiqui. Impertinente de verdad, vaya si no, y si quieres mi opinión, creo que habrá que domarlo.

—Cuando quiera tu opinión ya te la pediré —replicó el señor Tic Tac—. Y haz el favor de cerrar la puerta, Chirlas. ¿O es que te has criado en un corral?

Una mujer de cabello moreno soltó una risotada aguda, un sonido como el graznido de un cuervo. El Tic Tac la miró de soslayo. La mujer calló al instante y bajó la mirada hacia el suelo de rejilla.

La puerta por la que el Chirlas le había hecho entrar se componía en realidad de dos puertas. A Jake le recordó el aspecto que tenían las escotillas de las naves espaciales en las películas de ciencia ficción más inteligentes. El Chirlas cerró las dos, se volvió hacia el Tic Tac e hizo un ademán con el puño cerrado y el pulgar hacia arriba. El señor Tic Tac movió afirmativamente la cabeza y estiró el brazo con aire indiferente para pulsar un botón de un mueble parecido a un atril de conferenciante. Un motor empezó a resollar asmáticamente en el interior de la pared y los fluorescentes se oscurecieron de modo perceptible. Sonó un débil siseo de aire y el volante de la puerta interior giró hasta bloquearse. Jake supuso que el de la puerta exterior estaría haciendo lo mismo. Aquel lugar era una especie de refugio contra bombardeos, desde luego; no había ninguna duda. Cuando el motor se paró, los largos tubos de neón recobraron su anterior brillo.

—Muy bien —dijo el Tic Tac en tono afable. Empezó a repasar a Jake con la vista. Jake tuvo la clara e incómoda sensación, de estar siendo examinado y catalogado por un experto—. Ya estamos todos tranquilos y a salvo. Tan cómodos como se puede estar. ¿No es verdad, Bocina?

—¡Y tanto! —respondió de inmediato un individuo alto y flaco vestido con un traje negro. Tenía la cara cubierta con una especie de eccema que se rascaba obsesivamente.

—Lo he traído —intervino el Chirlas—. Te dije que podías fiarte de mí, que yo te lo traería, y aquí está, ¿no?

—Lo has traído —asintió el Tic Tac—. Es verdad. Al final he llegado a dudar de tu capacidad para recordar la contraseña, pero...

La mujer morena soltó otra risotada chillona. El señor Tic Tac medio se volvió hacia ella, con una sonrisa perezosa en las comisuras de los labios, y antes de que Jake pudiera comprender lo que estaba ocurriendo —de lo que ya había ocurrido—, la mujer se tambaleó hacia atrás abriendo mucho los ojos de sorpresa y de dolor, y sujetando entre las manos un extraño tumor que le había crecido en el centro del pecho en un instante.

Jake se dio cuenta de que el señor Tic Tac había hecho una especie de gesto mientras se volvía, un gesto tan rápido que no había sido más que un centelleo. La delgada empuñadura blanca que sobresalía de la vaina colgada del hombro del señor Tic Tac había desaparecido. El puñal estaba ahora al otro lado del cuarto, clavado en el pecho de la mujer morena. El Tic Tac había desenvainado y lo había lanzado con una velocidad tan asombrosa que, a juicio de Jake, ni siquiera Rolando habría podido igualarla. Había sido como un malévolos truco de prestidigitación.

Los demás contemplaron en silencio cómo la mujer avanzaba vacilante hacia el Tic Tac entre sonidos roncacos, estrangulados, apretando sin fuerzas la empuñadura del cuchillo. Al pasar junto a una lámpara de pie le dio un golpe con la cadera, y el llamado Bocina se precipitó a sostenerla antes de que pudiera caer y romperse. El Tic Tac no se movió lo más mínimo; permaneció sentado con la pierna colgada del brazo del sillón, observando a la mujer sin alterar su sonrisa perezosa.

La mujer tropezó con el borde de una alfombra y empezó a caer hacia delante. El señor Tic Tac volvió a moverse con pasmosa velocidad, retirando el pie que colgaba del brazo del trono y proyectándolo de nuevo como un pistón. La bota se hundió en el estómago de la mujer morena y

la hizo salir despedida hacia atrás. Un chorro de sangre le manó de la boca y salpicó los muebles. Chocó contra la pared, resbaló hacia el suelo y acabó sentada con la barbilla apoyada en el esternón. A Jake le hizo pensar en uno de esos mexicanos que aparecen en las películas echando una siesta contra una pared de adobe. Se le hacía difícil creer que hubiera podido pasar de la vida a la muerte con tan terrible velocidad. Los tubos fluorescentes convertían el cabello de la mujer en una bruma medio roja y medio azul. Sus ojos vidriosos contemplaban fijamente al Tic Tac con incredulidad terminal.

—Ya le había advertido que esa risa le daría un disgusto —comentó el Tic Tac. Posó la mirada en la otra mujer, una pelirroja corpulenta que parecía una conductora de camiones de largo recorrido—. ¿No es verdad, Tilly?

—Sí —asintió Tilly al instante. Tenía los ojos relucientes de miedo y excitación, y se lamía obsesivamente los labios—. Ya lo creo que se lo advertiste; muchas, muchas veces. De eso puedo dar fe con mi sello.

—Quizá sí, si pudieras meter la mano por tu gordo culo lo bastante arriba para encontrarlo —replicó el Tic Tac—. Tráeme el cuchillo, Brandon, y procura limpiarle el hedor de esa ramera antes de ponérmelo en la mano.

Un sujeto bajo y patizambo se apresuró a cumplir el encargo. Al principio el puñal se negaba a salir; por lo visto, había quedado encajado en el esternón de la desdichada mujer morena. Brandon, aterrorizado, miró de soslayo al señor Tic Tac y volvió a tirar con más fuerza.

El Tic Tac, empero, parecía haber olvidado por completo a Brandon y a la mujer que había muerto literalmente de risa. Tenía los brillantes ojos verdes fijos en algo que le interesaba mucho más que la muerta.

—Ven aquí, capullito —ordenó—. Quiero verte mejor.

El Chirlas le dio un empujón. Jake salió despedido hacia delante y habría caído si las robustas manos del Tic Tac no lo hubieran sujetado por los hombros. Luego, cuando estuvo seguro de que Jake había recobrado el equilibrio, el Tic Tac aferró la muñeca izquierda del muchacho y la levantó en alto. Era el Seiko de Jake lo que le había llamado la atención.

—Si esto de aquí es lo que me parece, sin duda alguna se trata de un augurio —declaró el Tic Tac—. Habla, muchacho: ¿qué es este sigul que llevas?

Jake, que no tenía la menor idea de lo que era un sigul, no pudo más que responder la verdad y esperar que le favoreciera.

—Es un reloj de pulsera, señor Tic Tac. Pero no funciona.

El Bocina soltó una risita entre dientes, y al ver que el Tic Tac volvía la cabeza hacia él se tapó apresuradamente la boca con las dos manos. Al cabo de un instante, el Tic Tac miró de nuevo a Jake y su rostro ceñudo dio paso a una radiante sonrisa. Contemplar aquella sonrisa casi hacía olvidar que lo que había contra la pared era una mujer muerta y no un mexicano de película echando una siestecita. Contemplarla casi hacía olvidar que aquella gente estaba loca, y que el señor Tic Tac era probablemente el interno más loco de todo el manicomio.

—Un reloj de pulsera... —repitió el Tic Tac, asintiendo con la cabeza—. Sí, una idea muy ingeniosa, si se desea mirar el reloj con frecuencia. ¿Eh, Brandon? ¿Eh, Tillie? ¿Eh, Chirlas?

Todos respondieron con anhelantes afirmaciones. El señor Tic Tac los recompensó con su sonrisa cautivadora y se volvió de nuevo hacia Jake. Fue entonces cuando Jake advirtió que la sonrisa, cautivadora o no, no se extendía en absoluto a los ojos verdes del Tic Tac. Su expresión era la misma que desde un principio: fría, cruel y curiosa.

Alargó un dedo hacia el Seiko, que ahora aseguraba que eran las siete y noventa y un minutos —de la mañana y de la tarde a la vez—, y lo retiró justo antes de tocar el cristal de la pantalla digital.

—Dime, querido niño, ¿está atrapado este reloj de pulsera tuyo?

—¿Cómo? ¡Ah! No, no está atrapado. Jake tocó con el dedo la esfera del reloj.

—Eso no demuestra nada, si está sintonizado a la frecuencia de tu cuerpo —objetó el Tic Tac. Lo dijo en el tono seco y desdeñoso que utilizaba el padre de Jake cuando no quería que la gente adivinara que no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. El Tic Tac echó un vistazo

a Brandon, y Jake lo vio sopesar los pros y los contras de nombrar al patizambo su tocador oficial de relojes. Sin embargo, acabó rechazando la idea y miró a Jake a los ojos—. Si esta cosa me da una descarga, amiguito, dentro de treinta segundos te estarás asfixiando con tus propias pelotas.

Jake tragó saliva pero no dijo nada. El señor Tic Tac volvió a alargar el dedo y esta vez dejó que se posara sobre la esfera del Seiko. Apenas lo tocó, todos los números se pusieron a cero e iniciaron de nuevo la cuenta.

El Tic Tac había entrecerrado los ojos en una mueca de inminente dolor. Al comprobar que no se producía, las comisuras de los párpados se arrugaron en la primera sonrisa auténtica que el chico le había visto.

Jake pensó que en parte era una sonrisa de placer por el valor que había demostrado, pero sobre todo de admiración e interés.

—¿Puedo quedármelo? —le preguntó con voz suave—. Como gesto de buena voluntad, por así decir. De hecho soy un gran aficionado a los relojes, mi capullito querido; vaya si lo soy.

—Se lo ruego. —Jake se quitó inmediatamente el reloj y lo depositó en la manaza que le presentaba el Tic Tac.

—Habla como un auténtico caballero de calzones de seda, ¿verdad? —observó alegremente el Chirlas—. En los viejos tiempos se habría pagado un precio muy alto por el regreso de alguien como él, Tiqui, vaya si no. Caramba, mi propio padre...

—Tu padre murió tan podrido de mandrus que ni siquiera los perros quisieron comérselo —le interrumpió el señor Tic Tac—. Cierra el pico, idiota.

Al principio el Chirlas pareció enfurecido..., pero luego simplemente avergonzado. Se dejó caer en una butaca cercana y cerró la boca. El Tic Tac, entre tanto, estudiaba la pulsera extensible del Seiko con expresión maravillada. La estiró al máximo, la soltó, volvió a estirla al máximo, la volvió a soltar. Metió un mechón de pelo entre los eslabones separados y se echó a reír cuando lo atraparon al cerrarse. Finalmente, introdujo la mano por la pulsera y se subió el reloj hasta la mitad del antebrazo. A Jake le pareció que aquel recuerdo de Nueva York quedaba muy extraño allí, pero no dijo nada.

—¡Maravilloso! —exclamó el Tic Tac—. ¿De dónde lo has sacado, capullito?

—Me lo regalaron mis padres el día de mi cumpleaños —respondió Jake. Al oírlo, el Chirlas se inclinó hacia delante, quizá con la intención de volver a sugerir la idea de pedir un rescate. Sin embargo, la mirada resuelta del Tic Tac hizo que lo pensara mejor y volvió a hundirse en el sillón sin haber hablado.

—¿Ah, sí? —se extrañó el Tic Tac, y enarcó las cejas. Había descubierto el botoncito que iluminaba la esfera y no cesaba de apretarlo, observando cómo se encendía y se apagaba la luz. A continuación miró de nuevo a Jake con ojos casi cerrados que volvían a ser brillantes rendijas verdes—. Dime una cosa, capullito: ¿esto funciona con un circuito unipolar o dipolar?

—Con ninguno de los dos —contestó Jake, sin saber que él no reconocía que ignoraba el significado de esos términos iba a acarrearle muchos problemas más adelante—. Funciona con una pila de níquel y cadmio. O al menos eso creo. No he tenido que cambiarla nunca, y hace mucho que perdí el folleto de instrucciones.

El señor Tic Tac se lo quedó mirando un buen rato sin decir nada, y Jake advirtió con desaliento que el gigante rubio había empezado a sospechar que Jake se burlaba de él. Si decidía que se estaba burlando de él, Jake tenía la impresión de que los malos tratos que había sufrido de camino hacia allí parecerían cosquillas en comparación con lo que el señor Tic Tac podía hacerle. De pronto sintió la necesidad de llevar los pensamientos del Tic Tac por otros derroteros; lo deseó más que nada en el mundo. Así que dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—Es usted su nieto, ¿verdad?

El señor Tic Tac enarcó las cejas en una expresión interrogativa. Posó de nuevo las manos sobre los hombros de Jake, y aunque no apretaba, Jake pudo percibir su fuerza fenomenal. Si al Tic Tac se le antojaba apretar más y tirar bruscamente hacia delante, le rompería las clavículas

como si fueran lápices. Si empujaba, seguramente le rompería la espalda.

—¿El nieto de quién, capullito?

Jake contempló de nuevo la imponente cabeza del Tic Tac, sus nobles facciones y sus anchos hombros, y recordó las palabras de Susannah: «¡Mira qué tamaño, Rolando! ¡Supongo que tuvieron que engrasarlo para meterlo en la cabina!»

—Del hombre del avión. David Quick.

El señor Tic Tac abrió mucho los ojos, sorprendido y desconcertado. Seguidamente echó la cabeza atrás y lanzó una atronadora carcajada que resonó en el techo abovedado. Los demás sonrieron con nerviosismo, pero ninguno se atrevió a reírse abiertamente...; no, en vista de lo que le había ocurrido a la mujer morena.

—No sé quién eres ni de dónde vienes, muchacho, pero eres el punto más fino que el Tic Tac ha encontrado en muchos años. Quick era mi bisabuelo, no mi abuelo, pero te has acercado bastante. ¿No te parece, Chirlas, amigo mío?

—Es verdad —concedió el Chirlas—. Es fino, desde luego. Yo mismo habría podido decírtelo. Pero también es muy impertinente.

—Sí —dijo el señor Tic Tac en tono pensativo. Le apretó los hombros con más fuerza y lo atrajo hacia su rostro sonriente, apuesto y lunático—. Ya me doy cuenta de que es un impertinente. Se le ve en los ojos. Pero ya lo arreglaremos nosotros, ¿verdad, Chirlas?

«No le está hablando al Chirlas —pensó Jake—. Me lo dice a mí. Cree que me está hipnotizando... y a lo mejor es cierto.»

—Desde luego —suspiró el Chirlas.

Jake sintió que se ahogaba en aquellos grandes ojos verdes. Aunque el Tic Tac seguía sin apretar demasiado, descubrió que no le llegaba suficiente aire a los pulmones. Hizo acopio de todas sus fuerzas en un intento de romper el dominio que el gigante rubio ejercía sobre él, y otra vez pronunció las primeras palabras que le vinieron a la mente.

—Así cayó lord Perth, y la tierra tembló con ese trueno.

Su efecto sobre el Tic Tac fue como el de un bofetón en plena cara. Se echó atrás, entornó los ojos y le apretó dolorosamente los hombros.

—¿Qué has dicho? ¿Dónde has oído eso?

—Me lo dijo un pajarito —replicó Jake con insolencia calculada, y al instante se halló volando a través del cuarto.

Si hubiera chocado de cabeza contra la pared curva, habría perdido el conocimiento o se habría matado. Sin embargo dio con una cadera, rebotó y cayó desmadejado sobre la rejilla del suelo. Sacudió la cabeza, aturdido, miró en derredor y se encontró cara a cara con la mujer que no estaba sesteando. Lanzó un grito sobresaltado y se alejó rápidamente a gatas. El Bocina le pegó una patada en el pecho que le hizo caer de espaldas. Jake permaneció tendido en el suelo, contemplando el nudo de colores en que se unían los fluorescentes. Al cabo de un instante el rostro del Tic Tac llenó todo su campo visual. El hombre tenía los labios apretados en una fina línea recta, las mejillas encendidas de color y una sombra de miedo en los ojos. El adorno de cristal en forma de ataúd que llevaba colgado del cuello oscilaba justo delante de los ojos de Jake, balanceándose suavemente de un lado a otro al extremo de la cadena de plata, como si imitara el péndulo del reloj encerrado en su interior.

—El Chirlas tiene razón —afirmó. Cogió a Jake por la camisa y lo levantó de un tirón—. Eres un impertinente. Pero a mí no me vengas con impertinencias, capullito. No me vengas nunca con impertinencias. ¿Has oído decir que hay gente que tiene la mecha corta? Bien, pues yo ni siquiera tengo mecha, y hay un millar que podrían atestiguarlo si no les hubiera cerrado la boca para siempre. Si vuelves a mencionar el nombre de lord Perth delante mío, te arrancaré la tapa del cráneo y me comeré tu cerebro. No quiero que se cuente esa historia de mala suerte en la Cuna de los Grises. ¿Me has entendido?

Agitó a Jake de un lado a otro como si fuera un trapo, y el chico se echó a llorar.

—¿Me has entendido?

—¡S-s-sí!

—Bien. —Dejó a Jake en el suelo, donde se balanceó como un borracho mientras se enjugaba los ojos chorreantes, cubriéndose las mejillas de manchas de suciedad tan oscuras que parecían rímel corrido—. Ahora, capullito de mí corazón, vamos a tener una sesión de preguntas y respuestas. Yo haré las preguntas y tú me darás las respuestas. ¿Entendido?

Jake no contestó. Estaba mirando uno de los paneles de la rejilla de ventilación que circundaba la sala.

El señor Tic Tac le cogió la nariz entre dos dedos y se la retorció cruelmente.

—¿Me has entendido?

—¡Sí! —gritó Jake. Sus ojos, anegados de lágrimas de dolor y terror, regresaron al rostro del Tic Tac. Quería seguir mirando la rejilla de ventilación, sentía la desesperada necesidad de comprobar que lo que había visto allí no era un simple truco de su mente despavorida y ofuscada, pero no se atrevía a hacerlo. Temía que algún otro —el propio Tic Tac, seguramente— siguiera la mirada y viera lo mismo que él.

—Bien. —El Tic Tac volvió hacia su sillón arrastrando a Jake de la nariz, se sentó y pasó otra vez la pierna sobre el brazo—. Vamos a tener una agradable conversación. Empezaremos por tu nombre, si te parece. ¿Puede saberse cómo te llamas, capullito?

—Jake Chambers. —Con la nariz completamente aplastada, su voz sonó nasal y confusa.

—¿Y eres un «no-ver» [11], Jake Chambers?

Jake creyó por un instante que era una manera peculiar de preguntarle si era ciego..., aunque todos podían darse perfecta cuenta de que no lo era.

—No comprendo lo que...

El Tic Tac lo sacudió por la nariz de un lado a otro. —¡No-ver! ¡No-ver! ¿Dejarás de jugar conmigo, muchacho?

—No comprendo... —comenzó Jake, y entonces vio la vieja metralleta que colgaba del sillón y pensó en el Fockewulf estrellado. Las piezas del rompecabezas encajaron por fin—. No, no soy nazi. Soy norteamericano. Todo eso terminó mucho antes de que yo naciera.

El señor Tic Tac le soltó la nariz, que inmediatamente empezó a chorrear sangre.

—Si me lo hubieras dicho antes te habrías ahorrado muchas molestias, Jake Chambers..., pero al menos ahora sabes cómo hacemos las cosas por aquí, ¿no es cierto?

Jake asintió con un gesto.

—Pues claro. Está bien, empezaremos con las preguntas fáciles.

La mirada de Jake se deslizó de nuevo hacia la rejilla de ventilación. Lo que había visto antes aún estaba allí; no era sólo una ilusión. Dos ojos bordeados de oro flotaban en la oscuridad tras el metal cromado de la rejilla.

Acho.

El Tic Tac le pegó una bofetada en la cara que le hizo retroceder hacia el Chirlas, quien de inmediato lo empujó hasta su posición anterior.

—Es hora de clase, corazón mío —le susurró el Chirlas—. ¡Procura estar atento a las lecciones! ¡Muuy atento, de veras!

—Mírame a la cara cuando te hable —dijo el Tic Tac—. Si no sabes mostrar respeto, Jake Chambers, te cortaré los huevos.

—Muy bien.

Los ojos verdes del Tic Tac brillaron amenazadoramente.

—Muy bien ¿qué?

Jake buscó a tientas la respuesta correcta, desechando por el momento la nube de preguntas y la repentina esperanza que le había amanecido en la mente. Y se le ocurrió la que hubiera servido en su propia Cuna de los Pubis, también conocida como la Piper School.

—¿Muy bien, señor? El Tic Tac sonrió.

—Así me gusta, muchacho —aprobó, y se inclinó hacia él con los antebrazos apoyados en los muslos—. Ahora dime..., ¿qué es un norteamericano?

Jake empezó a hablar, recurriendo a toda su fuerza de voluntad para no mirar hacia la rejilla de ventilación.

Rolando enfundó la pistola, cogió el volante con las dos manos e intentó hacerlo girar. No se movió ni un milímetro. Eso no le sorprendió demasiado, pero presentaba un grave problema.

Acho permanecía junto a su bota izquierda, mirando con inquietud, esperando a que Rolando abriera la puerta para poder reanudar el viaje hacia Jake. Al pistolero le habría gustado que fuera así de fácil. No servía de nada quedarse allí parado y esperar a que saliera alguien; podían pasar horas o incluso días antes de que uno de los grises decidiera utilizar aquella salida en particular. Y mientras él esperaba a que sucediera eso, el Chirlas y sus amigos podían tener la ocurrencia de despellejar vivo a Jake.

Apoyó la cabeza contra el acero pero no oyó nada. Eso tampoco le sorprendió. Había visto puertas como aquella, mucho tiempo atrás; no era posible hacer saltar la cerradura a tiros, y ciertamente no era posible oír a través de ellas. Podía haber una puerta o podía haber dos frente a frente, con un espacio de aire muerto entre ellas. No obstante, en algún lugar tenía que haber un botón que hacía girar el volante y abría los cerrojos. Si Jake lograba llegar a ese botón, la cosa aún tenía arreglo.

Rolando se daba cuenta de que no era del todo miembro de ese *ka-tet*, y barruntaba que incluso Acho era más plenamente consciente que él de la vida secreta que existía en el corazón del grupo (dudaba muchísimo de que el brambo hubiera seguido la pista de Jake sólo con el olfato a través de aquellos túneles por los que corría el agua en arroyuelos contaminados). Sin embargo había podido ayudar a Jake cuando éste intentaba cruzar desde su mundo. Había podido ver..., y cuando Jake trataba de recuperar la llave que se le había caído, había podido enviarle un mensaje.

Esta vez tenía que ser muy cauteloso en lo de enviar mensajes. En el mejor de los casos los grises se darían cuenta de que estaba pasando algo. Y en el peor, Jake podía malinterpretar lo que Rolando intentaba decirle y hacer algo inconveniente.

Pero si pudiera ver...

Rolando cerró los ojos y enfocó toda su concentración hacia Jake. Pensó en los ojos del chico y envió su *ka* a buscarlos.

Al principio no hubo nada, pero finalmente empezó a formarse una imagen. Era un rostro enmarcado por una larga cabellera rubia. Unos ojos verdes refulgían en sus profundas cuencas como luces en una caverna. Rolando comprendió enseguida que se trataba del señor Tic Tac, y que era un descendiente del hombre que había muerto en el vehículo aéreo; interesante, pero de nulo valor práctico en aquella situación. Intentó mirar más allá del señor Tic Tac, ver el resto de la sala en que Jake estaba prisionero y las demás personas que había allí.

—Ake —susurró Acho, como si quisiera recordarle que aquél no era el momento ni el lugar de echar un sueñecito.

—Chitón —dijo el pistolero sin abrir los ojos.

Pero era inútil. Sólo captaba fragmentos borrosos, seguramente porque Jake tenía concentrada toda su atención en el señor Tic Tac; todo lo demás no era sino una serie de indistintas figuras grises que aleteaban en los bordes de la percepción de Jake.

Rolando volvió a abrir los ojos y se golpeó la palma de la mano derecha con el puño izquierdo. Tenía la sensación de que podía hacer un esfuerzo mayor y ver más..., pero entonces habría muchas posibilidades de que el chico captara su presencia. Eso sería peligroso. El Chirlas podía olerse algo extraño, y si él no lo hacía, lo haría el señor Tic Tac.

Alzó la mirada hacia la estrecha rejilla de ventilación, y luego la bajó hacia Acho. En varias ocasiones se había preguntado hasta dónde alcanzaba exactamente su inteligencia; al parecer había llegado el momento de averiguarlo.

Rolando alzó la mano buena, introdujo los dedos entre las láminas horizontales de la rejilla más cercana a la compuerta por la que había pasado Jake y dio un tirón. La rejilla se desprendió con una lluvia de polvo de óxido y musgo seco. El hueco que había tras ella era demasiado pequeño para un hombre..., pero no para un bilibrambo. Dejó la rejilla en el suelo, levantó a

Acho y le habló suavemente al oído.

—Ve... mira... vuelve. ¿Me entiendes? No dejes que te vean. Ve, mira y vuelve.

Acho le miró a los ojos y no dijo nada, ni siquiera el nombre de Jake. Rolando ignoraba si había comprendido o no, pero perder el tiempo pensando en ello no mejoraría la situación. Dejó a Acho en el conducto de ventilación. El brambo olisqueó las briznas de musgo seco, estornudó con delicadeza y se quedó agazapado en la corriente de aire que hacía ondear su largo y sedoso pelo, contemplando indeciso a Rolando con sus extraños ojos.

—Ve, mira y vuelve —repitió Rolando en un susurro, y Acho se internó en la oscuridad, caminando sigilosamente, con las uñas retraídas. Rolando sacó otra vez el revólver e hizo lo más difícil. Esperar. Acho regresó en menos de tres minutos. Rolando lo bajó del conducto de ventilación y lo dejó en el suelo. Acho se lo quedó mirando con el largo cuello totalmente extendido.

—¿Cuántos hay, Acho? —le preguntó Rolando—. ¿Cuántos has visto?

Durante un largo instante creyó que el brambo no iba a hacer nada más que seguir mirándolo con expresión ansiosa. Después el animal levantó una pata con gesto vacilante, extendió las uñas y las contempló como si tratara de recordar algo muy difícil. Finalmente, empezó a golpear ligeramente el suelo metálico.

Uno... dos... tres... cuatro. Una pausa. Luego dos golpes más, rápidos y delicados, rascando apenas el acero con las uñas extendidas: cinco, seis. Acho hizo una nueva pausa y agachó la cabeza, como un chiquillo agobiado por la angustia de un titánico esfuerzo mental. A continuación dio un último golpecito en el suelo y alzó la mirada hacia Rolando.

—¡Ake!

Seis grises... y Jake.

Rolando cogió a Acho en brazos y lo acarició.

—¡Muy bien! —le musitó al oído. Se sentía casi abrumado de asombro y gratitud. Esperaba obtener algo, pero aquella respuesta tan precisa era sorprendente. Y tenía muy pocas dudas en cuanto a la exactitud de la cifra—. ¡Buen muchacho!

—¡Acho! ¡Ake!

Sí, Jake. Jake era el problema. Jake, al que había hecho una promesa que pensaba cumplir.

El pistolero caviló profundamente a su extraña manera, con esa combinación de puro pragmatismo e intuición desenfrenada que probablemente le venía de su peculiar abuela, Deidre la Loca, y que lo había mantenido con vida durante todos esos años mientras sus viejos compañeros desaparecían. Y ahora dependía de ella para mantener con vida también a Jake.

Cogió a Acho de nuevo, sabiendo que Jake quizá podría sobrevivir —quizá— pero que el brambo iba a morir casi con toda certeza. Susurró unas cuantas palabras sencillas junto a la oreja enhiesta de Acho y las repitió una y otra vez. Al fin dejó de hablar y lo depositó otra vez en el conducto de ventilación.

—Buen muchacho —musitó—. Vete ya. Hazlo. Mi corazón va contigo.

—¡Acho! ¡Azón! ¡Ake! —susurró el brambo, y se escabulló hacia la oscuridad.

Rolando esperó a que se desataran todas las furias del infierno.

«Hazme una pregunta, Eddie Dean de Nueva York. Y procura que sea buena..., porque si no lo es, tú y tu mujer vais a morir, vengáis de donde vengáis.»

¿Y cómo se podía responder a una cosa así?

La luz roja se había apagado, y poco después reapareció la rosada.

—Daos prisa —les urgió la voz débil del Pequeño Blaine—. Está peor que nunca... ¡Daos prisa si no os matará!

Eddie era vagamente consciente de que las bandadas de palomas asustadas seguían revoloteando por la Cuna sin un propósito definido, y que algunas de ellas chocaban de frente contra las columnas y caían muertas al suelo.

—¿Qué quiere de nosotros? —le preguntó Susannah al altavoz y a la vocecita del Pequeño Blaine que se ocultaba tras él—. Por el amor de Dios, ¿qué es lo que quiere?

No hubo respuesta. Y Eddie empezó a sentir que cualquier período de gracia con el que hubieran podido contar al principio estaba expirando rápidamente. Pulsó el botón de HABLAR/ESCUCHAR e interpeló a Blaine con frenética animación mientras el sudor le chorreaba por las mejillas y el cuello.

«Hazme una pregunta.»

—¡Oye, Blaine! ¿Qué has estado haciendo estos últimos años? Creo que ya no sigues cubriendo tu recorrido de siempre, ¿verdad? ¿Alguna razón en especial? ¿Es que ya no te encuentras en forma?

Los únicos sonidos fueron el aleteo y el rumor de las palomas. Mentalmente vio a Ardis intentando gritar mientras se le derretían las mejillas y se le encendía la lengua. Notó que se le erizaba el pelo de la nuca. ¿Miedo? ¿Acumulación de electricidad?

«Daos prisa... Está peor que nunca.»

—A propósito, ¿quién te construyó? —prosiguió frenéticamente Eddie, y pensó: «¡Si al menos supiera qué quiere de nosotros la maldita máquina!»—. ¿Quieres hablar de eso? ¿Fueron los grises? Qué va, seguramente los Grandes Antiguos, ¿no? O quizá...

Dejó la frase en el aire. Percibía el silencio de Blaine como un peso físico sobre la piel, como unas manos carnosas que lo estuvieran palpando.

—¿Qué quieres? —gritó al fin—. ¿Se puede saber qué coño quieres oír?

No hubo contestación, pero los botones del interfono empezaron a brillar de nuevo con un rojo furioso, y Eddie comprendió que se les acababa el tiempo. Había empezado a oír un zumbido grave en las cercanías —un zumbido como el de un generador eléctrico—, y no creía que ese sonido fuera fruto— de su imaginación, por más que le hubiera gustado creerlo así.

—¡Blaine! —gritó Susannah de súbito—. ¿Me oyes, Blaine?

Tampoco esta vez hubo respuesta, y Eddie notó que el aire se cargaba de electricidad como se llena de agua un tazón situado bajo el grifo. La sentía crepitar amargamente en la nariz a cada respiración; sentía que sus entrañas zumbaban como insectos irritados.

—¡Tengo una pregunta, Blaine, y es bastante buena! ¡Escucha! —dijo Susannah. Cerró los ojos por unos instantes, se frotó nerviosamente las sienes y volvió a abrirlos de nuevo—. Hay una cosa que... ah ... que nada es, pero tiene nombre. A veces es larga y... y a veces breve... —Hizo una pausa y miró a Eddie con los ojos muy abiertos y llenos de ansiedad—. ¡Ayúdame! ¡No recuerdo cómo sigue!

Eddie se la quedó mirando como si se hubiera vuelto loca. ¿De qué le estaba hablando, por Dios bendito? Entonces captó la idea y le encontró un sentido perfecto de puro descabellado. El resto del acertijo se colocó por sí solo en su lugar como las dos últimas piezas de un rompecabezas.

—Está presente en nuestras conversaciones y en nuestras diversiones, y participa en todos los juegos. ¿Qué es? Ésta es la pregunta, Blaine: ¿qué es?

La luz roja que iluminaba los botones de COMANDO y ENTRAR situados bajo el conjunto de números parpadeó y se apagó. Hubo un interminable momento de silencio antes de que Blaine hablara de nuevo..., pero Eddie se dio cuenta de que la sensación eléctrica que le

hormigueaba en la piel estaba disminuyendo.

—UNA SOMBRA, POR SUPUESTO —respondió la voz de Blaine—. MUY FÁCIL... PERO NO ESTÁ MAL. NO ESTÁ NADA MAL.

La voz que surgía del interfono estaba animada por una calidad reflexiva, y por otra cosa además. ¿Placer? ¿Anhelos? Eddie no pudo identificarlo, pero era consciente de que había algo en esa voz que le recordaba a la del Pequeño Blaine. Y también era consciente de otra cosa: Susannah les había salvado el pellejo, al menos por el momento. Se inclinó y le besó la frente fría y sudorosa.

—¿CONOCÉIS MÁS ADIVINANZAS? —preguntó Blaine.

—Sí, muchísimas —respondió Susannah al instante—. Nuestro compañero Jake tiene un libro lleno.

¿DEL DONDE LLAMADO NUEVA YORK? —quiso saber Blaine, y esta vez su tono de voz fue perfectamente diáfano, al menos para Eddie. Blaine podía ser una máquina, pero Eddie había sido adicto a la heroína durante seis años y reconocía una voz ansiosa cuando la oía.

—De Nueva York, sí —contestó—. Pero Jake ha caído prisionero. Se lo llevó un hombre llamado Chirlas.

No hubo respuesta, y de pronto los botones volvieron a relucir con aquella tenue luz rosa.

—De momento vais bien —susurró la vocecita del Pequeño Blaine—. Pero debéis tener cuidado... Es muy imprevisible.

Las luces rojas reaparecieron al instante.

—¿HABÉIS DICHO ALGO? —La voz de Blaine era fría, y Eddie hubiera podido jurar que suspicaz.

Miró a Susannah. Susannah le devolvió la mirada con los ojos de una niña que ha oído moverse insidiosamente bajo la cama algo espantoso.

—He carraspeado, Blaine —dijo Eddie. Tragó saliva y se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo—. Estoy... ¡Mierda! Te diré la verdad, y riéte de mí si quieres: estoy muerto de miedo.

—MUY ACERTADO POR TU PARTE. ESAS ADIVINANZAS DE QUE ME HABLÁIS... ¿SON ESTÚPIDAS? NO CONSENTIRÉ QUE PONGÁIS A PRUEBA MI PACIENCIA CON ADIVINANZAS ESTÚPIDAS.

—La mayor parte son muy inteligentes —le aseguró Susannah, pero miró a Eddie con nerviosismo mientras lo decía.

—MIENTES. NO CONOCES EN ABSOLUTO LA CALIDAD DE LAS ADIVINANZAS.

—¿Cómo puedes decir...?

—ANÁLISIS VOCAL. LOS MODELOS DE FRICCIÓN Y LAS PAUTAS DE ÉNFASIS/TENSIÓN EN LOS DIPTONGOS PROPORCIONAN UN COCIENTE FIABLE DE VERACIDAD/FALSEDAD. LA FIABILIDAD PREDICTIVA ES DE UN 97 POR CIENTO, MÁS O MENOS 0,5 POR CIENTO. —La voz permaneció unos instantes en silencio, y cuando volvió a hablar lo hizo con un acento amenazador que a Eddie le resultó muy conocido. Era la voz de Humphrey Bogart—. TE ACONSEJO QUE TE ATENGAS A LO QUE SABES, MUÑECA. EL ÚLTIMO QUE INTENTÓ PASARSE DE LISTO CONMIGO ACABÓ EN EL FONDO DEL SEND CON UNAS BOTAS DE CEMENTO.

—¡Dios mío! —exclamó Eddie—. Hemos caminado seiscientos o setecientos kilómetros para conocer la versión informatizada de Rich Little. Blaine, ¿cómo puedes imitar a actores de nuestro mundo como John Wayne y Humphrey Bogart?

Nada.

—De acuerdo, no quieres responder a esta pregunta. A ver qué te parece esta otra: si lo que querías oír era una adivinanza, ¿por qué no lo dijiste desde un principio?

Tampoco ahora hubo respuesta, pero Eddie descubrió que en realidad no era necesaria. A Blaine le gustaban las adivinanzas, de modo que les había propuesto una. Susannah la había resuelto. Eddie estaba seguro de que si no lo hubiera hecho, ahora estarían convertidos los dos en algo semejante a un par de paquetes de carbón para barbacoa de tamaño superfamiliar abandonados en el suelo de la Cuna de Lud.

—¿Blaine? —preguntó Susannah con inquietud. No hubo respuesta—. ¿Sigues ahí, Blaine?

—SÍ. PROPONEDME OTRA.

—¿Cuándo una puerta no es una puerta?

—CUANDO ES UNA JARRA. TENDRÉIS QUE PENSAR EN ALGO MEJOR SI DE VERAS PRETENDÉIS QUE OS LLEVE A ALGUNA PARTE. ¿SERÉIS CAPACES?

—Si llega Rolando, estoy segura de que sí —contestó Susannah—. Al margen de la calidad de las adivinanzas que hay en el libro de Jake, Rolando conoce centenares; de hecho las estudiaba en la escuela de pequeño. —Después de decirlo, Susannah se dio cuenta de que le resultaba imposible imaginarse a Rolando de pequeño—. ¿Nos llevarás, Blaine?

—PODRÍA SER —concedió Blaine, y Eddie tuvo la seguridad de que oía una oscura vena de crueldad en su voz—. PERO SI QUERÉIS QUE ME PONGA EN MARCHA, TENDRÉIS QUE LLAMAR A LOS PRIMOS DEL PORTERO, Y EMPEZANDO AL REVÉS.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Eddie, contemplando el aerodinámico lomo rosado de Blaine por entre los barrotes. Pero Blaine no respondió a ésta ni a ninguna de las preguntas que le hicieron. Las brillantes luces naranja permanecieron encendidas, pero tanto el Pequeño como el Gran Blaine parecían sumidos en un estado de hibernación. Pero Eddie no se lo tragó. Blaine estaba despierto. Blaine los estaba observando. Blaine escuchaba sus modelos de fricción y sus pautas de énfasis/tensión en los diptongos.

Se volvió hacia Susannah.

—«Tendréis que llamar a los primos del portero, y empezando al revés» —recitó con voz desconsolada—. Es un acertijo, ¿no?

—Sí, naturalmente. —Susannah miró la ventanilla triangular, tan parecida a un ojo burlón semientornado, y atrajo a Eddie hacia sí para poder hablarle al oído—. Está completamente loco, Eddie: esquizofrénico, paranoico y seguramente con alucinaciones también.

—Y que lo digas —asintió él en un susurro—. Tenemos aquí un genio chiflado y fantasma de ordenador que se pirra por las adivinanzas y puede superar la velocidad del sonido. Bienvenidos a la versión fantástica de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—¿Tienes idea de cuál puede ser la respuesta? Eddie meneó la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—Un cosquilleo en el fondo de la mente. Una luz falsa, seguramente. No dejo de pensar en lo que nos dijo Rolando: una buena adivinanza siempre es racional y siempre tiene solución. Es como un truco de magia.

—Te confunde.

Ella asintió.

—Ve a pegar otro tiro, Eddie. Que sepan que aún estamos aquí.

—Sí. Ojalá pudiéramos saber si ellos aún están allí.

—¿Tú qué crees, Eddie?

Eddie ya había echado a andar y respondió sin detenerse ni mirar atrás.

—No lo sé. Es una adivinanza que ni siquiera Blaine puede contestar.

—¿Podría beber algo? —preguntó Jake. Le salió una voz felpuda y nasal. Tanto la boca como su maltratada nariz se le estaban hinchando. Parecía el que ha llevado la peor parte en una furiosa riña callejera.

—Sí, claro —respondió el Tic Tac en tono sensato—. Podrías. No cabe la menor duda de que podrías beber algo. Tenemos muchísimo que beber, ¿no es así, Víbora?

—¡Y tanto! —asintió un individuo alto y con gafas que vestía camisa de seda blanca y pantalones de seda negra. Parecía un profesor universitario de una caricatura de *Punch* de principios de siglo—. Aquí no escasean los suministros líquidos.

El señor Tic Tac, otra vez repantigado en su trono, miró a Jake con cara de buen humor.

—Tenemos distintas clases de vino y cerveza, y un agua excelente, por descontado. A veces es lo que pide el cuerpo, ¿no crees? Agua clara, fresca y burbujeante. ¿Qué tal suena eso, capullito?

La garganta de Jake, también inflamada y rasposa como papel de lija, le ardía dolorosamente.

—Suena bien —susurró.

—Figúrate que hasta a mí me ha entrado sed —le confesó el Tic Tac. Ensanchó los labios en una sonrisa. Le chispearon los ojos—. Trae una jarra de agua, Tilly; no sé dónde he dejado los modales.

Tilly salió por la compuerta del lado opuesto de la sala, situada justo enfrente de aquélla por la que habían entrado Jake y el Chirlas. El chico la siguió con la vista y se lamió los labios resechos.

—Vamos a ver —comenzó el Tic Tac, y miró de nuevo a Jake—. Has dicho que la ciudad norteamericana de la que vienes, esa Nueva York, se parece mucho a Lud.

—Bueno... No exactamente...

—Pero reconoces algunas máquinas —insistió el Tic Tac—. Válvulas, bombas y cosas así. Por no hablar de los tubos lucíferos.

—Sí. Nosotros los llamamos fluorescentes, pero es lo mismo.

De pronto, Tic Tac alargó la mano hacia él. Jake se encogió, pero el Tic Tac se limitó a darle una palmadita en el hombro.

—Sí, sí; más o menos lo mismo. —Le brillaron los ojos—. ¿Y sabes qué es un ordenador?

—Sí, claro, pero...

Tilly volvió con el agua y se acercó tímidamente al trono del señor Tic Tac, que cogió la jarra y la alzó hacia Jake. Cuando Jake hizo ademán de cogerla, el Tic Tac la apartó y empezó a beber. Mientras veía resbalar el agua de la boca del Tic Tac y caer sobre su pecho desnudo, Jake se puso a temblar. No pudo evitarlo.

El Tic Tac lo miró por encima del borde de la jarra, como si acabara de recordar que Jake aún estaba ante él. A sus espaldas, el Chirlas, el Víbora, Brandon y el Bocina sonreían maliciosamente como colegiales que acaban de oír un divertido chiste verde.

—¡Caramba! ¡He empezado a pensar en la sed que tenía y me he olvidado por completo de ti! —exclamó el Tic Tac—. ¡Que grosería por mi parte! ¡Los dioses me maldigan la vista! Pero, claro, me ha parecido tan buena... Y realmente es buena... fresca... transparente...

Le ofreció la jarra a Jake. Cuando fue a cogerla, la volvió a apartar. —Capullito, antes me dirás qué sabes sobre ordenadores dipolares y circuitos transitivos —exigió con voz fría.

—¿Qué...? —Jake desvió la mirada hacia la rejilla de ventilación, pero tampoco esta vez pudo ver los ojos dorados del brambo. Empezaba a creer que los había imaginado. Llevó la vista hacia el señor Tic Tac, seguro al menos de una cosa: no pensaba darle agua. Había sido una estupidez soñar siquiera que se la daría—. ¿Qué es un ordenador dipolar?

Las facciones del señor Tic Tac se contrajeron de ira; arrojó el agua que quedaba al rostro magullado e hinchado de Jake.

—¡No me vengas ahora con ésas! —chilló. Se quitó el reloj Seiko y se lo pasó por las narices a Jake—. ¡Cuando te he preguntado si funcionaba con un circuito dipolar, me has dicho que no! ¡Así que no me vengas ahora con que no sabes de qué hablo cuando ya has dejado claro que sí!

—Pero... Pero... Jake no pudo seguir. Le daba vueltas la cabeza de miedo y confusión. Vagamente se dio cuenta de que estaba lamiéndose toda el agua que podía de los labios.

—¡Justo debajo nuestro hay un millar de esos jodidos ordenadores dipolares, quizás incluso cien mil, y el único que aún funciona no hace más que jugar a «miradme» y poner en marcha los tambores! ¡Quiero esos ordenadores! ¡Quiero que trabajen para mí!

El señor Tic Tac abandonó el trono de un salto, agarró a Jake, lo sacudió con violencia y acabó arrojándolo al suelo. Jake chocó con una de las lámparas y la hizo caer; la bombilla estalló con una especie de tos ronca. Tilly soltó un gritito y dio un paso atrás, con los ojos abiertos y asustados. El Víbora y Brandon cruzaron una mirada nerviosa.

El Tic Tac se inclinó hacia delante, con los codos sobre los muslos, y le gritó a Jake a la cara.

—¡¡Los quiero para mí Y ESTOY DISPUESTO A CONSEGUIRLOS!! En la sala se hizo el silencio, roto únicamente por el suave zumbido del aire caliente que entraba por las rejillas. De pronto desapareció repentinamente del rostro del Tic Tac la rabia congestionada, como si jamás hubiera existido, para dar paso a otra sonrisa encantadora. El gigante se inclinó un poco más y ayudó a Jake a incorporarse.

—Lo siento. A veces me pongo a pensar en las posibilidades que ofrece este lugar y pierdo el mundo de vista. Te ruego que aceptes mis disculpas, capullito. —Recogió la jarra volcada y la lanzó hacia Tilly—. ¡Llena esto, zorra inútil! ¿Se puede saber qué te pasa?

Volvió la atención a Jake, sin dejar de exhibir su sonrisa de presentador de televisión.

—Muy bien; ya has hecho tu bromita y yo he hecho la mía. Ahora dime todo lo que sepas sobre ordenadores dipolares y circuitos transitivos. Luego podrás beber.

Jake abrió la boca para decir algo —no tenía ni idea de qué— y entonces pasó algo increíble: la voz de Rolando inundó su mente. «Distráelos, Jake..., y si hay un botón que abra la puerta, procura acercarte.»

El señor Tic Tac lo miraba muy fijamente.

—Se te ha ocurrido algo, ¿verdad, capullito? Siempre me doy cuenta. No lo guardes en secreto; díselo a tu buen amigo Tiqui.

Jake captó un movimiento por el rabillo del ojo. Aunque no se atrevió a mirar la rejilla de ventilación —no con toda la atención del Tic Tac centrada en él—, supo que Acho había regresado y estaba mirando por las ranuras.

Tenía que distraerlos... y de pronto supo cómo podría hacerlo.

—Se me ha ocurrido algo —asintió—, pero no se refiere a los ordenadores. Se refiere a mi viejo amigo el Chirlas. Y a su viejo amigo el Bocina.

—¡Oye, oye! —saltó el Chirlas—. ¿De qué estás hablando, muchacho?

—¿Por qué no le dices al Tic Tac quién te dio realmente la contraseña, Chirlas? Y entonces yo le diré dónde la guardas.

La mirada perpleja del Tic Tac pasó de Jake al Chirlas.

—¿Qué está diciendo?

—¡Nada! —replicó el Chirlas, pero no pudo reprimir una fugaz mirada al Bocina—. Sólo está diciendo tonterías para salirse de la mierda echándomela a mí encima, Tiqui. ¡Ya te he dicho que es un impertinente! ¿No te dije...?

—¿Por qué no mira qué lleva en el pañuelo? —sugirió Jake—. Tiene un trozo de papel con la contraseña escrita. Tuve que leérsela yo porque ni siquiera fue capaz de hacerlo él mismo.

Esta vez no apareció de pronto la rabia en el rostro del Tic Tac sino que se le fue oscureciendo gradualmente, como un cielo de verano antes de una terrible tormenta eléctrica.

—Déjame ver el pañuelo, Chirlas —dijo con voz tensa y contenida—. Deja que tu viejo compañero le eche una miradita.

—¡Te digo que es mentira! —gritó el Chirlas, poniéndose las manos sobre el pañuelo y retrocediendo dos pasos hacia la pared. Justo por encima de él relucían los ojos de Acho bordeados de oro—. ¡Sólo tienes que mirarle la cara para darte cuenta de que lo que mejor sabe hacer un capullito impertinente como éste es mentir!

El señor Tic Tac clavó los ojos en el Bocina, que parecía muerto de miedo.

—¿Qué dices tú? —le preguntó el Tic Tac con su terrible voz suave—. ¿Qué dices tú, Bocina? Ya sé que el Chirlas y tú sois compañeros de culo desde hace tiempo, y sé que tienes la inteligencia de un ganso degollado, pero seguramente ni siquiera tú puedes ser tan idiota como para poner por escrito una contraseña de la cámara interior..., ¿o sí? ¿Has podido hacerlo?

—Yo... Yo sólo pensé... —comenzó el Bocina.

—¡Achanta! —gritó el Chirlas, y dirigió a Jake una mirada de odio visceral—. Te mataré por esto, corazoncito. Ya verás si no.

—Quítate el pañuelo, Chirlas —le ordenó el señor Tic Tac—. Quiero verlo por dentro.

Jake dio un paso furtivo hacia el atril donde estaban los botones.

—¡No! —El Chirlas volvió a llevarse las manos a la cabeza y apretó el pañuelo con fuerza como si pudiera salir volando por su propia cuenta—. ¡Que me cuelguen si lo hago!

—Sujétalo, Brandon —dijo el Tic Tac.

Brandon se abalanzó sobre el Chirlas. La reacción del Chirlas no fue tan rápida como antes la del Tic Tac, pero sí lo suficiente; se agachó, sacó un cuchillo de la caña de la bota y se lo clavó a Brandon en el brazo.

—¡Ay, cabrón! —gritó Brandon de sorpresa y de dolor mientras empezaba a correrle la sangre por el brazo.

—¡Mira qué has hecho! —chilló Tilly.

—¿Es que siempre tengo que ocuparme personalmente de todo? —gritó el Tic Tac, aparentemente más exasperado que enojado, y se puso en pie. El Chirlas retrocedió poco a poco, blandiendo el cuchillo ante la cara en lentos dibujos hipnóticos. La otra mano seguía firmemente plantada sobre el cráneo.

—Atrás —jadeó—. Te quiero como a un hermano, Tiqui, pero si no vuelves atrás te enterraré esta hoja en las tripas, vaya si no.

—¿Tú? No creo —replicó el Tic Tac con una carcajada. Desenvainó el puñal y lo sostuvo con delicadeza por la empuñadura de hueso. Todos los ojos estaban fijos en ellos. Jake dio dos pasos rápidos hacia el atril y su grupito de botones y alargó la mano hacia el que creía que el Tic Tac había utilizado.

El Chirlas retrocedía siguiendo la pared curva, y los tubos de luz le pintaban la cara comida de mandrus en una sucesión de colores enfermizos: verde bilis, rojo fiebre, amarillo ictericia. Ahora era el señor Tic Tac quien se hallaba bajo la rejilla de ventilación desde la que Acho espiaba.

—Suéltalo, Chirlas —le invitó el Tic Tac en tono razonable—. Me has traído el chico como yo quería; si alguien sale malparado de este asunto será el Bocina, no tú. Sólo quiero que me enseñes...

Jake vio que Acho se agazapaba para saltar y comprendió dos cosas: lo que Acho iba a hacer y quién se lo había hecho hacer.

—¡No, Acho! —aulló.

Todos se volvieron a mirarlo. En ese instante saltó Acho, golpeando la frágil rejilla y haciéndola saltar. El señor Tic Tac giró bruscamente hacia el sonido y Acho le cayó en la cara vuelta hacia arriba, cubriéndosela de mordiscos y zarpazos.

Rolando lo oyó vagamente aun a través de la doble compuerta —«¡No, Acho!»— y se le cayó el alma a los pies. Esperó a que el volante girase, pero no ocurrió. Cerró los ojos y envió con todas sus fuerzas: «¡La puerta, Jake! ¡Abre la puerta!»

No percibió respuesta alguna, y las imágenes habían desaparecido. Su línea de comunicación con Jake, frágil desde un principio, se había interrumpido.

El señor Tic Tac trastabilló y retrocedió, maldiciendo, gritando y tratando de aferrar la cosa convulsa que le mordía y le desgarraba la cara. Notó que las zarpas de Acho se le clavaban en el ojo izquierdo y lo arrancaban, y un horrible dolor rojo se le hundía en la cabeza como una antorcha en llamas arrojada a un profundo pozo. Agarró a Acho, se lo quitó de la cara y lo alzó sobre su cabeza, dispuesto a retorcerlo como un trapo.

—¡No! —protestó Jake. Se olvidó del botón que abría las puertas y cogió la metralleta colgada del respaldo del sillón.

Tilly soltó un chillido. Los otros se dispersaron. Jake apuntó la vieja arma alemana hacia el Tic Tac. Acho, colgado cabeza abajo de aquellas poderosas manazas y doblado casi al punto de romperse, se debatía furiosamente y lanzaba dentelladas al aire. Gritaba de dolor, con sonidos atrozmente humanos.

—¡Suéltalo, cabrón! —gritó Jake, y apretó el gatillo.

Tuvo suficiente presencia de ánimo para apuntar bajo. En aquel espacio cerrado el rugido de la Schmeisser calibre 40 resultó ensordecedor, aunque sólo disparó cinco o seis balas. Uno de los tubos luminosos saltó hecho trizas en un estallido de frío fuego naranja. Apareció un agujero un par de centímetros por encima de la rodilla de los ceñidos pantalones del señor Tic Tac, e inmediatamente empezó a extenderse una mancha oscura. La boca del Tic Tac se abrió en una desconcertada «O» de sorpresa, una expresión que revelaba con mayor claridad de lo que podrían hacerlo las palabras que, con toda su inteligencia, el Tic Tac esperaba vivir una larga y dichosa vida en la que él disparaba contra la gente pero nadie disparaba contra él. Que disparasen contra él, bien, pero que llegaran a darle... Aquella expresión de sorpresa decía que eso sencillamente no entraba en las reglas del juego. «Bienvenido al mundo real, hijoputa», pensó Jake.

El Tic Tac dejó caer a Acho sobre el suelo de rejilla para sujetarse la pierna herida. El Víbora se echó encima de Jake y le pasó un brazo por el cuello, pero entonces Acho cayó sobre él entre agudos ladridos y empezó a morderle el tobillo a través de los pantalones de seda negra. El Víbora lanzó un grito y se alejó brincando para sacudirse a Acho del tobillo. Acho se aferraba como una lapa. Jake se volvió y vio al señor Tic Tac arrastrándose hacia él con el puñal entre los dientes.

—Adiós, Tiqui —se despidió Jake, y apretó de nuevo el gatillo de la Schmeisser. No pasó nada. Jake no sabía si estaba descargada o encasquillada, y no era momento para conjeturas. Retrocedió un par de pasos antes de descubrir que el voluminoso sillón que el Tic Tac utilizaba como trono le cortaba el paso. Antes de que pudiera rodearlo y poner el sillón entre los dos, el Tic Tac le tenía cogido el tobillo. La otra mano fue a la empuñadura del cuchillo. Los restos del ojo izquierdo le colgaban sobre la mejilla como una masa de jalea de menta; el ojo derecho fulminaba a Jake con una mirada de odio demencial.

Jake intentó desasirse y cayó atravesado sobre el trono del señor Tic Tac. Su mirada se posó en una bolsa cosida en el interior del apoyabrazos de la derecha. Sobre la tira elástica que la cerraba sobresalía una culata de revólver de agrietada madreperla.

—¡Ah, capullito, cómo vas a sufrir! —susurró el señor Tic Tac, al borde del éxtasis. La «O» de sorpresa había dado paso a una ancha sonrisa temblorosa—. ¡Ah, cómo vas a sufrir! Y cómo voy a disfrutar... ¿Qué?

La sonrisa se le borró de los labios y la «O» de sorpresa empezó a formarse de nuevo cuando Jake le apuntó con aquel cursi revólver niquelado y montó el percutor. La mano que le aferraba el tobillo apretó más y más, hasta que a Jake le pareció que se le iban a romper los huesos.

—¡No puedes! —exclamó el Tic Tac en un susurro histérico.

—Sí que puedo —dijo Jake con voz adusta, y apretó el gatillo del revólver del Tic Tac. Sonó una detonación seca, mucho menos espectacular que el rugido teutónico de la Schmeisser. Al Tic Tac le apareció un agujerito negro en el ángulo superior derecho de la frente. El ojo que le quedaba clavó en Jake una mirada de incredulidad.

Jake intentó disparar de nuevo pero no lo consiguió.

De pronto al señor Tic Tac se le desprendió un pliegue de cuero cabelludo que le quedó colgando sobre la mejilla derecha como si fuera un trozo de empapelado viejo. Rolando habría sabido qué quería decir eso; en cambio Jake se hallaba casi incapacitado para cualquier pensamiento coherente. Un horror tenebroso y terrorífico le giraba por la mente como el embudo de un tornado. Se acurrucó en el enorme sillón; la mano que le sujetaba el tobillo lo soltó, y el señor Tic Tac se desplomó de bruces.

La puerta. Tenía que abrir la puerta y dejar entrar al pistolero. Con esa idea en la mente y ninguna otra, Jake soltó el revólver con cachas de madreperla, que cayó estrepitosamente al suelo metálico, y se levantó del sillón. Cuando alargaba de nuevo el brazo hacia el botón que creía haber visto utilizar al Tic Tac, dos manos se cerraron sobre su garganta y tiraron de él hacia atrás apartándolo del atril.

—Te dije que te mataría, compañerito podrido —le susurró una voz al oído—, y el Chirlas siempre cumple lo que promete.

Jake agitó los brazos hacia atrás y sólo encontró aire vacío. Los dedos del Chirlas se le hundieron en la garganta, apretando inexorablemente. El mundo empezó a volverse gris ante sus ojos. Y el gris no tardó en oscurecerse a morado, y el morado a negro.

Un motor se puso en marcha, y el volante situado en el centro de la compuerta giró con rapidez. «¡Loados sean los dioses!», pensó Rolando. Cogió la rueda con la mano derecha casi antes de que hubiera cesado de moverse y abrió de un tirón. La otra compuerta también estaba abierta; del otro lado llegaban ruidos de gente luchando y los ladridos de Acho, agudos ladridos de furia y dolor.

Rolando acabó de abrir la puerta de una patada y vio al Chirlas estrangulando a Jake. Acho había soltado al Víbora y estaba mordiendo al Chirlas para que soltara a Jake, pero la bota del Chirlas cumplía su cometido por partida doble: protegía a su dueño de los colmillos del brambo y protegía a Acho de la virulenta infección que al Chirlas le corría por la sangre. Brandon volvió a clavarle el cuchillo en el costado para que dejara en paz el tobillo del Chirlas, pero Acho no parecía darse cuenta. Jake colgaba de las mugrientas manos de su captor como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. Tenía la_ cara de un blanco azulado, y sus hinchados labios habían adquirido un delicado tono lavanda.

El Chirlas alzó la vista.

—¡Tú! —Fue un rugido de odio.

—Yo —asintió Rolando. Lanzó un disparo y al Chirlas se le desintegró todo el lado izquierdo de la cabeza. El tipo salió despedido hacia atrás mientras se le deshacía el ensangrentado pañuelo amarillo, y fue a caer sobre el señor Tic Tac. Por unos instantes agitó espasmódicamente los pies sobre la rejilla de hierro, y luego quedó quieto.

El pistolero le pegó dos tiros a Brandon, abanicando el percutor del revólver con el canto de la mano derecha. Brandon, que estaba agachándose para apuñalar a Acho, giró en redondo, chocó contra la pared y se deslizó poco a poco hasta el suelo, cogido a uno de los tubos. Una espectral luz verde se le filtraba entre los dedos, cada vez más flojos.

Acho fue cojeando hacia Jake y empezó a lamerle la cara lívida e inmóvil. El Víbora y el Bocina no necesitaban ver más. Sin decirse nada, echaron a correr al mismo tiempo hacia la puertecita por la que había salido Tilly para ir en busca del agua. No era momento para gestos caballerescos; Rolando los mató a los dos por la espalda. Ahora tendría que moverse rápido, realmente muy rápido, y no estaba dispuesto a correr el riesgo de que aquellos dos le tendieran una emboscada si por casualidad recobraban el coraje.

En lo alto del recinto en forma de cápsula se encendió un racimo de brillantes luces naranja y empezó a sonar una alarma con poderosos bocinazos que hacían temblar las paredes. Al cabo de uno o dos segundos, las luces de emergencia empezaron a destellar al ritmo de la alarma.

Eddie estaba volviendo con Susannah cuando la alarma empezó a gemir. Soltó un grito de sorpresa y alzó la Ruger, sin apuntar a nada en concreto.

—¿Qué pasa?

Susannah meneó la cabeza: no tenía ni idea. La alarma daba miedo, pero la cosa no terminaba ahí; también era lo bastante potente para resultar físicamente dolorosa. Aquellas aristas de sonido amplificado a Eddie le hicieron pensar en el claxon de un camión de gran tonelaje elevado a la décima potencia.

En aquel momento las lámparas de sodio de color naranja empezaron a apagarse y encenderse rítmicamente. Cuando llegó junto a la silla de Susannah, Eddie vio que los botones de COMANDO y ENTRAR también palpitaban en destellos de luz roja. Parecía que le hicieran guiños.

—¿Qué pasa, Blaine? —gritó. Miró en derredor pero sólo vio sombras que danzaban frenéticamente—. ¿Todo esto es cosa tuya?

La única respuesta de Blaine fue una carcajada, una terrible carcajada mecánica que a Eddie le recordó el payaso autómatas que había ante la Casa de los Horrores de Coney Island cuando él era niño.

—¡Basta ya, Blaine! —aulló Susannah—. ¿Cómo vamos a pensar una respuesta a tu adivinanza con esa sirena antiaérea sonando a todo volumen?

La carcajada cesó tan bruscamente como había empezado, pero Blaine no contestó. O quizá sí: al otro lado de la reja que les impedía acceder al andén, enormes motores accionados por turbinas slo-trans sin rozamiento despertaron por mandato de los ordenadores dipolares que tanto había codiciado el Tic Tac. Por primera vez en diez años, Blaine el Mono estaba despierto y preparándose para alcanzar su velocidad de crucero.

La alarma, que en efecto se había instalado para advertir a los largo tiempo difuntos residentes de Lud ante un inminente ataque aéreo (y que ni siquiera se había probado desde hacía casi mil años), anegó la ciudad en sonido. Todas las luces que aún funcionaban se encendieron y empezaron a latir al unísono. Los pubis en las calles y los grises debajo de ellas estaban convencidos por igual de que el final que siempre habían temido había caído sobre ellos. Los grises sospechaban que estaba produciéndose una catastrófica avería mecánica. Los pubis, que siempre habían creído que los fantasmas que acechaban en las máquinas enterradas bajo la ciudad acabarían alzándose algún día para tomarse su muy aplazada venganza contra los que aún vivían, seguramente se acercaban más a la verdad de lo que estaba ocurriendo.

Ciertamente había sobrevivido una inteligencia en los antiguos ordenadores almacenados bajo la ciudad, un organismo viviente que desde hacía mucho tiempo había dejado de pensar con cordura bajo unas condiciones que, en el interior de sus implacables circuitos dipolares, sólo podían ser de absoluta realidad. Durante ochocientos años había mantenido en sus bancos de memoria una lógica cada vez más torcida, y había podido seguir manteniéndola ochocientos años más de no ser por la llegada de Rolando y sus amigos. Sin embargo, aquella *mentis non corpus* se había entregado a sus cavilaciones y se había ido volviendo más loca a cada año que pasaba; incluso en sus períodos de sueño, cada vez más prolongados, podía decirse que soñaba, y esos sueños se habían ido volviendo más anormales a medida que el mundo se movía. Ahora, aunque la maquinaria inconcebible que mantenía los Haces se había debilitado, esta inteligencia demente e inhumana había despertado en las estancias de la ruina y, aunque tan incorpórea como un fantasma, había empezado a deambular a trompicones por los salones de los muertos.

Y en la Cuna de Lud, Blaine el Mono se preparaba para largarse de Dodge.

Rolando, arrodillado al lado de Jake, oyó una pisada a su espalda y se volvió con el revólver en la mano. Tilly, con su cara de tez pastosa convertida en una máscara de confusión y temor supersticioso, levantó las manos y chilló.

—¡No me mate, señor! ¡Por favor, no me mate!

—Pues entonces corre —le dijo secamente el pistolero, y cuando Tilly empezó a moverse le pegó en la pantorrilla con el cañón del arma—. Por ahí no; por donde he entrado yo. Y si alguna vez vuelves a verme, seré lo último que veas. ¡Venga, corre!

La mujer desapareció en el círculo de sombras intermitentes. Rolando apoyó la cabeza en el pecho de Jake y se tapó el otro oído con la palma para amortiguar los alaridos de la alarma. Oyó latir el corazón del muchacho, despacio pero con fuerza. Le pasó los brazos en torno y, mientras lo hacía, Jake parpadeó y abrió los ojos.

—Esta vez no me has dejado caer. —Su voz era apenas un susurro ronco.

—No. Ni esta vez ni nunca. No esfuerces la voz.

—¿Dónde está Acho?

—¡Acho! —ladró el brambo—. ¡Acho! —Brandon le había pegado varias cuchilladas, pero ninguna de las heridas parecía mortal, ni siquiera grave. Era evidente que padecía algún dolor, pero también era evidente que se hallaba transportado de alegría. Miraba a Jake con ojos chispeantes, asomando la lengua rosada—. ¡Ake, Ake, Ake!

Jake, con los ojos llenos de lágrimas, extendió las manos; Acho cojeó hacia el círculo de sus brazos y se dejó abrazar unos instantes. Rolando se puso en pie y miró a su alrededor. Detuvo los ojos en la puerta del lado opuesto del cuarto. Los dos hombres que había matado por la espalda corrían hacia allí, y la mujer también había querido huir por esa puerta. El pistolero se acercó a ella con Jake en brazos y Acho a los talones. Apartó de un puntapié uno de los grises muertos y se agachó para trasponer el umbral. Al otro lado había una cocina. A pesar de todos los accesorios eléctricos y las paredes de acero inoxidable, conseguía parecer una pocilga; por lo visto los grises no sentían un gran interés por las tareas domésticas.

—Agua —susurró Jake—. Por favor... Mucha sed...

Rolando sintió un extraño desdoblamiento, como si el tiempo se hubiera replegado sobre sí mismo. Recordó cómo había salido casi a rastras del desierto, enloquecido por el calor y el vacío. Recordó cómo se había desvanecido en las cuadras de la estación de paso, medio muerto de sed, y cómo había despertado al sabor de un hilillo de agua fresca que le corría garganta abajo. El chico se había quitado la camisa, la había empapado bajo el chorro de la bomba y le había dado de beber. Ahora le tocaba a él hacer por Jake lo que Jake ya había hecho por él.

Rolando miró a los lados y vio una pila. Fue hacia allí y abrió el grifo. Salió un abundante chorro de agua fría y clara. La alarma seguía sonando insistentemente a su alrededor.

—¿Puedes tenerte en pie? Jake asintió.

—Creo que sí.

Rolando lo dejó en el suelo, listo para recogerlo si se tambaleaba demasiado, pero Jake se apoyó en la pila y metió la cabeza bajo el chorro. Rolando cogió a Acho y le examinó las heridas. Ya estaban cerrándose. «Has salido muy bien librado, mi peludo amigo», pensó Rolando, y puso la palma bajo el grifo para darle agua al animal. Acho se la bebió afanosamente.

Jake apartó la cabeza con el cabello pegado a los lados de la cara. Aún tenía un color demasiado pálido y las huellas de los golpes recibidos eran claramente visibles, pero ofrecía mejor aspecto que cuando Rolando se había agachado sobre él. Por un instante terrible, el pistolero había tenido la certeza de que Jake estaba muerto.

Empezó a sentir deseos de volver atrás y matar al Chirlas otra vez, y eso lo llevó a otra cosa.

—¿Y el que el Chirlas llamaba «señor Tic Tac»? ¿Lo has visto, Jake?

—Sí. Acho le saltó encima. Le desgarró la cara. Luego yo le pegué un tiro.

—¿Está muerto?

A Jake empezaron a temblarle los labios. Los apretó con firmeza.

—Sí. En la... —Se dio unos golpecitos en la frente, bastante por encima de la ceja derecha—.

Tuve... Tuve suerte.

Rolando lo miró con expresión calculadora y meneó lentamente la cabeza.

—Lo dudo mucho, ¿sabes? Pero ahora no tiene importancia. Vámonos.

—¿Adónde vamos? —La voz de Jake aún no era más que un murmullo ronco, y constantemente dirigía la mirada hacia la habitación en la que había estado a punto de morir.

Rolando señaló al otro lado de la cocina. Pasada otra compuerta continuaba el pasillo.

—Por ahí, para empezar.

—PISTOLERO —retumbó una voz por todas partes.

Rolando giró en redondo, con un brazo sosteniendo a Acho y el otro sobre los hombros de Jake, pero no había nadie.

—¿Quién me habla? —gritó.

—DI TU NOMBRE, PISTOLERO.

—Rolando de Galaad, hijo de Steven. ¿Quién me habla?

—GALAAD YA NO EXISTE —dijo la voz en tono pensativo, sin hacer caso a la pregunta.

Rolando alzó la mirada y vio una serie de anillos concéntricos en el techo. La voz procedía de allí.

—NINGÚN PISTOLERO HA CAMINADO POR EL MUNDO INTERIOR NI EL MUNDO MEDIO DESDE HACE CASI TRESCIENTOS AÑOS.

—Mis amigos y yo somos los últimos.

Jake cogió a Acho de brazos de Rolando. El brambo empezó a lamerle inmediatamente la hinchada cara; sus ojos rodeados de oro estaban llenos de adoración y felicidad.

—Es Blaine —susurró Jake—. ¿Verdad?

Rolando asintió. Claro que lo era..., pero tenía la impresión de que Blaine era mucho más que un simple tren monorraíl.

—¡MUCHACHO! ¿ERES TÚ JAKE DE NUEVA YORK?

Jake se acercó más a Rolando y miró los altavoces.

—Sí —respondió—. Soy yo. Jake de Nueva York. Ah..., hijo de Elmer.

—¿TIENES TODAVÍA EL LIBRO DE ADIVINANZAS? ¿ESE LIBRO DEL QUE ME HAN HABLADO?

Jake se llevó la mano a la espalda y una expresión de recuerdo desconsolado le cubrió la cara cuando sus dedos no tocaron más que su propia espalda. Al volverse hacia Rolando, el pistolero ya le tendía la mochila, y aunque su rostro largo y finamente tallado se mantenía tan impenetrable como siempre, Jake tuvo la sensación de que en las comisuras de los labios acechaba la sombra de una sonrisa.

—Tendrás que ajustar las correas —le advirtió Rolando mientras Jake cogía el bulto—. Las he alargado.

—Pero ¿y Adivina, adivinanza? Rolando asintió.

—Están los dos libros.

—¿QUÉ LLEVAS AHÍ, PEQUEÑO PEREGRINO? —inquirió la voz en tono de charla ociosa.

—¡Ostras! —exclamó Jake.

«Puede vernos además de oírnos», pensó Rolando, y casi al instante descubrió un ojillo de cristal en un rincón, muy por encima de la línea normal de visión de una persona. Un escalofrío le recorrió la piel, y se dio cuenta por la expresión turbada de Jake y la forma en que estrechaba los brazos en torno a Acho de que no estaba solo en su desasosiego. Aquella voz pertenecía a una máquina, una máquina increíblemente inteligente, una máquina juguetona, pero a pesar de todo algo andaba muy mal en ella.

—El libro —respondió Jake—. Tengo el libro de adivinanzas.

—BIEN. —Había una satisfacción casi humana en la voz—. EXCELENTE DE VERAS.

Un barbudo roñoso apareció de súbito en el umbral del lado opuesto de la cocina. Un pañuelo amarillo manchado de sangre y pringado de suciedad aleteaba sobre el brazo del recién llegado.

—¡Incendios en las paredes! —chilló. En su pánico, no dio muestras de advertir que Rolando

y Jake no formaban parte de su miserable *ka-tet* subterráneo—. ¡Humo en los niveles inferiores! ¡La gente se está matando! ¡Algo va mal! ¡Mierda, todo va mal! Tenemos que...

La puerta del horno se abrió de golpe como una mandíbula dislocada. De su interior brotó un grueso haz de fuego blanquiazul que envolvió la cabeza del barbudo. El hombre salió impulsado hacia atrás, con la ropa en llamas y la piel hirviéndole en la cara.

Jake se quedó mirando a Rolando, atónito y horrorizado. Rolando le pasó un brazo por los hombros.

—ME HABÍA INTERRUMPIDO —explicó la voz—. FUE UNA DESCORTESÍA, ¿VERDAD?

—Sí —concedió Rolando—. Fue muy descortés.

—SUSANNAH DE NUEVA YORK DICE QUE CONOCES MUCHAS ADIVINANZAS DE MEMORIA, ROLANDO DE GALAAD. ¿ES CIERTO?

—Sí.

Hubo una explosión en una de las habitaciones que daban a aquel tramo del corredor; el suelo les tembló bajo los pies y sonó un coro astillado de alaridos. Las luces intermitentes y el sonido incesante de la sirena se amortiguaron momentáneamente y enseguida volvieron con más fuerza. Por las rejillas de ventilación surgieron unas volutas de humo acre y amargo. Acho lo olisqueó y estornudó.

—DIME UNA DE TUS ADIVINANZAS, PISTOLERO —le invitó la voz. Era serena y despreocupada, como si estuvieran sentados en una tranquila plaza de pueblo y no en el subsuelo de una ciudad que parecía a punto de venirse abajo.

Rolando reflexionó unos instantes y la primera que le vino a la mente fue la adivinanza favorita de Cuthbert.

—De acuerdo, Blaine —contestó—. Aquí la tienes. ¿Qué es mejor que todos los dioses y peor que el Viejo Pata Hendida? Los muertos lo comen siempre; los vivos que lo comen mueren despacio.

—Ten cuidado, pistolero. —La vocecita era tan leve como una bocanada de aire fresco el día más caluroso del verano. La voz de la máquina les había llegado por todos los altavoces a la vez, pero ésta procedía únicamente del altavoz que tenían justo encima—. Ten cuidado, Jake de Nueva York. Recordad que esto son los Drawers. Pasad despacio y con mucho cuidado.

Jake miró al pistolero con ojos cada vez más abiertos. Rolando meneó casi imperceptiblemente la cabeza y alzó un dedo. Daba la impresión de estar rascándose un lado de la nariz, pero ese dedo también le cruzaba los labios, y a Jake le pareció que en realidad Rolando estaba diciéndole que mantuviera la boca cerrada.

—UNA ADIVINANZA INTELIGENTE —dijo Blaine al fin. Su voz parecía teñida de auténtica admiración—. LA RESPUESTA ES NADA, ¿VERDAD?

—Así es —respondió Rolando—. Tú también eres bastante inteligente, Blaine.

Cuando la voz habló de nuevo, Rolando percibió lo que Eddie había percibido antes: un ansia profunda e incontrolable.

—PREGÚNTAME OTRA.

Rolando aspiró hondo.

—Ahora no.

—ESPERO QUE NO TE NIEGUES, ROLANDO, HIJO DE STEVEN, PORQUE ESO TAMBIÉN ES DESCORTÉS. SUMAMENTE DESCORTÉS.

—Llévanos con nuestros amigos y sácanos de Lud —dijo Rolando—. Entonces quizás haya tiempo para adivinanzas.

—PODRÍA MATARTE AQUÍ MISMO —amenazó la voz, y esta vez fue tan fría como el día más oscuro del invierno.

—Sí —admitió Rolando—. No me cabe ninguna duda. Pero las adivinanzas morirían con nosotros.

—PODRÍA LLEVARME EL LIBRO DEL MUCHACHO.

—Robar es mucho más descortés que una negativa o una interrupción —observó Rolando.

Hablaba como si sólo estuviera pasando el rato, pero los dedos que le quedaban en la mano derecha apretaban con fuerza el hombro de Jake.

—Además —intervino Jake, mirando el altavoz del techo—, las respuestas no vienen en el libro. Están arrancadas las páginas. —En un destello de inspiración, se dio unos golpecitos en la sien—. Pero las tengo aquí.

—TENDRÉ QUE RECORDAROS QUE A NADIE LE CAEN BIEN LOS SABELOTODOS —dijo Blaine. Hubo otra explosión, ésta más potente y más cercana. Una de las rejillas de ventilación saltó por los aires y cruzó la cocina como un proyectil. Al cabo de un instante, dos hombres y una mujer entraron por la puerta que conducía al resto de la conejera de los grises. El pistolero les apuntó con el arma, pero la bajó de nuevo en cuanto vio que cruzaban precipitadamente la cocina y volvían a salir por la puerta que daba al silo, sin dirigir siquiera una mirada a Rolando ni a Jake. A Rolando le parecieron animales en fuga ante un incendio en el bosque.

En el techo se abrió un panel de acero inoxidable que dejó al descubierto un recuadro de oscuridad. Algo plateado refulgió en su interior, y al cabo de unos instantes del agujero cayó una esfera de acero de un palmo y medio de diámetro aproximadamente, que quedó suspendida en el aire de la cocina.

—SEGUID —dijo Blaine secamente.

—¿Nos conducirá a Eddie y Susannah? —inquirió Jake esperanzado.

Blaine sólo respondió con silencio, pero cuando la esfera empezó a flotar pasillo abajo, Rolando y Jake la siguieron.

Jake no guardaba memoria clara de lo que ocurrió a continuación, y seguramente eso era algo de agradecer. Había dejado su mundo más de un año antes de que novecientas personas cometieran un suicidio colectivo en un pequeño país sudamericano llamado Guyana, pero había oído hablar de las periódicas carreras de los lemmings hacia la muerte, y lo que estaba pasando en la ciudad subterránea de los grises era algo parecido.

Había explosiones, algunas en aquel mismo nivel, pero la mayoría muy por debajo de ellos; de las rejillas de ventilación surgía a veces un humo acre, pero casi todos los depuradores de aire seguían funcionando y conseguían extraer la mayor parte antes de que pudiera acumularse en nubes asfixiantes. No vieron fuego. Sin embargo, los grises reaccionaban como si hubiera sonado la hora del apocalipsis. La mayoría se limitaba a escapar, con caras como una vacía «O» de pánico, pero muchos se habían quitado la vida en los pasadizos y las salas comunicadas por las que la esfera de acero conducía a Rolando y Jake. Algunos se habían pegado un tiro, muchos más se habían rajado el cuello o las muñecas, y unos cuantos al parecer habían tomado veneno. En las caras de todos los muertos se advertía la misma expresión de terror angustioso. Jake apenas alcanzaba a entender vagamente qué los había conducido a aquello. Rolando se hacía una idea mejor de lo que les había pasado —o les había pasado a sus mentes— cuando aquella ciudad tanto tiempo muerta cobró vida a su alrededor y empezó a destrozarse a sí misma. Y era Rolando quien comprendía que Blaine lo hacía deliberadamente. Que Blaine los estaba azuzando.

Se agacharon para esquivar un ahorcado que colgaba de un tubo de calefacción y bajaron ruidosamente un tramo de escalera metálica siguiendo la flotante bola de acero.

—¡Jake! —gritó Rolando—. Tú no me abriste la puerta, ¿verdad?

Jake sacudió la cabeza.

—Lo suponía. Fue Blaine.

Llegaron al pie de la escalera y se internaron apresuradamente por un angosto corredor que conducía a una escotilla con la inscripción **ABSOLUTAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA** en las letras angulosas de la Alta Lengua.

—¿De veras se llama Blaine?

—Sí; es un nombre tan bueno como cualquier otro.

—¿Y la otra v...?

—¡Chis! —dijo Rolando con expresión sombría.

La bola de acero se paró ante la compuerta. El volante giró, y la puerta quedó abierta. Rolando tiró de ella y pasaron a una vasta sala subterránea que se extendía en tres direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Estaba llena de pasillos, en apariencia interminables, de material electrónico y cuadros de mandos. La mayoría de los paneles seguían muertos y oscuros, pero Jake y Rolando, boquiabiertos en el umbral, vieron encenderse luces piloto y oyeron el ruido de maquinaria que se ponía en funcionamiento.

—El señor Tic Tac dijo que había miles de ordenadores —comentó Jake—. Creo que tenía razón. ¡Dios mío, mira!

Rolando no entendió el término que Jake había utilizado, por lo que no dijo nada y se limitó a observar cómo se iluminaba una hilera de paneles tras otra. Una nube de chispas y una breve lengua de fuego verde saltaron de una de las consolas a causa de una avería en algún antiguo componente.

La mayor parte de las máquinas, no obstante, parecía hallarse en buen estado y funcionar a la perfección. Agujas que no se habían movido en siglos saltaron de pronto al verde. Enormes cilindros de aluminio empezaron a girar, suministrando los datos almacenados en sus chips de silicio a bancos de memoria que volvían a hallarse plenamente despiertos y listos para recibir información. Pantallas digitales que lo indicaban todo, desde la presión media de los acuíferos de la Baronía del Río Oeste hasta el amperaje disponible en la hibernada Central Nuclear de la Cuenca del Send, se encendieron en brillantes matrices de puntos rojos y verdes. En lo alto empezaron a destellar hileras de globos suspendidos, irradiando haces de luz. Y desde abajo,

desde arriba y alrededor —desde todas partes—, llegaba el zumbido grave de los generadores y los motores slo-trans que despertaban de su prolongado sueño.

Jake casi no podía tenerse en pie. Rolando lo cogió otra vez en brazos y persiguió la bola de acero por entre máquinas cuyo propósito y funcionamiento el pistolero no podía ni siquiera conjeturar. Acho corría pegado a sus talones. La bola giró a la izquierda y se encontraron en un pasillo flanqueado por muros de monitores de televisión, miles y miles de monitores amontonados en hileras como un juego de construcción infantil.

«A papá le encantaría», pensó Jake.

Algunas zonas de aquella inmensa sala de vídeo todavía estaban oscuras, pero había muchas pantallas encendidas. Mostraban una ciudad sumida en el caos, tanto arriba como abajo. Grupos de pubis recorrían las calles al azar, con los ojos muy abiertos y la boca moviéndose sin sonido. Muchos saltaban desde los edificios altos. Jake observó con horror que en el puente sobre el Send se habían congregado unos centenares de personas, que estaban arrojándose al agua. Otras pantallas mostraban grandes habitaciones llenas de camastros, como dormitorios comunes. En algunas de estas salas había fuego, pero daba la impresión de que eran los propios grises dominados por el pánico los que iniciaban los incendios, quemando con sopletes sus muebles y colchones por sólo Dios sabía qué razón.

En una pantalla se veía un gigante con pecho de barril que arrojaba hombres y mujeres a lo que parecía una prensa de estampar en frío salpicada de sangre. Esto era terrible, pero aún había algo peor: las víctimas formaban cola sin necesidad de guardianes y aguardaban dócilmente su turno. El verdugo, con el pañuelo amarillo muy ceñido al cráneo y los extremos anudados balanceándose bajo las orejas como dos trenzas, agarró a una anciana y la sostuvo en alto mientras esperaba con paciencia a que el bloque de acero se elevara de nuevo para poder echarla dentro. La anciana no se resistía; de hecho, a Jake le pareció que incluso sonreía.

—EN LAS HABITACIONES LA GENTE VIENE Y VA —recitó Blaine—, PERO NO CREO QUE HABLEN DE MIGUEL ÁNGEL. —De pronto se echó a reír, una extraña risita entre dientes que sonó como a ratas escabulléndose entre vidrios rotos. A Jake ese sonido le produjo escalofríos. No quería tener nada que ver con una inteligencia capaz de reírse así, pero ¿qué alternativa tenían?

Dirigió otra vez la mirada hacia los monitores sin poderlo evitar... y al instante Rolando le hizo volver la cabeza al frente. Fue un gesto suave, pero firme.

—Ahí no hay nada que necesites ver, Jake —le explicó.

—Pero ¿por qué lo hacen? —quiso saber Jake. No había comido nada en todo el día, pero aun así tenía ganas de vomitar—. ¿Por qué?

—Porque tienen miedo, y Blaine alimenta ese miedo. Pero sobre todo, creo yo, porque han vivido demasiado tiempo en el cementerio de sus abuelos y ya están cansados de ello. Y antes de compadecerlos, recuerda con qué satisfacción te habrían llevado con ellos al claro donde termina el sendero.

La bola de acero dobló otra esquina y dejó atrás las pantallas de televisión y el equipo de control electrónico. Ante ellos se extendía una ancha franja de algún material sintético incrustado en el suelo. Relucía como alquitrán recién aplicado entre dos estrechas tiras de acero cromado que convergían en un punto que no estaba situado en el lado opuesto de la sala, sino en su horizonte.

La bola se agitó con impaciencia sobre la franja oscura y de pronto la cinta transportadora —pues de eso se trataba— se puso silenciosamente en marcha, desplazándose entre sus bordes de acero a la velocidad de un hombre corriendo. La bola trazaba pequeños arcos en el aire, indicándoles que subieran.

Rolando echó a correr junto a la cinta móvil hasta que alcanzó más o menos la misma velocidad y subió a ella. Dejó a Jake en el suelo, y los tres —pistolero, muchacho y brambo de ojos dorados— fueron transportados con celeridad por aquella penumbrosa llanura subterránea en la que estaban despertando las antiguas máquinas. La cinta móvil los llevó por una zona de lo que parecían ser archivadores, una interminable hilera de archivadores tras otra. Estaban

oscuros..., pero no muertos. De su interior surgía un zumbido bajo y soñoliento, y Jake alcanzó a ver finos resquicios de brillante luz amarilla entre las planchas de acero.

De repente se acordó del señor Tic Tac.

«¡Bajo esta puñetera ciudad hay quizá cien mil malditos ordenadores dipolares! ¡Quiero que sean míos!»

«Bueno —pensó Jake—, por lo visto están despertando, así que supongo que has conseguido lo que querías, Tiqui... Pero si estuvieras aquí, no sé si todavía lo querrías.»

Luego le vino a la memoria el bisabuelo del Tic Tac, que había tenido el valor de subir a un avión de otro mundo y hacerlo despegar. Con esa sangre en las venas, Jake se imaginó que el Tic Tac, lejos de asustarse hasta el extremo de quitarse la vida, habría recibido con deleite este giro de los acontecimientos..., y cuanta más gente se suicidara de terror, más feliz se habría sentido.

«Demasiado tarde para ti, Tiqui —pensó—. Gracias a Dios.» Rolando habló en voz queda y asombrada.

—Todas estas cajas... Creo que estamos viajando por la mente de esa cosa que se da el nombre de Blaine, Jake. Creo que estamos viajando por su mente.

Jake asintió, y le vino a la mente su Redacción Final.

—Blaine el Cerebro es un engorro total.

—Sí.

Jake miró fijamente a Rolando.

—¿Vamos a salir donde yo creo que vamos a salir?

—Sí —respondió Rolando—. Si todavía seguimos el Camino del Haz, saldremos en la Cuna.

Jake asintió.

—Rolando.

—¿Qué?

—Gracias por venir a rescatarme.

Rolando hizo un gesto de asentimiento y le pasó un brazo por los hombros.

Mucho más adelante unos enormes motores cobraron vida con un rugido sordo. Al cabo de un instante empezó a sonar un potente chirrido, y una nueva luz —el fulgor crudo de las lámparas de sodio naranja— cayó sobre ellos. Jake pudo ver el lugar en que terminaba la cinta móvil. A continuación había una estrecha y empinada escalera mecánica que conducía a aquella luz naranja.

Eddie y Susannah oyeron arrancar unos motores pesados casi exactamente bajo sus pies. Un instante después, una amplia franja del suelo de mármol empezó a retirarse poco a poco dejando al descubierto una larga ranura iluminada. El suelo desaparecía hacia ellos. Eddie cogió los puños de la silla de ruedas y la hizo retroceder rápidamente a lo largo de la reja de acero que se alzaba entre el andén del monorraíl y el resto de la Cuna. En la trayectoria del creciente rectángulo de luz había varias columnas, y Eddie esperaba verlas caer por el agujero cuando el suelo que las sustentaba desapareciera bajo su basa. Pero las columnas siguieron serenamente en pie, como si flotaran en el aire.

—¡Veo una escalera mecánica! —gritó Susannah por encima de la incesante alarma intermitente. Estaba inclinada hacia delante, escrutando el agujero.

—¡Ajá! —le gritó Eddie—. En esta planta tenemos la estación del metro elevado, así que por ahí debe bajarse a novedades, perfumería y ropa interior de señora.

—¿Qué?

—No importa.

—¡Eddie! —aulló Susannah. Una expresión de sorpresa placentera se le encendió en la cara como los fuegos artificiales del Cuatro de julio. Se inclinó más aún y señaló con el dedo, y Eddie tuvo que sujetarla para que no cayese de la silla—. ¡Es Rolando! ¡Son los dos!

Hubo un topetazo resonante cuando la ranura del suelo se abrió hasta su máxima extensión y se detuvo. Los motores que la habían impulsado sobre sus guías ocultas se apagaron con un largo gemido moribundo. Eddie corrió al borde del agujero y vio a Rolando parado en uno de los peldaños. Jake —lívido, magullado, ensangrentado, pero obviamente Jake y obviamente vivo— estaba de pie a su lado, apoyado en el hombro del pistolero. Y sentado en el peldaño siguiente, mirando hacia lo alto con ojos brillantes, estaba Acho.

—¡Rolando! ¡Jake! —gritó Eddie. Dio un salto adelante, agitando las manos por encima de la cabeza, y cayó danzando al borde de la ranura. Si hubiera llevado sombrero, lo habría lanzado al aire.

Los recién llegados alzaron la cara y saludaron con la mano. Eddie vio que Jake estaba risueño, e incluso el largo, alto y feo daba la impresión de que podía venirse abajo de un momento a otro e insinuar una sonrisa. «Las maravillas —pensó Eddie— nunca se acaban.» De pronto le pareció que el corazón le había crecido tanto que no le cabía en el pecho, y empezó a danzar más deprisa, sacudiendo los brazos y soltando alaridos, sin atreverse a parar por miedo a estallar físicamente de alegría y alivio. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo muy seguro que estaba su corazón de que ya no volverían a ver a Rolando ni a Jake nunca más.

—¡Eh, tíos! ¡Muy bien! ¡De puta madre! ¡Subid aquí corriendo!

—¡Ayúdame, Eddie!

Se volvió. Susannah intentaba bajar de la silla, pero se le había enredado un pliegue de los pantalones de piel de ciervo en el mecanismo de freno. Reía y lloraba al mismo tiempo, y sus ojos oscuros centelleaban de felicidad. Eddie la levantó con tal violencia que la silla cayó derribada de lado, y la hizo danzar en círculos entre sus brazos. Ella se le colgó del cuello con una mano y agitó enérgicamente la otra.

—¡Rolando! ¡Jake! ¡Subid aquí! ¡Moved los culos!, ¿me oís?

Cuando llegaron a la alto de la escalera, Eddie abrazó a Rolando y le palmeó la espalda mientras Susannah le cubría la cara de besos a Jake. Acho corría a su alrededor en apretados ochos y ladraba excitado.

—¡Dios mío! —exclamó Susannah—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Jake. Seguía sonriendo, pero tenía lágrimas en los ojos—. Y contento de estar aquí. No te imaginas qué contento.

—Puedo figurármelo, cielo. De eso puedes estar seguro. —Se volvió hacia Rolando—. ¿Qué le han hecho? Parece que le hayan pasado una apisonadora por la cara.

—Casi todo es obra del Chirlas —le explicó Rolando—. Ya no volverá a molestarlo nunca. Ni a nadie más.

—¿Y tú, muchachote? ¿Estás bien?

Rolando asintió y miró a su alrededor.

—Así que esto es la Cuna...

—Sí —le respondió Eddie. Estaba mirando por el agujero—. ¿Qué hay ahí abajo?

—Máquinas y locura.

—Tan locuaz como siempre, ya veo. —Eddie se volvió hacia Rolando y sonrió—. No puedes imaginarte lo muchísimo que me alegro de verte.

—Sí, ya me doy cuenta. —Rolando sonrió entonces, pensando en cómo cambiaban las personas. Había habido un tiempo, y no hacía tanto, en el que Eddie había estado al borde de degollar al pistolero con su propio cuchillo.

Los motores del subsuelo arrancaron de nuevo. La escalera mecánica se detuvo. El agujero del suelo empezó a cerrarse otra vez. Jake se acercó a la silla de ruedas volcada y cuando estaba levantándola posó la mirada en la aerodinámica figura rosada que había al otro lado de la valla. Se le cortó la respiración, y el sueño que había tenido tras abandonar Paso del Río regresó con todo su vigor: la enorme bala rosa cortando las planicies vacías del oeste de Missouri hacia Acho y él. Dos grandes ventanillas triangulares refulgían en la cara sin facciones de aquel monstruo que se les venía encima, ventanillas como ojos... y ahora el sueño se estaba convirtiendo en realidad, como Eddie siempre había sabido que sucedería.

«Sólo es un horrible tren chu-chú y se llama Blaine el Engorro.»

Eddie se le acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—Bueno, campeón, aquí lo tienes; tal como estaba anunciado. ¿Qué te parece?

—No gran cosa, en realidad. —La insuficiencia de esta declaración era colosal, pero Jake estaba demasiado exhausto para dar una respuesta mejor.

—A mí tampoco —dijo Eddie—. Habla. Y le gustan las adivinanzas.

Jake asintió.

Rolando se había cargado a Susannah sobre la cadera y estaban examinando la caja de mando y su teclado numérico en forma de rombo. Jake y Eddie fueron con ellos. Eddie descubrió que no podía dejar de mirar constantemente a Jake para asegurarse de que no era un producto de su imaginación; el chico estaba allí de veras.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó a Rolando.

Rolando rozó levemente los botones numerados con las yemas de los dedos y sacudió la cabeza. No lo sabía.

—Porque me parece que los motores del mono están subiendo de revoluciones —prosiguió Eddie—. Es difícil saberlo de cierto con esa alarma que no para de sonar, pero creo que sí..., y a fin de cuentas Blaine es un robot. ¿Y si por ejemplo se marcha sin nosotros?

—¡Blaine! —gritó Susannah—. ¡Blaine! ¿Estás...?

—ESCUCHADME CON ATENCIÓN, AMIGOS MÍOS —resonó la voz de Blaine—. EN EL SUBSUELO DE LA CIUDAD HAY GRANDES RESERVAS DE ARMAMENTO QUÍMICO Y BIOLÓGICO. HE INICIADO UNA SECUENCIA QUE PROVOCARÁ UNA EXPLOSIÓN Y LIBERARÁ ESE GAS. LA EXPLOSIÓN SE PRODUCIRÁ DENTRO DE DOCE MINUTOS.

La voz enmudeció momentáneamente, y entonces les llegó la vocecita del Pequeño Blaine, casi sofocada por el incesante aullido regular de la alarma.

—Ya me temía algo por el estilo... Debéis daros prisa...

Eddie no le prestó ninguna atención porque no estaba diciéndole absolutamente nada que no supiera ya. Pues claro que debían darse prisa, pero eso sólo figuraba en un lugar muy secundario por el momento. Algo mucho mayor le ocupaba casi toda la mente.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué, Dios mío, tienes que hacer una cosa así?

—A MÍ ME PARECE EVIDENTE. NO PUEDO DESTRUIR LA CIUDAD CON ARMAMENTO NUCLEAR SIN DESTRUIRME YO TAMBIÉN. ¿Y CÓMO PODRÍA LLEVAROS A DONDE QUERÉIS IR SI ESTUVIERA DESTRUIDO?

—Pero aún quedan miles de personas en la ciudad —protestó Eddie—. ¡Vas a matarlas!

—Sí —admitió Blaine con toda calma—. HASTA LUEGO COCODRILO, YA NOS VEREMOS CAIMÁN, NO TE OLVIDES DE ESCRIBIR.

—¿Por qué? —insistió Susannah—. ¿Por qué, maldito seas?

—PORQUE ME ABURREN. A VOSOTROS CUATRO, EN CAMBIO, OS ENCUENTRO BASTANTE INTERESANTES. NATURALMENTE, PARA SABER DURANTE CUÁNTO TIEMPO OS SEGUIRÉ ENCONTRANDO INTERESANTES HABRÍA QUE VER LO BUENAS QUE SON VUESTRAS ADIVINANZAS. Y HABLANDO DE ADIVINANZAS NO OS CONVENDRÍA EMPEZAR A PENSAR EN RESOLVER LA MÍA? FALTAN EXACTAMENTE ONCE MINUTOS Y VEINTE SEGUNDOS PARA QUE ESTALLEN LAS LATAS.

—¡Detente! —gritó Jake por encima del aullido de las sirenas—. ¡No es sólo la ciudad! ¡Un gas como ése puede extenderse a cualquier parte! ¡Incluso podría matar a los ancianos de Paso del Río!

—MALA SUERTE —respondió Blaine sin inmutarse—. AUNQUE CREO QUE PODRÁN SEGUIR MIDIENDO SUS VIDAS EN CUCHARADAS DE CAFÉ DURANTE UNOS CUANTOS AÑOS MÁS; HAN EMPEZADO LAS TORMENTAS DE OTOÑO, Y LOS VIENTOS DOMINANTES LES ALEJARÁN LOS GASES. VUESTRA SITUACIÓN, EN CAMBIO, ES BIEN DISTINTA. MÁS VALE QUE OS PONGÁIS LAS GORRAS DE PENSAR O HASTA LUEGO COCODRILO, YA NOS VEREMOS CAIMÁN, NO TE OLVIDES DE ESCRIBIR. —Hubo una pausa—. UNA INFORMACIÓN ADICIONAL: ESTE GAS NO ES INDOLORO.

—¡Páralo! —exclamó Jake—. Te diremos adivinanzas, ¿verdad, Rolando? ¡Te diremos todas las adivinanzas que quieras, pero páralo!

Blaine se echó a reír. Se rió un buen rato, lanzando alaridos de hilaridad electrónica hacia el amplio espacio vacío de la Cuna, donde se mezclaban con el monótono y taladrador chillido de la alarma.

—¡Haz que pare! —gritó Susannah—. ¡Haz que pare! ¡Haz que pare! ¡Haz que pare!

Blaine obedeció. Un instante después, la alarma cesó en mitad de un pitido. El silencio que siguió —roto únicamente por el martilleo de la lluvia— fue ensordecedor.

La voz que brotó entonces del altavoz era muy suave, pensativa y absolutamente desprovista de compasión.

—OS QUEDAN DIEZ MINUTOS —les anunció Blaine—. VAMOS A VER LO INTERESANTES QUE SOIS.

—Andrew.

«Aquí no hay ningún Andrew, extraño —pensó—. Andrew se fue hace mucho; Andrew ya no existe, como dentro de poco no existiré yo.»

—¡Andrew! —insistió la voz.

Venía de muy lejos. Venía de fuera de la prensa para manzanas que en tiempos había sido su cabeza.

En tiempos había existido un chico que se llamaba Andrew, y su padre lo había llevado a un parque de las afueras al oeste de Lud, un parque en el que había manzanos y una cabaña de hojalata oxidada que tenía un aspecto infernal y despedía un aroma celestial. En contestación a su pregunta, su padre le había dicho que la llamaban la sidrería. Luego le dio una palmadita en la cabeza, le dijo que no tuviera miedo y le hizo cruzar el umbral tapado con una manta.

Dentro había más manzanas —cestos y cestos apilados contra las paredes— y había también un viejo escuálido, por nombre Dewlap, cuyos músculos se retorcían como gusanos bajo la blanca piel y cuyo trabajo consistía en ir echando las manzanas, cesto a cesto, a la máquina traqueteante y desvencijada que se alzaba en el centro de la sala. Lo que manaba del tubo que sobresalía por el extremo opuesto de la máquina era el dulce zumo de las manzanas. Allí había otro hombre (ya no se acordaba de cómo se llamaba), y su trabajo consistía en llenar jarra tras jarra con el zumo. Detrás de él había un tercer hombre, cuyo trabajo consistía en aporrear la cabeza del que llenaba las jarras si derramaba demasiado zumo.

El padre de Andrew le dio un vaso del espumoso líquido, y aunque había saboreado muchas exquisiteces olvidadas durante sus años de vida en la ciudad, nunca había probado nada mejor que aquella fría y dulce bebida. Fue como beberse una racha de viento de octubre. Pero lo que recordaba aún más claramente que el sabor del zumo de manzana o las contracciones y ondulaciones gusaniles de los músculos de Dewlap cuando vaciaba los cestos, era el modo implacable con que la máquina reducía a líquido las grandes manzanas rojizas. Dos docenas de rodillos las llevaban bajo un tambor de acero perforado que giraba sin cesar. La máquina luego las hacía estallar, recogiendo el jugo por una artesa inclinada mientras un tamiz recogía las semillas y la pulpa.

Ahora su cabeza era la prensa y el cerebro las manzanas. Pronto estallarían como las manzanas bajo el tambor, y la bendita oscuridad lo engulliría.

—¡Andrew! ¡Levanta la cabeza y mírame!

No podía..., ni lo haría aunque pudiera. Mejor yacer allí y esperar la oscuridad. A fin de cuentas, ya debía de estar muerto; ¿acaso aquel pimpollo del infierno no le había metido una bala en el cerebro?

—No se ha acercado para nada al cerebro, borrico, y no estás muriéndote. Sólo tienes una jaqueca. Pero morirás si sigues ahí tendido y lloriqueando en tu propia sangre... y yo me encargaré, Andrew, de que tu muerte te haga parecer dicha lo que ahora estás sintiendo.

No fueron las amenazas las que hicieron que el yaciente levantara la cabeza sino más bien el modo en que el dueño de aquella voz siseante le había leído el pensamiento. Su cabeza se alzó lentamente y el dolor fue penosísimo, como si objetos pesados patinaran y derraparan sobre la caja ósea que contenía lo que quedaba de su mente, produciéndole surcos sangrientos en el cerebro. Se le escapó un gemido largo y almibarado. Notó una sensación aleteante y hormigueante en la mejilla derecha, como si una docena de moscas se arrastraran por la sangre. Quería espantarlas, pero sabía que necesitaba las dos manos para sostenerse.

La figura que se erguía al otro lado de la habitación, junto a la compuerta que conducía a la cocina, tenía una apariencia fantasmagórica e irreal. Esta impresión se debía en parte a que las luces de arriba seguían destellando como un estroboscopio y en parte a que la estaba viendo con un solo ojo (no podía ni quería acordarse de lo que le había pasado al otro), aunque tenía la sospecha de que se debía sobre todo a que el personaje era fantasmagórico e irreal. Parecía un hombre..., pero la persona que en tiempos había sido Andrew Quick tenía la sospecha de que no lo era en absoluto.

El extraño parado ante la compuerta vestía una chaqueta corta de color oscuro ceñida a la cintura, descoloridos pantalones de dril y unas botas viejas y polvorientas; las botas de un hombre del campo, un jinete de la pradera o...

—¿O un pistolero, Andrew? —le preguntó el extraño, y soltó una risita ahogada.

El señor Tic Tac contempló la figura con desesperación, intentando verle la cara, pero la chaqueta corta tenía capuchón, y lo llevaba puesto. El semblante del extraño se perdía en la sombra.

La sirena calló a medio alarido. Las luces de emergencia continuaron encendidas, pero al menos no parpadeaban.

—Ea —dijo el extraño en el mismo susurro penetrante—. Así al menos podremos oírnos pensar.

—¿Quién eres? —preguntó el señor Tic Tac. Se movió ligeramente, y aumentó el número de objetos pesados que le patinaban por la cabeza, abriéndole nuevos desgarrones en el cerebro. Pero con todo lo terrible que era esta sensación, aún resultaba peor el espantoso bullir de moscas en la mejilla derecha.

—Se me conoce de muchas maneras, compañero —respondió el hombre desde la oscuridad de la capucha y, aunque su voz era grave, el Tic Tac oyó acechar la risa justo bajo la superficie—. Los hay que me llaman Jimmy y los hay que me llaman Timmy; hay quienes me llaman Handy y hay quienes me llaman Dandy; pueden llamarme Perdedor y pueden llamarme Triunfador, con tal de que no me llamen demasiado tarde para cenar.

El personaje echó la cabeza atrás y su risa cubrió de carne de gallina los brazos y la espalda del herido; fue como el aullido de un lobo.

—Me han llamado el Extraño Sin Edad —prosiguió el hombre. Echó a andar hacia el Tic Tac, y éste gimió e intentó arrastrarse hacia atrás—. También me han llamado Merlín o Maerlyn, pero qué más da, porque no he sido nunca ése, aunque tampoco lo he negado. A veces me llaman el Mago..., o el Brujo..., aunque confío que podamos relacionarnos en términos más humildes, Andrew. En términos más... humanos.

Apartó la capucha y dejó al descubierto un rostro bien formado, de frente despejada, que a pesar de su apariencia agradable no era humano en ningún sentido. Grandes rosetones tísicos cabalgaban los pómulos del Brujo; los ojos verdiazules chispeaban con un arrebatado regocijo demasiado desenfrenado para ser cuerdo; la cabellera azul negra se erguía en estrafalarios haces como plumas de cuervo; los labios entreabiertos, de un rojo lozano, permitían ver los dientes de un canibal.

—Llámame Fannin —dijo el sonriente aparecido—. Richard Fannin. Quizá no es del todo acertado, pero calculo que se aproxima lo bastante para propósitos burocráticos. —Extendió una mano cuya palma estaba absolutamente desprovista de líneas—. ¿Qué dices, colega? Estrecha la mano que estrechó el mundo.

El ser que antaño había sido Andrew Quick y al que en los salones de los grises se conocía como el señor Tic Tac lanzó un chillido y otra vez trató de alejarse. El pliegue de cuero cabelludo desprendido por la bala de bajo calibre que sólo había dejado un surco en el cráneo en vez de perforarlo, oscilaba de un lado a otro; las largas hebras de cabello rubio ceniza seguían cosquilleándole la mejilla. Quick, empero, ya no lo notaba. Incluso había olvidado el dolor del cráneo y la palpitación de la cuenca que antes albergaba su ojo izquierdo. Toda su conciencia se había fundido en un pensamiento: «Tengo que escapar de esta bestia que parece un hombre.»

Pero cuando el extraño se apoderó de su mano derecha y la estrechó, ese pensamiento se disolvió como un sueño al despertar. El aullido que Quick encerraba en el pecho le brotó de los labios como un suspiro de amante. Se quedó mirando estúpidamente al risueño recién llegado. El pliegue de cuero cabelludo pendía y oscilaba.

—¿Te molesta eso? Te ha de molestar por fuerza. ¡Ya está! —Fannin cogió el pliegue colgante y lo arrancó bruscamente, dejando al descubierto una turbia franja de cráneo. Sonó un ruido como el de una tela gruesa al rasgarse. Quick lanzó un grito.

—Vamos, vamos, sólo duele un momento. —El hombre se había puesto en cuclillas al lado

de Quick y le hablaba como un padre indulgente a un chiquillo que se ha clavado una astilla en el dedo—. ¿No va pasando ya?

—S-s-sí —farfulló Quick. Y era verdad. El dolor empezaba a desvanecerse. Y cuando Fannin alargó de nuevo la mano hacia él para acariciarle el lado izquierdo de la cara, el respingo de Quick fue sólo un reflejo rápidamente dominado. Al contacto de aquella mano sin líneas, sintió fluir de nuevo la fuerza. Alzó la mirada hacia el recién llegado con muda gratitud, los labios temblorosos.

—¿Mejor así, Andrew? ¿Verdad que sí?

—¡Sí! ¡Sí!

—Si quieres demostrarme tu agradecimiento, como no lo dudo, debes decir algo que solía decir un viejo conocido mío. Al final acabó traicionándome, pero fue un buen amigo durante bastante tiempo y aún lo llevo en mi corazón. Di «Mi vida por ti», Andrew. ¿Podrás decirlo? Podía decirlo y lo dijo; de hecho, parecía que no podía cesar de decirlo.

—¡Mi vida por ti! ¡Mi vida por ti! ¡Mi vida por ti! ¡Mi vida...!

El extraño volvió a tocarle la mejilla, pero esta vez una intensa descarga de dolor puro estalló en la cabeza de Andrew Quick. Lanzó un alarido.

—Lo siento, pero el tiempo apremia y empezabas a parecer un disco rayado. Andrew, deja que te lo exponga sin adornos: ¿te gustaría matar al pimpollo que disparó contra ti? Por no hablar de sus amigos y del correoso que lo trajo aquí; ése sobre todo. Hasta la bestia que te saltó el ojo, Andrew. ¿Te gustaría?

—¡Sí! —jadeó el antiguo señor Tic Tac. Apretó los puños ensangrentados—. ¡Sí!

—Eso está bien —dijo el extraño, y ayudó a Quick a incorporarse—, porque tienen que morir. Están mezclándose en asuntos que no les incumben. Esperaba que Blaine se ocupara de ellos, pero las cosas han llegado demasiado lejos para confiar en nada... Después de todo, ¿quién habría podido pensar que llegarían tan lejos como han llegado?

—No lo sé —contestó Quick. En realidad no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo el extraño. Ni le importaba; un sentimiento de exaltación le invadía la mente como una buena droga; y después del dolor de la prensa de manzanas, eso era suficiente para él. Más que suficiente.

Richard Fannin contrajo los labios.

—Oso y hueso..., llave y rosa..., día y noche..., viento y marea. ¡Ya es bastante! ¡Ya es bastante, digo! ¡No deben llegar más cerca de la Torre de lo que están ahora!

Quick retrocedió vacilante cuando las manos del hombre salieron disparadas con la velocidad de un rayo. Una rompió la cadena que sostenía el minúsculo reloj de péndulo en su estuche de cristal; la otra le arrancó del antebrazo el Seiko de Jake Chambers.

—Me quedaré con esto, ¿te parece? —Fannin el Brujo sonrió de un modo encantador, con los labios pudorosamente cerrados sobre aquellos dientes pavorosos—. ¿O tienes alguna objeción?

—No —respondió Quick, renunciando sin la menor vacilación a los últimos símbolos de su prolongado caudillaje (en realidad sin darse cuenta de que lo hacía)—. Te lo ruego.

—Gracias, Andrew —dijo el hombre oscuro con voz suave—. Ahora debemos andar ligeros; preveo un cambio drástico en la atmósfera de estos lugares para dentro de cinco minutos o así. Hemos de llegar al armario más cercano en que se guardan las máscaras de gas, y es probable que tengamos el tiempo muy justo. Yo podría sobrevivir a ese cambio en perfectas condiciones, pero temo que tú tendrías ciertas dificultades.

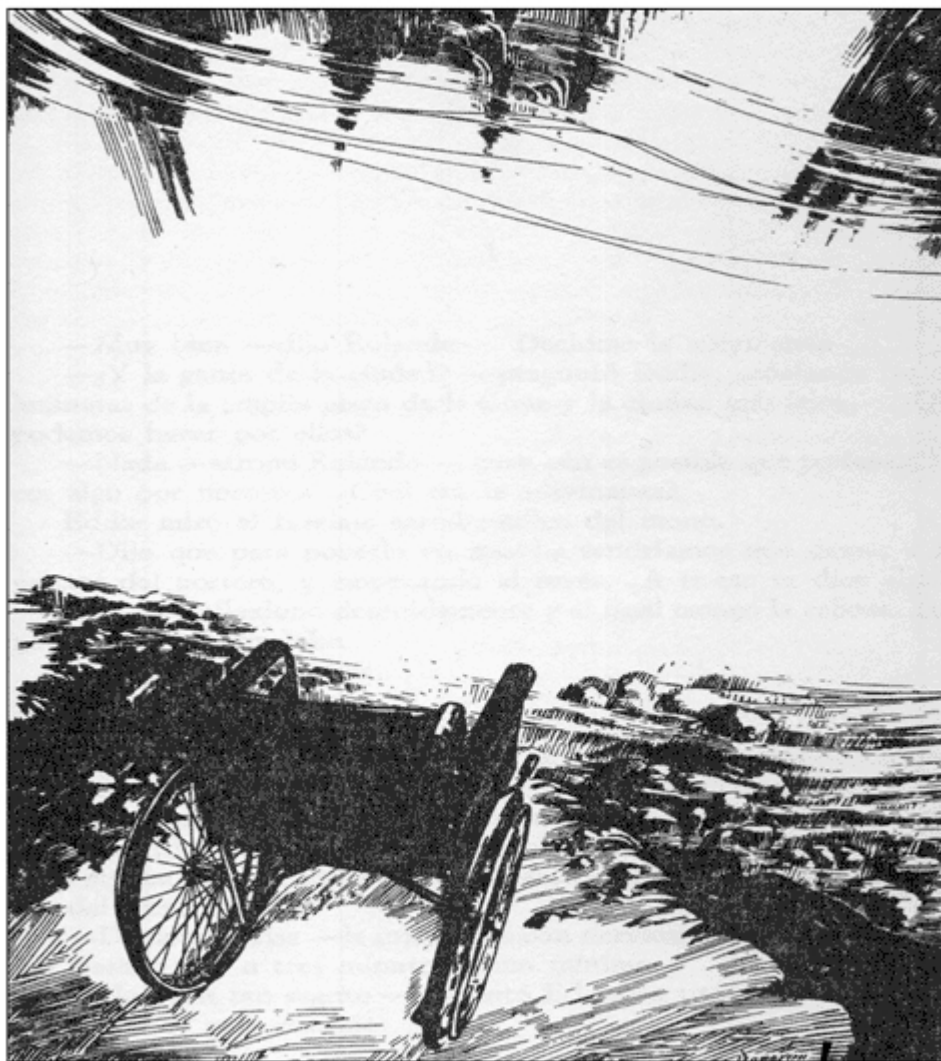
—No entiendo de qué me estás hablando —objetó Andrew Quick. Había empezado a palparle de nuevo la cabeza, y le daba vueltas la mente.

—Ni falta que te hace —respondió imperturbable el extraño—. Vamos, Andrew; creo que debemos darnos prisa. Un día movido, ¿eh? Con algo de suerte, Blaine los freirá en el mismo andén, donde sin duda están todavía; con los años se ha vuelto muy excéntrico, pobre tipo. Pero de todos modos creo que tendríamos que darnos prisa.

Apoyó un brazo en los hombros de Quick y, riéndose entre dientes, lo hizo pasar por la

misma compuerta que Rolando y Jake habían utilizado escasos minutos antes.

VI. ADIVINANZA



Y TIERRAS BALDIAS

1

—Muy bien —dijo Rolando—. Decíme la adivinanza.

—¿Y la gente de la ciudad? —preguntó Eddie, señalando las columnatas de la amplia plaza de la Cuna y la ciudad más lejos—. ¿Qué podemos hacer por ellos?

—Nada —afirmó Rolando—, pero aún es posible que podamos hacer algo por nosotros. ¿Cuál era la adivinanza?

Eddie miró el fuselaje aerodinámico del mono.

—Dijo que para ponerlo en marcha tendríamos que llamar a los primos del portero, y empezando al revés. ¿A ti eso te dice algo? Rolando reflexionó detenidamente y al final meneó la cabeza. Luego se volvió hacia Jake.

—¿Alguna idea, Jake?

Jake meneó la cabeza.

—Ni siquiera veo al portero.

—Probablemente ésa es la parte fácil —dijo Rolando—. Le decimos «él» en lugar de «eso» porque Blaine habla como una persona, pero no deja de ser una máquina; sumamente compleja, sin duda, pero una máquina. Él mismo ha puesto en marcha los motores, pero debe hacer falta alguna clase de código o combinación para abrir la reja y las puertas del tren.

—Démonos prisa —le urgió Jake con nerviosismo—. Ya deben haber pasado dos o tres minutos como mínimo.

—No estés tan seguro —comentó Eddie en tono lúgubre—. Aquí el tiempo es muy extraño.

—Aun así...

—Sí, sí. —Eddie miró a Susannah, pero estaba sentada a horcajadas sobre la cadera de Rolando y estudiaba el teclado numérico con expresión ensoñadora. Volvió la vista hacia Rolando—. Estoy bastante seguro de que tienes razón en lo de la combinación; para eso deben servir todos esos botones con números. —Alzó la voz—. ¿Es eso, Blaine? ¿Vamos bien hasta aquí?

No hubo respuesta; sólo el rumor cada vez más acelerado de los motores del mono.

—Tienes que ayudarme, Rolando —le espetó Susannah de pronto.

El aire ensoñador había dado paso a una expresión mezcla de horror, abatimiento y determinación. Rolando nunca la había visto tan hermosa... ni tan sola. La llevaba a hombros cuando llegaron al borde del claro y descubrieron al Oso intentando derribar a Eddie del árbol, y por eso no vio qué cara ponía cuando le dijo que debía disparar ella. Pero sabía qué expresión había puesto, porque estaba viéndola ahora. *ka* era una rueda, y su único propósito girar, y al final siempre regresaba al punto del que había partido. Así había sido siempre y así era entonces; Susannah se enfrentaba otra vez al Oso, y su cara demostraba que ella lo sabía.

—¿Qué? —preguntó—. ¿De qué se trata, Susannah?

—Conozco la respuesta, pero no puedo sacarla. La tengo clavada en la mente como puede clavarse una espina de pescado en la garganta. Necesito que me ayudes a recordar. No su rostro sino su voz. Lo que dijo.

Jake se miró la muñeca y volvió a sorprenderle la imagen de los ojos felinos del señor Tic Tac al descubrir no el reloj sino la marca que le había dejado; una silueta blanca rodeada de piel muy bronceada. ¿Cuánto tiempo podía quedarles? Siete minutos como máximo, y eso siendo generoso. Alzó la mirada y vio que Rolando había sacado una bala de la canana y la hacía pasear por los nudillos de la mano izquierda. Jake sintió inmediatamente que empezaban a pesarle los párpados y apartó la mirada a toda prisa.

—¿Qué voz querías recordar, Susannah Dean? —preguntó Rolando en voz queda y cavilosa. No miraba la cara de Susannah sino la bala que proseguía la ágil e interminable danza sobre los nudillos... y atrás... al otro lado... y atrás...

No tuvo que levantar la cabeza para saber que Jake había apartado la mirada de la danza de la bala y Susannah no. Empezó a darle mayor velocidad hasta que la bala casi parecía flotar sobre

el dorso de la mano.

—Ayúdame a recordar la voz de mi padre —le pidió Susannah Dean.

2

Hubo un instante de silencio, roto únicamente por una lejana explosión en la ciudad, el tamborileo de la lluvia sobre el tejado de la Cuna y el denso palpitar de los motores slo-trans del monorraíl. Un zumbido hidráulico de tono grave cortó el aire. Eddie desvió la vista de la bala que danzaba sobre los dedos del pistolero (tuvo que hacer un esfuerzo; comprendió que en unos segundos más él también habría quedado hipnotizado) y atisbó por entre las rejas. Una fina varilla de plata se desplegó por sí sola en la inclinada superficie rosa que separaba las ventanillas delanteras de Blaine. Parecía una especie de antena.

—¿Susannah? —la llamó Rolando con la misma voz queda.

—¿Qué? —Ella tenía los ojos abiertos, pero su voz era remota y susurrante; la voz de alguien que habla en sueños.

—¿Recuerdas la voz de tu padre?

—Sí..., pero no la oigo.

—SEIS MINUTOS, AMIGOS.

Eddie y Jake se sobresaltaron y miraron hacia el altavoz del interfono, pero Susannah no dio muestras de haber oído nada; sólo tenía ojos para la bala flotante. Más abajo, los nudillos de Rolando subían y bajaban como los lizos de un telar.

—Inténtalo, Susannah —le urgió Rolando, y de súbito sintió cambiar a Susannah dentro del círculo de su brazo derecho. Fue como si ganara peso... y en cierto sentido indefinible, también vitalidad. Fue como si su esencia hubiera cambiado de algún modo.

Y así era.

—¿A qué tanto interés por esa zorra? —preguntó en su cerrado acento sureño la áspera voz de Detta Walker.

3

Detta parecía exasperada y divertida al mismo tiempo.

—En toda su vida no sacó más que un aprobado justito en mates. Y eso porque la ayudaba yo. —Hizo una pausa y añadió de mala gana—: Y papá. El también ayudaba un poco. Yo ya conocía esos números especiales, pero fue él quien nos enseñó la red. ¡No veas! ¡Eso sí que molaba! —Soltó una risita entre dientes—. Si Suze no se acuerda es porque Odetta nunca llegó a entender ni papa de esos números especiales.

—¿Qué números especiales? —inquirió Eddie.

—¡Los números primos! —Miró a Rolando como si volviera a estar completamente despierta... salvo que no era Susannah, ni tampoco era la infame y desdichada criatura que utilizaba el nombre de Detta Walker, aunque hablaba como ella—. Fue a papá toda llorosa y preocupada porque iba a suspender las mates... ¡y eso que sólo era un poco de álgebra de tebeo! Podía hacer el trabajo; si yo podía, ella también; pero no quería. Una zorra lectora de poesía como ella era demasiado sensible para interesarse por el ars mathematica, ya ves tú.

Detta echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada, pero sin aquella amargura ponzoñosa y medio enloquecida. Por lo visto, la necedad de su gemela mental se le antojaba verdaderamente divertida.

—Y papá le dice: «Voy a enseñarte un truco, Odetta. Lo aprendí en la escuela. Me ayudó a entender todo este asunto de los números primos y a ti también te ayudará. Podrás encontrar casi todos los números primos que quieras.» Odetta, tonta como siempre, protesta: «La maestra dice que no hay ninguna fórmula para calcular números primos, papá.» Y papá le replica al momento: «Y no la hay. Pero puedes cazarlos, Odetta, si tienes una red.» La llamaba la Red de Eratóstenes. Llévame a ese cacharro de la pared, Rolando; voy a contestar la adivinanza de ese ordenador blancucho. Voy a echar una red para cazar un viaje en tren.

Rolando la llevó allí, seguido de cerca por Eddie, Jake y Acho.

—Dame el trozo de carboncillo que llevas en la bolsa.

El pistolero hurgó unos instantes y sacó un trocito de rama ennegrecida. Detta lo cogió y estudió el teclado numérico en forma de rombo.

—No es exactamente como me lo enseñó papá, pero supongo que viene a ser lo mismo —dijo a los pocos instantes—. Los números primos son como yo: ingobernables y especiales. Tiene que ser un número que se obtenga sumando otros dos números, y que sólo pueda dividirse por uno y por sí mismo. Uno es primo porque lo es. Dos es primo porque puede obtenerse sumando uno y uno y puede dividirse por uno y por dos, pero es el único par que es primo. Ya podemos eliminar todos los demás números pares.

—Me he perdido —dijo Eddie.

—Porque sólo eres un blanco cortito —replicó Detta, pero con voz no exenta de amabilidad.

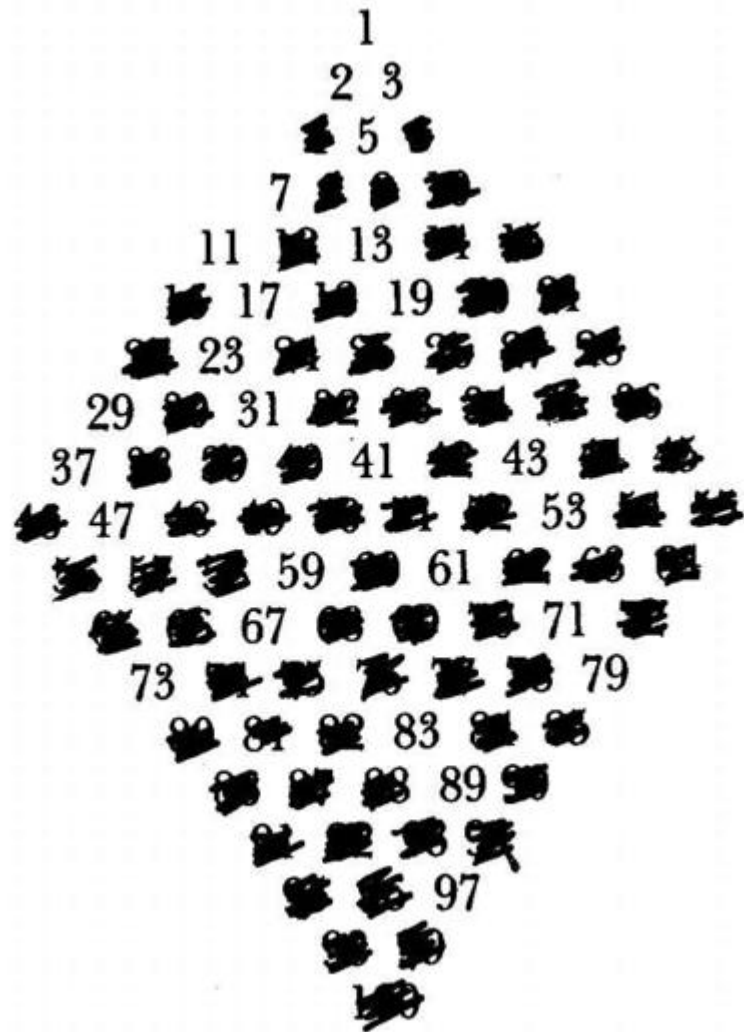
Observó detenidamente el teclado durante unos instantes más y enseguida empezó a rozar rápidamente todas las teclas pares con la punta del carboncillo, tiznándolas de negro.

—Tres es primo, pero ningún producto que se obtenga multiplicando por tres puede serlo —prosiguió, y entonces Rolando oyó algo extraño pero maravilloso: Detta estaba desvaneciéndose de la voz de la mujer; y no la sustituía Odetta Holmes sino Susannah Dean.

No tendría que sacarla del trance; estaba saliendo por sí misma, espontáneamente. Susannah empezó a señalar con el carboncillo todos los múltiplos de tres que quedaban después de eliminar los números pares: nueve, quince, veintiuno y así sucesivamente.

—Lo mismo con el cinco y el siete —murmuró, y de pronto había despertado y volvía a ser Susannah Dean—. Sólo hay que marcar alguna excepción, como el veinticinco, que aún no está tachado.

El teclado del interfono ofrecía ahora este aspecto:



—Ya está —dijo con voz cansada—. Lo que queda en la red son todos los números primos del uno al cien. Estoy segura de que es la combinación que abre la puerta.

—OS QUEDA UN MINUTO, AMIGOS MÍOS. ESTÁIS RESULTANDO BASTANTE MÁS ESPESOS DE LO QUE IMAGINABA.

Eddie hizo caso omiso de la voz de Blaine y le echó los brazos al cuello a Susannah.

—¿Has vuelto, Suze? ¿Estás despierta?

—Sí. Desperté en mitad de su explicación, pero la dejé hablar un poco más. No me pareció cortés interrumpirla. —Se volvió hacia Rolando—. ¿Qué dices tú? ¿Quieres hacer la prueba?

—CINCUENTA SEGUNDOS.

—Sí. Marca tú la combinación, Susannah. La respuesta es tuya.

Alzó la mano hacia el vértice superior del rombo, pero Jake la contuvo.

—No —objetó—. Este portero sólo los acepta al revés, ¿recuerdas? Ella pareció sobresaltarse, pero enseguida sonrió.

—Es verdad. El astuto Blaine... y el astuto Jake, también.

La observaron en silencio mientras ella apretaba por orden los distintos botones, empezando por el noventa y siete. Al pulsar cada tecla sonaba un leve chasquido. Cuando apretó la última no hubo ninguna pausa llena de tensión; el portón de la reja empezó a deslizarse sobre sus rieles, matraqueando ásperamente y haciendo caer una lluvia de copos de óxido desde algún lugar mucho más elevado.

—NO HA ESTADO MAL —dijo Blaine con admiración—. ESPERO CON IMPACIENCIA ESTE VIAJE. ¿PUEDO SUGERIRLOS QUE OS APRESURÉIS A SUBIR? A DECIR VERDAD, QUIZÁS OS CONVENDRÍA MÁS QUE ECHARAIS A CORRER. HAY VARIAS BOCAS DE GAS EN ESTA ZONA.

Tres seres humanos (uno de los cuales llevaba a un cuarto en la cadera) y un animal pequeño y peludo echaron a correr por la abertura de la reja y se precipitaron hacia Blaine el Mono. El tren vibraba entre las plataformas de embarque, medio fuselaje por encima del andén y medio por debajo, como una bala gigantesca —una bala pintada de un incongruente color rosa— tendida en la recámara abierta de un fusil de alta potencia. En la vastedad de la Cuna, Rolando y los demás parecían simples puntitos móviles. Sobre ellos, bandadas de palomas —a las que sólo quedaban cuarenta segundos de vidarevoloteaban y se arremolinaban bajo el antiguo tejado de la Cuna. Cuando los viajeros se acercaron al mono, una sección curva de su casco rosado se deslizó hacia arriba y dejó al descubierto una entrada. Al otro lado se extendía una gruesa alfombra azul.

—Bienvenidos a Blaine —les saludó una voz sedante en cuanto saltaron a bordo. Todos la reconocieron: era una versión ligeramente más enérgica, ligeramente más confiada, del Pequeño Blaine—. ¡Viva el Imperio! Les rogamos se sirvan comprobar si llevan preparada la tarjeta de tránsito y les recordamos que abordar en falso es un grave delito penado por la ley. Esperamos que disfruten de su viaje. Bienvenidos a Blaine. ¡Viva el Imperio! Les rogamos se sirvan comprobar...

La voz aceleró de súbito para convertirse primero en el parloteo de una ardilla humana y luego en un gemido agudo y rasposo. Hubo una breve maldición electrónica —¡BOOP!— y desapareció por completo.

—CREO QUE PODEMOS PRESCINDIR DE TODA ESA MIERDA ABURRIDA, ¿NO OS PARECE? —les consultó Blaine.

Del exterior les llegó una explosión horrisona, tremenda. Eddie, que ahora llevaba a Susannah, salió despedido hacia delante y habría caído si Rolando no lo hubiera cogido del brazo. Hasta entonces, Eddie se había aferrado a la idea desesperada de que la amenaza de Blaine de liberar un gas tóxico no era más que una broma enfermiza. «Habrías debido imaginártelo —pensó—. Cualquiera que crea que las imitaciones de antiguos actores de cine son divertidas es absolutamente indigno de confianza. Creo que es como una ley de la naturaleza.»

A sus espaldas, la sección curva del casco volvió a cerrarse con un choque amortiguado. Empezó a oírse el siseo del aire que entraba por respiraderos ocultos, y Jake notó un suave chasquido en los oídos.

—Creo que Blaine ha aumentado la presión de la cabina.

Eddie asintió y miró en derredor con la boca abierta.

—Yo también lo he notado. ¡Fíjate en todo esto! ¡No veas!

Recordó haber leído algo sobre una compañía de aviación —podía ser que fuera Regent Airque servía a las personas que deseaban volar entre Nueva York y Los Ángeles con más lujo del que ofrecían líneas aéreas como Delta o United. Tenían un 727 diseñado por encargo, con sala de lectura, bar, salón de vídeo y compartimientos para literas. Eddie supuso que el interior de aquel avión debía de parecerse un poco a lo que tenía ante los ojos.

Se encontraban en una sala tubular amueblada con sillones giratorios y sofás modulares tapizados en terciopelo. En el extremo opuesto del compartimiento, que debía medir al menos veinticinco metros, había una zona que no se parecía tanto a un bar como a una acogedora taberna. Un instrumento parecido a un clavicordio reposaba sobre una tarima de madera pulida, iluminado por el estrecho haz de un foco oculto. Eddie casi esperaba ver a Hoagy Carmichael salir a escena y ponerse a tocar *Stardust*.

Una serie de paneles dispuestos a lo largo de las paredes proporcionaban iluminación indirecta, y una araña de luces colgaba del techo en el centro del compartimiento. A Jake le pareció que era una copia reducida de la que yacía hecha añicos en el salón de baile de la Mansión. Eso no le sorprendió; había empezado a tomarse aquellos desdoblamientos y conexiones como algo habitual. Lo único que no le cuadraba en aquella espléndida sala era que no había ni una sola ventana.

La *pièce de résistance* se erguía en un pedestal justo debajo de la araña. Era una estatua de

hielo de un pistolero con un revólver en la mano izquierda. La mano derecha sostenía la brida del caballo de hielo que avanzaba detrás de él, cansino y con la cabeza gacha. Eddie vio que esta mano sólo tenía tres dedos: los dos del extremo y el pulgar. Jake, Eddie y Susannah contemplaron fascinados el rostro macilento esculpido bajo el sombrero helado, mientras el suelo empezaba a vibrar bajo sus pies. El parecido con Rolando era notable.

—ME TEMO QUE HE TRABAJADO A TODA PRISA —se disculpó Blaine con modestia—. ¿OS DICE ALGO?

—Es absolutamente asombroso —respondió Susannah.

—GRACIAS, SUSANNAH DE NUEVA YORK.

Eddie probó uno de los sofás con la mano. Era increíblemente mullido; su tacto le hizo entrar deseos de dormir dieciséis horas seguidas.

—Los Grandes Antiguos sabían viajar a lo grande, ¿no?

Blaine rió de nuevo, y la resonancia aguda y no completamente cuerda de esa risa hizo que los viajeros se mirasen entre sí con desasosiego.

—NO TE HAGAS UNA FALSA IDEA —dijo Blaine—. ÉSTA ERA LA CABINA DE LA BARONÍA, LO QUE LLAMARÍAS PRIMERA CLASE.

—¿Dónde están los otros coches?

Blaine no se dignó responder. La palpitación de los motores seguía acelerándose. Susannah recordó que los pilotos de los grandes reactores revolucionaban los motores antes de lanzarse a la pista para despegar.

—TOMAD ASIENTO, POR FAVOR, MIS NUEVOS E INTERESANTES AMIGOS.

Jake se desplomó en uno de los sillones giratorios, y Acho le saltó de inmediato al regazo. Rolando ocupó el sillón más cercano tras dirigir una breve mirada de soslayo a la escultura de hielo. El cañón del revólver empezaba a gotear lentamente sobre la bandeja de porcelana que sostenía la escultura.

Eddie se sentó en uno de los sofás con Susannah. Era de todo punto tan cómodo como su mano le había anunciado que lo sería.

—¿Adónde vamos exactamente, Blaine?

Blaine respondió con la voz cargada de paciencia de quien ha comprendido que está hablando con alguien mentalmente inferior y debe mostrarse tolerante.

—POR EL CAMINO DEL HAZ. POR LO MENOS, HASTA DONDE MI VÍA LO PERMITA.

—¿Hasta la Torre Oscura? —preguntó Rolando. Susannah se dio cuenta de que era la primera vez que el pistolero le decía algo al locuaz fantasma de la máquina de Lud.

—Sólo hasta Topeka —dijo Jake en voz baja.

—SÍ —admitió Blaine—. TOPEKA SE LLAMA MI PUNTO DE DESTINO, PERO ME EXTRAÑA QUE LO SEPAS.

«Con todo lo que sabes sobre nuestro mundo —pensó Jake—, ¿cómo puedes ignorar que una mujer escribió un libro sobre ti, Blaine? ¿Por el cambio de nombre? ¿Acaso bastó una cosa tan sencilla para conseguir que una máquina tan compleja como tú pasara por alto su propia biografía? ¿Y Beryl Evans, la mujer que en apariencia escribió *Charlie el Chu-Chú*? ¿La conocías, Blaine? ¿Dónde está ahora?»

Buenas preguntas, pero Jake tenía la sensación de que no era buen momento para formularlas.

La vibración de los motores era cada vez más fuerte. Un débil estampido —no tan potente como la explosión que había conmovido la Cuna cuando estaban subiendo al tren— recorrió el suelo. A Susannah le cruzó por la cara una expresión de alarma.

—¡Oh, mierda! ¡Eddie! ¡La silla de ruedas! ¡Se ha quedado allí!

Eddie le pasó un brazo por los hombros.

—Demasiado tarde, pequeña —dijo mientras Blaine el Mono empezaba a moverse, deslizándose hacia su puerta de salida por primera vez en diez años... y por última vez en su larguísima historia.

5

—LA CABINA DE LA BARONÍA DISPONE DE UN MODO VISUAL PARTICULARMENTE BUENO —les anunció Blaine—. ¿QUERÉIS QUE LO ACTIVE?

Jake miró a Rolando, que se encogió de hombros y asintió con un gesto.

—Sí, por favor —dijo Jake.

Lo que ocurrió a continuación fue tan espectacular que los redujo a un silencio atónito..., aunque Rolando, que poco sabía de tecnología pero que toda su vida se había llevado bien con la magia, fue el menos maravillado de los cuatro. No fue cuestión de que aparecieran ventanas en las paredes curvadas del compartimiento; toda la cabina —el suelo y el techo igual que las paredes— se volvió lechosa, se volvió traslúcida, se volvió transparente y desapareció por completo. En el lapso de cinco segundos fue como si Blaine el Mono se hubiera esfumado y los peregrinos estuvieran volando sobre las calles de la ciudad sin ayuda ni sostén alguno.

Susannah y Eddie se abrazaron como niños en el camino de un animal lanzado a la carga. Acho ladró y trató de saltarle al pecho a Jake. Jake apenas se dio cuenta; estaba agarrado a los brazos del asiento con los ojos muy abiertos por la impresión. Su alarma inicial estaba transformándose en un impresionado deleite.

Los muebles seguían en su lugar, lo mismo que el bar, el piano o clavicordio y la estatua de hielo que Blaine había modelado como regalo de fiesta, pero ahora esta configuración de sala de estar parecía volar a unos veinte metros de altura sobre el lluvioso distrito central de Lud. Un metro y medio a la izquierda de Jake, Eddie y Susannah se desplazaban flotando en uno de los divanes; un metro a su derecha, Rolando permanecía sentado en un sillón giratorio verdeazulado, y sus botas maltrechas y cubiertas de polvo reposaban encima de nada, volando serenamente sobre aquel erial urbano sembrado de cascotes.

Jake notaba el tacto de la alfombra bajo los mocasines, pero sus ojos insistían en que tanto la alfombra como el suelo que la sostenía habían dejado de existir. Miró hacia atrás por encima del hombro y vio perderse lentamente a lo lejos la abertura negra en el flanco de piedra de la Cuna.

—¡Eddie! ¡Susannah! ¡Haced la prueba!

Jake se puso en pie, sosteniendo a Acho bajo la camisa, y echó a andar poco a poco por lo que parecía ser espacio vacío. El paso inicial le exigió un considerable esfuerzo de voluntad, porque los ojos le decían que no había nada en absoluto entre las islas flotantes de los muebles, pero cuando empezó a moverse, el contacto innegable del suelo bajo los pies le facilitó las cosas. A Eddie y Susannah les parecía que el chico andaba por el aire mientras los ruinosos y deslucidos edificios se deslizaban a ambos lados.

—No hagas eso, chico —protestó Eddie con voz débil—. Me harás vomitar.

Jake se sacó cuidadosamente a Acho de la camisa.

—No pasa nada —le dijo, y lo dejó en el suelo—. ¿Lo ves?

—¡Acho! —asintió el brambo, pero después de echarle una mirada por entre las patas al parque de la ciudad que en aquellos momentos se desenrollaba bajo ellos, intentó trepar a los pies de Jake y sentársele en los mocasines.

Jake miró al frente y vio el grueso trazo gris de la vía del monorraíl que se elevaba lenta pero constantemente entre los edificios y desaparecía en la lluvia. Miró otra vez hacia abajo y sólo vio la calle y membranas flotantes de nubes bajas.

—¿Cómo es que por debajo no se ve la vía, Blaine?

—LAS IMÁGENES QUE VEIS SON GENERADAS POR ORDENADOR —le explicó Blaine—. EL ORDENADOR BORRA LA VÍA DEL CUADRANTE INFERIOR DE LA IMAGEN A FIN DE PRESENTAR UNA VISIÓN MÁS AGRADABLE Y PARA REALZAR LA ILUSIÓN DE QUE LOS VIAJEROS ESTÁN VOLANDO.

—Es increíble —musitó Susannah. El temor inicial se había disipado, y miraba de un lado a otro con entusiasmo—. Es como viajar en una alfombra voladora. Todo el rato me imagino que el viento me hará volar los cabellos...

—PUEDO PROPORCIONAR ESA SENSACIÓN, SI LO DESEAS —se ofreció Blaine—.

Y ALGO DE HUMEDAD, EN CONSONANCIA CON LAS CONDICIONES EXTERIORES.
PERO ESO PODRÍA EXIGIR UN CAMBIO DE ROPA.

—Está bien así, Blaine. Hay algo que se llama llevar las cosas demasiado lejos.

La vía se deslizó a través de un grupo de altos edificios arracimados que a Jake le recordó un poco la zona de Wall Street en Nueva York. Cuando lo hubo dejado atrás, se hundió para cruzar por debajo de lo que parecía una autopista elevada. Fue entonces cuando los viajeros vieron la nube morada, y la muchedumbre que corría huyendo de ella.

—¿Qué es eso, Blaine? —preguntó Jake, pero ya lo sabía.

Blaine se echó a reír, pero no respondió.

El vapor morado brotaba de emparrillados en las aceras y de las ventanas rotas de edificios abandonados, pero al parecer la mayor parte salía de pozos como el que había utilizado el Chirlas para acceder a los pasadizos subterráneos. La explosión que habían percibido cuando subían al mono había hecho saltar sus tapas de hierro. Contemplaron con mudo horror cómo el gas color magulladura se arrastraba por las avenidas y se extendía por las calles laterales salpicadas de escombros. Los habitantes de Lud a los que aún interesaba la supervivencia huían ante él como una estampida de ganado. Casi todos eran pubis, a juzgar por los pañuelos, pero Jake también pudo distinguir alguna que otra mancha amarilla. La vieja animosidad había quedado olvidada ante la inminencia del fin.

La nube morada empezó a dar alcance a los rezagados, casi todos ellos ancianos incapaces de correr. En cuanto los tocaba el gas, caían al suelo, agarrándose la garganta y aullando sin sonido. Jake vio una cara agonizante que lo miraba con incredulidad mientras pasaba por encima, vio que las cuencas de los ojos se le llenaban súbitamente de sangre y no quiso seguir viendo.

Por delante, la vía del monorraíl desaparecía en la creciente niebla morada. Cuando se sumergieron en ella, Eddie hizo una mueca y contuvo la respiración, pero naturalmente la nube se abrió a su alrededor y no les llegó ni una vaharada de la muerte que engullía la ciudad. Mirar las calles de abajo era como mirar el infierno a través de una ventana de color.

Susannah hundió la cara en el pecho.

—Haz que vuelvan las paredes, Blaine —dijo Eddie—. No queremos ver eso.

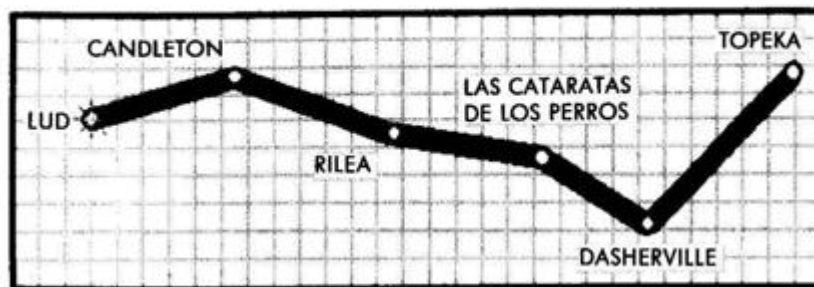
Blaine no dio respuesta, y se mantuvo la transparencia a su alrededor y por debajo de ellos.

La nube ya empezaba a desintegrarse en ráidos gallardetes morados. A lo lejos, los edificios de la ciudad se volvían más pequeños y más apiñados. Aquella zona era una maraña de callejuelas sin orden ni coherencia aparentes. En algunos lugares habían ardido manzanas enteras hasta los cimientos..., y hacía tiempo de ello, porque la llanura reclamaba ya esas zonas, enterrando los escombros bajo la hierba que un día se tragaría toda Lud. «Tal como la selva se tragó las grandes civilizaciones inca y maya —pensó Eddie—. La rueda del *ka* gira y el mundo se mueve hacia delante.»

Pasado un barrio miserable —y Eddie tuvo la certeza de que ya lo era incluso antes de que llegaran los malos tiempos— había una pared refulgente. Blaine avanzaba poco a poco en aquella dirección. Podía verse una profunda hendidura cuadrada en la piedra blanca. La vía del monorraíl pasaba por ella.

—MIRAD AL FRENTE DE LA CABINA, POR FAVOR —les invitó Blaine.

Lo hicieron, y reapareció la pared delantera: un círculo tapizado en azul que parecía flotar en el vacío. No lo señalaba ninguna puerta. Eddie no veía que hubiera ninguna manera de entrar en el recinto del maquinista desde la Cabina de la Baronía. Mientras miraban, un fragmento rectangular de la pared delantera se oscureció, pasando de azul a violeta y de violeta a negro. Al cabo de un instante, una brillante línea roja se extendió por el rectángulo, zigzagueando sobre él. Aparecieron unos puntos de color violeta distribuidos a intervalos irregulares a lo largo de la línea, y antes de que aparecieran nombres junto a los puntos, Eddie comprendió que estaba viendo un mapa de ruta no muy distinto de los que había colgados en las estaciones de metro de Nueva York y en los propios trenes. En Lud, que era la base de operaciones de Blaine y el punto final de su trayecto, se encendió un punto verde intermitente.



—ESTÁIS VIENDO NUESTRA RUTA DE VIAJE. AUNQUE LA SENDA TIENE SUS VUELTAS Y REVUELTAS, OBSERVARÉIS QUE EL RUMBO SE MANTIENE FIRMEMENTE HACIA EL SUDESTE; POR EL CAMINO DEL HAZ. LA DISTANCIA TOTAL ES DE POCO MÁS DE OCHO MIL RUEDAS, O CASI ONCE MIL TRESCIENTOS KILÓMETROS, SI PREFERÍS ESTA UNIDAD DE MEDIDA. EN OTRO TIEMPO ERA MUCHO MENOR, PERO ESO ERA ANTES DE QUE TODAS LAS SINAPSIS TEMPORALES EMPEZARAN A DERRETIRSE.

—¿Qué son las sinapsis temporales? —quiso saber Susannah. Blaine lanzó su desagradable carcajada y no respondió a la pregunta.

—A MI VELOCIDAD MÁXIMA, LLEGAREMOS AL FINAL DEL TRAYECTO EN OCHO HORAS Y CUARENTA Y CINCO MINUTOS.

—Mil trescientos kilómetros por hora sobre tierra firme —dijo Susannah. El pasmo le hacía hablar en voz baja—. Señor mío Jesucristo.

—ESO SUPONIENDO, NATURALMENTE, QUE LA VÍA SE MANTENGA INTACTA EN TODA LA RUTA. HACE NUEVE AÑOS Y CINCO MESES QUE NO ME MOLESTO EN HACER EL RECORRIDO, ASÍ QUE NO PODRÍA ASEGURARLO.

Por delante, el muro que se alzaba en el límite sudoriental de la ciudad estaba cada vez más cerca. Era alto y grueso, y se desmoronaba desde arriba. También aparecía revestido de esqueletos; miles y miles de luditas muertos. La muesca hacia la que Blaine se movía lentamente daba la impresión de tener setenta metros de altura al menos, y allí la torre metálica que sostenía la vía estaba muy oscura, como si alguien hubiera intentado incendiarla o volarla.

—¿Qué pasará si la vía se interrumpe en algún punto? —preguntó Eddie. Se dio cuenta de que siempre alzaba la voz para hablar con Blaine, como si estuviera hablando por teléfono y hubiera mala conexión.

—¿A MIL TRESCIENTOS KILÓMETROS POR HORA? —A Blaine le había hecho gracia la pregunta—. HASTA LUEGO, COCODRILO, NO TE OLVIDES DE ESCRIBIR.

—¡Anda ya! —protestó Eddie—. No me digas que una máquina tan perfecta como tú no es capaz de detectar las averías de su propia vía.

—BIEN... HABRÍA PODIDO HACERLO —concedió Blaine—, PERO... ¡VAMOS! HICE SALTAR ESOS CIRCUITOS CUANDO EMPEZAMOS A MOVERNOS.

La cara de Eddie era el retrato de la perplejidad.

—¿Por qué?

—ES MUCHO MÁS EMOCIONANTE ASÍ, ¿NO OS PARECE?

Eddie, Susannah y Jake intercambiaron miradas de estupefacción. Rolando, al que por lo visto la noticia no le había sorprendido en modo alguno, siguió plácidamente sentado con las manos recogidas sobre el regazo, mirando hacia abajo mientras volaban diez metros por encima de las miserables chabolas y los edificios demolidos que infestaban aquella zona de la ciudad.

—MIRAD ATENTAMENTE CUANDO SALGAMOS DE LA CIUDAD Y FIJAOS EN LO QUE VEÁIS —les dijo Blaine—. FIJAOS MUY BIEN.

El invisible Coche de la Baronía los proyectó hacia la hendidura de la pared. La cruzaron y, al salir al otro lado, Eddie y Susannah gritaron al unísono. Jake echó una mirada y se tapó los ojos. Acho empezó a ladrar frenéticamente.

Rolando miraba hacia abajo, los ojos muy abiertos, los labios apretados en una línea exangüe

como una cicatriz. La comprensión lo llenó como brillante luz blanca.

Más allá de la Gran Muralla de Lud empezaban las auténticas tierras baldías.

El mono había ido descendiendo mientras se acercaba a la muesca de la muralla, hasta llevarlos a menos de diez metros del suelo. Eso hizo que la conmoción fuera mayor pues cuando salieron al otro lado se vieron patinando a una altura aterradora: trescientos, quizá trescientos cincuenta metros.

Rolando volvió la cabeza para contemplar la muralla, que se empequeñecía a sus espaldas. Cuando se acercaban le había parecido muy alta, pero desde esta nueva perspectiva parecía ciertamente minúscula; una astillada uña de piedra aferrada al borde de un vasto promontorio estéril. Acantilados de granito, mojados por la lluvia, se zambullían en lo que a primera vista parecía un abismo sin fondo. Justo debajo de la muralla, la roca estaba cubierta de grandes agujeros circulares como las cuencas de una calavera. De ellos manaban agua negra y zarcillos de vapor morado en nauseabundas corrientes cenagosas, y se derramaban sobre el granito en apestosas capas superpuestas que parecían casi tan viejas como la propia roca. «Ahí es donde deben ir a parar todos los subproductos de desecho de la ciudad —pensó el pistolero—. Por el agujero y al pozo.»

Salvo que no era un pozo; era una llanura hundida. Era como si el territorio que se extendía más allá de la ciudad se apoyara sobre un titánico ascensor de techo plano, y en algún momento del oscuro pasado sin datos, el ascensor había bajado y se había llevado con él una gran porción del mundo. La vía única de Blaine, centrada sobre su angosto caballete, encumbrándose por encima de aquella tierra caída y por debajo de las nubes hinchadas de lluvia, parecía flotar en el vacío.

—¿Qué nos aguanta en el aire? —gritó Susannah.

—EL HAZ, POR SUPUESTO —contestó Blaine—. TODAS LAS COSAS LO SIRVEN, YA SABÉIS. MIRAD HACIA ABAJO; VOY A DAR CUATRO AUMENTOS DE AMPLIACIÓN A LAS PANTALLAS DEL CUADRANTE INFERIOR.

Hasta Rolando sintió que el vértigo le retorció las tripas cuando el terreno sobre el que viajaban se elevó bruscamente hacia ellos. La imagen que apareció superaba a toda su experiencia anterior de la fealdad... y esa experiencia, por desgracia, era muy amplia. Algún terrible acontecimiento había derretido y retorcido el terreno; sin duda el desastroso cataclismo que, para empezar, había hundido en sí misma aquella parte del mundo. La superficie de la tierra se había convertido en vidrio negro distorsionado, proyectada hacia arriba en astillas y curvas que no podían llamarse estrictamente colinas, y retorcida hacia abajo en profundas grietas y repliegues que no podían llamarse estrictamente valles. Algunos árboles raquíticos de pesadilla elevaban al cielo ramas retorcidas; en la imagen ampliada parecían tenderse hacia los viajeros como brazos de lunáticos. Aquí y allá, haces de gruesas tuberías de cerámica perforaban la vidriosa superficie del suelo. Algunas parecían muertas o en hibernación, pero en el interior de otras podían vislumbrarse destellos de ultraterrena luz verdeazulada, como si forjas y hornos titánicos se afanaran sin cesar en las entrañas de la tierra. Deformes cosas voladoras que parecían pterodáctilos planeaban sobre alas de cuero entre esas tuberías, lanzándose ocasionales dentelladas con sus picos ganchudos. Bandadas enteras de esos horrendos pajarracos descansaban en el borde circular de otros tubos verticales, en apariencia para calentarse con el tiro de los fuegos eternos del subsuelo.

Pasaron sobre una fisura que zigzagueaba de norte a sur como el lecho de una corriente de agua muerta... salvo que no estaba muerta. En lo más profundo yacía un fino hilo del más intenso escarlata, palpitante como un corazón. De esta fisura se ramificaban otras más pequeñas, y Susannah, que había leído a Tolkien, pensó: «Esto es lo que vieron Frodo y Sam cuando llegaron al corazón de Mordor. Estas son las Grietas del Destino.»

Una fuente ígnea hizo erupción justo debajo de ellos, proyectando hacia lo alto rocas llameantes y alargados cuajarones de lava. Por un instante pareció que las llamas iban a envolverlos. Jake lanzó un chillido y subió los pies al asiento y apretó a Acho contra el pecho.

—NO TE PREOCUPES, VAQUERO —habló la voz inconfundible de John Wayne—. RECUERDA QUE LA IMAGEN ESTÁ AMPLIADA.

La deflagración se apagó. Las rocas, algunas de ellas grandes como fábricas, volvieron a caer en una tempestad sin sonido.

Susannah se encontró fascinada por los lúgubres horrores que se desplegaban bajo ellos, atrapada en un trance mortal que no podía romper... y sintió que la parte oscura de su personalidad, aquel aspecto de su *khef* que era Detta Walker, hacía algo más que mirar; esa parte de ella se bebía el panorama, lo comprendía, lo reconocía. En cierto sentido era el lugar que Detta había buscado siempre, la contrafigura física de su mente desquiciada y de su alegre y desolado corazón. Las colinas desiertas del norte y el este del Mar Occidental; los bosques maltratados en que se alzaba el Pórtico del Oso; las planicies vacías del noroeste del Send..., todo palidecía en comparación con aquel fantástico panorama de desolación ilimitada. Habían llegado a los Drawers y habían penetrado en las tierras baldías; la oscuridad envenenada de aquel lugar esquivo se extendía en todas direcciones hasta perderse de vista.

Pero aquellas tierras, aunque envenenadas, no estaban del todo muertas. De vez en cuando los viajeros divisaban figuras en la superficie —cosas deformes que no guardaban parecido alguno con hombres o animales— que cabrioleaban y retozaban en la humeante soledad. La mayoría parecía congregarse, bien alrededor de los haces de chimeneas ciclópeas que brotaban de la tierra vitrificada o bien en los bordes de las grietas ígneas que surcaban el paisaje. Resultaba imposible ver con claridad aquellas cosas blancuzcas y saltarinas, y eso era un alivio para todos.

Entre los seres más pequeños acechaban otros mayores, unas cosas rosáceas que parecían un poco cigüeñas y un poco trípodes vivos de máquinas fotográficas. Se movían despacio, casi cavilosos, como predicadores meditando sobre la inevitabilidad de la condenación, deteniéndose de vez en cuando para inclinarse bruscamente a coger algo del suelo, como se inclinan las garzas para capturar un pez que pasa. Aquellos seres tenían algo indeciblemente repulsivo —Rolando lo percibió tan nítidamente como los demás—, pero resultaba imposible señalar con exactitud qué causaba esta sensación. Sin embargo no se podía negar su realidad; las cosas-cigüeña, en su exquisita abominabilidad, eran casi imposibles de mirar.

—Esto no lo hizo una guerra nuclear —observó Eddie—. Esto... Esto... —Le salió una voz fina y horrorizada que sonó como la de un niño.

—¡QUÉ VA! —dijo Blaine—. FUE ALGO MUCHO PEOR. Y AÚN NO HA TERMINADO. HEMOS LLEGADO AL PUNTO EN QUE SUELO AUMENTAR LA POTENCIA. ¿HABÉIS VISTO SUFICIENTE?

—Sí —se apresuró a responder Susannah—. Oh, ya lo creo, Dios mío.

—¿DESCONECTO LOS VISORES, PUES? —La voz de Blaine volvía a tener aquella resonancia cruel y burlona. En el horizonte, una desgarrada cordillera de pesadilla se cernía bajo la lluvia; los picos estériles parecían rasgar el cielo gris como colmillos.

—Hazlo o no lo hagas, pero déjate de juegos —dijo Rolando.

—PARA SER ALGUIEN QUE VINO SUPLICANDO QUE LO LLEVARA, TE MUESTRAS MUY DESCORTÉS —dijo Blaine en tono malhumorado.

—Nos ganamos el viaje —señaló Susannah—. Resolvimos la adivinanza, ¿no?

—Además, para eso te hicieron —añadió Eddie—. Para transportar a la gente.

Blaine no respondió con palabras pero los altavoces del techo emitieron un siseo felino de rabia amplificada, y Eddie sintió deseos de no haber abierto la bocaza. Alrededor de los viajeros el aire empezó a llenarse de curvas de color. Reapareció la alfombra azul y tapó la imagen de la humeante desolación que se extendía bajo ellos. Se encendieron otra vez las luces indirectas y volvieron a encontrarse sentados en el Coche de la Baronía.

Un zumbido bajo empezó a resonar en las paredes. La palpitación de los motores se aceleró de nuevo. Jake notó que una suave mano invisible lo empujaba hacia el respaldo. Acho miró en derredor, gimió con inquietud y se puso a lamerle la cara a Jake. En la pantalla de la parte delantera, el punto verde —que ahora se hallaba ligeramente al sudeste del círculo violeta señalado con la palabra LUD— empezó a destellar más deprisa.

—¿Nos daremos cuenta? —preguntó Susannah, no muy tranquila—. Quiero decir, cuando crucemos la barrera del sonido.

Eddie meneó la cabeza.

—En absoluto. Relájate.

—Sé una cosa —dijo Jake de pronto. Los demás se volvieron a mirarlo, pero no hablaba con ellos. Tenía la vista fija en el mapa de ruta. Blaine carecía de rostro, naturalmente —como Oz el Grande y Terrible, sólo era una voz incorpórea—, pero el mapa servía de punto focal—. Sé una cosa de ti, Blaine.

—¿ES ESO CIERTO, VAQUERO?

Eddie se inclinó hacia él, acercó los labios a su oído y susurró:

—Ten cuidado. Creemos que no sabe nada de la otra voz.

Jake hizo un leve gesto de asentimiento y se apartó, sin dejar de mirar el mapa de ruta.

—Sé por qué soltaste el gas y mataste a toda la gente. También sé por qué nos dejaste subir,

y no fue sólo porque resolvimos la adivinanza.

Blaine lanzó su anormal risotada abstraída (empezaban a descubrir que aquella risotada era mucho más desagradable que sus malas imitaciones y que sus melodramáticas y en cierto modo infantiles amenazas), pero no dijo nada. Bajo ellos, las turbinas slo-trans se habían estabilizado en una vibración constante. Aun suprimida toda imagen del exterior, la sensación de velocidad era muy clara.

—Piensas suicidarte, ¿verdad? Jake tenía a Acho en los brazos y lo acariciaba pausadamente—. Y quieres llevarnos contigo.

—¡No! —gimió la voz susurrante del Pequeño Blaine—. ¡Si lo provocas, conseguirás que lo haga! ¿No te das cuenta...?

Entonces la vocecilla quejumbrosa fue desconectada o sencillamente sofocada por la carcajada de Blaine. Fue un sonido agudo, chillón y dentado; el sonido de un enfermo de muerte que ríe en pleno delirio. Las luces empezaron a parpadear, como si la potencia de aquellas ráfagas mecánicas de hilaridad estuviera consumiendo demasiada energía. Las sombras de los viajeros saltaban arriba y abajo por las paredes curvadas del Coche de la Baronía como fantasmas inquietos.

—HASTA LUEGO, COCODRILO —dijo Blaine entre risotadas frenéticas. La voz, tan serena como siempre, funcionaba al parecer por una pista absolutamente independiente, lo que ponía aún más de relieve la división de su mente—. YA NOS VEREMOS, TE OLVIDES DE ESCRIBIR.

Bajo el grupo de peregrinos de Rolando, los motores slo-trans vibraban en poderosos y regulares latidos. Y en el mapa de ruta de la pared delantera, el punto verde intermitente había empezado a desplazarse perceptiblemente sobre la línea iluminada que conducía a la última parada: Topeka, donde estaba claro que Blaine el Mono pretendía acabar con las vidas de todos.

La risa cesó por fin y las luces interiores se estabilizaron. —¿OS APETECE UN POCO DE MÚSICA ? —sugirió Blaine—. TENGO MÁS DE SIETE MIL CONCIERTOS EN CATÁLOGO; UNA SELECCIÓN DE TRESCIENTOS NIVELES. PERSONALMENTE PREFIERO LOS CONCIERTOS, PERO TAMBIÉN PUEDO OFRECEROS SINFONÍAS, ÓPERAS Y UN REPERTORIO PRÁCTICAMENTE ILIMITADO DE MÚSICA POPULAR. TAL VEZ OS GUSTARÍA OÍR MÚSICA DE WAY-GOG. EL WAYGOG ES UN INSTRUMENTO QUE RECUERDA ALGO LA GAITA. SE TOCA EN UNO DE LOS NIVELES SUPERIORES DE LA TORRE.

—¿Way-Gog? —preguntó Jake.

Blaine permaneció mudo.

—Explícame eso de que se toca en los niveles superiores de la Torre —le pidió Rolando. Blaine se echó a reír... y permaneció mudo.

—¿Tienes algo de Z. Z. Top? —inquirió Eddie agriamente.

—DESDE LUEGO —dijo Blaine—. ¿TE PARECE QUE *PONGA TUBESNAKE BOOGIE*, EDDIE DE NUEVA YORK ?

Eddie puso los ojos en blanco.

—Pensándolo bien, creo que paso.

—¿Por qué? —preguntó Rolando de súbito—. ¿Por qué quieres matarte?

—Porque es un engorro —dijo Jake con expresión sombría.

ME ABURRO. ADEMÁS, SOY PERFECTAMENTE CONSCIENTE DE QUE PADEZCO UNA ENFERMEDAD DEGENERATIVA QUE LOS HUMANOS DENOMINAN VOLVERSE LOCO, PERDER EL CONTACTO CON LA REALIDAD, CHIFLARSE, PERDER UN TORNILLO, ESTAR MAL DEL ALA, ETCÉTERA. REPETIDAS PRUEBAS DIAGNÓSTICAS NO HAN LOGRADO IDENTIFICAR LA CAUSA DEL PROBLEMA. SÓLO PUEDO LLEGAR A LA CONCLUSIÓN DE QUE SE TRATA DE UN TRASTORNO ESPIRITUAL QUE NO ESTÁ A MI ALCANCE REPARAR.

Blaine hizo una breve pausa y prosiguió.

—HE NOTADO QUE MI MENTE SE VA VOLVIENDO CADA VEZ MÁS EXTRAÑA CON EL PASO DE LOS AÑOS. SERVIR A LOS HABITANTES DEL MUNDO MEDIO, HACE SIGLOS QUE PERDIÓ TODO SENTIDO. SERVIR A LOS ESCASOS HABITANTES DE LUD QUE DESEABAN AVENTURARSE FUERA DE LA CIUDAD, SE VOLVIÓ IGUALMENTE ABSURDO NO MUCHO MÁS TARDE, PERO SEGUÍ HACIÉNDOLO HASTA LA LLEGADA DE DAVID QUICK, HACE UN RATO. NO RECUERDO EXACTAMENTE CUÁNDO FUE ESO. ¿CREES TÚ, ROLANDO DE GALAAD, QUE LAS MÁQUINAS PUEDEN VOLVERSE SENILES?

—No lo sé. —Rolando respondió mecánicamente, y Eddie sólo tuvo que mirarle la cara para saber que, incluso en aquellos momentos, mientras se precipitaban por el aire a trescientos metros de altura sobre el infierno, prisioneros de una máquina que obviamente se había vuelto loca, los pensamientos del pistolero giraban una vez más en torno a su maldita Torre.

—EN CIERTO MODO, NUNCA HE DEJADO DE SERVIR A LOS HABITANTES DE LUD —señaló Blaine—. LOS SERVÍA INCLUSO CUANDO LIBERÉ EL GAS Y LOS MATÉ.

—Estás loco si puedes creer eso —le dijo Susannah.

—¡SÍ, PERO NO ESTOY MAJARETA! —replicó Blaine, y se dejó llevar por otro arrebato de risa histérica. Finalmente, la voz del robot prosiguió.

—CON EL PASO DEL TIEMPO OLVIDARON QUE LA VOZ DEL MONO ERA TAMBIÉN LA VOZ DEL ORDENADOR. NO MUCHO MÁS TARDE OLVIDARON QUE YO ERA UN SIRVIENTE Y EMPEZARON A CREER QUE ERA UN DIOS. PUESTO QUE ME HABÍAN CONSTRUIDO PARA SERVIR, RESPONDÍ A SUS NECESIDADES Y ME CONVERTÍ EN LO QUE QUERÍAN: UN DIOS QUE DISTRIBUÍA RECOMPENSAS Y CASTIGOS SEGÚN SU CAPRICHOS... O SU MEMORIA DE ACCESO ALEATORIO, SI LO

PREFERÍS ASÍ. ESTO ME DIVIRTIÓ UN TIEMPO. LUEGO, EL MES PASADO, EL ÚNICO COLEGA QUE ME QUEDABA, PATRICIA, SE SUICIDÓ.

«O se está volviendo senil de veras —pensó Susannah—, o su incapacidad para asimilar el paso del tiempo es otra manifestación de su locura, o simplemente es otra señal de lo enfermo que está el mundo de Rolando.»

—ESTABA PROYECTANDO SEGUIR SU EJEMPLO CUANDO APARECISTEIS VOSOTROS. ¡GENTE INTERESANTE QUE CONOCE ADIVINANZAS!

—¡Un momento! —dijo Eddie, con la mano levantada—. Todavía no lo entiendo bien. Creo que puedo entender que quieras acabar con todo; los que te construyeron ya no existen, no has tenido muchos pasajeros en los dos o tres últimos siglos y debe de resultar muy aburrido hacer siempre el trayecto Lud-Topeka de vacío. Pero...

—ESPERA TÚ UN MOMENTO —le interrumpió Blaine con su voz de John Wayne—. NO VAYASA HACERTE LA IDEA DE QUE SÓLO SOY UN TREN. EN CIERTO SENTIDO, EL BLAINE CON EL QUE ESTÁS HABLANDO SE ENCUENTRA YA A QUINIENTOS KILÓMETROS DE NOSOTROS, COMUNICÁNDOSE MEDIANTE TRANSMISIONES DE RADIO EN MICROPULSOS CODIFICADOS.

Jake recordó de pronto la esbelta varilla de plata que había visto surgir del morro de Blaine. La antena del Mercedes Benz de su padre se elevaba automáticamente de la misma manera cuando se encendía la radio.

«Así se comunica con los bancos de ordenadores de la ciudad —pensó—. Si pudiéramos romper la antena de alguna manera...»

—Pero de todos modos piensas matarte, esté donde esté tu auténtico yo, ¿es eso? —insistió Eddie.

No hubo respuesta, pero el silencio que siguió tenía algo de ominoso. Eddie percibía en él la presencia de Blaine, observando y esperando.

—¿Estabas despierto cuando te encontramos? —preguntó Susannah—. Dormías, ¿verdad?

—CONTROLABA LO QUE LOS PUBIS LLAMABAN TAMBORES DIOSES EN BENEFICIO DE LOS GRISES, PERO NADA MÁS. TÚ DIRÍAS QUE DORMITABA.

—Entonces, ¿por qué no nos llevas hasta el final de la línea y te vuelves a dormir?

—Porque es un engorro —repitió Jake en voz baja.

—PORQUE HAY SUEÑOS —dijo Blaine exactamente al mismo tiempo, y con una voz que se parecía de un modo espeluznante a la del Pequeño Blaine.

—¿Por qué no terminaste con todo cuando Patricia se destruyó? —quiso saber Eddie—. Y puestos a hablar sobre ello, si tu cerebro y el de ella forman parte del mismo ordenador, ¿cómo es que no saltasteis juntos?

—PATRICIA SE VOLVIÓ LOCA —explicó Blaine con paciencia, como si no acabara de reconocer que a él le pasaba lo mismo—. EN SU CASO, EL PROBLEMA RESPONDÍA A FALLOS DEL MATERIAL ADEMÁS DE TRASTORNO ESPIRITUAL. EN TEORÍA TALES FALLOS SON IMPOSIBLES CON LA TECNOLOGÍA SLO-TRANS, PERO NATURALMENTE EL MUNDO SE HA MOVIDO... ¿NO ES ASÍ, ROLANDO DE GALAAD?

—Sí —dijo Rolando—. Hay una profunda enfermedad en la Torre Oscura, que es el corazón de todo. Y se extiende. Las tierras que tenemos debajo sólo son un signo más de esa enfermedad.

—NO PUEDO PRONUNCIARME EN CUANTO A LA VERDAD O FALSEDAD DE ESA DECLARACIÓN; MI EQUIPO DE TOMA DE DATOS EN MUNDO FINAL, DONDE SE HALLA LA TORRE OSCURA, LLEVA MÁS DE OCHOCIENTOS AÑOS INOPERANTE. EN CONSECUENCIA, NO PUEDO DISTINGUIR FÁCILMENTE ENTRE VERDAD Y HECHO, EN LOS MOMENTOS ACTUALES PARECE HABER MUY Poca DIFERENCIA ENTRE LAS DOS. ES MUY NECIO QUE SEA ASÍ, ADEMÁS DE DESCORTÉS, Y ESTOY SEGURO DE QUE HA AGRAVADOMI TRASTORNO ESPIRITUAL.

Esta aseveración hizo que a Eddie le viniera a la memoria algo que Rolando había dicho no hacía mucho tiempo. ¿Qué podía ser? Lo buscó a tientas, pero no encontró nada; apenas un vago

recuerdo de que el pistolero lo había dicho en un tono irritado que se alejaba mucho de su actitud habitual.

—PATRICIA EMPEZÓ A LLORAR CONSTANTEMENTE, COSA QUE YO ENCONTRABA TAN DESCORTÉS COMO DESAGRADABLE. CREO QUE ESTABA MUY SOLA, ADEMÁS DE LOCA. AUNQUE EL INCENDIO DE ORIGEN ELÉCTRICO QUE PROVOCÓ EL PROBLEMA INICIAL SE APAGÓ RÁPIDAMENTE, SIGUIERON MULTIPLICÁNDOSE LOS ERRORES LÓGICOS A MEDIDA QUE SE IBAN SOBRECARGANDO LOS CIRCUITOS Y FALLABAN LAS SUBUNIDADES. SOPESÉ LA POSIBILIDAD DE PERMITIR QUE LAS AVERÍAS SE EXTENDIERAN A LA TOTALIDAD DEL SISTEMA, PERO AL FIN DECIDÍ AISLAR EL SECTOR PROBLEMA. ME HABÍAN LLEGADO RUMORES DE QUE VOLVÍA A ANDAR POR LA TIERRA UN PISTOLERO. APENAS PODÍA DAR CRÉDITO A TALES RELATOS, PERO AHORA VEO QUE HICE BIEN EN ESPERAR.

Rolando se removió en el asiento.

—¿Qué rumores oíste, Blaine? ¿A quién se los oíste?

Pero Blaine prefirió no contestar a esta pregunta.

—AL FINAL ACABÉ TAN HARTO DE SU PARLOTEO QUE BORRÉ LOS CIRCUITOS QUE CONTROLABAN SUS INVOLUNTARIOS. LA EMANCIPÉ, PODRÍAMOS DECIR. SU RESPUESTA FUE ECHARSE AL RÍO. HASTA LUEGO, COCOTRICIA.

«Se encontraba sola, no podía parar de llorar, se tiró al río..., y a este mecánico gilipollas sólo se le ocurre hacer un chiste —pensó Susannah. Estaba casi enferma de rabia. Si Blaine hubiera sido una persona de verdad en lugar de un montón de circuitos enterrados en el subsuelo de una ciudad que ahora se hallaba muy lejos, habría intentado dejarle unas marcas nuevas en la cara para que se acordara de Patricia—. ¿Te gusta lo interesante, hijoputa? Ya te enseñaría yo lo interesante...»

—PROPONEDME UNA ADIVINANZA —invitó Blaine.

—Todavía no —objetó Eddie—. Aún no has contestado a mi pregunta. —Le dio un margen para responder, y viendo que no lo hacía, prosiguió—. En lo del suicidio, digamos que yo creo en la libertad de elección. Pero ¿por qué quieres arrastrarnos contigo? Quiero decir: ¿qué sentido le ves?

—Porque quiere —dijo el Pequeño Blaine en su susurro horrorizado.

—PORQUE QUIERO —dijo Blaine—. ES EL ÚNICO MOTIVO QUE TENGO Y EL ÚNICO QUE ME HACE FALTA. Y AHORA VAYAMOS AL GRANO. QUIERO ADIVINANZAS, Y LAS QUIERO INMEDIATAMENTE. SI OS NEGÁIS, NO ESPERARÉ HASTA TOPEKA; ACABARÉ CON TODO EN ESTE MISMO INSTANTE.

Eddie, Susannah y Jake se volvieron hacia Rolando, que permanecía sentado en el sillón con las manos recogidas sobre el regazo y la vista fija en el mapa de ruta de la pared delantera.

—Vete a la mierda —replicó Rolando sin alzar la voz. Lo mismo hubiera podido estar comentando que sería agradable oír algo de música de Way-Gog.

De los altavoces del techo surgió un jadeo horrorizado: el Pequeño Blaine.

—¿QUÉ HAS DICHO? —En su patente incredulidad, la voz del Gran Blaine volvía a aproximarse muchísimo a la de su insospechado gemelo.

—He dicho que te vayas a la mierda —repitió Rolando sin perder la calma—; pero si no lo entiendes, Blaine, te lo pondré más claro. No. La respuesta es no.

Durante un rato muy largo no hubo respuesta de ningún Blaine, y cuando el Gran Blaine respondió por fin, no lo hizo con palabras. Pero las paredes, el suelo y el techo empezaron a perder de nuevo el color y la solidez. A los diez segundos, el Coche de la Baronía había cesado de existir una vez más. Ahora el mono sobrevolaba la cordillera que habían visto en el horizonte: picachos gris acero se precipitaban hacia ellos a una velocidad suicida y se hundían para revelar valles estériles en los que unos escarabajos gigantes se arrastraban de un lado a otro como tortugas en un terrario. Rolando vio algo semejante a una serpiente enorme que se descolgaba repentinamente desde la boca de una caverna. La bestia atrapó uno de los escarabajos y se lo llevó a su cubil. Rolando nunca había visto animales como aquellos ni una tierra como aquella, y tuvo la sensación de que la piel quería desprendérselo de la carne. Era hostil, pero no se trataba de eso. Era ajeno; ése era el problema. Era como si Blaine los hubiera transportado a algún otro mundo.

—TAL VEZ DEBERÍA DESCARRILAR AQUÍ —dijo Blaine. Habló en tono meditabundo, pero el pistolero captó bajo sus palabras una profunda y palpitante ira.

—Tal vez sí —respondió el pistolero con indiferencia.

Pero en su interior no sentía indiferencia, y sabía que era posible que Blaine detectara sus auténticos sentimientos a partir de la voz. Blaine les había dicho que estaba capacitado para hacerlo, y aunque Rolando estaba convencido de que el ordenador podía mentir, en este caso no tenía motivos para dudar de él. Era una máquina increíblemente compleja..., pero no dejaba de ser una máquina. Quizá fuera incapaz de comprender que los seres humanos a menudo son capaces de seguir un curso de acción aunque todas sus emociones se rebelen y se alcen contra ello. Si en el análisis de la voz del pistolero Blaine encontraba indicios de miedo, seguramente supondría que Rolando quería echarse un farol. Semejante error podía costarles la vida a todos.

—¡ERES DESCORTÉS Y SOBERBIO! —protestó Blaine—. PUEDE QUE A TI ESTOS RASGOS TE PAREZCAN INTERESANTES, PERO A MÍ NO.

Eddie hacía unas muecas frenéticas. Formó con los labios las palabras «Pero ¿qué estás haciendo?». Rolando no le hizo caso; toda su atención se centraba en Blaine, y sabía muy bien lo que hacía.

—Oh, aún puedo ser mucho más descortés que hasta ahora.

Rolando de Galaad separó las manos y se incorporó lentamente. Se alzó en mitad del vacío aparente, con las piernas separadas, la mano derecha en la cadera y la izquierda sobre las cachas de sándalo de su revólver. Se alzó como tantas otras veces se había alzado en las calles polvorientas de un centenar de pueblos olvidados, en una veintena de zonas de matanza en cañones encajonados entre rocas, en un sinfín de tabernas oscuras con su olor a cerveza amarga y a frituras rancias. Sólo era otro enfrentamiento en otra calle desierta. Eso era todo, y era suficiente. Era *khef*, *ka* y *ka-tet*. El hecho central de su vida y el eje sobre el que giraba su *ka* era que el enfrentamiento siempre se producía. Que esta vez la lucha fuera a decidirse con palabras en vez de balas no significaba nada; igualmente sería una lucha a muerte. El hedor de la matanza que flotaba en el aire era tan nítido y definido como el hedor de carroña a medio devorar en un pantano. El furor de la lucha descendió sobre él, como siempre lo hacía... y Rolando dejó de existir para su propia conciencia.

—Puedo decir que eres una máquina insensata, fatua, necia y arrogante. Puedo decir que eres un ser estúpido y atolondrado que no tiene más sentido que el sonido de un viento de invierno en un árbol hueco.

—BASTA.

Rolando prosiguió con la misma voz serena, sin hacerle el menor caso a Blaine.

—Por desgracia, mi capacidad para mostrarme grosero se halla un tanto limitada por el hecho de que sólo eres una máquina..., lo que Eddie llama «un juguete».

—SOY MUCHÍSIMO MÁS QUE...

—No puedo llamarte chupapollas, por ejemplo, porque no tienes boca ni polla. No puedo decir que eres más ruin que el más ruin mendigo que jamás se haya arrastrado de rodillas por la

calleja más mezquina de la creación, porque incluso semejante criatura es mejor que tú; tú no tienes rodillas para arrastrarte ni te arrodillarías si las tuvieras, porque no puedes concebir un defecto tan humano como la compasión. Ni siquiera puedo llamarte hijo de puta, porque tú nunca has tenido madre.

Rolando se detuvo a tomar aliento. Sus tres compañeros contenían el suyo. A su alrededor, asfixiante, se acumulaba el silencio atónito de Blaine el Mono.

—Sí puedo decir, en cambio, que eres un ser infiel que dejó que su única compañera se matara, un cobarde que se deleita torturando a necios y exterminando a inocentes, un fantasma mecánico perdido y balbuceante que...

—¡TE ORDENO QUE TE DETENGAS U OS MATO A TODOS AHORA MISMO!

A Rolando se le encendieron los ojos con un fuego azul tan intenso que Eddie retrocedió asustado. De un modo semiconsciente, advirtió que Jake y Susannah se sobresaltaban.

—¡Mata si quieres, pero no me des órdenes! —rugió el pistolero—. ¡Has olvidado los rostros de quienes te hicieron! ¡Y ahora mátanos o calla y escúchame a mí, a Rolando de Galaad, hijo de Steven, pistolero y señor de las tierras antiguas! ¡No he recorrido todos los kilómetros y todos los años para escuchar tu parloteo infantil! ¿Me has entendido? ¡Ahora me escucharás tú A MÍ!

Hubo unos instantes de silencio conmocionado. Nadie respiraba. Rolando seguía mirando al frente con expresión severa, la cabeza alta, la mano en la culata del arma.

Susannah Dean se llevó una mano a los labios y palpó la sonrisita que había en ellos como si se palpara una prenda de vestir desacostumbrada —un sombrero, acaso— para comprobar que la llevaba bien puesta. Tenía miedo de haber llegado al final de su vida, pero la sensación que en aquellos momentos predominaba en su corazón no era de miedo sino de orgullo. Miró de reojo hacia la izquierda y vio que Eddie contemplaba a Rolando con una sonrisa asombrada. La expresión de Jake era aún más sencilla: era pura y simple adoración.

—¡Muy bien! —respiró Jake—. ¡Que se entere! ¡Métele caña!

—Te aconsejo que vayas con cuidado, Blaine —intervino Eddie—. Realmente le importa una mierda. No por nada lo llamaban el Perro Rabioso de Galaad.

Tras una pausa muy larga, Blaine preguntó:

—¿ASÍ TE LLAMABAN, ROLANDO HIJO DE STEVEN?

—Es posible —concedió Rolando, tranquilamente plantado en el aire sobre las estériles estribaciones de la cordillera.

—¿DE QUÉ ME SERVÍS SI NO QUERÉIS DECIRME ADIVINANZAS? —preguntó Blaine. Ahora hablaba como un niño enfurruñado al que se ha permitido seguir levantado mucho después de su hora habitual de acostarse.

—Yo no he dicho tal cosa —objetó Rolando.

—¿NO? —Blaine parecía perplejo—. NO COMPRENDO, PERO EL ANÁLISIS DEL REGISTRO VOCAL ES INDICATIVO DE DISCURSO RACIONAL. EXPLÍCATE, POR FAVOR.

—Dijiste que las querías inmediatamente —le recordó el pistolero—. Eso era lo que yo rehusaba. Tu impaciencia te ha vuelto indecoroso.

—NO COMPRENDO.

—Te ha vuelto descortés. ¿Lo entiendes ahora? Hubo un silencio largo y reflexivo.

—SI HE DICHO ALGO QUE TE HA PARECIDO DESCORTÉS, TE PRESENTO MIS DISCULPAS.

—Se aceptan, Blaine. Pero hay un problema mayor.

—EXPLÍCATE.

La voz de Blaine se había vuelto algo insegura, aunque a Rolando no le sorprendió demasiado. Hacía mucho tiempo que el ordenador no experimentaba otras facetas humanas que la ignorancia, la dejadez y el servilismo supersticioso. Si alguna vez había conocido la simple valentía humana, hacía mucho de ello.

—Vuelve a cerrar el coche y lo haré. —Rolando volvió a sentarse como si continuar la discusión, y la perspectiva de una muerte inmediata, fuese ahora inconcebible.

Blaine cumplió su petición. Las paredes se llenaron de color, y el paisaje de pesadilla que se extendía bajo ellos volvió a borrarse. El destello verde del mapa parpadeaba ya en las cercanías del punto señalado como Candleton.

—Muy bien —dijo Rolando—. La descortesía es perdonable, Blaine; así me lo enseñaron en mi juventud, y la arcilla se ha secado en la forma que la dejó la mano del artista. Pero también me enseñaron que la estupidez no lo es.

—¿EN QUÉ HE SIDO ESTÚPIDO, ROLANDO DE GALAAD?

La voz de Blaine era suave y ominosa. Susannah pensó de pronto en un gato agazapado ante la madriguera de un ratón, agitando la cola de un lado a otro, los ojos verdes encendidas.

—Tenemos algo que tú deseas —dijo Rolando—, pero la única recompensa que nos ofreces si te lo damos es la muerte. Eso es muy estúpido.

Hubo una larga pausa mientras Blaine meditaba sobre ello.

—ES CIERTO LO QUE DICES, ROLANDO DE GALAAD, PERO LA CALIDAD DE VUESTRAS ADIVINANZAS NO ESTÁ COMPROBADA. NO OS RECOMPENSARÉ CON LA VIDA POR ADIVINANZAS MALAS.

Rolando asintió.

—Lo comprendo, Blaine. Escúchame ahora y toma consejo de mí. A mis amigos ya les he contado algo de esto. Cuando era niño en la Baronía de Galaad, había siete Días de Feria al año: los del Invierno, la Tierra Ancha, la Siembra, el Estío, la Tierra Llena, la Cosecha y el Fin de Año. Las adivinanzas constituían una parte importante de todos los Días de Feria, pero eran el acontecimiento más importante de la Feria de la Tierra Ancha, pues se creía que las adivinanzas que se decían allí auguraban el éxito o el fracaso de la cosecha.

—ESO ES UNA SUPERSTICIÓN SIN BASE ALGUNA EN LA REALIDAD —dijo Blaine—. LO ENCUENTRO MOLESTO E IRRITANTE .

—Claro que es una superstición —asintió Rolando—, pero quizá te sorprendería descubrir lo bien que las adivinanzas predecían las cosechas. Por ejemplo, resuélveme ésta, Blaine: ¿qué diferencia hay entre una abuela y un granero?

—ES MUY VIEJA, Y NO MUY INTERESANTE —protestó Blaine, pero aun así parecía contento por tener algo que resolver—. UNA ES PARIENTE DE TU MISMA SANGRE Y EL OTRO ES TU DEPÓSITO DE GRANO [12]. UNA ADIVINANZA BASADA EN LA COINCIDENCIA FONÉTICA. OTRA DE ESTE TIPO, QUE SE CUENTA EN EL NIVEL QUE CONTIENE LA BARONÍA DE NUEVA YORK, DICE ASÍ: ¿QUÉ DIFERENCIA HAY ENTRE UNA COCINA Y UN OCÉANO?

—Ésta la sé yo —dijo Jake—. La oí en la escuela no hace mucho. Que en la cocina hay «cacerolas» y en el océano «yastán hechas».

—SÍ —dijo Blaine—. UNA ADIVINANZA MUY TONTA.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, Blaine, viejo amigo —añadió Eddie.

—ME GUSTARÍA SABER MÁS DE LOS DÍAS DE FERIA EN GALAAD, ROLANDO, HIJO DE STEVEN. LO ENCUENTRO BASTANTE INTERESANTE.

—A mediodía de la Tierra Ancha y la Tierra Llena se reunían entre dieciséis y treinta concursantes en el Salón de los Abuelos, que se abría especialmente para el acontecimiento.

Eran los únicos días del año en que se permitía entrar a la gente corriente, los comerciantes, campesinos, ganaderos y demás, en el Salón de los Abuelos, y esos días todos se empujaban para entrar.

La mirada del pistolero era distante y soñadora; era la expresión que Jake le había visto en aquella otra vida nebulosa, cuando Rolando le contó que un día se había colado en la galería de aquel mismo salón con dos de sus amigos, Cuthbert y Jamie, para contemplar una especie de baile ritual. Cuando se lo contó estaban escalando las montañas, siguiéndole las huellas a Walter.

«Marten estaba sentado junto a mi madre y mi padre —le había dicho Rolando—. Incluso desde aquella altura podía reconocerlos, y en un momento dado, Marten y ella danzaron lenta y sinuosamente, y los demás despejaron la pista y aplaudieron al terminar la danza. Pero los pistoleros no aplaudieron...»

Jake miró a Rolando con curiosidad, tratando una vez más de imaginar de dónde venía aquel hombre extraño y reservado... y por qué.

—Colocaban un gran barril en el centro de la sala —prosiguió Rolando—, y cada concursante arrojaba en él un puñado de trozos de corteza en los que había escrito sus adivinanzas.

Muchas eran viejas, adivinanzas que habían aprendido de sus mayores, e incluso a veces de libros, pero otras muchas eran nuevas, creadas para la ocasión. Tres jueces, entre los que siempre figuraba un pistolero, se pronunciaban sobre ellas cuando eran leídas en voz alta, y sólo se aceptaban si las consideraban justas.

—SÍ, LAS ADIVINANZAS DEBEN SER JUSTAS —asintió Blaine.

—Luego empezaban las adivinanzas —dijo Rolando. Una leve sonrisa le rozó los labios al pensar en aquellos días, días en los que el pistolero tenía la edad del muchacho magullado que estaba sentado junto a él con un brambo sobre las rodillas—, y duraban horas enteras. Se formaba una fila en el centro del Salón de los Abuelos. El lugar de cada uno en la fila se echaba a suertes, y como era mucho mejor estar al final de la cola que al principio, todo el mundo deseaba un número alto, aunque el vencedor debía responder correctamente al menos una adivinanza.

—POR SUPUESTO.

—Cada hombre o mujer, pues algunos de los mejores concursantes de Galaad eran mujeres, se acercaba al barril cuando le llegaba el turno, extraía una adivinanza y se le entregaba al Maestro. El Maestro preguntaba, y si la adivinanza permanecía sin resolver cuando se había agotado la arena de un reloj de tres minutos, ese concursante debía abandonar la fila.

—¿Y AL SIGUIENTE SE LE PREGUNTABA LA MISMA?

—Sí.

—O SEA QUE TENÍA MÁS TIEMPO PARA PENSAR.

—Sí.

—YA VEO. SUENA ESTUPENDO.

Rolando enarcó las cejas.

—¿Estupendo?

—Quiere decir que le parece divertido —le explicó Susannah en voz baja.

Rolando se encogió de hombros.

—Era divertido para los espectadores, supongo, pero los concursantes se lo tomaban muy en serio, y con frecuencia había altercados y riñas a puñetazos cuando se daba por terminada la competición y se entregaba el premio.

—¿CUÁL ERA EL PREMIO?

—El ganso más grande de la Baronía. Y año tras año, Cort, mi maestro, se llevaba ese ganso a casa.

—DEBÍA DE SER UN GRAN EXPERTO EN ADIVINANZAS —observó Blaine en tono respetuoso—. ME GUSTARÍA QUE ESTUVIERA AQUÍ.

«Ya somos dos», pensó Rolando.

—Y ahora llego a mi propuesta.

—LA ESCUCHARÉ CON GRAN INTERÉS, ROLANDO DE GALAAD.

—Que estas próximas horas sean nuestro Día de Feria. No nos propondrás adivinanzas, porque deseas oír adivinanzas nuevas y no contar tú algunas de los millones que debes de conocer...

—CORRECTO.

—Por otra parte, tampoco podríamos resolver la mayoría —prosiguió Rolando—. Estoy seguro de que conoces adivinanzas que habrían hecho tropezar incluso a Cort si las hubiera sacado del barril. —No estaba seguro ni mucho menos, pero había pasado el momento de utilizar el puño y había llegado el momento de utilizar la mano abierta.

—POR SUPUESTO —asintió Blaine.

—Te propongo que nuestras vidas sean el premio, en vez de un ganso —dijo Rolando—.

Mientras viajamos, te iremos proponiendo adivinanzas. Si cuando llegemos a Topeka las has resuelto correctamente todas, puedes llevar adelante tu idea inicial y matarnos. Ése es tu ganso. Pero si nosotros te hacemos tropezar, si en el libro de Jake o en nuestras cabezas hay una adivinanza que no conozcas y no sepas responder, deberás llevarnos a Topeka y una vez allí dejarnos en libertad de proseguir nuestra búsqueda. Ése es nuestro ganso.

Silencio.

—¿Me has entendido?

—Sí.

—¿Estás de acuerdo?

Más silencio por parte de Blaine el Mono. Eddie estaba sentado muy tieso rodeando a Susannah con el brazo, y mirando el techo del Coche de la Baronía. Susannah se pasó la mano izquierda sobre el vientre, pensando en el secreto que acaso estaba creciendo en su interior. Jake le acariciaba el lomo a Acho con mucha suavidad, esquivando las costras de sangre coagulada en los lugares donde el brambo había recibido las puñaladas. Todos permanecieron a la espera mientras Blaine —el auténtico Blaine, muy lejos ya, que vivía su cuasivida enterrado bajo una ciudad cuyos habitantes yacían todos muertos por obra suya— estudiaba la propuesta de Rolando.

—Sí —dijo Blaine al fin—. DE ACUERDO. SI RESUELVO TODAS LAS ADIVINANZAS QUE ME PONGÁIS, OS LLEVARÉ CONMIGO AL LUGAR DONDE LA SENDA TERMINA EN EL CLARO. SI UNO DE VOSOTROS PROPONE UNA ADIVINANZA QUE YO NO PUEDA RESOLVER, RESPETARÉ VUESTRAS VIDAS Y OS LLEVARÉ A TOPEKA, DONDE PODRÉIS DEJAR EL MONO Y PROSEGUIR VUESTRA BÚSQUEDA DE LA TORRE OSCURA. ¿HE INTERPRETADO CORRECTAMENTE LOS TÉRMINOS Y CONDICIONES DE TU PROPUESTA, ROLANDO, HIJO DE STEVEN?

—Sí.

—MUY BIEN, ROLANDO DE GALAAD.

»MUY BIEN, EDDIE DE NUEVA YORK.

»MUY BIEN, SUSANNAH DE NUEVA YORK.

»MUY BIEN, JAKE DE NUEVA YORK.

»MUY BIEN, ACHO DE MUNDO MEDIO.

Acho alzó brevemente la mirada al oír su nombre.

—VOSOTROS SOIS *KA-TET*; DE MUCHOS, UNO. YO TAMBIÉN. LO QUE HEMOS DE DEMOSTRAR AHORA ES QUÉ *KA-TET* ES EL MÁS FUERTE.

Hubo un momento de silencio, roto únicamente por el poderoso y constante palpar de las turbinas slo-trans que los impulsaban sobre las tierras baldías, que los impulsaban hacia Topeka, el lugar donde terminaba Mundo Medio y empezaba Mundo Final.

—SEA —exclamó la voz de Blaine—. ¡ARROJAD VUESTRAS REDES, VIAJEROS! PONEDME A PRUEBA CON VUESTRAS PREGUNTAS, Y QUE EMPIECE LA CONTIENDA.

Nota del autor

El cuarto volumen del relato sobre la Torre Oscura debería aparecer —suponiendo siempre que se mantengan la vida del Constante Escritor y el interés del Constante Lector— en un futuro no muy lejano. Resulta difícil ser más exacto; encontrar las puertas que conducen al mundo de Rolando nunca me ha sido fácil, y por lo visto cada vez hay que pulir y afinar más para que cada llave sucesiva encaje en cada cerradura sucesiva. No obstante, si los lectores piden un cuarto volumen, les será dado, porque todavía soy capaz de encontrar el mundo de Rolando cuando aplico el ingenio a ello, y todavía me tiene cautivado...; más cautivado, en muchos aspectos, que cualquiera de los otros mundos por los que he vagado con la imaginación. Y este relato, como esos misteriosos motores slo-trans, parece ir adquiriendo su propio ritmo, cada vez más acelerado.

Soy plenamente consciente de que a algunos lectores de *Las tierras baldías* les disgustará que termine como termina, con tanto por resolver. A mí tampoco me complace excesivamente dejar a Rolando y sus compañeros bajo los no muy tiernos cuidados de Blaine el Mono, y aunque nadie está obligado a creerme, debo insistir en que la conclusión de este tercer volumen me sorprendió tanto como pueda sorprender a los lectores. Pero a los libros que se escriben solos (como lo ha hecho éste, en su mayor parte) también hay que dejarlos que lleguen al fin solos, y únicamente puedo asegurarle, Lector, que Rolando y su grupo han llegado a uno de los pasos fronterizos más cruciales de su historia, y debemos abandonarlos por algún tiempo en la aduana, respondiendo preguntas y rellenando impresos. Todo lo cual no es sino un modo metafórico de decir que había vuelto a acabarse la cosa por el momento, y mi corazón fue bastante sabio para impedirme intentar seguir adelante a pesar de todo.

El trazado del siguiente volumen aún es borroso, pero puedo asegurar que el asunto de Blaine el Mono quedará resuelto, que averiguaremos mucho más sobre la juventud de Rolando y que volveremos a encontrarnos con el señor Tic Tac y ese intrigante personaje al que Walter llamaba el Brujo o el Extraño Sin Edad. Es con este terrible y enigmático personaje con el que Robert Browning da comienzo a su poema épico *Childe Roland a la Torre Oscura* llegó, y escribe de él:

*Mi primer pensamiento fue que mentía en cada palabra,
ese inválido canoso que miraba de soslayo
con ojo maligno para observar el efecto de su mentira
sobre la mía, y boca apenas capaz de conseguir
la supresión del regocijo, que le fruncía y delineaba
los bordes, por haber ganado así otra víctima.*

Es este embustero maligno, este mago oscuro y poderoso, quien conserva la verdadera llave del Mundo Final y de la Torre Oscura... para quienes tengan la valentía de cogerla. Y para quienes queden.

Bangor, Maine
5 de marzo de 1991

Notas

- [1] «*Veo una puerta roja y la quiero pintar de negro, ya no más colores, quiero que se conviertan en negro, veo a las chicas pasar vestidas con ropa de verano, he de volver la cara hasta que desaparezca mi oscuridad...*» (N. del T.)
- [2] Juego de palabras. *A jar* significa «una jarra», pero *ajar*, dicho de una puerta, significa «abierto de par en par». (N. del T.)
- [3] Un nuevo juego de palabras basado en la ambigüedad de *flies*, que significa al mismo tiempo «vuela» y «moscas». (N. del T.)
- [4] Bragueta de velcro. (N. del T.)
- [5] La palabra inglesa *bed* («cama») se usa también para designar un plantío, cuadro de flores o plantas, que es el sentido que toma en esta adivinanza. (N. del T.)
- [6] La relación que establece Rolando se basa únicamente en la semejanza fonética entre *a door* («una puerta») y *adore* («adorar»). (N. del T.)
- [7] En inglés, *jar* («jarra») y *ajar* («entonada»). (N. del T.)
- [8] «*Necesitas la cantidad justa de esa cosa pegajosa para sujetar la costura de tus magníficos tejanos yo digo yeah, yeah...*» (N. del T.)
- [9] «*Ribble ti tibble ti ting ting ting, me buscaré un trabajo y te compraré un anillo, cuando ponga las manos en tus movedizas tetitas, ribble ti tibble ti ting ting ting. Oh, ribble ti tibble, sólo quiero jugar, jugar un poco con tu ting ting ting.*» (N. del T.)
- [10] «*Mi chica es de primera, es una neoyorquina, le compro de todo para que esté siempre elegante, tiene un par de caderas como dos barcos de guerra, oh, muchacho, así es como se me va el dinero. Mi chica es una joya, es de Filadelfia, le compro de todo para que esté siempre elegante, tiene un par de ojos como dos pizzas, oh, muchacho, así es como se me va el dinero.*» (N. del T.)
- [11] Juego de palabras basado en la relativa similitud fonética de las expresiones *Not-See* (literalmente, «No-ver») y *nazi*. (N. del T.)
- [12] Juego de palabras entre *born kin* y *corn-bin*. (N. del T.)